

# **El ocaso de don Camilo**

**Manuel Gisbert Orozco**

# EL OCASO DE DON CAMILO

TERCERA PARTE DE LA TRILOGIA DE LAS OSCURAS SOMBRAS DE DON  
CAMILO

POR

MANUEL GISBERT OROZCO

## CAPITULO I LA PARTIDA DE CAZA

No fue nunca un secreto para nadie que Bernabé Boronat había sido siempre un hijo de puta, lo malo de todo eso es que con el tiempo continuaba siéndolo. Por otra parte era un putero empedernido y se vanagloriaba de haberse tirado a todas las prostitutas de Valencia en la época en que allí estudiaba derecho, es un decir, en la Universidad de la capital del reino. No le importaba que fueran: altas o bajas, guapas o feas, jóvenes o viejas. Con que tuviesen una vagina en donde meterla le era suficiente.

En Alcoy, donde era sobradamente conocido por pertenecer a una familia acomodada, tenía el campo más abierto y no tenía que recurrir a las profesionales del amor.

Las jóvenes trabajadoras que aspiraban a pegar un vaginazo y cazar al hombre rico de sus sueños que las sacara de la miserable vida a la que estaban destinadas, no tenían ningún inconveniente en ponerse al alcance de esos indeseables que se aprovechaban de ello, a pesar de que sus posibilidades de éxito fuese la de una entre mil.

Su aparente éxito con las mujeres le hizo creer que ninguna podría resistirse a sus encantos y cuando no conseguía su propósito por las buenas, no tenían ningún inconveniente en hacerlo por la fuerza.

Cuando Leonor tenía dieciséis años y servía como niñera en la casa de sus padres, durante ese verano que pasaron en la Masía de Morales, fue violada, hasta en dos ocasiones, por el hijo díscolo de la familia. La primera vez en el granero y bajo la amenaza de hundirle la cara en el grano, para ahogarla, si hacía algún intento de chillar o resistirse. La segunda en su propia cama, coaccionada por una supuesta navaja en su cuello y la certeza de que a él no le pasaría nada y en cambio ella sería despedida si osaba armar un escándalo y eran descubiertos.

Como llovía sobre mojado, ya la tenía dentro y por mucho que hubiese chillado la posible ayuda llegaría con los hechos consumados. Optó por el mal menor de dejarse hacer, rogar que la acción no tuviese ninguna consecuencia indeseada y por lo menos evitar irse a la calle, pues lo único que deseaba era no tener que volver a casa de sus padres.

En ese segundo intento quedó embarazada y ni siquiera intentó sacar provecho de ello. Primeramente por evitar la vergüenza de verse rechazada y en segundo lugar y principalmente por no tener que soportar a ese monstruo, y sus perversiones, durante toda su vida.

Finalmente logró casarse con Jorge y el hijo de la infamia, aunque querido por todos, tuvo la desgracia de morir en unas de las muchas epidemias de cólera que asolaron Alcoy durante esa época.

Los ataques a Leonor continuaron y las peleas entre Jorge y Bernabé también. El odio entre ambos se hizo crónico, y teniendo en cuenta el carácter belicoso de este último, los que les conocían, tenían claro que la cosa terminaría mal.

XXXXX  
XXX  
X

La cosecha de ese año en la Masía de Barchell, propiedad de Fernando, no había sido buena. La culpa principal era de la sequía. Poca agua había caído en primavera y nada en verano. Para colmo una numerosa familia de jabalíes había hecho estragos en lo poco que se había salvado.

Poco le importó este hecho a su propietario, que nadaba en la abundancia y su economía no dependía para nada de la mejor o menor cosecha que pudiese ofrecerle su heredad. Indemnizó espléndidamente a su mediero para que no se sintiese agobiado, y únicamente para prevenir lo que pudiese pasar el año próximo, Fernando, decidió organizar una partida de caza el otoño que estaba al caer, para terminar de una vez con toda la familia de jabatos o por lo menos dejarla diezmada.

Fernando se lo dijo a Jorge, Jorge a Don Camilo y este a su vez a Pepe y a Luis. Este último declinó la oferta pues su invalidez le impedía manejar y cargar correctamente un arma. Finalmente Camilo decidió incluir en la partida de caza a Alberto, el hijo de Pepe, y cuyo noviazgo con su ahijada Bárbara iba viento en popa y tenía que cuidarlo. No sería de gran ayuda pues no había cazado nunca y todos sus esfuerzos estaban dedicados a la medicina. Pero era una forma como otra de integrarlo y evitar que se le escapara.

-Por lo menos nos será de gran ayuda si hay algún herido – adujo Don Camilo.

Finalmente aceptó la invitación, aunque solo fuera por complacer a su futuro suegro.

El que más a pecho se lo tomo, por no haber sido invitado y si su hermano, fue Bernabé. A nadie se le hubiese ocurrido unir el fuego con la mecha, como eran Jorge y Bernabé, pero a este último le pareció una ofensa, una más de las que ya tenían pendientes, sin tener en cuenta que su enemigo era uno de los anfitriones, junto con Fernando, y la elección entre uno y otro no tenía color.

La partida de caza se organizó para el segundo domingo de octubre. Los hombres acudieron a la masía a primera hora de la tarde del sábado anterior, pues Alberto tuvo que trabajar esa mañana. Subieron montados a caballo y dedicaron el resto de la tarde para poner a puntos las armas y alguno, como Alberto, recibió las primeras lecciones sobre su manejo. Cuando oscureció, acudieron a la venta que existía en el cruce de caminos que desde Alcoy, iba por una parte a Bañeres, y por la otra a Bocairente, atravesando toda la Sierra de Mariola.

Mientras cenaban tuvieron la primera sorpresa desagradable de la noche, pues vieron aparecer por allí a Bernabé acompañado de sus dos amigos, a los que muy bien se les podía llamar compinches, que siempre lo acompañaban como si fueran sus guardaespaldas, pero que curiosamente siempre se escaqueaban cuando comenzaba el follón.

Saludó de lejos al grupo pero ni siquiera se acercó para dirigirse a su padre y mucho menos a su hermano. Todos lo agradecieron pues sentarlo en la misma mesa de Jorge, a pesar de estar tan bien acompañado era un peligro.

Pronto los integrantes del tablero se preguntaron qué cojones hacia el Bernabé allí. Posiblemente también saldría de caza con sus amigos a la mañana siguiente pero esa no era precisamente su especialidad. Lo más probable es que hubiese acudido para tener relación carnal esa noche con algunas de las prostitutas que buscaban, los fines de semana, la soledad de la venta para satisfacer, a buen precio, los apetitos sexuales de sus clientes más remilgados. Aunque ese no era el caso de Bernabé.

Camilo tuvo esa noche un especial interés en abandonar la venta apenas terminaron de cenar.

-¿No nos hacemos ni siquiera una copa? – arguyó Fernando.

-La copa nos la tomaremos con más calma en la masía, se hace tarde y mañana hay que madrugar.- Apremió Camilo a sus compañeros de tabla.

Bernabé estaba mirándolos cuando se pusieron sus prendas de abrigo. Todas eran oscuras menos la de Jorge que lucía un moderno chaquetón de lana con dibujos a base de cuadros, blancos y negros, que contrastaba escandalosamente. De repente se giró, para hablar con sus amigos y ni siquiera correspondió al saludo de despedida que le dirigió su padre y alguno de sus amigos.

Cuando llegaron a la Masía, ésta estaba completamente a oscuras y en silencio. Dejaron los caballos en la cuadra y entraron por la puerta principal. A tientas y aprovechando el débil resplandor

que emanaba del hallar, Fernando se acercó a él, cogió una pequeña tea que soplo para que brotara una llama y con ella encendió una lámpara de aceite y diversos velones repartidas estratégicamente por todo el salón.

A ambos lados del hallar estaban situados dos divanes, tapados por dos grandes lienzos de tela, que a todos extrañó pues cuando salieron para cenar estaban destapados. Se acercaron cautelosamente, pues más de uno creyó se trataba de una añagaza ya que a todos les pareció que debajo de la tela algo se movía. Con un gesto teatral Camilo retiró uno de los lienzos y descubrió a cuatro bellas señoritas, sentadas en el diván sin ningún recato y completamente desnudas. Después repitió el gesto en el otro diván en donde aparecieron otras dos damas, igualmente tal como sus padres las trajeron a este mundo, más Brígido, que se había encargado por orden de Don Camilo de contratar y dirigir a las artistas, si así podían llamarse.

Brígido también estaba desnudo y a pesar de encontrarse en tan grata compañía, con el ánimo alicaído, pues había ocupado la larga espera, mientras cenaban, tirándose a una pelirroja, a la que hacía tiempo le había tirado la vista, y todavía estaba en periodo de recuperación.

Se trataba de las seis mujeres que solían hacer las noches en Le Parisiën, apareciendo y desapareciendo con harta frecuencia.

Camilo, por mediación de Brígido, las había contratado a precio de oro para toda la noche. Ellas estaban contentísimas pues iban a sacar más que en una noche normal sin tanto ajeteo, harían únicamente uno o dos servicios esa noche cada una y el resto la dormirían tranquilamente. El dueño de Le Parisiën, también bien untado, para compensar su ausencia había organizado una velada familiar con baile incluido.

A excepción de Brígido que parecía había ya acaparado a la pelirroja, los otros eligieron a la primera que se les acercó. Todas eran mujeres hermosas y por una vez les dejaron elegir a ellas.

El más remiso fue Alberto, la antítesis de su hermano. Mientras tomaban unas copas para ambientarse, Camilo hizo un aparte con su futuro yerno.

-¡Anímate; ¡Hombre; Que esto no se presenta todos los días.

-No estoy acostumbrado ni me llama la atención.

-¿No me serás mariquita?

-¡Por Dios; Don Camilo. Qué cosas dice.

-Tu hazlo como si te estuvieses tirando a Barbarita y veras lo bien que lo pasas. Pero a ella me la dejas tranquila que si me entero le haces algo al día siguiente te casas aunque sea con la escopeta en el cogote.- exclamo entre risas su futuro suegro, llamando la atención del resto de los presentes.

Poco a poco los hombres, alumbrados por un candil y acompañado por su hembra, fueron desfilando con destino a sus habitaciones. La noche fue toledana para algunos y no tanto para otros.

Brígido, esta vez ya en la cama, aun le endosó tres casquetes mas a la pelirroja, amparándose en que no tenía que madrugar para ir de caza como los otros, pues el conejo objeto de sus deseos ya lo tenía en la cama.

Fernando y Jorge, cumplieron con las rameras de la misma forma en que lo hacían con sus esposas, mero compromiso. Otra cosa es como lo hacían con sus amantes, que no eran otras que la mujer del otro y que por algo habían sido el primer amor de su vida.

A Pepe, cuando se encontró en la cama a solas con la mujer que le había tocado en suerte, se le aparecieron viejos fantasmas. Era bella, joven y salvo en el color de su piel idéntica a la mulata que disfrutó hacia ya de ello muchos años. Recordó su época juvenil, en la que junto a su primo Luis y su amigo del alma Camilo visitaron, durante las fiestas de San Jorge y vistiendo el traje de su filá, los Capellanes, que era muy parecido al habito de un sacerdote, el prostíbulo ambulante de la Valenciana. Esta tenía una especial enquiña hacia los curas, y confundiéndolos con tres de ellos les asignó una mulata que la tenia de baja por estar cagada. Fue el único que resultó perjudicado, pues estuvo más de veinte minutos dentro de ella, dándole que te pego, sin conseguir el efecto deseado

que era el de la eyaculación. Al final, y por imperativo de la dueña del burdel, no tuvo más remedio que dejarlo, sin obtener otro premio que la de quedar contagiado. Luis y Camilo se libraron, pues no llegaron a penetrarla. El primero porque tan excitado estaba que cuando se acercó sobre ella no pudo evitar eyacular en el vello de su monte de Venus y el segundo porque tuvo la primera de sus crisis existenciales y por mucho que lo intentó, y a pesar del afán de la mulata, no logró la erección. Una semana después, Pepe se tiró a una gitanilla de la Rambla Baja que se iniciaba en el oficio y la contagió. Cuando se descubrió el pastel, se descartó a la mulata, que ya había tomado las de Villadiego, porque no resultaba sospechosa, pues Luis y Camilo también habían participado en la bacanal, aunque con unas limitaciones en las que nadie cayó, y no habían resultado perjudicados.

Las autoridades ordenaron al médico examinar a la gitanilla, que lógicamente estaba infectada. Se la declaró culpable y se la condenó a diez azotes en el trasero y la expulsión de Alcoy. Desde entonces ejerció su oficio en Cocentaina.

Desde que Pepe conoció a Marcela, la dejó preñada y se casó con ella. No había conocido a otra hembra y no iba ahora a romper esa costumbre que tan bien le había ido. Así es, que ante el estupor de la dama, que era lo último que se esperaba, puso su cabeza sobre sus voluminosos pechos y al calor de su cuerpo se quedó dormido.

Alberto, como digno hijo de su padre tampoco hizo nada. Aunque pareciese mentira todavía era virgen y carecía de toda experiencia sexual. Como médico había visto innumerables veces los órganos sexuales de sus pacientes, bien fuera en el acto de parir o porque padeciesen algunas de las enfermedades que en esa zona suele afectar a las mujeres. Ahora se le presentaba la ocasión de adquirir una experiencia, que nunca había buscado, para no presentarse el día de mañana como un neófito ante su amada. Pero por mucho que quiso considerar que el cuerpo que tenía a su lado en la oscuridad de la habitación era el de su amada Barbará, no logro que su cuerpo reaccionase como era natural. Temió el fracaso. Y sin dar ninguna explicación, dio media vuelta sobre la cama y dándole la espalda a la dama se durmió.

A Don Camilo se le había acercado, no se sabe si por iniciativa propia o siguiendo instrucciones de Brígido, la más veterana del grupo. Aun así posiblemente todavía no había cumplido los cuarenta años pero tenía un aspecto envidiable. Estaría probablemente al límite de su carrera, por lo menos con clientes de postín, y lo que más temía era tener que admitir clientes de la clase más baja de la sociedad. Ansiaba encontrar a alguien que se encaprichase con ella y la retirase, montándole un pequeño piso en donde poder vivir y recibirlo, y le pasase una mínima pensión de subsistencia. Con eso, el dinero que tenía ahorrado y algún bolo que pudiese hacer de vez en cuando, tendría la vida medio asegurada.

Por ese motivo no se negaba a ningún capricho de sus clientes, siempre que fuesen pudientes, y estaba dispuesta a satisfacerlo por si en ese caía la breva.

-Hoy me gustaría me hicieses algo especial – insinuó con algún reparo Don Camilo pues ignoraba hasta donde estaría dispuesta a llegar la dama que en esos momentos se estaba pegando un lingotazo de coñac de una botella que había sobre la mesita de noche.

-Lo que usted quiera. Don Camilo – sabía su nombre y posibilidades pues era persona muy conocida en Le Parisián – como si me la quiere meter en el culo o que yo haga lo propio en el suyo con dos dedos. No hay ningún mariquita que no se haya corrido después de mi tratamiento. Y que coste que yo no estoy insinuando que usted lo sea. ¡Dios me libre! Pero solo es un ejemplo de donde estoy dispuesta a llegar para complacer a un cliente y a usted especialmente.

-Desearía me hicieses una felación – le respondió ya más tranquilo.

-¡Dios mío! ¿Qué es eso?

-Que me la chupes...

-¡Ah! ¡Una mamada! Haber empezado por ahí.

Ese día no parecía el más apropiado para mantener una relación sexual, por eso había escogido esa

opción, pues su miembro no parecía dispuesto a animarse. Con una de sus habituales acompañantes seguro que hubiese terminado con un gatillazo, pero al tratarse de una profesional todavía tenía la esperanza de que aquello terminase más o menos bien.

-Si siempre la tienes así cuando está a punto de trabaja, creo que comienzas a tener un problema y de los gordos.- le comentó la profesional mientras empezaba una terapia de rehabilitación sin mucho éxito aparente – has hecho bien en elegir lo de la fela...nosequé esa, porque si esto me lo tienes que meter por el coño mejor sería dejarlo para otro día, pues esto no se aguanta ni escayolándolo entre dos medias cañas. Veremos si con unos mordisquitos lo curamos.

La dama lo descapuchó y comenzó su felación. No parecía que aquello pudiese tener algún éxito. Experimentó un ligero placer al encontrarse en un lugar tan acogedor, pero nada más. El menor signo de mejora desaparecía inmediatamente y vuelta a empezar. La mujer se estaba ganando el jornal pero a cambio de nada.

-Espera un momento que se me ha quedado la boca seca y al ritmo que vamos te lo voy a despelejar. ¿Tienes agua por aquí?

-Lo dudo. Pero pégate otro lingotazo de coñac que te lo has ganado.

La mujer se tragó una primera ración y reservó una segunda en su boca como si fuera a enjuagársela. Volvió a su trabajo procurando que no se derramase una gota de licor mientras introducía el glande del hombre en su cavidad bucal.

-¡Ostras! - es lo único que pudo pronunciar Camilo al notar el escozor.

Sea como fuera aquello reaccionó como la prostituta había soñado, ya que no previsto, pues todo se debió a un poco o mucha suerte. La sangre acudió a su miembro en defensa de no sé qué, pero lo cierto es que comenzó a hincharse. Camilo no podía verlo porque estaba escondido, pero si lo notó y desde luego no lo había sentido así desde que tenía veinte años y se tiró a Isabel, la hija del cacique de la villa de Liria con la que tuvo a su hija Carmen.

Aquello fue todo un éxito y finalmente pudo comprobar que para asuntos como estos, Brígido era un genio.

XXXXX  
XXX  
X

Brígido lo despertó de buena mañana, e igual hizo con los restantes miembros de la partida. Él no iba a participar pues la caza no era cosa que le matase y sobre todo no quería pasar frío. Les preparó un suculento desayuno para que repusiesen las fuerzas perdidas la noche anterior y él también tomó su parte.

Tenía orden de dejar a las damas descansar hasta las diez de la mañana, hora en que las cargaría a todas en la calesa en la que las había traído y las devolvería a Alcoy. De todas formas aun pensaba visitar a un par de ellas antes de la hora de despertarlas pues ocasiones como esta no se presentaban todos los días.

Había llovido toda la noche y el día amanecía gris y brumoso. Una espesa niebla lo cubría todo y apenas dejaba ver nada a cuatro metros de distancia. Mal día para sus propósitos pero tampoco era cuestión de dejarlo para la semana siguiente. Se suponía que cuando apareciese el sol, la niebla desaparecería y la partida podría desarrollarse con normalidad.

Antes de salir Pepe tuvo la desgracia de derramarse el bol de café con leche del desayuno encima y ensuciar la chaqueta de lana oscura que pensaba llevar durante la caza. Jorge, que tenía una constitución física muy parecida a la de Pepe, se brindó a cederle el chaquetón de cuadros blancos y negros que había lucido la noche anterior y que ahora había sustituido por otro más apropiado.

-No creo que sea lo mejor para ir de caza – insinuó Pepe – pero como no tengo la más mínima intención de pelearme con esos pobres animalitos. Mucho mejor.

Partieron en fila india en dirección al sembrado en donde los jabalíes solían hacer su agosto. Cuando llegaron a su destino la niebla todavía no había escampado. Pero a lo lejos se oía, ya que no podía verse nada, como los animales que iban a cazar estaban haciendo ya el mal que querían evitar.

Se separaron en abanico de forma que cada uno de los participantes de la partida pudiese ver tanto al compañero que tenía a su izquierda, como a su derecha.

-Solo disparar hacia adelante, nunca a los lados – les advirtió Fernando que parecía el que mejor se desenvolvía en estas circunstancias – ni desde luego hacia atrás. Si alguien se tiene que detener por cualquier circunstancia, que luego no intente reincorporarse a la partida. Que espere a que esto aclare. No puede tardar mucho.

La distancia de la visión fue mejorando paulatinamente y los primeros animales aparecieron ante sus ojos. Iban de cara al viento y no habían sido detectados por los jabalíes que se entretenían más en destrozar los sembrados que en comer. Todos descargaron sus escopetas, al mismo tiempo, eligiendo al animal que tenían delante. Recargaron inmediatamente sus armas mientras los animales que no habían resultado heridos huían por todas partes. Ante ellos quedaron tres animales tendidos, dos, que parecían más jóvenes, muertos, y otro, un macho enorme, jadeaba herido de muerte. Los dejaron, para pasar después a recogerlos con una mula pues era imposible cargar con ellos. Continuaron avanzando.

Pepe se entretuvo más de lo debido en la recarga de su arma y cuando se dio cuenta se encontró solo, pues sus compañeros habían desaparecido entre la niebla. Acordándose de las instrucciones de Fernando, decidió no seguirlos y se quedó allí esperando.

Se sentó recostando su espalda sobre el tronco de un olivo, abandonó momentáneamente su arma y se entretuvo liando un cigarrillo.

De repente una enorme masa se abalanzó sobre él, ni lo había visto ni sabía de dónde había salido. Era el enorme animal que habían abatido anteriormente y que recuperado milagrosamente ahora lo atacaba. Le mordió primero una pierna y después en un brazo, mientras con su hocico le embestía el cuerpo y sus largos colmillos, como cuernos, se incrustaban en su cuerpo.

En esos momentos llegaron Bernabé y sus dos amigos. Sus acompañantes solo vieron un animal que estaba atacando a un hombre y dispararon sobre él abatiéndolo. Bernabé solo vio el chaquetón a cuadros blancos y negros que llevaba su eterno enemigo, Jorge, el día anterior, y lo que hizo fue apuntar a la cabeza del hombre y disparar. No se lo pensó dos veces ni dudó en ningún instante. Los



tres disparos sonaron prácticamente al unísono y aparentemente iban dirigidos al animal que estaba atacando a un hombre indefenso.

Si por desgracia, alguna bala había impactado en el hombre, no podía culparse a nadie.

Los dos amigos corrieron para auxiliar a la víctima, mientras que Bernabé, se lo tomaba con más calma, y acudía marchando al paso. Se imaginaba a una Leonor viuda y desamparada implorando su protección y a él, aunque ansiaba poseerla, haciéndose de rogar.

El hombre caído estaba irreconocible. El disparo le había entrado por un pómulos, destrozado un ojo y tenía la cara llena de sangre.

Cuando se acercó Bernabé, inmediatamente no pudo reconocer a su víctima, pero conocía lo suficiente a Jorge para saber que no se trataba de él, a pesar de la chaqueta que lo había confundido. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando se dio cuenta que el cuerpo que yacía a sus pies era el de su propio padre. Lo comprobó inmediatamente cuando le desabrochó el fatídico chaquetón que le había inducido al engaño y reconoció la cadena del reloj que la víctima guardaba en uno de los bolsillos de su chaleco. Después se echó sobre su cuerpo inerte llorando desconsoladamente.

La bruma se había despejado e incluso brillaba el sol con todo su esplendor. A sus gritos de dolor acudieron prestos los restantes miembros de la partida.

El primero en llegar, esta vez fue su otro hijo Alberto. Este inmediatamente supo que se trataba de su padre. De todas formas actuó con toda la calma posible tratando de ayudarlo por si aún le quedaba un aliento de vida. Cuando confirmó su muerte y únicamente entonces, se desplomó anímicamente.

XXXXX  
XXX  
X

Trasportaron el cuerpo de Pepe al hospital de Alcoy en la calesa de las putas, pues cuando llegaron a la Masía de Barchell todavía estaban durmiendo. Alberto pudo verificar posteriormente que las heridas producidas por el jabalí, aunque dolorosas y aparatosas, no eran mortales y hubiesen curado sin graves problemas y que en resumidas cuentas lo que le había matado era uno de los disparos que se hicieron con el fin de salvar su vida.

Las autoridades así lo entendieron y el caso se dio por cerrado como un trágico accidente de caza.

Marcela tenían un pequeño cajón del escritorio de su habitación en el que Pepe todos los viernes depositaba cierta cantidad de dinero para hacer frente a los gastos de comida, pagar al servicio su asignación semanal y hacer frente a otros pequeños gastos de la casa que se pudiesen presentar. Si precisaba mas para algún gasto extraordinario, Solo tenía que decírselo a su esposo cuando lo despedía por la mañana para que al día siguiente encontrara allí la cantidad solicitada. De todas formas Pepe vigilaba diariamente el cajoncito y reponía cuando era necesario, aun antes de lo previsto.

Nunca se preocupó de dónde sacaba su esposo el dinero. ¿De las consultas que realizaba diariamente en su despacho de abogado? ¿De la fabrica? O simplemente acudía a la Banca Vicens y de su cuenta sacaba lo que precisaba.

Marcela no se había planteado nunca esas preguntas hasta entonces, porque sabía que en el cajoncillo no faltaría nunca dinero. Tan seguro como que el sol salía por encima de la Serreta cada mañana. Si se las planteó, cuando al viernes siguiente del desgraciado accidente, abrió el cajoncillo y solo encontró las escasas monedas de cobre y una o dos de plata que habían quedado el día anterior.

El problema se acució cuando a media mañana se despertó el zángano de su hijo Bernabé, con casi treinta años cumplidos a sus espaldas, y lo primero que le dijo antes de saludarla fue:

-No he encontrado mi asignación semanal en el cajón de mi mesilla de noche. Supongo que a partir de ahora te harás cargo tú.

De eso también se encargaba su marido y ni siquiera sabía qué cantidad le asignaba su esposo. Cuando ingenuamente le preguntó de qué cantidad se trataba, Bernabé ladinamente aprovechó para doblarse el sueldo.

-Espérate a mañana, que tengo que hacer algunas gestiones – le respondió simplemente para ganar tiempo, pues en realidad no sabía qué hacer ni de dónde sacar el dinero.

-Que sea a primera hora, que mañana ya es sábado.

¿Qué mas necesidades tendrían sus hijos? Precisó refugiarse en su dormitorio pues necesitaba pensar, pero cuando entró se echó sobre la cama y lloro desconsoladamente. Tardó media hora en recuperarse y después hizo un repaso exhaustivo de la situación.

Alberto y Dolores eran independientes y no tenía que preocuparse de ellos, es mas posiblemente serian una ayuda si los necesitaba. Pero de momento no quería involucrarlos en su problema. Bernabé era un caso aparte y debía de convencerlo que tenía que valerse por sí mismo, aunque no sabía cómo. Emilia, con casi veintidós años, estaba comprometida y si Dios quería se casaría la próxima primavera. Tenía tiempo por delante aunque no demasiado. Había que hacer frente a los gastos de la boda y del ajuar. Suponía que Pepe lo tendría previsto. ¿Pero cómo? En fin ya se vería. En último extremo la boda podía aplazarse hasta el otoño para salvar por lo menos el año de luto en que se encontraban. Aunque en realidad no quería hacerle esa putada a su hija. Fausto, con diecinueve años estaba estudiando derecho en Valencia para ocupar el sitio de su padre y que Bernabé había tirado en su día por la borda. Lo llevaba bien y sacaba buenas notas Su interés por los estudios lo demostraba que enterado de la muerte de su padre apenas había estado en Alcoy un par de días para el sepelio y regresar inmediatamente a sus estudios. Pepe mensualmente le suministraba una cantidad para sus gastos. Tendría que averiguarlo, pero por suerte todavía tenía cerca de quince días por delante. De Gerardo y Herminia no tenían de momento que preocuparse porque todavía estaban estudiando en Alcoy y solo tenía que darles de comer y satisfacerles unos mínimos gastos.

De todas formas debía movilizarse y como mínimo enterarse de donde podía sacar el dinero, por-

que de la situación económica de la familia en ningún momento había dudado que fuera excelente. Pensó en pedir ayuda a Alberto para que le acompañase a todos esos sitios, pero supuso que estaría muy ocupado atendiendo a sus pacientes o enfrascado en alguna operación y no podría atenderla. Como mal menor posiblemente le tocaría esperar, incluso algunos días, hasta que estuviese libre y tiempo es lo que no tenía pues las urgencias económicas se acumulaban. Precisaba tener ya, lleno de plata, el cajón de su escritorio.

Fugazmente paso por su imaginación la imagen de su hijo Bernabé. Pero rápidamente desechó pedirle su ayuda. Si lo introducía en el mundo de ¿Dónde está el dinero? Aunque solo fuese de acompañante estaba perdida. Sería tanto como despertar su codicia.

Aunque en un principio no quiso involucrarlo para evitar levantar chismorreos, veía que no tenía más remedio que acudir a Camilo. Sabía que lo podía encontrar en su casa, o en caso contrario en las oficinas que tenía en la plaza de San Agustín, aunque allí no quería ir para no tropezarse con ese tal Jorge que parecía la tenía tomada con su hijo Bernabé.

Se vistió con sus mejores galas y se peinó como si fuese de fiesta. No solía ponerse afeites en la cara por lo que se conformó con un poco de rojo en sus labios y otro de negro en el contorno de sus ojos. Se puso el perfume de siempre que solía volver locos a los hombres que se le acercaban.

No deseaba un encuentro sexual con Camilo, aunque tampoco haría nada por evitarlo. Para alejar tentaciones se puso una especie de pantalón interior, que según en qué sitios recibía el nombre de “calza interior”, “zaragüel de dona” o “camalet”. En aquella época todavía no era de uso común de las mujeres alcoyana y según malas lenguas las únicas que lo llevaban eran las mujeres de vida alegre. Se trataba de un pantalón de lencería, ligeramente más cortos que las enaguas o falda interior, que, según las que lo usaban y siempre de cachondeo y entre amigas, protegía las piernas en invierno del frío y en verano del ataque de los hombres. La parte superior llega hasta la cintura a la que se sujeta mediante una pretina que distribuye el vuelo procedente de las caderas, acumulándose sobre todo en la parte posterior. Los dos camales también eran anchos y se recogían con unas cintas por debajo de las rodillas. El problema es que la prenda estaba abierta por las entrepiernas, para poder orinar sin necesidad de quitárselo, y un hombre espabilado no tendría ningún obstáculo para hacer el amor por el mismo sitio.

Ese año había cumplido los cincuenta y todavía estaba de muy bien ver y sobre todo sabía cómo tratar a los hombres y rendirlos a sus encantos. Lo que ignoraba es que algunos hombres, entre los que se encontraba Camilo, conocían su punto débil y la forma de llevarla al huerto si lo deseaban.

Eran vecinos y la casa de Camilo era la contigua a la suya, por lo que pasaría primero por ella. Pepe le había dicho que Camilo no salía últimamente mucho de su casa pues estaba ocupado escribiendo un libro. Una autobiografía más exactamente, pero como en su momento no supo lo que era eso y para no pecar de ignorante no le hizo mucho caso.

No encontró a nadie en el pasaje de los carruajes y accedió al piso principal por la portezuela que lo comunicaba con el zaguán de la casa. Subió el tramo de escaleras hasta el principal en donde terminaba, pues el acceso a los pisos superiores se realizaba por una escalera interior. Llamó al timbre mecánico de la casa de Camilo y tras una breve espera le abrió la puerta una muchacha, bastante agraciada, que portaba en sus brazos un niño que no debía tener más de tres o cuatro meses. Indiscutiblemente era de ella y según le habían dicho, lo tuvo a consecuencias de una aventura amorosa con un buen mozo de Altea. ¡Qué suerte tienen algunas! Pero las malas lenguas de los mentideros alcoyanos ya lo habían adjudicado al dueño de la casa.

-¿Está Don Camilo?

-Si señora, en su despacho. Pero ha dejado recado de que no se le moleste por nada – le respondió una Sofía sorprendida por la visita de una dama tan distinguida, aunque no desconocida pues la había visto salir muchas veces de la casa de arriba.

-A mí sí me recibirá. Dígale que son Marcela, la señora viuda de Don José Boronat.

Sofía se mostró indecisa. Las órdenes de Don Camilo eran sagradas y desde luego no sería ella la que llamase a su puerta. Pero tampoco iba a cerrarle la puerta en las narices, pues conocía que eran muy amigos y no quería cargar luego con las posibles consecuencias. Decidió pasarle la patata caliente a Consuelo.

-Pase y avisaré a la señora.

La llevo a un saloncito muy coqueto que había a escasos pasos de la entrada y sin añadir palabras marchó rumbo a la cocina en donde supuso estaría la señora de cháchara con Concha.

Consuelo fue directa al despacho de Camilo y llamó a la puerta en un tono tan bajo que nadie en su interior pudiese haberlo oído. Sin embargo rápidamente alguien le contestó con un hosco “que”, pero cuando le dijo a través de la puerta quien lo estaba esperando la abrió inmediatamente.

-¿Por qué no la habéis hecho entrar enseguida? Si ha venido hasta aquí es porque está en un gran apuro y nosotros le debemos muchos favores. Recuerda de la que nos libró con la dichosa secretaria – le recordó a su amante el asunto con Isabel.

-No te preocupes que la hago pasar de súbito.

Marcela entró llorando al despacho e inmediatamente se abrazó a él y, colocando la cabeza sobre sus hombros, comenzó a sollozar convulsamente. Visto el panorama, Consuelo hizo mutis por el foro y cerró la puerta tras de sí.

-No sabes lo desgraciada que soy y no solo por la muerte de mi Pepe que eso no tiene remedio, si no por la cantidad de problemas que llaman a mi puerta y no sé cómo resolver.

Comenzó a contárselos pero Camilo no hacía mucho caso de sus palabras. Le respondía con monosílabos sin saber si era la respuesta adecuada. Camilo manoseaba su espalda lamentándose que el vestido que llevaba no fuese tan sutil como el batín que solía llevar en su casa, que la hacía más sexual y le permitía palpar sus redondeces. La hizo callar besándola en la boca y la mujer casi se derritió entre sus brazos. Camilo dudaba en dar el paso definitivo que no era otro que el mordisco en el lóbulo de su oreja derecha y el posterior chupetón detrás de la misma. Con solo eso consiguió dejarla preñada de Alberto, Pepe y también lo hubiese conseguido él si no fuese por la intervención de las dos viejas arpías que lo evitaron.

Su miembro ya había reaccionado a los estímulos y eso en principio le garantizaba que no habría gatillazo, aunque si el coito se demoraba demasiado corría el riesgo de una eyaculación precoz.

Finalmente lo dio. Se metió su carnoso lóbulo en la boca y lo chupó como si fuese un caramelo. Previsoramente Marcela nunca llevaba pendientes, para que no se repitiera lo ocurrido con cierto enamorado que se lo tragó al verse sorprendido por su inesperada reacción

-¡Por favor! ¡Camilo! ... no me hagas esto...

Pero ya era demasiado tarde. Ella se había desplomado sobre la alfombra de su despacho y Camilo ya se había bajado los pantalones. Por fin iba terminar lo que comenzó treinta y tres años antes y dos arpías lo impidieron.

Arremangó su falda y comprobó con estupor que sus dos potentes muslos estaban cubiertos por un extraño saragüel, que no había nunca visto portar a ninguna mujer. Esto le impedía el paso y si tenía que quitárselo se temía que su ardor momentáneo desapareciese en un santiamén. Estaban atados por todos los sitios, por la cintura y debajo de las rodillas. ¡Imposible entretenerse! La única solución era destrozarlos, pero la tela era de la buena y sin la ayuda de unas tijeras no lo conseguiría.

-¡Pero qué coño te has puesto! - Camilo apreciaba con desesperación que su ardor estaba a punto de desaparecer.

Marcela abrió más sus piernas y pudo ver su vello púbico. ¡El dichoso pantalón tenía las entrepiernas abiertas! Pensó para sí Camilo. La penetró rápidamente con el resto de erección que aún le quedaba y el contacto con su cuerpo hizo que su miembro se reanimara y pudiese continuar el coito con todas garantías. Sintió un extraordinario placer. La mujer realizaba de vez en cuando unos extraños movimientos abdominales que parecían querer aprisionar su miembro en el interior de su

cuerpo. Era una extraña sensación que no había conocido nunca con otra mujer y ahora comprendía el especial apego de Pepe por su esposa y la gran cantidad de hijos que habían tenido en común. Se vació dentro de ella y por un momento temió lo peor. Ella parecía adivinar sus pensamientos y así y todo recogió hasta la última gota de su semilla.

-No te preocupes hace tiempo que he dejado de ser fértil.

Consuelo se quedó vigilando la puerta del despacho desde el pasillo. Como suponía pronto se escucharon los grititos de placer de la dama. Los soportó estoicamente porque estaban dentro de las libertades que Camilo en ocasiones se tomaba. Pero una cosa es que lo supiese ella y otra que se enterasen los restantes miembros de la casa. Y solo eso justificaba su presencia, pues una cosa era sufrir los cuernos y otra ser mofa por portarlos. Conocía a Camilo y sabía que todo esto era flor de un día y que no duraría mucho, pues los veinte años de diferencia en la edad de ambas mujeres jugaban a su favor. Cuando ambos salieron de despacho con el rostro feliz y evidentes huellas, por el intercambio de afeites en la cara, Consuelo se acercó a Marcela para besarla y reiterarle su pésame. Después la invitó a pasar por el tocador para solventar los desperfectos, sin emitir ningún reproche por lo que había ocurrido.

Mientras tanto Camilo solo tuvo que ponerse la chaqueta y atusarse un poco el pelo, mientras Consuelo con su pañuelo y un poco de su saliva, trataba de limpiarle el carmín de sus labios y el negro de ojos depositado en la punta de su nariz.

-Ya te contaré esta noche – le dijo guiñándole un ojo y lanzándole una mirada de complicidad.

Camilo y Marcela salieron de la casa con cara risueña y cogidos del brazo, como si fueran un matrimonio feliz, dispuestos a dar el paseo matutino. Consuelo no pudo resistir más y dos lágrimas brotaron de los ojos corriendo raudas por sus mejillas. Una fuerte congoja le atenazaba el estomago y temiéndose lo peor corrió a su habitación y se encerró en ella dispuesta a dar rienda suelta a sus emociones. Se prometió que Camilo se las pagaría, la afrenta que había recibido no iba a quedar indemne. ¡Se la pagaría! Pero conforme pasaron los minutos su ánimo fue enfriándose y pensó que a malas siempre tendría las de perder. Decidió que lo mejor era olvidarlo todo.

Con paso corto y sin ninguna prisa se dirigieron a la calle de San Mauro y después de un par de centenares de pasos estuvieron en su destino.

Cuando entraron en el vestíbulo de la banca Vicens, sus cuatro empleados estaban ocupados atendiendo a sendos clientes, e incluso había otro par, sentados en un banco de madera lujosamente decorado, aguardando su turno. Camilo se detuvo en el mismo centro esperando ser visto. Carraspeo de forma inaudible para llamar la atención de algún oído fino. Apenas lo vio el apoderado, se disculpó de su interlocutor y salió con paso firme y rápido a su encuentro por la portezuela que separaban ambos ambientes.

-¡Buenos días! Don Camilo. ¡Qué placer verlo entre nosotros!

-¿Está Antonio? – pregunto por el dueño y director del establecimiento.

-Esperándolo. Por favor. Sígame.

En realidad no había concertado ninguna cita ni se le esperaba. No era más que una fórmula para demostrar que estaban siempre a su disposición. Don Camilo era sin duda el mejor cliente de pasivo de la entidad y no lo era también de activo simplemente porque no le hacía falta. El tal Antonio se quitó rápidamente de encima todo el papeleo que para su firma tenía delante y se levantó para recibirlo. Después los atendió alrededor de una mesa redonda que para tal efecto estaba situada en un extremo del despacho.

El resultado de la reunión fue desolador, aunque parecía que Marcela no se había enterado de nada, pues no estaba al tanto de los términos contables y que un saldo fuera deudor o acreedor no le decía nada.

Después, más en calma, y al amparo del despacho de Pepe en su casa, trató de explicarle la situación. Estaba prácticamente en la ruina por culpa de la fábrica textil, que desde que se había ido Luis

y había metido su mano Bernabé estaba en pérdidas.

El almacén estaba repleto de muchas partidas de género defectuoso que había sido devuelto y la única forma sacárselo de encima, antes de que se deteriorase todavía más, era saldarlo a un precio irrisorio y afrontando grandes pérdidas. Pepe, para poder cubrir sus necesidades se había endeudado con la Banca Vicens y debía importante cantidades de dinero. El banco, tras enterarse de su muerte, ya estaba preparando la ejecución de la deuda y el embargo de sus bienes, pues conocían perfectamente que la familia no podía hacer frente a la deuda.

-Marcela. La cosa esta muy mal. La fábrica es un completo desastre y voy a intentar conseguir que salden todas las deudas pendientes con la venta de la misma. De esta forma el resto del patrimonio quedará libre de cargas y a tu disposición. Bien administrado puede servir para que no pases apuros ni tu, ni tus hijos, por lo menos hasta que podamos colocarlos a todos. Por desgracia, y como sabes, esto ya le pasó a mi madre y fue nuestra ruina. Hay que hacer las cosas bien hechas.

-Tú haz lo que tengas que hacer que yo firmaré lo que quieras. Me pongo completamente en tus manos. Todavía no se ha abierto el testamento, pero supongo que Pepe me lo ha dejado a mi todo. Hoy en día no tengo dinero en casa ni para enviar a la cocinera y a la doncella para hacer la compra.

-Ten – le entregó Camilo una bolsa con el dinero que llevaba en esos momentos encima – Hasta que esto se aclare iré haciéndote entregas semanales. Después ya sacaremos cuentas. De todas formas ve reduciendo gastos en el servicio, pues tus hijos ya son lo suficiente mayores para no necesitar niñera, a menos que sea para tirársela como hace Bernabé. A este átaló corto y no seas prodiga con él. Con treinta años sácatelo de encima y que trabaje o sablee a otro si quiere vivir de esta forma toda su vida. Ampárate en Alberto si intenta algo contra ti. Yo indiscutiblemente estaré a tu lado pero siempre a la sombra.

Marcela hizo caso a Camilo y despidió a la niñera y a la cocinera. Quedándose únicamente con la doncella, por lo menos momentáneamente, para que la ayudase en las tareas de la casa. Indiscutiblemente ella también tendría que arremangarse las mangas para ayudar, junto con Emilia que se había convertido en la mayor de la casa, siempre que no se contara con el zángano de su hermano, Fernando asesorado por Camilo también prestó apoyo a su suegra por mediación de Lola.

XXXXX  
XXX  
X

Jorge pudo comprobar que la vieja fábrica de Tomas Gonzaga, como había previsto, necesitaba de una reinversión a fondo y que posiblemente le saldría mucho más barato si la desmantelaban junto con la ahora fábrica de Pepe Boronat, que tanto él como su padre conocían a la perfección, haciéndose con los mejores empleados y la mejor maquinaria para relanzar una fabrica nueva.

Bernabé no sabemos lo que se había creído, pero decepcionado con la aptitud de su madre que había despedido a la niñera que tenía como manceba en su casa, estaba furioso. Ahora tenía que hacerlo en la de ella, una horrible casucha del barrio de Buidaoli, cuando su padre estaba en el trabajo y contando con la aquiescencia de la madre que veía con buenos ojos la relación de su hija, pues esperaba verla casada algún día con tan rico mozo, y así lo pregonaba a quien quisiese escucharla. Su asignación semanal no solo no había subido como pretendía, sino que había bajado a unos límites que le obligaba a sablear a parientes y conocidos para poder cubrir mínimamente sus gastos. Ni que decir que el principal perjudicado fue como siempre Alberto.

Se había enfrentado a su madre y exigido lo nombrase como interlocutor válido de la familia en la liquidación del patrimonio familiar. No con ánimo de protegerlo, sino con la intención de sacar la mejor tajada a él aun en detrimento de sus hermanos o su propia madre.

-Está claro lo que intenta el pájaro ese – comentó Jorge en el curso de una reunión que mantuvo en su despacho, junto con Fernando, Luis, Brígido y Don Camilo – lo mejor que podemos hacer es retirar la oferta por lo que nos interesa de la fábrica de Pepe y apostar por todo.

-Ahí hay mucha basura – intervino Luis.

-Lo sé. Pero quedándonos con la mierda abarataremos lo que verdaderamente nos interesa. – intervino Brígido.

-¿Cómo? – preguntó Camilo por decir algo pues su mente estaba con Marcela, con la que había quedado esa noche para contarle como iban las negociaciones.

La conversación continuó con un casi mano a mano entre Brígido y Don Camilo, quedando los restantes miembros de la reunión como meros espectadores.

-Forzaremos a la Banca Vicens a que embargue la fabrica a cambio de la deuda que tienen con ellos – intervino de nuevo Brígido que parecía haber cogido el ritmo de la conversación.

-A la banca no le interesa la operación.

-Si le aseguramos la recompra del producto del embargo si lo harán. Y posiblemente hasta admitan una importante “quita”.

-Eso les costaría mucho dinero y no creo que acepten

-Lo harán si se exponen a perder un cliente como “Camilo Blanes y Asociados”

-No me gusta meterme con los bancos, siempre te la devuelven.

-Si pueden siempre nos la devolverán en el futuro Don Camilo. Hagamos lo que hagamos ahora.

Todos afirmaron con la cabeza y al día siguiente Don Camilo fue a entrevistarse con Don Antonio. De la reunión ambos salieron satisfechos.

## CAPITULO II

### AGAMENON GUTIERREZ MELLADO

Agamenón Gutiérrez Mellado era un vendedor nato, capaz de endosar, nunca vender, según su modo de entender las ventas, cualquier cosa aunque fuese a costa de engañar a su cliente. En eso no tenía ningún escrúpulo y lo hacía con tanto salero que en la mayoría de las ocasiones el presunto perjudicado ni siquiera se ofendía, o por lo menos no se lo tenía en cuenta. Después de cada fiasco siempre tenía el detalle de regalarles algún saldo, que no quería nadie, con que taparles la boca.

También era especialista en putadas, como la que le hizo en su día a Tomas Gonzaga, el ex socio de Nando y que le llevó a la ruina. Desde entonces se consideraba amigo de Fernando, aunque este no llegaba a tanto y solo lo tenía como un simple conocido.

Agamenón sabía que junto a Nando había mucho dinero por ganar, como ya le demostró al hacerle el favor, que no lo fue tanto por estar excelentemente pagado.

Un día lo abordó en Le Parisián, con el desparpajo que lo caracterizaba, mientras Fernando estaba allí comiendo con Lola. Se auto invitó sentándose en la misma mesa y quedó prendado de la belleza de esta.

Agamenón todavía no había cumplido los treinta y cinco años, era bien parecido y de cuerpo atlético. Pero no tenían comparación con Nando y mucho menos con Jorge. No estaba casado ni tampoco había sentido la tentación de hacerlo. Tenía todas las mujeres que deseaba y pasaba demasiado tiempo fuera, viajando, como para tenerla contenta si finalmente se casaba, y desde luego no era cuestión de cargar con ella en sus viajes, ni tampoco dejarla en casa para disfrutarla tan poco tiempo y que algún desaprensivo se la beneficiase.

A pesar de todo ello a la mujer de su jefe no podía quitársela de la cabeza. Sabía que era un amor imposible, pues no podía competir con Fernando ni en dinero ni en lo físico, aunque igualmente pensaba que podría conquistarla por la cara. Pero en el fondo era realista.

Por otra parte la atracción era únicamente física, pues apenas se habían tratado un par de veces y posiblemente nunca llegasen a intimar.

Días después, paseando por la Calle del Mercado la vio pululando entre los puestos de verduras y comprando algo diferente cada vez que se detenía. Pensó abordarla pero no tenía excusa para ello y no podía olvidar que se trataba de una mujer casada. De todas formas la siguió. Era bella como una odalisca y sin afeites su cara era incluso más joven, o por lo menos así se lo parecía a él, que el otro día.

Los dos capazos que portaba pronto estuvieron llenos, y por las trazas debían ser lo bastante pesados. Excusa adecuada para ofrecerle su ayuda.

-Señora. ¿Me permite la ayude a llevar tan pesada carga? – le dijo al acercarse, mientras intentaba coger de sus manos uno de los pesados capazos.

Ella lo miro sorprendida pues no lo conocía de nada y apenas recordaba haberlo visto un par de veces por las calles de Alcoy, en donde parecía que todos se conocían aunque fuese de vista. Por suerte no se trataba del clásico raterillo, ni de esos desarrapados que pudiesen arrebatarle el capazo de un tirón y salir corriendo. Era una persona elegantemente vestida y de aspecto agradable. Así que se avino a mantener la conversación y más adelante ya se vería

-Gracias, pero no hace falta. Me las puedo arreglar sola. Además no tengo el placer de...

Esperaba conocer algo más de él antes de decidirse.

-Probablemente no me recuerde. Soy amigo de Fernando Ortega y hace unos días tuvimos la oportunidad de compartir mesa en Le Parisián. ¿No se acuerda?

Ahora lo tenía claro, resultaba que este buen hombre la había confundido con su hermana Lola. Se parecían bastante cuando se le veía por separado, pero cuando se encontraban las dos juntas el



resultado ya no era tan evidente. Decidió seguirle la corriente haciéndose pasar por ella.

-¡Ahora lo recuerdo! Perdona que no lo hiciese antes, pero me presentan tanta gente al día...

-No tiene importancia. ¿Supongo que ahora no tendrá ningún inconveniente en que la acompañe?

-Por supuesto.

Deambularon todavía un rato más por el mercado. Mientras Emilia compraba unas lechugas por aquí y unos tomates por allá. Hablaron de infinidad de cosas, algunas de ellas íntimas que la mujer no rehuyó. Habían intimado y el tiempo parecía no correr para ninguno de los dos.

Cuando desde el campanario de la iglesia de Santa María sonaron las campanadas del Ángelus e indicando a su vez que eran las doce del mediodía, la gente, después del momento de respeto y oración, salió corriendo hacia su casa y Emilia no fue menos.

Agamenón iba cargado con los dos capazos, mientras que la mujer llevaba en sus brazos un manojo de cardos como si se tratase de un ramo de rosas. Cuando llegaron al Canto el Pinyó, el hombre se fue para atravesar la plaza de San Agustín en dirección a la casa de Fernando, mientras la mujer encaraba la calle de San Nicolás hacia arriba.

-¿No es allí? – le interpeló confundido el hombre.

-Sí. Pero hoy voy a casa de mi madre, que vive en el número once – le respondió mientras con la mano libre le señalaba la casa.

La puerta del edificio estaba abierta y Agamenón depositó los capazos en el suelo del zaguán.

-No sé si debiera acompañarla hasta la misma vivienda de su señora madre.

-Mejor déjelos ahí. Cerraré la puerta y ordenaré a la doncella que baje a recogerlos.

-¿Volveré a verla?

-Alcoy es muy pequeño y cuando dos personas no intentan evitarse al final se encuentran.

-¿Cuándo?

-Creo que va usted demasiado deprisa. Recuerde que no soy libre.

Y sin esperar respuesta de su interlocutor subió corriendo el tramo de escalera que la separaba de su casa. Mientras que el hombre decepcionado, salía del zaguán cerrando la puerta tras de sí.

Cuando entró en su casa, ordenó a la doncella que bajase a recoger la compra y se encerró en su habitación. Brincó de alegría cuando se encontró a solas pues estaba perdidamente enamorada del hombre que terminaba de dejar en el zaguán de su casa. Lo malo es que él también lo estaba pero de su hermana. No sabía si había metido la pata al ocultarle su verdadera identidad, pero estaba dispuesta a darle la vuelta a la situación sin que él se diese cuenta. En cuanto al problema de que ya estaba comprometida con otro hombre y a punto de casarse. Eso ya lo solucionaría.

XXXXX

XXX

X

Camilo visitaba periódicamente a Marcela en su casa los jueves por la tarde. Se encerraban en el despacho de Pepe y le contaba las novedades que tenía sobre la liquidación de la empresa de su marido. Hacían el amor sobre el diván que allí había y como despedida le entregaba un sobre con la cantidad suficiente para cubrir los gastos de la semana. Era una cantidad a cuenta de la liquidación que posteriormente se efectuaría por la venta de los bienes de la fábrica de su difunto esposo, pero cualquier observador imparcial creería que se trataba del pago por los servicios prestados.

Lo hacían en el despacho sin ningún pudor y sin tratar de mitigar los grititos de placer que emitía Marcela y que se escuchaban por el pasillo. Por suerte lo hacían a horas en que los niños pequeños estaban en el colegio y en casa solo estaban Emilia y la doncella. Esta se recluía en la cocina y se hacía la sorda pues estaba en juego su puesto y Emilia se congratulaba de que su madre hubiese encontrado un consuelo en su soledad.

A tanto llegaba la confianza, que en las dos últimas ocasiones habían hecho el amor completamente desnudos y en la cama de Marcela. Camilo no podía negar que se sentía completamente atraído por esa mujer y sobre todo por la forma tan especial que tenía de mover el vientre mientras realizaba el coito y que volvía loco a su marido, según le había contado su amigo en cierta ocasión mientras compartían una buena botella de coñac. Camilo siempre la había deseado y ahora que veía complacida su ilusión no pensaba dejársela.

Consuelo sin embargo se había dado cuenta de ese pequeño distanciamiento y se mostraba tirante en su relación con Camilo, aunque a decir verdad trataba de disimularlo a toda costa.

Su amante cometió la torpeza de contarle lo sucedido la noche en que Marcela y él hicieron el amor por primera vez en el despacho de su casa. El extraño pantalón que ella portaba y que creía le impediría realizar el coito. Hasta que descubrió que en la entrepierna, en donde se unían ambos camales, no estaba cosido y dejaba una abertura por dónde meterla.

Le contaba esto a Consuelo en tono de chanza, mientras hacían el amor en la oscuridad de su habitación.

-Pero lo más bueno de todo esto – continuaba Camilo mientras jadeaba, pues hablar y joder al mismo tiempo no estaba dentro de sus posibilidades – es que no está hecho para eso ¿Sabes para qué? – el silencio fue la respuesta - ¡Para mear!

Camilo soltó una risotada y cuando arrimó su boca a la mejilla de la mujer que estaba poseyendo la encontró mojada por las lágrimas que estaba derramando. Cuando se atrevió a pronunciar un inadecuado “¿Qué te pasa?” ella estalló en sollozos.

Se escabulló por primera vez en su vida de entre sus brazos y se instaló en un extremo de la ancha cama dándole la espalda. Camilo a partir de ese día hizo lo que el instintito le mandaba: Dejarla tranquila, hacer que el tiempo pasara y se enfriaran los ánimos y después intentar conquistarla de nuevo. Gracias a Dios, y mientras tanto, sus necesidades sexuales, que ya no eran tantas, la tenía aseguradas con Marcela y de eso ya hacía ocho semanas. ¡Como pasaba el tiempo!

XXXXX  
XXX  
X

Agamenón se había encargado de colocar toda la mercancía que colmaba los almacenes de la empresa de Pepe Bernabéu a un muy buen precio, dadas las circunstancias, y obteniendo una importante comisión. La mayor parte de la maquinaria, restaurada y modernizada, fue instalada en la nueva fábrica de “Camilo Blanes y Asociados”, bajo la dirección de Luis.

Camilo no se esperó al jueves para trasladarle las buenas nuevas a Marcela, y un martes, ante la alegría de ella, se presentó en su casa. Para más suerte estaba sola y antes de que acudiese más gente, pasaron a su habitación para realizar la clásica relación carnal. Que por tratarse de un día diferente y no cuando tocaba fue mucho más especial de lo normal.

Después, una vez acicalados convenientemente, pasaron al despacho para mantener la conversación que se suponía era el principal motivo de la visita, aunque por supuesto no el de mayor aliciente.

Camilo le rindió cuentas. Que no eran otras que con el importe de la liquidación de los bienes de la empresa, habían podido liquidar todas sus deudas. El resto de su patrimonio, en el que estaba incluida la casa donde vivía, la Masía de Morales y el pequeño piso en donde tenía Pepe instalado su despacho profesional de abogacía, habían quedado liberados.

En realidad con la liquidación de la fábrica hubo beneficios, y aunque le correspondían legalmente a él, que fue el que se encargó de la liquidación de la empresa por su cuenta y riesgo y que incluso le hubiesen podido ocasionar quebrantos que no hubiese tenido más remedio que asumir. Ahora bien, tratándose de quien se trataba y en recuerdo de la amistad que le había unido con su esposo, se las hubiera podido ceder perfectamente. Estuvo a punto de hacerlo, pero inmediatamente lo rechazó. No por quedarse con un dinero que verdaderamente no le hacía ninguna falta y le sobraba por todas partes. Lo hizo simplemente por tener a Marcela indefensa en sus manos y con entera dependencia económica de él. Si algún día se cansaba de ella, y por las trazas no parecía que fuese muy pronto, ya tendría ocasión de ofrecerle una buena cantidad para poder comprar su libertad y que ella se independizase.

Lo más inmediato era casar a Emilia y sacarse de encima al zángano de Bernabé que era la verdadera carga de la familia. Según sus noticias, y ante la evidente falta de dinero que parecía, había denunciado a su madre exigiendo la legítima que le correspondía por la muerte de su padre. La relación con la madre estaba completamente rota y había alquilado un piso en la calle de San José en donde se había instalado con su manceba que no era otra que la antigua niñera de la casa. Según parecía, estaba viviendo consumiendo los pocos ahorros de la muchacha y la pequeña indemnización que su madre la había ofrecido al despedirla.

Evidentemente ese dinero se terminaría pronto y Bernabé pugnaba por conseguir la legítima que le permitiese subsistir una buena temporada.

-De todas formas, para cubrir tus gastos en el futuro – continuó Don Camilo – tendrás que vender algunos de los inmuebles que te quedan. Esta casa, por supuesto que no, pues la necesitas para vivir. Pero podríamos comenzar por el piso en donde Pepe tenía su despacho de abogado.

-¡Ese no! - le interrumpió Marcela – Fausto, si Dios quiere, terminara la carrera el próximo año y le he prometido que el despacho de su padre será suyo. Lo tiene todo instalado, es un lugar muy céntrico y conocido por muchos alcoyanos que a pesar del tiempo que se tarde en su reapertura, seguro que lo relacionaran con mi querido Pepe y servirá para recuperar a muchos de sus antiguos clientes.

-Entonces solo queda la masía...

-Sentiré mucho perderla... pero si no hay más remedio... - respondió una conformada Marcela.

-Tengo una solución... Véndemela a mí. Te lo podría pagar de golpe, pero no creo que sea lo más adecuado, y si lo deseas te lo puedo dejar en usufructo compartido.

-Explicate...

Marcela lo había entendido perfectamente. Intuía por donde iban los tiros de Camilo y la propuesta le agradaba. Pero le gustaba y quería oírlo de su propia boca.

-Yo te lo compro a un precio que fijaremos ahora, pero te lo pagaré poco a poco para que la

afluencia de dinero a tu bolsillo no despierte la avaricia de Bernabé. Si tienes después un dispendio importante, como pudiese ser la boda de Emilia, pongo por ejemplo, o si el inútil de tu hijo gana el pleito que tenéis por la legítima de Pepe, lo que es muy probable, te adelantaría los fondos necesarios. La masía la disfrutaremos en usufructo los dos. Bien sea cada uno con su familia por lo que estableceremos los oportunos turnos, o los dos a la vez...

Camilo al que ya se le había pasado los efectos del polvo pegado apenas unas horas antes y parecía ya recuperado, se acercó a la mujer, metió la mano por debajo de la falda y acarició la parte interior de sus muslos, hasta llegar al sexo y pellizcárselo, mientras la besaba apasionadamente.

Marcela como siempre se dejó ir, pero a Camilo, aunque el deseo lo estimulaba, su miembro no respondía como hubiese deseado. Optó por dejarlo todo como estaba y posponerlo para un próximo encuentro.

Sacó la mano de donde se encontraba, no sin antes limpiarla con sus enaguas y continuó la conversación como si tal cosa.

-¿Y si a alguno de los dos nos pasa algo?

-Estará todo previsto. Si es a mi mis herederos se quedarán con la masía y te entregarán inmediatamente el dinero que falte por abonar.

-¿Y si soy yo?

-¡Dios no lo quiera! Pues pienso disfrutar todavía mucho de ti. Entonces igualmente el contrato no tendría razón de ser, liquidaría la cantidad restante por pagar y la Masía quedaría, ya libre de cargas, de mi propiedad. ¿Estás de acuerdo?

-Lo estoy.

-Entonces mañana mismo encargaré a Brígido que redacte el documento pertinente.

-Supongo que todo esto no evitará que continuemos viéndonos todos los viernes.

-Dadas las circunstancias y teniendo en cuenta como tengo el patio en mi casa, quería proponerte que duplicaremos nuestros encuentros a dos veces por semana.

-Por mi no hay inconveniente.

XXXXX  
XXX  
X

Emilia comenzó a maquillarse cada vez que salía de su casa y aun que no por ello estuviese más hermosa si lograba parecerse más a su hermana que era de lo que se trataba. A la primera ocasión que tuvo rompió, con gran escándalo de ambas familias aunque se logró que no trascendiese al exterior, el compromiso con su anterior novio.

En vestuario no podía equipararse al de su hermana, pues aunque su madre, después de lo que había pasado, había logrado estabilizar el futuro económico de la familia, eran muchos hermanos y no estaba para grandes dispendios. La solución era sencilla. Aprovecharía los vestidos que su rica hermana desechaba para lucirlos ella. Ambas, aparte de extraordinariamente parecidas, Sobre todo cuando no estaban juntas, tenían idéntica constitución física.

Una mañana se presentó en su casa cuando sabía que se encontraba sola, y le pidió:

-Vengo a que me prestes algunos de tus vestidos...

Lola no precisaba ninguna aclaración, pues conocía perfectamente la situación en casa de su madre y de hecho, y bajo mano, ya la estaba ayudando.

-No te presto ninguno, te los regalo.

-¿Cuáles? – respondió una sorprendida Emilia

-Los que quieras. No te preocupes.

-Voy a dejarte desnuda... - le aclaro asombrada por la variedad de vestidos que tenía ante ella

-Es cuando más disfruto – le respondió con una sonrisa picara – Así aprovecharé para renovar mi vestuario.

No es que Emilia no tuviese ropa en casa. Su padre todavía no hacía ni tres meses que había fallecido en el desgraciado accidente de caza. Y la pequeña crisis económica apenas le había dado tiempo de repercutir en lo que se refería al vestuario.

Pero con tanto hermano en casa, su madre siempre había mirado con lupa la ropa que se compraba en casa y siempre había primado antes la cantidad que la calidad.

El vestido más simple de su hermana solo podía tener parangón con el que ella usaba para ir al baile de fin de año al círculo de empresarios. Para colmo, como solo lo usaba una vez por temporada y su cuerpo ya se había estabilizado, pues había dejado de crecer, su madre la obligaba a usarlo año tras año.

Ahora salir de casa cada día con cualquier vestido de su hermana era llamar la atención y eso es precisamente lo que necesitaba para conquistar al hombre de su vida que no era otro que Agamenón.

Escogió cinco o seis de los vestidos de su hermana, alguno no recordaba que los hubiese estrenado alguna vez, y ayudada por una de sus doncellas los trasladó a su casa. Inmediatamente comenzó a probárselos.

Marcela estaba verdaderamente enfadada con su hija Emilia. No comprendía cómo había sido capaz de romper con el novio de “toda la vida”, con el que salía desde que cumplió los quince años o tal vez antes, que ya “entraba en casa” con todo lo que eso representaba. Y que el último verano se había pasado con ellos quince días en la masía, con el riesgo que ello comportaba. Aquello estaba lleno de escondrijos en los que cualquier pareja podría hacer el amor con la mayor impunidad. Así le había ocurrido a la zorra de Leonor, su anterior niñera, que se quedó preñada del innombrable Jorge. También con él le paso algo a su hija Lola, que aunque no quedo nada claro, alguna que otra guarrada le hizo, pues su hija se lo confesó en uno de los pocos cara a cara que tuvo con ella y en la que ambas se habían pasado con el anís.

Sea como fuese lo cierto es que se lo había dejado sin dar ninguna explicación, aunque en el fondo la comprendía pues su ex tenía toda la pinta de ser un autentico “Faba”, pero le molestaba que se hubiese esperado hasta casi el final. La niña desde luego no se quedaría para vestir santos pues pretendientes no le faltarían. Ahora por los signos externos que emanaba, tenía claro que estaba a la caza y captura de otro pretendiente del que no tenía ni pijotera idea de su identidad.

Últimamente Emilia se maquillaba con harta frecuencia cuando anteriormente no lo había hecho

nunca o únicamente en raras excepciones, como por ejemplo cuando acudía a las fiestas de año nuevo en el casino.

La llegada acompañada por la doncella de Lola y ambas cargadas con tres voluminosos vestidos cada una y cual más vistoso que el otro, era la gota que rebasaba el vaso.

-Me tienes que decir con quien estas saliendo – le repetía una y otra vez, cada vez que se cruzaban por la casa.

Emilia trataba de eludir la enojosa pregunta, pues en realidad no tenía nada que decirle, ya que aunque iba de caza todos los días la pieza todavía no la tenía en el zurrón. Pero ella continuaba insistiendo. Un día ya cansada le replicó.

-Mira mama. Cuando llegue el momento oportuno y la relación se consolide, si es que lo hace en algún momento pues no lo tengo nada claro, te lo diré. Tú te estás acostando con el tío Camilo y nadie te dice nada...

-¿Cómo que me estoy acostando con Camilo?

-Las risitas y los grititos de placer que salen del despacho cuando viene por aquí a saldar cuentas, o lo que sea, son bastante elocuentes e inequívocos y curiosamente los mismos que salían de tu habitación, cuando los sábados, que era el día que tocaba, papa y tu hacíais vuestras cosas. Porque en esta casa ya nadie se chupa el dedo y hasta Gerardo y Herminia, que se supone todavía cagan verde, saben mucho más de lo que aparentan.

Marcela se quedó anonadada por la perorata de su hija e incapaz de articular cualquier palabra para defenderse o por lo menos para interrumpirla. Nunca en la vida se le había ocurrido pensar que sus aventuras sabatinas con su esposo en el tálamo conyugal, pudiesen ser escuchadas por sus hijos y llegar a su conocimiento. ¡Qué vergüenza! Y mucho menos que los aquí te cojo aquí te meto con Camilo en el despacho fuesen también conocidos. Así es que avergonzada optó por marcharse al tendedero para recoger y plegar la ropa y en esa ocupación pasó media mañana.

Almorzaron a las diez, las dos juntas, sin cruzar una sola palabra y a las once Emilia ya estaba vestida como vulgarmente se dice en Alcoy “com un margalló” y dispuesta a salir a la calle para dar una ronda por la del Mercado y tener la suerte, como la otra vez, de tropezarse con su adorado Agamenón.

No lo había vuelto a ver desde entonces, el maravilloso día en que se lo encontró en la calle del Mercado, pero su interés por él no había menguado ni un ápice. Esperaba que dada la motivación que demostró durante las dos horas escasas que congeniaron, todavía perdurase. Aunque ya comenzaba a preocuparla que no hubiese hecho nada por encontrarse con ella.

Sin embargo durante ese tiempo no había permanecido ociosa y recabó toda la información sobre él que le fue posible, entre sus amigas y conocidas. Tan disimuladamente lo hizo que ni siquiera su hermana reparó en ello.

Supo que le llamaban Agamenón Gutiérrez Mellado, aunque ella cuando lo recordaba en sus conversaciones imaginarias le gustaba llamarlo Aga. Se ganaba, y parecía que bastante bien, la vida como viajante, aunque la labor ingrata de ese oficio la hacían sus subordinados y él únicamente se dedicaba a dirigir y fiscalizar el negocio. Eso lo obligaba en ocasiones a ausentarse de Alcoy con harta frecuencia y en esos momentos ignoraba si se encontraba en la recién estrenada ciudad o por esos mundos de Dios.

Su hermana Lola no lo soportaba. Decía de él que era un pedante y que incluso hasta había intentado ligar con ella a pesar de estar unido a Fernando por motivos de trabajo.

Salió a la calle dispuesta a gastarse la moneda de plata que le había sacado a Camilo el jueves anterior durante la semanal visita a su madre. Al principio lo besaba cuando lo veía por compromiso, pues ya no sabía si era un lejano pariente de su padre o simplemente un amigo. Pero se había dado cuenta, que si aparte del beso, lo abrazaba como una colegiala y no se oponía al posterior achuchón, al final tenía premio. Comenzó con unos céntimos de cobre para chuches y ahora ya obtenía una

moneda de plata. Suponía que para llegar a la de oro tendría que hacer algo que su tío nunca le propondría ni ella desde luego aceptaría. Se reprochó tener pensamientos impuros y para acallar su conciencia se convenció de que solo le pagaba para lograr su silencio, sobre la relación que mantenía con su madre.

Finalmente no se compró nada y decidió guardar la moneda junto con otras muchas que ya atesoraba.

Pasó por delante del Casino para volver a casa. Cuando llegó a la altura del ventanal que daba a la calle y proporcionaba luz natural al bar, le pareció distinguir al fondo la inimitable figura de Agamenón, enfrascado en la lectura de un diario local, a la vez que daba pequeños sorbos al contenido de una enorme copa, aparentemente de coñac, que mantenía medio llena sobre la mesa.

La única prensa escrita que había en Alcoy en esa época era el “Diario de Alcoy”. Cada publicación que salía nueva no solía durar más de un par de años, pero era sustituida por otra inmediatamente. Este consistía en una hoja plegada de 86 por 60 centímetros y un total de cuatro páginas, impresas a cuatro columnas y estaba editado por José Martí. Tenía tantas secciones fijas que dado su corto espacio era imposible dar cabida a todas, pero la que nunca fallaba era la del folletín, que era la única que seguían religiosamente gran número de alcoyanos. Agamenón estaba ahora siguiendo uno que se titulaba “La mujer abandonada” y no comprendía que si estaba tan buena como su autor decía alguien pudiese abandonarla.

La entrada de mujeres al casino no estaba prohibida pero tampoco permitida y desde luego no se veía con buenos ojos, y en algunos casos se había llegado hasta la amonestación, cuando alguno de sus socios se presentase allí con su esposa o lo que era peor con alguna pelandusca. Solo se admitía la presencia de la esposa e hijas, cuando se celebraba un baile benéfico o en las tradicionales fiestas de navidad y fin de año.

Pensó en esperarlo a que saliese, pero podía tardar un mundo en hacerlo y una joven tan elegantemente vestida como iba ese día no pasaría desapercibida. Tanto si se plantaba en la acera de enfrente como si pasease la acera, arriba y abajo, como una vulgar prostituta en espera de clientela. Finalmente se le ocurrió un truco que llevó a fin inmediatamente.

Entró en el casino por la puerta giratoria, y con una mano sobre su frente como si estuviese mareada. Rápidamente uno de los ordenanzas que había al fondo del zaguán, detrás de un pequeño mostrador, se le acercó raudo, mas con afán de detenerla que de ayudarla.

-¡Por favor! ¡Ayúdeme! Estoy mareada y a punto de desmayarme... – le dijo mientras se tambaleaba y amenazaba con caer al suelo de un momento a otro.

El pobre hombre, que no pasaba de los treinta años, no sabía qué hacer y mucho menos se atrevía a tocarla. Solo puso una de sus manos cerca de la cintura por la espalda para tratar de sujetarla si por desgracia llegaba a desplomarse. Nunca tuvo a una joven tan bella y elegantemente vestida cerca de él y todo ello sin contar el delicioso aroma de perfume caro que emanaba su cuerpo y lo embriagaba.

Con gestos y ademanes trató de conducirla hacia el taburete que ocupaba él anteriormente cerca del mostrador para que pudiese sentarse, pero no pudo evitar que ella, haciendo caso omiso de sus indicaciones y consciente o inconscientemente, se introdujese en el recinto que ocupaba el bar y cuyas puertas estaban apenas a un par de metros de distancia.

Aparte Agamenón, allí solo se encontraba un par de hombres, ya de avanzada edad, que aunque portaban un periódico cada uno en sus manos, en realidad estaban medio dormidos y no se percataron de nada.

Emilia se dejó caer pesadamente en la primera silla que encontró, con los dos ojos cerrados y aparentemente inconscientes. El lacayo no sabía qué hacer y Agamenón, a pesar de que todavía no la había reconocido, se acercó a prestar su ayuda en lo posible. Cuando estuvo cerca la identificó inmediatamente. Era Lola la esposa de Fernando.

-Trae unas sales para reanimarla – ordenó al hombre que continuaba sin saber qué hacer.

-¿Qué es eso? – preguntó preocupado pues no había oído nunca esa palabra.

-¡Si no tenéis! Trae amoníaco... o lo que sea. Algo con aroma fuerte para reanimarla.

El hombre se marchó preocupado sin saber exactamente lo que tenía que traer, pero esperando consultarlo con su compañero y suponía que entre ambos algo se les ocurriese.

Emilia para evitar más congoja a su amado, abrió los ojos ante él, le guiñó uno y con una sonrisa en sus labios festejando la broma los volvió a cerrar. Agamenón aprovecho esos instantes para besarla cálidamente en sus labios y mantuvo el beso hasta que ella, con otra sonrisa, lo rechazó cariñosamente.

Regresó el hombre con una botella de alcohol de quemar en sus manos. Cuando Agamenón, la cogió, destapó y acercó su boca a la nariz de ella, Emilia comprendió que había llegado el momento de poner fin a la parodia si no quería que llegase a mayores y pudiese derivar en un escándalo. Poco a poco hizo como que despertaba de su corto letargo.

-¡Alberto! Dile al camarero que nos prepare un par de cafés, solos y bien cargaditos. Que eso seguro nos vendrá bien a los dos – le dijo al ordenanza mientras que con la vista pedía las aquiescencia de la mujer.

-Don Agamenón... Usted sabe que las normas de la casa no permiten ciertas cosas...

-Alberto. La señora esta mareada y probablemente con la tensión baja, por lo que el café le sentará de maravillas. Las normas también están para saltárselas cuando hace falta.

-Si. Pero...

-O tal vez prefieras sacarla, tu solo, a la calle a patadas... y luego atenerte a las consecuencias.

-Eso nunca se me ocurriría – le respondió el ordenanza escandalizado

-Pues entonces haz lo que te he dicho, que si surgen problemas yo me encargaré de solucionarlos.

Cuando el tal Alberto fue finalmente a cumplir el encargo, Agamenón miró a la que creía Lola, que sonriendo parecía esperar su regañina.

-¿Por qué has hecho esto?

Miraba embelesado la belleza de su rostro, mientras esperaba su respuesta, y la de unos ojos que unas veces le parecían azules y otras, como ahora, verdes. En realidad cada hermana los tenia de un color, pero eso el hombre no lo comprendía pues creía se trataba de la misma persona.

-Simplemente quería verte. Estaba esperando fuera y la única forma de avisarte que se me ocurrió fue esta.

-Esto, Lola, es una locura, maravillosa, es cierto, pero no por ello deja de ser una locura.

-No me llames Lola... es como si perteneciera a otro hombre.

-¿Cómo quieres que te llame?

-Cualquier cosa. Cuando nos encontremos a solas. Llámame...!Emilia por ejemplo;

-Si ese es tu deseo son órdenes para mí.

Les interrumpió el camarero trayendo las dos tazas de café.

Las tomaron con calma y en silencio, pero cuando terminaron Agamenón la apremió.

-Mejor que nos marchemos, son casi las doce y pronto llegaran los primeros en abandonar sus puestos en las fábricas y tu presencia puede ser enojosa para algunos. Cuantos menos comentarios hagan sobre nosotros mucho mejor.

-¿Tienes miedo?

Tanto desparpajo le dejaron impresionado. Era como si no temiera ni a su marido ni a nadie y solo intentara conquistarlo. Por un momento tuvo el impulso de saltar sobre ella, hacerle el amor delante de todos y satisfacer sus ansias de poseerla. Pero estaba convencido de que todo era un sueño y cuando se despertara sufriría el más espantoso de los ridículos.

La cogió por el brazo y casi llevándola a rastra la empujo hacia la calle. Salieron a la de San Nicolás y Emilia tomó la dirección ascendente alejándose así de su casa. No quería regresar tan pronto y si conversar con Agamenón



-¿Dónde has estado? Hace algo más de un mes que te ando buscando.

Parecía haber vuelto a la normalidad y desaparecidas sus ansias por provocarle.

-De viaje. Cuando hago la ruta del norte estoy más de un mes fuera de casa. Pero si llego a saber que andabas buscándome ten la más completa seguridad que hubiese regresado inmediatamente.

Paseaba uno al lado del otro y el hombre parecía querer guardar las distancias como si solo fueran, y en realidad lo eran, un par de conocido que caminaban juntos por un itinerario común después de un encuentro fortuito. Pero Emilia se arrimó a él y lo agarro por su brazo.

Agamenón no se sentía cómodo. No era correcto que anduviese por la calle, bien cogidos del brazo, con una mujer casada y de la que no era pariente.

-¿Qué pasaría si de repente nos encontrásemos con Fernando? – dijo para aliviarse del mar de dudas que le embargaba.

-Nada – le respondió con la mayor tranquilidad la mujer – Tú lo saludarías como tu jefe y amigo que es, y yo le daría dos besos y le diría que nos habíamos encontrado casualmente y te habías brindado a acompañarme a un recado.

Sabía que Lola, la mujer a quien amaba, era bastante liberal con respeto al amor. Pero le sorprendía su sangre fría. Según se decía no había llegado virgen al matrimonio y que incluso ya estaba preñada cuando se caso.

Contaban los mentideros alcoyanos, aunque no siempre acertaban, que el hombre que la disfruto por primera vez lo pagó con una paliza que le propinaron sus dos hermanos mayores. Pero ninguno de los dos parecía capaz de tamaña hazaña. El mayor por pánfilo e incapaz de pegarse con nadie y el otro, Bernabé, porque le importaban tres pitos la honra de nadie y mucho menos la de cualquiera de sus hermanas y desde luego no se jugaría la cara por ninguna de ellas. Finalmente parecieron llegar a la conclusión que el causante de la paliza no había podido ser otro que el mismo Fernando, aunque por entonces no tenía nada que ver con ella y estaba felizmente casado con la viuda de Riquelme.

Tales libertades, a pesar de sus bromas, no las veía por ninguna parte en la delicada mujer que lo acompañaba, pero es que además se contaba, que con la colaboración de otra pareja mantenían una especie de “entente cordiale” en el que no faltaba el intercambio de pareja. Cosa todavía más difícil de creer. Estaba claro que todo debía ser una sarta de mentiras para desacreditarlos y que su único pecado era el de ser guapos y ricos.

Lo único cierto es que la muchacha que tenía en esos momentos a su lado semblaba tan casta y pura que parecía mentira pudiese verse envuelta en esos trances, pero cuando el rio suena agua lleva y si había la menor oportunidad de poder hacer el amor con ella, tengan por seguro que no la desaprovecharían.

Doblaron a la derecha cuando llegaron a la esquina en donde estaba la Parroquia de San Mauro y San Francisco y eludiendo la calle y la placeta de este ultimo nombre y bajaron por la de San José que era paralela a la anterior.

Cuando llegaron a la mitad de la misma, el hombre se detuvo delante de una casa de buena planta y tres pisos, que no parecía que hiciese mucho que la habían construido.

-Ahí vivo yo, en el primero. Me encontraras siempre que me necesites, si no estoy deja una nota en el buzón que yo hare lo imposible por encontrarte, sin comprometerte.

A Emilia le hubiese gustado que le enseñase la casa y poder tener un momento de intimidad con él. Pero comprendía que eso era ir demasiado lejos y no era ese el momento oportuno. Debía ya ser la una del mediodía y hacía tiempo que debía estar en casa.

-Algún día me enseñaras tu casa.

-Cuando quieras.

Continuaron de nuevo hacia abajo hasta encontrarse en la calle del Mercado. Algunos agricultores ya estaban saldando las hortalizas que les habían sobrado, mientras otros desmantelaban sus puestos.

-¿Cuándo volveremos a vernos? – insistió Emilia.

-Por mi siempre estaré disponible, tu eres la que puedes tener inconvenientes – pensaba en Lola – y por lo tanto decides.

-Mañana representan un sainete en el Teatro Principal, me gustaría verlo.

-Tus palabras son órdenes para mí. ¿Dónde nos encontraremos?

-Yo iré hacia tu casa para buscarte, espérame a las cinco de la tarde.

Emilia se presentó en la casa de Agamenón a las cinco en punto de la tarde del día siguiente y con el mismo vestido verde que llevaba su hermana la vez que estuvo cenando en Le Parisiën con Fernando y él se les acercó. Si hubiese tenido la menor duda sobre la identidad de su invitada, en esos mismos momentos se hubiesen disipado.

Se quitó la gruesa capa a juego con el traje, que aunque no era necesaria en esos momentos para protegerla del frío cuando aun podían aprovecharse los últimos rayos del sol en su ocaso, si lo sería cuando saliesen, ya de noche, del teatro. Quedó maravillado de su esbelta figura y no dudó ni por un instante que tenía delante a la autentica Lola, por mucho que intentase cambiar ahora su nombre por el de Emilia. Pero si esa artimaña lograba atraerla hacia él, bien venido sea. Solo le sorprendía que sus ojos fueran ahora de color verde esmeralda puro, cuando hubiese jurado que aquella noche eran de un azul cielo. Cosa de la refracción de la luz, se dijo.

-Si estas ya arreglado mejor será que nos marchemos –le apremió la mujer – La función comienza a las cinco y media.

-Querría mostrarte mi casa...

-Tiempo tendremos cuando regresemos.

Las intenciones de Agamenón para la noche estaban claras y Emilia parecía bastante dispuesta a secundarlas.

Salieron del teatro a las diecinueve treinta, felices y todavía riéndose de algunas de las situaciones esperpénticas que terminaban de presenciar. La trama era muy simple y rodaba alrededor de una esposa que engañaba a su marido con un amante. El esposo no se enteraba, o más bien no parecía querer enterarse, aunque dispusiese de pruebas suficientes de su cornudez y que todos parecían dispuestos a ofrecerle. Finalmente todo terminaba bien para los amantes y no a tiros como cabía esperar. Eso en cierta manera le daba ánimos, por lo menos al hombre, para continuar su aventura y por esos salían felices y contentos. Fueron a un bar que había enfrente de la Parroquia de Santa María para merendar. Tomaron unas tostadas con jamón y un café con leche.

El tiempo justo. No lo hicieron largo pues ambos parecían tener prisa. Sin embargo algo truncó sus planes. Cuando estaban delante del Convento de San Agustín, por suerte al otro lado de la plaza, vieron como Jorge, Camilo y Fernando salían en esos momentos de las oficinas de la empresa. A Agamenón se le hizo un nudo en el estomago y la leche que terminaba de consumir se le torno agria. Lo único que no deseaba en esos momentos era enfrentarse a Fernando llevando a su esposa al lado. Estaban lejos, había bastante gente en esos momentos paseando por en medio de la plaza, pero tampoco la suficiente como para ocultarlos si decidía dirigir su mirada hacia allí. Para colmo el vistoso vestido verde que lucía su acompañante, parecía la luz de un faro que atraía todas las miradas. Tapándola con su cuerpo todo lo que pudo, pasaron por delante de las inacabables obras de lo que sería el futuro ayuntamiento de la población. Por suerte para ellos, el motivo de todos sus pesares continuaba, formando un corro con sus amigos, hablando y discutiendo de sus cosas, ajeno a cuanto le rodeaba.

-Creo que te dejare en casa de tu madre –dijo con voz trémula Agamenón.

-¿Por qué? ¿Por qué hemos visto a Fernando?

-No es por eso. El café con leche no me ha sentado bien, y tengo unos retortijones en el estomago que creo me va a dar una noche toledana.

Emilia se enfureció, pues los planes con los que había estado soñando las ultimas veinticuatro

horas se habían ido al traste por un incidente fortuito que además no había tenido ninguna consecuencias pues hubiesen podido escabullirse por la calle del Mercado perfectamente.

Por un instante estuvo a punto de contarle la verdad, aunque en realidad nunca le había mentido y su única culpa era no sacarlo del error en que se encontraba. Decirle de una puñetera vez que ella no era Lola, sino únicamente Emilia, su hermana pequeña, que lo quería con toda su alma y que estaba dispuesta a hacer el amor y casarse con él si así se lo pedía.

Pero no se atrevió. Había demasiadas cosas en juego y todo podía irse al traste dependiendo de su reacción. Y todo por una noche de pasión. Decidió esperar pacientemente en busca de una ocasión más favorable o que algún incidente casual lo pudiese todo al descubierto y atenerse a las consecuencias.

Como mal menor, pero conteniendo su furia interior, se avino a la sugerencia de su acompañante y aceptó la dejase en casa de su madre.

Agamenón ya había asimilado que eso era lo prudente y ya no se extrañaba de no dejarla delante de la puerta que creía su casa por el riesgo de que apareciese en esos momentos su esposo. Y mucho menos ese día que se encontraba en las mismas puertas charlando tranquilamente con dos amigos.

La pareja, a pesar de los deseos de ella, no se veían todos los días. A lo sumo un par de veces a la semana, pues el hombre opinaba que era lo máximo que una mujer casada se podía permitir salir de casa sin levantar sospechas.

Agamenón no era un obseso sexual, pero le gustaba desahogar su cuerpo de vez en cuando. En sus viajes se nutria de prostitutas, viudas necesitadas, alguna mujer casada y como guinda alguna mocita para estrenar a las que prometía el oro y el moro para posteriormente endosarles el “si te he visto no me acuerdo”. Pero esas, por suerte o por desgracia, eran la excepción a la regla y aunque le servían para conocer el paño no le causaban excesivos problemas.

En Alcoy desde luego no los tenía. Rehuía los burdeles y a las profesionales del ramo que le pudiesen contagiar cualquier enfermedad, como si las de Alcoy fuesen diferentes a las de fuera o mas cochinas. Sus contactos se centraban exclusivamente en cuatro mujeres, con las que había tenido anteriormente alguna relación y hubiesen congeniado. Todas lo hacían por satisfacción personal y a cambio únicamente de algún regalo ocasional que pudiese darles. Trabajaban en distintos ámbitos de la ciudad en el que predominaba el textil y no dependían económicamente de él. Sabían que la relación podía romperse en cualquier momento cuando alguna de las partes así lo solicitase. Una estaba casada y a otra ya la había visto acaramelada portando del brazo a un maromo por el paseo. Pero aun así acudían prestas cuando eran requeridas.

Después del fiasco, el encuentro sexual entre ambos aun tardo un mes en ocurrir, el tiempo que precisó Agamenón en despejar los temores que le embargaban. Fue un visto y no visto. Una decisión espontanea. Andaban paseando por la calle una fría tarde de invierno, junto con alguna que otra pareja que no tenían donde ir y se veían obligados a pisar la fría calle si querían estar juntos. No era el caso de ellos ni su problema, por lo que bastó una simple mirada a los ojos, el asentimiento de sus cabezas y ninguna palabra, para que se pusiesen de acuerdo. Y se encaminasen a casa de Agamenón. Era una estupidez no haberlo hecho antes, cuando el deseo continuaba corroyéndoles por dentro.

La vivienda era agradable, grande si acaso para sus necesidades pero exquisitamente preparada para acoger a una familia en cuanto lo necesitase. Una vecina de la misma calle, acudía todos los días para asearla, aun en el caso de que estuviese fuera de viaje. Cuando estaba en Alcoy, le hacia la cama, le lavaba y planchaba la ropa y no le hacia la comida porque tenía la costumbre de comer siempre fuera de casa.

Por la mañana, a la parte de la casa que recaía en la estrecha calle de San José apenas le daba el sol. Pero por la tarde este entraba a raudales por la galería y ventanas de la parte posterior, que estaba despejado de edificios gracias a un jardín que pertenecía en exclusiva a los vecinos del principal. Repleto de árboles frutales que ahora pelados de sus hojas eran difíciles de identificar, pero cuando

llegara la primavera se cubrirían de flores de diversos colores y de sabrosos frutos en verano.

Por ello y por los rescoldos de las brasas que reposaban bajo las cenizas del hallar, la casa conservaba un cierto calor o por lo menos así se lo pareció a ellos comparándolo con la fría calle. Agamenón reanimó el fuego añadiendo dos gruesos troncos de pino, muy secos y con restos de brea, y algo de “burumballa” para que las llamas prendiesen rápidamente y ambientasen el salón.

No tenía nada de comida que ofrecerle, excepto algo de fruta: manzanas, naranjas y plátanos. Que era lo único que se vendía en el mercado en esa época. Bebieron unas copas. De coñac él y de anisete ella. Retozaron un buen rato en el sofá hasta que el ardor invadió sus cuerpos y antes que se destapase la pasión decidieron pasar a la acción y nada mejor que la cama para hacerlo.

El preámbulo amoroso fue largo y en él empleó el hombre todas sus técnicas de seducción aprendidas después de muchos años de encuentros sexuales con las más diversas mujeres. Ella simplemente se dejó hacer. Era una neófita en estos asuntos y en realidad no sabía cómo tenía que comportarse, salvo por la escasa información que le pasaba su hermana durante sus noches de confidencias y que en esos momentos de poco le sirvieron. Se dejó besar su cuerpo desnudo por todas partes y chupar sus pechos cuando el hombre se interesó por ellos. Cuando los besos se centraron sobre su estomago sintió un cosquilleo que la hizo estremecerse y cuando su lengua rozó algo que no sabía siquiera que tenía, aulló de placer. La vergüenza la había perdido en el sentido estricto de la palabra, ya hacía tiempo, pues estaban completamente a oscuras y allí no se veía nada. En ese momento se abandonó por completo y hubiese permitido incluso que le introdujese su asqueroso pene por la boca. Pero por suerte eso nunca ocurrió.

Para él, Lola no tenía desde luego fama de ser una mujer frígida en la cama, más bien todo lo contrario, pero aun así Agamenón no quiso dejar nada a la improvisación y por eso se empleó a fondo. Solo cuando la mujer no solo gemía sino que aullaba de placer después de lamer levemente su clítoris y estaba a punto de explotar. Decidió penetrarla.

Lo hizo con tacto y suavidad y aun así tropezó con un pequeño obstáculo que no esperaba, pero que conocía perfectamente, y que superó a costa de arrancar un pequeño grito de dolor, o tal vez de placer, de la mujer.

Se sentía a gusto allí dentro, aunque reconocía que lo había hecho todo y la dama no había colaborado en nada. Ni siquiera le había echado mano al paquete para calibrar lo que le iba a entrar, como solían hacer todas.

Su miembro había penetrado en las suficientes vaginas y él acostado con tantas mujeres, como para deducir, sin ningún género de duda, que en la que ahora se encontraba, no tenía aspecto de haber parido a dos criaturas y desde luego la dama no demostraba la experiencia necesaria en las artes amorosas que se le suponía.

De todas formas estaba disfrutando como un cosaco y no eran momentos para especulaciones. Ya tendría ocasión de resolver sus dudas con más calma.

A su pareja ya hacía tiempo que le habían llegado los orgasmos y no cesaba de emitir unos repetidos “!Oh;!Oh;!Oh!” de placer, cada vez en tono más creciente y que temió pudiesen ser escuchados por los vecinos. Decidió acallarlos con un prolongado beso que a la vez sellara sus labios. Considero que había llegado el momento de terminar y se empleo a fondo.

Dudó entre retirarse a tiempo, aunque se quedase a medias, para no perjudicar a la dama o desahogarse dentro y asumir las consecuencias. No esperaba que fuese ninguna, pues no se trataba de una joven virgen soltera sino de una mujer casada y expuesta a esta posibilidad cada noche. En todo caso sería su esposo quien cargaría con el momio si ella no estaba preparada o sabía como evitarlo.

Decidió continuar sin ningún escrúpulo y disfrutar de los momentos más sublimes para él, que era, cuando todo hubiese terminado, quedarse recuperando el resuello dentro de ella, encima de su pareja e intercambiando ocasionales besos.

Emilia había alcanzado la satisfacción plena. Nunca imagino que “eso” serie así. Tenía referencias

y confianza de amigas, algunas ya casadas, y desde luego no eran todas satisfactorias. Dependía del varón con que lo hicieras, eso estaba claro, y Agamenón había demostrado con creces que era un verdadero maestro en las artes amatorias. No iba a dejarlo escapar. Como una premonición lo tenía perfectamente agarrado con sus brazos cruzados sobre su espalda e impidiéndole que se separase de ella e incluso sacase su miembro, ya flácido, de su interior.

El hombre no lo tenía tan claro. Cierto es que había disfrutado imaginando más que ver el bombón que tenía entre sus brazos y que parecía se resistía a soltarlo. Todo lo había hecho él y detectaba en la mujer una inaudita falta de experiencia, inexplicable en la hembra que creía tenía entre sus brazos. Tal vez fuese un exceso de comodidad por parte de ella, pero lo cierto es que se había dejado hacer, absorbiendo todo el placer, y no dejando nada para él. Tenía que repetirlo para calibrarla debidamente, pues por lo que le había ofrecido esa noche no compensaba el riesgo de acostarse con una mujer casada, que nunca sería de su entera propiedad.

Se levantaron perezosamente al cabo de un rato, pues ella tenía que regresar a su casa y él acompañarla. Con gusto se hubieran quedado toda la noche en la cama y repetir el acto horas después. Ella para refrendar su placer y él para salir de las dudas que le embargaban. Pero ambos, por distintos motivos sabían que no podía ser.

Alcoy era una ciudad desierta cuando regresaron por la calle del mercado camino de la casa de Marcela. Y eso que apenas era las nueve y media de la noche. Unas pequeñas volvas de nieve comenzaron a caer e iban haciéndose más grandes a cada segundo que pasaba.

Cuando dejó a la mujer en su casa. Marchó a Le Parisiën para tomar una frugal cena. Apenas había cuatro clientes en la barra tomando una copa para entrar en calor y partir inmediatamente para sus hogares. Era lo lógico un miércoles por la noche y con el tiempo de perros que hacía. Las dos fulanas de servicio esa noche, platicaban tranquilamente sentadas alrededor de una mesa, lamentándose quizás del poco trabajo que iban a tener esa noche.

Cuando se levantó, después de pagar, y se disponía a salir para irse inmediatamente a su domicilio y meterse en la cama, una de las furcias se le acercó, más por obligación o cortesía, que con la esperanza de que el hombre aceptase sus servicios.

-¿Qué me cobraras por pasar toda la noche conmigo?

-Con tal de que me saque esta noche de aquí y poder dormir hasta mañana en una cama caliente, lo haría de baldes. Pero como también tengo que comer, aunque sea de vez en cuando, me conformo con lo que quieras darme.

-De acuerdo. Ponte algo encima, que hace mucho frio, y vente conmigo.

Cuando llegaron a casa de Agamenón, el ambiente continuaba siendo acogedor y no invitaba a meterse precipitadamente en la cama. Invitó a su acompañante a tomar unas copas antes de acostarse y esta descubrió las copas usadas sobre la mesa. Disimuladamente las olfateó y dedujo el licor que habían contenido. Coñac para el hombre, anís para la mujer y en esta quedaba un resto de carmín en el borde de la copa.

-¡Vaya! Veo que esta tarde ya ha habido juerga aquí.

-Solo ha sido mi madre que ha venido a visitarme –le respondió el hombre de cachondeo.

La mujer comprendió inmediatamente que no debía insistir sobre el tema, pues por mucho menos de eso la habían sacado a patadas de una casa. Él, por su parte, recordó que la cama debía estar revuelta y aunque le importaba un pimiento los que pudiese opinar la fulana, decidió arreglarla para evitarse más comentarios. Al alisar la cama descubrió sobre la sabana inferior dos pequeñas gotas de sangre, ya seca, producto claramente de un desfloramiento, pero no comprendía nada pues Lola, la mujer con la que se había acostado, no era virgen. Supuso, y en eso ya intervino su orgullo varonil, que eran las consecuencias de un pequeño rasguño, que el tamaño de su pene o el frenesí con que se había empleado, habían producido.

Cuando salió de nuevo al salón se encontró a la ramera completamente desnuda y pegándose un

lingotazo de coñac.

-¡Venga! Cariño. Me estoy quedando helada.

-Pues métete en la cama para calentarla que yo te sigo.

Se desnudó en el salón para no tener que hacerlo delante la fulana, mientras se tomaba dos copas de coñac para entrar en calor y darse ánimos. Diez minutos después entró en la habitación como su madre lo trajo al mundo y sin ocultar sus vergüenzas. La mujer vio su miembro flácido y con su experiencia dedujo inmediatamente el tamaño que alcanzaría cuando lograra ponerlo a punto. Estaba segura de que esa noche no solo ganaría dinero sino que incluso disfrutaría, pues no todas las noches, por desgracia, tenía la ocasión de acostarse con un hombre joven, guapo y especialmente dotado. Era una de las pocas veces en que no le importaría hacerlo gratis. Lo recibió con los brazos abiertos, aunque él la rechazó cariñosamente para que no se sintiese ofendida.

En realidad la había contratado porque muchas noches solitarias aspiraba a tener una mujer a su lado, que le diese compañía y le calentase su cama. Y esa noche, después de marcharse Lola, sentía esa necesidad más que nunca. Su cuerpo estaba satisfecho y no precisaba hacer el amor con nadie y ni siquiera se consideraba recuperado del esfuerzo a que se había sometido anteriormente.

-Duerme ahora que ya tendremos ocasión de hacerlo más tarde.

La mujer momentáneamente se sintió defraudada, pero tal vez tuviese razón en descansar primero y hacerlo después cuando ambos perfectamente recuperados. No se hizo repetir la orden y un par de minutos después su acompasada respiración demostraba que ya se había dormido.

Ella estaba de espaldas a él, pero ambos perfectamente acoplados, si intentase una erección perfectamente la podía penetrar por detrás, pero no era esa su intención.

No podía dormir. Muchos pensamientos se agolpaban en su cabeza y no tenía respuesta para ninguno. Nada de lo que había descubierto en la mujer con la que había yacido esa tarde, se correspondía con la idea preconcebida que de Lola tenía. Le continuaba preocupando que pareciese virgen, su poca experiencia en el amor y la sensación negativa de que, ya sea por la estrechez de su vagina o la tersura de su vientre, esa mujer hubiese parido alguna vez y mucho menos dos veces como era el caso de Lola.

Sea quien fuese, lo cierto es que le encantaba esa mujer, no solo por su encuentro sexual que por cierto no había resultado del todo satisfactorio, pero si, por su conversación, su forma de entender la vida y sobre todo por su belleza inaudita.

Era sin duda el amor de su vida y la mujer a la que amaría siempre. Ella prefería que la llamasen Emilia y eso era lo que en el fondo le daba ciertas esperanzas. ¿Y si al final no era Lola?. ¿Quién cojones era esa Emilia?

Finalmente, rendido por sus propios pensamientos, se durmió. El absoluto silencio de esa noche anunciaba, que había caído o estaba cayendo en esos momentos, una nevada de órdago.

Cuando se despertó, ningún carro pasaba por la calle, ni siquiera se escuchaba la voz del sereno anunciando su presencia en ella y, que con su farol y su chuzo en sus manos, pregonaba la hora y el tiempo que hacía. Probablemente estaría en el horno de la Espiga de Oro, bien caliente y charlando con el panadero. Sin embargo por la ventana entraba una claridad extraña, producida por el reflejo en la nieve caída durante toda la noche, de las primeras luces del alba.

En otra ocasión se hubiese levantado para contemplar tan maravilloso espectáculo, pero ahora estaba muy bien en la cama al calor de su acompañante y no se hubiese levantado ni para orinar. Pronto su miembro reaccionó al contacto con tanta desnudez. Hubiese terminado en un santiamén, con un aquí te pillo aquí te mato. Su pene quedaría satisfecho y la puta habría cumplido su misión y no se iría de vacío. Pero no le gustaba tener relación con un cuerpo inerte y que no compartiera sus mismas emociones.

Exploro su bajo vientre y comprobó que sus carnes eran fofas y su piel no tan tersa como la que había disfrutado esa misma tarde. Luego con la misma mano masajeo su sexo hasta que un escalo-

frío de placer recorrió el cuerpo de la mujer que tenía a su lado. No espero mas, se montó sobre ella y realizo el acto sexual sin importarle si la mujer que estaba poseyendo disfrutaba con ello.

Encontró una notable diferencia en el interior de este cuerpo en comparación con el que había disfrutado esa misma tarde. Siempre a favor de este ultimo. Estaba temiendo, que solo encontraría el verdadero placer con Lola o con quien la suplantaba. Y eso, de ninguna de las formas lo tenía seguro.

Se quedaron dormidos, pero cuando despertaron de nuevo, Agamenón pudo comprobar que era cierto eso de que después de la tempestad viene la calma. El sol lucia en todo su esplendor, la nieve comenzaba a derretirse en los tejados, y el jardín de la parte trasera de la casa presentaba un aspecto digno de ser perpetuado en un retrato por su innegable belleza. Pero las calles ya estaban transitables y temía que Lola, Emilia o quien coño fuese, se presentara de nuevo en su casa para repetir la experiencia del día anterior o quién sabe si para pedirle explicaciones.

La obligó a vestirse precipitadamente y después de pagarle espléndidamente la echó de casa con cajas destempladas.

XXXXX  
XXX  
X

Durante los dos próximos meses se hicieron el amor periódicamente a razón de una o dos veces por semana, aunque verse, lo que se dice verse, lo hicieron todos los días. Emilia adquiriría experiencia a pasos agigantados, pero siempre por pistas e indicaciones que le daba él. Se notaba a la legua que no había estado nunca con ningún otro hombre y eso indiscutiblemente le alagaba.

Agamenón trato de averiguar la verdad o la mentira que escondía Emilia, pero sin resultados satisfactorios. Tal vez fuera porque no le hablaba con absoluta claridad y sus preguntas siempre andaban por las ramas, pues temía que por enfrentarla directamente a un dilema la perdiera.

Sin embargo comenzó a tomar precauciones y cuando andaba por la calle evitaba frecuentar los lugares en donde pudiese coincidir con Fernando. Cuando iban al teatro procuraban sentarse en las últimas filas, entraban cuando la función ya había comenzado y la iluminación de la sala era baja y se marchaban apenas bajaban el telón y mientras los actores recibían los aplausos y saludaban al público.

Emilia conocía el motivo y lo consentía sin rechistar. Un día fue a ver a su hermana para ver si podía saquearle alguno de sus vestidos y sin venir a cuento preguntó por su cuñado.

-Está de viaje y no sé cuándo volverá – le respondió mientras sacaba un par de trajes de su armario y se los daba.

Ese día era sábado y a Emilia le faltó tiempo para dejar los vestidos en su casa y salir en busca de su amado.

Lo encontró en su casa y después de los achuchones de rigor y apagar, por la hora, un posible conato de incendio, le preguntó.

-¿Por qué no me llevas esta noche a cenar a Le Parisiën?

-Estas, loca. Hoy es sábado y aunque tú puedas escaquearte, lo más probable es que Fernando este allí y seguro que con sus amigos o algún conocido.

-Fernando está de viaje y eso no es excusa – le anunció en tono triunfante.

Agamenón se alegró de la ausencia del esposo pero no por eso debía estar tranquilo. El riesgo de que alguien los reconociera y después le fuese con el chivatazo era demasiado grande.

La mujer insistió y para vencer la resistencia que previa ofreció...

-Y después... tal vez pueda quedarme a dormir en tu casa toda la noche.

La oferta era demasiado tentadora como para rechazarla. Agamenón decidió liarse la manta a la cabeza y soltó un no muy convencido sí.

Emilia por su parte pensaba decirle a su madre, que dada la ausencia de Fernando, Lola le había pedido que durmiese en su casa para hacerle compañía.

-¿Toda la noche para nosotros? – quiso asegurarse el hombre.

-Toda la noche. Como si fuésemos unos recién casados en su noche de bodas.

-Qué más quisiera yo – le dijo mientras la estrechaba contra su cuerpo.

Emilia interpretó esas palabras como una petición imposible de matrimonio. Por un momento estuvo tentada de contarle toda la verdad y deshacer el entuerto de una puñetera vez. Pero ignoraba como reaccionaría su amado cuando todo el tinglado se descubriese. Al fin y al cabo, él, a la que quería era a Lola y no a ella. Temía que la noche mágica que había urdido con tanta ilusión se desvaneciera por esa imprudencia. Pero por otra parte esa situación no podía durar eternamente y cuanto antes saliese de la duda, mejor.

Decidió mantener el secreto por esa noche y al día siguiente, cuando se despertase, se juramento en decirle toda la verdad.

Salió de su casa esa tarde noche con todos los elementos necesarios para impresionar a su amor. La mejor camisa, medias de seda, ligas o atapiernas que por entonces solo eran unas cintas tejidas a mano y bellamente ornamentadas que se ataban alrededor de las rodillas. Las que había escogido para esa noche tenían además unas pequeñas borlas de diversos colores que colgaban como adorno.

Por primera vez se puso un pantalón interior que le había regalado Agamenón y que ella guarda-



ba como oro en paño y sin atreverse a ponérselo hasta ahora. Ni a su madre se los había enseñado nunca, pues seguro que se habría escandalizado y le hubiese prohibido ponérselos. Era vestimenta de pelandusca y pare usted de contar. Estaba abierto por las entrepiernas y aunque le dijeron que era para poder orinar sin tener que quitárselo, Agamenón dedujo que también podían hacerse otras cosas por el mismo agujero.

El vestido era de un azul turquesa, con infinidad de detalles dorados, que le había regalado su hermana en la última ocasión que estuvo en su casa. Como abrigo llevaba un grueso chal de cachemira que también le había regalado su amante, pero a su madre le dijo que era otra donación de Lola.

Pudo salir tan emperifollada de casa, sin llamar la atención de su primogenitora, porque esta había acudido a una misa que todavía se celebraban en la Parroquia de Santa María en recuerdo de su padre, Fueron tantas, todas ellas pagadas por Camilo, que al final la única que asistía era ella.

Precisó de una hora para vestirse y supuso que esa noche necesitaría otra para despojarse de toda esa parafernalia que llevaba encima. Por suerte tenían toda la noche para ello y había tiempo para todo. Esperaba que su amado no llegase con urgencias que satisfacer, pues entonces no tendría más remedio que aprovechar el agujero de los pantalones que se había puesto.

A las nueve en punto de la noche entraron en Le Parisiën. Estaba abarrotado de gente pero Agamenón había tenido la precaución de reservar una mesa para ellos.

Mientras su acompañante buscaba al Maître para que los instalara en su mesa. A Emilia le cayó el mundo encima cuando descubrió en una mesa, para cuatro o seis personas, a Jorge, Leonor y Fernando. Trató de ocultar su presencia pero ya era tarde. Jorge ya la había visto y estaba probablemente diciéndole a Fernando que su cuñada estaba allí y sola.

Fernando se acercó y después de besarla en ambas mejillas y decirle lo encantadora que estaba la invitó a sentarse en su mesa.

-No estoy sola. Vengo acompañada.

-Por supuesto que tu pretendiente también puede venir.

No tuvo más remedio que aceptar la invitación, pues negarse solo habría hecho empeorar las cosas. Sabía que su hermana también estaba allí, probablemente en la toilette, y que no tardaría en aparecer.

Todavía no habían llegado a la mesa cuando se presentó, pálido como la cera, Agamenón. Había visto de lejos como Fernando y su acompañante se besaban, aunque fuese en la mejilla. Por un momento pensó en huir de allí, pero eso sería poner en evidencia a Lola. Como si tuviesen algo que ocultar. Por otra parte ignoraba que excusa le habría dado su esposa y que él tendría que refrendarla. Se acercó para dar cualquier disculpa y desaparecer rápidamente si es que la tierra no se lo tragaba antes. Durante el corto espacio que recorrió, su cerebro buscaba desesperadamente esa excusa. Supuso que ella le diría que al no encontrarlo en casa había bajado para reunirse con él pues suponía que allí estaba. Él la había encontrado en la calle a punto de entrar y se había brindado para acompañarla por si algún borracho se extralimitaba. La historia se la terminaba de inventar y ya no se lo creía ni él, pero por desgracia no tenía otra.

Le invitaron a sentarse. Accedió a acompañarlos por educación y sobre todo por evitar un escándalo que no tardaría en estallar.

Lola estaba igualmente pálida como la cera e incapaz de soltar ni una sola palabra. Eso no le ayudaba demasiado pues le negaba las pistas que estaba demandando. Decidió contar su versión de los hechos y desaparecer. Pero Fernando se le adelantó aunque solo fuera para alargar su agonía unos instantes más.

-Ya me contareis que hacéis los dos tortolitos por aquí. Manuda sorpresa me habéis dado.

Agamenón alucinaba de la filosofía con que Fernando se lo estaba tomando. Suponía que había llegado a última hora y al no encontrar a su esposa esperándolo, había optado por salir a cenar con los amigos con la esperanza de encontrarla con ellos y resolver los problemas, si los había, más tarde.

¡Menudo cuajo tenía el tío; esperaba que no reaccionara violentamente delante de tanta gente y que todo se resolviera en la intimidad.

Verdaderamente no sabía que decir y comenzó a balbucear las palabras de excusa ininteligibles que se había inventado antes y que casi ya ni recordaba. Pero de repente se cortó cuando vio acercarse a la mesa otra dama con un extraño parecido con la que le acompañaba y que inmediatamente identifico como Lola.

Vistas las dos juntas ya no eran dos gotas de agua, pero se parecían mucho. Y ahora estaba claro lo que tanto le había intrigado. Lola tenía los ojos azules y Emilia verdes.

-¡Pero Emilia! ¡Que sorpresas nos has dado! – dijo inmediatamente Lola para romper el hielo – Y acompañada por Agamenón, nada menos. ¡Qué callado te lo tenias! No esperaba verte tan bien acompañada después de lo que pasó...

Se refería a su anterior novio, pero se dio cuenta que no era el momento de poner cizaña. Ya tendrían ocasión de hablar las dos a solas.

-Ya hace un par de meses que salimos, en algunas ocasiones...

-Mama no me ha dicho nada.

-Todavía no hemos llegado tan lejos como para decírselo a mama – mintió evitando la mirada de Agamenón.

-Si no hemos llegado más lejos es porque ella no ha querido – los hombres rieron malinterpretando sus palabras – pero yo estoy dispuesto a casarme con ella, claro está siempre que me acepte.

Emilia respiró más tranquila al escuchar esas palabras. Pero temía que no fuesen sinceras sino únicamente para salir del paso y su reacción fuese diferente cuando se encontrasen a solas.

Durante la cena hablaron de cosas intrascendentes, pero Agamenón trató de averiguar todo lo que pudo de Emilia, mediante puyas que iba soltando de vez en cuando dirigidas especialmente a Lola que no le quitaba el ojo de encima y parecía que intentaba comérselo con los ojos. Supo que Emilia se llamaba efectivamente Emilia, que era la hermana menor de Lola, se llevaban cuatro años y que se había dejado al noviete de toda la vida hacia unos tres meses.

Agamenón echó cuentas y comprobó que llevaba dos meses saliendo con ella y se lamentó de haber sido posiblemente la causa de que dejase a su anterior novio. Olvidaba sin embargo que la había conocido hacia cuatro meses, cuando la acompañó de compras por la calle de Mercado. Pero él suponía sin razón que la de aquella ocasión si era realmente Lola.

Después de tomar el café comenzaba el baile. La pequeña orquesta comenzó a interpretar melodías conocidas que invitaban a los comensales a salir a la improvisada pista. Pero Agamenón dio muestras de querer poner fin a tan agradable velada. Prefería estar con su amada a solas en su casa aprovechando la ocasión que se le presentaba y no allí perdiendo el tiempo.

-Pienso que es el momento de retirarse.

Emilia se levantó inmediatamente de su silla, antes incluso que su acompañante, demostrando que tenía tantas ganas o mas de marcharse que él. Mientras los otros componentes de la mesa realizaban tímidos esfuerzos por retenerlos, pues ellos en su situación hubiesen hecho lo mismo.

-Quedarse aunque sea un par de bailes – insinuó Fernando sin mucha convicción, pero la decisión parecía tomada y ninguno de los dos estaba dispuesto a dar marcha atrás.

Emilia se acerco a su hermana, mientras su acompañante se despedía de los presentes, y mientras la besaba le dijo al oído.

-Mama cree que esta noche duermo en tu casa. Si te pregunta, cúbreme.

Lola asintió con la cabeza

Cuando los dos matrimonios se quedaron solos, dieron suelta a su lengua diciendo lo que durante la velada y en su presencia se habían callado.

-Ese Agamenón parece buena gente – insinuó Fernando tan pronto se vieron solos – pero se convierte en un hijo de puta si le tocas las pelotas. Si no, mira lo que le paso al Gonzaga. Puedes

estar a buenas con él, pero si considera que le has engañado te la devuelve más pronto que tarde. Por eso puede ser interesante tenerlo en la familia. Es más fácil controlarlo si tiene la polla metida en una olla de casa, que si la tiene fuera.

-Aunque mejor sería meterlo en nuestro círculo de intercambio – susurro Jorge

-Eso – rio Fernando – el viernes con una, el sábado con la otra y el resto de la semana cada oveja con su pareja.

-¿Qué os parece? – trató Jorge de involucrar a las mujeres.

-El tal Agamenón parece un buen mozo y desde luego está muy bueno – se apuntó Lola – pero a mi hermana no la veo metida en el ajo. Aunque doctores tiene la iglesia.

-Ahora no se puede contar con ellos – intervino Leonor – están demasiado acaramelados. ¡No los habéis visto! Parecía que les faltaba el tiempo, cuando terminó la cena, para irse a la cama. ¡Como si no tuviesen toda la noche!

-Darle tiempo al tiempo – le respondió Lola con tono enigmático y que miraba a su hermana mientras salían por la puerta como a una niña, cuando en realidad ya tenía veintitrés años y aunque hasta hacia un par de meses no había conocido varón alguno, parecía que eso había terminado – esperad a que conozca el sabor dulce y amargo del amor y solo entonces habrá llegado el momento de intervenir.

-¿Cómo? – se interesó Leonor

-A menos que tu prefieras ser la primera – Leonor sabiendo por donde iba, hizo un gesto de dejar pasar la invitación – y contando con la aquiescencia de mi marido – Nando hizo otro gesto que bien pudiese ser de asentimiento como de: “haz lo que quieras que me tiene sin cuidado” – no tengo ningún inconveniente en llevármelo a la cama. Por lo menos un par de veces pues como bien dice el refrán: “hombre que repite ya se queda”.

-¿Y a tu hermana como la convences? – se interesó Fernando que ya estaba especulando con la posibilidad de acostarse con su cuñada, cosa que hasta ahora no había ni imaginado.

-Eso ya es cosa tuya. De todas formas hay que esperar a que se casen. Conozco a mi hermana como si la hubiese parido y si le cuentas, entre lagrimas, que su marido me ha seducido y no solo una vez. Despechada y con muy poco que te insinúes, te la llevas al catre sin ninguna duda.

-¿Y nosotros qué pintamos en este asunto? – preguntó Jorge.

-De momento nada. Tendréis que esperar por lo menos un año o tal vez algo más. Este es un proyecto a largo plazo. Tendremos que esperar a que esto ocurra. Después meterlos en el círculo será más fácil y solo entonces podréis participar vosotros.

A las tres de la madrugada entraron las dos parejas, completamente bebidas, en casa de Jorge, para continuar el intercambio semanal iniciado el día anterior. Pero esa noche iba a ser diferente para los cuatro, pues ya sea por arte de magia o por alguna conjunción astral que se desarrollaba esa noche en el cielo. Los hombres imaginaron que esa noche estaban haciendo el amor con Emilia y las mujeres que lo hacía con Agamenón.

En esos mismos momentos, pero a varios centenares de metro de distancia, Emilia y Agamenón ya iba por el segundo de la larga noche que se les esperaba. Cuando estaban alcanzando el clímax en su relación, Agamenón entre jadeos de placer y sin detenerse, le preguntó

-¡Emilia! Quiero decirte una cosa.

-¡Dime!

-¿Quieres casarte conmigo?

-Menos mal que me lo pides, porque estoy embarazada de dos meses.

### CAPITULO III

#### La boda

Dos semanas después Agamenón se presentó, acompañado de Fernando, en casa de Marcela, para pedir oficialmente la mano de su hija Emilia. En casa ya estaba Lola como refuerzo pues temía que a su madre se le fuese la olla y no diera su aquiescencia.

Finalmente la dio sin problemas, a expensas de lo que pudiese opinar Don Camilo que, por expreso deseo de ella, se había convertido en el tutor de todos los hijos todavía a su cargo.

Marcela recibió al pretendiente con el ya clásico batín semitransparente y que al tacto dejaba entrever, o por lo menos imaginar, todas las redondeces de la dama. Lo saludó con su peculiar abrazo de bienvenida, para que su futuro yerno catase el género del que estaba compuesto la familia. Cuando finalmente Agamenón pudo desasirse, el muchacho hubiese tenidos serias dudas si le hubiesen preguntado, en esos instantes, si prefería tirarse a la madre o a la hija.

XXXXX  
XXX  
X

Dos semanas antes, Bárbara estuvo en el despacho de don Camilo. Este siempre la había tenido como una niña a pesar de que ya había cumplido los diecisiete años y alcanzado casi su completo desarrollo. Era la viva imagen de su madre cuanto tenía esa edad. La consideraba una más de sus hijas, y a pesar de que biológicamente hablando era hija de Marieta, su anterior esposa, y de Carlitos, siempre la había respetado y nunca tuvo ningún pensamiento obsceno hacia ella. Cosa rara en él, que se hubiese tirado a su propia hermana si hubiera podido, como ya lo hizo en su día Nerón o Calígula, no recordaba exactamente quien fue, pero igual fueron los dos.

-Dime hija.

-¿Es pecado casarse con un primo?

-¿A qué viene esto?

-Alberto me ha pedido que me case con él.

-¿Y tú que le has respondido?

-Que antes se lo tenía que consultar a usted.

-Por mi tienes todas las bendiciones y me siento alagado que cuentes con mi aprobación... -la muchacha se acercó y le dio dos sonoros besos en ambas mejillas creyendo que ya estaba todo hecho – pero en realidad al que hay que preguntárselo es a tu madre, que si he de serte sincero no sé qué opinará, pero te prometo que haré todo lo posible para que te salgas con la tuya.

-Gracias papa.

-En primer lugar te diré que no os une ningún parentesco. Cierto es que el padre de tu prometido y yo éramos muy amigos y como de la familia, pero nada más. Aparte de que como tu bien sabes no soy tu padre biológico aunque te quiero como si lo fuese. En ese aspecto puedes estar tranquila. Pero... ¿a qué viene tanta prisa? ¿No habréis hecho nada de lo que ahora os estéis arrepintiendo? – le dijo aunque sin poder evitarlo dirigió su vista al plano vientre de la muchacha.

-¡Por Dios, papa! ¡Que cosas dices! No hay nada de eso, aunque no me importaría. Pero si bien yo puedo esperar, a él ya se le está pasando el arroz y temo llegue una pelandusca y me lo quite.

Camilo sacó sus cuentas y dedujo que Alberto la doblaba en edad pues debía tener treinta y tres o treinta y cuatro años.

-Tienes razón y no hay tiempo que perder, prepara un pequeño hatillo, que mañana partiremos los dos en un carruaje rumbo a Altea. Ahora hace demasiado frío para ir a caballo.

Bárbara lo besó cariñosamente, aunque fugazmente, en su boca y no tuvo ninguna reacción inequívoca. Claramente estaba haciéndose viejo. Cuando quiso reaccionar, la muchacha ya había salido de la habitación.

Marieta aceptó encantada. Sabía que había perdido a su hija y que ya no consentiría en regresar de nuevo junto a ella a Altea cuando terminase sus estudios. Lo que más temía era que estaba desarrollándose y creciendo espectacularmente y, conociendo como conocía a Camilo, la presencia de Bárbara en su casa era un peligro.

Perdida por perdida, prefería tenerla felizmente casada en casa de su marido, del que tenía excelentes referencias, que en casa del sátiro de su ex marido, que aunque por ahora no tenía nada que reprocharle, se le podía ir la olla en cualquier momento y cagarla.

Al dar su consentimiento exigió volverse con ellos a Alcoy, por lo menos hasta que se celebrase la boda, y poder organizarla a su gusto, pues no siempre se casaba la única hija que tenía. Y también un cheque en blanco para adquirir el ajuar de su hija y todo lo que hiciese falta. A cambio, y sin que Camilo lo pidiese, aunque ya lo tenía en mente, le ofreció que su último hijo: Camilo, que ya tenía seis años se pudiese quedar con su padre en Alcoy para iniciar los estudios. Ese hijo fue consecuencia de un encuentro desafortunado en Altea, cuando su matrimonio estaba roto pero continuaban casados.

Camilo pensó que si Marieta hubiese sido siempre tan comprensiva como lo era ahora posiblemente su matrimonio no se hubiese truncado nunca.

No hubo tampoco ningún problema para que Camilo actuara como padrino de boda y tuviera

el honor de llevarla hasta el altar. El verdadero padre biológico de Bárbara era Carlitos, pero legalmente era hija de Nelo y cuando este falleció y Marieta se casó con Camilo fue adoptada por él. Oficialmente este era ahora su padre y como tal actuaria en la boda.

Camilo no podía negar que durante los dos días que permanecieron allí cerrando acuerdos, hubo algún que otro intento de acercamiento nocturno que no prosperó, pero como allí ya no pintaba nada, levantó el campamento y regresaron a Alcoy.

Camilo visitó a Alberto en su consulta para comunicarle que su madre sería bien recibida en su casa si venía para pedir, para él, la mano de su hija Bárbara. Por el medio día fue a casa de su madre para darle la buena nueva y para su sorpresa se encontró a toda la familia reunida, pues alguien a quien todavía no conocía, estaba pidiendo la mano de su hermana Emilia.

Cuando Marcela salió de la sorpresa, pues aunque barruntaba algo nunca pensaba que su hijo Alberto pudiese casarse alguna vez, abortó como estaba con la medicina, aceptó encantada y ya planeó que las dos bodas se celebrasen en el mismo día y a la misma hora y de esa forma mataba dos pájaros de un tiro y de paso se ahorra una cantidad importante de dinero. Que no estaban las cosas como para ir tirándolo.

Se evitaba en principio uno de los convites y teniendo en cuenta que Camilo estaba por en medio lo más seguro es que le saliese gratis. Y de ese modo con solo prepararle un pequeño ajuar a Emilia saldría del paso y conforme estaba su economía no era moco de pavo.

Marieta se presentó en Alcoy una semana después, venía para únicamente dos meses pero su intención era quedarse una larguísima temporada, siempre que Camilo no le pusiese muchos inconvenientes. La casa de Altea la conservaría e incluso Carlitos podría quedarse en ella si lo deseaba, pero despachó a la criada pues no quería que su antiguo amante cambiase el pan por las tortas y fuese ella la que pagase la cama y la chica. Si quería mojar por lo menos que se lo pagase él.

Lo primero que hizo Camilo, aparte de ofrecerle su casa. Fue entregarle una bolsa repleta de monedas de oro, para que hiciese con ella lo que le viniese en gana y comprase a la niña lo que le hiciese falta.

Marieta no pudo negar que con ello había comprado la mitad de su voluntad. También comprobó que las relaciones de Camilo con Consuelo no eran todo lo idóneas que había supuesto y esto la preocupó pues si no tenía olla en donde meter la polla seguro que lo intentaba con ella. No se equivocó. Camilo no dejaba de rondarla y mostrarse complaciente con ella. Hubiera podido perfectamente negarse y no hubiese pasado nada, pero hacia casi siete años que no se acostaba con él, la mantenía espléndidamente pasándole una muy buena pensión y ahora estaba pasando un momento dulce con la futura boda de su hija y no quería estropearlo.

Tenía claro que al final no tendría más remedio que ceder, lo que por otra parte no le desagradaba, pero forzaría la cuerda lo máximo posible para obtener el mejor rendimiento de todo ello.

Así es que a la enésima vez que se lo propuso le habló claro. Continuaba siendo fértil y no quería cargar con ninguna nueva criatura, así es que si lo hacían sería bajo sus condiciones.

Seguidamente se las enumeró.

Podían hacerlo el día que él quisiese, pero escupiéndole en la calle; poniéndose uno de los trozos de tripa de cerdo que tanto le disgustaban o cuando ella dijese, que serían el día posterior al término de su periodo y que según le habían dicho y ella comprobado no había ningún riesgo.

Camilo aceptó gustoso, pues como debía estar allí un par de meses con un poco de suerte podría pegar dos sin problemas. Y si las ganas apretaban aceptaría las tripas de cerdo o lo otro, que más valía eso que tener que hacerlo a mano. Aunque ese desde luego no era su caso.

Una semana después, Marieta lo abordó en el pasillo cuando se dirigía a su despacho y simplemente le dijo mientras vigilaba que nadie pudiese escucharla.

-Pasado mañana, o al otro máximo, estaré disponible. Arréglalo para entonces.

Camilo intentó introducirla en su despacho para hablarlo con más calma, pero para entonces ya había desaparecido.

Hacía ya más de un mes que no dormía en la habitación de Consuelo. Sus malas caras y su reticencia a hacer el amor cuando era requerida, le habían obligado a regresar a su habitación para evitar situaciones embarazosas. Últimamente con la vuelta de Marieta el entorno parecía haberse agravado y desde luego era un inconveniente para iniciar las conversaciones de paz.

El despacho estaba descartado, pues por una vez que lo conseguía después de tanto tiempo, no iba a pegar un polvo rápido encima del duro diván. La habitación que le había asignado en el piso de arriba, tampoco le servía pues la compartía con Camilin y no era cuestión de colocarlo en otro sitio y levantar sospechas. Su habitación estaba junto a la de Consuelo, y le constaba que todo ruido producido en una se escuchaba perfectamente en la otra. En estos momentos no estaría mal darle un toque de atención a Consuelo y demostrarle que poco le importaba la situación en que se encontraban. Pero eso era echar más leña al fuego y podía provocar un incendio de proporción indeseable y difícil de detener. No quería romper las relaciones con ella por una noche de placer que igual ya no se volvía a repetir. Decidió igualmente descartarla.

Estaba claro que lo tenía que hacer fuera de casa, pero en esos momentos ignoraba donde.

Alquilar una habitación en el Hotel de la calle del Mercado no era factible por ser ambos demasiados conocidos y seguro que inmediatamente surgirían habladurías.

La masía de Morales ya era suya. Los medieros, por la cuenta que tenían, mantendrían la boca cerrada, pero si llevaba a Marieta a allí para pegar un polvo, con el frío que hacía y en una casa desangelada, pues solo estaba habitada la parte baja, se exponía a que su amante le sacases los ojos o lo que era peor le pegase una patada en salvas sean las partes. Pues no ignoraba que Marieta cuando se cabreaba solía ser peligrosa. Por otra parte ningunos de sus conocidos podían cederles su casa pues todos estaban viviendo en ellas y tampoco era cuestión de compartirla. Ahora se lamentaba de la vivienda de la calle de San Nicolás que aprovechó en cierta ocasión cuando tenía a Ana como amante y que posteriormente, cuando todo terminó, cedió a su hijo Jorge. Tenía claro que no debió hacerlo y ahora lo lamentaba. También se dio cuenta que era constructor, tenía algunas viviendas libres y que podía repetir la jugada sin problemas.

A la mañana siguiente, a primera hora, estaba ante Jorge.

-¿Tenemos alguna vivienda terminada, pero no vendida, en alguna zona discreta?

-En el arrabal de Santa Elena tenemos una, un piso principal pero bien soleado. ¿Le puede servir?

-¡Perfecto! Tienes dos días para que alguien amueble y decore la sala con todo tipo de detalles.

Que el hallar este preparado para encenderlo y caldee la casa, y desde luego que tenga agua corriente y posibilidades de calentarla si es preciso.

Jorge tomó nota de todo en una libreta y a primera vista no encontró ningún inconveniente.

-De acuerdo. No hay problema. – para después preguntar - ¿Es para algo que deba saber yo?

Camilo le respondió con una sonrisa y un gesto de picardía. Al buen entendedor con pocas palabras bastaban. Estaba claro que su jefe tenía una nueva querida y no sabía donde tirársela. El quién, no le importaba, pero como a Don Camilo le gustaba presumir de sus hazañas no tardaría en enterarse. Lo que menos podía imaginar es que lo precisara para hacer el amor con su antigua esposa. Recordó que cuando ocupó su actual vivienda, encontró únicamente la sala completamente equipada y también los complementos que ahora le había solicitado.

Nunca se había explicado el porqué del misterio y ahora por casualidad terminaba de averiguarlo. Si como suponía, lo utilizó para sus encuentros amorosos con otra mujer, en aquella ocasión fue tan discreto que nadie se enteró de a quien llevo y ahora probablemente ocurriría lo mismo. Lo que tampoco imaginó, como ahora, es que la de entonces fuera su propia madre.

El día previsto Jorge le entregó las llaves a Don Camilo y este a su vez le dio una copia al ordenanza que habían contratado en la oficina, para que cuando terminase su jornada por el mediodía

fuese a la vivienda y encendiese el hallar, luego cuando terminara la jornada por la tarde volviera para alimentar el fuego y dejarlo todo en condiciones.

-Después – le advirtió – guardas las llaves hasta mañana como si te fuese la vida en ello y sobre todo no quiero que a partir de las siete de la tarde estés allí. ¿Has comprendido?

-¡Si señor!

-¡Muy bien! Tu harás carrera en esta casa. Toma esto para que no se te olvide nada y para que sepas cuáles son tus prioridades este día – le entregó una espléndida propina.

Esa tarde Camilo y Marieta abandonaron la casa por separados y ambos dieron instrucciones a Concha para que no preparase cena para ellos.

XXXXX

XXX

X



Quince días después de aquella noche toledana, en la que hasta a Marieta le dieron ganas de repetir, concertaron un nuevo encuentro para cuando la dama terminase de nuevo el próximo periodo, la casa de Camilo estaba en plena ebullición pues para esa misma tarde se esperaba la visita de Marcela y su hijo Alberto para concertar la boda con la pequeña Barbarita en una entrevista privada.

Después, ya en compañía de ambas familias al completo en la que también estaba incluido Agamenón, se serviría un tentempié que conociendo a Concha, la cocinera, seguro que serviría también como cena.

Consuelo, que no pintaba nada en este asunto, quiso borrarse del mapa y desaparecer alegando que quería visitar a una vieja amiga y que dormiría en su casa para no tener que volver a horas intempestivas.

Después se supo que había ido a casa de Ana para contarle todas sus penas y rogarle le permitiese dormir en su casa para poder librarse de una situación muy embarazosa para ella. Ana acepto encantada, pues aparte que le servía para enterarse de todos los entresijos del Camilo, del que en esa época estaba algo desconectada, era una buena forma de romper la monotonía en que estaba embarcada, aparte de que no le costaba nada pues andaba sobrada de camas.

Camilo cuando se enteró, se alegró, pues eso le daba la oportunidad de meter a Marieta esa noche en su cama y desde luego hacer el amor otra vez. Había un inconveniente y grande. Con su ya larga experiencia con sus mujeres había comenzado a conocer el funcionamiento de su cuerpo y no ignoraba que si hace quince días tuvo sexo sin peligro de quedarse embarazada con su ex mujer ahora estaría en el periodo fértil y no se lo consentiría a menos que tomase una serie de protecciones o se aviniese a escupir a la calle, que era lo que más le disgustaba.

Pensó largamente en como solventar el problema, pues no tenía intestinos de cerdo en casa y tampoco eran horas para enviar a una criada a que se los consiguiese en una carnicería.

La necesidad crea genios y no tardó en encendérsele una lucecita en el fondo de su cerebro. La piel de una salchicha tierna le podía servir para el caso y rezo interiormente para que su despensa no careciese de ellas.

Los invitados, Marcela y Alberto, llegaron a las seis de la tarde en punto y acompañados de Marieta, Bárbara y Camilo, se introdujeron en el despacho de este. El diván y las cuatro sillas que por allí había fueron suficientes para acogerlos a todos.

Camilo sabía que las mas que viejas, arcaicas formas de petición de mano de Yocla, que era la única que conocía, no le servirían en esta ocasión y que Marcela no comenzaría con la consabida perorata de: “Assi no hem vingut a contar les bigues ni a medir les parets, perque ni som preadors ni tenim que comprar la casa, assi venim mosatros per la chica, perque el meu Albert vol a Barbareta”

Ni ésta por supuesto le contestaría: “!Eh; Vostes ya saben que, si señor” y posteriormente seguiría con el de “Mare assi te una nova filla per a servirla y lo que vuiga manar”.

Aunque esto último, según ahora recordaba, se decía después de la boda y no durante la pedida.

Así es que se saltaron ese preámbulo, pues los visitantes ya sabían a lo que habían venido y la niña no tenía ninguna duda que iba a aceptar al apuesto pretendiente.

La segunda parte de la reunión, que correspondía a la cuestión económica, era mucho más interesante y a ella fueron inmediatamente.

-¿Hablemos de la dote? – preguntó Marcela como si de ella exclusivamente dependiera la boda.

Camilo iba a apostar fuerte para tirarse a Marieta esa noche y para conseguirlo tenía que impresionarla y lo mejor para lograrlo era mostrarse espléndido con todo lo relacionado con la boda de su hija.

-He visto el cuchitril en donde vive Alberto – comenzó Camilo – y para una persona sola e incluso para el comienzo de una pareja de recién casados, no está mal. Pero si contamos que tiene que albergar a la chica de servicio – Bárbara hizo un gesto, como indicando que no aspiraba a tanto, pero nadie le hizo caso – y contando con el primer retoño, que espero no tarde en llegar más de un

año, es claramente insuficiente.

-Corta el rollo y dime a dónde vas a parar, Camilo – intervino Marcela un tanto nerviosa de tanto preámbulo y creyendo que su consuegro iba a pedir un piso más grande para su hija- Alberto todavía está empezando y no puede permitirse comprar un piso nuevo y más grande. Por lo menos de momento.

Alberto se revolvió en su asiento creyendo que su madre se estaba pasando defendiendo sus intereses sin contar con la opinión de él. Se bastaba y sobraba para adquirir un piso nuevo para su amada si era preciso, aunque tuviese que endeudarse para toda su vida.

-Yo creo... - comenzó, pero rápidamente fue interrumpido por Camilo.

-Lo que quería decir, si no me hubieses interrumpido mi querida Marcela, es que pienso dotar a mi hija – se empapó de placer al pronunciar esa palabra – con un magnífico piso, el que fuimos a visitar el otro día – aclaró dirigiéndose especialmente a Marieta, que le sonrió complacida – situado en el arrabal de Santa Elena y donde se está trasladando actualmente toda la gente de “puntet” de Alcoy.

-Pero esta extramuros... - se quejó Marcela, que por poner le ponía pega a todos.

-Eso no será un problema muy pronto. Alcoy se está ahogando dentro de sus murallas y le quedan menos que un caramelo a la puerta de un colegio. – Mira si no, lo que están haciendo: los Matarredona, los Ferrándiz y los Albors. Construir sus casas allí.

Marcela sin embargo no se daba por vencida y aunque solo fuese por defender su postura intentó intervenir, pero desistió al interrumpirla su hijo con un gesto.

-Esos pisos valen una verdadera fortuna – lo sabía porque ya se había interesado anteriormente en ellos – no sé si debo aceptar.

Añadió con voz débil y apenas perceptible. Pero en el fondo estaba contento pues se llevaba una auténtica belleza de mujer y una fortuna aunque fuese a base de ladrillo y cemento.

-Tendrás entonces que vender tu actual vivienda – añadió Marcela que parecía estaba allí de florero pero en realidad estaba al loro de todo lo que pasaba

-Yo había pensado – intervino de nuevo Camilo que estaba en todas – que dado que la vivienda actual está en un lugar mucho más céntrico, que trasladases allí la consulta y lo que dejases fuese el piso, en donde la tienes actualmente, que solo es de alquiler. Si estás de acuerdo te enviaré allí al arquitecto, para que saque un plano de tu actual vivienda, diseñe lo que será la nueva consulta y cuando te instales en tu nueva casa enviaré una cuadrilla de obreros para que realicen las obras oportunas.

Camilo parecía tenerlo todo rigurosamente estudiado y controlado, y ahora lo estuviese desarrollando como si lo tuviese en un guion previamente instalado en su mente.

Marieta no podía dejar de admirar a ese hombre. Estaba defendiendo la posición de su hija mil veces mejor que lo hubiese hecho ella misma. Optó por no intervenir y dejar toda la negociación en sus manos. Estaba tratando a Bárbara como si fuese su única hija biológica, cuando en realidad no tenía nada de él. La única afinidad que se podía imputar, era el de haberla criado junto a ella.

En ocasiones Marieta se lamentaba de haberle abandonado a consecuencias de unas discusiones tontas, por cuestiones sexuales que únicamente hablando hubiesen tenido una fácil solución. Ahora estaba viviendo muy bien gracias a él, todo había que decirlo, junto con un hombre, Carlitos, que apreciaba como amigo y amante pero al que en realidad no amaba. Su único atractivo actual para ella era su gran pene, que continuaba causando sensación entre las pocas afortunadas que tenían ocasión de catarlo, pero que ella, de tanto usarlo y ya acostumbrada, no le encontraba ninguna motivación extra. Regresar de nuevo con Camilo parecía una misión imposible, pues estaba Consuelo por en medio y posiblemente hubiese alguna otra, pues su ex esposo no era hombre de un solo coño.

-Entonces... ahora solo queda la cuestión del convite -añadió Marcela a la que ya le llegaban los efluvios de la cocina y su estomago, emitiendo jugos gástricos, ya se dejaba oír.

-Mitad y mitad. Como es costumbre – respondió Camilo como si fuese obvio.

-Bueno. Por si no lo sabéis yo caso ese día también a mi hija Emilia, y está su novio, que aunque no esté presente en estos momentos, si tiene arte y parte en todo este asunto.

-Entonces pagamos una cuarta parte nosotros, otro Agamenón y las dos partes restantes tú, pues casas a dos hijos - se adelantó Marieta a Camilo que optó por callar sabiendo la que se avecinaba.

-No sé porqué. Mis invitados serán los mismos si caso a un hijo como si caso a dos y no por ello van a comer doble, arguyó Marcela con toda lógica - creo que una tercera parte cada uno sería lo más justo, yo ya lo he hablado con Agamenón, lo he pactado, y está de acuerdo.

-Pero no yo - continuó con el pique Marieta.

-Tengamos la fiesta en paz - intervino Camilo conciliador - yo me encargo de todo y después arreglaremos cuentas. Tampoco es justo que Agamenón, por cuatro invitados que pueda traer, pague una tercera parte.

Marcela se alegró, sabía que Camilo nunca le pediría cuentas, y si se las pedía - sonrió para sí misma - se lo tendría que cobrar en carne.

Marieta no estaba tan contenta al final de la reunión y le molestaba no haberse salido con la suya. Se juró que haría lo imposible para que Camilo le cobrase a esa víbora hasta la última peseta. Aunque para ello tuviese que ceder en otras cosas, pues esas cuestiones en donde mejor se tratan son en la cama.

Los pequeños cenaron antes para no importunar después a los mayores. Camilín no quería irse a dormir si no era acompañado de su madre, al final consiguieron que lo hiciese durmiendo en la misma habitación de sus hermanos, dejando libertad de movimientos a su progenitora, y todos, al cuidado de María la niñera, no tardaron en dormirse.

Camilo pudo comprobar satisfecho que el patio se le estaba despejando mejor de lo previsto. Durante la cena aprovechó la ocasión para convencer a Marieta para que le dejara meterse en su cama esa noche aprovechando la ausencia de Consuelo y con la excusa de solucionar los flecos pendientes que habían quedado de la boda. Esta que tenía asuntos pendientes con él y que no tendría mejor oportunidad que esta para inclinarlos a su favor, acepto inmediatamente con la condición de que se protegiera adecuadamente o tendría que escupir en la calle, pues estaba en los días fértiles de su periodo y por ningún motivo quería quedarse preñada.

Camilo aceptó todas las condiciones, porque no podía hacer otra cosa, pero lo malo es que no tenía tripa de cerdo preparado y por ningún motivo quería quedarse a medias y escupir fuera.

Aprovechó un momento de pausa en las conversaciones, alegando que tenía asuntos urgentes que resolver con Brígido, se dirigió a la cocina en donde se suponía estaba cenando con su esposa. Camilo los había invitado a la cena, pero Concha se había negado pues no pintaban nada en esa cena y no quería inmiscuirse en asuntos privados de la familia. Por suerte todavía no se había retirado a descansar aunque Brígido ya lo había hecho.

-¿Tienes alguna longaniza tierna por ahí?

-No me diga que con todo lo que les he preparado se ha quedado con hambre.

-¡No! Pero me apetecen.

-En la fresquera hay. Hechas de esta misma mañana - Camilo se dirigió en donde le indicó Concha y vio un plato en donde quedaban una docena de longanizas todas ellas bien enristradas.

Cortó la ristra por la mitad de la segunda longaniza. Eran hermosas y suponía que con una hubiese tenido suficiente, pero no quería quedarse corto y asegurar. Dejo intacto el nudo que cerraba la primera y aflojó la vaga que la unía con la siguiente, Cortó el hilo sobrante y se lo reservó, para cuando llegase el momento de atarlo a la base de su pene.

Luego la vació de carne y la enjuagó con agua repetidas veces, hasta que la dejó sin ningún resto y pudo comprobar que no perdía agua por ninguna parte. Lo depositó todo en el fondo de un vaso cubierto con un dedo de agua y se lo llevo.

Concha que ya tenía la cocina limpia como una patena, maldijo la idea de Don Camilo que se la

había vuelto a ensuciar de carne por todos los sitios y procedió a limpiarla de nuevo.

La reunión se prolongó hasta las doce de la noche. A Camilo no le molestaba, pues cuando más tardasen en acostarse más rendida estaría la gente y él tendría toda la noche para él. Finalmente Alberto y Marcela decidieron volver a su casa, que estaba justo al lado de la de Camilo y no presentaba ningún inconveniente. Marieta y Bárbara se retiraron a sus respectivas habitaciones. Una mirada de última hora le confirmó que aquella no cerraría su puerta a cal y canto y le estaría esperando.

Camilo solo fue a su habitación para recoger el vasito con el protector que le permitiese disfrutar plenamente del acto sexual. En realidad le importaba un pimiento que este fallase y Marieta pudiese quedar embarazada. Solo intentaba con ello salvar su responsabilidad ante ella y no enfadarla. Si quedaba preñada no le importaba tener otro hijo con ella, tendría la posibilidad de que quisiese quedarse y no regresar a Altea y podría disfrutar de su cuerpo, sin ningún problema, en los próximos seis o siete meses.

Llegó con el tiempo justo para ver como su amada se introducía en la cama completamente desnuda, estaba tan deseable como siempre y le apetecía volver a disfrutar de su cuerpo desnudo. No esperaba que fuese igual como hacia quince días pues el dichoso cachivache que se pondría sería un obstáculo, pero se amoldaría a lo que había.

Se desnudó en un santiamén, después de dejar el vaso sobre el mármol de su mesilla de noche, e igualmente se metió en la cama para iniciar los preliminares eróticos que pondrían a ambos a punto.

No quería prolongarlos mucho para evitar una posible eyaculación precoz y apenas notó que su miembro alcanzaba el grado suficiente de erección que le permitiese realizar el coito, reclamó la ayuda de Marieta para colocarse el artilugio. Mientras él se ponía la tripa de la longaniza ella se lo ataba cuidadosamente con el trozo de bramante sobrante. Sin apretarlo mucho para no hacerle mal, pero sin dejarlo flojo y que durante el coito se soltase y se quedase dentro. No quería pasar otra vez la vergüenza de que se le quedase en su interior, como le ocurrió una vez con una estilizada botella, y tener que avisar al barbero para que se la sacase del enojoso lugar.

Cuando la penetró sin que su miembro perdiese consistencia respiró tranquilo. Para su gusto el cordón le apretaba un poco, aunque indirectamente le hizo un favor, aunque él no llegó a saberlo nunca, pues al cortar en parte su vía de escape la sangre acumulada en su pene le proporcionó una erección más larga.

Cuando comenzaba un suave movimiento de vaivén, la mujer le contuvo.

-Tenemos que hablar.

-No creo que sea el momento más oportuno.

-Para mí sí. Es la única forma de que me prestes atención.

-Bien. Dime lo que sea, pero rápido.

-Quiero que a esa arpía no le pagues su parte del convite.

-¡Mujer! - se quejó el hombre a la vez que su amante iniciaba un suave movimiento de vaivén con sus caderas. El hombre respiró profundamente y le respondió - ¡Vale!

-Ahora ámame como solo tú sabes hacerlo - le animó aun sabiendo que polvos mejores había conocido

Estuvieron un buen rato amándose y reprimiendo en ocasiones sus ardores, para que ello durase, si no eternamente, por lo menos toda la noche. Aunque lógicamente ni eso pudo ser.

Después, antes de que el sueño los rindiese, estuvieron hablando durante un buen rato.

-Yo, ya estoy cansada de vivir en Altea. Un par de meses en verano. Bien. Pero todo el año es demasiado.

-¿Porque me lo dices?

-Quisiera que me aceptases de nuevo. Estar juntos con mis hijos y disfrutar de mis nietos cuando lleguen.

-¿Y Carlitos?

-Carlos ha sido un consuelo para mí, como yo lo he sido para él en un momento en que ambos necesitábamos un apoyo. Pero ese tiempo hace mucho que ha pasado y amor, lo que se dice amor nunca lo hubo entre nosotros.

-Recuerda que aquí esta Consuelo y aunque ahora no disfrutemos de nuestros mejores días, por nada del mundo la echaría de casa. Junto contigo ha sido sin duda el gran amor de mi vida.

-No pretendo alejarte de ella, pero si competir por tu amor. Sé que no estás casado con ella ni yo pretendo volver a casarme contigo. Estamos empatadas y partimos en las mismas condiciones. Solo tienes que convencerla que debe luchar por tu amor de la misma forma que lo hago yo. Y la que gane tendrá el premio de recibirte esa noche en su cama.

Después calló y al cabo de unos minutos, por el silencio que reinaba en la habitación, supo que estaba dormida. Permaneció despierto durante un buen rato acariciando su piel desnuda y pensando en todo lo que le había dicho Marieta.

Cierto era que ella se había ido, pero nunca la había echado y podía regresar cuando quisiera. Era una idea magnífica, por lo menos para él, lo que le había propuesto su amante de esa noche y tenía que convencer a Consuelo para que aceptase.

La idea de no estar casado y poder compartir en su casa a las dos mujeres que más amaba era una opción que le entusiasmaba.

XXXXX  
XXX  
X

Consuelo llegó a casa apenas las primeras luces del alba iluminaron las calles de Alcoy. Luis ya se había ido a la fábrica cuando escuchó trajinar a Ana y se dijo, era hora de levantarse. Desayunó con ella un café con leche que empaparon con bollos del día anterior y como no quería molestarla en sus tareas domésticas, optó por marcharse a su casa.

Allí todos estaban dormidos, excepto quizás Concha y Sofía que deambulaban por la cocina pero no quiso molestarlas. Comprobó que Camilo no había dormido esa noche en su cama pues estaba impecable. Supuso que había aprovechado su ausencia para hacerlo en la de Marieta.

Sería la segunda vez que se acostaban desde que ella había regresado. La primera vez no se atrevieron a hacerlo en la casa y ante su presencia y optaron por desaparecer misteriosamente una noche creyendo que su acto permanecería impune. Lo supo por la cara risueña del dueño de la casa al día siguiente y la mirada de culpabilidad de ella incapaz de levantar su mirada cuando la habló.

No se lo reprochó entonces y menos lo iba a hacer ahora. Eran amigas y habían vivido durante muchos años juntas como vecinas e incluso habían intercambiado maridos, si como tales podían considerarse Camilo y Carlos.

La consideraba una más de la casa y lo que se hiciese dentro de ella y no saliese al exterior no le importaba nada. Otra cosa era la fofa y gorda esa de Marcela que por el simple hecho de haberse quedado viuda intentaba quitárselo. Y eso no lo iba a consentir.

No quería volver a acostarse de nuevo, ahora en su habitación, ni que hacer. Decidió acercarse a la cocina para hablar con Concha, que ya estaba preparando los desayunos, para tratar de averiguar alguna novedad de la casa. Pronto supuso que no estaba enterada de la noche toledana de los dos tortolitos y eludió el tema. Si que se enteró que ese día no había colegio para los niños por una fiesta que no sabía si era civil o religiosa, por lo que tenía orden de no despertarlos hasta que lo hiciesen por su cuenta.

Tenía tiempo por delante y decidió desayunar de nuevo acompañando a Concha. Si lo repetía muchas veces con toda seguridad haría que engordarse, pero si ahora, a su dueño y señor, le gustaban fofas y gordas como Marcela o rellenitas como Marieta. Tendría que ponerse a tono.

Una hora después se cruzó con Marieta en el pasillo, se saludaron como si no pasase nada, se besaron como si llevasen una semana sin verse y ya no encontró en su mirada ningún signo de culpabilidad.

-¿Cómo te ha ido esta noche?

-Normal. Ya sabes. Como siempre – se limitó a responderle escuetamente Marieta.

Camilo se levantó tarde, cuando todos los niños ya estaban desayunando en la inmensa mesa que presidía la cocina. Buscó a Consuelo y la encontró con menos enfado del que suponía.

-Tengo que hablar contigo.

-Cuando quieras.

-Ahora en mi despacho o esta noche en tu cama.

-Mejor esta noche.

No sabía exactamente lo que quería decirle, ni lo suponía. Marieta no era un problema para ella, pues más pronto que tarde y posiblemente después de la boda, volvería a desaparecer de sus vidas y todo tornaría a la normalidad. Carlos la estaría esperando y por su mente no pasaba el que pudiese abandonarlo. Su problema era Marcela y para resolverlo no había un lugar mejor que la cama y sobre todo emplear todas sus artes de mujer.

Cuando esa noche Camilo se metió en su cama esperaba encontrar el cuerpo suave y aterciopelado de Consuelo, que ya lo estaba esperando, y no el áspero camisón de lino que como barrera se interponía entre ellos.

-A ver qué es eso tan importante que tenias que decirme.

-Muchas cosas y significativas. Pero para mí ahora lo más transcendental es que nos reconciliemos, pero por las trazas veo que no estás por la labor.

-Yo siempre he estado dispuesta para ti y te he ofrecido lo mejor que tengo, pero bajo ningún concepto quiero compartirte con esa furcia.

-Marieta no es una furcia.

-¿Marieta? No me refiero a ella sino a Marcela.

-¿Marcela? – se sorprendió Camilo de que los tiros fueran por ahí. – es solo una pobre viuda que precisa ayuda y de la que también nos hemos beneficiado nosotros. – recalcó esta última palabra – Le he comprado la masía por cuatro perras y este verano ya podremos disfrutarla. Cierto es que me he tenido que acostar un par de veces con ella para consolarla, pero si esto es lo que te ha molestado, te prometo que a partir de ahora puede buscarse el consuelo en otra parte.

Camilo no pensaba cumplir su promesa, pues a pesar de que a partir de ahora tendría tarea doble en casa, dejar de pegar un polvo con Marcela de vez en cuando era una opción que no se podía permitir. Tendría que llevar más cuidado y sobre todo no alardear de ello, que en definitiva era lo que le había descubierto, pues fue a raíz de comentar con Consuelo las extrañas bragas que portaba el día que hicieron por primera vez el amor en su despacho, cuando comenzaron sus problemas. Se lo tenía merecido. Eso le pasaba por “bocut” (bocazas)

Mientras tanto Consuelo se había relajado y su mano comenzó a trabajar sobre el pene de Camilo como preludio de lo que vendría a continuación. No sabía cómo reaccionaría después a su propuesto sobre lo de Marieta, pero llevaba más de un mes sin acostarse con ella y tenía que aprovecharlo por si las cosas se torcían. Con Consuelo tenía la ventaja que no tener que usar ningún tipo de artilugios para evitar un posible embarazo. No sabía cómo se las arreglaba para solo quedarse preñada cuando ella quería. Tendría que sacarle el secreto para aplicárselo a Marieta. Por eso apenas el miembro entró en erección y sin más preámbulos, ni siquiera el que su amante se quitase el camisón, la penetró. Después de tanto tiempo era como si lo hiciesen por primera vez. La mujer creyendo que se había salido con la suya se entregó como hacía mucho tiempo no lo había hecho.

Camilo se dio cuenta que tenía muchas mujeres, tal vez demasiadas, de las que no podía prescindir y se asustó de la tarea que tenía por delante, pero en ningún caso dudo que saldría victorioso.

El momento más difícil de la noche, vino cuando reposaban relajados uno junto a la otra y se repartían besos por todos los sitios y por ambas partes. Surgió entonces la pregunta motivo del encuentro, y que él en esos momentos hubiera querido posponer para el día siguiente.

-¿Y eso tan importante que me tenias que decir?

Camilo se separo imperceptiblemente de ella para poder mirarle a los ojos y comprobar la reacción que en ellos provocaban sus palabras. Después la beso en sus labios y carraspeó durante unos instantes para tratar de aclarar su voz y aprovechar para tratar de ordenar sus ideas, pues su mente hasta hacia unos momentos estaba en el paraíso. No quiso prolongar más su agonía y le soltó.

-Tenemos un problema.

-¿Grave?

-Según como se mire – dejó de irse por las ramas y se lanzó directamente al agua – Marieta quiere volver... - hizo una pausa esperando la reacción de su amante.

-Puedes montar un piso, eso a ti no te cuesta nada.

-Aquí. A esta casa. Con sus hijos.

-¿En qué condiciones?

-Con los mismos derechos que tu. Otra cosa sería iniciar una guerra que no sería buena para nadie.

-¿Y con las mismas obligaciones?

Camilo no respondió pero su silencio fue bastante elocuente. Estaba claro que le pondría las mismas obligaciones, las de abrirse de piernas cada vez que al dueño de la casa le apeteciera. Pero en realidad eso no le importaba demasiado, era si acaso un descanso y eso lo había podido comprobar durante el pasado mes que había estado en paro. El sexo comenzaba a no ser ya una prioridad para

ella, podían permanecer largos periodos sin él y con la seguridad de tarde o temprano Camilo volvería. Si no lo hacía, peor para él, pues en caso de necesidad no le faltarían pretendientes. Su prioridad ahora eran los hijos. Poder criarlos dentro del bienestar y sobre todo poder estar siempre junto a ellos. Y eso solo lo conseguiría conviviendo con el que consideraba su esposo.

Pero lo más importante era que todo quedaría en casa. Y si el gato tenía suficiente comida en ella no saldría a cazar ratones y se olvidaría definitivamente de la puta de Marcela.

En realidad le preocupaba más Carlos, al que en el fondo continuaba queriendo, y se había quedado solo. Suponía que le permitirían vivir en el chalet de Altea, pero conociéndolo como lo conocía seguro que volvería a la vieja casa de su madre en Yocla. Al fin y al cabo la culpa era de él, pues si no se hubiese encaprichado como lo hizo de Marieta ella nunca lo hubiese abandonado. Ahora que pagase su penitencia.

-Supongo que sí – respondió no muy convencido Camilo, después de tan larga pausa – no quiero engañarte, pero un gallo en su gallinero tiene que atender a cuantas gallinas tenga.

Después del símil con que la había sorprendido Camilo y la había dejado casi anonadada, quiso dejar zanjado definitivamente este asunto.

-Yo estoy de acuerdo y si como supongo Marieta también lo está. Salga el sol por Antequera y sea lo que Dios quiera. Y ahora durmamos que mañana será un día duro.

Dio media vuelta sobre sí misma y cuando Camilo se acopló perfectamente a su espalda se quedó dormida.

Cuando despertó al día siguiente, todavía firmemente unida a Camilo por su brazo que rodeaba su cintura, comenzó a cavilar sobre todo lo ocurrido la noche anterior. Lo que más le preocupaba era que la tachasen de consentida por aceptar esa situación. Pero en realidad ni ella ni Marieta estaban casadas con Camilo, que era un hombre libre, y más derecho tendría la otra que al fin y al cabo durante mucho tiempo estuvo casada con él, una suerte, que por desgracia, nunca pudo alcanzar ella. En este asunto tendrían que ir con sumo cuidado, pues Camilo podría hacer lo que le diese la gana si la cosa se ponía a parir, incluso tirarlas a las dos a la calle a patadas y sustituirlas por una jovencita de veinte años si le apeteciera. Y si hasta ahora no lo había hecho, no sería por falta de pretendientes que las tendría a montones, sino porque en el fondo las quería. Se dio la vuelta sobre la cama y estuvo besándolo hasta que lo despertó. Volvieron a hacer el amor otra vez.

Consuelo se levantó apenas terminaron, dejando que su amante reposase un poco más de la ajetreteada noche que habían tenido. Se cubrió con un bata y marchó a la cocina para desayunar. Tenía hambre. La primera con que se cruzó en el pasillo fue Marieta, se abrazó a ella y la tranquilizó diciéndole que estaba todo arreglado. Luego siguió su camino hasta la cocina. Tendrían que hablar para distribuirse las obligaciones de una casa tan compleja como era esta. Consuelo tomó la iniciativa de trasladar a Marieta, de su habitación en el piso superior a la que tenía asignada Camilo al lado de la suya. Este se quedaba sin ninguna, pero podía elegir libremente en donde pasaba la noche. Se había terminado la posibilidad de dormir solo y reponerse de los polvos pegados fuera de casa. De esta forma estaría más controlado.

Posteriormente Camilo aceptó, cuando fue consultado, y decidió que dormiría los días pares con Marieta y los impares con Consuelo. Y con la obligación de hacer uso del matrimonio todas las noches. Esta, en silencio para no advertir a la otra, se alegró y se consideró una privilegiada pues los días impares eran más que los pares y en muchos meses coincidían dos seguidos.

Luego marcharon a la cocina para poner en antecedente a Concha. Más pronto que tarde se enteraría del nuevo status quo de la casa y mejor sería que lo supiesen por ellas.

A Concha ya no la sorprendía nada y ni se extrañó ni se escandalizó por la nueva situación, pues de Don Camilo se podía esperar cualquier cosa. Solo lamentó no ser rica y poder hacer lo mismo que él. Tener a su disposición dos o tres hombres para poder alternarlos o mejor recibirlos juntos todas las noches para su satisfacción.



Camilo comprobó que el piso del arrabal de Santa Elena, que únicamente había tenido la ocasión de aprovechar solo una vez, ya no le hacía falta, pues teniendo la oportunidad de alternar a sus dos mujeres en casa y en su propia cama, no iba a usar la ajena.

Decidió adelantar su promesa de entregarla como dote en la boda de su hija y le dio las llaves a Marieta para que junto con Bárbara se encargase de amueblarla, decorarla y dejarla en condiciones para que pudiese ser habitada el mismo día de su boda. Invitó a Consuelo a involucrarse en el proyecto, pero esta no quiso meterse en corral ajeno. Ya tendría oportunidad de intervenir cuando los que se casaran fueran sus propios hijos.

Las bodas se celebraron a principios de junio y para entonces el vientre de Emilia había aumentado extraordinariamente, sobre todo en los últimos días. Se dio incluso el caso de que el gran día el traje no le entraba y tuvieron que colocarle una faja de su madre para que pudiese meterse dentro de él.

Las dos parejas de novios siguieron rumbos diferentes cuando emprendieron su viaje de miel. Alberto rumbo a Alicante y Emilia con destino en Valencia.

Solo entonces la tranquilidad llegó a la vivienda de la calle de San Nicolás y Camilo se replanteó el plan que desarrolló para convivir con sus dos esposas a la vez y no perecer en el intento.

Alternar, los días pares para una y los impares para la otra, estaba bien si eso hubiese ocurrido hace veinte años o poco después, en los buenos tiempos en que era capaz de pegar uno diario y en ocasiones incluso repetir.

La frase de que todo tiempo pasado era mejor, se cumplía a la perfección en esa fase de su vida. Indiscutiblemente ya no era el mismo y si cumplía con una y no tenía más remedio que descansar al día siguiente. También tenía que hacerlo al otro para estar en forma al siguiente que es cuando le tocaba con la otra. Un verdadero lio.

Eso le obligaba a llevar casi una contabilidad para saber en cada caso, con quien y cuando tocaba, no equivocarse y procurar no yacer dos veces con la misma con el consiguiente inicio de una trifulca. O por lo menos eso creía él, pues ninguna de las dos le reprochó nunca que no acudiese a su cama cuando le tocaba. Al final, de mutua acuerdo del trío, se acordó que los cambios se efectuarían semanalmente, como las sabanas, y que Camilo en el trascurso de la misma podría cumplir cuando le viniese en gana... o pudiese.

Su relación con Consuelo siempre era más sencilla, pues en todo momento estaba disponible y nunca ponía obstáculos para completar el acto. Con Marieta era diferente. Había que cumplir el protocolo y solo podía hacerlo libremente los días que se consideraban infértiles para ella o echando mano de una incómoda tripa de cerdo en los otros.

Esto hizo que muchas noches que tocaban con Marieta las pasase en blanco y se limitara a dormir con ella al calor que despedía su cuerpo. Esas pausas eran aprovechadas para contentar a Marcela y dejarla satisfecha.

## CAPITULO IV

### 1864 Corrida de toros

Bárbara regreso preñada del viaje de novios, aunque eso se supo varias semanas después. Emilia, también, pero esta no tenía mucho merito pues ya lo estaba y lo sabía todo el mundo.

La empresa de Don Camilo construía a destajo en el arrabal de Santa Elena. Aun quedaba mucho terreno libre y el puente nuevo que se había construido hacia casi treinta años, llamado de María Cristina y que unía las dos vertientes del rio Riquer a nivel de la ciudad dando una salida al camino real que conducía a Castilla aun no había dado el efecto deseado, en esa parte y mucho menos en la opuesta.

Los innumerables puentes que hasta entonces y durante muchos siglos se construyeron todos a nivel del rio para ahorrar costos y porque las técnicas de la cada época no lo permitían, obligaban a bajar y subir las pronunciadas pendientes de ambas riveras con un esfuerzo descomunal tanto para los hombres como para las bestias.

Por eso cuando el gobierno central inició las obras de ampliación de la carretera que unía Alcoy con Játiva y Valencia, para ahorrar gastos, intento vadear los barrancos de la Uxola y Benisairo a nivel de rio. El consistorio municipal se opuso y se comprometió a pagar de su peculio particular la diferencia en el coste de ambos proyectos, para que se hiciese los puentes a nivel de la Alameda.

Las obras se habían iniciado en 1861 ante una gran expectación del pueblo de Alcoy, pero en esos momentos ya estaban casi terminadas y a punto de inaugurarse.

Los negocios que hasta entonces había iniciado Don Camilo alcanzaron ese año su culminación. La construcción iba viento en popa, pues la población de Alcoy aumentaba a un ritmo acelerado. El año anterior habían nacido 466 personas más que las fallecidas. A ese incremento vegetativo había que añadir a los nuevos pobladores que mes a mes se establecían en la ciudad desde los pueblos vecinos.

Su industria papelera era el asombro de la competencia, pues ignorantes de su máquina continúa de fabricar papel, aunque ya comenzaban a sospechar que algo se cocía en el interior de la fábrica, pero con la desventaja de ignorar el motivo, pues ninguno de sus empleados, hasta entonces, se había ido de la lengua.

Finalmente la fábrica textil, bajo la dirección de Luis, comenzaba a levantar el vuelo

En enero de ese año un vecino de Alcoy, José Carbonell, de profesión carpintero, levantó un salón de madera en la Glorieta, destinado para celebrar los bailes de mascarar de los próximos carnavales. La única obligación era pagar un canon de cuarenta reales al hospital y otros tantos a la casa de Desamparados, cada vez que lo utilizarse con independencia de la recaudación que obtuviese.

Tanto fue el éxito que todos los fines de semana de ese verano se celebraron bailes en el mencionado salón.

En época de fiestas los alcoyanos no suelen hacer distinciones entre la gente de los diferentes estratos sociales de la ciudad y allí se mezclaban, tanto la gente trabajadora como la de "punter" y eso era aprovechado por las modistillas y empleadas textiles para ir a la caza y captura de su príncipe azul.

Don Camilo no solía sacar a pasear a sus dos esposas, o como quedamos llamarlas, a la vez, para evitar comentarios malintencionados, pero aun así no faltaba quien se lo reprochara. Cuando en alguna ocasión alguien se lo había echado en cara, él siempre argüía que no tenía dos esposas porque no estaba casado con ninguna. Eran simplemente sus novias, y que él supiese todavía no estaba prohibido en España tener las novias que uno quisiese.

Alguno fue más allá y lo que le reprochaban era que tuviese hijos con ellas. No se molestaba por ello y con la cachaza que le caracterizaba solía decir. "Quien no se haya tirado nunca a su novia que tire la primera piedra", para añadir "y una cosa trae a la otra".

Finalmente hizo caso omiso de esas murmuraciones, se puso la capa por montera y decidió sacar a las dos a la vez a la calle para envidia de sus detractores.

Los domingos de fiesta grande en Alcoy era cuando se celebraba una corrida de toros. Ese día se engalanaba convenientemente la calesa y se enjaezaba con todo lujo de detalles a los caballos que tiraban de ella. La salida de la misma de la casa de la calle de San Nicolás era todo un espectáculo. Con Jacinto y Mauro de conductor y palafrenero respectivamente y los caballos, situados ya en el túnel de salida, esperaban la orden para emprender la marcha. Entonces Carmen, la guardesa, salía precipitadamente precediendo a la calesa y deteniendo en la calle, dando grandes gritos, a los carruajes que en esos momentos subían o bajaban por la vía. Cuando tenía el tráfico controlado, se llevaba las manos a la boca y emitía un estridente silbido. Los caballos ya acostumbrados a esa orden y antes de que Jacinto los aguzara, salían briosamente sabiendo que nada los obstaculizaría. La gente no dejaba de sorprenderse del espectáculo y muchos acudían a la hora prevista y esperaban el tiempo necesario únicamente para verlos salir. La exhibición era normalmente premiada con grandes aplausos. Camilo iba cómodamente sentado detrás, fumando, o por lo menos haciendo como si fumase un soberbio habano del que no salía ni una miserable pizca de humo y flaqueado, tanto a la diestra como a la siniestra, por Marieta y Consuelo, elegantemente vestidas y provistas de la inevitable peineta y mantilla de rigor.

Los carruajes que bajaban por la calle de San Nicolás, daban la vuelta a la plaza de San Agustín y se unían, delante de la iglesia de Santa María, con los que ascendían por la calle Mayor, para después de pasar por delante del nuevo ayuntamiento embocar por las calles del Mercado, Santa Elena, Puentes de Cristina y llegar a la Partida de Riquer bajo en donde estaba situada la plaza, lindante con la carretera que conducía a Játiva. En todo ese trayecto una hilera de gente miraba unas veces curioso y otra admirado a los carruajes y sobre todos a quienes portaban, bien fuesen lacayos o señores. Y los que más llamaban su atención eran recibidos con grandes aplausos y vítores.

La plaza de toros era de madera y diseñada por el arquitecto Rafael Masía Valor, que también había rubricado muchos de los proyectos arquitectónicos de Don Camilo. Tenía un redondel de veintiocho metros de diámetro y costó la friolera de cinco mil duros. Cuando entraron se acomodaron en uno de sus veintinueve palcos, que junto con los pocos asientos de barrera, contrabarrera, rellano y bajo rellano, eran todos de tendido hasta alcanzar un aforo cercano a las seis mil trescientos espectadores y que se llenaba cada vez que había toros, torease quien torease.

Los alcoyanos no tenían otra distracción que no fuese el teatro o los bailes de salón. Cuando llegaba un acontecimiento extraordinario, bien fuera en forma de corrida de toros o de un circo importante, el éxito estaba asegurado.

Salvo la intervención de un rejoneador, la corrida en sí fue un autentico desastre. Los toros eran grandes y vigorosos y se llevaban por delante dos o tres famélicos caballos antes de que terminase la suerte de varas. Los toreros, avisados, tomaron sus precauciones y evitaron en lo posible arrimarse a los astados, aun así uno sufrió un revolcón, por suerte sin sangre, y el resto más precavidos puso más tierra por en medio y recibió el abucheo de la gente. A los espectadores igual les daba aplaudir que abuchear, solo querían divertirse, y para afrontar mejor el tedio que les embargaba, lo hacían cantando o haciendo como si desfilaran, igual que en las fiestas de Moros y cristianos pero sin moverse de su asiento, cuando la banda tocaba un pasodoble. Entre pitos y algún que otro ¡ole! de algún despistado, terminó la corrida con más pena que gloria.

Camilo y las damas tuvieron que esperar a que Jacinto trajese la calesa, de un prado cercano hasta la misma puerta de la plaza, para evitar salir de barro hasta las rodillas, pues una tormenta la noche anterior había dejado hecho un barrizal los campos aledaños en donde estaban los carruajes aparcados.

El regreso ya no fue tan espectacular y glamuroso como la ida, ya no había gente esperando su paso en los bordes de las calles, pero todos estaban satisfechos de la jornada vivida. Camilo no quiso

dar el día por concluido tan temprano e invito a sus acompañantes a un estreno de teatro que se representaba esa tarde noche en el Principal. Tenía reservadas perennemente cinco entradas en todas las funciones de los domingos y fiestas de guardar, que nunca retiraba, simplemente para no hacer cola ante la taquilla, bien sea porque no asistía o porque el portero, cuando se presentaba en la puerta, le dejaba pasar sin necesidad de mostrárselas. Recorrió el trecho que separaba su casa del teatro, apenas ciento cincuenta metros a pie, y con ambas damas cogidas a sus brazos. Tuvieron que recorrer la plaza de San Agustín repleta de gente. Por su acompañamiento, que deslumbraba, sino por su belleza que lo eran si por su elegancia, levantó no pocas envidias. Esas envidias, que casi diez años después, tuvieron graves consecuencias en unos sucesos que conmoveron, no solo a Alcoy, sino a toda España y de los que tendremos ocasión de escribir más adelante.

Esa noche, después de una jornada completa, no quiso desairar a una de las damas y las invitó a ambas a compartir lecho con él, eso no lo había logrado nunca y era su asignatura pendiente. Marieta se limitó a alzar sus hombros y aceptó, pues era una posibilidad de evadir sus responsabilidades esa noche que se le antojaba seria toledana, pero Consuelo, que esa semana no le tocaba, rechazó la oferta, porque pensó: que ya que no era su esposa, sería su amante, pero nunca su puta.

XXXXX  
XXX  
X

Al poco tiempo de su boda, Emilia y Agamenón, se incorporaron al círculo de amistad que formaban las parejas de Jorge – Leonor y Fernando – Lola.

Comenzaron a salir juntos los viernes y sábados por la noche, cenaban y se quedaban al posterior baile y luego aparentemente cada pareja iba a su nido, aunque posteriormente Nando y su esposa fuesen a parar a la casa de Jorge.

Otras veces fingían acompañar a los recién casados un trecho hasta su casa, para luego al regresar, dirigirse directamente a la de Leonor. Pero la verdadera labor de zapa había comenzado durante los bailes.

Los intercambios de parejas en los bailes comenzaron a ser frecuentes y Agamenón que no era tonto, y por su oficio aficionado a las estadísticas, no tardo en darse cuenta que bailaba más, en el transcurso de la noche, con las otras mujeres que con la suya propia. Como Emilia no era muy celosa y parecía pasárselo bien contando confidencias tanto a Fernando como a Jorge, siguió el juego que en realidad no le desagradaba. Al fin y al cabo tenía a su esposa todas las mañanas y todas las noches a su entera disposición y en esos momentos tener a dos bellas damas entre sus brazos de vez en cuando, era un aliciente extra al que no podía ni quería renunciar. Sobre todo Lola, que se prodigaba en los roces, no sabía si casualmente o a propósito, pues era imposible escrutar lo que albergaba su mente detrás de su sonrisa, pero lo único cierto es que lo volvía loco y por la noche soñaba con poseerla en infinidad de ocasiones.

Pasaron las semanas y la confianza entre todos aumentó exponencialmente. Los nuevos ya admitían algunas salidas de tono y cierta tolerancia en algunos tocamientos que no tenían razón de ser y se hacían de forma automática. Aunque las sensaciones interiores que cada uno percibía no se manifestaban exteriormente.

Cuando Agamenón bailaba con Lola, los roces eran continuos, sus manos igual apretaban su cintura para atraerla hacia él, como se posaban en su espalda y se dedicaban a acariciar la piel suave que quedaba al descubierto, cuando su escote, que era casi siempre, así lo permitía. Nunca decía nada ni se quejaba por ello e incluso parecía estar agradeciéndoselo con una sonrisa en unos labios que él deseaba besar pero no se atrevía. Hasta que en una ocasión en que bailando sus bocas estaban tan cerca que ella arrimo fugazmente sus labios sobre los del hombre. Mientras tanto las palabras insinuantes de ella, perturbadoras para él, no sabía cómo interpretarlas exactamente.

¿Sería cierto que con frases retóricas que en realidad no comprometían a nada, la bella mujer que tenía entre sus brazos le estuviese proponiendo hacer el amor? Por lo menos así lo entendía él, aunque con otras palabras.

En cierto baile se arrimó, o más bien diría se entusiasmó más de lo que la prudencia aconsejaba. Su cuerpo reaccionó como era lógico y derramó su semen sobre sus calzones. Estos absorbieron el envite y el descalabro no logró manifestarse en el exterior. Aunque le obligó a visitar los aseos y realizar una limpieza de emergencia.

Leonor era más prudente y no tan belicosa como Lola. Hacia lo posible para intimar con él pero sin propasarse. A Agamenón le parecía una mujer muy sensata con la que muy difícilmente llegaría a intimar. Pero la veía tan sensible y delicada y tenía tan apetitosas carnes, que desde luego no le importaría en absoluto yacer con ella, aunque eso lo veía casi imposible.

Todo ello de momento inaccesible, pero no tardaría en comprobar que podía ser una realidad aun a costa de tener que poner a su esposa en el mercado.

Leonor todavía no estaba convencida de que diese resultado lo que tramaban Fernando y Lola con la aquiescencia de su marido. Exceptuando las dos violaciones de Bernabé, no conocía más varón que Jorge y Fernando. El primero era su esposo y el hombre al que amaba y el segundo el primer amor de su vida, con el que había intercambiado los primeros besos y era el primer hombre que había explorado su cuerpo, aunque justo era decirlo nunca había intentado propasarse y tenía que reconocer que por entonces, y sin ninguna duda, lo hubiese permitido.

Cuando después tuvo la oportunidad no lo rechazó pues era como hacerlo con su marido. Pero ahora querían endosarle otro que no sabía cómo era. Igual se mostraba atento y cariñoso como sus dos amores o brusco, posesivo y desagradable como Bernabé. Por suerte Lola sería la primera que pasaría por la piedra y la informaría debidamente, aunque no creía fuese muy fiable pues ella era capaz de meterse cualquier cosa entre las piernas.

Todo eso carecía de importancia, pues Jorge ya estaba por la labor, y ella sospechaba que no podría negarse. La suerte ya estaba echada y solo le cabía rezar para que fuese de su agrado.

Emilia había vivido toda su existencia enclaustrada en casa de sus padres y sin prácticamente contacto con los hombres. Su anterior pretendiente, pues no podía llamarle novio ya que nunca ejerció como tal, era un timorato ya que jamás se extralimitó en sus funciones. Incapaz de darle un beso en la boca durante los tres largos años que salieron juntos, si acaso algún que otro beso de hermano. No se atrevió a explorar su cuerpo ni a palpar sus redondeces, tanto las de delante como las de detrás.

Con Agamenón todo era diferente. Descubrió el amor y las posibilidades que en cuestiones de placer puede proporcionar un hombre. Su cuñado y su amigo no le resultaron indiferentes mientras bailaba con ellos. Y suponía que a ellos les ocurría lo mismo pues Fernando tuvo una evidente erección mientras bailaba con ella. Pero eran familia y la cosa no podía ir más allá.

Por estar casado con su hermana era precisamente con el que tenía mayor confianza. Dar y recibir besos era el pan de todos los días cada vez que se encontraban. Pero no podía negar que algunos, aparentemente por un descuido, los recibía en un lugar equivocado, sobre todo cuando bailaban. De todas formas lo continuaba tratando como a un hermano, aunque a veces...

El mes de agosto lo pasaron, Jorge y Fernando, con sus respectivas esposas y prole en la masía de Barchell. Invitaron a Agamenón y a Emilia a pasar todo el mes con ellos, pero solo aceptaron hacerlo durante el primer fin de semana, pensaban que añorarían la tranquilidad de su casa y no les apetecía hacer el amor en corral ajeno y ante tantos testigos.

Emilia estaba ya de más de seis meses y lucía un bombo impresionante e impropio de una primeriza.

Estaba claro que no podía participar en el juego erótico de ambas parejas, mas por cuestiones anímicas que físicas y que por motivos de la próxima maternidad y posterior cuarentena esta situación se prolongaría por lo menos hasta principios del año próximo.

Pero Lola no quería perder la oportunidad que se le ofrecía para acostarse con su cuñado y comprobar lo que sentía su hermana entre sus brazos. No tenía porque ocultarse de su esposo y sus amigos más íntimos pues ellos estaban en el ajo. Pero a efectos de Agamenón, y para su tranquilidad, mejor que estuviesen solos. Organizaron una excursión con objeto de sacar a los niños de la casa y con la excusa de ir a recoger fruta de un campo cercano, pero que les entretendría fuera no menos de un par de horas. Emilia por su estado no podía participar y ya haría lo posible para que Agamenón no los acompañara. Por descontado que ella se quedaría a cuidar a su hermana.

Durante todo el sábado por la mañana estuvo tonteando con su cuñado insinuándose claramente y hasta incluso se dejó dar un buen achuchón en un lugar recóndito de la casa.

- No hagas el amor esta noche con Emilia – le dijo mientras recibía el achuchón y la mano de su cuñado recorría territorio prohibido – y mantente en forma. Mañana, si me deseas, podré complacerte. Yo me encargaré de sacarlos a todos de aquí. Tu solo tienes que quedarte alegando que quieres cuidar de Emilia y hacer que a la hora de la siesta se acueste sola para descansar, del resto me encargo yo.

Agamenón no podía creer lo que escuchaba, pero no podía negar que lo estaba esperando desde hacía mucho tiempo y era una situación que no podía despreciar.

Lo beso apasionadamente y se dejó toquetear lo permitido y lo que no lo era, para demostrarle que la cosa iba en serio y que no permitiría que posteriormente se rajase.

La noche se hizo larga para ambos. Agamenón contentó en lo que pudo a Emilia. La llenó de

besos y de mimos, acarició su abultado vientre y la satisfizo manualmente, alegando que el calor era un obstáculo y montarla en su estado una temeridad.

Ella quiso posteriormente corresponderle e intentó igualmente masturbarlo, pero él se negó. Quería evitarle cualquier esfuerzo inútil y debía cumplir con las indicaciones de su médico y hermano: descanso, descanso y descanso.

Ella quedó satisfecha con la explicación y lo otro, y no tardaron en dormirse.

El encuentro entre Agamenón y Lola se produjo al día siguiente como estaba previsto.

Hubo sus más y sus menos pues mientras los mayores apremiaban a los niños para que los acompañasen a recolectar fruta, estos no estaban por la labor. El calor ese día era asfixiante y tampoco era la hora ideal para salir de casa a dar una vuelta, pero finalmente se avinieron, en primer lugar porque se libraban de la siesta obligatoria que era lo que más odiaban, y en segundo porque se beneficiarían de un baño reparador que sus padres les permitirían en una balsa para el riego que había en el camino y que durante la época estival recibía una limpieza a fondo de todas las hierbas que crecían en su fondo y alrededores, para poder usarla como piscina. Sacarlos después era otro cantar y había que recurrir a la siempre efectiva mentira de: ¡Culebra a la vista! Para que todos saliesen cagando leches.

A Agamenón no le costó mucho que su esposa se echase sobre la cama un par de horas. Ya comenzaba a quejarse de unos ligeros dolores de espalda motivado por el excesivo peso que soportaba su tronco y la mejor forma de que no fuesen a más era permanecer acostada el mayor tiempo posible. Le hizo caso inmediatamente.

Lola subió a su amado a la buhardilla, para aprovechar los colchones que allí habían y que en ocasiones usaban los niños para dormir la siesta o para sus juegos. De esta forma no deshacían ninguna cama y si a Lola se le ocurría levantarse y tratar de averiguar su paradero no los sorprendería ni los encontraría.

Del servicio ni se preocupó. Estarían concentradas en la cocina y con casi completa seguridad sabían, o por lo menos sospechaban, lo que se estaba cocinando en esos momentos y que lo mejor que podían hacer era no deambular por la casa. De todas formas ya estaban curadas de espanto y en el improbable caso de verse sorprendidos por alguna, esta pediría perdón y desaparecería sin dejar rastro.

Hicieron el amor completamente desnudos y sin inhibiciones, pues Lola le dijo que estaba preparada para cualquier imponderable.

El hombre quedó satisfecho y la mujer ni fu ni fa. Había estado bien pero tampoco había disfrutado tanto como para comenzar a tirar cohetes, y se sentía un tanto defraudada. Tal vez fuese porque Agamenón estuviese tenso y cohibido por la presencia de su esposa en el piso de abajo.

Sabía que la cosa podía mejorar y que mejoraría con toda seguridad en el futuro. Decidió informar a los otros que el encuentro había sido satisfactorio. Había que esperar que a partir de ahora el hombre fuese a por más comida y cuando Emilia estuviese libre de toda carga comenzar a actuar sobre ella.

A partir de entonces Agamenón iba como un perro en celo detrás de su presa y se auto invitó, a pesar de haberlo rechazado anteriormente, a pasar el resto del mes con ellos. Adujo que Emilia se encontraba muy bien allí, alejada del sofocante calor de Alcoy que tanto la perjudicaba en su estado. Y esta, que se veía tratada como una reina, sin necesidad de hacer las camas, arreglar la casa y en ocasiones preparar la comida, como se hubiese visto obligada a hacer en Alcoy. Acepto encantada.

Lola no se lo puso fácil a Agamenón y no logró ni una sola vez encontrarse a solas con ella. Cierto es que no le rehuía pero tampoco hacía nada para acercarse a él.

Una noche tuvo una necesidad perentoria que no era cuestión de hacerla en el orinal y salió rumbo al retrete que estaba en la planta baja. Cuando subió más tarde alumbrado únicamente por el leve resplandor de la luna que se filtraba por la abiertas ventanas del primer piso que trataban de refrescar la casa, se cruzó con Fernando que teóricamente iba a hacer lo mismo y se alumbraba con

un candil que mas que alumbran únicamente le daba un aspecto fantasmal. No le dijo nada y procuró ocultarse a su paso, pues no eran horas de iniciar una charla. Cuando desapareció continuó su camino y cuando paso por delante de la habitación que tenían asignada Lola y Fernando. Escucho gritos y exclamaciones de placer que inequívocamente anunciaba que en su interior alguien estaba habiendo el amor. Se sorprendió pues a Fernando terminaba de verle pasar y lógicamente no podía estar en dos sitios a la vez. Decidió esperarlo en el pasillo ocultándose en el rincón más oscuro. Diez minutos pasaron antes que volviese a aparecer la luz fantasmal, pero en vez de acercarse a él se alejó por el otro extremo del pasillo para meterse en la habitación que ocupaban Jorge y Leonor.

¿Estaría equivocado? ¿Había visto a Fernando y era Jorge? Estaba convencido de que no, pero la evidencia era absoluta pues no era posible que sus amigos hubiesen intercambiado la pareja esa noche.

Los gritos de placer de Lola se habían extinguido y el silencio reinaba a en la casa. Pero todo lo que había ocurrido lo había excitado. Por culpa de la esquivia Lola hacía tiempo que no practicaba el sexo con Emilia. Se acostó en la cama detrás de ella, acopló su cuerpo al de ella y sigilosamente y sin casi despertarla la penetró. Era una posición cómoda para ella y se dejo hacer acomodando su cuerpo a las exigencias de su esposo.

Mañana hablaría con Lola y pondría las cartas sobre la mesa.

Al día siguiente ni pidió explicaciones ni las recibió. Solo a fines del verano, varios días después, y cuando ya estaban a punto de recoger los bártulos para bajarse a Alcoy le concedieron una segunda oportunidad.

Esta vez la relación fue mucho más placentera a pesar de que casi se trató de un aquí te pillo aquí te mato. Aprovecharon que los mayores estaban debajo de la sombra de un parral tomando el aperitivo, los niños bañándose en un estanque artificial que inicialmente era para peces y nenúfares y que finalmente se había convertido en una improvisada piscina, y mientras las criadas ultimaban la comida del día.

Lola entró en la casa por un nosequé y Agamenón la siguió aduciendo se había dejado olvidado el tabaco en su habitación. Media hora tardaron en regresar. Los dos matrimonios implicados intercambiaron miradas de complicidad. Agamenón finalmente regresó sin el tabaco y Emilia no pareció enterarse de nada.

Emilia parió en diciembre una hermosa niña, y a partir de febrero ya estuvo recuperada y con el suficiente tiempo libre como para reanudar las salidas nocturnas y tratar de implicarla en el asunto que se traían entre manos.

Lola le había consentido a Agamenón tres relaciones sexuales, las dos primeras en la masía y la ultima ya en Alcoy, en su casa de la calle San José, mientras su esposa reposaba convaleciente del parto en casa de su madre, para que ambas estuviesen bien atendidas.

Tuvieron la mala suerte de ser descubierto, cuando entraban en la casa, por la vecina del segundo que bajaba para depositar la basura en la calle. Por suerte y por su gran parecido la vecina confundió a Lola con Emilia y aprovechó para felicitarla por la criatura recién parida.

-Hay que ver que tipito tan mono que se te ha quedado – fue su único comentario.

XXXXX  
XXX  
X



Emilia se levantó más pronto que lo hacía cuando todavía no era madre. Ya hacía tiempo que había escuchado la salida de la casa de Agamenón para dirigirse al trabajo. Este desayunaría, como era su costumbre en Le Parisién o en algún bar de la calle del Mercado si veía a algún conocido dentro. Había sido una noche valiente, pero no precisamente en sexo, que por lo menos hubiese disfrutado, sino por escuchar berrear a su hija durante toda la noche.

Por los hermanos menores que tuvo ya estaba acostumbrada a estos lloros, pero entonces siempre era otro el que se levantaba a consolarlos, mientras ella se daba media vuelta sobre la cama y quedaba acurrucada al calor de la misma. Ahora el que hacía esto era su marido, mientras a ella le tocaba bailar con la más fea. Reconocía que en parte tenía razón, pues era el primero que se levantaba por la mañana y ella podía quedarse el tiempo que quisiera o su hija le permitiese.

Ahora la niña estaba dormida y hubiese podido quedarse un rato más en el lecho, aunque solo fuese retozando, pues conciliar el sueño de nuevo era misión imposible. Pero seguro que Agamenón le había dejado la casa hecha un desastre, con prendas usadas tiradas por todas partes que tenía que recoger y poner a remojo para lavarlas posteriormente. No tenía más remedio que aprovechar esos momentos de tranquilidad para desayunar y dejar cada cosa en su sitio.

Su esposo la había autorizado a contratar a una mujer que la ayudase en las tareas domésticas y en el cuidado de su hija. Pero la industria local acaparaba a todas las mujeres aprovechables y lo único que podías encontrar era alguna chiquilla inexperta, de quince o dieciséis años, generalmente guapas y descaradas, que era como meter al demonio en tu casa.

Su esposo se había portado bien, aunque solo fuese por esta vez, pues no había mucha ropa escampada. Lavó las cuatro piezas de la vajilla que había en el fregadero como consecuencias de la cena del día anterior y procedió a su aseo personal.

Estaba derrengada y le dolía el cuerpo por todas partes. Anoche, antes de que su hija se pusiese a berrear, tuvieron tiempo de hacer de nuevo el amor. Era la tercera vez que lo hacían después de la cuarentena por el parto y de eso casi había pasado un mes. No era mucho, si lo comparaba con los primeros meses de casado y ella lo juzgaba insuficiente. Siempre era ella la que tenía que iniciar los escarceos amorosos y comenzaba a sospechar que, después de tanto tiempo en blanco, quizás su esposo tuviese un lio amoroso por ahí que satisficiera sus apetitos sexuales.

Le hubiera gustado darse un baño, pero temía que la niña se despertase durante el proceso y tuviese que dejarlo precipitadamente. Se lavo por provincias con una toallita y aun no había terminado cuando se despertó la niña llorando.

Le cambió el pañal y le dio el pecho. No parecía tener fiebre pero cuando terminó el proceso el bebe continuaba gimoteando aunque no con la intensidad de antes. De todas formas sus continuos llantos la sacaban de quicio. Decidió llevarla para que su hermano Alberto le echase una ojeada y la aconsejase.

Se trazó un plan para el día. Después del médico, dejaría a la niña en casa de su madre para que allí, entre todos, la entretuviesen y solo se acercaría, cada dos horas, para darle de mamar. Recogería a Agamenón a la una en el casino para que la invitase a comer en Le Parisién o donde quisiera y si después tenía trabajo ella se iría de compras aunque en realidad no necesitaba nada. Pero, según su esposo, el dinero estaba para gastarlo y ahora tenía todo el que quería.

Vistió a su hija y luego lo hizo ella. Ya se había calmado y yacía plácidamente despierta en su cuna. Eso era buena señal, pero de todas formas estaba decidido y llevaría la niña a su hermano.

Salió de casa con el bebé en brazos y en dirección a la antigua vivienda de Alberto en donde ahora tenía instalada la consulta. Por lo menos tres mujeres de mediana edad, de las que solo conocía a una vagamente, la pararon en la calle para darle la enhorabuena por el fruto del matrimonio y conocer a la recién nacida. Algunas de ellas, y era costumbre en Alcoy, solo lo hacían por necesidad y para recibir una moneda de cobre como agradecimiento de la madre acomodada a su felicitación. Solo la que conocía vagamente la rechazó con una sonrisa en su cara y apretando la mano que se la ofrecía,

pero sin tomarla.

La puerta del zaguán siempre estaba abierta. Subió el tramo de escalera hasta el principal que era donde estaba la consulta de su hermano y llamo a la puerta. Le abrió una enfermera que al reconocerla, en vez de en la sala de visitas que estaba repleta, la introdujo en otra que hacia la vez de despacho y zona de relax de su hermano cuando en algún momento del día se sentía agobiado. Estaban a ambos lados de la sala de consultas y se accedía a ella por puertas independientes. Por entonces no se concertaban citas y la gente acudía a la consulta a su libre albedrío y provocaba acumulaciones indeseadas.

Solo se utilizaba cuando había necesidad de colar a alguien, bien por urgencia o por compromiso y para evitar que los pacientes en espera se alborotasen. La hermana del médico merecía ese tratamiento.

La enfermera comunicó la novedad a Alberto y este cuando termino con el paciente que estaba atendiendo lo sacó de la consulta por la puerta de su despacho a la vez que hacía pasar a su hermana.

Después de saludarla y obtener la información necesaria pasó a reconocer a la niña que la enfermera previamente había desnudado. En el proceso la niña se despertó y sonreía a todo el mundo. Parecía la niña más feliz de la tierra. Esto desesperaba a Emilia.

-La niña está sana y no tiene ningún problema – la tranquilizó Alberto –

-Pero no nos deja dormir en toda la noche – se quejó Emilia

-Eso dentro de poco me pasara a mi igualmente – sonrió feliz su hermano – Puede ser un problema de digestión y tenga retortijones. Por la noche dale el pecho únicamente cuando le toque. Si se despierta a destiempo, comprueba que tenga limpio el pañal y únicamente le das un par de cucharadita de las de café de una infusión que haré te prepare el herbolario. Eso la tranquilizara, aliviará los retortijones y te dejara dormir buena parte de la noche. Si con esto no se relaja dentro de una semana me la traes de nuevo.

Se despidieron mientras la enfermera vestía a la niña y quedaron para comer con sus respectivos conyugues un día indeterminado. Eso quería decir que no se reunirían. Ambas parejas llevaban vidas y rumbos diferentes y además Bárbara estaba a punto de dar a luz.

Dejo a la niña en casa de su madre con la natural alegría por parte de esta, pues Lola nunca le había dejado a sus hijos. Parecía que había descubierto un instinto maternal con los nietos que nunca había demostrado con sus propios hijos. Emilia se fue de compras.

Al salir de la casa se cruzo con su cuñado. No supo porque, pero intuía que no era casualidad y que la estaba esperando, aunque ella no le otorgó mayor trascendencia al hecho.

-¡Hola guapa! - la saludo - ¿De visita en casa de mama?

-Si. He dejado a Lucia, y voy a relajarme un poco dando una vuelta por ahí.

-¿Me permites invitarte a tomar algo?

Emilia dudo. No tenían nada que decirse y junto a él, cuando en alguna ocasión se encontraron a solas, siempre se sintió incomoda. Tal vez por ser tan guapo y atractivo. No olvidaba que en su día había sentido envidia de su hermana por cazar a un hombre de belleza tan excepcional.

-Quería ir de compras.

-No te entretendré mucho.

-Tampoco sé si sería correcto.

-¡Mujer! Somos cuñados. La gente no puede decir nada por vernos juntos.

Emilia le estaba agradecida por el detalle que tuvo al invitarlos a pasar un mes en la masía de Barchell en verano pasado y no podía desairarlo. Aparte estaba el esplendido regalo que le había hecho a su hija el día de su bautismo.

Finalmente aceptó.

Se metieron en un rincón del bar del casino en donde nadie pudiese molestarlos y mucho menos oírlos.

Emilia, a pesar de todos sus problemas, estaba ese día especialmente bella y la maternidad le había dejado un par de kilos que sabiamente repartidos por todo el cuerpo la hacían más apetecible.

Hablaron de cosas triviales hasta que fueron servidos y cuando se encontraron solos Fernando inició el tema que tenía previsto.

-Lola me engaña con un hombre – le dijo en un tono compungido y yendo directo al grano.

Emilia no se sorprendió demasiado pues Lola siempre había sido propensa a conocer nuevos hombres. Sabía, porque ella misma se lo había contado en la intimidad de su habitación cuando todavía ambas eran solteras, el apasionante encuentro que había tenido con el secretario de aquella sociedad que pretendía arreglar al mundo, del que no llegó ni a ser amigo y que a consecuencias de ello creía se había quedado embarazada. También la aventura que tuvo con Jorge en la Masía, cuando ambas todavía eran unas niñas, y que le contó con pelos y señales y ella nunca la creyó, pues no entendía que se pudiesen hacer esas cosas. Ahora ya comenzaba a entender que podían ser verdad.

Pero todo eso había ocurrido cuando todavía era soltera y podía considerarse como casi natural, por lo menos en ella. Pero liarse con alguien, ahora de casada, le parecía una animalada.

-¿Cómo lo has sabido? ¿Quién te lo ha dicho?

-Eso se sabe – le respondió escuetamente – El mismo trato diario con ella te lo dice. Cambian pequeñas cosas y ese es un síntoma notorio. Cuando lleves más tiempo casada lo comprenderás.

-¿Sabes quién es su amante?

-Sí. – dudó– Pero no vale la pena meterse con ello ahora.

-¿Por qué?

-Es un asunto muy delicado.

Emilia estaba ansiosa de conocer quien pudiese ser el nuevo amante de su hermana y desde luego lo último que le hubiese pasado por la cabeza es que fuese Agamenón. Pero por otra parte estaba sorprendida de que su cuñado le contase esas cosas tan íntimas.

-¿Y qué piensas hacer? – quería enterarse, más que por curiosidad, para poder prevenir a su hermana de las intenciones de su esposo. Pero Nando solo le respondió con otra pregunta.

-¿Has notado algo raro en Agamenón últimamente?

Un nudo se le formó en el estómago y ya no le permitió consumir el medio café con leche que todavía quedaba sobre la mesa. Era un golpe inesperado pero que a la vez le permitía ver las cosas con mayor transparencia. Ciertamente era que su esposo ya no era el mismo, sexualmente hablando, que durante los primeros meses de casado, pero eso era casi natural cuando la novedad deja de serlo. También contaban las malas noches que su hija les hacía pasar y que restringían su apetito sexual, incluso a ella, pero de ahí a suponer que tenía una querida y que además esa fuese su hermana, mediaba un abismo.

-Bueno... no. O tal vez sí. No lo sé. – Se mostro indecisa

-Contestando a tu pregunta anterior te diré que no pienso hacer nada. Supongo que pronto se cansarán y la cosa conforme a nacido morirá. No voy a armar un escándalo por ello y perder además al ser que más quiero. Y a ti te aconsejo que hagas lo mismo, no le digas nada a tu hermana y mucho menos a tu marido.

Cuando su cuñado le confirmó sus sospechas, que se negaba a creer, el mundo le cayó encima. Dos lágrimas se le escaparon de sus bellos ojos, amenazando con estropearle el maquillaje. Se repuso inmediatamente y con gesto adusto le dijo.

-Esto no lo puedo consentir. Hay que hacer algo antes de que te suban a las barbas.

-Poco podemos hacer, salvo lo mismo. Búscate un amante y dile claramente que donde las dan, también las toman.

-Eso no puedo hacerlo yo – le respondió escandalizada y bastante alterada – Además... ¿Dónde consigo yo un amante...?

-Tienes un alma gemela delante de ti... - lanzó la frase Fernando al viento por si alguien quisiese

escucharlo.

-No. No. No puede ser. – Se levanto precipitadamente de la mesa y en su impulso derribo la taza de café con leche ya frio sobre la misma. Dejo solo a Fernando y ansiando respirar el aire puro de la calle salió precipitadamente del local. Nunca engañaría a su esposo y mucho menos con el de su hermana.

Durante un par de horas vagó por las calles de Alcoy absorta en sus pensamientos. Llegó tarde a la cita con su hija y mientras subía las escaleras de la casa de su madre los chillidos desgarradores del bebé pidiendo su alimento le rompieron el corazón.

Fernando se quedó en su asiento terminando a pequeños sorbos su copa de coñac, que milagrosamente había quedado indemne, mientras el camarero recogía los restos del estropicio, a la vez que sonreía enigmáticamente pues el asunto que tenía entre manos lo había solventado con autoridad. Aparentemente había resultado un fracaso, pero la semilla ya estaba sembrada y solo cavia esperar a que fructificase. Tal vez solo precisase para que brotase con fuerza, un poco de riego, pero de eso se encargaría Lola. La segunda parte del plan comenzaba.

XXXXX  
XXX  
X

Fernando se presentó contento en su casa y se limitó a repetir sus pensamientos.

-El plan ha funcionado perfectamente y la semilla está sembrada. Ahora te toca a ti regarla.

Lola sonrió con picardía.

-Está claro que tu momento se acerca.

-Efectivamente ya tengo ganas de iniciar mi parte en este bendito embrollo. Pero antes tienes que hacer tu trabajo y por las trazas, parece que no te desagrada.

-En mi descargo te diré que a nadie le amarga un dulce. Pero tengo que reconocer que no es tan fiero el león como lo pintan y que de momento como amante te prefiero a ti... - y para evitar que su esposo se subiese a la parra, añadió - ...o a Jorge

Hacía tiempo que los celos habían dejado de existir en su matrimonio y se limitaban a vivir la vida lo mejor que podían.

-Bien. Dejémonos de cháchara y atiende. Tienes que concertar una cita con tu cuñado dentro de unos quince días. Concretamente para el jueves días veintitrés.

-¡Tan tarde! - Se quejó Lola.

-Yo también tengo que concretar con tu hermana y primero contactar con ella. Y eso no me va a ser fácil.

-Si quieres la cito aquí y luego la esperas en la calle.

-De momento es mejor que no te pongas por delante de ella. Te puede sacar los ojos de lo furiosa que esta.

-Es cierto. Pobre hermanita. ¡Está bien! Tu haz lo que tenga que hacer, pero mañana me acompañas al casino a eso de la una del mediodía, que seguro estará Agamenon. Nos sentamos en la misma mesa charlamos un momento y luego buscas una excusa para dejarnos solos. Lo demás corre de mi cuenta.

A las doce y media del día siguiente entraron en el casino. Agamenón todavía no había llegado. Se sentaron en la misma mesa que estuvieron Fernando y Emilia el día anterior. Eligieron las sillas que permitían vigilar la entrada del salón y se limitaron a esperar la llegada de su cuñado, mientras en voz baja pulían los últimos toques del plan.

Agamenón no tardo en entrar, Fernando llamó su atención levantando un brazo y lo invitó a sentarse en su mesa. Lola lo saludó mas efusivamente que de costumbre y un observador avisado hubiese jurado que hasta se habían besado en los labios.

Pidieron una nueva ronda de cervezas, pues el matrimonio ya había terminado con las primeras que pidieron. Fue entonces cuando Nando se levantó y con un gesto indicó que iba a cambiarle el agua al canario.

Lola no perdió el tiempo.

-¿Estarás disponible el jueves día veintitrés?

-¿Para qué?

-Para un encuentro.

-Para eso siempre estoy disponible.

-Entonces escúchame y atiende pues no tenemos mucho tiempo. Mi esposo me ha dicho que ese día y probablemente también el siguiente tiene que desplazarse hasta Valencia. Me ha asegurado que esa noche no dormirá en casa y yo fácilmente puedo deshacerme de los dos niños y el servicio. Podemos estar solos toda la noche -le insinuó con un gesto de picardía y una sonrisa en sus labios

- ¿Tu podrás venir?

-Tenlo por seguro.

-¿Y Emilia?

-Ya me buscaré una excusa para ella.

-Entonces, confío en eso.

Al día siguiente Fernando estuvo rondando la casa de Agamenón, esperando que saliese Emilia.

Y cuando se cansó hizo lo propio con la de su madre. Eran casi las doce cuando la vio acercarse con la niña en sus brazos. El hombre la abordó con la mayor naturalidad posible, le hizo mimos a Lucía que respondió sonriendo.

-Ya te dije que no quiero saber nada de tu proposición. En cuanto a lo otro ya lo solucionaré a mi manera.

-Ni por asomo quiero importunarte. Y lo que te insinué reconozco que es una locura y lo siento. Por mí ya está todo olvidado. Pero he de advertirte de una cosa. La noche del día veintitrés no estaré en Alcoy, Lola ya lo sabe y me temo que lo aprovecharán para volver a las andadas. Solo pretendo con esto que ese día ates corto a Agamenón y no permitas, por ninguna de las maneras y por el bien tuyo y mío, que no se ausente esa noche de tu casa. A partir de ahora no te molestaré más y si necesitas hablar conmigo deja recado en la recepción del despacho de Don Camilo que con toda seguridad me llegará.

Emilia ni siquiera le respondió, se limitó a esquivarle bajando de la acera y se encaminó a casa de su madre.

Sin embargo no dejaba de darle la vuelta a las palabras de Nando, dichas, todo había que decirlo, con voz afligida que no le pasó desapercibida. O era un extraordinario actor o estaba verdaderamente apenado por todo lo que estaba ocurriendo. A partir de entonces temía hasta hablar con su esposo para evitar le diese la fatal noticia. Su corazón estaría en un puño hasta que pasase ese fatídico día y rogaría lo hiciese sin ninguna novedad.

Esta no tardó mucho.

Dos días después llegó a casa contento por la noche y se mostró especialmente meloso con su esposa, señal inequívoca de que esa noche habría movida si Lucía lo permitía.

Emilia ya había olvidado las palabras de Fernando. Desde que se había casado, su esposo no había faltado ni una sola noche a su cama. Reestructuró su negocio y ahora lo dirigía cómodamente sentado en el asiento de una oficina que había montado en Alcoy y el papel ante sus clientes, que él siempre había representado, ahora lo hacía un subordinado de confianza.

Lucía se quedó dormida después de la cena, gracias sobre todo a las generosas cucharadas de infusión que le dio, del preparado proporcionado por su hermano.

Únicamente le mosqueó que realizase un preámbulo que nunca antes había practicado con ella en el tiempo que llevaban realizando la actividad sexual y que incluía lametazos en varias partes sensibles de su cuerpo sin excluir ninguna. Tenía que reconocer que la había dejado aita de placer y que éste había llegado a un grado tan alto que no pudo evitar lanzar más de una exclamación que con toda seguridad habría sido oída por la totalidad de los vecinos de la casa. Suponía que esas técnicas se las habría enseñado alguna pelandusca, pues no creía que su hermana llegase tan lejos.

La decepción, pues como es bien sabido no hay bien que dure cien años, llegó al final. Mientras estaba descansando del esfuerzo guerrero y en la quietud y oscuridad de la noche le soltó.

-¡Ah! Por cierto. Ya no me acordaba. La noche del veintitrés no dormiré en casa.

Después le contó un cuento chino. Uno de sus mejores clientes de Madrid estaba pasando unos días de vacaciones junto con su familia en Alicante y quería aprovechar para saludarlo e intercambiar opiniones.

A Emilia le cayeron sus palabras como una bomba, pero lo peor es que en los dos días siguientes trató de convencerlo de todas las formas posibles que no fuese ese día el de su ausencia. Que fuese el anterior, el posterior o cualquier otro de los días que el cliente se pasase en Alicante, pues nadie se desplazaba de Madrid a Alicante para pasar únicamente un solo día.

Estaba claro que entre los proyectos de su esposo para ese día no estaba el de viajar a Alicante y que la información que le había facilitado Fernando, y que no quería creer, era cierta.

Estuvo un par de días intentando darle la vuelta a la tortilla para que su esposo se retractase del viaje o por lo menos lo cambiase de día. No lo consiguió.

Sintiéndolo en el alma no tendría más remedio que ponerle los cuernos al padre de su hija de la misma forma que él ya se lo había puesto a ella. Ahora ya no tenía la menor duda y lo haría aunque fuese en presencia de su hija.

En primer lugar tenía que entrevistarse con su cuñado para concretar el encuentro. Lo ideal sería pactarlo para el mismo día veintitrés y paradojas de la vida, para engañarse mutuamente la misma noche y posiblemente a la misma hora. El problema era que ese día Nando tenía que viajar a Valencia. ¿Sería capaz de posponer su viaje para yacer con ella esa noche?

Pronto lo comprobaría.

XXXXX  
XXX  
X

Hacia un día magnífico. Se notaba que la primavera se acercaba y lo más duro del invierno había pasado. Pero nadie bajaba los brazos porque todavía tendrían que llegar días fríos. Como bien decía el refrán “hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo” y para entonces aún quedaba mucho.

Vistió a su hija y como de costumbre de once a doce salió de casa.

Fue directo a la de su madre, pero antes pegó un vistazo por los alrededores, tanto como le alcanzaba la vista y le permitían los numerosos peatones que en esos instantes caminaban por la calle de San Nicolás. No vio ningún traje elegante de hombre que hubiese delatado la presencia de Fernando entre las mujeres que transitaban por la acera para evitar los carruajes que invadían la calzada como si fuesen hormigas.

Finalmente subió a la casa. Dio el pecho a su hija y con la seguridad de que no la necesitaría en un par de horas, le dio una vulgar excusa a su madre y salió de nuevo a la calle.

Pensó por pasar por el despacho de Don Camilo para dejar el recado, pero temió que Fernando no estuviese y la recibiese el mismo Camilo colocándola en un compromiso. Decidió esperar.

Por suerte y antes de que tomase una decisión equivocada lo vio ascender por la calle de San Nicolás y con toda seguridad con destino al casino.

Lo abordó antes de que entrase en la entidad cultural y no acepto su invitación de entrar a la cafetería por temor a que acudiese Agamenón y los viese.

-Mejor vamos a la Glorieta – insinuó ella – allí podremos hablar con mayor tranquilidad.

Fernando podía suponer lo que iba a decirle, pero realmente lo ignoraba con certeza. Probablemente venía para decirle que el día veintitrés su esposo no dormiría en su casa, pero de ahí a que aceptase su propuesta habían un gran trecho. Se la notaba bastante nerviosa porque se frotaba sus manos enguantadas de forma persistente.

Se sentaron en un banco que había enfrente de una fuente que brotaba de una roca como si fuese un manantial natural. El ruido del agua al caer en forma de pequeña cascada, era gratificante.

Fernando intentó hablar, durante la subida por la calle de San Nicolás, de temas intrascendentes para lograr que se calmara, pero ella fue directa al grano.

-Me acostaría contigo la noche del veintitrés, si estuvieses aquí. No porque me apetezca sino para darle una lección a mi marido. – en realidad deseaba que Nando le dijese que la cita que tenía ese día era ineludible y no sería posible.

Fernando se tomó un tiempo excesivo en responderle. Como si intentase reestructurar su agenda.

-De acuerdo. Acepto – le respondió finalmente.

Emilia respiró hondamente, parecía que no tenía escapatoria sino se desdecía de sus palabras. Aun así hizo un último intento de retractarse y evitar lo que ya parecía inevitable y no deseaba.

-¿Las personas con las que habías quedado no se enfadaran?

Fernando se quedó pensativo. Quería ser sincero con ella y evitar en lo posibles los engaños y los malos entendidos. Le respondió con otra pregunta.

-¿Quieres que te diga la verdad?

-Te lo ruego. – la mujer asintió con la cabeza.

-En realidad nunca he pensado marcharme ese día y nada tengo que hacer en Valencia – le dijo mientras cogía una de sus manos sobre su rodilla.

Ella hizo un intento de desasirse pero no lo logró, ni al primer ni al segundo intento, pues su cuñado mantenía su mano firmemente cogida entre las suyas. Finalmente desistió de su lucha, si finalmente iban a acostarse juntos, este gesto era insignificante con lo que vendría después. Temió que alguien los pudiera ver, pero los niños estaban en el colegio, los hombres trabajando, las mujeres en sus quehaceres diarios y para los viejos hacia demasiado frío para que una estancia prolongada en un banco, aun a pleno sol, resultase agradable. Prácticamente estaban ellos solos en la glorieta como una pareja de enamorados. El calor que le transmitía con sus manos comenzaba a resultarle agradable y se sentía turbada porque Fernando la miraba fijamente con sus profundos ojos negros y había callado.



-¿Por qué no tienes que ir? – pregunto ella, más que para obtener una respuesta, para cortar el embarazoso silencio.

-En realidad - continuó, con una seriedad que no era nada habitual en él – es una estratagema. Quiero que crean que no estaré, para que se confíen y se reúnan esa día para hacer el amor. Y por la noche, cuando estén más confiados, me presentaré en la casa, los cogeré in fraganti ultrajando mi cama y le pegaré dos tiros a tu marido y luego estrangularé a Lola hasta su muerte. Solo entonces mi honor mancillado quedara libre de cualquier mancha.

Le soltó toda la parrafada con un tono tétrico y una interpretación exquisita propia de un gran actor que estuviese interpretando a Otelo. Emilia conforme escuchaba se notaba en su rostro que creía cada una y todas las palabras que su cuñado le estaba diciendo. Su rostro se torno pálido y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

-¡Eso no! ¡Matarlos no! - imploró

-¿Y cómo lavo mi honor?

-¿Qué puedo hacer yo para evitarlo?

-Hacer el amor conmigo. Ahora mismo en este banco.

Emilia se quedo anonadada. No supo que responderle pues las palabras se negaban a salir de su garganta.

Logrado su objetivo, Fernando cambio su gesto adusto por otro más sonriente y no dudó en dejar las cosas en su sitio.

-¡Es broma! - le soltó seguido de una corta carcajada – Ni pienso matarlos ni violarte encima de este banco, cuando ya me has prometido que accederás a hacerlo en la cama, dentro de unos días.

-Tal vez me lo piense mejor y al final no acceda.

-Entonces me tendría que replantear lo de matarlos – le respondió con gesto cínico.

No lo pudo evitar. Libró como pudo una de sus manos que Nando ya no mantenía tan férreamente sujeta y le soltó un bofetón con autentica rabia. La respuesta fue enlazarla por la cintura y estamparle un largo beso en los labios que solo terminó cuando el hombre quiso, pues Emilia lo estaba recibiendo con agrado y satisfacción.

XXXXX  
XXX  
X

Emilia no le perdonaría nunca a Fernando la broma ni el consiguiente susto que con ella le dio. Pero lo que no olvidaría jamás era el beso recibido.

Lo continuó notando en sus labios durante los largos quince días de espera. Y por la noche después de hacer el amor con Agamenón; que ahora le resultaba, sin posiblemente serlo, un acto breve y algo gélido, este se dormía rápidamente, pero ella quedaba despierta a su lado, contando los días que quedaban para el encuentro con Fernando y temiendo a su vez que llegara.

Lo único que sabía es que ese encuentro cambiaría su vida por completo, aunque ignoraba si sería para bien o para mal.

Poco tuvo que esperar. El día elegido amaneció magnífico. La primavera había entrado apenas hacia un par de días. Agamenón se levantó especialmente contento, a diferencia de otros en los que tenía que emprender un viaje y lo hacía triste y abatido.

Su esposo ya no le había vuelto a mencionar que esa noche la pasaría fuera de casa, la experiencia le diría que cuando menos se refiriese a eso mejor. Así lo hizo. Amparándose en ese silencio Emilia confiaba en que ese día no sería diferente a uno normal. Su esposo se levantaría, se iría a trabajar, sin ningún equipaje y se despediría hasta la noche si tenía algún compromiso para comer, o la citaría en Le Parisiën a la hora de la comida como siempre.

Estuvo toda la noche rezando para que eso ocurriera, pero antes de partir esa mañana, entro en la habitación y se despidió de ella y de su hija dándoles un beso en la frente, hasta el día siguiente. Llevaba en su mano una pequeña bolsa en la que llevaría una muda y poco más.

La cara de ella debía ser un poema pues no se atrevió a dirigirla la palabra, ni tratar de convencerla. Simplemente se marchó. Agamenón no comprendía nada. Le había extrañado que Emilia se tomase tan a pecho su marcha. ¿Sabría algo de lo que iba a ocurrir esa noche? ¡Imposible! De saberlo le hubiese montado un escándalo sin paragon. Y eso no había ocurrido. Posiblemente sospechase algo, pero solo serían sospechas que no conducían a ningún sitio y con negarlas sería suficiente. Tenía claro que todo esto le costaría una semana de morros con ella, pero valía la pena soportarlos después si hoy tenía la oportunidad de pegar un par de buenos polvos con Lola.

Emilia se quedó llorando en la cama, por suerte Lucía todavía estaba dormida. Era una prueba más de que su esposo iba a engañarla. Era el típico cambio de aptitud, del que Fernando ya le había advertido.

No pudo evitar que el corazón se le disparase y latiese aceleradamente. A la vez que una extraña sensación le atenaza el estomago y le impedía casi respirar. Optó por levantarse pues no podía estar más tiempo en la cama.

Se miró al espejo. ¡Estaba horrible! Las ojeras se marcaban por debajo de sus ojos, aunque nada que el maquillaje no lo ocultarse. Por un momento pensó en conservarlas y mostrarse de esa guisa ante Fernando para que este la repudiase y dejase su cita en aguas de borrajas. Finalmente venció la razón y quiso mostrarse ante su cuñado lo más bella y deseable que los afeites pudiesen lograr.

Agamenón salió de su casa apenas diez minutos antes de que el coche de postas partiese hacia Alicante. No le preocupaba si lo perdía pues no pensaba montarse en él. Tendría que esconderse Dios sabe donde hasta la hora de la cita. Pensó hacerlo en el casino, pero no era seguro. Alguien podría verlo y por esas casualidades que siempre da la vida irle con el cuento a su esposa. Se inclinó por la biblioteca de Círculo de Empresarios. A ese lugar no solía ir nadie o raramente algún socio veterano que no le prestaría la menor atención. Comería allí y pasaría el tiempo leyendo para no aburrirse, hasta que diesen las diez de la noche, hora en que acudiría a casa de Lola.

Clara se había despertado, pero permanecía en la cama mirando a todas partes como si la buscase pero sin reclamar comida. Decidió bañarla. Calentó en un perol la suficiente cantidad de agua y mientras, arregló la habitación. Cambió toda la ropa de la cama para eliminar el aroma corporal de su esposo y que ninguno de los que iban a dormir esa noche en ese lecho se sintiese cohibido. Después no sabía si las volvería a cambiar o las dejaría estar como un aviso a navegantes. Pues ella

era reacia a hacer las cosas, pero cuando las hacía era con todas sus consecuencias.

Decidió comer en casa de su madre pero regresar temprano a la suya para rematar los pequeños detalles.

Por fortuna su madre no captó su adverso estado de ánimo y le evitó respuestas embarazosas. Su progenitora, por suerte o por desgracia, desde que se había liado con el Tío Camilo, ya no era la que había sido y parecía que vivía en un limbo del que era imposible salir. Por esta vez se lo agradeció.

Llegó a casa sobre las cuatro de la tarde, con la niña dormida y la acostó en su cuna. A las cinco se sorprendió de que alguien llamase sigilosamente a su puerta.

Observó por la mirilla y vio que se trataba de Fernando. ¿Tan pronto?

Abrió inmediatamente pues no era conveniente que estuviese mucho tiempo en la escalera. Su cuñado, tras cerrar la puerta a su espalda la besó, pero ella recibió la muestra de cariño sin mucho entusiasmo y fríamente. El momento de los arrullos todavía no había llegado.

-¿Qué haces aquí tan pronto? – le recriminó.

-Supongo que tu esposo también está escondido en algún sitio y perfectamente podíamos coincidir en el mismo lugar, lo que no hubiese sido nada aconsejable para ninguno de los dos. Llevo toda la mañana paseando por los alrededores de Alcoy, para evitar ser visto por algún conocido que pudiese delatar mi presencia. Ni siquiera he podido comer. He decidido llegar tan pronto, pues aparte de que ya estaba cansado de tanto caminar, si alguien me veía entrar en tu casa mejor era hacerlo a las cinco de la tarde que a las diez de la noche.

Emilia se lamentó del tomo empleado anteriormente, y le devolvió el beso recibido esta vez más cariñosamente.

-Yo he comido en casa mi madre, pero... ¿Quieres que te prepare algo?

-Con un trozo de pan y algo de companaje será suficiente. Supongo que la cena corre de tu cuenta y entonces me resarciré. – le respondió bromeando.

Emilia sonrió y asintió con la cabeza. Nunca le había caído bien su cuñado. Lo consideraba un chulo arrogante, aunque guapo y con un cuerpo impresionante que había tenido la ocasión de contemplar el verano pasado mientras se bañaba o tomaba el sol en el estanque del jardín de su masía y que esta noche tendría la oportunidad de estrujar entre sus brazos. Ahora comenzaba a resultarle más agradable, parecía más natural y cercano. Pero esto no había hecho más que empezar.

Le sacó de sus pensamientos Lucia que se terminaba de despertar y comenzaba a refunfuñar reclamando su alimento. La atendió inmediatamente esperando que una vez saciada se volviese a dormir.

No tuvo reparo en descubrir su voluminoso pecho y dar de mamar al bebé. Fernando lo contemplaba extasiado, pero sin envidia pues esperaba disfrutar de él esa noche del mismo modo que ahora lo hacía la niña. Curiosamente no había visto antes dar de mamar a un crío. Ni a sus propios hijos, pues Lola no quiso molestarse en darle el pecho, para no tener que estar atados a ellos y tuvieron que contratar a una ama de cría.

Después de uno le ofreció el otro y cuando comprobó que la niña estaba a punto de dormirse le dijo:

-Si quieres que esta noche nos deje tranquilos, mejor será que la entretengas un rato. Lo que duerma ahora no lo hará después.

Fernando se afanó en ello y la niña no volvió a dormirse hasta las nueve de la noche, después de una nueva tanda de leche materna. Le dio su dedo para que lo agarrase, le hizo carantoñas y hasta cosquillas en la barriga para arrancarle una sonrisa a la niña, lo cual no era muy difícil. Hizo cosas que nunca había hecho ni con sus hijos. Ese problema no lo había tenido con los suyos pues siempre tuvieron a su disposición a una niñera para que los atendiera a cualquier hora o a la ama de cría que convivió, toda la lactancia, junto con su propio hijo, en su casa.

Era un aliciente más para ese día mágico y lo tomó como un reto, mientras Emilia estaba prepa-

rando una succulenta cena.

Se veía esa noche, tendido en la misma cama con dos mujeres, una disfrutando mientras le hacía el amor y la otra berreando como una posesa al comprobar que nadie le hacía caso.

Cenaron tranquilamente, y a las nueve, cuando la niña se durmió, decidieron irse inmediatamente a la cama para no perder el tiempo.

Emilia parecía mantenerse firme, pero en su interior estaba temblando como un pajarillo. Se tomó un buen vaso de las hierbas tranquilizantes que había preparado para su hija y solo se reservó un poco por si le hacía falta a la niña a medianoche.

Cuando ambos se metieron desnudos en la cama todos sus temores desaparecieron por encanto y dejó que el hombre tomase la iniciativa. Se notaba que era un experto en satisfacer a las mujeres. Todavía no la había penetrado cuando comenzó a entrar en éxtasis y los primeros estertores de placer comenzaban a manifestarse. Ya no tenía el más mínimo arrepentimiento del paso dado y alucinaba pensando que sentiría cuando llegasen los primeros orgasmos.

Le estaba aplicando las mismas técnicas que le hizo su esposo la noche pasada, pero no tenía ninguna duda de quién era el maestro y quien el discípulo. Probablemente su esposo las había aprendido a través de Lola, pero aquello solo fue un sucedáneo de esto.

Los gritos de placer resonaban en la casa a una hora en que los vecinos todavía estaban despiertos. Fernando trato de ahogarlos mediante besos e incluso tapándole la boca con su mano. Pero ya era tarde, solo les quedaba rogar que sus vecinos nunca supiesen que su marido estaba ausente esa noche de su casa. Decidió acelerar para dar fin a esa pesadilla. La calmaría y posteriormente comenzaría de nuevo. Posiblemente ya acostumbrada, el escándalo fuese menor. Había ocurrido como con Lola cuando por primera vez le aplico esa técnica. En realidad le parecía tener entre sus brazos a su esposa, pero ella era más participativa e incluso quería imponerse cuando hacían el amor, esta era más sumisa y se dejaba hacer.

Hicieron esa noche el amor tantas veces que perdieron la cuenta y hasta la noción del tiempo. Fernando no era un león indomable que se recuperase de una forma espectacular. Necesitaba sus pausas como cualquier mortal. Los intervalos los empleaba Emilia para dar el pecho a su hija cuando se despertaba y gracias a Dios no hubo necesidad de tranquilizarla en toda la noche. Se quedaba dormida dando los últimos chupetones de cada toma.

Emilia finalmente logró controlar sus emociones y no ser tan expresiva por lo que Fernando pudo emplear sus manos en excitar otras partes de su cuerpo mientras hacían el amor en vez de tenerlas ocupadas en tapar su boca.

Al amanecer se relajaron, no podían dormir y trazaron planes sobre su futuro. Aquello no podía terminar esa noche. Emilia no era consciente del avispero en donde se estaba metiendo, pero había sido tan feliz esa noche que sabía con certeza que, si terminaba hoy, a la larga tenía que añorarla. Decidió dejar un puente tendido que terminaría cuando Agamenón entrase en razón.

Fernando quedó complacido a secas. Había disfrutado, claro estaba, pero se había entregado demasiado a ella recibiendo muy poco a cambio. Tendría que enseñarle otras técnicas que esta vez lo favoreciesen a él. Lola ya era una experta en ellas y confiaba en que su hermana también lo fuese. Finalmente cayeron rendidos por el sueño y el cansancio, hasta que Lucia los despertó.

Agamenón no aparecería por la casa antes de la cinco de la tarde que era cuando llegaba la diligencia de Alicante. Tenían prácticamente todo el día para ellos y decidieron pasar por lo menos la mañana juntos y Nando tuvo la habilidad de llevar la conversación al tema que le interesaba.

-Ha sido una noche inolvidable, de las que recordaré toda mi vida – dijo Nando mientras la abrazaba apretándola contra su cuerpo.

-Lastimas que no pueda repetirse – se lamentó Emilia que consideraba otro encuentro igualmente imposible, aunque en el fondo de su corazón y después de lo ocurrido esa noche todavía albergase alguna esperanza.

-Porque no quieres...

-No voy a estar toda la vida ocultándome de mi marido y engañando a mi hermana.

-Ellos continuaran haciéndolo...de eso no tengas la menor duda. Pero efectivamente esto no puede continuar así. Si tu lo permites yo puedo arreglarlo.

-¿Arreglar qué? – le respondió con un gesto de temor a la réplica de Nando.

-Si tú y yo nos gustamos y según parece a Lola y Agamenón les pasa lo mismo. ¿Por qué engañarnos a nosotros mismos? ¿Por qué ir ocultándose unos de otros si al final todos sabemos de nuestro engaño o por lo menos lo sospechamos? Podemos llegar a un acuerdo. Quedar a cenar una noche y después acostarnos en una casa, sea la mía, la tuya o la masía y... esa noche intercambiar las parejas.

Emilia se soltó de sus brazos algo alterada por la propuesta, se atuso el cabello para ganar unos segundos de tiempo y responderle apropiadamente.

-Agamenón nunca consentirá.

-Acaso él es menos cabròn que yo.

-No quería decir eso.

-Mira Emilia – le dijo mirándola a los ojos y teniéndola ante si sujeta esta vez por los hombros - ¡Consentirá! Lo tengo cogido por los huevos e indiscutiblemente Lola le gusta, esta emperrado con ella y regresará mientras tu hermana se lo permita.

-¿Y tú también lo permites?

-Antes podía tener dudas, pero después de esta noche ya no.

-¿Y si nace un hijo de padre indebido?

-Cada palo aguantara su vela. Pero por eso no te preocupes. Lola sabe cómo evitarlos. Ella te enseñará.

Emilia había tragado esa noche todo lo que le habían echado, pues por la lactancia no estaba todavía en periodo fértil. Pero poder evitar los embarazos indeseados, era una medida adicional que no le vendría nada mal, incluso con su esposo, pues no quería verse convertida en una madraza rodeada de retoños como su madre.

Hablaría con Lola. Estaba segura que todo había sido una artimaña de su cuñado con la connivencia de su hermana y contando con la candidez de su marido que al final la habían arrastrado a ella.

El problema era que comenzaba a no parecerle mal la jugada y ansiaba yacer otra vez con el hombre que tenía a su lado y que tantas cosas nuevas le había enseñado en una sola noche. Antes de que se fuese al filo del mediodía, volvieron a hacer el amor a plena satisfacción de ambos. Esto ya solo lo podía evitar un prodigio divino y Dios no solía meterse en estos asuntos.

## CAPITULO V

### LA FÁBRICA

Siempre se ha dicho que los catalanes compraban para sus industrias textiles, los viejos telares ingleses que estos renovaban cada cierto tiempo. También que los alcoyanos adquirían, ya de tercera mano, los telares sustituidos por los catalanes.

Esas maquinas eran el patrimonio familiar y pasaban de padres a hijos y nietos, del mismo modo que la casa familiar, los muebles, de exquisita belleza y categoría, y el retrato de la bisabuela. Se conservaban incluso cuando los gastos de mantenimiento eran superiores a los de amortización de un telar nuevo. Indiscutiblemente una aberración económica.

También se decía que las fábricas las fundaban los padres, las mantenían los hijos y las arruinaban los nietos. Cosa lógica por otra parte teniendo en cuenta el estado del material que habían heredado.

A pesar de todo, la maquinaria despreciada por los industriales alcoyanos, todavía encontraba acomodo en los llamados drapaires, la casta más baja de los empresarios alcoyanos.

Tejedores experimentados con afán de superación y que no querían continuar trabajando para otros por un mísero jornal, adquirían a bajo precio maquinaria en desuso, la reparaban y mantenían ellos mismos para rentabilizarlas, y trabajaban, como refuerzo de los fabricantes, las horas que fuesen necesarias para sacarse un jornal y pagar los gastos. La mayoría no pasaron de pobres, pero algunos se hicieron ricos aunque fuese a costa de apropiarse del muestrario que le habían confiado y salir al mercado por su cuenta. Solo por eso, nunca faltaron aspirantes.

El caso más relevantes de ese apego a la vieja maquinaria, ocurrió un siglo más tarde, cuando la moda dejó obsoletos los viejos telares que solo podían fabricar visillos y cortinajes de 140 cm, que se colocaban verticalmente uniendo sus bordes hasta el amplio deseado, por otros, que podían fabricar piezas de 240 cm de ancho y que se colocaban horizontalmente, del ancho que hiciese falta y con los bajos terminados. La solución estaba en comprar o ampliar los existentes. Así lo hicieron, los cortaron por su mitad y añadieron lo suficiente para alcanzar la anchura deseada.

Pero no nos anticipemos en el tiempo ni intentemos salirnos, aunque sea de un modo anecdótico, de los límites de esta historia.

En la nueva fábrica textil de Camilo Blanes y Asociados, Don Camilo competía en igualdad de condiciones con los otros fabricantes alcoyanos, pero no con los catalanes.

Deseaba rivalizar con ventaja, como ya venía haciéndolo con su fábrica de papel, para ello dejó aparcada de momento la dulce vida que arrastraba y decidió ponerse a trabajar personalmente al frente de sus empresas, aunque solo fuese por el periodo de un año.

Como la construcción y el negocio del papel funcionaban solos, se centró en el textil. Como primera medida conminó a Agamenón para que diese prioridad a la venta de sus productos antes que la de otros fabricantes alcoyanos. Para facilitarle la labor bajó los precios de sus mercancías a costa de sus beneficios. No ganaba dinero pero tampoco perdía y ya llegaría la ocasión de resarcirse cuando alcanzase el momento oportuno. Por otra parte para incentivarlos aumentó el importe de sus comisiones por las ventas.

Los pedidos no tardaron en llegar y la producción era insuficiente. Cuando esta situación llegó ya tenía instalados una serie de telares nuevos de fabricación inglesa, que propulsados por la fuerza del vapor trabajaban a una velocidad increíble para la época.

Pero todo lo que les he contado en unas pocas líneas escritas, en el tiempo trascurrieron en un espacio de bastantes meses.

XXXXX

XXX

X

Wily, como solían llamarlo cuando lo nombraban y así seguirían denominándolo durante su corta visita a Alcoy, era el representante en España de una acreditada marca de telares ingleses.

Había llegado la noche anterior alrededor de las doce y según las instrucciones que llevaba se había alojado en la misma posada de la Viuda que es donde se detenía el coche de postas procedente de Valencia a su llegada a Alcoy. Camilo tenía que recogerlo esa misma mañana para acompañarlo a sus oficinas, distantes apenas cincuenta metros y allí charlarían tranquilamente.

Camilo iba a tirar la casa por la ventana pues pensaba adquirir los mejores telares que existían actualmente en el mundo y no eran baratos precisamente.

El telar mecánico lo inventó un británico llamado Edmond Cartwright a finales del siglo anterior, aunque desde entonces se había beneficiado de constantes mejoras. En esencia era idéntico a uno manual de los que había decenas en Alcoy, pero tenía muchos elementos adicionales, aparte su fuerza motriz.

Contenía mecanismos para detectar si la trama o la urdimbre se rompía o no alcanzaba el final del recorrido. Otro dispositivo permitía cambiar las lanzaderas sin detener la máquina. Y mil cosas más que le habían dicho y ya no recordaba.

Pero lo más importante era que funcionaba mediante una polea que lo unía a una barra motriz que giraba vertiginosamente gracias a la acción de una máquina de vapor.

Si encaraban dos telares, un mismo tejedor los podía atender estando además descansado, pues solo tenía que intervenir cuando el telar se paraba por la rotura de un hilo o para cambiar las lanzaderas en el cajetín. Camilo estaba convencido que los telares se perfeccionarían tanto que un único tejedor podría atender diez o veinte máquinas, aunque eso de momento todavía estaba muy lejos. De todas formas no tenía comparación con los telares manuales, impulsados por la fuerza de las manos y pies del tejedor y que a las dos horas ya estaba cansado y a final de su jornada laboral parecían, como solía decir su abuela, “la mort y passió”.

Luis auguró problemas pues los trabajadores no consentirían que se perdiese un puesto de trabajo al emplear únicamente un hombre para hacer funcionar dos telares.

-Tu pon a cargo de los telares nuevos a los mejores hombres – le recomendó – y si alguno se queja, por lo que me has dicho, lo devuelves a los viejo y le dices que si quiere trabajar con uno solo, ahí lo tiene. En realidad no creo que se quejen, pues vamos a ampliar la plantilla, no solo por el incremento de maquinaria, sino por los turnos. Vamos a emplear a tres hombres por cada dos máquinas y trabajaran las veinticuatro horas del día.

-¿Resistirán?

-Estos, al precio que me cuestan, seguro que sí. El mantenimiento se puede hacer semanalmente los domingos con un equipo especial.

Dando así por zanjada la cuestión.

Se levantó ese día temprano pues no quería llegar tarde a su cita. Ahora trabajaba doce horas diarias, como el último de sus hombres, y curiosamente estaba mucho más descansado que antes. Había perdido unos cuantos kilos de peso y se notaba más ágil. También pidió una tregua a sus dos mujeres, con respecto a sus relaciones sexuales que ya no serían tan frecuentes, pues necesitaría un descanso reparador por las noches y se limitarían a una por semana, que para él serían dos y si contaba también a Marcela tres. Ese número ya comenzaba a parecerle demasiado pues ya no volvería a cumplir los cincuenta y cuatro años, que eran lo que tenía en la actualidad.

Lo que quizás más le molestó, fue que ellas acogieron su propuesta con más agrado que resignación. Y es que indiscutiblemente ya no era el de antes.

Cuando se presentó en el hostel, le dijeron que el caballero inglés todavía estaba dormido pues no se había dejado ver de buena mañana.

Todavía no eran las ocho de la mañana pues las campanas de Santa María tocando a misa así lo atestiguaban. Decidió darle una tregua pues después del pesado viaje del día anterior estaría hecho

un tabaco.

-Voy a Le Parisi n a desayunar. Si se despierta antes me lo envías all , si no, ya pasare yo dentro de una hora para recogerlo. – le dijo al encargado mientras depositaba una moneda de cobre en sus manos.

Le Parisi n se transformaba según la horas del día en que acudieses. Por la mañana parecía un bullicioso bar en donde se despachaban los más apetitosos desayunos acompañados por la mejor bollería de la ciudad. A media mañana se transformaba en otro en donde solo se servían aperitivos acompañados de selectas tapas; a las dos se mudaba en el mejor restaurante de Alcoy. A media tarde se convertía en un salón de t , en el que solo podías degustar ese extraño brebaje al que Camilo todavía no le había cogido el tranquilo, y pastas. Por la noche volvía a ser un prestigioso restaurante y a las doce se trasmataba en un puticlub, aunque por entonces aun no le llamaban así, pero lo digo para entendernos.

-Tr ame un bol de café con leche y tres o cuatro “coquetes fregides” polvoreadas con azúcar glas  – le indicó al camarero.

Tuvo que esperar algo de tiempo hasta que se las sirvieran a pesar de que sobre la barra había una bandeja repleta de ellas de donde el mancebo se surtía para atender otras demandas. A él se las traerían calentitas y recién hechas. Era el peaje que tenían que pagar para recibir las esplendidas propinas que él soltaba.

Mientras, estuvo ojeando el “Diario de Alcoy” y otro de la capital pero del día anterior.

Estaba mojando la primera coqueta en el contenido del bol, cuando vio entrar en la sala a un individuo que no tenía ningún aspecto de ser mediterráneo.

Aparte el vestido, que era idéntico al que solían portar los caballeros por aquí, pero con dibujos y colores más estridentes, destacaba por su rostro pálido y pecoso y por el color pelirrojo de su pelo y barba. Hubiese apostado sin dudarle que se trataba del tal Wily, aunque en realidad era más joven de lo que esperaba, pues no debía pasar todavía de los treinta años.

Le hizo una seña con la mano para llamar su atención y que se acercase y luego lo invitó a sentarse en su mesa. Pidió para desayunar pan tostado con aceite y tomate, lo que indicaba claramente que se había amoldado a las costumbres catalanas y para beber agua caliente, no servían t  a esas horas, que también indicaba que no había abandonado las británicas.

Cuando a las nueve en punto entraron en las oficinas ya estaban Jorge y Fernando esperándolos.

La  nica duda que tenían en el Comité de Dirección Alcoyano , si así podíamos llamarlo, era que si se decantaban por el tipo de telar Cartwright, que prácticamente estaba decidido, las condiciones que le podían sacar al tal Wily, motivo por el que le habían hecho venir, eran lo suficiente buenas para no buscar otra elección o por el contrario como alternativa tenían otro tipo de maquina ideado por un tal Crompton, que todavía era una perfecta desconocida para los alcoyanos y no les ofrecía muchas garantías, pero que serviría como contrapartida y objeto de presión en las duras negociaciones que se preveían.

No hizo falta llegar a tanto ni la sangre al río. Evitamos detallar las duras negociaciones por aburridas y enfarragosa y aunque no consiguieron rebajar el precio, que en definitiva era de lo que se trataba y en ese aspecto el tal Wily se mostró inflexible, probablemente por órdenes superiores, si lo lograron en otros aspectos, como son unas amplias condiciones de pago, sin coste en los intereses de aplazamiento, aparte una buena cantidad de elementos auxiliares y repuestos, a buen precio unos y gratis los otros.

Cerraron el acuerdo comiendo en Le Parisi n y lo refrendaron por la noche cenando. A las doce hicieron su entrada las señoritas de compa a. Quisieron endilgarle la pelirroja al británico creyendo que sería de su agrado.

-Estor harto de pelirrojas y rubias teñidas que tanto se asemejan a las de mi país – farfull  cuando el Café Licor comenzó a hacer su efecto – donde este una morena cobriza...



-Si llegamos a firmar el tratado ahora y no esta mañana, los telares nos habrían salido gratis – comentó Jorge entre risas y sin que el británico se enterase.

Finalmente eligió a una morena con el pelo azabache y pinta de gitana que con solo sus besos lo volvía loco.

Lo acompañaron hasta el hostel y lo metieron en la habitación junto con la chica.

-Tú, mañana a eso de las once, pasa por mi oficina y te pagaré. A él – le dijo señalando a Wily que ya estaba tendido medio inconsciente sobre la cama – no le cobres nada.

-¡A sus órdenes! Don Camilo – respondió la chica con un poco de sorna pero contenta pues sabía que este le soltaría más que el extranjero.

-Los restantes miembros de la celebración no tuvieron más remedio que pasar la mano por la pared, pues una cosa era dar dos besos, cuatro achuchones y poner las manos en sitios normalmente prohibidos, pero otra era llevárselas a una habitación a la vista de todos y echar después un polvo, con la cantidad de envidiosos que había ese día por la calle y que no dudarían en irse de la lengua.

Otra cosa hubiese sido organizarlo en la masía con una excusa lo bastante convincente para que ninguna esposa quisiese acudir. Por desgracia y visto lo ocurrido, las partidas de caza ya habían pasado a la historia.

Por otra parte tampoco tenían que preocuparse demasiado pues el que más y el que menos estaban bien servido en casa y tampoco era cuestión de cambiar un arroz a secas por otros “del senyoret”. Pues ni el aliciente de la novedad en este caso existía.

Ni que decir tiene que la morena llegó al día siguiente puntualmente a la cita con Don Camilo. Este tenía orden de hacerla pasar a su despacho tan pronto llegara.

-Mire Don Camilo – le dijo en un claro acento andaluz que delataba su origen – yo no quiero engañarle diciendo lo que no es, porque al final todo se sabe...

-Se sincera y saldrás ganando – le respondió el hombre aprovechando la tregua que le había dado no sabía si para tomar aliento o recomponer sus ideas.

-Resulta que al final, ese hijo de puta y yo, no hicimos nada porque el muy cerdo devolvió la papilla apenas le llegó el calorillo de la habitación. Menos mal que yo ya estaba desnuda como mi madre me pario y solo manchó el suelo y mi cuerpo serrano. ¡Si llega a manchar mi vestido nuevo lo mato! Hasta siete veces he tenido que cambiar el agua del barreño esta mañana para quitarme en hedor que me había dejado encima el muy cabròn.

-Modera tu lenguaje ...

-¡Perdón! Don Camilo. Pero es que las tres últimas ya tuvieron que ser con agua fría y todavía estoy tiritando. ¡Toque! ¡Toque! y lo comprobaba... - le dijo ofreciéndole su mano.

-Don Camilo prefirió meter las suyas por el escote y sobar sus pechos.

-Pues yo las noto calentitas.

-¡Ay! Don Camilo. ¡Qué bromista es usted!

-Ves abreviando que se hace tarde.

Camilo ya había dejado tranquilo su seno pero ahora la mantenía asida junto a si, abrazándola por su cintura.

-Pues... que por todo lo que le he dicho, creo que bien me merezco... ¿cinco pesetas? – notando el deseo del hombre en sus ojos añadió – y si me da seis, le pego una mamada que no la olvida en su vida.

-Ya estas tardando niña.

XXXXX

XXX

X

Una tarde Camilo sintió el deseo irreprimible de volver a ver a Ana. ¿Cuánto tiempo llevaba sin verla? ¡Años! Y muchos más sin acostarse con ella y disfrutar de su fina piel de terciopelo. También a Inés aunque a esta había tenido la oportunidad de verla alguna vez que otra por la calle... No sabía exactamente si era hija suya o de Luis, pero si hacía caso a su madre que consideraba a su esposo incapaz de concebirla, lo tenía claro. De todas formas él ya se la había adjudicado, dijese lo que dijese, y la consideraba propia. Luisito, el hijo menor de la familia si sabía cierto que había nacido por su culpa, aunque para él fuese una satisfacción.

Empleó el resto de la tarde adquiriendo regalos para todos, pues le gustaba llegar como si fuese él, un Rey Mago.

No quiso presentarse a una hora en que Ana estuviese sola para no levantar susceptibilidades o encontrarse con el rechazo de ella después de tanto tiempo sin verla. No ignoraba que los designios de las mujeres eran inescrutables y si se la encontraba de mala uva lo echaba todo a perder.

Se presentó en la casa a última hora de la tarde, cuando todos estuviesen en la casa y probablemente a punto de cenar. Si lo invitaban como presumía, tendría tiempo de averiguar cómo estaba el patio y si le era propicio concertar una cita para otro día.

Fue recibido por todos con alegría, incluida Ana y eso sin duda lo tranquilizó. Estaba tan hermosa como siempre y los años no parecían pasar para ella. A Luisito le entregó un valioso juguete, a Inés una moneda de oro como cada vez que se la encontraba, aunque fuese por la calle, se la entregaba diciéndole: “Amagala per l’aixovar” ya debía tener más de veinte y las guardaba como su pequeño tesoro.

Cuando Ana o Luis le reprobaban su esplendor, solía responder: “Sabéis que es como una hija para mi” y si Ana estaba presente la miraba a los ojos intentando saber la verdad.

A Ana le entregó un regalo sin importancia, nada que Luis no le pudiese comprar para no provocar sus celos, pero lo cierto es que aun pudiendo hacerlo no tenía esos detalles y sabía que en fondo Ana se lo agradecía.

El fugaz encuentro con ella, incluidos los fraternales besos de bienvenida, habían despertado su pasión y suponía que también la de Ana, pues a partir de entonces se la notó nerviosa y bastante alterada aunque trataba de disimularlo todo lo que podía. Era la señal que Camilo estaba esperando para saber que todavía le correspondía.

Mientras contemplaba su bello rostro en la mesa y su frágil figura cada vez que se desplazaba hasta la cocina para traer o llevar algún plato. El ardiente deseo por poseerla una vez más se despertaba de nuevo. Pero esa posibilidad se le tornaba imposible. Inés, que ya había terminado sus estudios, se pasaba prácticamente todo el día en la casa, ayudando a su madre, y solo salía para acompañar a su hermano al colegio y a algún paseo a última hora de la tarde, con un noviete que la rondaba desde hacía algunos meses. Y por la noche estaba Luis...

La cena terminaba y Camilo tenía que inventarse algo. Recordó cierto pasaje de la Biblia, que tuvo ocasión de estudiar durante su estancia en el seminario, en donde un mítico Rey, cuyo nombre no recordaba pero le sonaba que se llamaba David, envió a su general y amigo a la guerra con la esperanza que la palmase y poder casarse con su bella esposa o como mínimo aprovechar el tiempo que estuviese fuera para poder tirársela.

No odiaba tanto a su amigo ni mucho menos deseaba su muerte, pero alejarlo una buena temporada, por lo menos quince días, que le permitieran en ese lapsus de tiempo poder tirársela un par de veces era una buena idea. Por parte de ella no veía inconveniente pues intuía el deseo en su rostro, pero eso sí, seguro que le exigiría tener las espaldas bien cubiertas.

-He venido para proponerte hagas un viaje a Barcelona, para comprobar la carga de los nuevos telares en el barco que los traerá y sobre todo que aprendas su funcionamiento, para transmitir luego esa enseñanza a nuestros tejedores, y todos esos pequeños problemas sin aparente importancia que surgen siempre y te dejan empantanado

-No sé si debo dejar mi puesto en estos momentos.

-¡Sí! ¡Papa! ¡Acepta! ¡Que ilusión ir a Barcelona! - interrumpió Inés como si la hubiesen invitado a ella también.

-Eres la persona ideal. Luis -intervino de nuevo Camilo - pero si no quieres ir... siempre encontraré a alguien que quiera aprovechar la oportunidad que te ofrezco...

Luis sabía que no la podía dejar pasar, pues si iba otro en su lugar se convertiría en el sabelotodo sobre esos telares y si sabía jugar sus cartas no le trasladaría toda la información recibida para actuar posteriormente con ventaja. Pero por otra parte no deseaba dejar sola a Ana.

-No he dicho que no - se defendió, pero estaba claro que esperaba la aprobación de Ana, no la había dejado sola tanto tiempo desde que se casaron, y temía que si aceptaba se lo reprochara.

-Además, visto el interés que tiene Inés en conocer Barcelona, le pago sin problema el viaje y la estancia allí para que te acompañe y no extendiendo la invitación también a Ana, pues se queda Luisito que tiene que ir a la escuela y es todavía muy pequeño para tan largo viaje. Aunque si queréis me lo puedo quedar en mi casa... - Camilo añadió esas últimas palabras sabiendo que Ana se negaría.

Inés fue la primera en levantarse de su silla para mostrar su alegría y se lanzó sobre Camilo al que llenó de besos por todas partes.

¡Gracias padrino! ¡Gracias por todo! Yo sí que acepto.

-Sosegate muchacha. Que eso ya lo sé, pero primero debe aceptar tu padre.

-¡Papa! ¡Por favor! - le rogó juntando sus manos como si estuviese en la iglesia rezando.

Ana supo inmediatamente las intenciones de Camilo y que sencillamente estaba preparando la cama para ambos. Y como ella lo deseaba tanto como él, decidió dar el espaldarazo definitivo.

-En estas cosas - dijo sin alterar su semblante ni demostrar emoción alguna, aunque su corazón palpitase alocadamente y no le cabía en el pecho - lo importante es el trabajo y no puedes perder una oportunidad como esta, ni consentir que, con respecto a la nueva maquinaria alguien pueda ocupar el lugar que solo a ti te corresponde. Yo desde luego no iré, pero únicamente porque no puedo dejar solo a mi hijo pequeño.

XXXXX  
XXX  
X

Camilo hizo todo lo que estuvo en sus manos para que el viaje fuera lo más cómodo posible. Pensó en primer lugar en alquilar una calesa que les llevase hasta Valencia. Pero el viaje se haría demasiado largo al tener que descansar a los caballos ya que no había lugares para sustituir a las caballerizas a menos que quisieras que te las cambiaran por unos pencos, sin derecho a posterior reclamación.

Decidió finalmente enviarlos a Valencia en el coche de posta, aunque pago cuatro billetes cuando solo necesitaban dos, para que Luis e Inés fueran cómodamente sentados y sin apreturas en una de las bancadas, durante todo el viaje.

Resultaba chocante, ver a un lado del carruaje a dos personas ampliamente sentados y en el opuesto a cuatro y bastantes oprimidos pues una de ella era una señora con sobra de peso.

En Játiva Luis consintió, apiadándose de ellos, que un joven muchacho que viajaba solo y no debía tener más de diecisiete años, pasase a su parte de asientos y despejase la otra. Inés se alegró, pues el muchacho era bastante dicharachero y entablaron una amena conversación que la entretuvo buena parte del viaje.

En Valencia perdió su pista y la nueva amistad paso al olvido, pues en el fragor de su charla no habían presentado ni sabían sus respectivos nombres. No tenía la mayor importancia pues con toda seguridad no volverían a verse.

El consignatario del puerto que les tenía que facilitar su viaje por mar hasta Barcelona y al que acudieron inmediatamente, les dijo que no era preciso buscasen alojamiento pues a las diez de la noche debían presentarse e instalarse en la goleta con la que harían el viaje. Zarparía a partir de esa hora, cuando la marea, los vientos y el estado de la mar lo permitiesen.

Faltaba todavía un par de horas para la cita. El hombre se hizo cargo del equipaje y se encargaría de embarcarlo. Sin esa embarazosa carga tuvieron tiempo de visitar la playa de la Malvarrosa, todavía con luz natural, caminar entre los paseantes y cenar a la fresca en la terraza de una casa de comidas.

Zarparon alrededor de las doce de la noche cuando ya estaban cómodamente aposentados en el pequeño camarote que el capitán les había ofrecido.

Ambos era la primera vez que navegaban y no podían negar que se sentían nerviosos. Apenas durmieron esa noche asustados por el balanceo del barco que parecía querer volcarse a cada ola que cogía. Y cuando navegaba recta lo hacía en un extraño ángulo que les obligaba a andar torcidos, o por lo menos así les parecía a ellos. Al final y fruto del cansancio se echaron sobre los catres y se quedaron dormidos.

Se despertaron a media mañana. Por entonces la mar estaba en calma, su superficie parecía una balsa de aceite y la travesía se tornó más tranquila.

Tan pronto como pudo Inés salió a cubierta, buscó un sitio en donde no molestase a la tripulación en sus quehaceres diarios y se dedicó extasiada a contemplar el mar.

Tan pronto era de color plata cuando se reflejaban los rayos del sol, que azul turquesa o verde cuando el astro rey se ocultaba detrás de una nube viajera.

Unos grandes peces, que ella creyó tiburones, pero que los marineros los identificaron con delfines, les acompañaban dando saltos delante mismo de la goleta. También le dijeron que solían viajar al lado del barco adaptándose a su misma velocidad. Unas veces únicamente nadaban, pero en ocasiones se zambullían para posteriormente dar un enorme salto y salir volando por el aire.

Miraba firmemente cogida a una barandilla que no parecía muy estable y temía que si resbalaba y caía al agua no le darían ni tiempo para ahogarse, pues se la comerían enseguida. El viejo marinero que con su pipa en la boca parecía que fumaba más que trabajaba, se rio de su comentario y le dijo que si caía al mar, más que comérsela, lo más probable es que la salvaran manteniéndola a flote y empujándola hacia arriba con su morro si se hundía.

A primeras horas de la tarde el azul del mar se torno marrón y los delfines desaparecieron por encanto huyendo de tanta suciedad.

Se dirigió al viejo para que le explicara ese extraño fenómeno, pues parecía saber todo lo que ocurría en la mar.

-Estamos a la altura de Amposta, en la desembocadura del rio Ebro. Con toda seguridad estos días pasados ha llovido en el norte, el rio se ha cargado de agua que arrastra el lodo y la suciedad de su cauce. Mucho de este lodo se deposita en su delta, pero la mayor parte se hunde en la mar.

Cuando la noche se echó encima lo único que se veía eran las luces de algunos faros de vez en cuando señalándole que por lo menos la tierra estaba cercana y allí tendría que dirigirse si el barco se hundiera. ¡Dios no lo quisiera; pues aunque sabía nadar no bastaría para alcanzar la costa.

Ya de madrugada llegaron a Barcelona, pero el capitán no autorizo que desembarcaran hasta el día siguiente, pero por lo menos pudieron dormir tranquilamente, pues las aguas estancadas del puerto se lo permitía.

Se instalaron en un moderno y elegante hotel del casco viejo de la ciudad. Habían hecho planes durante la travesía y quedaron en que Luis trabajaría por la mañana y por la tarde la tendría libre para poder salir ambos por la ciudad y hacer turismo. El primer día Inés acompañó a su padre a la inmensa nave, situada extramuros, en donde estaban, todavía embalados, los telares que tenían que embarcar. Las piezas de otro, ya desembaladas, permanecían esparcidas por el suelo esperando que alguien la ensamblara. Esa sería la misión de su padre, junto con otros dos hombres más, durante parte de los quince días que iban a permanecer en Barcelona. Posteriormente le tendrían que mostrar su manejo y los secretos que albergaba. Aquello era muy aburrido para ella y para colmo la jornada se prolongó hasta altas horas de la tarde.

El segundo día desistió de acompañarlo y decidió quedarse en el hostel hasta su regreso, que fue más tarde que el día anterior. Se arrepintió de haberlo acompañado pues eso no era lo que esperaba de su viaje. Pronto supo que se quedaría sin conocer Barcelona si no se hacia el ánimo e intentaba conocerla ella sola.

Desde la habitación de su ventana veía a mujeres solitarias transitar por la calle. Unas, paseando simplemente, iban elegantemente vestidas y tapándose del inexistente sol de las estrechas calles barcelonesa con aparatosas sombrillas. Otras cargadas con capazos que transitaban en ambas direcciones. Observó que las de los capazos llenos siempre descendían, por lo que supuso que el mercado estaba calle arriba. Decidió visitarlo. Bajó a la calle vestida con sus mejores galas, pues, aunque sin parasol, quería semejarse a las mujeres elegantes.

Siguió a una mujer que llevaba un capazo vacío, tomando mentalmente nota del nombre de las calles por donde transitaba y detalles, como el de un comercio, por ejemplo, en una esquina que hubiese doblado. Por suerte el mercado estaba cerca y llegó casi inmediatamente.

Aquello era un hormiguero de gente, yendo de parada en parada y otras esperando turno delante de las mejores surtidas. Unas iban solo mirando más que comprando y esperando encontrar el precio más barato para adquirir lo mínimo con que cubrir sus necesidades. Otras, las ricachonas, compraban sin preguntar precios y tenían deslomadas a las generalmente dos escuálidas chiquillas que la seguían excesivamente cargadas y parecían rezar para que su ama desistiese de más compras y ordenase el regreso a casa.

Adquirió un par de piezas de fruta, en un puesto en el que apenas tuvo que esperar turno y se las comió mientras curioseaba por el resto del mercado. Huyó de la pestilente zona en donde estaba situadas las pescaderías, porque no pensaba comprar nada y lo único que conseguiría sería mojar los bajos de su elegante vestido en los numerosos charcos que poblaban la zona.

En la franja en donde estaban situadas las carnicerías, se relamió los labios viendo los jugosos trozos de ternera y que debían derretirse en la boca de lo blando y tiernos que parecían. Por allí la gente pobre no se acercaba a menos que fuese para comprar un par de huesos para el cocido. Intentó

salir por la misma puerta por donde había entrado y no tuvo ningún problema, siguiendo el rastro acumulado en su memoria, en regresar al hotel.

Al día siguiente decidió visitar el puerto, al otro una iglesia muy antigua, Santa María del Mar recordaba le habían dicho, al otro un palacio...

Todos los días se alejaba un poco más hasta que ocurrió lo inevitable. Un día no supo regresar al hotel. Lo intentó por todos los medios pero lo único que conseguía era alejarse cada vez más de su destino hasta llegar un momento en que ya no sabía en donde se encontraba. Y si tenía que tirar hacia arriba o hacia abajo, a la derecha o a la izquierda.

Preguntó en castellano a mucha gente que siempre le respondían en un idioma parecido al valenciano que se hablaba en Alcoy y del que lograba captar algunas palabras, pero el resto pronunciadas rápidamente y con un acento completamente diferente lo hacían ininteligible.

La gente, amable desde luego no lo era. Parecían que corrían por la calle más que andaban como si estuviese persiguiéndolos el diablo y aunque al principio, por educación, algunos la atendían, después partían raudos antes de completar la información con alguna precisa aclaración.

Comenzaba a oscurecer y su padre no tardaría en llegar al hotel, si no había llegado ya y no la encontraría, ese sería otro problema añadido. El tránsito de gente por la calle era cada vez más escaso y difícil de encontrar gente que quisiese ayudarla.

La vista comenzó a nublársele, ayudada por las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, para finalmente estallar en sollozos.

Fue entonces cuando escucho a su lado una voz desconocida aunque le parecía familiar.

-¿Cómo esta mi bella alcoyana?

¿Quién podía ser si no conocía a nadie en Barcelona? Cuando sus ojos se aclararon y le permitieron ver con algo de nitidez, descubrió el rostro del muchacho al que había cedido uno de los asientos libres del coche de posta en el reciente viaje de Alcoy a Valencia y del que desconocía hasta su nombre. Era una bendición caída del cielo pues estaba segura que le ayudaría a volver a su hotel, tanto si sabía el camino como si no. Pero lo único cierto es que ya no estaba sola, de noche y en una ciudad desconocida para ella, y solo por su presencia ya era para congratularse. Se abrazó inmediatamente a él, más que por un gesto de cariño, para inconscientemente intentar impedir, que como los otros, también él desapareciese instantáneamente y la dejase otra vez sola en la oscuridad y soledad de la noche.

El muchacho soportó el abrazo con agrado, pero no hizo nada para aprovecharse de la situación. Mantenía los brazos abiertos, casi en cruz, y sin atreverse a cruzar sus brazos sobre su espalda y así se mantuvo hasta que ella decidió desasirse.

El abrazo, sin embargo, no había sido en vano y su cuerpo reaccionó con naturalidad al contacto con la muchacha.

-Me he perdido y no sé regresar al hotel en el que me alojo – le dijo entre suspiros.

-¿Cómo se llama?

-Hotel Bahía. ¿Sabes ir hasta allí?

-¡Claro que sí! - le respondió mientras la cogía de la mano para que se sintiese mas protegida, e iniciaron el camino de regreso al hotel – Barcelona no tiene perdida, está rodeada de murallas excepto ahora en el lado oeste en donde está proyectando el ensanche de la ciudad, y ya están derribándola, pero aun se pueden apreciar sus restos. Si otra vez te perdieses ves siempre cuesta abajo, como estamos haciendo ahora nosotros y si no aciertas la calle elegida siempre llegarás al mar. Localizar el puerto allí es fácil. ¿Sabes ir del puerto al hotel?

-Si. Fue una de la excursiones que hice, los primeros días de estar aquí. Esta cerca del hotel.

-Pues ya tienes solucionada una improbable segunda perdida, aunque te recomiendo que no te acerques a estas horas por la zona marítima. Hay demasiados marineros borrachos por allí y una bella señorita como tú, siempre es una tentación.

Inés se sonrojó por lo que tomó como un cumplido.

-¿Por qué dices una improbable segunda perdida?

-Porque a partir de ahora me convertiré en tu cicerone durante tu estancia en esta bella ciudad y no te dejaré ni a sol ni a sombra.

-¿Tanto tiempo libre tienes?

-El que tú necesites.

-¿Y cuando sabrás que salgo del hotel?

-Porque tú me lo dirás. Y si no me lo dices te esperaré en la puerta hasta que salgas. No tienes escapatoria.

-No será necesario – le dijo una sonriente Inés que mostraba su complacencia por el interés que estaba mostrando el muchacho en atenderla.- Yo suelo salir siempre hacia las diez de la mañana o alrededor de las cuatro de la tarde. A partir de ahora lo haré a esas horas pero en punto.

-Allí me encontrara mi bella alcoyana.

-Y si te retrasas allí te esperaré.

La dejó apenas a cinco metros de la luz que alumbraba la puerta del hotel. Sufrió la suave regañina de su padre y como castigo esa noche se quedó sin cenar fuera del hotel ni disfrutar del posterior espectáculo.

Mas que un castigo era una tregua que se tomaba su padre, pues solía llegar exhausto por la noche al hotel y ya no era un chiquillo. Prefería tomar una frugal cena y acostarse, que salir de parranda aunque fuese con su hija, hasta altas horas de la noche. Ya no le gustaba salir tanto como al principio pues el cansancio le estaba haciendo mella, aunque continuaba haciéndolo únicamente por complacerla.

Inés era una joven muy hermosa y cuando se arreglaba aparentaba ser mayor de lo que en realidad era. Cuando los dos salían por la noche, más que con su hija, parecía lo hacía con una joven amante que no dejaba de causar admiración a cuantos la veían. Algún comentario en voz alta y fuera de contexto le habían advertido de esta circunstancia, de la que en ningún momento había sido consciente. Ya no estaba a gusto con esas salidas, mas por lo que pudiesen decir de él, por lo que dijiesen de ella.

Poco a poco dejaron de hacerlas. Inés no se preocupó pues el problema ya lo tenía resuelto. Cierta es que se privaba de lujosas cenas y grandes espectáculos, pero a cambio obtenía la compañía del muchacho, que, aunque le costaba admitirlo, la prefería a la de su progenitor.

Cada vez que salía Inés del hotel se encontraba con su admirador sentado en un portal cercano esperándola. Se levantaba precipitadamente y lo primero que hacía era limpiarse el trasero de sus pantalones del polvo acumulado por la sentada. Luego le tomaba la mano y se la besaba, siendo el beso más cálido que ella nunca había recibido.

Comían cualquier cosa en tristes bares para que ella no tuviese que regresar al hotel para hacerlo y separarse, aunque solo fuesen un par de horas. Dedujo que la economía no era el fuerte de su acompañante, pues para pagar, tenía que contar, una a una, las escasas monedas de cobre que extraía del bolsillo de su pantalón.

No permitió que lo hiciese más y a partir de entonces lo pagaba ella con el dinero, que para sus gastos, le había entregado Camilo antes de la partida. Y aunque solo era una pequeña parte de los que guardaba en su habitación del hotel, para el muchacho que la acompañaba representaba una pequeña fortuna. Estaba interesada por ese muchacho y en realidad poco sabía de él, ni siquiera su nombre. Poco importaba pues dentro de unos días regresaría a Alcoy y no volverían a verse pues una gran cantidad de leguas los separaba. Aunque quien sabe, lo mismo pensaba en Valencia y mira por donde...

-¿Cómo te llamas? – le preguntó por fin un día.

-Llámame Seve.

-Yo soy Inés.

-Lo sabía

-¿Cómo? – se extrañó ella pues no recordaba habérselo dicho.

-En el coche de postas que nos llevó a Valencia, oí como tu padre te llamaba y desde entonces no lo he olvidado. Si me caso alguna vez, será con una Inés y si tengo la fortuna de tener una hija la llamaré igual. Me gusta ese nombre.

La muchacha no dejó de emocionarse por las palabras de cariño de Seve y sin poder evitarlo depositó un fugaz beso en la sonrojada mejilla de su acompañante.

Este tomó nota de lo acontecido y supuso que no pasaría nada si él se atrevía a algo más, aunque no debía hacerse ilusiones, pues no había felicidad que durase cien años y a esta apenas le quedaban unos días.

-Tienes demasiado tiempo libre. ¿Trabajas? – se interesó ella un día.

La palabra estudiar era absolutamente anormal para gente de su edad y estatus social, en la que se suponía que todos debían estar trabajando para ayudar a la familia, y en la práctica nunca se empleaba como alternativa a la otra.

Seve dudó unos instantes, pues no podía contarle la verdad ni tampoco quería mentirla.

-En realidad no hago nada, salvo participar en ciertas reuniones nocturnas, que me producen un pequeño beneficio y de él voy tirando.

La respuesta no había sido muy explícita ni tampoco Inés intentó ahondar en el tema. Dejó las cosas como estaban y le dijo.

-¿Y hoy que hacemos? – Sin esperar respuesta continuó – Llévame a comer a un restaurante de postín pero que no sea muy caro. Hoy es mi cumpleaños y tenemos que celebrarlo.

A su padre no le había dicho nada y este como de costumbre ni se había acordado. De habérselo dicho, seguro que ese día hubiese hecho pala en el trabajo y se lo hubiese dedicado a ella por completo. Pero lo que realmente quería ella era pasar el día con su amado.

-¿Cuántos cumpleaños?

-Dieciséis. ¿Y tú?

-Diecisiete pero estoy cerca de los dieciochos.

-Nos separa la edad ideal para comprometernos.

-Lástima que eso no sea posible.

Después de comer se acercaron a un solitario jardín en el que a esas horas no había casi nadie. El día era espléndido y no hacía ni frío ni calor, ideal para respirar el aire puro que la naturaleza les ofrecía. Se sentaron en un banco de un lugar apartado del parque y fuera de la vista de los ocasionales viandantes. Allí exploraron y disfrutaron de sus respectivos cuerpos por primera vez. Los besos, ya de amor, se sucedían con harta frecuencia y no solo durante el encuentro y la despedida, sino en cualquier momento y aprovechando cualquier lugar que les fuera propicio.

De ahí a lo otro solo había un paso, solo se trataba de encontrar el lugar y el momento propicio y de eso se encargó Inés.

Dos días antes de la fecha prevista para su regreso ocurrió. La tarde anterior, en un momento de pasión en el parque, lo habían planeado todo con detalle. Inés conocía casi desde el principio todos los secretos del hotel en donde se hospedaba. Las puertas y escaleras de servicio que rara vez se usaban, y menos por los clientes, eran el lugar idóneo para colar a una persona ajena al hotel sin que nadie se enterase.

El día elegido la muchacha vestía un traje sencillo que era el empleado para permanecer en el hotel y únicamente para bajar al salón para leer la prensa o al comedor para tomar el desayuno. Se asomó por la puerta de servicio que estaba unos metros alejada de la principal y que permanecía siempre cerrada para evitar la entrada de intrusos aunque podía abrirse fácilmente desde el interior. Le llamó por señas apenas chichuceando su nombre y cuando él entró la cerro tras de sí. Subieron por la escalera sin ningún problema y solo cuando llegaron a la planta en que estaba su habitación se



encontraron con una doncella que estaba allí limpiando y les impedía el paso. Solo restaba esperar a que se marchase o precipitar su partida. Se adelantó Inés y le pidió una jarra de agua. La muchacha partió rauda a cumplimentar el encargo y Seve aprovechó para meterse en su habitación.

Cuando toda su estratagema quedó terminada, se metieron ambos desnudos en la cama e hicieron lo que pudieron porque ninguno de los dos tenía experiencia sexual alguna. Ni uno supo por dónde meterla y la otra recibirla y si Don Camilo se hubiese encontrado presente hubiese rememorado su primera vez con la rica Isabel, en Liria, cuando intentó pegar el bragueta. Tras varios intentos, ya sea por perseverancia o únicamente instinto, lo cierto es que penetración hubo y así lo atestiguaban las dos gotas de sangre que mancharon la sabana bajera. Inés empleó la tarde en cambiarla por otra hurtada de un armario ropero que conocía había en el pasillo, para sustituirla y no delatarse.

La experiencia fue por lo menos gratificante a consecuencia de los besos y achuchones que dieron antes y después de los besos, pero pare usted de contar. El único que tuvo un orgasmo naturalmente fue él y ella se quedó sin llegar a conocerlo. Los besos, achuchones y caricias del hombre no bastaron para complacerla plenamente. La penetración fue un horror pues su cuerpo no estaba preparado para ello y los escasos segundos que el cuerpo extraño permaneció dentro de ella un martirio. Si aquello era la exquisitez que su amiga Beatriz, experta en las artes amatorias o por lo menos de eso presumía, llamaba follar, ya podía irse a la mierda con ello.

Dos días después zarparon del puerto de Barcelona con destino a Valencia, ante la mirada de un desolado Seve que, desde el muelle, movía mecánicamente su brazo en señal de despedida, mientras su figura iba empequeñeciéndose conforme el vapor que esta vez los llevaba iba alejándose.

De él solo le quedaba un poético nombre que al final había conocido casi completo: Severino Albarracín.

Al barco que los transportaba tenía su destino final en Cuba. Tenía que hacer escala en Valencia para recoger más pasajeros y aprovecharon uno de los camarotes todavía vacíos para dormir la noche que pasaron a bordo. Cenaron en el restaurante del barco e Inés se sorprendió de la extrema elegancia de los pasajeros que llevaba, algunos de los cuales hablaban en castellano pero en un tono cadencioso que no les era familiar. Lejos estaba de imaginar que en las extrañas del barco viajaban otras familias no tan afortunadas y unos soldados, con un traje de rayadillo que no había visto nunca y que según le dijo su padre iban a sofocar una de las muchas revueltas que sufría la isla.

XXXXX  
XXX  
X

Camilo anunció un viaje imprevisto e inaplazable a un lugar ignoto que le obligaría a estar una semana fuera de casa o tal vez dos. Dependida de lo que aguantase su cuerpo, pensó para sus adentros. Lo anunció tanto en su casa como en la oficina y lógicamente nadie le pidió explicaciones.

Salió una noche de casa con un exiguo equipaje, compuesto por otro traje, dos pijamas y un número indeterminado de mudas, aunque ninguno de los trajes o pijamas pensaba usar por lo menos con mucha asiduidad. Se dirigió a la plaza de San Agustín como si quisiera tomar la diligencia en el Hostal de la Viuda. Se metió en una taberna que había justo enfrente y esperó a que esta partiese, verificando que nadie había acudido a despedirlo ni a verificar su marcha.

Luego cargado con su ligero equipaje se metió por la calle de la Casa Blanca, que estaba justo al lado y la recorrió deprisa hasta alcanzar la calle de la Cordeta, por donde se desvió de nuevo para regresar a la Calle de San Nicolás por la parte alta. Se había limitado a darle la vuelta a la manzana. La oscuridad reinante a esas horas impedía que desde el balcón de su casa pudiesen verlo. Solo tuvo que descender un corto trecho para alcanzar la calle del Tap que es donde habitaba su amada. Varios de los balcones y ventanales del primer piso, incluso los que recaía a San Nicolás, estaban iluminados y delataban la presencia de Ana en la casa. Lógico por otra parte, dado la hora en que se encontraban y la ausencia de su esposo.

Abrió la puerta de calle con la llave que conservaba desde tiempo más felices en que hacía el amor frecuentemente con ella, y aunque en su día la había devuelto a requerimiento de ella, antes tuvo la precaución de hacer un duplicado por si las moscas y ese momento había llegado.

Subió el tramo de escaleras a oscuras, alumbrándose únicamente, primero por la luz que se filtraba por los cristales situados encima del portón y después por los rayos de luz que se filtraba por debajo de la puerta.

Llamó con los nudillos de su mano a la puerta, bastante fuerte para que pudiese ser oído en su interior, pero lo suficientemente débil para que no fueran apreciados por los vecinos del piso superior. Por suerte solo había una vivienda por planta.

Ana no tardó en abrir.

-¿Quién te ha abierto abajo? – se interesó temiendo conservase todavía la llave.

-Estaba la puerta entornada pero abierta – le mintió Camilo que no quería desprenderse de la única llave y temió que si reconocía su existencia la mujer se la pidiese.

Ana hizo un mohín de discuto, pero rápidamente dio por buena su respuesta. No le gustaba que la puerta de entrada estuviese abierta por la noche a disposición de cualquier desaprensivo que quisiese beneficiarse de ello y mucho menos estando su marido de viaje.

Ya hacía tiempo que había cenado y Luisito estaba durmiendo. Camilo rechazó el ofrecimiento que le hacía la mujer para prepararle algo para cenar y lo hizo a pesar de que en su casa, con los nervios de la partida, apenas había probado bocado.

Aunque pareciese mentida a Camilo le afectaba un cierto nerviosismo y parecía que era la primera vez que iba a realizar el acto sexual, por lo menos con esta mujer.

No era así y tampoco tenía que obviar que había tenido un hijo con ella y posiblemente dos.

Tampoco tenía prisa, pues poseía toda la noche por delante y buena parte de la mañana siguiente, pues era domingo y la mujer no tendría que acompañar a su hijo al colegio.

Hablaron, como si fuesen marido y mujer, de todo lo que les había pasado durante todo ese tiempo en que apenas habían tenido ocasión de verse. Camilo le juró que no volvería a dejar pasar tanto tiempo sin encontrarse de nuevo.

Bebían él coñac y ella anís, mientras entretenían el estomago con unas pastas de almendra para ayudarlo a asimilar la bebida.

Después se fueron a la cama de mutuo acuerdo y disfrutaron intentando recuperar el tiempo perdido.

Camilo casi no se lo creía, pero hasta en dos ocasiones logró hacer el amor esa noche. Lo que no

había logrado desde hacía mucho tiempo. Estaba seguro que solo la textura y la suave piel del cuerpo de Ana habían logrado el milagro. Ahora solo cabía rezar para que la suerte continuase.

El encanto terminó diez días después de intensa pasión. Luisito consideraba a Camilo su segundo padre, aunque en realidad era el primero. Y no se sorprendía de su presencia en casa a cualquier hora.

Se dice que después del temporal siempre viene la calma, pues posteriormente a tantos aguaceros, sin reprimirse, pues Ana le confesó que ya le había llegado la menopausia, llegó la sequía. Su miembro se negaba a actuar más después del tan arduo trabajo a que había sido sometido.

En esas circunstancias no valía la pena jugársela y permanecer más tiempo en casa ajena. Luis e Inés podían presentarse en cualquier momento.

Esa misma noche, conforme había entrado salió de la casa y se presentó en la suya cansado y agotado para no tener que satisfacer esa noche a ningún alma sedienta.

Curiosamente, y por razones obvias que su familia desconocía, no trajo ningún regalo para nadie. Volvió con el mismo hatillo de ropa que se había llevado y nada de ropa sucia, pues todo estaba limpio y primorosamente planchado.

Ese detalle provocó las sospechas de todos y especialmente de sus esposas, o que por lo menos hacían ese papel. Los corrillos a sus espaldas y algún que otro comentario que le hicieron recapacitar, abrieron la luz en su mente y no tuvo más remedio que reconocer su espectacular fallo.

- Es que pesaban tanto que no he podido traerlos conmigo – se le ocurrió decir cuando las caras comenzaban a alargarse – Lo he facturado y supongo que en unos días, estará el paquete aquí.

Eso momentáneamente calmó las ansias de unos y las sospechas de otros. Los días siguientes fueron frenéticos comprando cosas.

## CAPITULO VI

### EMILIO PASCUAL

Ana conocía a su hija Inés como si la hubiese parido y de eso no cabía la menor duda. No regresó como se había ido y eso lo notó inmediatamente que entró por la puerta de su casa. Estaba apagada y triste, nada lógico después de un viaje tan extraordinario como el que había efectuado. Supuso que probablemente había tenido algunas diferencias con su padre durante el viaje que le había ocasionado ese abatimiento, pero la cosa cambió cuando comenzó a hacerle preguntas comprometidas, que nunca le había hecho, y todas ellas relacionadas con el sexo.

- Tu cuando haces el amor con papa. ¿Te quedas embarazadas? - le soltó el día siguiente de su regreso de repente y sin venir a cuento.

Su primera reacción fue montarle un escándalo por tamaña pregunta, pero reaccionó a tiempo y reconoció que ya tenía dieciséis años y a esa edad ella ya era casi madre de Jorge. Si le ocurrió tan pronto, aunque posteriormente terminara casándose con el causante de los hechos, fue precisamente por su ignorancia y por dejarse manejar por un hombre. No quería que a su hija le pasase lo mismo y decidió poner las cartas sobre la mesa. Lo que ignoraba en esos momentos es que ya había llegado tarde.

-Tú crees que tu padre y yo solo hemos hecho el amor en dos ocasiones y por eso tenemos dos hijos.

-No... - farfulló por lo bajo su hija, que recordaba haber oído el traqueteo de la cama infinidad de veces, antes incluso de saber lo que significaba.

-Eso no es una regla fija, mi niña. Una mujer puede estar toda la vida follando, o haciendo el amor como tú dices, y no tener hijos. Pero hay otras a las que le meten solo la puntita, según dicen ellas, e inmediatamente se quedan preñadas. Tu padre y yo hacemos el amor con la frecuencia que nuestros cuerpos demandan y si no me quedo embarazada es sencillamente porque trato de evitarlo.

Posteriormente le supo mal la forma en que se había expresado, tan directa y con alguna que otra palabra tal vez inadecuada. Pero suponía que su hija no era tan cándida como aparentaba y que de la misa sabía más de la mitad. Por eso había querido ser tan directa y emplear el lenguaje que con toda seguridad ya habría escuchado en la calle. Por un momento estuvo a punto de extenderse más de lo debido y contarles que en su caso también influyó la posible esterilidad de Luis que le había facilitado mucho la cuestión. Por suerte se dio cuenta a tiempo y desistió de exponerlo. No era el momento de hacerlo y posiblemente no se lo contaría nunca, ni por supuesto involucraría a Camilo en este tema.

-¿Se puede evitar? - continuó la niña que parecía había hecho caso omiso de la perorata de su madre.

Su madre se colmo de paciencia.

-¡Niña! Por ahora lo que tienes que evitar es hacer esas cosas, y no los embarazos. Eres muy joven todavía y es demasiado pronto para empezar.

Ana notó que su hija quería añadir algo, pero no se atrevió. Ella no estaba segura de que estaba haciendo lo correcto y tal vez debería meditar sus respuestas antes de emitirlas para que no fuesen malinterpretadas.

Otro día.

-Mama... ¿Cómo te enteraste de que estabas embarazada de mí?

Esta vez la pregunta ya no le cogió por sorpresa a Ana. Como estaban las dos solas y tenía tiempo por delante decidió responder a esa pregunta, a cuantas hiciesen falta y sobre todo averiguar que le estaba pasando a su hija, desde el regreso de Barcelona, y por qué le hacía esas preguntas tan embarazosas.

-Me enteré, porque ese mes no me vino el periodo. Después te pasan una serie de cosas que ya averiguaras cuando estés preñada. Por cierto. ¿A ti te ha bajado la regla este mes?

La cara de Inés enrojeció inmediatamente como si la hubiesen cogido cometiendo alguna falta y el corazón se le disparó latiendo aceleradamente. Para inmediatamente comenzar a afirmar con la cabeza.

-Sí. Claro que sí. – dudo unos instantes para continuar – Aunque ya no estoy tan segura.

-Vamos a ver niña y no me vengas con bobadas. Si no recuerdo mal tuviste el periodo una semana antes de partir de viaje. Recuerdo que te dije: “Has tenido suerte pues realizaras el viaje limpia”. Luego lo lógico es que la hubieses vuelto a tener... - hizo cuentas con los dedos, contando semanas más que días - ¡La semana pasada! ¿Y me dices que todavía no la has tenido?

-No

-Bueno eso no es concluyente, pues en ocasiones puede retrasarse unos días y no pasa nada – una luz debió iluminarse en su interior pues rápidamente reaccionó - ¡Dios mío! ¡Soy una estúpida!. Estoy preguntándote lo que no debía y me olvido de lo obvio. ¿Hiciste algo que no debieras con algún chico mientras estuviste en Barcelona?

Inmediatamente supo que había dado en el clavo pues Inés se derrumbó y comenzó a llorar.

-¡Madre mía del amor hermoso! - para continuar - ¡Me cago en la madre que parió al cabròn ese!

Después reunió todas las fuerzas que pudo en esos instantes y comenzó a consolarla mesando sus cabellos con sus manos. La cosa ya no tenía remedio ni tampoco podía tomarlo por la tremenda. No sabía cómo reaccionaría Luis a pesar de que tenía buena parte de culpa de lo ocurrido, pues no supo guardarla mientras la tuvo bajo su custodia. De toda forma no eran momentos de reproches, aparte de que no solucionarían nada.

Decidió que de momento no le diría nada, esperaría a conocer todos los detalles de lo ocurrido, consultaría con Camilo, pues lo consideraba parte interesada y después ya vería lo que haría.

-Vamos mi niña. ¡No pasa nada! Primero tranquilízate y luego me cuentas todo lo que pasó.

-Papa estaba todo el día ocupado – comenzó entre suspiros – y yo abandonaba de vez en cuando el hotel para entretenerme y ver cosas. Porque si no ¿Para qué había ido a Barcelona? – Ana le hizo un gesto de comprensión y aprobación, y la animó para continuar – Un día me perdí. Se hacía de noche y nadie parecía querer ayudarme para volver al hotel. Entonces apareció él...

-¿Te fiaste de un desconocido?

-Todos a los que solicitaba ayuda eran desconocidos para mí, pero no podía hacer otra cosa. – respondió con toda lógica – Él precisamente no lo era.

-¿Lo conocías?

Inés asintió con la cabeza.

-Lo vi por primera vez en el coche de posta que nos trasladó a Valencia.

-¿Entonces es de Alcoy?

-No lo creo – negó también con la cabeza – posiblemente estaba de paso camino de Barcelona y procedía de Alicante, Murcia o tal vez más lejos. Yo en Alcoy nunca lo había visto y siendo de mi edad seguro que lo conocería.

-¿Tan joven es? – se extrañó su madre que suponía que quien había seducido a su hija era un hombre mayor.

-Solo tiene un año más que yo. En Valencia nos separamos y ya no volví a encontrarlo hasta el día en que me perdí en Barcelona.

-¿Qué paso después? – se interesó la madre.

-Se ofreció a acompañarme para conocer Barcelona sin temor a perderme otra vez. Poco a poco fuimos intimando. Luego vinieron los besos y una cosa trae a la otra.

-¿Te forzó en algún parque?

La niña negó con la cabeza.

-En realidad fui yo quien lo metió en el hotel a escondidas. Luego nos metimos en mi habitación y ya no sé si lo que hicimos fue el amor o no sé que fue. Era la primera vez para los dos y no sabíamos por dónde empezar hasta pasado un buen rato.

-¿Pero te penetró? – Ana trataba de cogerse a un clavo ardiendo, esperando que al final lo evidente no hubiese ocurrido.

-Supongo que sí, pues me hizo mucho daño durante todo el rato. He de reconocer que no sé qué placer encuentras algunas con eso. Cuando derramó esa cosa viscosa dentro de mí, todo terminó.

-¡Dios mío! Entonces sí lo has hecho y además hasta el final – Inés alzó sus hombros como queriendo decir: “Si tú lo dices” – Por lo menos sabrás su nombre.

Inés volvió a asentir con la cabeza.

-Se llama Severino Albarracín, pero no se su segundo apellido ni nada mas de él.

-¡Dios santo! ¡Que nombre más vulgar! Supongo que nadie lo conoce ni lo conocerá nunca nadie y solo Dios sabe en donde estará ahora. Supongo que nos tendremos que arreglar sin él.

XXXXX  
XXX  
X

Ana envió recado a Camilo, por mediación de Jorge, de que precisaba urgentemente hablar con él en su casa. Este se lo comunicó apenas lo vio entrar en la oficina, de buena mañana, al día siguiente. Camilo se extrañó. Apenas hacía quince días desde que habían terminado su intensa aventura y él por lo menos todavía no estaba totalmente recuperado. Ella suponía que si y tal vez por eso reclamaba su presencia, pues en principio no veía otros motivos. Pero tampoco era esa la forma en que Ana concertaba sus citas, por lo que supuso que no era para lo que a él verdaderamente le interesaba. Pensó que hacer las cosas evidentes era más seguro que hacerlas a escondidas, pero tampoco ese era el estilo de su amada y rápidamente la descartó.

De todas formas no podía desoír su llamada y pensaba ir cuando Luis estuviese en el trabajo, Luisito en el colegio y rezaría para que Inés estuviera haciendo algún recado, en caso contrario la enviaría él, para poder estar a solas con su madre por lo menos media hora.

Era todavía demasiado temprano para su propósito, por lo que decidió adelantar su almuerzo en Le Parisián para hacer tiempo. Se presentó a las diez en punto en casa de Luis. Como había previsto ni este ni su hijo se encontraban en casa. Si lo estaba Inés, pero no tuvo ocasión de deshacerse de ella pues Ana lo hizo por su cuenta diciéndole.

-Necesito hablar con el padrino a solas. Te ruego te ausentes por lo menos una hora o te metas en tu habitación hasta que te avisemos.

Inés optó por salir de la casa. Camilo pudo comprobar que el horno no estaba para bollos y rápidamente descartó una posible aventura romántica. De todas formas no le apetecía a esas horas de la mañana y si había acudido con alguna pequeña esperanza en esos momentos ya se le había pasado.

Ya cuando entró en la casa y saludó a ambas mujeres besándolas en ambas mejillas, encontró a Ana nerviosa y preocupada y a Inés distante a indiferente, Conociéndolas como las conocía eso no presagiaba nada bueno. Cuando la hija desapareció, como suponía, Ana no lo invitó a pasar a su habitación y ni siquiera se levantó la falda para sentarse en su regazo. Se limitó a aposentarle en una silla alrededor de la mesa del comedor y servirle una buena copa de coñac, segura de que le haría falta. Sobre la mesa había también una tetera llena de café y un plato con pastas. Ella comenzó a comer ansiosamente y aunque a él no le apetecían después del opíparo almuerzo del bar la acompañó para no dejarla sola.

-Dime lo que pasa – la apremió – pues desde que me lo ha dicho Jorge de buena mañana me tienes en ascuas.

-Se trata de Inés.

-Lo supongo. ¿Qué le pasa?

Ana le contó todo lo relativo al viaje y su estancia en Barcelona. Sin olvidar el punto fuerte que no era otro que su posible embarazo.

-¡Sera hijo de puta! ¿Sabes quién es?

-Poco sabemos de él. Solo que se llama Severino Albarracín, y que es, según Inés, algo revolucionario y se mueve como pez en el agua, entre los sindicatos obreros, anarquistas o que se yo. Ni siquiera sabemos el segundo apellido.

-Si se mueve en esos círculos no será difícil de dar con él. Conozco a la persona adecuada para localizarlo y traerlo, si es preciso, envuelto en papel de manila, para llevarlo al altar aunque sea con una pistola en el cogote.

-No es el caso – negó también Ana con la cabeza – posiblemente Inés en estos momentos aceptara tu propuesta. Pero he estado pensando sobre todo esto y es el último hombre que quiero para esposo de mi hija. Estoy segura que con el tiempo la haría una desgraciada.

-Estoy de acuerdo contigo. Pero... ¿Qué solución nos queda? ¿Abortar?

-Eso nunca. En esta casa siempre se han recibido con buenos ojos a todos los niños que han nacido. Incluso los que llegaban de un padre indeseado como le ocurrió a Leonor, que tuvo el hijo de Bernabé aunque posteriormente tuviésemos la desgracia de que muriese. Pero mientras vivió fue

muy querido aquí, ahora indiscutiblemente no voy a hacer una excepción y ese hijo nacerá y será tan querido como cualquier otro.

-Aunque me pese también en eso estoy de acuerdo. Pero sobre todo hay que casarla. Lo malo es que cada vez nos quedan menos opciones – Camilo recapacitó durante unos instantes – Indiscutiblemente puedo dotarla con una cantidad de dinero, que aparte su belleza, la haga apetecible para cualquier segundón de buena familia alcoyana, aunque sea de pocas luces y no sirva para mucho, al que podamos endosarle el momio sin que se dé cuenta. Todo ello, desde luego, si nos damos prisa y obramos con celeridad.

-¿Otro Bernabé? No gracias. Prefiero que se quede toda la vida soltera y para vestir santos, que casarla con un tipo similar a este. Con ese cerdo ya hemos tenido bastante.

-Creo que nos estamos yendo por las ramas y estamos obviando lo evidente – anunció Camilo con suficiencia.

-¿Qué quieres decir? – preguntó una aparentemente cansada Ana, que no entendía las palabras enrevesadas y comenzaba a creer que no llegarían a ninguna parte.

-Sencillamente que estamos buscando un novio a nuestra querida hija y posiblemente ya lo tenga. Una mujer bella, inteligente y en edad de merecer, como es Inés, me extraña que nadie en Alcoy le haya echado el ojo, hasta ahora, aunque nosotros lo ignoremos. Posiblemente solo sea un honrado trabajador y solo con esto y si se casa con Inés, me comprometo a hacerlo rico en pocos años.

-¿Pero cargará con lo que viene?

-Si la quiere seguro que sí. Pero si nos damos prisa y le organizamos un buen plan a Inés, puede que hasta crea que en realidad es hijo suyo.

-¿Es eso posible?

-Déjame a mí que en eso tengo experiencia.

Camilo quería repetir lo que en su día hizo con Consuelo y Carlitos, para endilgarle a éste el hijo que llevaba en su vientre la primera y además convencerle que era de fabricación propia.

Esperaron, ya más relajados el regreso de su hija que debía ser inminente. Cuando le preguntaron si tenía algún pretendiente se limitó a responder.

-Emilio...

-¿Te casarías con él...

-No me desagradaría.

Le explicaron en plan que habían urdido para involucrarlo en el tema y obligarlo a casarse con ella.

-Eso no lo haré nunca – continuó – nunca engañare a Emilio porque no se lo merece y mucho menos en esto. Y por supuesto no volveré a follar otra vez fuera del matrimonio, y solo lo haré si me caso y por obligación con mi marido.

Ambos supusieron que su opinión sobre el sexo cambiaría cuando conociera el verdadero amor. Ines, por vergüenza, tampoco quería venderse ante su amado declarándose. No era eso lo correcto, pero tampoco podían esperar a que el muchacho lo hiciese pues eso podía tardar bastante tiempo y este apremiaba. Ya no se trataba de engañarlo a él. Eso había quedado ya descartado, Pero sí engañar a la gente y hacerles creer que se casaban con las amonestaciones y bendiciones en regla y no por el artículo veintiuno.

Decidieron que Ana se lo contase todo a Luis ese mediodía y que Camilo, más dialogante, fuese el que llevase las negociaciones para tratar de convencer al novio. Con la excusa de ofrecerle un mejor empleo en su fábrica, lo citó, mediante carta remitida a su casa, en su oficina.

XXXXX

XXX

X



Emilio Pascual, era un joven que por entonces tendría unos veinte años, bastante atractivo, y fuerte aunque no musculoso. Trabajaba en la Fabrica del Escaló de tejedor desde que tenía quince años, cuando tuvo que entrar de aprendiz al tener que abandonar sus estudios a consecuencia de la prematura muerte de su padre motivada por unas extrañas fiebres a las que los médicos no encontraron solución.

No por ello dejó de formarse. Aprendió el oficio, más rápidamente que los otros aprendices y al año ya pudo demostrar con solvencia que podía manejar un telar con soltura y hacer frente a cuantos problemas se le presentaran.

Durante los ratos libres y después de la jornada laboral, solía quedarse viendo como los mecánicos arreglaban las averías y ofreciéndoles su ayuda con objeto de aprender y que le explicasen los motivos por la que se había producido la avería y como habían llegado a esa conclusión. Dos años después no había secretos para él en un telar, ni avería que se le resistiera.

No por ello no cobraba mas ni eso parecía importarle. Su ilusión en esos momentos era poder comprar un telar, aunque estuviese en un pésimo estado, para que le resultase a un precio asequible, instalarlo en los bajos de su casa, en un lóbrego local que antes fue una cuadra y comenzar a trabajar por su cuenta. Pero poder dejar por el momento su actual trabajo todavía era una quimera.

Su fama, sin embargo, como excelente mecánico se había propagado por todo Alcoy y había recibido suculentas ofertas de trabajo que había rechazado pues no valía la pena aceptarlas si en definitiva pensaba independizarse en breve.

Cuando recibió la de Don Camilo, estuvo a punto de no ir y romper la carta como había hecho ya con otras. Pero el Blanes era gente importante, podía serle de gran utilidad en el futuro y no era cuestión de hacerle un desplante. Acudiría por cortesía y por cuatro pesetas de mas que le pudiesen dar las rechazaría cortésmente y no aceptaría su oferta.

Esa semana hacia el turno de tarde y se presentó de buena mañana en las oficinas del magnate de la industria alcoyana. En esos momentos estaba desayunando fuera, según le dijeron, y le rogaron esperase unos momentos en un lujoso saloncito. Se quedó de pie, pues no quería estropear con sus pantalones, a los que le sobraban algunos manchurroneos de grasa, la rica tela con la que estaban tapizados los sillones. Camilo tardó más de media hora en regresar y en ese intervalo de tiempo la recepcionista, para calmar su impaciencia, le ofreció, hasta en tres ocasiones, un refresco, una copa de coñac o un café con leche. Momento antes de cada uno de los ofrecimientos estuvo a punto de marcharse y no comprendía que necesidad tenía el viejo Blanes de irse al bar, cuando tenían tan excelente servicio en su despacho.

Suspiró cuando lo vio entrar en franca y animada tertulia con Jorge, en medio de la cual y de vez en cuando iban soltando una estridente risotada. Temió que aun debería esperar un rato hasta que terminasen en algún despacho la amena conversación que traían entre manos y se juró que si así lo hacían se marcharía inmediatamente.

Pero esta vez se equivocó, pues el hombre mayor, apenas se percató de su presencia, dejó plantado al otro y se acercó hacia él tendiéndole el brazo y ofreciendo su mano, cuando todavía estaba a cinco metros de distancia.

Sabía que no esperaba a otro y supuso inmediatamente que se trataba de la persona que había citado.

-¡Buenos días! Mi querido Emilio – le soltó después de estrechar su mano con afecto – espero que no haya tenido que esperar mucho. Pero no sabía a qué hora se presentaría y mi estomago reclamaba insistentemente alimento. Espero sepa disculparme.

-No tiene importancia. Entrevistarse con una persona tan importante como usted – ahí Camilo creyó percibir algo de retintín en sus palabras pero decidió pasarlo por alto – tiene sus inconvenientes.

-Pasemos a mi despacho y allí hablaremos con más calma y sin que nadie nos moleste. – dio las

oportunas ordenes a la bella muchacha que actuaba como recepcionista y y que creía se llamaba Alicia, aunque no lo sabía cierto y de la que no quería saber nada para no involucrarse como ya le pasó anteriormente con Isabel.

Una vez en el despacho, en vez de sentarse alrededor de su mesa, lo hicieron en un pequeño saloncito que había en uno de los ángulos, detrás de una amplia cristalera que actuaba como mirador y por la que entraba el sol a raudales.

-¿Quiere un cigarro puro? – le ofreció Camilo mientras encendía otro para sí.

-Gracias, pero no fumo.

-Bien que hace mi querido amigo, yo debería hacer lo mismo pero de vez en cuando no puedo resistir la tentación y hoy es un día especial. – se sirvió una copa de coñac de un botella que había sobre la mesa y le ofreció otra a su visitante. Este igualmente la rechazó.

-Tampoco bebo.

Con la conversación preliminar, Camilo solo intentaba romper el hielo y acortar la distancia social que les separaba, pero desconocía el carácter de su oponente y estuvo a punto de lograr todo lo contrario.

-En esto creo que usted se lo pierde.

-Posiblemente. Bebería si pudiese pagar lo que cuesta esa botella de supongo un excelente coñac francés, pero por desgracia mi economía no me lo permite.

Camilo escajó el golpe sin inmutarse, pero supo que no tenía delante a un pobre chico, todo humildad y que pudiese manejar a su antojo. Así es que decidió ir al grano, ser franco y solventar el asunto de la mejor manera posible.

-¡Bien! Vamos pues a lo que se trataba. ¿Conoces a Inés López?

Esta vez el que tuvo que encajar el golpe fue Emilio, pues de ningún modo esperaba que el tema que le había traído hasta allí, derivase por esos derroteros.

-Si. ¿Pasa algo? Aunque no se qué tiene que ver...

-Ya lo sabrá a su debido tiempo – le interrumpió Camilo - ¿Es para usted algo más que una amiga?

-¿A qué viene todo esto? ¿Y usted que tiene que ver con ella? – le respondió con otras preguntas mientras se levantaba de su cómodo sillón dispuesto a tomar las de Villadiego.

-Soy su padrino y un gran amigo de la familia – Emilio volvió a sentarse inmediatamente, esta vez ya interesado en las palabras de su anfitrión – Ella es como una hija para mí. Eso ya es suficiente para demostrarte mi interés por ella. Ahora le agradecería contestase a mis preguntas, para hacerme una composición de lugar, pues de sus respuestas depende que le aclare un asunto muy importante o demos por concluida esta conversación.

-De acuerdo. – decidió Emilio no interrumpirle para poder llegar pronto a esa misteriosa conclusión. Las enigmáticas palabras de Don Camilo le habían despertado su curiosidad y desde luego no se iría de allí sin dejarlo todo perfectamente claro.

-Lo que me gustaría saber es si sientes algo especial por ella y si en el futuro estarías dispuesto a casarte con ella.

Así se las ponían a Fernando VII. Ahora resultaba que el padrino, tutor o lo que fuese de su amada se la estaba poniendo en bandeja. Él la consideraba una “niña bien” que estaba un status por encima al suyo y que si andaba loquita por sus huesos era porque la conoció siendo una niña cuando él ya era un hombre hecho y derecho. Pero no ignoraba que más pronto que tarde alcanzaría el rango de mujer, le presentarían o se ofrecería un candidato más a tenor con su rango y que un día no muy lejano lo abandonaría. Nunca quiso que la separación fuese más amarga y simplemente estaba disfrutando de ella ahora y mientras durase, pero nunca se hubiese decidido a dar otro paso hacia adelante. Y ahora mira por donde...

-Supongo que sí. Mi problema es que esta bastante por encima de mi posición y antes debería demostrarle que la merezco.

-Me alegra su respuesta. Pero existe un pequeño inconveniente y ha llegado el momento de que usted lo conozca. – Emilio le prestó atención impaciente – Inés sufrió un incidente durante un reciente viaje a Barcelona – el joven asentía con la cabeza pues tenía conocimiento del viaje pero no de incidente y eso le hizo ponerse en guardia – y por desgracia se ha quedado embarazada.

Emilio se quedó como si un rayo hubiese impactado sobre su cabeza.

-No me ha dicho nada.

-Ni se lo dirá. Siente demasiada vergüenza para hacerlo. El problema es que tenemos diversas alternativas, a cual peor, para solventar el problema. Primero dejarlo todo como esta, con el consiguiente escándalo, esperar a que nazca la criatura y después que intente rehacer su vida si puede. La segunda sería comprarle un marido y casarla, pero seguro que con él será siempre una desgraciada y eso no le apetece ni a sus padres ni a mí. Por último está usted. – a partir de aquí comenzó a tutearlo como si fuese de la familia – Tú por el momento parece ser el gran amor de su vida y así me lo ha reconocido. Tú, hasta ahora, parecías opinar igual, pero ignoro si este, reconozco, gran inconveniente que ha surgido, ha hecho variar tus sentimientos hacia ella.

-Lo malo de todo esto es que me ha cogido de sorpresa, pues no me lo esperaba, y no sabría que responderle. Yo había venido para estudiar su oferta de empleo, pero de eso no hemos hablado nada.

-¡Ah claro! – pensó Don Camilo, antes de dar el sí, querrá saber cuánto podía sacar – ¿Cuánto cobra actualmente de sueldo en el Escaló?

-Diez pesetas a la semana – le respondió orgulloso de su sueldo.

-Pues si acepta venirse con nosotros, de contramaestre de mantenimiento en mi fábrica, le ofrezco cincuenta pesetas semanales... - hizo una pausa para que el muchacho asimilase y no se desmayase por su propuesta – todo ello con independencia de que aceptes casarse con Inés o no.

Emilio comprendió que ese sueldo, completamente fuera de mercado, no era más que una compra de su voluntad. Aunque al final intentara disfrazarla. De aceptar el empleo y no la boda estaba seguro que en menos de un mes lo echaban a la calle. Y entonces se encontraría compuesto, sin novia y sin empleo.

-Indiscutiblemente acepto la boda con Inés encantado y asumo la paternidad de lo que venga, pero no puedo aceptar su propuesta de empleo, pues pienso independizarme en breve, dejar mi empleo actual y establecerme por mi cuenta. Considero que no vale la pena dejar un empleo por otro y luego dejarles a ustedes empantanados. De todas formas muy agradecido por su propuesta y ruego trasmita a Inés y a sus padres que esta tarde a las cinco iré con mi madre a su casa para pedir su mano.

Seguidamente estrechó la mano de Don Camilo, que no esperaba esta respuesta, y se despidió hasta la tarde.

Tenía que avisar a su madre para que se comprase un vestido decente para la ocasión, pues él se arreglaría con el de los domingos. También pasar por la fábrica para pedir el resto del día libre, y si no se lo daban peor para ellos.

XXXXX  
XXX  
X

Camilo escribió rápidamente un mensaje en un trozo de papel:

“Luis, arréglalo todo para que cuando termines este mediodía no tengas que regresar por la tarde a la fábrica. A las cinco hay pedida de mano de Inés, en tu casa.

Camilo.”

Lo metió en un sobre y la entregó a Lucia para que la hiciese llegar a manos Luis en la fábrica sin demora. Luego partió como un rayo a casa de Ana.

Esta se echó las manos a la cabeza.

-¡En tan poco tiempo no puedo ir a la peluquería; ¿Y a ver donde saco un traje ahora pues no tengo nada decente que ponerme? Estas cosas no se hacen así Camilo – le regañó indignada.

-Las condiciones las ha puesto él – se defendió Camilo – y mejor que sea tan rápido no sea que se lo piense mejor y al final nos quedemos compuestos y sin novio.

-Que Dios no te escuche.

Le dijo Ana mientras se arreglaba para ir a ver si la modista tenía algún traje para la ocasión. Normalmente los hacía por encargo, pero conocía que en tiempo de poco trabajo solía acumular algunos para sacar del apuro, como en este caso, a alguna clienta. Por suerte si lo tenía y aunque no le convenció demasiado la combinación de colores, que ella nunca hubiese elegido, no tenía otra opción y por lo menos era de su talla y le venía como anillo al dedo.

Incluso le dio tiempo de ir a peinarse a casa de la peluquera. Inés se pondría uno de los vestidos que su padrino le había regalado para el viaje a Barcelona, que esperaba aun le entrasen por lo ceñido de cintura que eran. Y Luis y Luisito, como todos los hombres, podrían arreglarse con el traje de los domingos.

Menos mal que la comida la tenían resuelta, pues Camilo les invitó a todos a comer ese día en Le Parisiën e Inés iría a la confitería para comprar unos pastelitos para consumir durante la pedida. De todas formas Ana estaba que trinaba y días como esos no los quería nunca más, ni se los deseaba a su peor enemiga.

Emilio pasó por la fábrica para advertir al encargado que no se presentaría al turno de la tarde, le rogó que lo cambiase por otro y que ya lo recuperaría posteriormente. Al decirle el motivo obtuvo el permiso inmediatamente. Después acudió a una platera de la calle San José y adquirió, con casi todo sus ahorros, una sortija de oro blanco con una zirconita engastada. Se había fijado innumerablemente veces en el rostro de su amada, en su delicada figura e incluso en sus torneadas piernas, cuando por algún descuido de ella tuvo ocasión de contemplarlas. Sus manos las había tenido entre las suyas infinidad de veces, pero tan a la vista estaban que nunca se había fijado en la longitud y grosor de sus dedos. En esos instantes lo lamentaba pues fue incapaz de ofrecer a la platera la menor pista para elegir el tamaño de la sortija.

Al final optaron por el que creyó oportuno la mujer y Emilio temía que el momento de la puesta fuese un fracaso, pues igual había podido pecar por exceso que por defecto.

Camilo conocía perfectamente el diámetro del dedo de su ahijada, pues no era la primera sortija que le regalaba. Adquirió una sortija de platino con un soberbio diamante, en la joyería que el padre de su antigua secretaria Isabel, tenía en la calle de San Francisco Por suerte ella ya había regresado a sus orígenes en Valencia, pero quería demostrar a su familia, con ese gasto, que no le guardaba ningún rencor.

El problema es que el pretendiente era tan orgulloso que igual la rechazaba, pero si así lo hacía estaba dispuesto a regalárselo a la novia para que comparara entre un padrino rico y un novio pobre. No fue ese el caso pues Emilio si la aceptó, pues tenía un miedo atroz a poder fracasar con la suya.

Luego el primer asombrado fue él, al ver el tamaño del pedrusco y la sensación que tuvo al ver la aprobación generalizada de toda la familia al contemplar su obsequio.

A las cinco en punto llegaron, madre e hijo, a casa de la prometida que estaba radiante de belleza y felicidad. La mujer llevaba una bata negra atada a la cintura para ocultar que era más ancha de lo

necesario y él con el traje de los domingos ya muy raído y que pedía a gritos ser sustituido.

Don Camilo se abrazó al novio en señal de bienvenida y aprovechó para deslizarle su sortija en el bolsillo mientras le susurraba al oído que lo aprovechara como anillo de pedida si no lo había previsto. El novio si lo tenía previsto pero no se atrevía a sacar el suyo salvo en extrema necesidad. Se limitó a asentir con la cabeza y a susurrar un casi inaudible “gracias”

La pobre mujer no sabía que decir, agobiada al encontrarse con tanta gente elegante a su alrededor que la saludaban y agasajaban como si fuera una persona importante.

-Yo no sé qué debo decir ni que hacer. Así es que lo que tenga que decir denlo por dicho y ustedes me perdonaran si a partir de ahora no me sale otra palabra.- Dicho y hecho pues a partir de entonces ya no abrió la boca si no era para masticar un pastelito tras de otro, y susurrar un “gracias” cuando se los ofrecían. Se pasó con el anís a cuyas copas no sabía decir que no, hasta el extremo que al final de la velada no podía mantenerse en pie y Camilo tuvo que ordenar trajesen la calesa para poder llevarla a su casa.-

A Emilio le tocó llevar la voz cantante y pidió a Luis y a Ana oficialmente la mano de su hija en beneficio propio y aceptar las consecuencias que por su mala cabeza le había ocasionado a ella.

Todos se extrañaron de sus palabras, pero tenían un sentido, pues a su madre le había dicho que las premuras en la boda eran porque había dejado embarazada a la novia.

La campanada final fue lógicamente de Don Camilo que anunció a bombo y platillo que dotaba a la novia con la cantidad de cincuenta mil pesetas, que era una autentica barbaridad para la época. Así se lo hicieron saber a Ana y Luis que todavía no habían salido de la sorpresa.

-Como padrino que soy, dotó a mi ahijada en el día de su compromiso con la cantidad que estimo oportuno y de acuerdo con mis posibilidades y lo que menos deseo es que en un momento como este alguien me contradiga.

Ana recordó que en aquellos momentos se opuso a que Camilo fuese el padrino de su hija. Como siempre la engañó. Ofreció a su cuñado como padrino y ella no se opuso porque no tenía otro a mano, aunque en realidad actuaba como representante suyo, pues al ser él, como cura, el oficiante no podía ejercer los dos cargos a la vez. Después en el libro de bautismo, puso, y así costa, lo que quiso, que no era otra cosa que autoproclamarse padrino de la criatura.

Ana se enteró mucho tiempo después, cuando la cosa ya no tenía remedio y Camilo era su amante predilecto. Ahora su hija, que también podía serlo de Camilo, pues eso no lo tuvo nunca claro, obtenía el premio que merecía.

El dinero ya estaba desde esa misma mañana, depositado en una cuenta a nombre de Inés en la Banca Vicens y el nombre de su esposo se incorporaría tan pronto el matrimonio se consumase.

Emilio consideró que el viejo creía haberse salido con la suya y que ese dinero no era otro que el precio de su compra. Pero se juró que no lo tocaría nunca a menos que Inés, o alguno de sus hijos, fuesen propios o ajenos, lo precisara.

La boda se fijó para un mes más tarde, para que diese tiempo a publicar las amonestaciones y nadie pensase que había prisa por celebrarla

Camilo se preocupó para que nada fallase ni sufriese ningún retraso.

XXXXX  
XXX  
X

El oficio religioso se celebró en la Parroquia de San Mauro y San Francisco y la posterior recepción en el Círculo de Empresarios.

Ana se quejó porque no estaba para ese dispendio y más teniendo en cuenta que la familia del novio no podía participar en el gastos. Al final por parte de él solo acudió su madre, baja y regordeta, embutida en un traje tan recargado, obsequio, como no, de Don Camilo, que parecía una réplica de la reina Victoria de Inglaterra, a la que acompañaban dos vecinas a las que se las había invitado para que no estuviese sola en el trance. Y por parte de ella, la familia, más lejana que cercana. La mayoría de los invitados eran compromisos de Don Camilo, a los que tanto el novio como la novia apenas conocían, y naturalmente él se ofreció para pagar el convite.

Camilo se había convertido en la sombra protectora de la pareja, pagando todos los gastos extraordinarios que se presentaban y Emilio ya comenzaba a cansarse de esto pues consideraba estaban tratando de comprarlo por todo los lados y en absoluto quería que eso fuese así.

La futura pareja eligió para vivir la casa que Emilio compartía con su madre y en cuyo bajo había instalado el telar manual que había restaurado y con el que pensaba ganarse la vida a partir de ahora.

En la fabrica ganaba un jornal de diez pesetas semanales y ahora, una vez independizado, si todo iba bien podía ganar hasta quince pesetas, eso sí, haciendo el doble de horas, aunque a esto último le restaba importancia pues al fin y al cabo estaba en su casa y las hacia cuando quería sin ninguna obligación. Podía subir a descansar o bajar a trabajar cuando quisiera.

Se consideraba una persona libre. A veces se reprochaba no haber aceptado la oferta de cincuenta pesetas semanales que le había ofrecido el padrino de su esposa, eso no lo ganaría nunca con el trasto de telar que poseía. Con ello hubiese conseguido darle una vida mejor a su madre y a su esposa situarla en el status social que merecía y al que estaba acostumbrada. Pero su puto orgullo lo había echado todo a perder y ahora, aparte lamentarse, un extraño gusano que le corroía el estomago no paraba de recordárselo.

Al fin y al cabo en el fondo le agradaba Don Camilo y tenía que estarle agradecido por ofrecerle la posibilidad de casarse con la mujer que era el gran amor de su vida. También le tenía que agradecer que no hubiese tenido que consumir su matrimonio y pasar la primera noche de casados en casa de su madre, sin ninguna intimidad, pues no había ni puertas en las habitaciones y solo una roída cortina ocultaba, al que no quisiera ver, lo que pasaba en su interior.

Esa noche durmieron, es un decir, en la mejor habitación del Hotel Comercio y al día siguiente, después de un reconfortante desayuno, partieron hacia Alicante para pasar la primera semana de casados en un comfortable hotel, situado en la explanada enfrente del mar y con un extraño nombre que ya no recordaba.

La primera noche fue temida por Inés y deseada por Emilio. Por suerte para ella no era la primera corrida que toreaba su recién estrenado esposo y le demostró cuales eran los verdaderos placeres del amor y que no tenían nada que ver con el acoso y derribo que había sufrido en Barcelona, por la inexperiencia de Severino.

Tan prendada de su amante quedó, que cuando alcanzo por primera vez el éxtasis durante una relación, se juró que no se separaría nunca de él. Solo el tiempo le daría la razón o la desengañaría.

Pero de momento la relación iba viento en popa y Emilio descubrió una faceta nueva en su esposa, que no había previsto, y que lo llevaba por la calle de la amargura. Inés no era insensible a los encantos de su esposo y aunque lo intentaba no podía ocultar sus sentimientos. La satisfacción que obtenía sexualmente no solo las percibía en el interior de su cuerpo, si no que las expresaba vocalmente y no podía evitar los “!Oh!” de placer que continuamente salían de su boca al mismo tiempo que el cuerpo se lo exigía.

Durante la corta estancia en Alicante, probablemente sus orgasmos, si en realidad los tuvo no alcanzaron nunca su cenit, por lo que no fueron expresados vocalmente hasta su llegada a Alcoy. La primera en enterarse fue Doña Perfecta, la madre de Emilio, que intentó hacerse la sorda, pero no

evitó que le quitaran el sueño por la noche.

Las vecinas afilaron los oídos y no tardaron en averiguar de dónde venían los gritos inequívocos, por lo que las cotillas del barrio la traían frita. “Perfecta a vore si amordaça a la seua nora que no mos deixa dormir” o “Perfecta quan acave el seu fill m’ho envía que fa trenta anys que el meu home no es fa res paregut” Eran los comentarios que seguidas de las consiguientes risas tenía que escuchar cada vez que salía de su casa. Por eso no puso ningún impedimento a que se trasladase a la nueva vivienda que le había ofrecido Camilo en alquiler.

Emilio la había rechazado ya dos veces y se mantenía firme en su negativa. Había aceptado el hecho de que la esposa tuviese cincuenta mil pesetas en una cuenta en el banco y que representaba la dote que ella aportaba al matrimonio. Pero a pesar de que la condición de que el matrimonio se consumara se había cumplido con creces y eso era notorio en medio Alcoy, Emilio se había negado a estampar su firma aceptando la titularidad de la cuenta, y como su esposa sin su autorización marital tampoco podía disponer del dinero, allí estaba esa pequeña fortuna improductiva.

Dadas las circunstancias Emilio no tuvo más remedio que aceptar la vivienda, que estaba en una zona todavía no muy edificada del arrabal de Santa Elena que Camilo le ofreció. Pero no regalada como pretendía el padrino como obsequio de boda, ni tan lujosa como la de Alberto y Barbará, porque Emilio no quiso. Ana aceptó la dote debido a las circunstancias extraordinarias que habían rodeado la boda y como una forma de indemnizar en cierta forma al novio. Pero cuando salió a relucir lo de la vivienda se opuso tajantemente, apoyando de esta forma a Emilio. Sabía que Camilo lo hacía de corazón, pero tampoco quería relegar a su esposo que se veía abrumado por tantos regalos para su hija y en los que él no tuvo ocasión de participar.

Yerno y suegra hicieron frente común y solo aceptaron la vivienda en régimen de alquiler, reflejado todo ello en un contrato que tanto don Camilo como propietarios y los recién casados como inquilinos firmaron ante notario. Como siempre volvió a engañarlos e hizo lo que le pasó por las narices.

En el mismo había una clausula que el notario leyó por encima entre dimes, directes y algún que otro otrosí, al que los presentes no le prestaron la menor atención, que decía que la vivienda pasaría a propiedad de los inquilinos al cabo de cinco años, previo pago de la cantidad estipulada como precio de venta. Posteriormente Camilo entregó un sobre lacrado al notario, para ser entregado a Inés en caso de fallecimiento o una vez transcurridos los cinco años. Dentro un recibo por la cantidad estipulado como precio de venta.

Nadie quiso caer en la cuenta de que no se les pasaba ningún recibo por el alquiler de la vivienda concertado. Emilio supuso que Don Camilo, enterado de su precaria situación económica los retenía en espera de tiempos mejores. Finalmente no tuvo más remedio que ceder y hacer la vista gorda.

La vivienda era magnífica, segundo piso de una casa con cuatro plantas, con tres habitaciones, salón, comedor, cocina, baño y aseo. Además de un recibidor y un cuarto interior que igual podía servir como dormitorio para la criada, que no tenían ni esperaban tener, o como trastero.

Era soleado y recibía los rayos de Febo por todas partes a lo largo del día, el principal problema es que todavía era un sitio aislado y fuera de las murallas de Alcoy. Aunque esa situación, como ya había comprobado Inés, durante su estancia en Barcelona, no duraría mucho pues pronto serían derribadas y ya era cuestión de ir tomando posiciones en los mejores sitios.

El pato lo pagaba Emilio que tenía que ir corriendo a su trabajo si quería llegar en menos de quince minutos. Pero muchos días, para economizar esfuerzos la comida la hacía en casa de su madre e Inés en la suya.

Meses después, y eso todavía estaba por venir, el día que nació su hija, a la que le pusieron el nombre de Andrea, y Camilo la consideró su nieta, le entregó a su ahijada una copia del protocolo que estaba en manos del notario y que en la práctica le cedía los derechos sobre la vivienda que habitaban.

-Guarda esto y sobre todo no le digas nada a Emilio, ni a tu madre. No quiero más discusiones con él ni con Ana. Se trata de la propiedad de esta vivienda que será vuestra dentro de cuatro años o antes, si a mí me pasase algo.

-No diga eso padrino. Usted no puede morir nunca – le dijo mientras se incorporaba levemente de la cama en donde se reponía del parto y lo besaba agradeciéndole el gesto que había tenido con ella.

-No digas eso mi niña que más pronto que tarde, todos nos reuniremos en Cantagallet. Hacía referencia al nuevo cementerio que se estaba construyendo a las afueras de Alcoy.

XXXXX  
XXX  
X



Emilio se desesperaba con su negocio. Cierto es que no pasaban hambre, pero tenía que hacer auténticas virguerías para que las cuentas le saliesen y llegar a fin de mes.

Su hija estaba a punto de nacer, y cuando lo hiciese la situación se tornaría imposible. Y todo eso sin pagar el alquiler de la casa. No dudaba que Don Camilo había tendido una sombra protectora sobre su familia y comenzaba a sospechar que le pasase dinero bajo mano a su esposa, pues de otra forma no se explicaba como lograba alargar tanto el escaso dinero que en ocasiones le daba. En parte tenía razón pues Inés ya había comenzado a gastar una pequeña parte de su pequeño tesoro, las monedas de oro que le entregaba su padrino cuando la veía. Por ese motivo veía fantasmas en todas partes y donde no los había.

Se limitaba a fabricar muletón, porque no se podía permitir el lujo de tejer telas de fantasía con infinidad de colores que ocasionaban grandes mermas y podían pasar de moda en cualquier momento y no ser admitidas por ningunos de los almacenes textiles existentes en Alcoy y que eran sus principales clientes.

El muletón era todo blanco y aprovechable. No pasaba de moda y su demanda era constante. El único problema es que había tanta competencia que no se pagaba lo suficiente.

Como los problemas nunca venían solos, existía otro y más grave. El telar se estropeaba más veces de lo aceptable y con las reparaciones, que por suerte le resultaban baratas pues las efectuaba él mismo, permanecía más tiempo parado que funcionando, con la correspondiente pérdida de beneficios.

Un día se presentó en su lugar de trabajo Agamenón. Lo conocía únicamente de referencias pues no lo había tratado nunca, recordaba que había asistido a su boda y sabía que pertenecía a la camarilla de Don Camilo. Por lo que inmediatamente imaginó que no era más que un enviado suyo dispuesto a ofrecerle el maná. En el ámbito de los drapaires tampoco era bien visto pues se comentaba que había engañado a más de uno, así es que aun suponiendo que estaba bajo la protección del clan de Don Camilo tenía que andar con mucho tiento.

-¿Qué desea? – le preguntó poniéndose en guardia.

-Nada en concreto. Puede ser solo una visita de cortesía, como convertirse en una oportunidad de negocio para ambos. Solo depende de usted.

Emilio quedó anonadado por la respuesta del visitante y sin saber que responder. Estaba dándole vuelta a sus palabras sin llegar a comprenderlas. Ahora ya tenía claro que se trataba de un enviado de Don Camilo y que de nuevo trataban de liarlo.

-¿Por qué ha venido aquí precisamente?

-He escuchado desde fuera el cantarín sonido de un telar y no he podido resistir la tentación de entrar y contemplarlo. De todas formas, y si me permite un consejo, este le va a durar menos que un caramelo a la puerta de una escuela.

-No va descaminado, pero cada uno se arregla con lo que tiene. ¿A qué se dedica usted?

-A todo lo que tenga que ver con la industria textil. Desde el algodón, el lino o cualquier otra fibra que se recoja en el campo, hasta la venta final del tejido. Incluyendo todo el proceso que ello conlleva. Veo que está fabricando muletón. ¿Cuántos metros fabrica al día? ¿A quién se lo vende? ¿A qué precio? Todo me interesa si al final puedo quedarme con una mínima comisión.

-No sabría decirle... Así de pronto

-Mal hecho. No todo es trabajar, hay que sacarle beneficio al trabajo. Y si usted no sabe o no puede, busque a alguien que le ayude.

-Eso es fácil decirlo, pero si no gano lo suficiente para mí, no voy a compartir el escaso beneficio con otro.

-Equivocado ha discurrido, pero tampoco voy a discutir su forma de ser y de llevar este negocio. Mi única misión es conseguir que gane usted mucho más dinero y sobre todo que comparta una pequeña parte conmigo.

-¿Y cómo se consigue eso?

-¡Buena pregunta; No debía mostrarle mis carta, pero usted me ha caído bien y mi primer consejo será gratuito. Pero me temo que a partir de ahí ya tendrá que pagarme.

Miro minuciosamente el telar que desde hacía ya un buen rato estaba parado.

-¡Vaya; Veo que se trata de un “Mule Jenny” fabricado por Hargreave y Arkwright a finales del siglo pasado y con más años que Matusalén. Posiblemente será de séptima u octava mano. ¿De dónde lo ha sacado usted? De estos ya no quedan muchos y es digno de estar en un museo.

-De la chatarra.

-Me lo temía. Le ofrezco venderle cuatro telares Jacquard de última generación con apenas cuatro años de uso, traídos directamente de Inglaterra para un reputado industrial catalán.

-¿Y qué ha pasado con él? – se intereso Emilio, viendo que poco mas podía hacer con su máquina estropeada y que ya estaba cansado de trabajar ese día.

-Que ha intentado engañarme como si los valencianos fuéramos unos gilipollas y lo he dejado compuesto y sin telares. Mi problema es que ya están apalabrados y embarcados camino de España y tengo que colocarlos antes de que el banco llegue a Valencia.

-Y precisamente me ha elegido a mi – le respondió viendo la mano negra de Don Camilo detrás de todo esto. Supuso que este ya los había comprado y había montado toda esta farsa para colocárselos. Y buena falta le hacían aunque no pensaba aceptarlos.

-Únicamente a usted, no. ¡Por Dios; Todavía tengo clientes en mi cartera. Ya he visitado a cuatro y – miro una agenda – si usted no acepta mi propuesta, y no le veo muy dispuesto a quedárselos, todavía tengo que visitar a seis mas esta tarde. Todo ello si tengo la suerte de encontrarlos en sus empresas o más tarde en el Círculo de Empresarios.

Esas palabras le convencieron que tal vez Don Camilo no tuviese nada que ver con todo esto. Que la oferta de Agamenón era leal y que lo consideraba únicamente como un posible comprador y no el más idóneo precisamente.

Aunque solo sea por curiosidad. ¿Cuánto cuestan esas maquinas?

-Doscientos mil reales de vellón...

-Cincuenta mil pesetas – respondió como un eco calculador Emilio.

Precisamente el importe de la dote que tenia disponible si lo juzgase oportuno. Pero no iba a faltar a su palabra y ese dinero era tabú para él.

-Lo malo es que no tengo el dinero.

-Para eso están los bancos

Camilo soltó una risotada.

-Los otros a los que se los ha ofrecido. ¿Por qué no se lo han comprado?

-Lógicamente porque no tienen el dinero.

-¿Y ellos no pueden acudir a los bancos y yo sí?

-Los otros con toda seguridad tienen otros préstamos y su crédito agotado.

-Y a mí sí me lo darían...

-Sinceramente no lo sé, pero quien no se acuesta con la suegra es porque no se lo ha pedido.

-¿Qué quiere decir?

-Le contaré una historia. Tenía un amigo casado con una mujer hermosa pero su madre todavía lo era más o por lo menos le resultaba más atractiva. Ardía en deseos de hacer el amor con ella pero le resultaba violento decírselo. Finalmente un día se hizo el ánimo y le pidió acostarse con ella. Sorprendentemente, o quizás no tanto, la mujer le respondió que sí. Como moraleja se desprende que si no le pides a un banco que te preste dinero nunca podrás decirte que sí.

-¿Usted cree?

-Estoy convencido de ello. No tiene pinta de haber pedido nunca un préstamo en su vida, ni fama de mal pagador. Así es que tiene muchas posibilidades de que le digan que sí.

Emilio no iba descaminado en su presunción, pues había sido Camilo el que había enviado a Agamenón con el cuento de los cuatro telares, que ya había comprado en Inglaterra y que ya venían en un barco rumbo a Valencia en donde los desembarcarían en solo un par de días. Los había comprado ex profeso para ofrecérselos a Emilio y si no lograba colocárselos por su testarudez, no perdería nada pues los instalaría en su fábrica en donde seguro serían bien recibidos.

Cuando Agamenón le comunicó el fruto de sus gestiones y ante la posibilidad de que el marido de su ahijada pudiese pedir el crédito, advirtió al director de la Banca Vicens, que se lo pusiera difícil pero que al final se lo concediera, si finalmente, y como presumía, no aceptase emplear las cincuenta mil pesetas de la dote, ni usarlas como garantía de la operación.

En todo caso él actuaría como avalista sin que Emilio lo supiera.

Al día siguiente se presentó en el edificio de la Banca Vicens de la calle de San Francisco, en donde no había entrado nunca, cagadito de miedo como si fuese a presentarse ante el tribunal de la Santa Inquisición. Estaba seguro de que se lo negarían, pues era mucho dinero y no tenía nada con qué responder, pues no aceptaría hacerlo con la dote de su esposa y mucho menos con la vivienda que habitaba que tampoco era suya. No tenía nada que perder y sí mucho por ganar. Como bien decía Agamenón quien no pregunta no obtiene contestación y sobre el asunto de la suegra lo tendría en cuenta, pues precisamente la suya estaba muy buena y continuaba de muy buen ver.

Salió contento de la reunión, pues se trató de una batalla sin tregua, a la que estaba poco acostumbrado, y finalmente logró salir vencedor.

Al principio el hombre vestido de domingo y perfectamente acicalado y que olía al perfume que solían poner en las barberías trató por todos los medios que emplease la dote de su esposa que era la opción más sencilla, aunque le dolía en el alma desprenderse de un depósito tan importante. Al no conseguirlo, le solicitó que por lo menos lo emplease como garantía de devolución del crédito que iba solicitar. Y como tampoco aceptó pareció que allí se rompían las negociaciones y que no tendría más remedio que irse con las manos en los bolsillos.

Sin embargo después de parecer pensárselo dos veces y tras unos momentos de tensa espera, le soltó una arenga en la que como si fuese un cura le habló de todo y en donde las palabras “honradez” y “honestidad” salieron a relucir varias veces. Finalmente le dio un estrechón de manos y aceptó concederle el crédito con la única garantía de los telares que iba a adquirir.

Emilio corrió a su casa para contárselo a Inés. Iba contento porque no perdía nada en la operación y en el peor de los casos se quedaría igual que estaba ahora. Aprovecharon para hacer el amor aunque las campanas tocando el Ángelus todavía no habían sonado en la Iglesia de Santa María. Ahora el problema que tenía era que no sabía en donde instalar los cuatro telares que le llegarían en breve, pues la ex cuadra de la casa de su madre era demasiado pequeña y no reunía las condiciones adecuadas. Tuvo que dejar el acto sexual que estaba ejecutando en esos momentos con su esposa, pues cuando le vino a la cabeza el inconveniente ya no pudo concentrarse.

-Lo siento cariño pero todo esto es superior a mí. Ahora todo son problemas. Yo nunca los he tenido y me siento impotente para resolverlos.

-No te preocupes. Le pediré un local a mi padrino, seguro que no me pone ningún problema.

-Eso es precisamente lo que no quiero – le respondió Emilio – pero si no hay más remedio...

Por la tarde fue a su pequeño taller situado en los bajos de casa de su madre, para solucionar los problemas del telar y tratar de fabricar algunos metros. Todo parecía prácticamente solucionado a excepción del local, pero mientras llegaban los nuevos telares y los ponía en funcionamiento tenía que comer todos los días y el único medio de subsistencia que poseía era el de hacer metros.

La avería, sin mediar nadie que lo entretuviese con su “charreta” la solucionó en un par de horas. Luego comenzó a mover el telar manual con la cadencia que lo caracterizaba. Tirando de un cordón que había delante de su cabeza proyectaba la lanzadera a un lado, al “calaix” en donde un mecanismo la devolvía y vuelta a empezar. Por suerte la época en que los tejedores necesitaban un “llançador”,

generalmente un aprendiz, que recogía con la mano la lanzadera para devolverla hacia el otro lado ya había pasado y esa figura había desaparecido. La lanzadera iba de un lado a otro impulsada por su mano mientras que con los pies, pisaba unas teclas como las de un piano, para que subieran o bajaran los peines que mantenían firme la urdimbre y dejaban pasar por en medio a las lanzadoras. Cada vez que esta hacía su recorrido era una pasada y necesitaba muchas para poder comer al día siguiente. Su cerebro tenía tan memorizados los movimientos que creía podía tejer hasta dormido. No era el caso pero en su mente comenzó a especular sobre los últimos acontecimientos y sobre todo lo que todavía le quedaba por hacer.

Los telares vendrían, pero no se pondrían a funcionar con la fuerza de su cuerpo como ahora. Necesitaban una potente energía para moverlos y esa no era otra en esos momentos que el vapor. Tendría que adquirir una caldera, ponerla en funcionamiento para que moviese un eje, que una vez embragado y unido por una fuerte correa pondría en funcionamiento los telares. Eso costaba un dinero que no tenía. También precisaba contratar a gente que le ayudasen a llevar las maquinas, pues él estaría demasiado ocupado dirigiendo el cotarro. Tendría que dejar el muletón, que ya no sería rentable y fabricar paño o tapicería. Para esta necesitaba un dibujo y no uno cualquiera, sino algo que impactara a la clientela y le permitiera venderlo fácilmente.

Si trabajaba como drapaires para otros fabricantes o vendía a los almacenes de tejidos alcoyanos, no saldría de pobre ni podría obtener el beneficio que le permitiera amortizar la inversión que iba a realizar. Tendría que trabajar por su cuenta y riesgo para unos clientes a los que no conocía y que nunca sabría si recibiría el precio de su trabajo hasta que tuviese el dinero en sus manos. Casi se puso a llorar. Maldijo su suerte y el momento en que aceptó la oferta de Agamenón. Así estuvo hasta las doce de la noche en que cayó agotado.

A la mañana siguiente decidió ir a ver al origen de todos sus problemas. Si lo había metido en el lio, tendría que sacarlo de él.

-Yo puedo buscarte una caldera de vapor, de segunda mano si la prefieres – trató de tranquilizarlo Agamenón ante tantos impedimentos – de venderte el hilo que precisas, de buscarte un dibujante que te diseñe un nuevo modelo de tejido y venderte las piezas que fabriques. Con respecto al local para instalar los telares mejor que hables con tu cuñado Jorge, que seguro te lo facilitará sin problemas. Pero para todo eso necesitas un dinero que por lo que sé, no tienes.

-Si lo tengo. La dote de mi esposa.

Agamenón sonrió disimuladamente, el viejo Don Camilo, como siempre, se había salido con la suya. Finalmente le había obligado a bajarse los pantalones y doblegar su orgullo. No sabía todavía ese muchacho la suerte que había tenido casándose con la ahijada del viejo zorro.

-Entonces no creo que tengamos ningún problema.

XXXXX

XXX

X

Don Camilo se hinchó de satisfacción cuando escucho las palabras de Agamenón. Estaba reunido en su despacho con este y Jorge. Solo faltaba Fernando, pero este había decidido, hacia un par de semanas, que había llegado el momento de descansar y ya estaba veraneando en su Masía de Barchell, acompañado por las tres damas y sus respectivas proles, pues durante esa época no quería saber nada que sonase a trabajo.

-Habrás que ayudarlo ahora que ya ha picado el anzuelo – decía Don Camilo dirigiéndose especialmente a Jorge – con la máxima discreción posible pues ese es capaz de pegarnos las espantada en cualquier momento. ¿Qué locales tenemos por ahí que le puedan servir?

-Tenemos uno en la calle Orberá, pero me temo que el techo es demasiado bajo. También una nave debajo del puente de Cristina y desde luego la antigua fabrica de los Boronat, desmantelada, pero de la que se puede aprovechar algo, como los despachos, sala de exposiciones...

-Demasiado café licor para una hora tan temprana – cortó Camilo – esa la reservaremos para cuando este todo ya encauzado y estabilizado. ¿Caben los cuatros telares en la nave de debajo del puente?

-Tal vez un poco justos, pero sí. Podemos reservar una parte para los telares que caben todos en batería y destinar el resto, que es la mayor parte, para almacén, instalar un urdidor y las maquinitas de “fers canons”. El techo allí es alto, le podemos hacer un altillo de madera e instalar allí las oficinas.

-Perfecto. ¡Jorge! Encárgate de todo eso personalmente, anticipa los pagos si es preciso y después ya sacaremos cuentas. – dirigiéndose a Agamenón - ¿Cuál crees que será la mejor muestra de las que sacaremos a la venta en septiembre?

-Sin duda el modelo orquídea.

-¡Dásela!

-¡Pero Don Camilo! – intervino el representante – De esa seguro que vendemos centenares de piezas y con sus cuatro telares no puede nunca dar abasto. Ni siquiera trabajando los tres turnos, los siete días de la semana.

-¡Tranquilo! No es mi intención darle la exclusiva. Tú vende el máximo que puedas. Le daremos prioridad en la fabricación, pero las que no pueda hacer él, las haremos nosotros.

Todos los presentes asintieron.

-¿Y la parte contable? ¿Se fiará si nos ofrecemos a ayudarlo desde aquí?

-Seguro que no – intervino de nuevo Camilo – pero tampoco puede llevarla él, ni contratar a un administrativo, por lo menos de momento. Convince a tu hermana para que se ofrezca ella a llevarle las cuentas, es lista y tiene más estudios que Emilio. No pondrá ningún inconveniente. Tu solo tienes que decirle lo que tiene que hacer y luego supervisarla.

-¡De acuerdo!

-¡Ah! y otra cosa. Si hay algún impagado importante nos hacemos cargo nosotros, excepto alguno pequeño de vez en cuando, que le meteremos para que sepa que existen y que todo no es Jauja. Por cierto ¿Cuándo llegarán los telares?

-En menos de una semana estarán aquí – respondió Agamenón.

-Para entonces ya tiene que estar todo preparado para instalarlos. Le dices a Emilio que contrate a cuatro tejedores de su confianza, una urdidora y un aprendiz para que vaya “Fent canons”.- El sabrá elegir a los mejores, aunque tenga que quitárselos a los del “Escaló” Yo hablaré con Luis para que cuando lleguen los telares, acuda con Manel el Catalá para ayudar a montarlos. ¡En fin! Creo que no hay nada mas de momento.

XXXXX

XXX

X

Emilio acudió de buena mañana a la Banca Vicens para registrar su firma y incorporar su nombre a la cuenta que en su día abrió Camilo.

-¿No querrá cancelar el préstamo – le dijo el director bromeando, pero que Emilio casi toma como una exigencia –

-Por desgracia no es así. Con el dinero que me prestó he comprado el pan, pero todavía falta el companaje y de momento tengo de sobra en donde emplearlo – para pasar a seguirle la broma – pero no sufra que el día menos pensado, vengo a darle un disgusto, y lo cancelo.

Después visitó la nave en donde unos obreros ya estaban trabajando en una caseta anexa en donde posteriormente se instalaría la caldera de vapor. Estaba maravillado del edificio que era casi nuevo y completamente diáfano en su interior. Colocarían primero la maquinaria y luego haría las tabicas para aislar cada sección si era necesario. De lo que estaba seguro es que era idóneo para el fin que se había propuesto y no podía esperar nada mejor.

Su ya mil veces restaurado telar, no había dado el último suspiro pero se encontraba en unas condiciones tan comatosas que no valía la pena repararlo otra vez. Lo dejaría inactivo en el lugar en donde ahora se encontraba, para que le sirviese de aliciente comparando lo que había sido y lo que podía llegar a ser. Decidió quedarse allí supervisando las obras, seguro de que su trabajo sería más productivo. Estaba ilusionado y deseoso de que todo se pusiera en marcha de una puñetera vez.

La tarde anterior recibió de nuevo la visita de Agamenón que le puso al corriente de cuantas novedades se habían producido. Le enseñó los dibujos de la nueva tapicería que tenía que fabricar, que no era otra que la ofrecida por Don Camilo, aunque él no lo sabía, y como era de esperar le encantó por la finura del diseño. El representante continuaba insistiendo explicándole los detalles técnicos, pero el ya no le escuchaba, solo con ver el dibujo ya sabía cómo fabricarla e imaginaba su resultado.

-Mis hombres ya la están vendiendo por esos mundos de dios. Y son pedidos que se tienen que servir a más tardar a principios del mes de noviembre. Te aconsejo que busques ya tejedores de tu confianza, pues la semana que viene o a más tardar la otra ya tienen que estar haciendo pasadas. Recuerda que necesitas cuatro, uno por cada dos telares y para que hagan turnos de doce horas.

-Ya los tengo elegidos y te puedo Asegurar que “son tots de fil d’a vint”

-Esperemos que así sea, pues hará falta.

Jorge visitó a su hermana. Estaba ya más gorda de lo que esperaba, pero en buenas condiciones físicas y estaba llevando la gestación demasiado bien para ser una primeriza. Tenía todavía cuatro meses por delante para poderla poner al corriente de sus futuras obligaciones en la empresa de su marido, luego cuando llegase el parto ya la sustituiría el mismo hasta que se recuperase.

Lo principal es que Emilio no pusiese inconvenientes y aceptase la intervención de su hermana en el negocio familiar, para que de forma encubierta aceptase la supervisión a que iba a estar sometido.

Emilio no vio ningún inconveniente a la propuesta de su esposa, más bien lo consideró un alivio, para llevar las cuentas de la futura empresa. Pues los números, aun no sabía el porqué, se le atragantaban. Le quitaba un gran peso de encima, pues se sentía incapaz de hacerlo por sí solo y sobre todo no quería poner la fortuna familiar en manos de un desconocido, que le pudiese dar gato por liebre.

Inés era lista y le había dado pruebas suficientes, en las escasas semanas que llevaban casados, de saber gestionar los escasos recursos que él le pudo ofrecer durante algunos periodos, después de estar mucho tiempo con el telar parado por averiad y emplear parte del beneficio obtenido en restaurar piezas y repararlo.

Le daría un voto de confianza, como ella se lo había dado a él cuando la embarco en esta aventura de inciertos resultado, y solo le quedaba esperar a que todo saliese bien.

Los primeros meses fueron muy duros. Todo eran pagos y acumular genero en el almacén, unas piezas que nunca sabría cuando saldrían. La cuenta de la dote iba menguando peligrosamente como el fregadero de una pila cuando se le quita el tapón y el agua se escapa sin piedad. Jornales, jornales y más jornales. Eso era sagrado toda la semana y él solo retiraba para los gastos de la casa las quince

pesetas que se había asignado. Pago de hilo, hilo y más hilo. Primera reparación de un telar al que él no quiso todavía meter mano y vuelta a empezar.

Por suerte las piezas salían como churros de los telares y eran enviadas al apresto, tras pasar por las repasadoras, para ser almacenadas en espera de salir facturadas.

En octubre empezaron a salir las primeras piezas de tapicería y en menos de un mes desaparecieron por completo. Después fue peor. Fabricar, fabricar y más fabricar. Parecía que alguien desconocido estuviese pendiente de ellas pues apenas volvía del apresto salían con rumbo desconocido.

Inés lo controlaba todo y tenía anotado en un libro, que siempre llevaba con ella.

-Nos deben once mil setecientos veintidós pesetas con cincuenta y tres céntimos. – decía un día.

Al día siguiente la cantidad había subido y al otro también. Pero no menguaba como lo hacía la cuenta de la dote, que ya estaba en unos niveles preocupantes.

-¿Cuándo comenzaremos a cobrar?

-Cuando venzan los pagares que nos han dado.

-¿Y si no tuviésemos el dinero de tu dote? ¿Qué hubiésemos hecho?

-Negociar los pagares.

-¿Qué es eso?

-Cedérselos al banco y él te adelanta el dinero.

-¿Por qué no lo hacemos? – mas que preguntar Emilio parecía implorar a su esposa que lo hiciese, pues de una puñetera vez quería ver entrar la primera peseta en su bolsillo.

-Porque eso cuesta dinero y mientras tengamos nosotros con que pagar no hace ninguna falta.

Por suerte en noviembre llegaron los primeros cobros y la felicidad fue completa.

Los jornales se pagaban como todas las semanas, así como las compras de hilo, pero la cuenta ya no menguaba e iba creciendo cada día un poco más. De todas formas todavía alcanzó un año en llegar a las cincuenta mil pesetas que tuvo en un principio. Entonces bloqueo la cuenta y abrió una nueva para trabajar con ella desde entonces. La otra como si no estuviese.

-Estamos igual que hace un año. Cierto es que hemos recuperado el dinero invertido. ¿Pero que hemos ganado después de una año de intenso trabajo y continuando ganando un salario de obrero?

-Más de lo que tú te imaginas – le respondió una sonriente Inés – tenemos piezas pendientes de facturar, hilo que consumir, cliente que nos deben pagar. Cuando a finales de año hagamos inventario sabrás lo que has ganado.

Desde entonces solo quiso que llegase el fin de año para hacer el célebre inventario, que le había prometido su esposa, y conocer cuánto había ganado.

Pero mientras ocurrieron muchas cosas. La más importante fue el nacimiento, en marzo de 1865 de Andrea, la hija de Inés pero que él, que no tuvo ni arte ni parte en su concepción, consideraba como propia.

Emilio se tenía ya como un hombre rico o por lo menos en proyecto de serlo, aunque no hubiese recuperado todavía el importe de su inversión. Por eso para celebrar tal acontecimiento echó la casa por la ventana como un Don Camilo cualquiera. Este, como es natural, quiso ser el protagonista y exigió ser el padrino de la criatura, junto con su abuela Ana.

Inés se empeñó sin embargo en que lo fuesen Jorge y Leonor, con el consiguiente disgusto del ex cura, que ya se veía luciéndose en público, por primera vez, del brazo de su adorada Ana.

-Has perdido una gran oportunidad de solventar el futuro de tu hija – le advirtió su madre.

-Mama. El futuro de mi hija lo tengo que solventar yo, y no el tío Camilo. – fue su escueta respuesta.

## CAPITULO VII

### EL DUO SE CONVIERTE EN TRIO

Emilia se despertó, estaba molesta y no sabía por qué. La noche había sido calurosa a pesar de estar en un lugar fresco. Las sabanas, todavía mojadas, demostraban que la noche había sido intensa. Tocó accidentalmente el trasero del hombre que tenía dormido a su lado y desde luego no era el de Agamenón. Trató de situarse y tres unos segundos de intensa confusión lo logró. Estaban pasando el fin de semana en la masía que Fernando tenía en Barchell. Esa noche, en una velada en que el alcohol corrió más de lo debido y en un juego de “prendas” en la que los tocamientos y besos estaban a la orden del día a ella le había tocado Jorge, o a Jorge le había tocado ella. Pues en definitiva tanto monta, monta tanto. No pudo evitar una sonrisa por el chiste fácil. Pues su pareja la había montado dos veces esa noche. No cabía la menor duda que su esposo estaría acostado con su hermana Lola y que Leonor disfrutaría de los placeres de Nando.

Esperaba con ansias la noche siguiente en la que dormiría, o por lo menos lo intentaría, con Fernando; Agamenón lo haría con Leonor y a Jorge le tocaría Lola. El último día, es decir la noche del domingo, cada mochuelo volvía a su nido, pero estaban tan agotados que generalmente no hacían nada y se conformaban con conciliar un sueño reparador. Después ya tendría toda la semana para componer las relaciones familiares y hasta compartir las experiencias vividas.

Llevaban ya dos meses repitiendo semanalmente esta extraña relación que en toda su vida hubiese Emilia imaginado y debía reconocer que le estaba resultando satisfactoria. Todo comenzó el día veintitrés de marzo cuando inició su relación con Nando. Ese día Agamenón se presentó en su casa a las seis de la tarde, después de su supuesto viaje a Alicante y que se había convertido con un encuentro sexual con su cuñada. Como había supuesto su esposa lo recibió con unos morros que le llegaban hasta el suelo. Y con razón. Se le notaba más que cansado agotado y solo tenía ganas de cenar y acostarse. Posiblemente su hermana le había extraído hasta el tuétano de sus huesos, pero no era esa la forma adecuada de presentarse ante su mujer después de dos días de ausencia. Pronto se dio cuenta que en realidad le estaba haciendo un favor pues estaba claro que su esposo se sentía sin fuerzas para complacerla. Decidió pues cambiar de táctica. La sonrisa volvió a su rostro. Le preguntó mil cosas sobre lo que había hecho en Alicante, aunque menos mal que no le hizo mucho caso, pues estuvieron repletas de contradicciones y es que como el refrán dice: “El mentiroso tiene que tener mucha memoria”.

Le sirvió una excelente cena que la tomó sin apetito y cuando se acostaron, después de preparar convenientemente a Lucia para que no los molestara esa noche en la que estaba dispuesta a poner sus cartas encima de la mesa y conseguir que Agamenón confesase su delito aunque no sabía si ella se atrevería a secundarlo.

Tenía que reconocer que su esposo lo intentó pero su miembro no le respondió adecuadamente. Su media erección fue insuficiente para penetrarla y él, desconsolado, se dejó caer desolado sobre la cama. Intento el hombre estimular su pene con su mano sin conseguirlo. Emilia, aunque no quería, pues ese era el fracaso de su esposo que deseaba, intento ayudarlo de la misma forma pero sin conseguirlo. Era la primera vez que su esposo precisaba de esa ayuda.

Practica no le faltaba pues esa misma mañana tuvo la necesidad de estimular a Fernando que se encontraba en la misma situación. Mas que pedirselo casi la había obligado alegando que no hacía muchas horas él había hecho lo mismo por ella y justo era que le correspondiera.

Efectivamente. Recordó cuando él por la noche había metido la cabeza debajo de la sabana que los cubría, para lamer su vientre, sus muslos y centrarse finalmente en el apéndice más sensible de su sexo. Conoció el cielo por primera vez y por ello no podía dejar de estarle agradecida. Pero de ahí a los otros...



-No seas tonta, no pienses en eso. Al fin y al cabo es como si estuvieses lamiendo un dedo- le dijo mientras cogía suavemente su cabeza y la conducía con sumo cuidado al sitio indicado.

Ella se dejó llevar e incluso pudo superar la sensación desagradable que la embargaba y que no compensaba el beneficio obtenido con anterioridad Aunque tenía claro que cuando recibías placer, tarde o temprano tenías que devolverlo y esa hora había llegado. Habían bastado dos lametazos para que aquello reaccionara y cuando finalmente lo introdujo en su boca alcanzó su máximo esplendor. El placer que experimentaba el hombre la animó a continuar. Ahora ya no le desagradaba e incluso comenzaba a gustarle pero el temor de que se vaciase en boca la hizo desistir.

Ahora, ya con su marido, hizo lo mismo y con idéntico resultado. No continuó en el empeño más de lo necesario y apenas lo juzgó suficientes se montó a horcajadas sobre su pelvis y cuando lo sintió dentro de ella, inició un ligero vaivén que obligó a Agamenón a gemir de placer.

Todavía no lo había perdonado y lo que estaban haciendo más que un placer para ella debía ser un castigo para él. No podía permitir que estuviese disfrutando, así es, que imaginó una supuesta llamada de auxilio de su hija que solo su subconsciente escuchó, expulsó al pájaro de su nido y marchó rauda a atenderla. La niña estaba dormida, pero el infiel se había quedado con la miel en los labios.

Agamenón a pesar de todo lo ocurrido, estaba asombrado de la actitud de su esposa y otras muchas cosas más que todavía no había llegado a comprender.

El aroma de su cama era idéntico al que había disfrutado esa noche en la de Lola. Incluso ese extraño olor que no supo identificar y que atribuyó a restos de la presencia de Nando en su cama. ¿Pero aquí? Era como si todavía estuviese con ella.

Por otra parte la actitud de Emilia había cambiado en cuestión de segundos. Y pasó de los morros que ya esperaba a los de ser la perfecta y complaciente esposa que siempre había deseado. Claro está, salvo en el último instante en que lo dejó a medias, pero ello lo atribuyó a la inoportuna hija.

Pero lo que más le sorprendía eran las técnicas amatorias empleadas; pues nunca, en el año que llevaban casados, había puesto las manos en sus partes nobles y mucho menos la boca. Estaba alucinado.

¿Cómo las había aprendido? Probablemente de su hermana que también se lo había hecho a él en ocasiones ¡Y llegando hasta el final! Pero de todas formas no dejaba de resultar insólito en Emilia.

De todas formas en el amor, una cosa era la teoría y otra la práctica y desde luego su esposa se había mostrado como una experta en todos los aspectos y desde luego no le había parecido que era la primera vez que lo hacía.

Pero lo que más le sorprendió, si ello era posible, fue cuando esa noche, después de calmar a su hija y cuando el “coitus interruptus” anterior ya había pasado a la historia. Le soltó:

-¿Cómo te ha ido el polvo que le has pegado a mi hermana esta noche?

Se quedó sin palabras, ya que no esperaba una reacción semejante y mucho menos después de estar aparentemente solucionado el problema que hasta solo hacía unos momentos le embargaba.

Su mente trabajaba a toda velocidad tratando de encontrar una respuesta a esa pregunta sin cargarla más todavía. Optó por lo fácil. Negarlo todo.

-No comprendo lo que dices. He estado en Alicante, como sabes, y no he visto a Lola.- intentó mantener el tipo y no enmendarlo.

-No me vengas ahora con bobadas, que tú seas tonto no quiere decir que yo también lo sea.

-¿Te lo ha dicho tu hermana? – reconoció finalmente.

-A mi hermana no la he visto todavía y no la veré a menos que se para sacarle los ojos. ¡La muy arpía!

-Cariño. Todo ha sido un mal entendido y te juro que no se repetirá.

-Me extraña porque ya lo habéis hecho por lo menos tres veces. Y eso deja de ser un desliz para convertirse en vicio.

Agamenón no salía de su asombro y desde luego no sabía salir de la situación en que se encontraba. Ignoraba lo que sabía Emilia y lo más importante ¿Quién le facilitaba toda esa información?

-¿Cómo sabes todo eso?

Emilia consideró que había llegado el momento de poner las cartas encima de la mesa y avanzar en un plan, que consideraba propio, y no permitir que Nando se lo pisara.

-Por Fernando – le respondió sonriente- que anteayer estuvo aquí.

-¡No estaba en Valencia!

-No seas primo. Esa fue la excusa para engañaros. En realidad fue un plan premeditado para cogeros a ambos in fraganti y terminar con todo.

-¿Qué quieres decir? – se interesó un Fernando que no salía de su asombro por todo lo que le estaba contando Emilia.

-Se presentó aquí durante la noche de ayer, cuando la niña ya estaba durmiendo. Me dijo que pensaba ir esa noche a su casa, pegarte dos tiros a ti y estrangular a mi hermana. Pues estaba convencido que os encontraría haciendo el amor.

-¡Maldita sea! ¿Cómo pueden pasarme a mí esas cosas? ¿Y porque no lo hizo?- Razonó mientras los pelos de sus brazos se le ponían como escarpas-

Emilia se puso a llorar, abrazándose a su esposo, y como si le pidiese disculpas por lo que iba a contarle.

-Le rogué que no lo hiciese. Al fin y al cabo erais tú y mi hermana. Finalmente, después de muchas suplicas, logre detenerlo a cambio de plagarle a sus deseos.

-¿Qué fueron...?

-Yacer con él toda la noche. Yo no quería pero...

-¡El muy cabròn...! Te juro que me las pagara...

-No seas cínico, que tú has hecho lo mismo y por lo menos en tres ocasiones. Lo que tienes que hacer es dejar las cosas como están. La mierda cuando menos la remuevas, menos huele.

-Entonces dejaré de ver a Lola, para que Nando te deje tranquila.

-Hay un problema...

-¿Cuál es?

-Que a mí esto me ha gustado y pienso repetir.

-¡Maldición! Eso no es posible – le respondió Agamenón rojo de ira-

-¿Y para ti sí?

-Te he dicho que lo dejaré.

-Solo palabras. Conozco a Lola como si la hubiese parido. Ella nunca suelta su presa. Continuará insistiendo y no podrás resistirte.

-¡Resistiré...!

Como suponía Emilia todo fueron palabras y a la menor oportunidad que tuvo volvió a las andadas. Ella estaba dispuesta a ceder en sus deseos aunque solo fuese por su hija. Pero si Agamenón volvía a engañarla...

Un día Lola citó a Agamenón en su casa. Este temió una celada de Fernando y dudó en acudir. Pero el deseo era mayor que la prudencia.

Hizo el amor con su cuñada, sin prisas y alentado por ella. Las criadas no estaban de servicio ese día y supuestamente se encontraban solos en la casa.

-Quiero enseñarte una cosa – le dijo Lola al final de un relajado acto sexual.

Lola se levantó de la cama, desnuda como estaba, y el hombre no dudó en seguirla. Solo precisaba recuperarse un poco y abordar de nuevo ese precioso cuerpo que pasaba por delante, aunque fuese encima del frío mármol del suelo del salón. Se encaminaron a la habitación de invitados. Agamenón, mientras, especulaba sobre la sorpresa que Lola le tuviese preparado. Entraron en la sala a oscuras, pero cuando la mujer descorrió los pesados cortinones y la luz entró por la ventana a raudales, el

hombre descubrió, en la cama y completamente desnudos, a su esposa y Fernando.

Emilia estaba preciosa, con la cara sonrosada que se le ponía cada vez que terminaba de hacer el amor. Estaba seria porque temía la reacción de su marido, pero contenta, satisfecha y desde luego nada arrepentida por lo que acababa de hacer.

Agamenón estaba iracundo. Dispuesto a acercarse a su esposa y abofetearla, pero eso hubiese significado el final de su matrimonio. No podía hacerlo... la quería demasiado, pero a la vez deseaba a su cuñada. Tan iguales pero tan distintas. Nando intervino para cortar la tensa situación.

-Hablemos como personas civilizadas... o nos liamos a tortas.

Hubo unos momentos de tensa espera, hasta que Agamenón pronunció la palabra que todos estaban esperando.

-Hablemos

XXXXX

XXX

X

A partir de aquí todo fue más fácil, pero como las sorpresas nunca llegan solas, al sábado siguiente quedaron los cuatro para cenar en Le Parisiën, para terminar de coser lo que solo estaba embastado e inaugurar, ya oficialmente, el intercambio de parejas.

La sorpresa fue que acudieron también Jorge y Leonor, y los nuevos integrantes de la pandilla no sabían lo que pintaban esos dos en este asunto aunque conocían la estrecha amistad que les unía a los que ese día actuaban como anfitriones.

La primera en darse cuenta, antes de que se lo dijese, fue Emilia. Nunca había dado importancia a la familiaridad que existía entre su hermana y Jorge. Y más teniendo en cuenta el odio, por no decir otra cosa, que Lola le tenía al muchacho, después de rechazarla en la Masía de sus padres y preferir a la criada que no era otra que Leonor su actual esposa.

Ahora se daba cuenta que ese odio estaba olvidado y en sus gestos y miradas había algo más que amistad. Por ese motivo cuando les explicaron la relación que ya existía entre los cuatro no le extrañó. Si, cuando les propusieron unirse al grupo como tercera pareja. Esto sin embargo cambiaba las reglas de juego que tanto había discutido y consensuado desde la semana anterior.

Agamenón se mostró encantado cuando llegó a comprender que Leonor también entraba en el juego y podía disponer de ella, como de Lola y por supuesto de su propia esposa. Desde entonces ya no le quito la vista de encima en toda la noche ante la indiferencia de los restantes miembros exceptuando quizás a Emilia. Leonor era una belleza clásica alcoyana y no tenía nada que ver con las dos hermanas. Era morena, bien proporcionada y algo rellenita, sin que por ello pudiese decirse que estaba gorda. En definitiva una delicia de mujer. Un tipo de cuerpo que hacía tiempo no había tenido entre sus brazos.

Ella no lo tenía tan claro. Para Emilia, Jorge era un desconocido por completo y de momento no podía hacerse a la idea de acostarse con él. De todas formas era un tipo agradable, franco en la sonrisa y simpático. Siempre la había tratado con cortesía y respeto en el escaso contacto que habían mantenido. En lo físico no podía negar que era guapo y tenía un cuerpo fibroso y musculado, como bien había podido observar durante su estancia en la masía.

En principio todos estaban de acuerdo y no iba a ser ella la excepción. Hasta Lola y Fernando tuvieron la gentileza de que solo ellos intercambiaran las parejas para conocerse mejor. Mientras que para ellos solo sería un día normal. Emilia boto un escalofrío en su cuerpo, pues no esperaba conocer a otro hombre tan pronto, ni creía estaba todavía preparada para ello.

XXXXX  
XXX  
X

Desde ese día los encuentros de los seis en la masía de Fernando los fines de semana fue una constante. Con la actividad sexual satisfecha y con la nueva experiencia que Emilia juzgo más placentera que la que hasta entonces había disfrutando con Agamenón, estas fueron espaciándose en el tiempo y pasaron de una actividad diaria a prácticamente semanal.

A su esposo, bien servido los fines de semana, no pareció importarle y la noche de los miércoles fue la elegida para continuar manteniendo vivo el fuego conyugal.

Las comparaciones son odiosas pero Emilia no dejó de planteárselas. Por otra parte era inevitable que así lo hiciese. La relación con su esposo apenas duraba cinco minutos, no había preparación previa y en algunos casos le resultaba hasta dolorosa. Se parecía más a una violación que a un acto de amor.

Nada que ver como cuando lo hacía con Fernando, no tanto con Jorge que parecía un poco más inexperto pero también resultaban confortables, que el acto duraba casi toda la noche, con los tiempos perfectamente calculados y los orgasmos continuos. Era tal la querencia que le tenía a su cuñado que hasta las escasas veces que hacía el amor con su esposo, soñaba, con los ojos cerrados, que el que tenía encima era Fernando... pero ni por asomo. No comprendía a la tonta de su hermana que teniendo el maná en casa lo compartiese pudiendo tenerlo en exclusiva. Aunque tal, pensaba, esa semilibertad que le concedía le permitiera conservarlo. Nunca sabes cuándo lo aciertas.

Una tarde, cuando apenas había transcurrido unos minutos desde que Agamenón había salido de casa, llamaron a la puerta. “Agamenón que se ha olvidado de algo. Posiblemente las llaves.” Pensó Emilia mientras se dirigía para abrir la puerta. Su sorpresa fue cuando se encontró en el rellano, con la cara sonriente, a Fernando.

Ella no pensaba salir esa tarde de casa e iba informalmente vestida. Una simple bata cubría su desnudez y los cabellos los tendría revueltos, por lo que rápidamente hecho mano a ellos y trato de colocar en su sitio algunos rizos rebeldes. Debía de estar horrible con esa pinta que imaginaba tenía y además envuelta en esa bata que se tornaba casi transparente cuando la luz le daba por detrás. Ya no le importaba que su esposo la viese con esas trazas, pero Rafael... Se aparto inmediatamente del umbral de la puerta para evitar el trasluz que mostraba sus encantos y que por la cara de su cuñado se veía estaba disfrutando.

De momento reyó que a su hermana podía haberle pasado algo, pero desde luego la cara de Fernando no parecía reflejar ningún problema.

-¿No me invitas a pasar? – inquirió vista la indecisión que se manifestaba en el rostro de la mujer que todavía no sabía cómo reaccionar.

-¡Claro! Pasa... no esperaba a nadie y me has cogido por sorpresa. – lo que con toda seguridad era evidente-

-Perdona. He visto a Agamenón por la calle del mercado, rumbo a su partida de los jueves en el Círculo de Empresarios, y como no tengo nada mejor que hacer, me he dicho “Voy a ver a la preciosidad de Lucia sin tener que discutir con su padre de engorrosos negocios”

Rafael, mientras tanto, se había sentado en una cómoda butaca del salón, después de servirse en una copa una generosa ración de coñac. Emilia sospechaba que las verdaderas intenciones de su cuñado no eran esas, pero decidió seguirle el juego y desde luego no sería ella quien diese el primer paso.

-Lucia no está – le respondió como pidiéndole disculpas por su ausencia - ¡Cuánto lo siento! Hoy está en casa de mi madre...

-¡Ah! ¡Claro! Y la chacha tampoco esta porque hoy es jueves y hay suelta de “churras”

Emilia se había espabilado. La niña estaba ahora más tiempo despierta que dormida y no podía estar pendiente de ella todo el día. En su nuevo estatus había decidido equipararse a sus dos nuevas compañeras de fatiga, su hermana y Leonor, contratando a una muchacha interna, para que la ayudase con la niña y las tareas de la casa. Ya no le importaba tener un volcán en casa y que Agamenón

pudiese desfogarse con ella. Por lo menos le serviría para que la dejase tranquila. El amor con su esposo ya no le interesaba. Este incluso se sorprendió que de las cuatro que se presentaron eligiese a la más joven y hermosa.

-Como sabes...

-He sido cocinero antes que fraile. En mis años mozos deseaba como agua de mayo la llegada de los jueves. ¡Qué tiempos aquellos!

Emilia recordaba que en juventud, y no hacía mucho tiempo de aquello, su madre le prohibía los jueves por la tarde para evitar que fuese al paseo y se mezclase con la multitud de chicas de servicio que libraban esa tarde. La mayoría paseaban con sus respectivos novios, pero las otras eran un reclamo para los jóvenes alcoyanos que acudían a la plaza de San Agustín y calle del mercado en busca de carnaza.

Fernando divagaba pero no parecía querer dar el primer paso aunque sus intenciones para Emilia estaban claras. Trató de allanarle el camino para que se definiera, aunque no estaba segura de estar haciendo lo correcto..

-No creo que tu presencia aquí no sea la adecuada.

Emilia rápidamente se arrepintió de sus palabras, en realidad lo que deseaba era hacer el amor con Fernando y solo por tenerlo cerca notaba como sus partes íntimas se humedecían.

-Tienes razón – trató de disculparse el hombre – El hecho de que nuestros cuerpos no tengan secretos para ambos, no justifica esta intromisión. Una cosa es la masía, en la que todos estamos de acuerdo y otra cosa esto.

Se levantó lentamente, dejó su copa medio vacía sobre la mesa y se acercó a la mujer para despedirse.

Emilia le ofreció, como siempre que se veían, su mejilla, pero él buscó desesperadamente su boca mientras la abrazaba apasionadamente. La lengua del hombre se introdujo en su cavidad bucal buscando la suya y dispuesta a mantener un agradable duelo. Un extraño sabor, mezcla de tabaco y alcohol invadió sus papilas, pero no le resultó desagradable. Las piernas comenzaron a flaquearle y se dejó caer en sus brazos segura de que él la sostendría. Ahora era ella la que no quería que se marchase. Embelesada notó como los fuertes brazos de él la alzaban como una pluma y la llevaban en volandas hacia su cama. Cuando notó su miembro dentro de ella, se abandonó.

No podían explayarse de ninguna de las maneras. Agamenón y la doncella podían presentarse en cualquier momento y sorprenderlos, pues ambos tenían un juego de llaves a su disposición. La muchacha no llegaría casi seguro hasta las nueve y media de la noche que era su hora tope, pero su esposo se podía presentar en cualquier momento, aunque no solía hacerlo antes de las ocho. Hicieron lo justo, sin protocolo y a ambos les quedó un agradable sabor de boca.

Justo a tiempo. Media hora después de desaparecer su amante llegó su madre con la niña. Se la traía antes de hora pues había estado toda la tarde potrosa y porque a la ocho tenía una misa de octava por el fallecimiento del esposo de una amiga. No supo responderle de que amiga se trataba y todo fue una evasiva. Lo más seguro es que no hubiese misa por en medio y que la premura en devolver a la niña fuese que efectivamente estuviese potrosa, que no lo parecía, o que tuviese un encuentro, de los que todos hablaban, con el tío Camilo que era lo más probable.

Dio de cenar a la niña, jugó un rato con ella y después le dio un buen baño. Comenzaba a dar los primeros pasos y era un encanto de muñeca. La acostó quedando dormida inmediatamente. La próxima en llegar, las nueve y media en punto, fue la doncella. Llegó contenta y con las mejillas sonrosadas. Muestra de que se había pegado un buen lote con su novio en la entrada. Se cambió de ropa y sin que nadie le dijese nada se puso a calentar la cena que previamente había cocinado durante la mañana. Sabía que a la diez tenía que servirla, estuviese o no el señor, que probablemente llegaría ya cenado. Lo hicieron ambas en la mesa de la cocina a la que recurrían siempre que el señor estuviese de viaje o llegase tarde. Finalmente a las once se acostaron.

Agamenón llegó pasadas las doce. Llego arrastrándose y borracho. Eso solía ocurrir los días que tenía partida, tanto si ganaba como si perdía. Entonó una cancioncilla por lo bajo. Eso por lo menos quería decir que había ganado. Apeataba a alcohol y cuando finalmente se acostó a su lado percibió el tufo de un perfume barato. ¡Además había estado con putas;

Probablemente no se había acostado con ninguna y eso lo pudo comprobar inmediatamente Emilia, cuando su esposo se lanzó sobre ella tratando de penetrarla. Su miembro estaba duro como nunca había estado y sus ansias de mujer eran palpables.

Pero ella no tenía ganas. Aparte de que no tocaba. Pero todo eso lo hubiese pasado por alto y Agamenón hubiese llegado en las debidas condiciones. Pero todavía tenía el regusto agradable de todo lo que había pasado esa tarde y no quería perderlo. Era como beber un jarabe amargo después de tomar un delicioso café. Su esposo insistía en su empeño y finalmente de un empujón lo echó de la cama. Normalmente no hubiese podido hacerlo, pero en las condiciones en que se encontraba era como un pelele.

El hombre salió de la habitación cabizbajo. Emilia supuso que se acostaría en el diván del salón y allí pasaría la noche durmiendo la mona. La casa estaba en silencio y por suerte Lucia no se había despertado. Antes de dormirse escuchó algunos ruidos en la casa pero no quiso hacer caso. Finalmente cayó rendida.

Cuando se levantó al día siguiente, Agamenón ya no se encontraba en la casa. Sin embargo la cara de la chica de servicio era todo un poema. No se atrevía a mirarla directamente a sus ojos, cosa que nunca había hecho, y estaba recelosa, como a la espera de algún acontecimiento que con toda seguridad no le sería favorable.

-¿Hay algo que yo tenga que saber y no me hayas contado?

-No señora. – continuaba sin mirarla directamente a los ojos

Emilia comprendió que esa noche había pasado algo en la habitación de la muchacha y que su marido tenía que ver mucho en ello. Posiblemente el arrepentimiento que ahora sentía había llegado tarde, estimaba a la muchacha, pero no olvidaba que en su día la contrató para que hiciese de reclamo y la sacase de situaciones embarazosas como la que había pasado esa noche. Aunque en realidad esperaba que eso nunca ocurriese.

-¡Mírame a los ojos! Y escucha bien lo que voy a decirte. No sé lo que ha ocurrido esta noche, pero para tu tranquilidad te diré: No tienes porque tirártelo sino no lo deseas. Ni él te va despedir si no lo haces, ni yo por hacerlo.

La muchacha comenzó a llorar y viendo que su principal problema, que no era otro que el fantasma del despido, se había alejado, decidió explayarse ante su señora.

-Le juro señora que no ha pasado nada. Ciertamente es que el señor entro anoche en mi habitación, completamente desnudo, tratando de embestirme. Le rogué que no lo hiciese y se detuvo. No empleó la fuerza en ningún momento, pero como continuaba insistiendo y me daba lástima finalmente lo alivie con la mano. Suelo practicarle con mi Juan, cuando se pone pesado, y siempre me ha dado resultado. No quiero quedarme embarazada pues eso significaría la pérdida del empleo y mi familia precisa de ese dinero. Le juro señora que no ha habido otra cosa.

-Te creo muchacha y estate tranquila que no volverá a ocurrir.

XXXXX

XXX

X

Aparte este episodio, que no volvió a repetirse, la vida de Emilia trascurría felizmente. Los encuentros de los fines de semana en la masía con Jorge y Fernando, consentidos por su esposo pues él también recibía su parte; las emboscadas de los miércoles con su marido, más que por satisfacción personal, para que dejase tranquila a la muchacha y sobre todo el fin de fiesta de los jueves, a los que Fernando se había entregado con ardor. Llenaban plenamente su vida sexual.

Pero la dicha no es completa nunca y uno de los jueves su esposo estuvo a punto de sorprenderlos. Ocurrió que la repentina muerte de la madre de unos de los participantes en la partida y la solidaridad del resto hizo que esta se suspendiera. Agamenón huía de los curas y las iglesias como si fuesen la peste, por lo que optó por no acompañar a sus amigos de juegos en tan tristes momentos. Optó por regresar pronto a casa y no seguir la juerga por su cuenta y riesgo, para evitar situación como la ocurrida unas semanas antes y en la que estuvo a punto de tirarse a la criada. Eso le costó tener un disgusto con Emilia y ahora tenía la ocasión de compensarla dándole una alegría al regresar pronto a casa. También intentaría arreglar la pifia del día anterior, en el que por extrañas circunstancias la relación semanal con su esposa no había resultado lo placentera que él esperaba.

La puerta de la casa al cerrarse y los gritos del marido reclamando la presencia de su esposa, alertaron a los amantes que, ya en la cama, estaban concluyendo la fase de calentamiento. Rafael, experto en estas lides, reaccionó inmediatamente, recogió su ropa, que tenía perfectamente preparada para una emergencia como esta y se introdujo debajo de la cama en un santiamén, mientras que Emilia, asustada, no sabía qué hacer. Aun le dio tiempo de repescar los olvidados zapatos olvidados, al mismo tiempo que Agamenón entraba en la sala, como último reducto para encontrar a su esposa.

-¿Qué haces acostada? – le preguntó extrañado.

-Estaba sola y aburrida y me he permitido una pequeña siesta, pero parece ser que me he quedado transpuesta pues no te he oído ni llegar.

-Si estas acostada mejor. No hay mal que por bien no venga.

Mientras se desnudaba pausadamente y lanzaba a voleo las prendas que se quitaba, le explicó brevemente lo que había ocurrido a la madre de su amigo que era el motivo de su regreso temprano a casa.

Emilia no tenía ni puñeteras ganas de hacer dos días seguidos el amor con su esposo y menos teniendo a su amante debajo de la cama. Pero negarse significaba iniciar una disputa y está, en estos momentos, y por motivos obvios no le interesaba. Tenía que centrarse en entretener a su marido para de alguna manera facilitar la huida de su amante.

Mientras realizaba estas cábalas, Agamenón ya se había metido en la cama. Como era su costumbre últimamente fue directamente al grano. Tendría que preguntarle a su hermana si con las otras actuaba igual o era solo con ella. Ni siquiera se sorprendió de la vagina tan acogedora que se había encontrado y mucho menos intuyó que podía estar previamente preparada. Solo pensó en disfrutarla. El acto en esas circunstancias duró más tiempo de lo previsto. Los resoplos y bufidos del hombre no tardaron en aparecer al tener que emplear más energía de la prevista, acompañados por los gemidos y jadeos de la dama. Que una no era de piedra y aparte estar previamente aleccionada, el hecho de tener un pene dentro, era tener un pene dentro.

Cuando todo terminó el hombre cayó derrumbado sobre la cama, los ronquidos del hombre exhausto anunciaron que era el momento de salir de allí.

Una lección es siempre un lección y un aviso un aviso. La partida de cartas no era una seguridad de que Agamenón no se presentara en la casa en el peor momento. Así es que optaron por cambiar el día de su encuentro y procurar que Agamenón estuviese ese bien lejos de Alcoy. A ser posible, lo más cerca, Alicante. Jorge se encargó, por orden de Fernando y sin preguntar el motivo, que Agamenón se alejara de Alcoy todos los miércoles posibles con destino a Alicante para realizar no se sabía que importantes gestiones. Éste ni se extrañó, ni se molestó, ni en ningún momento puso impedimentos. Sabido era que en la capital estaban las mejores putas de la provincia y eso siempre era un



aliciente. De todas formas Nando, precavido, no dejaba de acercarse ese día al Hostal de la Viuda a la hora de la salida de la diligencia para comprobar que su representante iba montado en ella.

En alguna ocasión Agamenón descubría la presencia de Fernando en los alrededores, nada sospechoso pues su casa apenas se encontraba a cincuenta metros de distancia, y se acercaba a saludarlo. Éste siempre le respondía con misma frase.

-Qué suerte que tienes ¡Cabròn! ¡Esta noche de putas en Alicante!

Tan feliz vivía Emilia que ni siquiera cayó en la cuenta que cierta cosa que suele visitar a las mujeres todos los meses, a ella no la había visitado en las últimas semanas. “¿Dos... tres meses habían pasado? Se cuenta cuando un día vio, en un lugar discreto del lavadero, en remojo unos trapos manchados de rojo que por lo menos demostraban fehacientemente que la doncella no estaba embarazada

¿Pero y ella...? Se puso nerviosa. Dejó lo que estaba haciendo y aunque no tenía previsto salir esa mañana, marchó a acicalarse, para visitar a su hermana. Lo Primero que hizo fue ducharse con agua templada. Contempló su cuerpo en el espejo y pudo comprobar que su vientre ya no era absolutamente plano como había llegado a ser incluso después del embarazo de Lucia. Sus pechos habían ganado en volumen y estaban tan tersos que incluso le dolían un poco los pezones cuando se los estaba enjabonando. Le gustaba su cuerpo. Era la viva imagen del de su hermana Lola, aunque era un poco más alta y corpulenta que ella. Esas pequeñas diferencia era lo que probablemente volvía loco a Rafael, pues por otra parte no veía otro motivo.

Se vistió con sus mejores galas, disimuló su revuelto pelo con un moño que luego ocultó bajo un llamativo sombrero, al que tal vez le sobaban algunas plumas. Finalmente se perfumó con unas gotas de una esencia francesa que le había regalado no hacía mucho Agamenón y que distribuyó por lugares estratégicos de cuerpo y con la seguridad de que durarían todo el día.

No iba desde luego a visitar ningún hombre, ni siquiera a su madre. Como ya había decidido hablaría en primer lugar con su hermana mayor Lola, A la que contaría todas sus penas y que con seguridad le daría una solución.

Desde que salió de casa, como siempre, atrajo la atención de los viandantes, mientras los niños seguían su rastro, haciendo el payaso, olisqueando su perfume embriagador. Marchó por la calle del mercado, sin prisas, como lo suele hacer una señora, pero sin entretenerse en los escaparates ni en los puestos de verduras de temporada, que sobre mantas en suelo, ofrecían los agricultores llamando la atención de los viandantes.

Solo los eflujos de la pastelería recién hecha que emanaban por un ventanuco que aireaba los sótanos de la confitería “El buen yantar” hicieron que se detuviera durante unos instantes, para seguidamente seguir su camino. Solo le faltaba que en este probable embarazo le diese por tener antojos de comer dulces y la engordarse más de lo debido.

Cuando entró en el zaguán de la casa de su hermana, deseó fervientemente que su cuñado no estuviese en la casa. Si era por oportunidades, tenía claro que Fernando era el que tenía más posibilidades de ser el padre de su próximo hijo. Y si le hablaba a su hermana de su embarazo, delante de él, probablemente se sintiera aludido. Por ese motivo cuando se encontró delante de su hermana, sin ningún indicio de que su cuñado pudiese estar en los alrededores se sintió aliviada. Lola se extrañó de la presencia de su hermana, pues era dada a salir de casa poco y mucho menos frecuentar su casa, por lo que dedujo que algún asunto importante había ocurrido.

Una vez sentadas en cómodos balancines en el mirador del salón de su casa que daba a la plaza de San Agustín y mientras removía el azúcar de la taza de café que tenía delante, notó que su hermana, en el tiempo que llevaba allí, no le había quitado la vista de encima y ardía en deseos de que abriese la boca. Finalmente no pudo más y ante su silencio y el hecho que Emilia tratase de morder un trozo de bizcocho de lengüeta, con lo que retrasaría aun más la conversación, la espetó.

-Quieres decirme de una puñetera vez que coño te pasa. Me tienes en ascuas desde que has en-

trado y eres incapaz de abrir la boca sino es para comer.

-Creo que estoy embarazada.

-Qué puñetas quiere decir “creo”. ¡O lo estas o no lo estas!

-Bueno. Lo estoy... Hace dos o tres meses que no me baja eso.

-¡La madre que te pario! ¿Ni siquiera sabes de cuanto estas? ¿Cuándo fue la última vez?

Emilia lo pensó durante algunos instantes, pero parecía no llegar a ninguna conclusión.

-¡No sé! En fiestas seguro porque recuerdo me bajo el día de las entradas. Pero en mayo... ya no me acuerdo.

-Bueno. De todas maneras no sé porque te preocupas. Al fin y al cabo estas casada y lo lógico es tener hijos. Solo es el segundo... si fuese el quinto si sería cuestión de preocuparse. De todas formas es conveniente que visitemos a Alberto, él nos sacará de toda duda. ¿Cuál es el problema?

-Que posiblemente Agamenón no sea el padre.

-No me digas que cuando te acuestas con otros hombres no tomas las debidas precauciones.

-¿Qué precauciones?

-A veces pareces tonta. Bien de todas formas no te preocupes. El niño cuando salga de ahí no lo dirá porque entre otras cosas no lo sabe. De todas formas para todos los efectos, y esto lo tienes que tener siempre presente, Agamenón es su padre. ¡Te has enterado!

-Claro...

Al día siguiente fueron a visitar a su hermano Alberto, el médico de cabecera de toda la familia, que les confirmó que su hermana Emilia estaba embarazada de catorce semanas.

## Capítulo VIII

### Los reyes magos

De las tres fiestas que se celebran en apenas quince días: Navidad, Fin de año y los Reyes magos, la que más le gustaba y disfrutaba era esta última. No por los regalos que pudieses hacerle, sino por lo que él hacía.

El solemne día de navidad, era el preferido y el que solía rodearse de todos los que consideraba su familia, les invitaba a una apetitoso comida, que nadie quería perderse. El salón de su casa era claramente insuficiente para albergarlos a todos y ese día Camilo cerraba Le Parisiën para tenerlo en su exclusiva disposición.

Su dueño sabía lo que se hacía, en día tan señalado los alcoyanos solían comer en sus casas y la escasa concurrencia no compensaba ni abrir las puertas. Por ese motivo cuando Don Camilo le propuso hacer la comida familiar allí, fue como si el maná hubiese llamado a su puerta. De esta forma tan sencilla, hasta el servicio disfrutaba de la celebración de dicho día.

Pasado este, el mismo día veintiséis, se ponía a preparar el último acontecimiento de la trilogía, ya que para fin de año daba vía libre y cada uno campaba a sus anchas. Para ello el patriarca, que era como comenzaban algunos a llamarlo de broma, se encerraba en su despacho, con orden de nadie lo molestase, se olvidaba de cualquier otra obligación que no fuese la que tenía entre manos y confeccionaba una lista de todos los que se beneficiarían de un regalo en la festividad de Reyes.

Comenzaba primero con hermana Amalia. La primera mujer que había amado. Un amor platónico, desde luego, pero incluso con ella había intentado mantener relaciones sexuales sin conseguirlo plenamente. La amaba desde que en su pubertad la vio masturbarse, recostada sobre la pared mientras el sol de la mañana iluminaba su bello rostro. La veía a través del ventanuco, que casi a la altura del techo comunicaba su habitación con la de ella para airearla, pues era la suya una habitación interior y oscura. Para alcanzar a ver tenía que colocar la silla encima de la mesa escritorio que tenía en la habitación u luego añadir los libros suficientes para alcanzar la altura deseada. Todo en un auténtico equilibrio. Luego anotó a Pepe el Pollero, su cuñado, que ciertamente ya había fallecido, como algunos de los que también aparecerían en esta lista, pero esto no era óbice para que los recordara y alguien, en su nombre, colocase un ramo de flores sobre su tumba.

Después estaban sus mujeres: esposas, amantes o queridas. Que de todo había.

En primer lugar Angélica, su amante mientras todavía era sacerdote. Eso le impidió casarse con ella, pero no, amarla. Era viuda del mayor contrabandista de Yocla y posiblemente de la zona de Levante. Cuando se juntó con ella, continuó y mejoró el negocio de su marido, evitando que se fuese al traste. Ese fue el inicio de su fabulosa fortuna actual.

Después Consuelo, la criada que conoció el verdadero amor a su lado hasta que se quedó preñada. La casó, mediante estratagema, con Carlitos, el mariquita del pueblo, que por otra parte nunca ejerció como tal, y que como contrapartida tenía un apéndice que era la envidia de todas las mujeres que lo conocieron. Eligió esa víctima propiciatoria para poder continuar amándola, pero ella no consintió hasta que se separó de su esposo. Después volvió con Camilo.

Marieta era sin duda la mujer más apetitosa que vieses ojos humanos. Todavía recordaba las horas perdidas pasadas escondido en la playa esperando su llegada y majestuosa introducción en el agua completamente desnuda. Aunque mejor era la salida, después de otra angustiada espera en que su cabeza llegaba a desaparecer en la lejanía para reaparecer al cabo de un par de horas. ¿Cómo se podía resistir tanto tiempo nadando? Aparecía, esta vez de cara, estrujándose sus cabellos para evacuar el agua allí retenida, mientras se acercaba hacia la toalla depositada sobre la arena para secarse. Ese breve espacio de tiempo que duraba la escena valía con creces la espera. Siempre la deseó, hasta que finalmente consiguió que fuese su amante y posteriormente esposa. En realidad la única que había

tenido. Después, cuando llegaron las desavenencias, consiguió que el matrimonio se anulara. Ahora volvía a estar a su lado, otra vez como amante.

Ana era la esposa de su amigo Luis. Fue sin duda la que más le costó conseguir después de un acoso implacable en el que intervino incluso el chantaje. Ahora Camilo sabía que en el fondo ella lo quería y cada vez que volvían a hacer el amor era una experiencia nueva.

Marcela era la viuda de su otro amigo Pepe. No la tocó mientras estuvieron casados, pero cuando enviudó se quedó como coto privado suyo. Como anécdota podía decir que es la única tuvo ocho hijos y ninguno era de él.

¡Ah! Se me olvidaba. Isabel, la hija del cacique de Liria con la que pretendió pegar un braguetazo en sus inicios como sacerdote y en su primer destino. Si el plan hubiese salido como pretendía, habría abandonado una profesión que en realidad no le apetece y hubiese sido rico mucho tiempo antes. Le pasó como con su hermana, que no pudo completar la única relación que tuvo con ellas. Solo fue un intento de coito, en el que no hubo casi penetración y si una feroz eyaculación precoz. Lo cierto es que la moza sin poder disfrutar de los placeres de la vida quedó embarazada. Y seguro que en ello no tuvo nada que ver el Espíritu Santo.

Comenzó a relacionar los hijos que había tenido con sus amantes y esta vez comenzaremos en sentido inverso.

Con Isabel tuvo a Carmen. Que al no tener un padre reconocido, pues a Camilo lo borraron del mapa, paso de hija a ser hermana. Gozó de los apellidos de sus abuelos pues la hicieron pasar como hija propia a pesar de que su nueva madre ya no recordaba cuando le llegó la menopausia. Carmen de Figueroa y Alejo de los Monteros, como no podía ser de otra forma con esos apellidos, se caso con el Marques de la Almadra de Yocla, viejo conocido nuestro. Tuvo un número indeterminado de hijos que Camilo ya no recordaba y con seguridad habría tenido otros posteriormente que ignoraba. Todo ello sin perder en ningún momento su hermosura natural. ¡Con lo fea que era su madre! Estaba claro que los genes suyos habían tenido mucho que ver. Como anécdota recordaba que más de la mitad no eran descendientes del Marques, sino de Martín, el capataz, que lo sustituía en la cama cuando de madrugada abandonaba el tálamo conyugal para iniciar su habitual partida de caza. Detrás de la relación de nietos, que según recordaba serían de cinco a seis, añadió un par más que seguro habría parido desde que se ausentó de Yocla. Era la única que había salido como él. De tal palo tal astilla.

Ana tuvo tres hijos. El primero, Jorge, fue fruto de una relación anterior. Y los otros dos, Inés y Luisito, de su actual esposo. Pero según parece Luis no puede tener hijos, debido a una extraña enfermedad que tuvo de pequeño, aunque él parece no querer darse cuenta. Lo cierto es que convivió con su esposa sin tener descendencia y cuando Camilo metió baza...

Marieta tuvo cuatro hijos. Bárbara, que la tuvo mientras estuvo casada con Nelo, que según decían era "Mascle de caçoleta" y que en realidad fue hija de Carlitos. Ya saben el supuesto mariquita. Los otros tres: Carlos, Andrés y Camilo, eran hijos legítimos de D. Camilo, pues cuando fueron concebidos ambos estaban casados.

Consuelo tuvo tres hijos: Carlos Camilo, Cecé como le llamaban todos, hijo suyo pero endosado a Carlos; Camilo que si era hijo de Carlos y finalmente Amalia, que volvía a ser hija de Don Camilo gestada durante la actual convivencia ya en Alcoy.

Ya hemos dicho que Marcela tuvo ocho hijos, ninguno se le podía atribuir a Camilo, pero todos recibirían el regalo como si fuesen propios.

Angélica no tuvo descendencia. Ni cuando estuvo casada con Don Manuel, ni posteriormente cuando cohabitó con el cura.

También tenía nietos, principalmente de su hija Carmen, pero esos ya se perdían en su memoria. De todas formas si faltaba alguno por relacionar, Brígido, cuando compulsase esta lista con la que él guardaba escrupulosamente subsanaría cualquier posible deficiencia.

Camilo dio por cerrada la lista y se recostó en el respaldo de su cómodo sillón. Le dolía la espalda por la posición incómoda que había mantenido la última hora mientras escribía y eso solo quería decir que se estaba haciendo viejo.

Tenía ya sesenta y cinco años y suponía que no le quedaba mucho de vida, aunque esta, reconocía, le había tratado muy bien y no había sufrido ningún signo de enfermedad grave.

Escuchó un ruido detrás de la puerta de entrada a su despacho, como si alguien intentase abrir y no pudiese. Pocos habían en la casa que se atrevieran a interrumpirlo mientras se encontraba allí. Se levantó pues eso le vendría bien para desentumecer su espalda y de paso sorprendería al osado.

Cuando abrió la puerta se encontró a un niño encantador detrás de ella. Apenas tendría cuatro años y se llamaba Manuel. Era el crío que había tenido Sofía, la hija de los guardeses de la casa y que prestaba servicio de criada en la casa. Se le atribuía como fruto de una relación que tuvo con un antiguo novio que desapareció sin dejar rastro, cuando comprobó las consecuencias de sus desvaríos amorosos. Camilo sabía perfectamente quien era su padre y ahora ya no le importaba reconocerlo.

En esos momentos acudió su madre en su busca y un poco alarmada por no encontrarlo donde debía estar.

-¡Manolin! ¡Manolin! - gritó su madre mientras corría en su búsqueda.

-No te preocupes Sofía. - el niño quiere ver a su padre y no seré yo quien se lo impida.

-De acuerdo, señor. Pero si lo molesta llámeme enseguida.

El niño entró en el despacho y se dirigió, como en otras ocasiones, directamente hacia una mesilla que sostenía un enorme globo terráqueo lleno de color, para diferencia los diversos países allí representados. Estaba claro que no quería importunarlo y únicamente contemplar la belleza de un objeto que le llamaba poderosamente la atención.

Parecía mentira que en la lista que estaba confeccionando hubiese omitido la presencia del chiquillo y su madre. Teniéndolos a ambos en su propia casa y viéndoles prácticamente todos los días.

Su mente se puso de nuevo a trabajar para localizar a un nuevo olvidado. No lo conseguía., pero al final su rostro se iluminó: ¡“Llapisera”! ¡ Y esta desde luego no estaría ni en la relación que guardaba Brígido.

La muchacha de la que ahora no recordaba ni siquiera su nombre, salvo el apodo con la que la nombraban todos cuando no estaba ella delante, fue la última chica de servicio que tuvo en su casa de Yocla. Llego por cierto recomendada por Consuelo. La llamaban así por que era alta y delgada como un lápiz. No era el tipo de mujer apetecible para los hombres de aquella época, ya que gustaban un poco mas metidas en carnes. Pero también existía un refrán que decía: “Llarga y prima carregá de pexina”. Y esa era una cuestión que muchos hombres querían averiguar e incluso catar si se terciaba.

La aventura duró poco tiempo y apenas hicieron el amor una docena de veces. Curiosamente no iba él detrás de ella como había sido lo habitual hasta entonces, sino que era la mujer quien lo acosaba, aunque él nunca había desperdiciado una cosa así. Según lo que pudo averiguar poco después, Llapisera intentaba quedarse embarazada con objeto de endilgarle el momio a su patrono y conseguir que este le pasase una suculenta pensión, como no ignoraba lo hacía con Consuelo, otra criada que tuvo con anterioridad. Para conseguirlo no dudó en hacer el amor tanto con Camilo como con su novio. Pues fuese quien fuese el padre siempre se lo adjudicaría al ex cura.

Finalmente no consiguió su objetivo y se quedó compuesta pero con novio. No sabía si actualmente viviría, feliz o infelizmente casada con su marido. Juzgo que no sería adecuado que la metiese en la lista de regalo para reyes, como a todas sus amantes, pues en este caso creía no merecía este calificativo. Pero en reconocimiento a su constancia y esfuerzo en el pasado y, porque no, su inteligencia, pensaba comunicarle a Brígido que la incluyera en su testamento, como una más de sus queridas. Solo recibiría una cantidad mínima, casi simbólica, que no representaba nada para él pero que le podía solucionar la vida, tanto a ella como a su familia.

Aunque muchos no lo creyese Camilo consideraba a sus trabajadores como una parte muy importante de su familia. Gracias a ellos una ingente cantidad de dinero entraba mensualmente en sus arcas. Bien pagados y como decía Camilo sobre todo “mimados”. Les daba una participación de sus empresas por cada año trabajado. Ellos lo ignoraban porque de saberlo las hubiesen vendido inmediatamente y cuando se jubilaban las recompraba a un precio generoso, para que pudiesen afrontar la incierta etapa de su vida que se les presentaba con más garantías. La gratificación que les entregaba por navidad, salvo contadas excepciones, que era minuciosamente estudiada, las recibía en especie. Era común en aquella época que los trabajadores alcoyanos cuando se veían con un duro de más, tendiesen a malgastarlo en vicios: bebida, mujeres y juego principalmente. Los perjudicados, como siempre la familia que no podía beneficiarse de ese dinero extra. Por ese motivo optó por dar la gratificación en comida, facilitándoles la alimentación básica y otros pequeños caprichos que en condiciones normales no se podían permitir.

Las compras para rellenar los “coves” que se entregaban a los obreros las hacía Brígido al por mayor y con su natural pericia para estos negocios. Consiguiendo, con el mismo costo, mucho más cantidad de género que el que conseguían con el mismo dinero en el mercado libre.

Por otra parte, para hacer partícipe a los hijos o nietos de los empleados, menores de doce años, de la festividad de Reyes, Brígido había confeccionado un censo para que cada niño o niña recibiese un regalo de acuerdo con su sexo y edad. Pero todos iguales, sin importar la categoría laboral de su padre o abuelo dentro de la empresa. Todos los regalos se entregaban a sus primogénitos la víspera de Reyes para que sorprendieran a sus hijos en casa.

Pero algo tramaba Don Camilo para la fiesta de los reyes de ese año de 1866 que estaban a punto de caer.

Resultó que ese año Camilo quiso sorprender a sus familiares con una entrega especial de regalo que no tuviese nada que ver con la monotonía de los años anteriores. Al efecto contrató a tres alcoyanos que estudiaban en Valencia y que esos días de fiestas lo pasaban en su villa natal. Eran hijos de industriales y como el dinero siempre hace falta y por otra parte al ir disfrazados nadie iba a reconocerlos, aceptaron la propuesta de Don Camilo como una aventura más.

El proyecto básico es que los tres amigos, acompañados por otros tantos pajes y debidamente disfrazados, se presentasen en casa de Don Camilo la víspera de Reyes y procedieran a la entrega solemne de los regalos que les tendrían preparados. Previamente y para que nadie se despistase los había citado previamente en Le Parisiën para agasajarlos con una excelente comida.

Camilo recordaba vagamente, tal vez porque lo había visto de pequeño o alguien se lo hubiese contado cuando ya no residía en Alcoy, pero lo cierto es que no lo había vivido.; la existencia de un personaje al que todos llamaban el Tío Pian.

Este famoso personaje alcoyano, la víspera del día de Reyes, cuando los niños salían del colegio con unas cestitas, que habían preparado con la ayuda de su maestro, y que contenía: paja, algarrobas y algunas hierbas con objeto de obsequiar a los caballos de los reyes que sin duda esa misma noche les visitarían, y les entregarían sus mejores regalos. Iba pues este señor por las calles de la población, chillando alborozado y anunciando la llegada de los reyes. Tan pronto decía que llegaban por la puerta de Alicante y allí marchaba seguido por un enjambre de chiquillos, que cuando llegaban, comprobaban que allí no había nadie, para seguidamente comunicarles que posiblemente llegarían por la de Cocentaina que estaba situada en el otro extremo de la población. Luego los dirigía a la que daba acceso al Camino de Castilla y después a otra y otra. Cuando la mayoría de los niños, cansados, desertaban pues cuando pasaban por delante de sus casas solían quedaban. Y allí encontraban, en la gran mayoría de los casos un pequeño regalo.

Con ello el Tío Pian había logrado un ambiente de fiesta en las calles Alcoy e ilusionar a los niños.

Camilo pensó que el deseo de ver a los reyes por parte de la chiquillería alcoyana podía convertirse en una realidad.

Si contrataba a una especie de actores para complacer a su familia, porque no hacer lo mismo con los hijos de sus trabajadores para que repartieran a domicilio los paquetes que tenía preparado para entregar a sus padres; y por extensión que disfrutasen también los restantes niños alcoyanos. Para ello encargó una gran cantidad de regalos de escaso valor para que fuese repartido en la calle a los niños que lo requiriesen, o lanzados a boleo desde unas improvisadas carrozas.

Todo ello lógicamente ya no lo podían hacer los seis estudiantes contratados por lo que los citó en su casa y les dotó de un presupuesto suficiente para que contratasen al personal necesario para poder hacer frente al compromiso.

El se encargaría de dotarlos de galeras y conductores para poder trasportar los regalos, les proveyería de los trajes adecuados, antorchas, caballos y todo lo que considerasen hacía falta, incluso una charanga si fuese necesario para ambientar la fiesta.

El día dos de enero de 1866 estaba ya todo preparado, pero el secreto con que se habían realizado las cosas no podía continuar temiendo un fracaso de público e incluso de asistencia de los niños.

Carteles colocados en lugares estratégicos de la población publicitaron el evento. El “Diario de Alcoy” se hizo eco del acontecimiento. Su editor, Francisco Sempere, publicó una crónica ese día 5 de enero anticipando los acontecimientos que ese mismo día iban a acontecer.

“Para más detalles copio literalmente el artículo, que todavía conservo, (añadía Don Camilo en sus memorias) porque ni yo mismo me acuerdo”

“Varios jóvenes de esta ciudad celebrarán esta noche la venida de los Reyes Magos, con la mayor brillantez, según nuestras noticias, que son las siguientes:

A las siete de la noche, la banda de la Música Nueva y varias personas con hachas de viento irán a esperar, partiendo de la plaza de San Agustín, a los Reyes que entraran, montados en briosos caballos, por la puerta de Cocentaina.

Recorrerán después las calles de la Virgen María, Mayor, San Blas, plazuela de San Jorge, calle de la Virgen de Agosto, del Vall, Mercado, San Lorenzo, Plaza de San Cristóbal, calles de San Mauro, San Francisco, San Mateo, San Buenaventura, San Nicolás, Casablanca y Plaza de San Agustín, volviendo a la calle Mayor.

La música tocará piezas escogidas y los Reyes arrojarán a los muchachos dulces, deteniéndose en varios puntos de la carrera, con objeto de tomar aliento y... poder seguir el camino hasta Belén.

La fiesta, por lo que se ve, promete estar muy animada, y de seguro no faltará gente que saldrá a la calles a ver pasar a Melchor, Gaspar y Baltasar que vendrán guiados por una brillante estrella, en busca de la humilde cuna del redentor del mundo”

Ni que decir tiene que todo fue un gran éxito y los niños, y los no tan niños, disfrutaron de lo lindo. Según parece no hubo una charanga, sino toda una banda de música. Lo que nadie supo era quienes representaron ese año a los Reyes Magos, porque ellos mismos quisieron pasar desapercibidos. El asunto como se ve en la crónica se solucionó con un genérico: “Varios jóvenes de esta ciudad...” Y lo más curioso de todo es que pocos se preguntaron de dónde había salido el dinero para pagar tan costoso acontecimiento y los que lo hicieron no obtuvieron respuesta. Quien lea esta historia sabrá ahora que fue Don Camilo.

El magnate alcoyano quiso que la fiesta tuviese su continuidad en los años sucesivos. Pero llegaron tiempos difíciles. Primero la inestabilidad política. En los años siguientes acontece la caída de Isabel II, la reina que le dio el título de Ciudad a Alcoy, la regencia de Serrano, el asesinato de Prim, el breve reinado del italiano Amadeo que finalmente se marchó cagando leches, la última guerra Carlista, la revolución Cubana, el pronunciamiento de Martínez Campos y un largo etcétera que

haría esta relación interminable. Es decir el horno no estaba para bollos.

De todas formas Don Camilo, al año siguiente, decidió continuar la fiesta. Pero la inseguridad ciudadana se manifestaba mas en Alcoy, por su carácter industrial, que en cualquier otra capital. Se habló que una manifestación impediría la cabalgata e incluso de una amenaza de bomba por un grupo anarquista.

Camilo finalmente decidió suspenderla. No se reanudaría en Alcoy este acontecimiento, y ya de forma ininterrumpida, hasta 1885. Pero en esta ya no tuvo nada que ver Don Camilo.



## Capítulo IX

### Brígido se enamora

La vida en Alcoy trascurría con normalidad. La alameda que se había construido entre los dos nuevos puentes, Cristina y Benisairo, que facilitaban el paso por nuestra ciudad de los vehículos que transitaban por la ruta de Alicante a Valencia, se había repoblado con acacias, y los alcoyanos huyendo del olor de los tintes y el ruido de los telares, se desplazaban hasta allí para, bajo su sombra, aliviar los calores estivales.

El año anterior la población había salido bien librada de la epidemia de cólera, que azotó el antiguo Reino de Valencia, pero aquí apenas se había notado, gracias a las medidas que se tomaron. Este año, para prevenir más que solucionar, se repitieron: Se establecieron dos depósitos de trapos y carnazas, uno cerca de la caseta del Padre Hilario y el otro en la Ermita de San Antonio. Aparte de ello se efectuó la limpieza de las balsas de la Glorieta y la que existía inmediata al puente de Cristina.

Todo ello tenía su explicación pues estos dos últimos puntos citados, eran los elegidos para pasar las veladas de las noches estivales. Esta distracción hacia que la gente mayor y la que no lo era tanto, pero ya estaba en edad de merecer, de la familia de Don Camilo, retrase su veraneo en la Masía de Morales, hasta el mes de agosto. Mientras que los niños pequeños y parte del servicio ya estaban allí desde finales de junio. Disfrutaban mas y sobre todo estaban a salvo de cualquier epidemia que pudiese surgir, principalmente la del cólera.

El domingo uno de julio, después de cenar en la Parisián, Camilo, acompañado por consuelo, que por entonces rondaba los cuarenta años, y Marieta que lucía algunos pocos mas, pero continuaba siendo la envidia de las mujeres con las que se cruzaba y oscuro objeto de deseo de los hombres de los hombres que acudían a la Glorieta.

Alguien sacó de la nada una mesa y tres cómodas butacas, en el abarrotado recinto en donde ya no cabía una mosca, para que los ilustres visitantes pudiesen disfrutar de la velada. Escuchando: músicaailable; el vals de las Pollas, popular cancioncilla alcoyana que el director dedicó a las damas allí presentes y en especial a las que acompañaban a Camilo, y la habanera “La jardinera” compuesta por el alcoyano Antolí y coreada por todos los presentes.

Más de un pipiolo, excesivamente borracho para atreverse y no darse cuenta de quien las acompañaba, quisieron sacar a bailar a las dos damas, que naturalmente se negaron. Sin embargo alguno insistió más de lo debido, las palabras subieron de tono, comenzaron los empujones y Camilo terminó en el suelo.

Un muchacho joven, bien parecido y con un cuerpo atlético fruto de una vida sana y sobre todo escaso o nulo trabajo en lugares insalubres, se interpuso, repartió lo justo para conseguir su objetivo, que no era otro que poner fin a la pelea, todo ello sin propasarse.

Finalmente consiguió ahuyentar a los agresores, mientras que Camilo, ya recuperado y achuchado por las dos damas, había iniciado la retirada sin tener ocasión de agradecer al muchacho su intervención.

Al día siguiente encargó a Brígido que averiguase la identidad de ese chico, para gratificarlo. No fue tarea fácil encontrar entre los presentes aquella noche a alguien que lo conociese. Pero la palabra imposible no existía para eficaz ayudante.

Por otra parte llamó también la atención en Alcoy, que ninguna de las empresas, fueran textiles o papeleras, del grupo de Don Camilo, acudiese a la Expo de Paris de ese año, como habían hecho otras alcoyanas. Cuando alguien le hizo la pregunta del millón al magnate. Su respuesta fue contundente: “Si vendo todo lo que fabrico. ¿Para qué cojones quiero publicidad?”

Jacinto de Alzamora reconocía que el “de” lo había añadido por su cuenta y riesgo, pero el nombre se lo puso su madre en honor de su abuelo y el apellido lo ostentaba legalmente su padre.

No ignoraba quienes fueron los Alzamora en Alcoy, pues actualmente parecía que el único que quedaba era él, y en España. Según le contó una vez su maestro, en los escasos meses que logró ir al colegio con regularidad y seducido por el apellido que portaba, uno de ellos llegó a ser secretario del mismísimo Felipe II. No le explicó quien era ese señor pero supuso sería gente importante.

Los primeros Alzamora conocidos fueron dos hermanos, llamados Juan y Luis, este último se estableció en tierras de Castellón, mientras que el primero siguió a su rey Jaime I hasta estas comarcas, participó en la conquista de Alcoy, en donde sentó sus reales.

Sus nombres no aparecen en el “Libre del Repartiment” en el que solo se repartieron alquerías, ni tampoco en la Carta Pobla en la que no ocupa un puesto de relevancia. Pero si sabemos por las trovas de Jaume Ferrer, que el Rey Don Jaime, por los servicios prestados, le otorgó casas y heredas en la villa de Alcoy.

Su semilla fue fructífera, y en los siglos posteriores una multitud de cargos importante portaban el apellido Alzamora. Fueron: notarios, jueces, jurados del Concejo de la villa, síndicos...y un largo etcétera. Cual mejor que el otro.

Pero entre tanta buena gente, siempre existe un garbanzo negro que lo estropea todo. Según le contaba su madre para lograr que se durmiese y en cuyo relato había más cuento que realidad. Ese Alzamora se enamoró de una bella y dulce pastora que todos los días sacaba a pastar su rebaño por los alrededores de Alcoy y a la que dejó embarazada. De ese amor, hacia ya de ello dos siglos, nació un niño y ese fue el origen de la rama, bastarde por supuesto, de los Alzamora a la que pertenecía.

Su apellido siempre levantó la curiosidad de sus compañeros de juego en la calle, a los que no podía considerar como verdaderos amigos, cuando les solía contar la historia tantas veces repetida por su madre. Y cuando alguno dudaba de la condición de “ramadera” de su primera progenitora e insinuaba que bien pudiese ser una ramera, se liaba a tortas con él. Lo cierto es que ambas palabras eran muy similares y de ellas surgían una serie de cancioncillas que lo mortificaban. Por eso solía decir a su madre que no tenía amigos.

El garbanzo negro que fue el primer tatarabuelo de Jacinto o vaya usted a saber, murió de unas fiebres después de preñar a la moza. Y solo le dio tiempo de reconocerlo y darle su apellido. Después su familia le negó el dinero y los bienes que le correspondía, aunque ya nadie le pudo quitar su apellido

Según cuentan las crónicas los Alzamora desaparecieron repentina y misteriosamente de nuestra villa. Algunos lo justifican por el escándalo que se formó y por la vergüenza que pasaron. Pero de eso no dicen ya nada las crónicas.

La rama bastarda no proliferó como la otra. Pues eran pobres y la mortandad se cebó sobre ellos, hasta el extremo, y con ello ya podían darse con un canto en los dientes, que de cada generación solo sobrevivió un hijo varón que continuase el apellido. Gracias a ello Jacinto llegó hasta nosotros.

Su padre fue un hijo de su madre que nunca aportó ni un solo duro a la economía familiar. Lo poco que ganaba cuando estaba sobrio lo gastaba en más bebida. Desde que nació, su madre se dedicó a sacar adelante el escuálido hijo que había parido y a él se dedicó en cuerpo y alma. Era la única que aportaba comida en casa y para ello, salvo la prostitución monda y lironda, aceptó cualquier clase de trabajo que se le ofrecía. Cuando murió su padre de una cirrosis galopante, la pérdida fue más un alivio que una pena, pues al fin y al cabo era una boca menos que alimentar y de paso la mujer se evitaba el jarabe de palo que recibía día sí y otro también.

El ya no escuálido muchacho, pues casi se había convertido en un hombretón que aparentaba más edad de la que realmente tenía gracias a que su madre le guardaba los mejores bocados que entraban en la casa y le proporcionaba toda la leche que podía tomar. Pero no la materna, pues ya era grandecito para ello, sino la que le proporcionaba un cabrero que tenían por vecino y que solía consolar a su madre cuando enviudó. Él le llamaba tío y lo consideraba uno más de la casa.

Se dedicó a trabajar en cuando pudo, pero nunca aceptó los malsanos trabajos que existían en Al-

coy, eran los que más se ofrecían, y que llevaron a la tisis o a la muerte temprana a muchos alcoyanos.

Preferentemente se dedicaba a la carga y descarga de galeras para fortalecer sus músculos y cuando no tenía trabajo, en vez de holgazanear gastando el dinero que ganaba en bochinche y tugurios como La mayoría de su edad, se dedicaba correr por los alrededores de la villa para robustecer su cuerpo. No se le conocía mujer, amante ni vicio alguno. No es la primera vez que Jacinto aparece en este relato, pues si retrocedemos algunos años, es el muchacho joven que observa, con cierta envidia y posiblemente algo de odio, a Camilo acompañado por Consuelo y Marieta, asidas ambas a cada uno de sus brazos y transitando por la plaza de San Agustín, rumbo al Teatro Principal, para asistir a un sainete después de una tarde clamorosa en la Plaza de Toros.

Jacinto estaba enamorado de ambas mujeres, especialmente de la mas rolliza, Marieta, y prácticamente en la totalidad de las fantasías erotices que tuvo en su reciente pubertad estaban ellas presente.

Brígido tardó tres semanas en localizarlo y otra en hacerse con él. Como no tenía puesto fijo de trabajo, ni garito en donde holgar, decidió esperarlo en la puerta de su casa, en la zona baja de la calle San Miguel, casi en las puertas del castillo.

Durante la espera observó a la que le dijeron era su madre, para poder hacerse una composición de lugar y saber con exactitud el terreno que pisaba. Pues desde que trabajó para la iglesia en todas esas cosas era muy metódico. Era joven, quizás demasiado para ser su madre, debía tener unos treinta y pocos años según se informó. Pero ahora al verla aparentaba tener más de cuarenta años. Tenía los rasgos de la cara perfectos y se le podía considerar una mujer guapa, bella incluso si fuese arreglada y maquillada como las damas de la alta sociedad.

En los dos días que estuvo de guardia esperando la llegada del joven Alzamora, observó como el cabrerizo la visitaba hasta en cuatro ocasiones. Una visita corta, cada día por la mañana, para proveerla de leche y otra más larga a la hora de la siesta suponía que para cobrar, posiblemente en carne, por no tener otros posibles. Que los encuentros sexuales que se suponía tenían no fuesen por la noche, siendo ella viuda, hacían suponer que el cabrero si estaba casado.

Brígido era un gran observador y le gustaba imaginar copas. Concha, su esposa, ya no era una moza, se sentía realizada como mujer, después de ser madre, y las relaciones casi idílicas de un principio se habían espaciado hasta el extremo de casi desaparecer, sin que ninguno de los dos notase su falta. Por lo menos ella, Brígido era otra cosa y si tenía que buscar el consuelo fuera de casa no le importaría con tal de que la dejase tranquila.

Él nunca se había planteado esa situación y cuando el deseo apretaba y su esposa no estaba por la labor, visitaba una casa de lenocinio de las varias que había en Alcoy. Esa opción sin embargo no era de su agrado, pues podía comprometerle socialmente y lo mejor que podía hacer era no prodigarse.

Dinero no le faltaba, ganaba mucho estando al servicio de Don Camilo y podría asegurar que tenía una fortuna ahorrada. Concha nunca le pedía cuenta de sus ganancias ni él por supuesto de la suyas. Con su trabajo de cocinera tenía la comida asegurada y un sueldo mensual que le permitía satisfacer cualquiera de sus caprichos y necesidades, que por otra parte no eran muchas. Tenía una buena cantidad de monedas escondidas en su colchón y sobre las que dormía cada noche. En el fondo tenía la convicción de que estaba engañando a su marido, por ese motivo evitaba cualquier conversación que se iniciase sobre el tema económico.

Brígido estaba convencido que esa mujer era la ideal para tenerla como mantenida. Pero con el aspecto que ostentaba actualmente parecía que solo era deseable para el cabrero, y desde luego dudaba que lo fuese para él. Nunca fue selectivo con las mujeres y reconocía que por entrepiernas había pasado lo peor de Valencia, pero eran otros tiempos y desde que se casó con concha, gracias a Dios, sus hábitos habían cambiado a mejor. Pero su intuición nunca le fallaba y desde la lejanía viendo a esa mujer, algo le decía de después de Concha podía ser la mujer de su vida. Aunque antes de arrojarle al rio tenía que comprobar la temperatura del agua.

De sus reflexiones le sacó la presencia de un muchacho, que bien podía ser el Jacinto que estaba buscando, y que en esos momentos se había desprendido de la camisa y quitaba el sudor de su cuerpo en la fuente que había unos cincuenta metros más arriba. Era atlético y fuerte y podría servir para algunos de los distintos puestos vacantes que existían en las múltiples empresas de su patrón. Posiblemente, aunque no lo creía, podía tener estudios o aprendido algún oficio y por lo tanto mejorar la oferta. De todas formas trataría de ser amable con él y contentarle si era posible, con el único objetivo de tener abierta la puerta de la habitación de su madre.

Mientras el muchacho terminado su ablución se acercaba a su casa con la camisa en la mano y esperando que el radiante sol del medio día de finales de julio secase su mojado torso.

-¿Sois por ventura Jacinto Alzamora? – le abordó al pasar por su lado.

-¿Quién lo pregunta? – le preguntó mientras observaba receloso al hombre que no conocía, mientras su mano derecha se metía cautelosamente en el bolsillo de su pantalón y la camisa se liaba disimuladamente alrededor de su puño izquierdo.

Brígido inmediatamente se dio cuenta que el muchacho recelaba y temiendo una celada se ponía en guardia. Para evitar cualquier confrontación, se retiró prudentemente un paso atrás a la vez que separaba las manos de su cuerpo para mostrarle que estaba desarmado. Eso pareció relajar a Jacinto que a partir de ese instante tomó una posición mucho más sosegada.

-Soy Brígido. El secretario de Don Camilo Blanes y vengo en su nombre para agradecerle la intervención a su favor del otro día.

-¡A buena hora! ¿Soy acaso demasiado poca cosa para que lo haga él personalmente?

Las palabras del muchacho dejaron a Brígido boquiabierto y sin saber que contesta. Desde luego no esperaba tanto descaro en su respuesta, aunque por otra parte le maravillaba el desparpajo del joven. Rápidamente se repuso.

-En realidad he tardado tres semanas en saber quien eras y otra en localizarte. He de reconocer que he fallado en mi misión, pues generalmente suelo ser más efectivo. Hoy es la primera vez que nos vemos.

-Dígale que no hay el porqué y que si intervine fue más pensando en las damas que en él.

-Hay algo más. Me he enterado que no tienes trabajo fijo y Don Camilo me ha insinuado la posibilidad, si te interesa, de ofrecerte uno.

-¿De aprendiz en la humedad de un tinte? O ¿descargando la borra de un “diable” y tragando su polvo? Pues parece ser que son los únicos trabajos disponibles en Alcoy por no mencionar otros peores.

A pesar de su insolencia cada vez le gustaba más ese muchacho y sería una lástima que lo perdiera. Se podía sacar mucho provecho de su persona.

-Indiscutiblemente el trabajo que te pudiese ofrecer estará de acuerdo con tus aptitudes y desde luego siempre lo podrás rechazar si no te conviene. Por otra parte, conociendo a Don Camilo, si se diese esa circunstancia, seguro que te ofrecerá una recompensa económica que siempre te vendrá bien.

Por un instante Brígido, que no quiso mencionar la pobreza económica que ya había percibido en su hogar, vio reflejado en su rostro algo parecido al brillo de la codicia, para desaparecer casi inmediatamente. Le citó al día siguiente en el despacho de la plaza de San Agustín, para allí tranquilamente concretar su oferta. Se marchó a su casa sin despedirse, agradecer su oferta y ni siquiera asegurarle que acudiría a la cita.

XXXX  
XXX  
X

Sin embargo al día siguiente, y a la hora prevista, Jacinto se presentó en el despacho de Don Camilo. Estaban los tres solos y el anfitrión lo invitó a degustar el aperitivo que alguien había preparado. Al Alzamora se le fueron los ojos detrás de las soberbias viandas preparadas, pero se conformó con una taza de café, arguyendo que había desayunado hacia poco, cuando en realidad no lo había hecho, pero no quería lanzarse sobre los bocaditos y pasteles allí preparados como si fuese un muerto de hambre. Ese día, como casi todos a esa hora, en su cuerpo solo había entrado el sempiterno tazón de leche de cabra, sin azúcar, que remojaba el pan duro que sobró el día de ayer.

Estuvieron más de una hora para decidir que oficio podían ofrecerle unos y el otro aceptar sin llegar a un acuerdo, entre otras cosas porque el muchacho los rechazaba todos sistemáticamente. Bien porque no le gustasen o se viese incapaz de desarrollarlos.

-Ya aprenderás – aseguraban los hombres

-No quiero ser un parasito – respondía el chico.

Finalmente Don Camilo, bien porque estuviese cansado o le esperasen otros compromisos, dio por terminada la entrevista. Hurgó en el bolsillo de su chaleco en el que tenía preparada una moneda de oro de veinte pesetas, por si se daba el caso, como este, de no llegar a un acuerdo.

Camilo se la ofreció pero el muchacho no hizo nada por recogerla. Continuó con la mano extendida en una posición considerada indecorosa. Era como ofrecer la mano en un saludo y que tu interlocutor no haga nada por estrecharla.

Finalmente optó por guardarla de nuevo en su chaleco. Por mucho que recordara nunca se vio en una situación como esta.

-Está visto que no quieres nada de mí.

-Yo no he dicho eso.- le respondió mientras se levantaba de su silla para emprender una honrosa retirada- pero no quiero su dinero sin antes ganármelo, ni un trabajo que no me apetezca.

-¿Cuál te apetecería? – le espetó Camilo tratando de rizar el rizo.

-Ser su guardaespaldas. Eso ya he demostrado que lo puedo hacer, y además me apetece.

¿Para qué quería un guardaespaldas? Se preguntó Camilo. Aunque en la glorieta le salvó de un apuro, no le apetecía tenerlo siempre a su lado y pegado como una lapa, sobre todo cuando visitaba a Ana, aunque no hiciese nada que pudiesen reprocharle.

Por un momento se imaginó estar en la cama con Marieta y Consuelo y a Jacinto a su lado como si estuviesen haciendo un “menege” a cuatro. Rio para sus adentros y riéndose volvió a la realidad.

-No creo que lo necesite, pero le prometo considerar su oferta. Mañana o pasado mi secretario –con un ademán señaló a Brígido – le devolverá la contestación.

Sacó de nuevo la moneda de su bolsillo y esta vez el muchacho no se la rechazó.

XXXXX

XXX

X

Cuando los dos hombres se quedaron solo reanudaron la conversación.

-¡Un guardaespaldas! - exclamó el magnate - ¿Crees que lo necesito?

-Posiblemente todavía no - respondió su secretario - pero vivimos tiempos convulsos y no me extrañaría que algún loco exaltado se metiese en la calle con usted... o lo que es peor, con las señoras, que en ocasiones salen solas e incluso los más pequeños cuando van solos o con la niñera a la escuela. Por falta de trabajo no será y por dinero...

Camilo hizo un gesto despectivo al escuchar esa palabra. El vil metal es lo que menos le importaba.

-Lo de acompañar discretamente a los niños y a las señoras no es mala idea. En ocasiones es mejor prevenir que curar. ¡Vale! Encárgate tu de todo.

A Brígido le brillaron los ojos de alegría. La aceptación de su jefe le había abierto las puertas de la casa de la que ya consideraba su futura amante, casi sin conocerla.

No pudo esperar más y esa misma tarde se presentó en su casa. Esperó pacientemente a que el muchacho saliese de la casa, no le interesaba verlo a él, de momento, y si a su madre. Iba equipado para correr e inmediatamente desapareció por la puerta del castillo. Tardaría como mínimo un par de horas. Suponía que sabía lo del cabrero y su madre y también, listo que no era, cuando debía desaparecer de la casa. Bastante había sufrido su primogenitora en esta vida para ahora privarle también de los placeres del amor.

Como su principal oponente sería el pastor, la acción inmediata era sacárselo de encima. Cuando observó que el cabrero entraba sigilosamente en la casa, se desplazó inmediatamente hasta la lechería.

Apenas entró en el zaguán, cuya puerta estaba abierta, un fuerte olor a excrementos de cabra lo invadió. El ganado debía estar encerrado en algún patio de la parte trasera, pues hasta él llegaron los lamentos en forma de "Beeee..." de los animales. Allí no parecía haber nadie. Por lo que dio tres fuertes palmadas reclamando la presencia de la anfitriona.

No tardó en salir una mujer joven, algo regordeta pero apetitosa, simpática pues tenía perennemente la sonrisa en su cara. Salió atusándose los cabellos, por lo que sospechó la había cogido durmiendo la siesta, sino en la cama si rebecada en alguna mecedora y no decía que estaba haciendo el amor porque le costaba que su esposo no estaba en la casa y de ser un amante no hubiese salido con esa cara. No comprendía a los hombres que teniendo tan buena comida en casa, aun salían a buscarla fuera.

La mujer se extrañó que un hombre tan elegante visitara su mísero negocio, pero aun así le hizo las preguntas de rigor.

-¿Qué desea...? ¿Leche? ¿Queso? - le pregunto mejorando incluso la sonrisa que ya lucía.

Si algo deseara sería pegarle un revolcón, y sabiendo lo que sabía no le hubiese costado demasiado convencerla, pero su prioridad era ahora la madre de Jacinto y esta tendría que quedar en un segundo término.

-Hacerle un favor - fue su escueta contestación.

La mujer probablemente dada a las bromas interpretó la respuesta como una insinuación.

-Estoy casada. Señor...

-Ya lo sé. Por eso quiero hacerle el favor. ¿Puedo ver a su esposo?

-En estos momentos no está en casa - respondió con cierto temor dado su indiscreción, pues temió que el caballero que tenía delante aprovechase la ausencia de su esposo para atentar contra ella.

Brígido se dio cuenta de su falso nerviosismo y creyó sinceramente que si sus intenciones fuesen otras ya estarían ambos acostados en su cama, sin más esfuerzo.

-No me malinterprete. ¿Pero sabe donde esta?

-No se - dudó durante algunos instantes y su sonrisa no era tan plena como hacia unos instantes.

-¿Tal vez poniéndole los cuernos? - le soltó sin más tapujos.

-Mi esposo no hace esas cosas y además me quiere – le interpeló segura de sus convicciones.

-No tengo ninguna duda respecto a lo segundo, pero lo primero... ¿Quiere pruebas?

-Si es capaz de dárme las seguro que lo mato. ¡El muy cabròn! Pero seguro que no puede ofre-cérmelas.

-Solo tiene que acompañarme. Aquí cerca.

No tuvo ningún apuro en seguirlo. Si no la había atado en su propia casa cuando estaba sola y a su merced, tampoco lo haría en plena calle.

-¿A dónde? – inquirió de todas formas.

-Aquí al lado. Al número veintinueve

-¿Martina?

-Ignoro su nombre pero si finalmente decide acompañarme lo comprobaremos.

Salieron ambos de la casa sin molestarse ella en cerrar la puerta. La confianza entre los vecinos, a pesar de tratarse de un barrio marginal o tal vez por ello, era plena y raramente las puertas de las casas estaban cerradas.

Cuando llegaron a la casa numero veintinueve, la puerta estaba abierta y la mujer, seguida de Brígido, entro discretamente evitando hacer el menor ruido. La casa era unifamiliar, estrecha de fachada y aproximadamente el doble de fondo. La planta de abajo la ocupaba exclusivamente la cocina y un pequeño comedor, en el fondo se distinguía una puerta que posiblemente daría entrada a un pequeño patio. En un lateral una pequeña escalera de madera permitía el acceso a la planta superior. La condenada crujía a cada paso que daban, no podían evitarlo por mucho cuidado que llevarsen. Muy atareados tendrían que estar los de arriba para no escucharlos. Finalmente llegaron a la estancia superior en la que un estrecho pasillo permitía el paso a dos habitaciones.

La Cabrera, que ya conocía la casa, le indicó a su acompañante que la habitación de Martina era la primera. Y allí apoyaron ambos las orejas. Los suspiros, quejidos de placer y resoplidos del macho por el esfuerzo, eran tan evidentes que no precisaban de tanto acercamiento para escucharlos. Lo que estaba ocurriendo allí dentro era tan incuestionable, por lo menos para la mujer. Brígido por su parte quedo a la espera de los acontecimientos como un espectador.

La Cabrera no lo dudó un instante, alzó el pestillo de la puerta y entró en tromba en la sala. Esta estaba en semipenumbra, pero con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad se podía apreciar todo lo que allí estaba ocurriendo. Gracias a los rayos de sol que se colaban entre las baldas de la persiana.

Un enorme culo masculino embestía con furor las entrepiernas de la dama, que al verse sorprendida se deshizo de su agradable carga con un empujón que lo lanzo fuera de la cama, para seguidamente tomar una posición más recatada sobre ella.

El hombre, que todavía no había salido de su asombro y parecía que ignoraba lo que estaba ocurriendo, se vio abrumado por una serie de golpes que, aplicados por su esposa y con una fuerza descomunal caían sobre él. Finalmente protegiéndose con los brazos y arrasando todo lo que encontró por delante pudo salir de la habitación, completamente desnudo y perseguido por su irascible esposa.

Brígido se quedo mirando la seductora figura de la mujer, hasta que ella misma lo sacó de su ensimismamiento.

-¿Y usted quién es? ¿Qué coño mira? ¿Qué cojones hace aquí?

El hombre no pudo evitar una sonrisa ante las sucesivas preguntas de la mujer. E incluso pudo hacer un chiste pues era evidente cual era el coño que estaba viendo, pero se reprimió y mostró su cara más seria.

-Verá... - no lo deajo continuar

-¡Lárguese! ¡No ve que estoy desnuda!

Sin esperar a que el hombre reaccionase se levantó raudamente de la cama como un felino y se cubrió el cuerpo con una bata. Pero esto aun pudo apreciar su escultural figura, sus pechos prietos y

su tersa piel color canela todavía cubierta por un halo de sudor motivado por el esfuerzo realizado.

Brígido en esos momentos le hubiese gustado sustituir al otro hombre en la cama, pero no era el momento adecuado. Si aun albergaba alguna duda para tomar a esa mujer como mantenida, en ese mismo momento se le disipó.

-Perdone mi intromisión señora. Yo en realidad solo he venido para ver a su hijo.

-No está, pero este tampoco es el lugar adecuado para esperarlo. Baje abajo y espere... por favor- añadió a la vez que suavizaba un tanto su agresivo tono inicial- yo le acompañare inmediatamente para atenderle.

Brígido bajó despacio las escaleras, que por otra parte no eran muy seguras, mientras notaba que su miembro se había excitado con solo verla. Y con razón, pensó.

Tardó por los menos quince minutos en acompañarlo. Se había cambiado la bata por un vestido más ajustado que realzaba sus pechos y figura a pesar de que se notaba a la legua que no estaba hecho a su medida y que posiblemente se trataba de alguna donación de un alma generosa. El pelo se lo había ocultado en un topo para tratar de ordenarlo, aunque a él le gustaba más antes, cuando lo llevaba suelto.

Ahora ya no le cabía la menor duda, que después de un buen baño, vestida y peinada adecuadamente, podía compararse con cualquier señora de la alta sociedad. Pero ese momento todavía no había llegado, pues cuando paso por su lado, notó inmediatamente el olor característico de sus animales que el cabrero le había inculcado.

-¡Y bien!- comenzó ella para romper el hielo y dar inicio a una conversación que ignoraba a donde la conduciría.

-Como le he dicho arriba anteriormente he venido para hablar con su hijo.

-¿Y era preciso venir acompañado de esa arpía?

-No necesariamente – se justificó el hombre- cuando llegué, con el calor que hace, no había ninguna alma en la calle a quien preguntar. Vi la lechería abierta y la señora se brindó para acompañarme. Yo me he limitado a seguirla y lo que paso después también resultó una sorpresa para mí.

La mujer asintió con la cabeza y le pidió disculpas por lo que había ocurrido y como lo había tratado.

-De todas formas mi hijo no está y no creo llegue hasta bien entrada la noche. Mejor será que se marche, pues cuando amaine el calor y refresque un poco, la gente saldrá a la calle y con toda seguridad correrá la voz de todo lo ocurrido aquí esta tarde y su presencia en mi casa puede resultar comprometedor.

-Cuanto lo sentiría por usted- le respondió lacónico.

-Por mi no tiene por qué preocuparse pues ya estoy curada de espanto de lo que puedan decir esas brujas. Lo digo únicamente por usted que parece una persona respetable y su honorabilidad puede verse perjudicada.

-No se preocupe por eso, pues yo también estoy curado de espanto y mi honorabilidad en los ámbitos que frecuento está a salvo.

-Pues usted verá lo que hace. A mí no me molesta. Lo único que siento es no poder ofrecerle nada. Ni siquiera un vaso de limonada fresca.

-No se preocupe. Cuando vine observé que un poco más arriba hay una horchatería. Si me hace el honor de acompañarme, permítame invitarla a lo que prefiera tomar.

-Por mi encantada. Un momento por favor – se puso unas alpargatas raídas, pues hasta entonces iba descalza, con muchos nervios pues durante el proceso rompió una de las cintas de sujeción que rápidamente soluciono con un nudo.

Dejaron la casa sin ella molestarse siquiera en cerrar. Brígido tomó nota. Bueno era saberlo si alguna vez volvía con aviesas intenciones. Había averiguado que ella quería abandonar ese barrio que tan malos recuerdos le traía, y si no lo hacía era debido a su precaria situación económica.



De amigarse la sacaría de allí, pues tampoco le convenía a él frecuentar esos lugares llenos de cotillas. Los cotilleos no solían salir de allí, pero en ocasiones el viento sopla fuerte y pueden llegar a cualquier lugar.

Iban sueltos como dos adolescente enamorados pocos días después de conocerse. Pero no era lo apropiado para pasear con una dama. Le ofreció su brazo y ella inmediatamente lo tomó apretando su cuerpo y en concreto su pecho contra él.

Brígido notó inmediatamente que su miembro volvía a endurecerse. Ignoraba porque esta mujer le excitaba tanto, nunca antes había sentido esa sensación por lo menos tan rápidamente. El deseo de poseerla era cada vez más acuciante.

Tomaron horchata, limón e incluso una copa de café helado a la que ella pidió le echasen una bola de mantecado, para apagar la fuerza de un café que apenas recordaba cuando lo tomó por última vez. Todo ello mojado con bizcochos y madalenas de almendras. Se notaba que la mujer estaba feliz y disfrutaba como una colegiala recién salida de la escuela.

Mientras tanto hablaron de todo: del trabajo que iba a ofrecerle a su hijo, de lo que había sido la vida de ella mientras vivió su marido ¡Un infierno! Y por último lo que representaba actualmente el cabrero en su vida.

Brígido estaba sorprendido por ello pues siempre le había costado mantener una conversación larga con una mujer y ahora las palabras salían fluidas de su boca.

-En realidad Andrés – que así se llamaba el cabrero – no significa nada para mí. Es cierto que desde un principio se porto muy bien conmigo, facilitándome la leche, que no podía pagar, y precisaba para criar a mi hijo, todo ello sin pedir nada a cambio. Lo otro llegó más tarde y porque tenía que llegar. En ningún momento como agradecimiento o pago en especies, de la leche y alguna que otra cosa que le proporcionó. Mi cuerpo de mujer necesitaba realizarse, y hacer el amor es casi una necesidad. No estoy orgullosa de ello y he de reconocer que en pocas ocasiones he encontrado el placer que estaba buscando para endulzar una desgraciada vida, pero no me arrepiento de ello. Lo malo de todo esto es que después de lo ocurrido esta tarde, María la cabrera, lo atará con una soga más corta. Y aun peor, que temo se ha terminado el suministro de leche gratis.

Brígido pensó que así se las ponían a Fernando VII, el anterior monarca, y ni aun así lograba la carambola. Estaba en el sitio indicado y en el momento oportuno. Mo tenía la juventud y probablemente la potencia sexual de Andrés, pero si la prestancia de un caballero y sobre todo el dinero. Que no lo es todo pero ayuda mucho.

Estuvo a punto de declararse en ese mismo instante y ofrecerse voluntario para mitigar sus penas. Pero había todavía muchas teclas que tocar. Que era la persona adecuada y le gustaba físicamente, ya no había la menor duda, pero no le había dicho todavía que estaba casado y esto podía ser un problema insalvable aunque no lo creía por los precedentes que conocía.

Regresaron a la casa cogidos mas ceñidamente del brazo si ello era posible y sin importarles las miradas maliciosas de las mujeres que los observaban desde las puertas de sus casas, unas solas y otras formando corrillos, y de las risas que de su boca salían.

Cuando llegaron a la puerta de su casa y él iba a despedirse. Ella le susurró.

-¿Quieres follar conmigo? – él asintió con la cabeza – Pues pasa.

XXXXX  
XXX  
X

Hicieron el amor tantas veces esa noche que hasta perdió la cuenta. Lo auténticamente milagroso era que su miembro se recuperase a una velocidad espantosa. Ni en sus mejores tiempos cuando tuvo el dinero para contratar a una puta toda la noche había logrado tanto. Ni en la noche de bodas con Concha. Posiblemente mucho tenía que ver las caricias que continuamente le prodigaba la mujer y que le erizaba el vello y de paso otra cosa.

Jacinto llegó a casa de madrugada, el ruido de los peldaños lo delató, se acostó en su habitación y ya no se percibió ningún otro ruido. Poco les importó esta incidencia a los amantes, por lo menos a la mujer, aunque sí al hombre que le cohibió un poco. De todas formas no por ello dejaron de expresar sus sentimientos en el silencio de la noche. Tendría que buscar una solución.

El sol ya había salido por la Serreta cuando la mujer despertó a su amado.

-Es hora de partir. Dentro de poco la calle se llenará de gente.

-¿Y tu hijo?

-Esta dormido y el no importa, me da igual que nos descubra –le respondió resuelta – comprende mi situación y nunca se ha metido en estos asuntos.

Brígido se levantó y vistió cansinamente. Le hubiese gustado estar un poco más en la cama y continuar disfrutando del adorable cuerpo de la mujer.

Miro la hora y descubrió que Concha ya se habría despertado, dispuesta a preparar el desayuno de toda la familia y habría descubierto su ausencia en la cama esa noche. Tendría que buscar una excusa convincente.

Martina era lista, y por sus gestos y modo de comportarse, supo inmediatamente que alguien se habría quedado esperándolo toda la noche. Mientras le daba un beso de despedida no pudo evitar preguntarle:

-¿Te ha esperado alguien esta noche?

Brígido no supo que responder y no lo hizo de viva voz. Mientras su cabeza negaba sus ojos decían claramente que sí.

Cuando se marchó, unas lágrimas, partiendo de los ojos de la mujer bañaron sus mejillas. A ella no le importaba que pudiese estar casado, pero suponía que ya no le volvería a ver por su casa. Estaba equivocada.

XXXXX

XXX

X

Brígido estaba a las doce en punto de la mañana del día siguiente ocupando una mesa en Le Parisiën, mientras se tomaba una cerveza acompañado de una aceitunas a las que le habían quitado el hueso y sustituido por un trozo de anchoa. Tenía que reconocer que la mezcla de sabores estaba deliciosa. Le preguntó al camarero.

-Es una especialidad del chef – le respondió con suficiencia – aceitunas sevillanas rellenas con anchoas del cantábrico.

El hombre tomo nota en una pequeña libretita con tapas de hule negro. Pensó que un manjar tan exquisito tendría una buena salida en los mercados de toda España. Sería una más de las muchas propuestas que expondría en la próxima reunión de la directiva para estudiar el posible inicio de nuevas actividades empresariales y que tanto agradaba a Camilo. Después el noventa por ciento quedaban en el olvido pero siempre había alguna que salía a flote.

Había pasado diez minutos de la hora prevista y el muchacho no llegaba. Antes de marcharse esa misma mañana le dejó una nota a Martina, con el ruego de que se la entregase a su hijo cuando despertara, citándolo allí y a esa hora. ¿Todavía no lo había hecho?, pensó mientras miraba el reloj o ¿tal vez permanecía olvidada en alguno de sus bolsillos? La otra alternativa era que no aceptara la oferta y por eso no se presentaba, conformándose con la moneda de oro que en su día Camilo le entregó.

Eso desgraciadamente echaba por tierra todos los planes que urdió para la conquista de su madre, por lo menos de momento. Rezó para que eso no ocurriese.

El día comenzó bien cuando Concha no le reprochó no haber pasado la noche en su cama, mientras le servía el desayuno. Lo primero que hizo al llegar fue bañarse para eliminar el posible aroma de otro hogar, pero no había podido cambiarse de traje por no tener ninguno preparado, hasta de eso dependía de Concha, y temía que el fino olfato de su esposa lo percibiese. Iba a darle una excusa pueril que había preparado con anterioridad, cuando ella le interrumpió.

-No tienes porque justificar tus ausencias. Ni me importa. Supongo que son asuntos de trabajo.

Concha era lista, tampoco quería iniciar una discusión que pudiese desembocar en una ruptura.

Después estuvo haciendo planes con respecto al muchacho y su madre que le habían llevado casi toda la mañana. A Jacinto, si aceptaba, le obligaría a vivir en la casa de Don Camilo para que estuviese disponible a cualquier hora y separarlo de su madre. Para esta, si finalmente decidiera ser su amante, le había encontrado una pequeña pero confortable casa en el arrabal de Santa Elena en donde estaban estableciéndose la gente de puntet huyendo del ruidoso y en ocasionesapestoso centro urbano de Alcoy.

Estaba fuera de las murallas, pero eso ya no era un obstáculo, pues por las noches las puertas de la ciudad ya no se cerraban a cal y canto y la gente podía entrar y salir sin problemas ya que las puertas de Alicante y Penaguila, por lo menos, permanecían abiertas.

Ya se hablaba que las murallas posiblemente serian derribadas, pues eran un corsé que impedían el natural ensanche de la ciudad y eran ineficaces ante los cañones modernos, como ya se había demostrado en los recientes ataques sufridos.

La sombra de alguien que se había colocado delante le sacó de su ostracismo y le devolvió a la realidad. Era Jacinto, que en casi posición de firmes, no quería distraerle de sus pensamientos y esperaba que fuese Brígido el que le dirigiese en primer lugar la palabra.

-¡Ah; ¿Eres tú? Siéntate. Por favor.

-¡Perdone Don Brígido; Hace apenas cinco minutos que mi madre me entregó su nota. He llegado corriendo.

Eran las doce y veinticinco. Le hizo un gesto quitándole importancia al asunto y le preguntó.

-¿Quieres tomar algo?

-Lo mismo que usted me vendría bien.

Pidió una cerveza al camarero para el muchacho y pospuso la conversación para un poco más tarde. Si había llegado corriendo no se le notaba cansado, aun que si algo sudoroso pues se había

puesto el traje de los domingos, que al ser único era además de lana...!Y estábamos a finales de julio;  
El camarero llegó finalmente con la cerveza que desapareció por el gajnate del muchacho de un solo trago.

-Y bien – comenzó Brígido - ¿Aceptas el empleo?

-Desde luego, Don Brígido.

-Como supondrás tienes que estar las veinticuatro horas del día disponible, aunque cuando el jefe duerma, tu podrás también dormir. Y aunque esto te pueda parecer un obstáculo te aseguro que al final tendrás mas tiempo libre del que necesites. Por ejemplo: el día que no decida salir y eso lo hace con harta frecuencia, lo tendrás libre. Posiblemente tendrías que acompañar a las señoras si deciden hacerlo solas...y poco más.

-Lo que haga falta Don Brígido - aunque esa respuesta parecía innecesaria, pues mientras hablaba su interlocutor, él iba aceptando cada una de sus propuestas al mover afirmativamente su cabeza.

-Por el sueldo no te preocupes pues con toda seguridad Don Camilo te dará más de lo que pueda ofrecerte yo en estos momentos. Por otra parte tendrás la comida gratis y una vestimenta, también gratuita, adecuado a los sitios en que en ocasiones tendrás que acompañarlo.

-Yo, en tener el dinero necesario para que mi madre pueda dejar los trabajos que en ocasiones se ve obligada a hacer, me conformo.

Brígido estuvo tentado de decirle que lo de retirar a su madre era cosa suya, pero no juzgo necesario que se enterase del negocio que se traían entre manos en ese momento. Por lo que se limitó a asentir.-

-De todas formas, si lo crees oportuno, podría ofrecerle a tu madre un pisito que tenemos embargado en el arrabal de Santa Elena...

-¡En el arrabal de Santa Elena; ¡Joder; ¡Qué suerte; Seguro que estará encantada y yo por supuesto eternamente agradecido. No sabe lo que ansia ella abandonar ese pozo inmundo de envidias y maledicencias en que se ha convertido el barrio en el que hasta ahora malvivíamos. Yo desde luego pagaré el alquiler... - dudó unos instantes – si el sueldo me lo permite. ¡Claro esta;

-Ten seguro que sí, pero no te preocupes por eso, pues no será necesario. Entre tenerlo cerrado y que alguien viva allí y lo cuide, preferimos eso ultimo. De todas formas si ella finalmente está contenta allí, quien sabe si el día de mañana puedes permitirte el lujo de comprárselo. De todas formas mejor que de momento no le digas nada para no inducirla a falsas ilusiones. Todavía tengo que solucionar antes un pequeño problema que no creo sea ningún impedimento.

La sonrisa que le dirigió al muchacho lo tranquilizo después de escuchar esas últimas palabras. Al fin y al cabo tenía que verificar antes que Martina accedía a ser su amante, pues esa vivienda podría no salirle tan gratuita como había expuesto y entonces los gastos correrían de su cuenta.

-No sabe cuánto se lo agradezco.

-Pues no hablemos más de este asunto. De momento te vas a ver a Paco Gisbert, el sastre que hay en la calle San Lorenzo, 16, le entregas esta nota – mientras hablaba escribía en el dorso de una de sus tarjetas de visita – y de momento arreglamos lo de los trajes.

XXXXX  
XXX  
X

Brígido tardó una semana a decidirse a visitar a Martina de nuevo. A Jacinto lo había instalado en una pequeña habitación del según piso de la casa, era un antiguo cuarto de plancha que ya no se usaba, y en el que entraba la luz a raudales por una ventana que daba al jardín trasero. Tenía un armario para guardar los cuatro trajes que se había hecho, dos de verano y otros tantos de invierno y que el sastre le terminaba de entregar, una docena de camisas y seis mudas completas. Le había anunciado que las prendas de abrigo, de las que también tomó medidas, le llegarían en el momento oportuno, pues el invierno todavía tardaría en llegar y tenía mucho trabajo pendiente.

La cama era ancha y mullida, con capacidad para dos personas llegado el caso. Completaba el mobiliario un sillón y un pequeño escritorio. Más de lo que nunca hubiese soñado. Continuaba visitando a su madre siempre que podía, pero no ignoraba que esa costumbre con el tiempo se iría perdiendo o por lo menos espaciando.

Don Camilo le entregó un anticipo de su sueldo para que pudiese sufragar sus primeros gastos. En la primera visita que hizo a su madre se lo entregó, asegurándole que cada mes recibiría una cantidad igual, por lo que podía dejar todos los trabajos de limpieza que hacía en diversas casas de la calle Mayor y sobre todo que: “No tuviese que acostarse con quien no quisiese” en clara referencia al cabrero. Comenzó a considerarse una persona importante, sobre todo cuando iba vestido con uno de los excelentes trajes que le terminaban de hacer y sobre todo después de la anécdota que voy a relatarles.

Acudió un día a Le Parisiana a tomar un café, a la hora de pagar se dio cuenta de que no llevaba nada suelto y tuvo que echar mano de la moneda de oro que en su día le entregó Don Camilo y que llevaba encima oculta en un bolsillo interior de su traje. El sorprendido camarero fue a mostrársela al dueño pues no creía que a esa hora de la mañana hubiese suficiente cambio en la caja del mostrador.

El dueño cuya misión era conocer a todos sus clientes, recordaba al muchacho acompañando a Brígido o a Don Camilo por lo que suponía trabajaba para ellos, aunque no recordaba su nombre. Se acercó solícito.

-Si me da su venia, caballero – le dijo mientras devolvía la moneda – le abriré una cuenta de crédito para que pueda saldar su deuda a fin de mes o a su conveniencia.

La oferta le alagó por la confianza que mostraban por un muchacho tan joven, pero no le agradaba tener deudas. Como decía su madre: “no vull tindre mals de cap” que venía a ser una especie de remordimientos por deudas no saldadas. Finalmente aceptó porque parecía no haber otra solución y dio su nombre, del que el dueño tomó mentalmente buena nota.

XXXXX  
XXX  
X

Las dos señoras, el servicio y la chiquillería se habían marchado de vacaciones a la Masía de la partida de Morales. Marieta era partidaria de más bien ir a la playa, pero Camilo las visitaría con toda seguridad los fines de semana y no quería dejar el campo libre a Consuelo. Muy a su pesar, pues añoraba las cálidas y azules aguas del Mediterráneo, decidió quedarse. Ahora se tendría que conformar con las frías y verdes aguas de la piscina.

Brígido por su parte se libraba de concha aunque tendría igualmente los fines de semana con el agravante de que no tendría en donde elegir como Camilo y posiblemente no tocaría bola. Se consoló pensando que durante la semana no daría abasto.

Habló con Camilo y le explicó sus planes con Martina. Siempre había secundado a su jefe en sus amoríos y esperaba que este le correspondiera, como así fue.

-Puedes disponer de esa casa como te apetezca y si quieres incluso se la regalas. Posiblemente necesitará una buena capa de pintura y amueblarla. Hazlo con cargo al despacho.

El secretario no esperaba menos de su jefe.

Esa misma tarde, entrado ya en el mes de agosto, le dijo a Mauro que tuviese la calesa preparada para las siete de la tarde. Quería llegar a la calle San Miguel a una hora en que el sofocante calor hubiese menguado y todas las Marías estuviesen en las puertas de sus casas para que fuesen participantes del espectáculo.

Paró la calesa delante misma de la puerta de Martina y entró en la casa portando dos paquetes, mientras Mauro daba la vuelta al carruaje y los estacionaba a la sombra de la casa de la acera de enfrente para proteger al caballo y a él mismo de los agobiantes rayos de sol que se reflejaban con mayor intensidad en la encalada fachada de la casa de Martina, y de la chiquillería, que enterada del inesperado espectáculo que se les ofrecía, pues salvo las pesadas galeras, esos ligeros carruajes no solían pasar por esos lares, se arremolinaban alrededor del brioso corcel.

-¡Jacinto; ¿Eres tú?

-No. ¡Sorpresa;

-¡Brígido;

Alguien bajo alocadamente la inestable escalera con riesgo de pegarse un buen porrazo y se abalanzó en sus brazos. Hacía más de una semana que no se veían y la mujer había perdido toda esperanza de volver a verlo.

-Creía que no volverías –siguió diciendo mientras sus ojos no podían contener las lagrimas – no sabes lo que te agradezco lo que estás haciendo por mi hijo.

-Por tu hijo no he hecho nada que no se hubiese ganado por sus propios meritos.

-¡Vamos arriba; No sabes lo mucho que te deseo.

-Tiempo habrá para ello.

La mujer se extrañó de que el hombre la rechazara. Le miró fijamente a los ojos buscando una explicación a esa inexplicable, por lo menos para ella, falta de deseo.

-¿Ya no te gusto?

-Más que a mi vida. Ten por seguro que antes que termine este día, tú y yo, haremos el amor. Pero antes hay varias cosas que tenemos que hacer. De momento ponte esto – le dijo mientras le mostraba los dos paquetes.

Martina comenzó a quitar cintas y desprender el papel que envolvía al más grande. Se puso loca de contenta cuando contempló el precioso vestido de noche que había en su interior, acompañado de finas piezas de lencería.

-Espero te venga bien. Eres casi idéntica a la dependienta que me atendió y a ella se lo he hecho probar, para no meter la pata.

Martina comenzó a desnudarse hasta quedar completamente como su madre la parió. Brígido se apartó discretamente de ella evitando mirar directamente y con descaro su desnudez.

Cuando hicieron por la noche, hace algunos días, el amor, apenas pudo apreciar su cuerpo con

la vista aunque si al tacto. Para ser sincero solo la vio fugazmente el día que la sorprendió con el cabrero. Ahora tenía la oportunidad de verla, aunque por pudor lo hacía de reojo, tranquilamente y maravillándose de su esbelto cuerpo. Trabajado a base de mucha hambre y un poco de ejercicio.

-¿Es que ahora tienes vergüenza de verme? No me lo puedo creer después del descarro con que me mirabas el día que me sorprendiste con el cabrero. Ya puedes olvidarla pues para vestirme esto tendrás que ayudarme... y algunas otras cosas, como esto que tengo en la mano, tendrás que decirme para que sirve, pues es la primera vez que lo veo.

Brígido rió. Sabía que era la prenda preferida de algunas prostitutas, pero desde luego no iba a decírselo a su amada. Ni siquiera las diversas aplicaciones que tenía la abertura de las entrepiernas, salvo la más elemental, que era poder realizar aguas menores sin tener que quitárselo.

-Esto se pone como los hombres los pantalones, y esto – señalo la abertura - para mear sin tener que quitárselo.

Martina rió divertida. ¡Vaya cosa que llevaban las señoronas! Finalmente lograron colocar cada prenda en el lugar del cuerpo que le correspondía. No sin grandes esfuerzos y con algún que otro contratiempo que finalmente lograron solucionar.

-Este pelo no tiene solución – bufó la mujer mientras trataba de arreglárselo.

-Este sombrero – le dijo mientras abría la caja pequeña que lo contenía – puede ser la solución. Póntelo de momento y mañana lo arreglaremos definitivamente.

Brígido miró nervioso el reloj. Se estaba haciendo tarde. Todo estaba planeado al milímetro y saldría como lo tenía previsto, siempre que se cumpliesen los pasos.

-Tenemos que marcharnos.

-¿Por qué tanta prisa?

-Ya lo veras. Estás hermosa y arrebatadora y eso es lo único que importa de momento.

Un beso en la mejilla y un cariñoso cachete en la parte blanda de su trasero la pusieron en movimiento. Pero las sorpresas todavía no habían terminado.

Esperaba un paseo cogidos por el brazo como el del otro día, pero nunca pudo imaginarse que iba a montarse en una esplendida calesa tirada por un hermoso caballo gris, lujosamente enjaezado. Mauro al verlos salir, dio un chasquido con el látigo al aire, más para sacarse a los niños de encima que para que la calesa se pusiese en movimiento. Dirigió el vehículo a la otra parte de la calle hasta situarse otra vez delante la puerta de la casa de Martina.

Esta se recreó subiendo el peldaño que el joven y servicial cochero había extraído de la nada y se apoyó en la mano que gentilmente le ofrecía. Era fina y delicada como la de una dama en comparación con la suya mucho más rasposa y que no lucía los sabañones de costumbre porque todavía no había entrado el invierno.

Cuando se aposentó, a pesar del calor que hacía, echó mano de los guantes de algodón que colgaban de su cintura y se los puso.

El conductor sabía a qué atenerse, pues sin recibir instrucciones puso en marcha la calesa calle arriba y a un ligero trote ascendió por la calle de San Miguel.

Las vecinas se preguntaban de donde había salido la elegante dama que transportaba, pues nadie podía imaginar que se tratase de la Martina. Mientras que ella, orgullosa, con la cabeza alta y la mirada al frente no hizo nada para que la reconociera. Dejaron la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados a mano derecha y continuaron por la misma calle hasta llegar a la plaza de San Miguel. El caballo olfateo el agua de la fuente y giró levemente la cabeza. Mauro pendiente de todos sus movimientos que en definitiva mostraban las necesidades del animal lo desvió hasta el abrevadero y le permitió tomar un par de sorbos, mientras él, en la fuente, aprovechaba para refrescar el gaznate. Después de intercambiar con sus pasajeros una sonrisa y un gesto de complicidad, montó el conductor de nuevo al pescante y reemprendió la marcha.

Brígido no se molestó por la interrupción de la carrera a pesar de que llevaban algo de retraso, ya

que el cochero sabía muy bien lo que tenía que hacer y libre albedrío para realizarlo.

Subieron un tramo por la calle Mayor y doblaron a la derecha por la de San Blas, pues allí la calle se estrechaba y no permitía el cruce con las galerías que bajaban de la Plaza de San Agustín. Se desviaron, esta vez a la izquierda, cuando alcanzaron la calle del Carmen que les permitía un ascenso franco hasta la plaza del Teatro que lindaba con la antes citada. De esta forma se evitaba la transitada calle de Santo Tomás y se recuperaba con creces el tiempo antes perdido.

A partir de este punto las calles se ampliaban y el tránsito era mucho más sencillo. Salieron de la Plaza por la calle del Mercado, siguieron por la de San Lorenzo y finalmente por la de San Cristóbal. Cuesta abajo y con un piso liso de tierra apisonada y poco transitado la calesa volaba más que corría.

Aunque la calle estaba trazada faltaban muchas casas por construir. Solo había algunas aisladas, aquí y allá, pero se notaba a la legua que eran edificios caros construidos para gente importante. Martina reconocía que no había estado nunca allí, en realidad jamás había abandonado el casco urbano de la población y ese aislamiento le encogía el estómago. Vivir allí sería maravilloso pero reconocía que estaba fuera de sus posibilidades.

Todavía se estaba preguntando el porqué Brígido la había llevado hasta allí, pues se había negado a responder a todas las preguntas que le hizo durante el camino, desviando la conversación a temas intrascendente como el tiempo, cuando a las ocho y un minuto exactamente, se detuvieron delante de una casa de tres plantas, construida con sólidos sillares finamente labrados. Era de construcción reciente y de fachada irregular, como si en el solar de al lado fuese a edificarse otra idéntica que la complementase. Cada planta mostraba un balcón y una ventana, que correspondería con toda seguridad al salón y la sala principal respectivamente.

En la puerta les esperaba un hombre de mediana edad, elegantemente vestido aunque su traje estaba algo raído por su uso diario, típico de los dependientes de la época, era algo bajo, moreno y que lucía un delgado bigote. Portaba una carpeta bajo el brazo y al verlos detenerse, rápidamente se quitó el sombrero y se acercó solícito, para abrir la portezuela, desplegar la escalerilla haciendo de palafrenero y ayudar a bajar a la dama.

Parecía que tenía prisa. Saludó a los recién llegados con una serie de reverencias, mientras agradecía de viva voz la confianza depositada en su persona. Brígido trató de evitar estos prolegómenos, mientras que Martina, encantada, le ofreció incluso su mano para que la besara.

El portal se resistió para abrirse y Brígido hizo una señal al mancebo para que tomara nota y solucionase el problema. Este sacó una libretita de su bolsillo izquierdo y ya no dejó de tomar notas en ella.

La vivienda como no podía ser de otra forma, le causó a la mujer una inmejorable impresión. Cosa por otra parte lógica pues cualquier casa que viese siempre sería mejor que la que habitaba actualmente.

Brígido no le había dicho nada, pero la mujer comenzaba a sospechar que esa casa podía convertirse en su nido de amor que visitarían asiduamente para que las relaciones con el hombre que la acompañaba tuviesen una cierta privacidad. Nunca pudo imaginar que esa casa pudiese ser suya.

Mientras la contemplaban entusiasmados, el dependiente iba a su bola tomando medidas a diestro y siniestro. La vivienda en sí no era muy grande, pero más que suficiente para una pareja. En la parte que daba a la calle y como había supuesto había un amplio salón comedor bellamente decorado con piezas de escayola y a su lado la sala, también grande, en donde cabían con holgura todos los muebles que precisa en su habitación una dama. Anexo al dormitorio había otra habitación interior, que bien pudiese servir de vestidor y armario ropero. La parte trasera que tenía vistas a un jardín, la ocupaban dos habitaciones, estas mucho más pequeñas que la sala, la cocina y un cuarto de baño interior provisto de retrete y una original bañera.



La puerta de entrada daba a un ancho recibidor y este a un pasillo que daba acceso a las diversas dependencias de la casa.

Martina estaba encantada, continuamente llenaba a besos la cara de su amado en cada habitación que descubría. De no estar presente el inoportuno mancebo seguro que ya estarían haciendo el amor en el cálido suelo.

-¿Quiere queelijamos los colores? – les interrumpió el decorador.

-¡Los colores! – exclamó ella

-Para pintar la casa. Querida – aclaró Brígido

-Me puedes decir que pinto yo en todo esto – le susurró Martina al oído - ¿No pensarás regálarmela?

-¡No! sencillamente porque no es mía. Pero vas a disfrutar de ella como si te la regalase y el día de mañana quizás...

La mujer no lo dejó continuar tapándole la boca con un beso.

-¡Ah! Entonces esta de color rosa.- en esos momentos estaban en una enmanisada cocina.

Viendo el gesto de estupor del decorador, rectificó inmediatamente

-Mejor lo dejo a su libre albedrío

Martina no sabía exactamente qué significaba esa palabra, pero recordaba que la escuchó una vez en una situación similar, de boca de una señora y desde entonces no la había olvidado. Sencillamente le salió del alma.

El decorador sorprendido por el lenguaje de la dama y que le otorgaba toda su confianza, le mostró la mejor de sus sonrisas.

-Los muebles también quedan a tu criterio- intervino Brígido después de echarle una rápida mirada a su reloj, pues eran ya las nueve de la noche- pero ya sabes no quiero nada de virguerías, muebles alegres pero lujosos y sobre todo que en una semana este todo listo.

-¿En una semana? – respondió alarmado.

-Sé que los has hecho en menos tiempo. Así es que andando que se hace tarde.

El decorador salió como alma que lleva el diablo.

-De aquí no salimos sin hacer el amor – le requirió la mujer pensando que de allí la llevaría a su casa y el sueño de la mendiga y el príncipe terminaba.

-Tiempo habrá para todo – le respondió rechazándola de nuevo ese día por segunda vez – Pues aun te aguardan hoy muchas más sorpresas. Lo que no puedo consentir es que aunque resulte un revolcón inolvidable, el precioso vestido que luces se ensucie de polvo.

-¿Todavía hay más? – preguntó una mujer ilusionada y ahíta de emociones.

-¡Sígueme!

Bajaron las escaleras casi corriendo como dos adolescentes enamorados, después de cerrar con un portazo la puerta pues las únicas llaves que Brígido llevaba se las terminaba de entregar al decorador antes de su marcha. Se dieron un último beso en el zaguán antes de salir a la calle y montar en la calesa.

Pararon en la casa de huéspedes de Miguel Mullor, sin duda la mejor de Alcoy en esa época. Estaba situada en la céntrica plaza de San Agustín. Allí Brígido despidió a Mauro, diciéndole que podía regresar a casa, después de entregarle una moneda de plata que el ya casi hombre recibió agradecido. Más si cabe porque no tenía ninguna obligación de dársela, ya que al fin y al cabo era su trabajo.

Detrás de un pequeño mostrador situado en el fondo del zaguán de la casa les atendió con toda solicitud un joven que al enterarse de la identidad del recién llegado, al que esperaban, llamó a su superior.

Todo estaba hablado. Le asignaron la mejor habitación de la casa, que no era otra que la que usaban los recién casados de la elite alcoyana el día de su boda y víspera de partir de viaje de luna de miel.

Poseía una majestuosa cama en la que perfectamente podían dormir cuatro personas y provista de un mullido colchón doble de lana. Tenía también retrete exclusivo en un cuartucho situado en uno de los rincones y a su lado una bañera primorosamente decorada. La casa ya estaba provista de agua corriente, pero si no querías bañarte en las frías aguas alcoyanas, aunque estuviésemos en plena canícula, podían traerte, previo encargo, varios cantaros con agua casi hirviendo para que pudieses atemperar el baño con la fría.

Martina ansiaba hacer el amor con su amado como si fuese la última vez que iban a verse. El varón trataba de calma su furor uterino. Diciéndole que ocasión tendrían de ello. Era la tercera vez que se negaba ese día. La mujer ya no atendía a razonar y echada sobre la cama con la falda arremangada y sus muslos abiertos, le mostraba, por la abertura de su prenda íntima, el verdadero y auténtico pórtico de la gloria.

-¡También sirve para otra cosa que no sea mear ¡- le reclamaba gozosa y aunque Brígido hubiese preferido lanzarse sobre ella se contuvo, pues lo que no quería era un aquí te cojo aquí te mato, sino hacer el amor como Dios manda.

-Es fin si es eso lo que deseas - le respondió mientras comenzaba a quitarse la chaqueta - pero antes tendré que anular la reserva que para cenar tenemos en Le Parisián.

-¡Cenar en Le Parisián¡ - exclamó la mujer alucinada

Estas palabras mágicas fueron una especie de abracadabra o ábrete sésamo, en este caso ciérrate, porque apretó sus muslos y de un salto bajó de la cama.

-A Le Parisián - continuó - ¿Nosotros solo?

-¡Mujer¡ Si quieres invitamos a tu hijo y después nos lo traemos aquí para dormir - miro el amplio tálamo - la cama desde luego lo permite.

Ella negó con la cabeza e instintivamente comenzó a colocarse debajo del sombrero los rizos rebeldes que habían salido.

-¿Después me juras que vendremos a dormir aquí toda la noche?

-¡No¡ - fue un no tajante.

-¿Por qué? - preguntó una desconsolada mujer.

-Porque no podre dormir en toda la noche.

-¡Tonto¡ - le respondió coqueta.

-Ahora préstame atención porque antes de salir quiero comentarte varias cosas. Te he inscrito en esta casa y por razones obvias, como si fueses mi hermana, Martina Bolufer y Bustamante. ¡Repíte el nombre¡

-¿Tienes una hermana?

-Tu repíte - le respondió mientras negaba con la cabeza- Martina Bolufer y Bustamante...

-Martina Bolufer y Bustamante - repitió la mujer hasta tres veces.

-Hay que guardar las apariencias. Este parentesco me permite permanecer ahora estar en tu habitación sin levantar suspicacias. Por esta zona me conoce todo el mundo, y a ti no tanto.

-Seguro que no y con la pinta que tengo ahora no me reconocería ni mi madre, si la pobre aun viviese.

-¡Muy bien¡ Has llegado desde Valencia, en donde resides, únicamente para verme. Estarás ocho días aquí.

-¡Ocho días¡

-O los que hagan falta hasta que el piso que hemos visto este habitable

-¿Ya no tendré que bajar a mi casa?

-Si no quieres. No

-Esto no puede ser una realidad. Es un sueño del que despertaré y ... - comenzó a llorar desconsoladamente ahíta de emociones...

-No quiero verte así...-la consoló el hombre mientras la abrazaba y prodigaba toda clase de cariños.

La mujer se recompuso inmediatamente.

-¡Es verdad! Que sea lo que Dios quiera y si al final todo es un sueño...!Que me quiten lo bailado;

-Así quiero ver a mi niña... Ahora marchemos rápidos que nos van a quitar la mesa creyendo que no vamos.

Cenaron en un lugar discreto de la sala, fuera de la vista de la mayoría de los presentes. Brígido la presentó al maître como su hermana, igual que a cuantos conocidos se acercaban. Tuvo incluso que espantar a más de uno que al enterarse no les unía ninguna relación sentimental querían pescar en río revuelto.

-No sé si la idea de hacerte pasar por mi hermana es buena, no contaba con la cantidad de moscones que quieren picarte.

Ambos rieron la ocurrencia. Martina estaba alucinada. Había pasado de ser una mujer que no llamaba la atención ni siquiera de los dueños de las casas en que servía y que casi diariamente solo veían un trasero arrastrándose por el suelo mientras fregaba los suelos de sus viviendas, a ser la atención de todas las miradas y la envidia por no ser el hombre que la acompañaba. ¡Y era la misma mujer! pero distintamente vestida y a apenas un par de centenares de metro del submundo en donde hasta ahora había vivido. Tenía claro que ya no quería regresar y haría todo lo posible para que así fuese. Pero volvió a la realidad. Reinicio la conversación con su hombre. Hacía tiempo que no le dirigía la palabra y temía se sintiese abandonado. Le dijo lo primero que se le ocurrió.

-Y en la pensión. ¿No se extrañaran de tu presencia en mi habitación en horas intempestivas? O es que después de esta noche ya no volveré a verte por allí.

-Me tendrás todas las noches, por eso no te preocupes. Y para evitar que consideren que soy un incestuoso hermano, he alquilado la habitación contigua a la tuya en la que oficialmente dormiré todas las noches. Ya he advertido que no quiero que mi querida hermana se sienta sola.

-Lo tienes todo planeado ¡Ladran!

-Cuando hago las cosas soy muy metódico y me encanta hacerlas bien.

No tardaron en irse al hotelito. Martina, podía decirse sin temor a equivocarse, no había conocido el verdadero amor hasta hacia apenas unas semanas. Su vida sexual había sido hasta ahora relativamente larga pero infructuosa.

Pasó de ser violada brutalmente por su esposo, pues lo que ocurrió en su noche de bodas con solo dieciséis años no se puede catalogar de otra forma, a otras, tal vez menos brutales, en su vida de casada sin ningún placer ya que el hombre que la poseía, su esposo, solo buscaba su satisfacción personal. Muerto el perro se acabó la rabia, aunque la soledad resultó mucho peor. Después las relaciones con el cabrero tampoco le aportaron nada nuevo. Lo hizo por agradecimiento y porque su cuerpo se lo pedía, todo hay que decirlo, estaba en la flor de la vida y no tenía vocación de monja. Llegó a creer que el sexo, a diferencia de los hombres que disfrutaban verdaderamente, era solamente eso. Tener un hombre sobre su cuerpo, poder acariciarlo y después...nada.

Hasta que llegó Brígido. Se sometió a él como una experiencia más hasta que conoció el cielo, ya la primera vez. No fue fruto de la casualidad, pues esa noche esa noche repitieron la experiencia. ¿Tres, cuatro veces? Y en todas obtuvo premio.

Desde entonces no tuvieron la ocasión de repetir la experiencia y esas eran sencillamente las ansias que tenía de poseerlo otra vez, aunque fuese la última, que no lo esperaba.

Nada tenía que ver la esperanza de una vida mejor, adicionada con una casa nueva y un nivel de vida superior con todo lo que ello conlleva, y que daba la impresión quería ofrecerle. Ella solo quería su amor y lo seguía haciendo aunque fuese a escondida en su humilde vivienda.

Ahora estaban los dos solos en la mejor habitación de la pensión. Ella dejándose hacer y él manipulando su cuerpo con la pericia de un sádico. Ya notaba los síntomas de un primer orgasmo y

todavía no la habían penetrado. Su sexo lo notaba húmedo y pidiendo guerra. Se dejó hacer... Pensó que debía aprender nuevas técnicas para hacer con él lo mismo, si quería conservarlo toda la vida. Perdió la noción del tiempo y los sentidos...

-Tengo que irme – le dijo cuando la despertó de buena mañana. Tu continua durmiendo. Te despertaran alrededor de las nueve y te traerán agua caliente para que puedas tomar un baño. A las diez pasará una peluquera para arreglarte los cabellos y a las doce me tendrás de nuevo a tu disposición. Iremos de compra. Todo está pagado. No tienes que preocuparte de nada.

A las doce en punto pasó para recogerla, visitaron todas las tiendas de Alcoy, buscando todas las novedades y los vestidos más lujosos que le fuesen bien: de diario, paseo, noche galas. Por suerte estaban en verano y las prendas de abrigo podían posponerse.

Brígido no reparaba en gastos y el dinero salía de su bolsillo a raudales. Su amada estaba radiante con cada uno que se vestía y después de la última noche de amor, cualquier cosa que le pidiera era poco para ella. Martina por el contrario consideraba que le estaban robando pues con lo que le costó cada uno de los trajes tendría suficiente para comer todo un año. ¡Como un año! Dos o tres como mínimo.

El día estaba resultando agobiante. De buena mañana la despertó la doncella que traía los cantaros de agua caliente. Con un par fue suficiente, después la misma muchacha la ayudó a bañarse, brotando suavemente con una esponja marina su espalda y aquellos lugares en que su mano no llegaba. Luego le lavó concienzudamente sus largos cabellos y cuando se puso de pie le echó agua con una jarra para quitarle el exceso de jabón que persistía sobre su piel. Finalmente la secó, con una suave toalla.

La carne se le ponía de gallina al sentir la mano de la mujer en contacto con su piel. Nunca una mujer la vio desnuda desde que se casó y mucho menos tocado. Era una sensación nueva que no sabía a ciencia cierta si le agradaba. Optó por agradecerle sus servicios y terminar ella sola.

Aun no había terminado de cubrirse cuando llegó la peluquera que le cortó y peinó el cabello recién lavado, mientras otra muchacha más joven, probablemente su hija, le masajeaba las manos con una crema que las dejó suaves como las de un bebé y recortó y pintó sus uñas. Incluidas las de los pies. ¡Todo una pasada!

Después de las compras comieron en Le Parisiën. Aprovecharon la siesta para hacer el amor de nuevo. Tan a gustos se encontraban, como si fueran dos recién casados, que perdonaron la cena y no se levantaron hasta el día siguiente.

Diez días después inauguraron la nueva casa completamente equipada. Era viernes y Brígido ansiaba pasar el fin de semana en su nuevo nido de amor. Evito por todos los medios acudir esta vez a la masía.

-Don Camilo. Hágame el favor de justificar mi ausencia ante Concha.

Eso lo hizo Brígido por él en innumerables ocasiones y lo comprendía.. Asintió con la cabeza, pero le dijo.

-No estires tanto la goma que se puede romper. Recuerda que la avaricia siempre rompe el saco.

## CAPITULO X

### La desgraciada aventura de Camilo

Jacinto estaba contento con su nuevo cargo, con la habitación que le cedieron y sobre todo con el ambiente de la casa que lo había admitido, tanto por parte de los criados como por los patronos. Era como uno más de ellos.

Con el resto de la familia en la misia estaba ocupado acompañando al señor y cuando lo dejaba en su despacho siempre le decía.

-Ves a Le Parisiën a almorzar, si te necesito enviaré a alguien para buscarte – seguidamente y como si se le hubiese olvidado- ¡Diles que lo carguen en mi cuenta!

En la mayoría de las ocasiones hasta el mediodía no llegaba ningún aviso y pasaba las horas muertas sentado bajo la marquesina del bar, viendo pasar a las mozas, requebrándolas de vez en cuando y por sus lujosos trajes haciéndose pasar por un señorito ocioso. Después, en el paseo le era más fácil acercarse a ellas sin temor alguno a ser rechazado. A más de una se la había llevado al huerto, aunque solo para besuquearlas y tocar sus intimidades, pues lo otro, aparte no querer dejarlas preñadas, nunca lo hizo y no sabía cómo empezar.

Pero esa no era la vida a la que estaba acostumbrado y le agradaba. Cerca de allí existía un gimnasio regido por un ex militar que impartía lecciones de lucha y sobre todo del manejo de las armas. En la profesión que eligió en ocasiones los puños no le bastarían y debía estar perfectamente preparado.

Un día que Don Camilo tenía ganas de charlar, pues ya le estaba tomando confianza le comentó si durante esas largas esperas podía frecuentar el gimnasio en vez de la marquesina y asistir a las clases para reforzar sus dotes de lucha que le vendrían muy bien en caso necesario.

-Me parece muy bien – le respondió Don Camilo. Ademas me ofrezco a pagarte las clases, al fin y al cabo entran dentro de tu formación.

En pocos meses Jacinto se convirtió en un buen luchador, por lo menos superior a la media de los que pudiera tener la necesidad de enfrentarse, y sobre todo un experto en el lanzamiento de cuchillos, habilidad, que según le dijo su instructor, tenía innata aunque no la descubriese hasta ahora. Desde entonces siempre llevaba uno escondido en el interior de su chaqueta y otro atado a su pantorrilla y oculto por el camal del pantalón. Destacó también en el tiro. Se apuntó a una modalidad deportiva que le servía de tapadera y en la que eran más fáciles las practicas y no se precisaba de tantos permisos.

Serian finales de Agosto cuando llegó la triste noticia. Su hermana Amalia había fallecido en Yocla. La trajeron Quico el Mulero y Jaime el Baina, un jueves alrededor de las seis de la tarde. Sus caballos estaban agotados después de todo un día cabalgando. Salieron de Yocla un par de horas antes de amanecer y solo se detuvieron para comer y dar un merecido descanso a sus caballos.

Mauro se hizo cargo de ellos. Les dio un buen baño con el agua templada que contenía la larga manguera, repleta de agua, y expuesta al sol del verano. Era un truco que había descubierto por casualidad y que Camilo copió al alargar, innecesariamente y sobre una pared carasolada, el tubo del agua que abastecía el cuarto de baño para que se calentara. Luego los peinó cuidadosamente, masaje que los nobles brutos agradecieron, los metió en la cuadra y les proporcionó una ración extra de paja, alfalfa, un puñado de centeno y hasta un par de manzanas que siempre tenía preparadas como premio para los caballos de la casa.

Por suerte Camilo se encontraba en la casa y pudo recibirlos inmediatamente como merecían.

Extrañeza cuando los anunciaron, alegría al verlos y desesperación al recibir la triste noticia. El suceso ocurrió la tarde anterior. Se derrumbó a la puerta de su casa. Probablemente se sintió mal en el interior, salió a la calle para pedir ayuda y se desmayó.

-Ha mort de repent – aseguro Jaime

-No ha tingut temps de patir – añadió el otro

-El entierro esta previsto para mañana a estas horas, con el calor que hace no sería conveniente retrasarlo – añadió el primero

Camilo los escuchaba pero no los oía. Su pensamiento estaba en otro sitio. Antes de tomar una decisión tenía que asimilar el doloroso suceso.

-Ya hablaremos después, ahora debéis estar agotados del largo viaje y posiblemente también hambrientos.

No tenía servicio pues estaban todos en la masía. Como cartucho de emergencia echó mano de Carmen, la guardesa, para que preparara algunas viandas y atendiese a los invitados. Después se retiró de nuevo a su despacho.

Estuvo media hora llorando desconsoladamente, aunque reprimiendo el llanto pues no quería llamar la atención. Había fallecido la mujer que mas quiso en este mundo, tanto en el sentido filial como carnal. Incluso más que a su propia madre.

Pensó incluso en cambiarle los caballos a sus amigos y partir inmediatamente, pero lo desestimó de seguido. Era una locura y en realidad no quería asistir al funeral ni verla de cuerpo presente. No quería contemplar como las plañideras del pueblo lloraban desconsoladamente ante un cadáver que les importaba un pimiento para seguidamente discutir por un puesto de honor en la cabecera del túmulo, cuando alguna de ella se levantaba para tomar un tentempié acompañado por una copa de mistela o un trago de cazalla y otra le quitaba el sitio. Tampoco los pésames multitudinarios. Yendo más tarde tampoco se los perdonarían, pero serian mas espaciados y alguno se perdería.

Definitivamente no haría nada por llegar a tiempo.

No hubo la esperada velada esa noche. Camilo ya sabía lo que quería saber y no quería recordar escenas pasadas que le hiciesen saltar las lágrimas. Solicitó la presencia de Jacinto el Guardés, explicándole con brevedad lo ocurrido, para que al día siguiente se desplazase hasta la masía e informase a Marieta y Consuelo de lo ocurrido y su probable ausencia en los tres o cuatro próximos días.

Posteriormente, sin cenar, se acostó en su cama. Se despertó al alba antes de que Carmen lo hiciera como estaba previsto. Se vistió con las más cómodas ropas de viaje, desayunó ligeramente en compañía de sus amigos y antes de que el sol apareciera por la Serreta ya iban de camino.

Por suerte la puerta del camino de Penaguila ya estaba abierta toda la noche y no tuvieron que sobornar a los vigilantes para que les franquease el paso antes de hora. Ciertamente es que todo ello resultaría innecesario por contar con la presencia física de Camilo, al que medio Alcoy le estaba agradecido y el otro medio pensaba estarlo alguna vez.

El viaje transcurrió sin más incidencias dignas de remarcar y aunque Jaime y Quico trataban de acelerar la marcha, pensando que cuando antes llegasen mejor para Camilo, este hacia todo lo posible para retenerla.

Calculó que a ese paso no llegarían hasta el día siguiente al filo del mediodía. Había hecho este trayecto tantas veces que lo tenía todo perfectamente calculado. Cenarían y dormirían tranquilamente en la venta de Benifato y si aquello seguía como siempre, cosa que no dudaba, agasajaría a sus amigos con la presencia esa noche en su cama de la posadera y su hija. En agradecimiento por los servicios prestados. Sabía que por eso no admitirían nunca una gratificación de su parte y solo era una manera indirecta de recompensarlos.

Todo ocurrió como lo tenía previsto y a las doce en punto del mediodía, cuando las campanas de la iglesia tocaban el ángelus, pasaban junto a la casa de los fantasmas rumbo a Yocla.

Camilo y sus amigos, que todavía estaban relamiendo sus labios por la sorpresa de la noche anterior, llegaron a las puertas de la villa. Cada uno marchó a su casa con un “hasta luego” y Camilo a la de su hermana.

Todos con los que se cruzó, viejos conocidos, se extrañaron con la presencia de este caballero tan elegante y montado en un precioso corcel que no daba ninguna muestra de cansancio. Ninguno lo

relacionó con el cura que antaño fue su guía espiritual, que con una sotana raída hacia el mismo recorrido montado en un pollino.

No hizo nada por identificarse ni siquiera los saludó como mandaban los cánones, aparentó estar ensimismado y ausente de todo lo que ocurría a su alrededor.

Llegó a casa de su hermana. Como había supuesto la puerta no estaba cerrada con llave y cedió apenas la empujó después de dar la vuelta al picaporte. La de la cuadra se habría por dentro y al ir a abrirla y comprobar que la cuadra estaba inmaculada, decidió no meter allí a su caballo y ensuciarla por solo un par de días que iba a estar. Lo condujo por dentro de la casa, a través de un estrecho pasillo de cantos rodados, que iban desde la misma puerta al patio trasero, construido por su cuñado Pepe el Pollero, en lugar del pavimento que lucía el resto de la casa, para evitar que se estropease con el paso de las caballerías.

El patio de tierra, en parte aprovechado como huerto, era bastante grande en comparación con los que disfrutaban sus vecinos. Tenía un sombrajo en el que el caballo podía refugiarse del sol en caso necesario. Una pila de piedra, cuyo desagüe tapó con un trozo de corcho hecho a propósito y en cuyo interior vació un par de cantaros de agua cogidos del aljibe de la casa, aseguraba que su caballo no pasaría sed. El huerto estaba repleto de unas verduras que nadie recogería. Ignoraba si todas le apetecerían, pero tenía en donde elegir y tampoco sufriría hambre, por lo menos de momento. Mas tarde ordenaría a alguien que trajese alfalfa y paja, para asegurar su alimentación.

Se metió de nuevo en la casa. El rastro del funeral de día anterior alguien lo hizo desaparecer. Sin embargo en el ambiente continuaba imperando el aroma característico de su hermana que tanto le agradaba. Se sentó en el sillón de la izquierda del hallar, que era el que solía usar Amalia y contempló los retratos al óleo que un estudiante de bellas artes de Valencia, que pasó un verano en el pueblo les había pintado a cambio de cobijo y comida. Uno era de Amalia, el otro de Pepe. Ella era como la recordaba diez o quince años antes, cuando todavía estaba en plena sazón y le gustaba recordarla.

Después pasó a su habitación. Toda estaba en perfecto orden, como si se hubiese molestado en dejarlo todo limpio antes de morir. Ella era así. Abrió los armarios, toda ropa suya, la de Pepe hacía tiempo que había desaparecido. Probablemente para evitar una dolorosa nostalgia. El ambiente se volvió a saturar de su aroma, mezclado con otro de hierbas silvestres, que él nunca identificó, y que según decía servía para espantar la polilla.

Abría y cerraba mecánicamente todas las puertas y cajones que encontraba a su paso. No buscaba nada en concreto, solo algo que le llamase la atención. Nada.

Una especie de escritorio, tenía los cajones repletos de documentos. Notas facturas, alguna carta de gente a la que no conocía y varias suyas, pues reconoció inmediatamente su letra, que recordaba haberla escrito. Tarjetas de felicitación, todas suyas, que acompañaban el regalo que siempre le hacía por su cumpleaños y fiesta de reyes.

En un fajo aparte las escrituras... de la casa, de los almacenes donde Pepe solía guardar la mercancía del contrabando antes de ponerla a la venta, hasta la de un Riu Rau que Camilo ignoraba hubiesen comprado. Además de tierras, numerosas parcelas, allí llamadas fincas, repartidas por todo el término.

Su hermana desde luego era rica y él posiblemente su único heredero. A otro posiblemente le hubiese hecho saltar de alegría pero a él los bienes materiales ya hacía tiempo le traían sin cuidado. Solo le importaban los espirituales, aquellos que le hacían recordar viejos recuerdos. Volvía a tener bienes el Yocla, pero esta vez no se desharía de ellos como la otra vez, y los conservaría todos, especialmente la casa en donde estaba y que la mantendría como un museo. Por lo menos mientras él viviese.

Estaba a punto de dar por terminada su inspección, por lo menos en ese cajón, cuando le llamó la atención un pliego de papel, debidamente sellado con lacre y en cuyo dorso aparecía su nombre.

“A mi bien amado hermano Camilo”

¿Sería el testamento? Posiblemente no. De hacerlo, cosa que no dudaba, pues su hermana era muy metódica en ese aspecto, lo tendría Don Rodolfo, el procurador de Altea que hacía las veces de notario. No debía preocuparse de eso pues con toda seguridad ya se encargaría de ponerse en contacto con él, en cuando pasasen los días de luto de rigor.

Tenía claro que se trataba de un mensaje personal. Dudó en abrirla inmediatamente, mientras le daba la vuelta con sus manos al documento, o esperar a su regreso a Alcoy para leerla detenidamente. Finalmente le pudo la curiosidad y que fuese una cuestión urgente. Rompió el lacre.

Allí solo había un verso:

“La hucha del mundo que te dejaba ver

Donde descubriste el secreto que te daba placer”

Más bien parecía un enigma. ¿Pero que le intentaba decir su hermana con ello? Dio dos o tres vueltas al papel buscando algo que le diese una pista y no lo encontró.

Leyó de nuevo el mensaje. Pero nada. No era el momento apropiado para acertijos. Optó por guardárselo en el bolsillo de su chaqueta y esperar a una ocasión más propicia para descifrarlo.

Eran las tres de la tarde, la barriga protestaba ruidosamente y decidió ir a comer. Iría a casa de Tonet, el único mesón del pueblo y que estaba en Yocla de Baix en la misma playa.

Las barcas sardinales estaban todavía pescando a lo lejos, aunque alguno, que probablemente había hecho su agosto, ya se acercaba a la playa para ser los primeros en poner a la venta sus productos.

El arenal estaba todavía vacío salvo algunos muchachos que jugaban sobre la arena y se refrescaban en la mar. Como no detectó nada parecido a Marieta introduciéndose desnuda en el agua. ¡Como esa ya no parirían otra! Decidió meterse en el mesón.

Aquello estaba lleno de hombres que esperaban a las barcas para llevar en sus mulas pescado fresco a Polop, La Nucia e incluso Callosa. Y sobre todos los agricultores del pueblo, que terminada su jornada, pretendían obsequiar a sus esposas con algo de pescado para la cena.

Todo eran saludos y preguntas a las que no tenía ganas de responder. Finalmente y para sacárselos de encima optó por...

-Estáis invitados todos. Lo que se consuma mientras esté yo aquí... ¡Corre de mi cuenta!

Automáticamente se quedó solo y libre de moscones. Todos acudieron a la barra, pidiendo bebidas y licores a gritos y saturando en un momento a Tonet.

Este no daba abastos, pero un muchacho joven, que probablemente era su hijo pero que solo recordaba vagamente de hacía mucho tiempo cuando solo era solo un niño y jugando a militares y contrabandistas en la calle, le sirvió una fritura de pescado, con pimientos asados cortados a tiras y mezclado con aceite al que no le faltaban los ajos, y que allí llamaban “miracielos” pues tenías que levantar la cabeza mirando al éter para introducirlos en la boca.

Comió y no esperó para tomar siquiera algo de postres, le hizo una seña a Tonet indicándole que volvería después y salió por la puerta mientras escuchaba la voz cantarina del dueño anunciando.

-¡Señores! El maná se ha terminado, la próxima comanda ya se paga.

Todos se giraron para comprobar que efectivamente Camilo ya no estaba en su mesa y había desaparecido.

Cogió el caballo y se dirigió hacia una colina cercana en donde estaba situado el cementerio. Había recorrido ese camino en innumerables ocasiones acompañando a algún difunto, pero era la primera vez que lo hacía a caballo. Fue un corto paseo.

El cementerio de Yocla era un cuadrado de aproximadamente cincuenta metros de lado situado alrededor de una pequeña elevación. De lejos parecía una pirámide truncada. La base era el muro y la cima era casi plana. La suave ladera que la formaba se había abancalado para que las tubas formasen una línea recta. La cumbre desde luego estaba reservada para los familiares del Marqués de la Almadra que quisiesen ser enterrados en sus dominios.

Unas eran soleadas y daban al sur, las más fresquitas lógicamente estaban en la cara norte, después



las que veían la salida del sol por levante o el ocaso por poniente.

Desde luego los difuntos ni se enteraban, pero no había nadie en el pueblo que no hubiese dispuesto anticipadamente en donde quería ser enterrado. Los gustos eran dispares y en todas las caras quedaba todavía plazas disponibles.

Las losas que cubrían las tumbas antiguas habían escurecido con el tiempo y las más recientes permanecían blancas e inmaculadas. Entre ellas existía una extensa gama de grises que las hacían más difícil de evaluar.

La de su hermana era todavía un montón de tierra al que le habían echado por encima unas pesadas piedras planas para evitar que algún animal escarbese, cosa casi imposible pues el muro y la recia puerta de entrada, siempre cerrada, les impedía el paso. Una rustica cruz con el nombre de la difunta escrito con un trozo de carbón, indicaba provisionalmente el nombre de quien estaba allí enterrado.

Por estar vacante o por tenerla reservada, lo cierto es que la habían enterrado junto a los restos de su esposo, Pepe el Pollero. Su tumba resultaba decepcionante comparada con la que ella misma encargó para su esposo. Se juró que cuando colocaran la que él encargaría, nadie se fijaría en otra.

Rezó oración tras oración, meditó ante su tumba durante una larga hora y decidió recoger a su caballo que atado a la verja de la puerta se estaba impacientando.

Mientras descendía por la suave pendiente fue fijándose en el nombre de los que estaban enterrados en las tumbas que encontraba a su paso. Vio la de Rafael el de la Figuera, padre de Nelo el primer esposo de Marieta; de la tía Pura, la mañana, una famosa curandera; la tía Pascuala, la partera, que había sacado del vientre de su madre a la mayoría de los actuales habitantes del pueblo; Jordilí, el inglés que llegó a este lugar con la barca de los genoveses y decidió quedarse estaba enterrado junto a Nelo. En realidad solo estaban allí simbólicamente pues sus cuerpos fueron rescatados del mar, uno ya muerto y el otro con un soplo de vida que duró únicamente unos instantes. Fueron devueltos a sus profundidades. Solo era un lugar en donde los más íntimos y sus amistades pudiesen rezar por ellos. Poco antes de salir y delante de la misma puerta se hallaba el monolito que anunciaba la tumba del Tío Manel, el contrabandista, y a su lado la tumba de su querida Angélica. Esposa del anterior y querida suya. Se emocionó al recordarla, fue la primera mujer que poseyó plenamente y aunque nunca estuvo casado con ella, murió cuando todavía era sacerdote y no había renunciado a sus votos, la consideraba como su primera esposa. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y decidió abandonar el lugar. No acostumbraba a visitar los cementerios por ese motivo, las de sus padres en Alcoy apenas lo hizo un par de veces. Y hoy había sido un día de muchas emociones.

Por la noche cenó en el mesón de Tonet, ya hacía tiempo que había oscurecido y la gente desaparecida por ensalmo de las calle. Pagó la cuenta de todo el día, añadiendo una espléndida propina y se retiró a casa de su hermana.

XXXXX  
XXX  
X

Se acostó en el que fue lecho conyugal de su hermana. Quien limpió la casa después del funeral no juzgo necesario cambiar la ropa de la cama, que por otra parte ya estaría hecha en el momento de su óbito y Camilo lo agradeció. Olía a ella. Era como estar acostado junto a la persona que siempre amó. Pero en realidad estaba en la más completa soledad.

Comenzó a darles vueltas al enigmático mensaje que le había dejado

“La hucha del mundo que te dejaba ver

Donde descubriste el secreto que te daba placer.”

Desgajándolo como una mandarina quedaban los siguientes grupos de palabras.

La hucha del mundo

Te dejaba ver

Donde descubriste el secreto

Que te daba placer

Hucha es donde guardan los niños el dinero que logran ahorrar. Pero... ¿del mundo? Tal vez existiese una hucha grande como el mundo ¿Pero dónde?

En Yocla todas las casas tenían su correspondiente “amagatall”. Lugar en donde se guardaban las cosas de valor y sobre todo, en la época del contrabando, los alijos para que no fueran descubiertos por los carabineros en caso de registro. Pepe el Pollero no lo tenía en su casa para evitar a los suyos problemas con la justicia. Escondía sus alijos en el amagatall que tenía en los almacenes. Pero suponía que desde su muerte no se habían vuelto a utilizar pues eran sobradamente conocidos por muchos del pueblo, que cómplices, cargaban y descargaban allí.

¿Tendría otro en su casa? Difícil sería saberlo y mucho mas encontrarlo. Lo cierto es que de tenerlo su hermana nunca le habló de él.

También resultaba curioso que durante la inspección ocular de esa mañana no hubiese encontrado ni una sola pieza de oro o plata. Únicamente una buena cantidad de monedas de cobre, las más usuales, escondidas en un pequeño tarro en la alacena. Y por supuesto tampoco joyas, que le constaba tenía en cantidad, por lo menos las que le regaló él. Ese mismo año, por Reyes, le envió un anillo que montaba una esmeralda rodeada por cuatro brillantes. Obraba en su poder pues recibió una carta agradeciéndole el regalo. Ella nunca hubiese vendido un regalo suyo.

Pero de ser así. ¿Dónde estaba? ¿Y el resto de sus pequeños bienes? Seguro que estaban escondidos en algún lugar de la casa. El no decirlo claramente en la nota es porque consideraba que en un caso como este alguien se adelantase a su hermano y las saqueara.

Tenía claro que con la nota le enviaba una clave para que él solo lo entendiera, pero creía que su hermana lo juzgaba muy condescendentemente otorgándole una inteligencia de la que carecía, por lo menos la de resolver enigmas.

Comenzaba a embargarle una extraña somnolencia fruto del cansancio y posiblemente de la copiosa cena que ingirió apenas un par de horas antes. Lamentaba no poder tener a su lado en esos momentos a Consuelo o Marieta. Aunque es este caso lo mejor hubiese sido Ana. No para hacer el amor, estaba demasiado cansado para ello, pero si para tener un buen culo en donde arrimarse.

Solo de pensarlo su miembro se animó e inconscientemente comenzó a jugar con él. Hacía siglos que no se masturbaba entre otras cosas porque siempre había tenido una mujer disponible a su lado. Apagó el quinqué que tenía sobre su mesilla de noche de un soplo, creyendo que con ello se quedaría en la más completa oscuridad, pues estaban bien cerradas las contraventanas del balcón.

Un leve resplandor persistía al colarse luz por un ventanuco de ventilación que se comunicaba con la habitación contigua, cuyas contraventanas debían estar abiertas, y que hasta el momento le pasó desapercibido.

¿Para qué querían ese ventanuco de ventilación dos habitaciones que la tenían propia a través de sus respectivas ventanas?

Recordaba que en casa de sus padres tenía una ventana similar que ventilaba su habitación, que

era interior, con la ayuda del aire que recibía de la de su hermana, que si disfrutaba de una gran y soleada ventana.

Sonrió. También recordaba que desde su habitación, subido a su mesa escritorio, que casualmente tenía arriada a la pared medianera, a la silla que montaba sobre la mesa y a los libros necesarios para alcanzar la altura deseada aunque en un precario equilibrio, le permitía ver lo que ocurría en la habitación contigua, sobre todo cuando su hermana se desnudaba.

El secreto que descubrió, aparte su desnudez, fue cuando la vio masturbarse ¡Su gran secreto! y que le daba placer porque él solía imitarla.

Ahora lo tenía todo claro. El ventanuco era la hucha del mundo, o por lo menos la ranura por donde echaba las monedas o joyas, y lo consideraba una hucha porque no tendría necesidad de sacarlas y si lo hacía solo podría ser rompiéndola.

Pensó en levantarse para comprobar inmediatamente su teoría, pero ni eran horas ni disponía de la luz suficiente, para emprender tal aventura. Dejaría en paz su miembro, trataría de dormir y mañana sería otro día.

No pudo dormir en toda la noche. Aunque si descansar un rato. La luz que se filtraba por el ventanuco era cada vez menos radiante

Se levantó temprano, pero cuando abrió las contraventanas del balcón, el sol entró en su habitación a raudales. Bajó a la cocina con la intención de prepararse un ligero desayuno. De la casa del lado le llegaba un exquisito aroma a café recién hecho, que rebajado con un poco de leche sería ideal. Pero no estaba en Alcoy ni Concha para preparárselo. El resto que quedaba en la lechera, por lo menos con tres días de antigüedad, ya no era de confianza. Las ascuas de fuego se habían apagado en el hallar y tendría que reiniciar el proceso si quería disponer del vital y esencial elemento. Por conseguir un poco de café no valía la pena perder tanto tiempo.

Miró en la despensa y encontró pan, envuelto en tela y dentro de una tinaja de barro que aún le quedaban por lo menos un par de días para hacerse duro y servir únicamente para sopas o remojado con agua para dar de comer a las gallinas que misteriosamente ya habían desaparecido del patio trasero igual que el gorrino que todas las familias del pueblo criaban hasta San Antón. También encontró jamón, algo de queso, cecina, y agua fresca del aljibe, con eso tenía bastante.

Terminado el frugal desayuno, cogió una escalera del trastero y subió de nuevo a la habitación.

Abrió el ventanuco esperando encontrar lo que buscaba pero allí no había nada. Solo un marco, sin ningún defecto aparente y desde luego sin ninguna ranura o agujero por donde se pudiese echar algo. Bien fuesen monedas o joyas. Intentó desplazar el marco hacia adelante, hacia atrás sin lograr desplazarlo de su sitio. Examinó de nuevo el marco y siguió sin encontrar nada. Lo único que le llamó la atención es que en cada vértice del marco existía un rebaje que posiblemente sirviese para facilitar algún movimiento. Las juntas por otra parte tampoco eran perfectas como las que solía hacer Carlitos y mostraban un desgaste que no era usual ¿Pero cuál era ese movimiento? Finalmente cogió el listón de abajo por su parte superior y una parte de él se separó del resto mostrando en su interior una ranura de seis centímetros de longitud y un par de anchura. ¡Era la ranura de la hucha!

Sacó de su bolsillo varias monedas de escaso valor y fue echándolas una por una por la ranura, aplicando inmediatamente la oreja a la misma para escuchar el sonido que hacían durante su trayecto.

Se deslizaban durante un par de segundos rozando los bordes de algún tubo y al cabo de un par de segundos se escuchaba el ¡clic! característico de chocar con otras monedas u objetos metálicos. Le costó varias monedas para cerciorarse que la secuencia era siempre la misma, De todas formas le faltaría saber la velocidad con que bajaban, pues sabiendo solo el tiempo era imposible averiguar la distancia.

Ahora solo le faltaba averiguar el paradero de la hucha. De encontrarla no tenía la menor duda, aunque para ello tuviera que tirar la mitad de la casa. Pero tampoco quería armar tanto estropicio y

que el perjuicio fuesen mayores que las ganancias.

Aparte de que no todas las huchas necesitan romperse, algunas tienen una trampilla para recuperar lo introducido. Por otra parte el enigma que le había propuesto su hermana era un reto y estaba dispuesto a resolverlo.

El conducto solo podía comunicar con un zulo y dada la estrechez del tabique solo podía estar bajo el suelo que pisaba. Pero en el piso de abajo estaba la cocina, era usual que fuese así, pues el calor que desprendía el hallar calentaba, aunque fuese parcialmente, el dormitorio. Por lo que el supuesto zulo debía encontrarse debajo de la cocina y el lugar más adecuado para entrar en él, debajo mismo del hallar en donde el fuego siempre estaba encendido y llegado el caso muy difícil de investigar.

Pero ahora estaba apagado. Retiró herrajes, cenizas y finalmente una plancha de hierro que ocultaba una trampilla tapada con una losa que le costó Dios y ayuda levantar. Cuando lo consiguió, dio un grito de triunfo. Encendió un candil y de un salto se metió dentro pues no tenía el zulo ni un metro de profundidad.

Allí no había nada. Desilusión. Buscó las monedas que tiró anteriormente desde la ranura. No encontró ninguna. Esto no podía ser. ¡Tenían que estar allí! Remiró más concienzudamente, esta vez palmo a palmo, era muy importante pues de no encontrarlas estaba claro que aquello no era la hucha. Nada. Quiso hacer una última prueba. Sacó una moneda de su faltriquera y la echó al suelo desde la misma abertura. Ya no sonó metálica con el característico “clic” de antes. Moneda contra moneda. Sino un ruido más fofo, como cuando chocan con una piedra, en esta ocasión el duro suelo.

Era evidente que este zulo únicamente era un señuelo. Si alguien buscaba un amagatall y lo encontraba vacío como este se descorazonaría y dejaría de buscar. Pero él si sabía que había otro que contenía el tesoro de su hermana... y las monedas de cobre que tiró hace un rato.

Recapituló. El zulo no podía estar encima de la cocina, pero tampoco estaba debajo. Evidentemente estaba en la cocina. ¿Pero donde...?

Las losetas de la habitación eran cuadradas y tenían diez centímetros de lado. Contó sesenta y nueve piezas de la pared en donde estaba la cabecera de la cama hasta la puerta. Luego proyectó el tabique de la puerta, aproximadamente, al piso inferior que era diáfano. Volvió a contar y hasta la pared en donde se apoyaba el hallar. ¡Solo habían cincuenta y dos losetas!

Es decir, la cocina tenía aproximadamente dos metros menos que la sala de arriba. Indiscutiblemente era un doble fondo y allí estaba el amagatall.

Sin embargo esa pared no era un débil tabique de ladrillos que pudiese ser perforado en cualquier momento. Eran sillares de piedra que bien pudieran tener una profundidad de veinte centímetros. En realidad aparentaba ser el muro exterior de la casa y por lo tanto construido con el mismo material.

Miró cada resquicio de la pared en especial las juntas de las piedras sin encontrar nada. Allí no estaba la puerta. Posiblemente su hermana lo usase únicamente como una hucha de la que no pensaba sacar nunca nada, pero Pepe si, y con toda seguridad había una puerta y esta solo podía estar en el piso de arriba... debajo de la cama.

Subió rápidamente a la habitación. Comenzaba a gustarle el juegucito que le preparó su hermana. El tálamo en donde había dormido esa noche no era un mueble más, sino que parecía formaba parte del armazón del edificio por estar fabricada con gruesos maderos. Lo primero que quitó fueron los largos y anchos lienzos de tul que formaban una mosquitera. Estaban enganchados a un fuerte garfio obrado sobre el techo en el mismo centro de la cama, al principio no le dio importancia, pero no llegaba a comprender como para aguantar el peso de apenas una libra de tul hubiesen puesto un gancho tan fuerte, a menos... ¡Claro estaba! ¡Que estúpido era! También podía servir para enganchar allí una polea y no solo soportar el peso de ella sino también el de la carga que llevase.

Quitó los tres gruesos colchones que tenía la cama y sobre los cuales tan bien durmió esa noche. Después los listones que hacían las veces de somier. Ante él apareció el piso de la habitación. Debajo

de la cama el piso apenas se diferenciaba del resto de la habitación, salvo en que tenía un resto de polvo, pelos y algo de suciedad acumulada pues no se limpiaba con tanta frecuencia y los tapajuntas entre las losetas eran de un color ligeramente más claras y si se hubiese fijado bien y las hubiese podido comparar, que las juntas eran también mas anchas que en el resto de la habitación. Posiblemente porque no se fregaba el suelo allí.

Sacó una navaja de su bolsillo y se colocó exactamente debajo del gancho del techo. A sus pies con toda seguridad estaba la puerta del zulo. Suponía que la puerta seria un cuadrado de sesenta centímetros de lado y a partir de ahí comenzó a hurgar las juntas con la punta de la navaja. Apenas profundizaba un centímetro y encontraba resistencia. Iba a la fila siguiente. Hasta que encontró una en que la navaja se hundió hasta el mango como si fuese el piso mantequilla. Siguió la línea vertical hasta que encontró resistencias en ambos lados. Siete losetas. Otras tantas debían haber en horizontal, como así fue. El cuadrado estaba delimitado. Vacío el ultimo lado y allí encontró un pequeño gancho que probablemente tirando de él le permitiría levantar la trampilla como así fue. En realidad era una pequeña puerta de unos 70 cm de lado con goznes en la otra parte y que coste menos de lo que temía levantarla.

El interior estaba negro como boca de lobo y un vaho de olor a celler llegó hasta su nariz. Buscó un trozo de hilo de cáñamo, lo ató a la palmatoria y lo bajo suavemente no solo quería ver lo que pudiese haber en el interior, sino comprobar que el aire, después de tanto tiempo era respirable. Esperó unos instantes, la llama aunque sin mucha alegría se mantuvo encendida y desde luego el zulo no estaba vacío. Busco un par de candiles mas pues el receptáculo parecía grande y quería tener una visión complete de él.

Finalmente se decidió a bajar con cierta prudencia. ¡Por fin! había encontrado la hucha. El conducto de cerámica, que partía del ventanuco, estaba enterrado en pared como si fuese un desagüe y desembocaba en un cofre abierto en donde se depositaban las monedas y joyas que Amalia acaparó durante años. Otro en su lugar hubiese gritado el clásico

-¡Soy rico!

Pero él ya lo era inmensamente. Si acaso ahora un poco más rico que hacia una hora. Lo que más le importaba de todo ello es que finalmente resultó vencedor de la prueba a la que le había sometido su hermana.

XXXXX  
XXX  
X

No tuvo prisa en levantarse al día siguiente. Desayuno lo mismo que el anterior y después se puso a clasificar el contenido del cofre. Separó joyas de monedas. De estas última contó hasta 217, todas de oro aunque de distintos valores. Guardó las joyas en distintos saquitos que guardó en lo alto de una alacena, prácticamente a la vista, pero junto con otros que contenían diversas legumbres. Nadie entra a robar por un plato de lentejas y había cosas mucho más interesantes en la casa. Dejó las monedas de plata y algunas de cobre, posiblemente las que él echó en su momento, dentro de un jarrón en la repisa del hallar.

Las monedas de oro las colocó cuidadosamente y perfectamente alineadas dentro del acolchado de su silla de montar. Luego colocó de nuevo el terciopelo protector, abrochó los corchetes que lo sujetaban. Todo quedó como antes. Ahora pesaba un par de kilos más pero no creía que el caballo se quejase por ello.

Ocultó solo doscientas. Las otras diecisiete las llevaría en la faltriquera, como señuelo, por si era asaltado por el camino.

Gracia a Dios estaban libres de bandoleros. La guardia civil les había metido mano a todos. Y desde ese bandido que se tiraba a Ana y que él terminó ayudando a escapar a Francia, no apareció otro.

El viaje de ida resultó tranquilo, aunque cierto era que iba acompañado por Jaime y Quico que hicieron todo el trayecto con el trabuco al hombro en clara ostentación de que eran hombres armados y no admitían bromas.

Luego escribió una carta a Don Rodolfo, el procurador de Altea, para que se encargara de gestionar la construcción, a su cargo, de un mausoleo sobre la tumba de su hermana.

Eran casi la doce del mediodía, lo tenía todo hecho y allí no lo retenía nada. Cerró cuidadosamente todas las contraventanas, dejando la casa en la más completa obscuridad, ensilló a su caballo y salió a la calle. Cerró con llave la puerta de entrada y se dirigió rumbo al mesón de Tonet. Le entregó la carta para que la enviase por correo, comió aprovechando que el fuerte de los parroquianos todavía no había llegado. Poco menos de una hora después reanudo el camino.

Se lamentó no poder despedirse de su hija Carmen, pero probablemente por esa época se encontraría en Valencia. Ante la incertidumbre no valía la pena hacer el viaje hasta el castillo y perder un tiempo precioso. Pasó junto a la casa de los fantasmas y torció a la derecha tomando el camino que le llevaría a Polop. Pensaba pasar la noche en la venta de Benifato y esta vez si se tiraría a la ventera o a su hija. ¡Quizás a las dos si las fuerzas acompañaban! Pues como había podido comprobar solo hacia un par de días, cuando las contrató para sus amigos, el tiempo no pasaba para ellas y estaban tan lozanas y apetecibles como siempre.

Solo pudo con una, la madre, estaba cansado y al día siguiente tendría que madrugar si quería llegar a Alcoy a una hora decente. La “vieja” como ya comenzaban a llamar a la madre se había portado como una jabata y tenía que reconocer que estaba derrengado pues ya no estaba para esos trotes. A partir de ahora tendría que poner orden a su vida sexual.

A media mañana llegó a Confrides.- La subida al puerto era el lugar más propicio para una celada pues el camino se angostaba. Agilizó el paso del caballo pues quería pasar por ese lugar lo más rápido posible. Eso sí, sin agotarlo por si tenía que recabarle un esfuerzo súbito en un momento determinado.

Sus temores pronto se vieron confirmados, cuando sospechó que alguien lo seguía. Se giró y no vio a nadie pero su caballo se mostraba nervioso y sus bufidos y pequeños relinchos denunciaban con toda seguridad la presencia de otros animales de su misma especie. Sin esperar a confirmarlo espoleó a su caballo y se lanzó a un loco galope por un camino estrecho y lleno de piedras, aun exponiéndose a una peligrosa caída. Si lograba llegar al Rincón del Olvido y estaba abierto estaría salvado. Los bandidos que eran dos, ya no tomaban precauciones para ocultarse y se lanzaron igualmente tras él. Por lo menos la distancia se mantenía y de seguir así un cuarto de legua más no lo cogerían.

La sorpresa, aunque no tanta, fue cuando apareció delante de él, un tercer “roder” apuntándolo

con una escopeta con los cañones recortados. Al fondo, a apenas un centenar de metros, pudo apreciar como las contraventanas y la puerta del Rincón del Olvido estaban abiertas.

José Tomas García, más conocido como José de la Tona, era hijo de Pedreguer y allí se crió. Nadie podía creer que ese muchacho de carácter afable y servicial se convertiría con el paso del tiempo, durante noviembre de 1869 a enero de 1875, en uno de los bandoleros más temibles de la época y el terror de la Marina, La Safor y la Vall de Seta.

Durante cinco años se vio involucrado, al menos, en casi cuarenta casos penales, entre robos, secuestros y homicidios, y por lo menos en quince de ellos se demostró su participación directa.

Al final de su carrera como bandolero ya se le conocía en los medios oficiales como el secuestrador de la Marina. El secuestro de Francisco Cruanye Feliu, el primer contribuyente de la villa de Javea fue perpetrado por la banda de José Tomas y mantuvo en jaque a la Guardia Civil durante el mismo.

Esa fue la gota que colmó el vaso, desde entonces los Civiles pusieron cerco a su persona y a los hombres de su banda, que comenzaron a caer en situaciones aisladas, así como también muchos de sus colaboradores y cómplices. Entre ellos había gente de Benitachell, Javea, Parcent, Pego, Ondara y residentes en la Valls de Laguar y Castells.

Y no eran unos cualquiera, sino gente importante que de una manera u otra colaboraban con él. Como por ejemplo el teniente de alcalde del ayuntamiento de Tormos, el secretario del ayuntamiento de Sanet, un dentista, el ex alcalde de Sagra, el notario de Ondara e incluso el propio padre de José Tomas que siempre se había presumido era una persona honrada.

El cerco se cerraba y su final estaba a punto de legar, cayó junto con su cuadrilla en una emboscada y solo él pudo huir aunque por poco tiempo. A las cinco de la madrugada del día siguiente, el cinco de mayo de 1875, fue abatido y muerto por un sargento y cinco números de la Guardia Civil de la parte de Pego. Los hechos ocurrieron al pie de la montaña del Castelar en Oliva.

Pero no precipitemos los acontecimientos, en 1866 José Tomas no era aun un bandolero, y sus secuaces eran todavía unos amigos con los que solo trataba de divertirse. La única salida de los jóvenes en aquella época eran las labores del campo, pero pobre del que no tenía tierras propias.

Las que poseía la familia todavía las trabajaba su padre y él, también sus amigos que estaban en una situación similar, tenían que ganarse la vida haciendo peonadas en la recogida de la uva y posterior transformación en uvas pasas.

Trabajos de temporada que le daban para malvivir un tiempo.

En 1866 decidieron dar un golpe que les hiciese ricos, les sacase de la miseria y les permitiese vivir los próximos años en la abundancia.

El golpe lo darían no muy lejos de su población de origen, pero si lo suficiente para que nadie los reconociera ni los relacionase con Pedreguer. En realidad lo tomaron como un juego, que en ese momento ignoraban lo peligroso que podía ser.

Finalmente el lugar elegido fue el valle de Confrides, la salida natural de la rica población de Alcoy al mar por el nordeste.

Desgraciadamente para Camilo pasaron, la misma noche que él pernoctó en la Venta de Benifato, en sus alrededores. No podían permitirse el lujo de alojarse allí, pero si entraron con la excusa de tomar unas copas y la intención de encontrar a un palomo y allí estaba Camilo. Observaron como repartía el dinero y no escatimaba en gastos y finalmente como retiraba a la posadera de su trabajo para llevársela a la cama.

Allí mismo decidieron que ese sería su objetivo y planearon su secuestro. Ignoraban si al día siguiente partiría hacia el interior o a la costa. Mejor para ellos que fuese lo primero. Vigilaron toda la noche para evitar que el pájaro se les escapara y cuando comprobaron que tomaba el camino de Alcoy, enviaron a uno de los suyos por delante y los otros dos lo siguieron a una prudente distancia. Cada uno sabía lo que tenía que hacer.

Cuando fue detenido y rodeado Camilo inmediatamente les ofreció la bolsa que llevaba en su faltriquera, creyendo que al encontrarse con tanto dinero les podría la codicia y desaparecerían en un santiamén. Al que parecía el jefe los ojos le brillaron cuando contempló las diecisiete monedas de oro.

-¿Quién eres?

-Un humilde comerciante al que le terminan de arrebatar toda su fortuna – mintió Camilo.

-No tienes aspecto de ser tan humilde. Vendrás con nosotros.

Los otros dos miraron con extrañeza a su jefe. Lo conseguido era suficiente para divertirse una buena temporada y retener a ese hombre podía significar aceptar un riesgo que en esos momentos se les antojaba innecesario. Pero visto el ademán de José Tomas no se atrevieron a oponerse.

Lo malo de todo esto es que no habían previsto un secuestro y tendrían que improvisar sobre la marcha. No tenían en donde ocultarse y a Camilo, por su parte, le cayó el cielo encima. Estuvo a punto de descubrirles su tesoro oculto en la silla de montar, que ya daba por perdido pues en el mejor del caso, que fuese el abandono, con toda seguridad se llevarían también su hermoso caballo, la silla y lo que ocultaba. Pero visto lo visto, eso también podía aumentar su codicia sabiendo que había mucho más por ganar, y empeorar las cosas. Esperaba por su bien que descubriesen su tesoro oculto.

Le vendaron los ojos y echaron a andar monte arriba sin saber a ciencia cierta dónde irían a parar. Probablemente en busca de alguna cueva que les diese un refugio temporal.

Era casi de noche cuando se toparon con una casucha en medio de un bosque de pinos y ya bastante apartada de la ruta principal. Estaba habitada porque se apreciaba la luz del fuego del hogar a través de los ventanucos abiertos. Se acercaron dos de ellos con Camilo mientras el otro se quedaba al cuidado de los caballos a una prudente distancia.

A su prisionero le quitaron la venda de los ojos y la ligadura que lo había mantenido sujeto a la silla de su caballo.

-Ponte delante de la puerta y convéncelos para que abran. Tu vida depende de ello- le amenazó José Tomas.

Camilo llamó decidido a la puerta, rogando que en su interior hubiese cuatro recios leñadores que acabasen con los secuestradores. Pero quien le abrió, después de comprobar por la mirilla que el visitante era un caballero y no parecía peligroso, fue un hombre de mediana edad, de constitución no muy fuerte y aspecto inofensivo.

Una patada en la puerta, propinada por uno de los secuestradores cuando estaba todavía semiabierta, les franqueó la entrada, a la vez que tiraba al suelo al viejo, mientras alguien lo amenazaba con una escopeta de dos cañones recortados y otro, desde la puerta llamaba a un tercero para que se acercara.

La familia la componía ese hombre, su esposa, ambos de edad indefinida y una niña que podía ser nieta o hija del matrimonio y que apenas contaría con quince o dieciséis años de edad.

Cenaron ellos solos de lo que había en la casa, terminando con sus existencias y sin permitir los hiciesen los dueños de la casa y su prisionero a los que ataron con ligaduras a un argolla que tenían clavada en la pared. Así pasaron la noche.

Al día siguiente obligaron a Camilo a escribir una carta de su puño y letra en la que solicitaban un rescate de doscientas monedas de oro de veinte reales.

Le exigieron que pusiese las señas de su casa como si fuesen a enviarla por correo, pero en realidad fue uno de ellos a entregarla personalmente. Al otro, José Tomas le entregó dos de las monedas de oro que habían requisado anteriormente, para que comprase comida con la que alimentarse por lo menos durante dos semanas. Este fue con su caballo y el de su jefe para transportar en el las compras compradas. No quisieron emplear el de Camilo en ningún momento para no dar pistas si alguien lo reconocía. José Tomas de todas formas parecía que ya se lo había adjudicado, así como la valiosa silla que portaba, aun obviando el tesoro que escondía.



José Tomas se quedó al cuidado de todos los prisioneros. Solo los sacaba, sin desatar sus manos, cuando alguien anunciaba una urgente necesidad fisiológica. Él mismo bajaba los pantalones o levantaba las faldas de las mujeres, para ayudarles en el evento, cuando lo solicitó la muchacha tardaron más de la cuenta en volver, mientras de vez en cuando se escuchaban los chillidos de auxilio de ella ahogados en parte por posiblemente la mano del hombre que tapaba su boca y nariz hasta casi ahogarla. No había ninguna duda que el bandido la estaba violando. Cuando los intentos de gritos se convirtieron en llantos, los viejos supieron que todo había terminado.

La cara de satisfacción del violador, cuando entraron, contrastaba con la llorosa y de terror de la víctima.

Solo fue el principio de un verdadero suplicio para la pobre muchacha. Esa noche nadie cenó porque no había qué. El jefe de los secuestradores aseguró las ataduras de sus prisioneros, las sujetó a la pared en corto para que apenas pudiesen desplazarse por el pequeño habitáculo y se llevó a la muchacha a una cama decente que había en un rincón de la cabaña. Le ató las manos al cabezal después de quitarle sus escasos vestidos dejándola desnuda, hizo lo propio y se acostó junto a ella.

-El que tenga una necesidad que se la haga encima, porque el que me moleste ¡Lo rajo!-fueron sus palabras de buenas noches.

Los gritos de dolor de la muchacha se confundían con los de placer del “Roder”, hasta que todos ya sea por cansancio o desesperación se durmieron.

Los cómplices llegaron a mediodía del día siguiente. Uno con abundante provisiones y el otro con excelentes noticias.

-La casa que tiene en Alcoy el gachó es un autentico palacio. He sabido que es uno de los más ricos de Alcoy si no el que más. Baste deciros que es el primer contribuyente de la ciudad. Me han asegurado que mañana a las doce del mediodía depositaran en la peña que existe junto al Rincón del Olvido las monedas. ¡Posiblemente nos hemos quedado cortos;

-No nos hemos quedado cortos, por eso no os preocupéis – le interrumpió José Tomas, esto es solo el principio y puede continuar hasta que nos cansemos. Esto puede convertirse en una mina inagotable.

A Don Camilo le pareció que el cielo se le caía encima. Estarían chantajeándolos hasta que exprimiesen completamente la naranja, incluso la última gota de su zumo. Tampoco esperaba salir con vida de la aventura, les habían visto la cara y con toda seguridad les quitarían la vida a todos cuando consiguieran su propósito.

No les seguiría el juego, ya todo le daba igual, descansarían todos incluso la pobre muchacha. Dentro de unos días, después de recibir este rescate, le exigirían escribiese otra carta, pero no lo haría. No existía ninguna garantía de salir con vida de este negocio, y no estaba dispuesto a que se hiciesen con una sola mas de sus monedas. Lo único que sentía era el daño colateral que estaba haciendo a esta pobre gente.

Al día siguiente el que se quedó con ellos fue el tal Jordi, que el día anterior fue en busca de provisiones.

José Tomas y el otro partieron en busca del dichoso rescate.

Regresaron a primera hora de la tarde con una bolsa repleta de monedas de oro que lanzaron sobre el llamado Jordi, en señal de alegría, y como si fuese confeti. Después las recogieron todas del suelo y se las repartieron en parte iguales.

Lo que ocurrió posteriormente fue una autentica bacanal a base de comer y beber de los bandidos. La muchacha volvió a pagar el pato y esta vez, de lo borrachos que estaban, no se libró ni la madre, pues el tal Jordi, por no esperar su turno, la violó al lado mismo de su esposo.

Al día siguiente la calma pareció restablecerse. Permitieron a la madre que lavase y curase a su hija el sexo sangrante y sucio de líquido seminal. La desataron de la cama para que hiciese sus necesidades y pudo lavar y purificar su cuerpo en una fuente que había en el exterior de la casita.

La muchacha ya no sentía ningún pudor y se paseaba desnuda por allí como un fantasma.

Después quisieron obligar a Camilo a escribir una nueva carta solicitando otro rescate, esta vez pedirían mil monedas de oro de las de veinte reales. Una verdadera fortuna que pocos en España tendrían. Él poseía mucho más pero todo en bienes inmateriales, en dinero contante y sonante lo dudaba. Brígido tendrían que hacer un gran esfuerzo para reunirla. De todas formas su decisión estaba tomada y se negó rotundamente en participar en tal espolio.

Trataron de intimidarlo golpeándolo, pero de momento logró resistir los golpes y cuando no pudo más ladinamente fingió un desmayo. Aun tuvo que soportar un puntapié y recibir un cubo de agua fría en el rostro antes de persuadirles que efectivamente había perdido el conocimiento. Hasta el mismo Camilo se maravilló de lo bien que había fingido y resistido el supuesto desmayo.

-No hace falta la carta – escuchó como decía el mensajero – sé la dirección, ellos saben que lo tenemos, Solo nos falta algo convincente para convencerlos nos entreguen el dinero.

-¿Qué tal si le cortamos un dedo? – aportó el tal Jordi.

-Demasiado traumático. ¡Mejor la oreja! Es más difícil de reconocer– rectificó el mensajero, mientras navaja en mano se acercaba al desmayado para proceder al corte.

-No estropees nunca una mercancía valiosa, puedes arrepentirte después- intervino finalmente José Tomas – Córta-sela a al viejo que nadie notara la diferencia.

El mensajero cambió de víctima y aunque el viejo se resistió, no pudo impedir le cortasen su pabellón auricular izquierdo del que inmediatamente manó un chorro de sangre. El verdugo le ofreció un trapo sucio para que taponase la herida y evitase la hemorragia. Mientras le decía:

-Con un poco de suerte no vas a morir de esto.

Colocaron el apéndice en una cajita metálica que por allí encontraron y el mensajero partió raudo para cumplir su nueva misión.

XXXXX  
XXX  
X

Brígido se lamentaba del fracaso de su misión. Había confiado en la palabra de los secuestradores y le engañaron como un pardillo. Acudió al día siguiente a la hora prevista como acordaron y por allí no apareció Don Camilo como le aseguraron.

Temió que lo hubiesen matado y se pasó un par de días, desesperado y sin saber qué hacer.

Ahora tenía claro que este trabajo no podía hacerlo solo y cargar con toda la responsabilidad. Primero lo comentó con el muchacho que hacía de guardaespaldas y que desde luego no tenía ninguna culpa de lo ocurrido. No le había dicho nada hasta ahora y ni siquiera le había comunicado su viaje con el dinero para obtener su rescate. Ahora tocaba informarle de su fracaso.

En estos momentos no tenía más remedio que hacerlo y sobre todo recabar su ayuda.

-Tal vez no lo soltaran a la hora prevista y lo hiciesen después para evitar una posible celada. Si ha intentado regresar solo, sin caballo y con el trauma de lo ocurrido, no le será fácil. Podía estar por allí desorientado.

-Tienes razón – pensó Brígido, que intentaba agarrarse hasta a una piedra ardiendo para descargar su conciencia.

Pero por otra parte no podía ausentarse de su puesto y debía estar a la espera de acontecimientos. Después no añadió palabra alguna a la espera de que el muchacho soltase lo que estaba mascullando.

-Si me presta un caballo, yo podría ir y echar un vistazo... Tal vez lo encuentre por el camino. Con ello no perdemos nada. ¿Verdad?

-Pero, tal vez te necesite por aquí...

No quería exponer a ningún peligro al hijo de su amada por temor a que esta pudiese reprochárselo. Maldecía esta situación porque había interrumpido su flamante idilio de amor. Estos últimos días apenas la había visto. La última vez fue hace un par de días, cuando regresó de entregar el dinero, le explicó lo ocurrido, un polvo rápido y se marchó. Ya no tuvo otra ocasión para visitarla de nuevo.

-Solo será un día... a lo sumo dos- pareció implorar el muchacho.

Brígido asintió con la cabeza.

-Dile a Mauro que te proporciones un caballo, el mío no, pues puedo necesitarlo, si no lo hay que lo alquile.

Jacinto no esperó ni un minuto más por temor a que recapacitara y se volviese atrás. Escribió un recado para Jorge, que junto con Agamenón y Fernando estaban en la masía de Barchell. Se terminaron las vacaciones para todos. Les explicaba brevemente lo ocurrido y les rogaba estuviesen alerta por si los necesitaba.

Luego pensó en hacerle una visita a Martina. La necesitaba. Tal vez los acontecimientos se precipitaran y estaría varios días fuera sin poder verla. Estaba a punto de marcharse cuando José, el hijo pequeño de los guardeses, que ahora ya no lo era tanto, le anunció que uno de los hijos del masero de Morales, quería verlo.

Se alegró en un principio creyendo que Camilo había logrado llegar a la masía en su camino de regreso, pero luego pensó que también podía tratarse de otra desgracia. Nervioso le pidió al muchacho que lo hiciese entrar inmediatamente.

-Las señoras se han enterado de no recuerdo que secuestro y solicitan les envíe la calesa para regresar inmediatamente.

¡Lo que faltaba! Ahora por culpa de esto regresaban todos de sus vacaciones y su gozo en un pozo. Con Concha aquí las visitas nocturnas a Martina se habían terminado y las diurnas se limitarían al máximo. El tiempo de las vacas flacas había llegado y tenía que asumir las consecuencias.

Mauro ya había despachado diligentemente el asunto Jacinto y a la primera orden de Brígido se puso a enjaezar la calesa para correr raudo a la masía de Morales.

Brígido supuso que tenía por lo menos cuatro horas por delante, antes de que las señoras y desgraciadamente también Concha se personasen en la casa. ¡Iría a ver a Martina!

Jacinto se cruzó a la altura del Rebolcat, con un individuo, que por la indumentaria que vestía debía ser forastero, pues no era la habitual de esta zona. No le prestó la menor atención y ni siquiera lo saludó al cruzarse como era habitual, ya que es esos momentos y aprovechando una corta recta puso su caballo al galope para llegar lo más pronto posible a su destino.

De no encontrar a su jefe durante el camino sabía que tenía que llegar a un lugar con el seductor nombre de “El rincón del olvido”. Para ello tenía que ascender el puerto de Confrides y a unos pocos metros de la bajada, en la vertiente opuesta, lo encontraría.

Para llegar allí, siguiendo las instrucciones que le dio Don Brígido, tenía que pasar por Benilloba y Benasau. Después a mano izquierda encontraría una senda que llevaba a Gorga, tenía que obviarlo y seguir adelante. Cuando llegase a un fuerte ascenso del camino lleno de vueltas y revueltas casi habría llegado pues se encontraría en el llamado Puerto de Confrides.

Casi en la cumbre y a la derecha se encontraría con una pedanía casi oculta por los pinos y difícil de ver desde el camino. Se trata de Ares del Bosque. Allí podría preguntar pues posiblemente de estar libre trataría de encontrar refugio. Ya solo le faltarían escasos metros a alcanzar la cima y llegar a su destino.

Jacinto que nunca había salido de Alcoy y sus alrededores, se maravillaba de que todas las indicaciones que le dio su jefe, y cuidadosamente anotó en un trozo de papel para que no se le olvidasen, se estaban cumpliendo.

A primeras horas de la tarde llegó a su destino. En Ares nadie le supo decir nada. El llamado Rincón del Olvido que debía ser un mesón de poco éxito, porque estaba cerrado a una hora, la de la comida, en la que por lo menos tendría que abrir. No había por lo tanto a nadie al que preguntar pero después de su fracaso en Ares no esperaba nada mejor.

No tardó en localizar la peña en la que Brígido le contó había depositado el dinero del rescate y que como centinela solitario vigilaba todo el camino. El terreno era escabroso y su montura más un estorbo que una ayuda. Descabalgó. Cogió al caballo por la brida y bajo al fondo del poco profundo barranco, pues prácticamente se iniciaba allí.

Por el cauce pasaba un torrente ahora seco, pero en el que persistían algunas charcas de agua clara en donde el noble bruto pudo abreviar. Luego busco un lugar fresco, fuera de la vista de la vertiente opuesta que es donde estaba el camino y era más transitada, para dejar el caballo. Lo ató largo para que pudiese pacer a su gusto y no se intranquilizase. Posteriormente subió a un otero de donde podía ver a lo lejos el mesón y más cerca el peñasco y todo lo que le rodeaba.

Memorizó el paisaje y los caminos que desde la peña en donde se depositó el dinero del rescate, partían en dirección a Alcoy, Confrides o subían la vertiente opuesta para perderse detrás de la loma y que era posiblemente el que tomaron los secuestradores. Efectivamente detrás de esa altura se apreciaba otra más lejana y cubierta por grandes pinos. Lugar ideal para ocultarse.

Para controlarlo todo necesitaba mucha más gente pero eso significaba exponerse a ser descubiertos. Tendría que hacerlo él solo, pero si como suponía tomaban el camino vertiente arriba, mientras esperaba a que desaparecieran para evitar ser descubierto, recuperaba la montura, atravesaba el barranco y subía por el otro lado, cuando alcanzase la cima los secuestradores ya se habrían perdido en el interior del bosque. Posteriormente encontrarlo sería como buscar una aguja en un pajar. ¡En fin! No había ninguna otra alternativa y tendría que apelar a la suerte.

La tarde ya estaba cayendo y no tenía ninguna intención de pasar la noche en esas inhóspitas montañas. Trataría de llegar a Alcoy o como mínimo llegar a Benasau en donde podría pernoctar al abrigo de su posada.

No parecía ser este un camino muy transitado, y apenas una decena de personas, siempre en grupo de por lo menos tres, pasaron ante sus ojos mientras estuvo observando. En su camino de regreso se cruzó con otras dos, probablemente padre e hijo y cuyo destino sería seguramente Ares. Eran labriegos que regresaban de realizar sus tareas agrícolas.

Después, casi a pie del puerto, se cruzó con el mismo individuo de esa misma mañana en el Rebolcat. El jinete subía lentamente la empinada cuesta y él retuvo su caballo para tener más tiempo de estudiarlo detenidamente. Llevaba un sombrero de hongo, negro y de alas grandes y la clásica manta a cuadros; la chaqueta y la faja eran igualmente negras, los pantalones de lana a pesar del calor que hacía y un jupetin oscuro con rallas claras; calzaba alpargatas y medias blancas.

El arma la llevaba con toda seguridad en la alforja, pues hizo un movimiento para destaparla y tener un fácil acceso a ella. Él por su parte comprobó únicamente que su cuchillo continuaba debajo de su chaqueta. También llevaba un pistolón pero con su maestría con el arma blanca le bastaba.

Se miraron detenidamente durante los diez últimos metros antes de cruzarse y hubiese bastado un movimiento inequívoco de cualquiera de ellos para que la tragedia explotase.

El mensajero pensó por un instante en detener al solitario viajero, que tenía la pinta de señorítingo, y robarle todo lo de valor que llevase encima, pero en el último instante pudo apreciar un brillo en sus ojos que no le gustó nada. No valía la pena exponerse a un percance grave cuando ya se consideraba rico.

El cruce se saldó con unos:

-Vaya con Dios.

-Que él le acompañe.

Y ambos continuaron sus caminos.

Llegó a Benasau bien entrada la noche. Paró en una posada que había a la salida del pueblo según su camino y de la que tomó nota cuando pasó por la mañana. Tenía hambre pues no había probado bocado desde el desayuno.

Comprobó que en ese mesón no solo servían comida y se podía dormir, también había un par de mujeres dispuestas a pasar la noche con quien se lo propusiera. No eran gran cosa, pero por lo menos jóvenes y ya se sabe que en la oscuridad todos los gatos son pardos.

Estaba ya en los postres cuando otro cliente llamó a una de ellas. No podía perder la oportunidad de que se le escapase. Levantó automáticamente la mano para llamar su atención.

-¿Puedes acompañarme esta noche? – le soltó sin preámbulo alguno.

-¿En qué...?

-Primero con una copa...

-¿Y después...?

-En la cama... si te apetece.

-A mí me apetece siempre y sobre todo con un tipo como tú... Incluso te haré un precio especial si me das placer.

XXXXX  
XXX  
X

El mensajero llegó a la casa de Don Camilo a la hora de comer. Preguntó a Carmen la guardesa por Brígido.

-No está en casa pero tampoco creo tarde mucho en regresar.

El hombre se mostró nervioso y sin saber que hacer exactamente. Era una posibilidad que no tenía prevista.

Carmen no era tonta, sabía lo del secuestro de Don Camilo y conocía a ese hombre de la otra vez y suponía que estaba relacionado con el mismo. Según parecía el asunto no estaba todavía resuelto y no ignoraba que a Brígido le gustaría conversar con ese individuo, así es que no dejaría que se marchase aunque tuviese que acostarse con él para entretenerlo.

Mauro estaba en la masía recogiendo a las señoras, allí estaban también sus dos hijas. Jacinto, su esposo, trabajando y no regresaría hasta la noche. Solo le quedaba José, así es que lo envió en busca de Brígido.

-Debe estar en el despacho – le recomendó – y si no, pregunta en Le Parisián. No puede estar en otro sitio a estas horas.

El muchacho salió corriendo como alma que lleva el diablo, dejando sola a su madre ante el peligro.

Lo que no sabía la guardesa, porque no le había llegado la onda es que a esas horas Brígido estaba contentando a Martina. Gracias a Dios ya casi cerca del plazo de cuatro horas que se impuso.

-¿Quiere que le ofrezca un plato de caliente? -Propuso Carmen como primera medida para entretenerlo.

El hombre tenía hambre y debía esperar a que apareciera por allí el secretario si o si. No tuvo más remedio que aceptar la invitación.

Brígido llegó en el momento oportuno y suspiró de satisfacción al ver al sujeto. Sabía que venía con la intención de pedir más dinero y tendría que torearlo, pero por lo menos se presentaba la ocasión de tener otro hilo del cual tirar y ya no irían a ciegas. Pero esta nueva oportunidad no la podía desperdiciar de ninguna de las maneras.

Subieron a la vivienda y se encerraron en el despacho de Don Camilo.

-¡Y bien! - comenzó Brígido – no me gusta tratar con gente que incumple su palabra. Acordamos una elevada cantidad para que liberasen a Camilo y no han cumplido.

-Debo reconocer que nos equivocamos. La cantidad solicitada no está de acuerdo con la categoría de su amigo. Así es que hemos recapacitado y creemos que la cantidad justa serían... - el mensajero dudó unos instantes, no sabía si pedir las 500 monedas que acordó con el resto de la pandilla o por su cuenta y riesgo doblarla - ¿qué le parecen mil monedas?

-Que está loco, no hay nadie en este reino que pueda disponer de mil monedas de oro.

-Puede pedir un préstamo.

-Si estuviese Camilo aquí posiblemente pudiese pedirlo, aunque dudo consiguiese esa cantidad, pero yo, desde luego, no.

-¿Cuántas puede conseguir? – reconsideró su posición el mensajero, pensando con razón que se había pasado en su petición.

-Posiblemente quinientas – Brígido sabía que con menos no se conformarían- y depende de para cuando las quieran.

-Mañana a las doce.

-¡Imposible! El banco ya está cerrado, necesitaría por lo menos veinticuatro horas más.

-De acuerdo pero entonces tendrán que ser 600. ¡Ya sabe! los intereses... - le respondió en tono jocoso.

Brígido no pensaba discutir por cien monedas de oro si la vida de Camilo estaba en juego.

-De acuerdo, pero ahora hablemos de las garantías. No creará que voy a entregarle esa cantidad sin tener ninguna garantía de su liberación, después de lo que nos ha pasado.

-Pues tendrá que hacerlo, no puedo ofrecerle otras garantías aparte de mi palabra.

Brígido dudó.

-Ni siquiera sé si está vivo. ¿Ha traído una nueva carta?

El mensajero negó con la cabeza.

-He de reconocer que su amigo tiene cojones y se ha negado. A pesar de nuestra insistencia no hemos logrado que la escriba... pero como suponíamos que querría una prueba de que está vivo aquí le traigo esta.

Depositó la caja metálica que extrajo de su zurrón encima de la mesa. Brígido la abrió y cerró inmediatamente, al reconocer su contenido. Estuvo a punto de saltar sobre su interlocutor y tratar de estrangularlo. Pero la aparición de una pistola le impidió terminar el movimiento que ya había iniciado.

-¡Maldita sea! - pudo únicamente articular mientras el otro continuamente sentado cómodamente en su sillón sin apenas inmutarse.

- La suerte que ha tenido es que resulta una pieza imprescindible para llevar a buen puerto nuestro plan, pues en caso contrario ya estaría muerto - le amenazo - Ya lo sabe dentro de dos días, en el mismo lugar que la vez anterior, Si acudimos y no encontramos nada o nos tememos alguna celada, recibirán en pocos días, la otra oreja, la nariz, la lengua y hasta el pito si es necesario. Claro queda que únicamente hasta que su cuerpo aguante.

Sin añadir ni una sola palabra mas y dejando a Brígido prácticamente en estado catatónico el individuo abandonó la casa.

Jacinto salió al día siguiente de Benasau no demasiado temprano. La mujer con la que hizo el amor la noche anterior, apenas tendría tres o cuatro años más que él, pero aparentaba muchos más en lo físico y si hablamos de la experiencia la distancia era astronómica.

Exigió que le pagara antes de empezar, pues según le dijo la muchacha, después muchos suelen olvidarse. Ella lo perdió pues si se hubiese esperado al final, con lo satisfecho que quedo, probablemente le hubiese doblado la paga. Después desapareció en la mitad de la noche.

Ahora en el camino de regreso a Alcoy reconocía que era la primera vez que lo hacía. Sabía que era una cosa buena por su experiencia en el sexo manual que realizo en infinidad de ocasiones, pero eso no tenía ni punto de comparación con lo que se podía hacer acompañado por una mujer.

Recordaba los gritos de placer de la chica, posiblemente algunos fingidos pero otros notaba como le salían del alma. Tenía que reconocer que fue una experiencia inolvidable y repetir con más frecuencia.

Siempre quiso hacerlo pero nunca se atrevió cuando la ocasión se presento. Unas veces por que la chica era de su misma edad y aunque lo deseaba el sentido de la responsabilidad muy arraigado en él se lo impedía. ¡Dios mío si se queda embarazada! Y cuando la muchacha era mayor, que también las hubo y estaban dispuestas a llegar hasta el final, también se rajo, pues temía pecar de inexperto y que la muchacha se riese de él.

Ahora ya lo había hecho por primera pero no única vez, pues tuvo la suerte de repetir, disfrutado como un cosaco y satisfaciendo plenamente a la prostituta, o por lo menos eso creía él.

Ahora ya sabía cómo manejarse y por ese motivo no despreciaría ninguna oportunidad.

Cuando llegó a Alcoy, Brígido estaba esperándolo en candeleta.

-¿Dónde diablos te has metido?

-Reconociendo el terreno. Señor Bolufer. Para tratar de sorprenderles. ¿Y usted? ¿Tiene alguna novedad?

-Si por desgracia. He recibido la petición de un segundo rescate...

-¿Cuánto esta vez...?

-Seiscientos...y sin ninguna garantía.

-¡La madre que los pario! ¿Vino el mismo que la otra vez?

-Si. Un tipo rustico.  
 -Sospecho que me cruce con él tanto a la ida como a la vuelta. ¿Se trata de un tipo que se cubre con un sombrero de hongo negro y ala ancha y vestía chaqueta y faja negras, pantalón de lana...?  
 -No continúes que es el mismo.  
 -¡Maldita sea! De estar seguro lo hubiese seguido.  
 -Mejor así. No sea que se hubiera dado cuenta y jodiéramos a la marrana...  
 -¿Y ahora qué hacemos?  
 -El dinero lo tendré esta tarde. He tenido que involucrar a Fernando, pues por mi solo no he podido reunir las seiscientas monedas.  
 -¿Cuándo será la entrega?  
 -Mañana a las doce del mediodía y en el mismo sitio.  
 -Yo iré con usted.  
 -No creo sea aconsejable.  
 -Aunque no lo sea hay que cambiar la táctica para no hacer el primo como la otra vez.  
 -¿Qué aconsejas que hagamos?  
 -Yo iré con usted pero por separado. Llegaré un par de horas antes por lo menos y me situaré en un lugar que he descubierto y en donde lo podré observar todo sin ser visto. Cuando usted deje el dinero y se retire yo esperaré escondido hasta que alguien pase a recogerlo. El resto ya se lo imagina, lo seguiré y averiguaré en donde esconden su guarida. Supongo que Camilo estará allí.  
 -¿Y después?  
 -Lo rescato y ya está.

-Tu solo contra una cuadrilla ¡Imposible. Tenemos que salvar a Camilo pero sin perderte a ti. Tu plan es bueno hasta que averigües el paradero. Después no te la puedes jugar y echar todo el plan por tierra. ¡Veras lo que hacemos! Ahora no puedo advertir a la Guardia Civil, pues son capaces de asistir a la cita y echarlo todo a perder. En Benasau hay un puesto. Después de dejar el dinero regresaré para advertirlos y nos reuniremos todos de nuevo en el Rincón del Olvido. Después todo es cuestión de que nos conduzca hasta donde lo tienen retenido y el resto ya es problema únicamente de los civiles.

Jacinto no estaba de acuerdo, pues cuando tuviesen el dinero podrían ocurrir muchas cosas antes de que se presentara la Guardia Civil. Podían incluso matarle y posteriormente huir. El ya sabía lo que tenía que hacer, aunque no se lo diría a Brígido para que no tratase de impedirlo.

Esperaba que cuando los civiles llegasen ya estuviese todo concluido.

Consuelo y Marieta regresaron de la masía la tarde del día anterior. Menos mal que Concha finalmente no regresó con ellas y decidió quedarse en la masía cuidando a los niños. Eso por lo menos le permitía disfrutar de Martina y liberar los nervios que lo atenazaban.

La víspera ya habían organizado, las señoras combinación con el párroco de Santa María, una novena a Santa Rita, patrona de los imposibles, para rogar que liberasen a Camilo sin daño alguno.

Brígido por su parte no se había atrevido a nombrarles lo de la oreja. De buena mañana volvieron a Santa María para tragarse todas las misas que se celebrasen ese día y todavía no habían regresado. El secretario lo agradeció, pues estaban de los nervios que eran capaces de volver histéricos a todo el mundo.

Hasta primera hora de la tarde no regresaron a la casa. Entretanto Brígido y Jacinto ultimaban sus planes. Ambos acordaron que llegarían por separado al Rincón de Olvido, dado que el muchacho tenía que anticipar su partida para llegar un par de horas antes.

El primero quiso aprovechar la pausa que le daba las primeras horas de la tarde para visitar de nuevo a su amada pues no sabía cuando volvería a verla...si volvía. Jacinto por su parte calculó que tendría que salir a las dos de la madrugada para llegar a su hora. Sin embargo esa tarde no tenía nada que hacer, por lo que decidió anticipar su salida, hacer noche en Benasau y después de pegarle un



buen revolcón a la chica del otro día, partir a primera hora de la mañana. No tendría que madrugar tanto pues buena parte del camino ya lo tendría avanzado. Cierto es que estaría más cansado pero también más relajado.

Por suerte estaban en luna llena y con los cielos rasos por lo que viajar de noche no sería un obstáculo.

Antes de retirarse a su dormitorio para preparar un ligero equipaje, se cruzó con las señoras que terminaban de llegar, aparte el saludo de rigor, Jacinto mantuvo la mirada, especialmente sobre Marieta, de la que a pesar de la diferencia de edad estaba comenzando a enamorarse y no forma platónica precisamente. Posiblemente más que amor era pasión y la ansiaba tanto que era la imagen que invadía su mente e incentivaba sus juegos eróticos durante las largas noches en solitario.

No ignoraba que estaba completamente fuera de su alcance, pero soñar no costaba dinero.

Las dos mujeres terminaban de comer en Le Parisién, pues la ausencia de Concha casi las obligaba a ello si no querían preparar personalmente su comida. Esa tarde no tenían nada mejor que hacer, salvo esperar. Consuelo propuso ir a visitar a Ana para contarle lo ocurrido a Camilo, pues casi con toda seguridad lo ignoraba, antes que lo supiese por su esposo Luis o terceras personas.

Marieta no estuvo por la labor, pues aparte no ser Ana santo de su devoción tenía otros planes para esa tarde que todavía estaba madurando.

Sabía que estaba a solas con Jacinto en ese momento. Había comprobado como el muchacho la ojeaba descaradamente en el pasillo esa misma tarde... así como su mirada de deseo que suele pasar desapercibida para los hombres pero nunca para las mujeres, y sobre todo no era la primera vez que lo hacía.

Ignoraba el tiempo de que disponía pues la visita de su amiga igual podía durar cuatro horas que diez minutos si no la encontraba en casa.

Ansiaba abrir sus muslos para él y sobre todo abrazarlo con sus piernas en la cadera mientras hacían el amor. Era una locura, que si Consuelo lo descubría, podría usar en su contra, en su lucha por Camilo, por muy amigas que fuesen.

No se lo pensó dos veces. El paso adelante tendría que darlo ella, pues él nunca se atrevería a declararle su amor ni proponerle las relaciones deshonestas. No había tiempo que perder.

Cambio su voluminoso vestido de calle por otro mucho más sencillo y que nunca se ponía por lo engorroso que resultaba abrochárselo a la espalda y la necesaria ayuda de una doncella para poder hacerlo.

Con el vestido dejado caer sobre su cuerpo desnudo, espalda al aire y sujetándolo con sus dos manos para evitar resbalase y dejase su torso al descubierto, llamo a la puerta de Jacinto. Y tras un momento de duda en el que estuvo a punto de llamar precipitadamente de nuevo, pues sabía con certeza que el hombre estaba en su interior, la puerta se abrió.

El muchacho lo hizo con determinación pues creyó que se trataba de Brígido y lo que menos esperaba era toparse con ella.

-¿Puedo pedirte un favor? – preguntó con la mejor de sus sonrisas.

-Desde luego señora. – le respondió un estupefacto muchacho mas sorprendido por la facha de la mujer que por su presencia.

-No tengo quien me abotone el vestido. ¿Lo puedes hacer tú?

-Si... -dudo el muchacho que parecía encontrase en un compromiso del que ni quería ni podía salir – podría avisar a Carmen...

-Ya la he llamado por el hueco de la escalera y no responde – ya con voz más autoritaria y aparentemente cansada de tener que dar tantas explicaciones – ¿Me ayudas? ¡O no!

-Desde luego señora.

Momento que aprovechó Marieta para introducirse en la habitación y cerrar la puerta a sus espaldas, aunque aparentando se había cerrado sola por accidente.

Se puso de espaldas al muchacho mostrando su desnudo dorso de piel morena y sedosa que pedía a gritos ser acariciada. Jacinto trataba de abrocharle los corchetes sin que sus dedos tocasen apenas su piel, mientras que ella, con sus continuos movimientos, hacia todo lo posible para que ocurriese todo lo contrario. Con el roce, el fino bello de su espalda se erizaba como escarpas y la piel se torno de gallina.

Jacinto mientras tanto notaba los primeros síntomas de una erección que no deseaba.

No esperó mas, se giró, abrazó al muchacho y lo beso en los labios. No fue un beso cualquiera, su lengua se introdujo en su boca y buscó desesperadamente la suya.

Jacinto tardó en reaccionar, pero cuando lo hizo fue como se esperaba.

Cogió en brazos a la mujer, le levantó su liviana falda y la depositó cuidadosamente sobre la cama. Su sexo quedó apetitosamente al descubierto pidiendo guerra. Se quitó precipitadamente los pantalones y se lanzó sobre ella en el momento en que la mujer juntaba sus piernas y le cerraba el acceso a la puerta de la gloria, mientras su cabeza hacia el signo de negación pero su sonrisa invitaba a lo contrario.

“Mi gozo en un pozo” Pensó el muchacho.

-Las cosas o las haces bien o no las hagas – le conminó la mujer. Desnúdate completamente; pues quiero tocar y disfrutar de tu cuerpo en toda la extensión y tú has lo propio con el mío.

Jacinto no tuvo necesidad de que le repitiesen la orden. Se desnudó completamente mientras la mujer hacia lo mismo.

Hacía más de dos meses que no hacía el amor con Camilo, por distintas razones y ahora lo deseaba fervientemente. Por otra parte no tenían entre sus brazos un cuerpo como ese, desde Nelo, su primer esposo, aunque de eso hacia tanto tiempo que sus manos ni se acordaban.

Se acostó sobre la cama y espero para ver cómo reaccionaba el muchacho. No parecía tener mucha experiencia y lo corroboró cuando se lanzo sobre ella y pugno por introducir su miembro sin conseguirlo. Ella tampoco se lo puso fácil.

“¡Un novato!” “Es un potro salvaje al que hay que domar” “Me gusta la idea” – pensó la mujer- “Lo malo es que son de los que te pueden hacer daño si no hay preparación previa”

Mientras le ponía todos los impedimentos posible para facilitar la penetración y que hubiese sido sencilla si ella lo quisiera.

-Tranquilo Jacinto que todo llegara. Desliza tu cuerpo contra el mío y mordisquea mis pezones si lo deseas, después cuando llegue el momento oportuno que será cuando la hembra lo desee y abra sus piernas, es cuando la podrás penetrarla fácilmente, pues ambos estaréis a punto.

Mientras tanto Jacinto se extrañó que la puerta que tan maravillosa se le mostraba se cerrase inoportunamente.

Consideró se trataba de una nueva forma amatoria o del comienzo de un juego erótico y no cesó en su empeño. Quiso introducir su miembro en la casi nula superficie del triangulo que formaba la parte baja de su cuerpo y sus dos piernas y lo único que consiguió fue perder la escasa humedad que le quedaba a su glande y despellejarlo.

Decidió seguir su consejo. Puso su vientre sobre el de ella que encontró cálido y mullido. Mientras sus labios buscaban los suyos para luego desplazarse por cuantas partes de su cuerpo hallaba a su paso. Besó, chupó y mordió ambos mugrones. Inmediatamente se dio cuenta que esto agradaba a la mujer y persistió. Pronto se le escapó algún suspiro y su cuerpo se relajó, sus piernas se separaron levemente y Jacinto aprovechó para meter la suya entre ambas. De todas formas estaba en las mismas pues en esos momentos su pene se encontraba desplazado de su objetivo. Tenía que conseguir meter también la otra pierna entre las de ella, misión que se le antojaba imposible pues en estos momentos la única bien posicionada estaba firmemente apretada por las de ella.

La mujer inició un movimiento para que su sexo rozase con su rodilla. Si era eso lo que quería la complacería. Apretó su articulación contra su parte baja y le dio un ligero movimiento rotatorio. La

mujer se relajó y con la mano quiso posicionar bien y dirigir el movimiento de su rodilla. Cuando lo consiguió lo dejó hacer.

Jacinto ignoraba que pretendía la mujer con todo eso, pero si le gustaba la complacería, esperaba que después ella le correspondiera.

Recordaba vagamente, pues lo hizo en la oscuridad y realmente no vio nada, que cuando hizo el amor con la joven de Benasau esta abrió desmesuradamente su piernas y rodeo con ellas su cuerpo, acompañando o dirigiendo con ellas todos los movimientos que él hizo durante el coito.

Ahora estaba tentado decirle a la dama que hiciese lo mismo, pero no se atrevió. No iba él, un simple neófito, a enmendarle la plana a toda una veterana ducha en mil batallas. ¡Qué digo mil; ¡Lo menos diez mil; Se dejó dirigir.

La mujer comenzó a suspirar y la rotula de su rodilla se mojó con un liquido que no supo de donde podía salir. Lo cierto era que la cosa iba bien y la mujer comenzaba a jadear constantemente y con las manos apretaba su cuerpo con el de ella. Parecía que su cuerpo se marchaba antes de haber llegado. Tuvo que inhibirse para evitar el desastre. ¡Pero si todavía no estaba dentro; Dejó una gota de su semen sobre su vientre como muestra de su excitación.

Tal vez la mujer creyó que el momento había llegado o tuvo un instante de debilidad, lo cierto que permitió la entrada de la otra pierna entre las suyas y haciendo palanca no le fue difícil abrirlas. Inmediatamente embistió su objetivo. No lo consiguió a la primera, pero ella rectificó su cuerpo y en un instante ya estaba dentro.

Jacinto se felicitó de cumplir las instrucciones de la mujer escrupulosamente. Fue más sencillo lo de Benasau pero indiscutiblemente esta vez obtuvo mas placer. Lógicamente la dama no era la misma pero aun así...

Marieta parecía que le había dado carta libre para hacer lo que quisiese y atacaba en continuas investidas.

-Así vas a gastarlo inmediatamente mi amor.- le susurró al oído – Despacio...muy despacio... Así. Así...

Ella misma con las manos colocadas sobre sus posaderas le marcaba el ritmo, mientras una especie de escalofrío recorría su cuerpo y los primeros y entrecortados jadeos de placer comenzaban a salir de su garganta. Los orgasmos le llegaron en cascada, pero parecía no ser suficiente. Ella quería más y más. Y en vez de lanzarlo para que también él terminase, se limitaba a decirle.

-Cuando sientas que vas a eyacular para... reposa sobre mí, descansa y cuando los síntomas pasen, reanuda...pero lentamente, muy lentamente.

Jacinto alucinaba, esto no tenía nada que ver con el coito rápido del otro día que por ser el primero le pareció muy bueno.

Este estaba llegando a la excelencia y todavía no había terminado. Su cuerpo estaba cansado pero satisfecho, sus labios buscaban afanosamente los de ella, mientras su cuerpo se convulsionaba repetidamente y se retorció de placer.

-¡Termina; ¡Termina; ¡Ahora; ¡Rápido; - le animaba la mujer aunque no hacía falta. Pues ya se había vaciado dentro.

Ambos quedaron agotados y abrazados sobre la cama.

Marieta se encontraba en ese incierto periodo de su vida en que no sabía si todavía era mujer y fértil o había terminado de serlo. La sangre en sus partes intimas igual aparecía cada quince días que en dos meses. Ahora por ejemplo llevaba dos meses sin llegar y rezaba para que todo terminase y no volverla a ver más. Quería ser libre y hacer de su cuerpo lo que quisiera, pues solo tenía cuarenta y seis años y le quedaba mucho por vivir. Si fuese sensata correría a su habitación y se daría un lavado vaginal con agua, vinagre y ciertas hierbas que nunca faltaban en una pequeño cofre cerrado con llave. Pero estaba tan bien allí, en silencio y abrazado al hombre, que desistió. No deseaba tener más hijos y eso en su tiempo fue motivo de disputa con Camilo. Ahora le daba igual si Dios se lo daba

y encima era de Jacinto lo aceptaría.

En esos momentos Jacinto hubiese renunciado a su misión por permanecer más tiempo con ella y desde luego no se levantaría de allí ni entrando en ese momento Don Camilo en la estancia con un enorme pistolón en sus manos.

Pero el tiempo apremiaba y los gritos de Consuelo, ¡habían trascurrido ya dos hora; buscándola sacaron a ambos del trance en que se encontraban.

Marieta se puso precipitadamente el vestido igual que como llegó para salir inmediatamente de la habitación. Instantes después Jacinto escuchó a lo lejos.

-¡Marieta; ¿Dónde estabas metida?

-Buscando a alguien que me abroche este dichoso vestido. ¡No hay nadie en la casa; Me vienes de perlas

Jacinto cerró cuidadosamente la puerta de su dormitorio, hizo la cama, toda ella revuelta, pero por suerte no se había manchado. Terminó de hacer el equipaje sin olvidarse de coger un cuchillo, una pistola y una recortada con abundante munición. Salió de su habitación, bajó sigilosamente por las escaleras y partió en cumplimiento de su misión.

La cara colorada, el rímel corrido y la agitación que embargaba a su amiga, obligaron a Consuelo a sospechar que había estado recientemente haciendo el amor. ¿Pero con quien? ¿Tal vez con Mauro? Que ya era un apetecible hombretón. Lo ignoraba, pero seguro que más pronto que tarde lo averiguaría. Tuvo un presentimiento y subió al piso de arriba. La puerta de la habitación de Jacinto estaba cerrada. Llamó a la puerta y al no obtener respuesta intentó abrirla. Esta lo hizo con un breve chirriar. El muchacho ya se había ido. La habitación estaba inmaculada y no había rastro de que recientemente alguien allí hiciera el amor. Este tampoco era y ya no quedaba ningún otro sospechoso. Daba igual. No le importaba, lo mismo haría ella si pudiera. Camilo las engañaba a ellas siempre que tenía una oportunidad y el mismo derecho tenían ellas de hacer lo mismo. Siempre que todo ello no interfiriese en su secreto.

XXXXX  
XXX  
X

Al filo de las diez de la noche llegaron a casa de Don Camilo: Fernando y Jorge, acompañados de dos trabajadores de la fábrica especializados en la carga y descarga, grandes como armarios y según les dijeron expertos cazadores. Iban ambos provistos de una escopeta recortada y en el cinto sobraban cartuchos.

-¿Qué hacen estos aquí? – preguntó Brígido que ya estaba dando los últimos toques a su partida.

-No vamos a dejar que bayas por esos mundos de Dios cargado con una fortuna – les respondió Jorge – le acompañaremos Fernando y yo, pero como toda prudencia es poca hemos traído también a estos hombres.

Fernando asintió con la cabeza haciendo propias también esas palabras. Brígido los conocía de vista y sabía podía confiar en ellos.

-No vayamos a escamar a los secuestradores y la caguemos... - respondió convencido que era lo mejor pero con cierta reticencia.

-No se preocupe Brígido. Yo me quedaré con ellos en Ares y usted subirá únicamente con Fernando. ¿Me han dicho que Jacinto también participa?

-Efectivamente. Él se situará en un lugar estratégico, varias horas antes de la cita. De esa forma podrá espiar todos sus movimientos a los malnacidos esos. Bien visto si la cosa se complica nos vendrán bien esos hombres

Brígido recordó que tenía que ir en busca de la guardia civil de Benasau, para rescatar a Camilo cuando Jacinto descubriese su refugio.

-Eso pensamos nosotros – aseveró Fernando.

Sin más dilación partieron todos juntos, pues el camino era largo y con toda seguridad peligroso.

Las dos amigas se quedaron solas. Cenaron de lo que encontraron en la cocina para no tener que molestar a Carmen, la guardesa. Se acostaron apenas terminaron la cena, desnudas y en la misma cama. Se besaron y se masturbaron ambas mutuamente. Eran las consecuencias de las largas noches de espera en la masía sin obtener ningún placer. Un día se encontraron durmiendo en la misma cama y ahí comenzó todo... Por el momento ese era su gran secreto.

Jacinto cenó en la posada de Benasau. La prostituta de la otra noche se le acercó sin ser reclamada para ello. Guardaba buen recuerdo del muchacho y no le importaría repetir. Siempre sería mejor que cualquier gañan que la requiriese. No se encontraba en condiciones de un nuevo encuentro ni por otra parte quería perder el buen sabor de boca que le había dejado el de esa misma tarde. Era como comer un pastel y volver a comenzar con otra sardina.

También deseaba dormir y descansar aunque solo fuesen un par de horas, para poder estar fresco al día siguiente. Deslizó una moneda de escaso valor como deferencia por su atención y la despidió con una sonrisa. Se acostó.

Horas después llegaron los cinco hombres de apoyo que le seguían. Brígido, Fernando y Jorge se acostaron apenas terminó la cena. Los dos trabajadores gastaron parte de los emolumentos que ya habían recibido para poder llevarse a las dos putas al pajar, pues ya no quedaban habitaciones libres.

Jacinto salió de la posada a las dos y los restantes a las cinco de la madrugada.

A las nueve ya estaba el muchacho en el otero descubierto unos días antes y a la espera de acontecimientos.

La espera fue larga y tensa. Por la posición del sol, debían ser las once de la mañana cuando súbitamente y sin saber de dónde habían salido, aparecieron dos hombres a caballo por la cumbre de la vertiente opuesta. Ocultó su cabeza, pues desde allí podían descubrirlo. Ahora miraba entre dos rocas.

Ocultaron sus caballos y se situaron exactamente encima de la roca, desde donde podían contemplarlo todo, coger el dinero y huir en un santiamén por donde habían llegado.

Mala cosa era, pensó Jacinto, si decidían marcharse por allí. Mientras esperaba que desaparecieran por la cima de la montaña para que no lo viesen, recogía los caballos, cruzaba el barranco y ascendía

por la otra vertiente. Los secuestradores habrían desaparecido del mapa.

Lo ideal sería cambiar de lugar y pasar al otro lado, ahora que sabía por dónde huirían, pero eso era imposible sin que lo descubriesen. Solo lo podía intentar ahora si daba un rodeo por un poco más arriba, pero ya era casi la hora prevista y con toda seguridad no le daría tiempo. Mejor sería no modificar nada de lo que tenía previsto y sobre todo rogar a Dios para no perder su rastro.

A las doce en punto observó cómo se acercaban dos individuos que inmediatamente identificó como Brígido y Jorge. Llegaron al punto elegido. Miraron a todos lados para detectar cualquier presencia humana y al no ver y escuchar nada sospechoso, dejaron el zurrón con las monedas detrás de la peña y emprendieron el camino de regreso. Cuando estaban a la altura del Rincón del Olvido, uno de los secuestradores se atrevió a bajar y comprobar el botín. Hizo una seña de asentimiento al otro que en pocos minutos bajó con dos caballos por una senda medio oculta por la vegetación y que permitía el ascenso por la vertiente contraria. Se alegró, pues eso facilitaba su labor.

Uno subió a su caballo, para seguir a los dos hombres y comprobar que se alejaban definitivamente del lugar de los hechos. El otro cogió el zurrón del dinero y ascendiendo por la misma senda por donde llegaron, desapareció.

Jacinto corrió hasta donde estaba su caballo, cruzó el arroyo y ascendió por la vertiente opuesta hasta llegar a la peña en donde Brígido dejó el dinero. Ascendió por la senda que había detrás hasta llegar a la cima. Un enorme bancal en barbecho y al fondo una pinada por donde con toda seguridad se metió el hombre que seguía.

Entró en la desesperación porque su plan se había ido al traste, pero aun quedaba una oportunidad. Suponía que el individuo que siguió a Brígido regresaría en algún momento por la misma senda y entonces tendría la ocasión de seguirlo.

Las pisadas de los caballos al pasar por el bancal habían marcado un camino. Las habían recientes y otras más antiguas. Cruzó el campo por allí para no dejar nuevas huellas. Estas desaparecían cuando entró en el bosque, el terreno más duro y la pinocha no permitían mostrarlas. Aventurarse a seguir la pista del primero era perder la oportunidad de seguir al segundo. La vida de Camilo estaba en peligro y no se lo podía permitir. Se apartó un poco de la ruta marcada y esperó su llegada.

Tardó casi una hora en llegar, que se le hizo eterna, y en algún momento creyó que el otro secuestrador había cambiado su ruta y no regresaría por allí. Vio como pausadamente cruzaba el bancal y se introducía en el bosque por el lugar previsto. Lo siguió. Solo lo veía en ocasiones para no ser descubierto, pues guardaba una distancia más que prudente. Llegó a aflojar las riendas de su caballo, para que este por instinto siguiese al otro y lo guiase.

Llegó un momento en que entraba en el bosque más luz pues los árboles iban aclarándose paulatinamente hasta que llegó a un claro en cuyo centro se había construido una pequeña cabaña. El hombre que siguió estaba atando su caballo bajo una pequeña techumbre que cobijaba ya a tres equinos más. Uno era indiscutiblemente el de Don Camilo. ¡Por fin! Había dado con la guarida.

Dudaba entre ir para avisar a los otros o permanecer de guardia y esperar el momento adecuado para liberarlo. No podía fallar de ninguna de las maneras pues entonces su jefe estaría perdido.

Había visto a dos de los secuestradores y por lo menos otro se habría quedado vigilando. Probablemente serían tres y eso lo confirmaban los caballos que estaban en la improvisada cuadra, aparte el de Camilo. Número suficiente para evitar que pudiese entrar a la cabaña por las bravas y liberarlo. Decidió esperar, aunque la noche aun tardaría en llegar, era entonces cuando podía tener alguna posibilidad de salir airoso de la empresa si aprovechaba el factor sorpresa.

En el trascurso de la tarde puso observar como sacaban a Camilo y a una pareja, que supuso eran matrimonio y los dueños de la cabaña, para que hiciesen sus necesidades, tanto las mayores como menores

-Hacer lo que tengáis que hacer que volveréis a salir hasta mañana – decía el que los vigilaba y que no era otro que el mensajero y que Jacinto reconoció inmediatamente.

Cuando regresaron al interior de la casa desde dentro se escuchaba un notable jolgorio y una posible disputa por el dinero que se estaban repartiendo.

-Esta no es de veinte reales como las otras- decía una voz

-Con el dinero que te ha tocado puedes vivir el resto de tu vida sin dar golpe – le respondía otra.

-No discutáis que hay para todos – decía una tercera – y si se tercia se pueden sacar muchas más.

-¿Qué hacemos con ellos?

-Al viejo nos lo llevamos

-¿Y a los otros?

-No hay que dejar pruebas ni a nadie que pueda reconocernos.

-A mí ya me han vistos y no precisamente estos – dijo el que probablemente era el mensajero.

-Pues déjate barba y bigote – rio otro.

-Alcoy está muy lejos de donde vamos y no creo aparezcan por allí. Por eso no debes preocuparte.

Jacinto tenía claro que al matrimonio los iban a matar y a Don Camilo se lo llevarían a otro lugar más seguro para desde allí intentar sacar más dinero, para al final cuando Brígido cansado de tanto engaño se negase a dárselo, correr la misma suerte.

Cuando ya casi se hizo de noche y Jacinto se disponía a actuar, salió de la casa uno de los secuestradores. Iba acompañado por una joven, con las manos atadas como los otros. Jacinto supuso se trataba de la hija del matrimonio.

-¡Venga; ¡Haz lo que tengas que hacer;

La chica se puso en cuclillas durante un rato. Se había separado de la casa para esta operación y estaban ambos más cerca del bosque que de la cabaña. Aunque la chica probablemente no le escuchaba, el individuo continuaba hablando.

-Esta noche me toca el último en la cama, pero creo que voy a saltarme el turno aunque tenga que joderte aquí fuera. ¿Nadie te ha dicho que estas muy buena? Es una lástima que Pepe se empeñe en matarte. Yo por mi gusto te llevaría conmigo. Si te portas bien tal vez consiga que no te mate.

La chica se limitaba a llorar en silencio. Finalmente optó por levantarse pues la tensión que estaba sufriendo era como un tapón que le impedía hacer sus necesidades. Se dirigió lentamente hacia la cabaña.

-¿Dónde vas paloma? Antes tienes que pasar por la piedra.

Ante el estupor de Jacinto, el hombre la cogió por las ligaduras y la apartó un poco más de la casa, justo en el lindero del bosque. De un empujón la lanzo a tierra sin importarle que se golpeará con esta en la cabeza, a escasos metros de donde estaba escondido Jacinto. Se quito los pantalones y la montó para violarla. La pobre chica ya ni se quejaba por lo que probablemente había sido el pan de cada día. Simplemente lloraba calladamente.

El muchacho no podía dejar la oportunidad de eliminar a uno de los secuestradores. Por suerte estaba de espaldas a él y podía acercarse sin ser visto. Le hubiese gustado que la chica gritase como una posesa para que el individuo tampoco escuchase sus pisadas, pero eso ya era pedir demasiado.

Hubiera podido disparar fácilmente sin errar el tiro, pero podía herir a la muchacha y alertar a sus compinches. Aprovecho que la victima comenzaba a quejarse de dolor. ¡Y solo era el primero; Decidió emplear el cuchillo. Se acercó cautelosamente deteniéndose cada vez que algo crujía levemente bajo sus pies, pero el hombre estaba tan absorto en su quehacer que no escuchaba nada.

Por desgracia la muchacha desde el suelo lo vio y no pudo evitar un gesto de sorpresa antes de que le rogase silencio por el método tradicional de colocar su dedo índice sobre la boca. Ya era tarde.

Al violador no le pasó desapercibido el gesto de la muchacha y se giro rápidamente. Jacinto tuvo que intervenir para evitar diera la voz de alarma. Lanzó el cuchillo con tanto tino que se lo clavo en el cuello. La chica lanzó un grito de espanto cuando la sangre que salía a borbotones de su garganta la salpicó el rostro. Su salvador lo apagó cuando se lanzó sobre ella y le tapó la boca con su mano temiendo que sus gritos pudiesen advertir al resto de la banda.

No ocurrió nada. O no lo había escuchado su grito o ya estaban acostumbrados a sus chillidos de dolor mientras era violada.

Respiró tranquilo al no salir nadie, aunque pronto lo echarían de menos y alguien saldría a investigar.

Dejó a la muchacha en el bosque, junto a su caballo, rogándole silencio ocurriese lo que ocurriese y si la cosa se ponía fea para él que huyese con su caballo en busca de refuerzos. Luego se acercó a la cabaña. Por la ventana puso apreciar que aparte Camilo y el matrimonio solo quedaban dos individuos que estaban guardando su parte de los tres montones de monedas de oro que estaban sobre la mesa.

Desde dentro llamaban a gritos a un tal Miguel, que supuso era el violador. Nadie respondió. El que parecía el jefe le hizo al otro un gesto inequívoco para que saliese a investigar. Se tomó el tiempo necesario para recoger su parte del botín, guardar las monedas en su faja y desganado salió para cumplir la comanda.

Al salir, alguien llamó su atención y al girarse recibió el impacto de un cuchillo en pleno corazón. Jacinto sabía que estaba muerto pues no le dio tiempo ni de decir ¡Ah! y se despreocupó de él. Luego con la pistola en la mano entró en la casa. Un sorprendido José Tomas levantó los brazos en señal de rendición.

Jacinto debió disparar primero y preguntar después como tenía previsto, pero el acto del bandido le desconcertó y fue incapaz de disparar a un hombre desarmado y que se rendía. Esa pudo ser su perdición.

Camilo ignoraba lo que había ocurrido fuera, pero se alegró de ver entrar a Jacinto. Máximo con una pistola en la mano y apuntando al bandido.

-¡Gracias Jacinto;

-Ya habrá tiempo de felicitaciones.

-¡Quedan dos más! - añadió

-Esos están controlados

El cuchillo quedó clavado en el corazón de su segunda víctima y ahora lo precisaba para desatar a Camilo. Jacinto trató de desatarlo sin la ayuda de la preciada herramienta mientras apuntaba a José Tomas que en esa maniobra vio su oportunidad.

En un momento de descuido, pues no podía estar mirando a dos sitios a la vez, el bandido se abalanzó sobre el derribándolo.

La pistola quedó a merced del roder que terminó cogiéndola del suelo. Viéndose perdido tuvo una idea que por lo menos le salvo la vida.

-¡Ayuda! ¡Jorge! ¡Nando! ¡Venid!

José Tomas creyó que no había tiempo que perder. En segundos `por lo menos un par de individuos se lanzaron sobre él. Tenía que escapar inmediatamente. Pero no quería dejar con vida a ese niño que con toda seguridad terminaba de matar a sus dos amigos.

Cuando cayó el arma al suelo, el pistón debió saltar de su sitio, porque cuando el Hijo de la Tona disparó a quemarropa, solo se escuchó un chasquido y ninguna detonación. Preocupado porque la ayuda solicitada estuviese a punto de entrar y porque el individuo que hacía unos instantes tenía a su merced, reaccionaba e intentaba levantarse, salió de la cabaña corriendo, cogió uno de los caballos, sin ni siquiera ensillar y partió como alma que lleva el diablo.

-Jorge y Nando... ¿Están ahí? - preguntó Don Camilo.

El muchacho negó con la cabeza y no sonrió porque la patada recibida todavía le dolía.

-Están pero no aquí. Ha sido una estratagema que felizmente ha dado resultado. A la Virgen de los Lirios le debemos que milagrosamente la pistola no disparase, pero al ardid que huyese precipitadamente y no tomase otras represalias. ¡En fin! Bien está lo que bien acaba.

Jacinto desató a Don Camilo, después de recuperar el cuchillo ensangrentado que todavía estaba



clavado en el corazón del bandolero, y después hizo lo propio con el matrimonio.

La chica, que lo había presenciado todo desde su escondite, viendo que el tercer roder huía precipitadamente, entró también en la cabaña y se abrazó a sus padres.

Don Camilo era un individuo de decisiones rápidas y no se pensaba las cosas dos veces y además lo que tenía que hacer hoy no lo dejaba para mañana. Antes de que pudiese arrepentirse.

-No saben cuánto sentimos lo ocurrido y sobre todo lo que han sufrido por mi culpa- les dijo Camilo mientras Jacinto inspeccionaba el exterior de la casa.

-Usted no tiene la culpa, solo ha sido una víctima más – le recordó el campesino –le tenían cogido el ojo a esta casa y cualquiera que hubiese sido el raptado se hubieran refugiado aquí.

-Posiblemente tenga usted razón, pero no vamos a discutir por ello. Lo único cierto es que se han visto perjudicados, usted con la pérdida de la oreja y la vergüenza que ha sentido. Y sus mujeres con más motivo al resultar ambas violadas. Yo les juro que no sabrá nadie nada de esto para que puedan ir con la cabeza alta por la vida. Pero a pesar de que los daños morales no los cura nadie si se pueden menguar cuando la vida nos sonrío y no tenemos preocupaciones económicas. Todo lo que queda encima de la mesa – señalando las doscientas de oro que uno de los secuestradores muertos no llegó a retirar- es ahora de su exclusiva propiedad y les agradecería encarecidamente que lo aceptasen.

-Eso es demasiado dinero no podemos admitirlo. Con un par de monedas bastará – le aseguró el padre.

-Este lugar ya no es seguro. El hombre que ha escapado puede regresar en cualquier momento clamando venganza, los muertos eran como hermanos para él, y no será a mí a quien encuentren. Lo mejor que pueden hacer es marcharse. Compren tierras en algún lugar más seguro y establézcanse fuera de estos peligrosos parajes.

El hombre asintió, mientras madre e hija se abrazaban de felicidad. Por fin iban a tener una vida mejor.

Pasaron parte de la noche abriendo una profunda zanja en donde enterrar los dos cadáveres. Después de despojar a ambos de las monedas correspondientes al primer y segundo rescate. Faltaba un tercio del total que logró llevarse José Tomas, y las que había donado a la familia. Cantidad importante, pensó Camilo, pero más lo era la vida y esta por lo menos se salvó.

XXXXX  
XXX  
X

Al amanecer, Jacinto y Camilo, abandonaron a sus compañeros de aventuras, aconsejándoles que no demorasen su partida. Les dejaron los dos caballos que los muertos abandonaron para que les facilitase su próximo y necesario traslado.

Encontraron a Brígido, Jorge, Nando y los dos hombres que les acompañaban, rastreando el bosque en su búsqueda. Habían estado siguiendo la pista que la huellas del bancal les proporcionó hasta adentrarse en el bosque. Allí ya iba a ciegas, por ese motivo cuando se toparon con los dos hombres que ya daban por muertos lanzaron gritos de alegría. Pararon en cada una de las ventas, mesones y bochinchas que encontraron en su camino de regreso a Alcoy. Llegaron a media tarde a Alcoy, completamente borrachos.

Camilo tuvo la oportunidad de contarle a Brígido lo que había ocurrido con toda clase de pelos y señales. Lo que más le había sorprendido es que su jefe todavía conservara las dos orejas. Aunque posteriormente quedó todo explicado.

Le dijo también que parte del botín se había perdido con la huida del jefe de la banda y que doscientas monedas de las recuperadas las aprovechó para indemnizar a la familia que los acogió involuntariamente y sufrió sus consecuencias. Finalmente solo se habían podido recuperar trescientas treinta monedas que se encontraban en poder de los muertos. Se las pasó inmediatamente a Brígido, que sabía de dónde habían salido, ya que no quería saber nada de ellas.

-Trescientas son de Fernando que me las presto.

-Devuélveselas cuando puedas y las treinta restantes las repartes entre esos dos hombres, que en realidad han participado muy poco en este asunto, pero han arriesgado su vida por mí y se lo merecen.

-Así se hará, pero queda Jacinto... - insinuó Brígida – prácticamente lo ha hecho todo y si a alguien le deje la vida es a él. He de reconocer que para estas cosas soy un perfecto inútil.

-Lo que ha hecho ese muchacho no tiene precio, pero ya me encargaré yo de recompensarlo. En cuanto a ti, mi querido amigo, has hecho más de lo que estás obligado y también lo tendré en cuenta.

Jacinto no daba crédito a su suerte. No hacía ni una hora que Don Camilo le había regalado su hermoso caballo y la valiosa silla para montarlo. Le dijo también que ya le estaba dos veces agradecido. Una por salvarlo de un apuro, su intervención en la Glorieta, cuando un tipo lo increpó, y la otra ahora que le había salvó la vida y fue recompensada, con el caballo, la silla y... las monedas de oro que en ella estaban escondidas. Una verdadera fortuna.

Hasta doscientas monedas de oro de distintos valores había encontrado escondidas bajo el forro inferior de la silla y que ahora descansaban sobre su cama. Todavía buscaba más por si alguna se le había despistado, antes de dar la silla al guarnicionero para que la arreglase. La guardaría toda su vida.

Una autentica fortuna que le permitiría comprar una casa decente y con el resto bien administrado vivir de renta junto con su madre el resto de su vida. Todavía ignoraba que su primogenitora ya no lo necesitaba, que había cambiado al cabrero por un viejo secretario y la casa que ansiaba casi ya la tenía.

Él desde luego no iba a abandonar esta casa en que por ahora había encontrado el verdadero amor. Cierto es que le llevaba treinta años, pero en esos momentos era lo que menos le importaba.

José Tomas o Pep el de la Tona como muchos lo llamaban, casi revienta su caballo huyendo de la maldita casa en donde habían perdido la vida sus dos mejores amigos de la infancia. Si no fuera por eso el botín conseguido habría valido la pena, pues le permitiría vivir sin agobios por lo menos los próximos cinco años. Pero todo en este mundo se termina y cinco años después tuvo que volver a las andadas acompañados de nuevos compinches. Cinco años más de aventuras en los que encontró la muerte. Pero eso ya lo hemos anticipado y contado con todo detalle.

## CAPITULO XI

### A Camilo le ponen los cuernos

Don Camilo no era tonto y se dio cuenta inmediatamente. Concretamente cuando hizo el amor por primera vez con Marieta después del desagradable suceso de su secuestro. Ya le chocó que no hubiera lucha por ser la primera en acostarse con él y cediera gentilmente el puesto a Consuelo.

Sin discusión lo que disfruto con una y con la otra. Con Consuelo fue todo pasión, hizo lo imposible para que quedase contento y satisfecho del encuentro y se entregó a él como siempre lo hizo. Eso tenía que reconocerlo. En cambio Marieta casi lo hizo por obligación y pronto notó que esperaba algo más del acto sexual que él le pudiese proporcionar. Estaba inhibido, desganada. Conocía a Marieta como si la hubiese parido y no ignoraba que cuando se mostraba así era porque obtenía mas placer de otra persona. ¿Quién era el afortunado que disfrutó de su cuerpo mientras estaba secuestrado? Pronto lo averiguaría, solo tenía que seguir el rastro que ella dejaba.

En realidad no estaba demasiado preocupado porque le pusiera los cuernos, pues en realidad no estaban ya casados y cada uno podía holgar con quien quisiese, pero si le molestaba follar con alguien a disgusto. Sin embargo no olvidaba que cuando la tenía de cara, hacer el amor con ella era un verdadero placer y manjar de dioses. Por ese motivo tampoco deseaba romper con ella.

No fue tarea difícil y estando al loro en una semana logró averiguarlo.

Después de cómo vulgarmente se dice “Pegar un buen polvo “su cara se tornaba sonrosada, la sonrisa no desaparecía de su boca y era amable con todo el mundo.

Como cuando eso ocurría no había salido anteriormente de casa, estaba claro que el afortunado moraba en ella. Si se eliminaba a Brígido, porque no se atrevería nunca a disputarle la querida y para colmo ahora resultaba que tenía una para él solo, que según le habían dicho estaba muy buena y completamente emperrado con ella; si también descartábamos a Jacinto, el guardes, pues aparte estar todo el día en la fábrica, su esposa Carmen le cortaría las pelotas de enterarse y eso era correr demasiado riesgo; estaban también sus hijos: Mauro y José, pero estos tenían el acceso al piso principal restringido por su propia madre y solo subían en contadas ocasiones y cuando eran reclamados. Solo quedaba Jacinto.

A pesar de conocerlo solo hacia un par de meses, lo quería como si fuese un hijo suyo. Le había salvado la vida no hacia ni quince días y aunque ya lo recompensó adecuadamente le estaría eternamente agradecido.

Para sus pesquisas se pasaba todo el día en casa con las puertas del despacho abiertas para estar siempre vigilante. Por allí pasaba el pasillo, paso obligado a las distintas dependencias y desde el sillón de su escritorio se veía perfectamente el primer tramo de escalera por el que se accedía a la planta superior.

Un día vio fugazmente como Marieta las ascendía. Iba cubierta únicamente por una bata, que tan bien él conocía y que al quitársela siempre se quedaba completamente desnuda.

Estuvo a punto de llamarla, encerrarse en su despacho y hacer el amor sobre la alfombra, pero se contuvo era la oportunidad que estaba esperando y solo Dios sabia cuando volvería a tener otra.

Esperó cinco minutos.

No ignoraba que Jacinto estaba en la casa, porque recordaba que a la hora del desayuno le dio la mañana libre y él la rechazó. Prefería quedarse en la casa leyendo.

Subió quedo las escaleras y se plantó delante de la puerta de la habitación de su guardaespaldas. Lógicamente estaba cerrada. Arrimó su oreja a la madera y claramente pudo percibir los gemidos de placer de Marieta que por mucho que quisiese no podía contenerlos. Y estos desde luego no parecían fingidos.

En otro tiempo quizás de una patada hubiese derribado la puerta y entrado dando gritos defendiendo su honor aunque solo fuese para darles un buen susto. Pero esta vez no lo hizo, ni lo deseaba ni le importaba lo que estaba pasando dentro.

De todas formas no deseaba ser un consentido ignorante, y un toque de atención no estaría de más.

Bajó a su despacho y espero pacientemente a que Marieta hiciese lo propio. ¡Una hora! Ya podía estar contenta la moza pues él solía despacharla en apenas diez minutos, y eso siempre que la cosa rodase bien.

Cuando la vio descender por el tramo de escalera, salió rápidamente de su despacho para hacerse el encontradizo.

-¡Mi querida Marieta! ¡Que hermosa estas esta mañana! Con esos colores de cara que tienes no precisas potingues.

Se sobresaltó y se puso nerviosa, el encuentro le llegó de improviso y realmente no lo esperaba. Él la abrazó como solía hacer con Marcela, palpando vorazmente sus carnes a través de la liviana bata. No ignoraba que eso lo odiaba, pero esta vez no lo rechazó ni hizo nada por evitarlo. El corazón le latía acelerado, lo menos a 140 pulsaciones por minuto. La besó en el cuello y no percibió el hedor a macho cabrío que solían dejar algunos hombres. Únicamente la suave fragancia de ella.

Quiso aprovechar la oportunidad con la seguridad de que esta vez sería más condescendiente y cooperaría en el acto.

Se lo propuso. Ella no se negó, aunque en el fondo no lo deseaba. La propuesta sin embargo la tranquilizó. Fueron a la habitación.

Estaba demasiado bien en Alcoy para ahora Camilo la rechazara y tuviese que volver a Altea. Hoy se había salvado por los pelos, pero si continuaba con esos amoríos y tan a la vista de Camilo, estaba segura que más pronto que tarde la descubriría y las consecuencias podían ser impredecibles. Tendría que pensar en un plan alternativo si esa posibilidad se diese, pues lo que tenía claro es que no iba a renunciar a ese amor.

Tuvieron que despertarlos a la hora de la comida, pues ambos, después del acto, se quedaron dormidos profundamente.

Había superado con creces el trauma de su secuestro, mejor incluso de lo que supuso, ahora su vida transcurría con absoluta normalidad. Los negocios cada vez le importaban menos y las dedicaciones importantes y por supuesto las menos, caían bajo la responsabilidad de Fernando, Jorge y Brígido. Este último le informaba cada noche de las mismas y Camilo, si lo creía conveniente, le daba alguna que otra sugerencia.

Su vida amorosa se había relajado. Los encuentros con Marieta, absorta con su nuevo amor, eran ocasionales. Demasiado ocasionales según Camilo.

Puesta las cosas así, centró sus esfuerzos en Consuelo, con la evidente alegría por su parte. Y es que su querida Chelo nunca le fallaba. Ella siempre estaba dispuesta, lo parecía decir con su mirada cuando estaba poseyéndola y lo bueno de todo eso es que también disfrutaba con el acto sexual y sus gemidos de placer sinceros.

Pero como la felicidad nunca es completa, un día, después de una noche toledana, se levantó con un ligero dolor en la espalda. Cojeaba algo al caminar y le costaba levantarse cuando estaba cómodamente sentada en un sillón. Concha le preparó unas cataplasmas calientes que la aliviaron pero no la curaron.

Cuando la requería Camilo, que por cuestiones obvias ahora era prácticamente a diario, el coito era un infierno. Pero ella callaba mientras sufría para no desairar a su amado. Los pequeños gritos que emitía casi calladamente y que él consideraba de placer en realidad eran de dolor.

Un día se quedó enganchada en la cama con las piernas hacia arriba y sin poder bajarlas y solo entonces Camilo descubrió la gravedad del asunto.

Hizo llamar inmediatamente a Alberto a pesar de que era la una de la madrugada. Lógicamente acudió al instante. Su diagnóstico fue certero y rápido. Se trataba de ciática que no era otra cosa que una inflamación del nervio del mismo nombre y que recorría toda la pierna, partiendo de salva sea la parte hasta llegar al mismo tobillo. O por lo menos eso es lo que entendió Camilo.

Solución: un jarabe para el dolor, un poderoso antiinflamatorio y sobre todo calor, mucho calor sobre la parte afectada. En esos instantes Concha que estaba presente se felicitó por lo acertado, a base de cataplasmas, de su tratamiento. También le recomendó descanso, mucho descanso.

A Don Camilo, en un aparte y con una sonrisa de complicidad, le recomendó que lo que estaban haciendo lo suspendiesen por una temporada.

La cosa se complicaba, tenía claro que Marieta tendría que volver al redil aunque no le agradase y sobre todo lo que no le gustaba era meter la polla en el mismo nido que otro lo hiciese antes. Como una seria recomendación para que dejase sus aventuras con Jacinto por lo menos hasta que Consuelo se recuperase. Le puso los puntos sobre las íes y como no la veía muy dispuesta a desprenderse del muchacho la amenazó incluso con enviarla una temporada a Altea para según él “quitarle el vicio que había cogido”.

De todas formas no se fiaba mucho del éxito de su gestión. Sin con Consuelo podía hacer el amor todos los días eso era una quimera con Marieta. No lo soportaría. Debía por lo tanto buscar otras alternativas para cuando la cosa fallase.

La que más a mano tenía era Sofía, la criada con la que ya tuvo un hijo aunque todos se lo atribuían a un antiguo novio, que la dejó preñada y la abandonó.

Un par de veces, cuando Marieta se mostraba intratable, la visitó en su habitación y ella lo recibió encartada aparte de sorprendida.

Hacían el amor pero Camilo siempre salía decepcionado.

Era un zompo. ¡Un auténtico zompo! Sin coraje, sin ganas. En definitiva como siempre y lo malo es que no escarmentaba. Era... y Camilo no encontraba la frase adecuada, como hacerlo con una muerta, aunque creía que a esta última la encontraría más participativa. Por otra parte tenían un cuerpo escultural y una piel tan agradable al tacto que en ocasiones se había corrido con solo tocarla. Era bella, en realidad lo tenía todo para ser la mujer perfecta. Su defecto: que era un verdadero bloque de hielo.

Un verdadero enigma esa mujer. Se juró que la apartaría definitivamente de su vida sexual.

Un día vio a Martina, la amante de Brígido, y rápidamente quedó prendada de ella. Era una copia casi exacta de Ana cuando la poseyó por primera vez en el Riu Rau de Yocla cuando todavía era cura. Incluso estuvo tentado de proponerle a Brígido la posibilidad de compartirla, pero era demasiado pronto y su secretario estaba colado por ella, tal vez en el futuro...

Estaba tan emperrado en ese momento que sería como destapar un conflicto de intereses. A Brígido lo estimaba y le resultaba inimaginable que tuviera que prescindir de él, por una nimiedad como esa. De momento a la que tenía que descartar era a ella, aunque no la borraba de la lista y era una opción de futuro.

Solo le quedaba Ana...o ir de busca de nuevas piezas. Pensó de nuevo en enviar a Luis de viaje, pero ya no se trataba de una necesidad como entonces de hacer el amor constantemente durante quince días y prácticamente viviendo en su casa. Ahora con hacerlo de vez en cuando sería suficiente. Jorge e Inés ya estaban casados y no residían en la casa. Le bastaba con concertar sus citas, cuando Luis estuviese en el trabajo y el pequeño, que todavía vivía con ellos, en la escuela.

Esa misma tarde la visito ante su sorpresa pues no lo esperaba. ¿Cuánto hacía que no se habían acostado juntos? Pensó Camilo. Ya no lo recordaba. Lo único que importaba era que lo recibió con los brazos... y los muslos, abiertos.

XXXXX  
XXX

El uno de enero de 1868 se inauguró solemnemente el Círculo Industrial sito en una céntrica casa de la calle de San Nicolás. Tenía un extenso jardín en la parte trasera en el que existía incluso una gruta natural de la que manaba una fuente de agua fresquísimas.

Casi la totalidad de socios del aun vigente Círculo de Empresarios cambiaron inmediata de sociedad atraídos por las lujosas y nuevas instalaciones. Y los que no lo hicieron es porque optaban por pertenecer a las dos.

Esos socios representaban la flor y nata de la sociedad alcoyana: Empresarios y todas las profesiones liberales como médicos, abogados, notarios y un largo etcétera. No había persona que se preciase en la población que no se adhiriese a la nueva sociedad.

Lógicamente era una sociedad machista como casi toda las de entonces, en donde las mujeres, aunque sin especificarlo, tenían, como anteriormente en el Círculo de Empresarios, las puertas cerradas. Salvo en eventos especiales como fin de año, el baile de víspera de Reyes y otras fiestas locales en que su presencia resultaba imprescindible por razones obvias.

Para fin de año ya había llegado tarde la inauguración, pero en la víspera de Reyes la primera dama que entró en el Círculo fue Marieta, Consuelo todavía estaba convaleciente, acompañada de su marido (lo fue y nunca desmintió que no continuase siéndolo) y un joven que decían era el guardaespaldas de la pareja y también la envidia de las damas y el oscuro objeto de deseo de las muchachas casaderas.

Pronto la fiesta se animó y Camilo ató en corto a su pareja pues no le faltó la pléyade de muchachitos de la buena sociedad alcoyana, que bien por deseo de tener entre sus manos tan prietas carnes magras, o simplemente por ganar una apuesta a los amigos la acosaban para sacarla a bailar, por ella les hubiese dado un sí a todos, pero Camilo...

La situación se normalizó y después de cenar cuando lo del baile iba en serio, Camilo temió que Jacinto sacase a bailar a Marieta, pues eso del baile no iba con él, y ya no los viera en toda la noche. Así que decidió dar vía libre al muchacho para que se buscara pareja.

-Búscate un chochito agradecido ¡Y diviértete! Que la vida son dos días – le dijo con cierta sorna. Había barra libre y la gente comenzaba a estar contenta y sobre todo algo ebria.

La anulación un año más de la cabalgata de Reyes que debía celebrarse esa misma tarde y que tanto éxito tuvo hace un par de años antes, había encrespado los ánimos y un grupo de reaccionarios se concentraron en las mismas puertas del círculo increpando a cuantos entraban y salían.

No se podía concebir tanto lujo cuando los pobres pasaban frío y hambre. Edra el lema que continuamente recitaban. Finalmente tuvo que acudir la policía y con más de un altercado disolverlos.

Dentro parecía que nadie se enteraba de lo ocurrido y el baile continuaba.

Jacinto hizo caso a su jefe y dio una vuelta por la sala. Trajeado con el preceptivo smoking, alto, moreno, guapo, con unos penetrantes ojos verdes y un cuerpo atlético. Pronto se dio cuenta que era el objetivo de todas las mujeres y la mayoría de las miradas se posaban sobre él. Bien fueran mujeres casadas, que lo miraban con disimulo; viudas, que parecían querérselo comer con la vista y finalmente casi todas las muchachas en edad de merecer, fuesen o no acompañadas de muchachos imberbes, que con la cabeza baja seguían sus pasos con la vista. El hecho de que no fuese acompañado y anduviese por allí como en busca de una presa lo hacía más apetecible.

Tenía claro que él era el que debía elegir, y que todas estaban anhelantes por ser la afortunada. Como cambiaban las cosas. Cuando iba vestido con el traje que usaban los obreros alcoyanos ninguna mujer se dignaba mirarlo, salvo alguna muchachuela de su mismo rango social y ahora se lo comían con los ojos. Lo mismo le pasaba a su madre, la vio un día paseando por la calle del Mercado del brazo de Don Brígido y apenas la reconoció, no se atrevió a decirles nada. Alguien le dijo que le habían montado un piso en el Arrabal de Santa Elena. Se alegró. Entre abrir los muslos para el obrero o Brígido, mejor este último. Siempre resultaría más rentable, aunque conociendo a su madre sabía que esto no lo hacía por dinero. De ser así nunca lo hubiese consentido.

Dio dos vueltas a la sala para asegurarse que no se le escapaba ninguna. Se fijó en una muchacha que podría tener dieciséis o diecisiete años, tal vez más o tal vez menos. Pero con todos los atributos de una mujer adulta, sus pechos parecían querer escapar del traje que los retenía. No era excesivamente alta, rubia y con unos ojos claros de color indeterminado y su rostro le resultaba familiar.

Aunque la mesa que ocupaba era para diez o doce comensales en esos momentos solo estaban la hermosa muchacha y una señora ya machucha y con abundantes carnes que bien podía ser su madre. La miró fijamente y la chica que estaba haciendo lo mismo desvió la mirada azorada.

Mientras terminaba la pieza que la orquesta estaban tocando en esos momentos, pudo comprobar cómo la madre rechazaba por su cuenta y riesgo a todos los moscones que se acercaban a su hija pidiéndole a la muchacha un baile. Como si fuese a ella a la que se lo pidiesen.

Estaba claro que no lo tendría fácil. Decidió cambiar de táctica. La mayoría de los pretendientes ya se cansaron o recibieron su tunda de calabazas y ni siquiera se acercaban a la mesa.

Él se acercó decidido, pero no a la hija, sino a la madre.

-¡Señora; Solicito su permiso para proponer a su hija me conceda el próximo baile – se quedó mirando fijamente a los ojos de la madre en espera de una respuesta y aparentemente ajeno a lo que pudiese opinar la hija. En realidad ya sabía cuál sería la respuesta

Marcela, que era la madre, no sabía qué hacer. La penetrante y fija mirada del muchacho la anonadaban. Desde luego no era hijo de ninguna de las familias pudientes alcoyanas, pues allí se conocían todos y aunque su cara no le resultaba totalmente desconocida no acertaba averiguar donde la pudo ver antes. Hasta entonces había denegado todas las propuestas recibidas por su hija, porque desde su atalaya veía como los jóvenes se acercaban a sus parejas más de lo que la decencia aconsejaba y sus manos se posaban en lugares prohibidos. Pero si el baile se lo hubiesen propuesto a ella hubiese aceptado sin ninguna duda. Pero su hija era todavía una niña, o por lo menos así se lo parecía a ella, y no podía dejarla en manos de un sátiro.

Estuvo a punto de soltar un “no” rotundo, pero se contuvo. Si al final se la tenía que llevar un petimetre cualquiera este por lo menos le gustaba a ella. Mientras asentía con la cabeza, en su mente estaba presente el refrán que decía “Quien no se tira a su suegra es porque no se lo ha pedido”

-Señorita... ¿Me permite el próximo baile? – le pregunto antes de la madre se arrepintiese y cambiase de parecer.

-¡!!Siiiiiii - retumbó en toda la sala.

Como ustedes habrán supuesto se trataba de Hortensia la hija menor de Marcela y Pepe el abogado y hermana, entre otros, de Alberto, Lola y Emilia.

Bailaron esa pieza y cuando intentó devolverla a su mesa...

-Me apetece un refresco... - insinuó ella, no porque le apeteciera, sino el fin de alejarse lo más posible de la mesa que ocupaba su madre y que no dejó de vigilarlos en ningún momento.

-¿De qué lo quieres – le respondió el muchacho, mientras le ofrecía el brazo para acompañarla a una larga mesa colocada en el fondo del salón, en la que por lo menos diez camareros se afanaba en servir a los numerosos clientes que se acercaban.

-Me llamo Herminia... - le dijo ella, mientras sorbía un poco del refresco de menta que tenía entre las manos, principalmente para romper el hielo pues ninguno de los dos parecía tener tema para iniciar una conversación.

-Yo Jacinto... Jacinto Alzamora – respondió sabiendo que el apellido le daba más prestancia a su nombre.

-Mi apellido es Boronat – añadió la muchacha mientras terminaba de dos sorbos la menta que contenía el vaso. Después no supo que decir.

La salvo la campana en forma de nuevo baile. Una simple mirada les bastó para que enlazaran sus manos y estrecharan sus cuerpos y comenzasen a bailar. Después otro, otro y otro.

Marcela no paraba de levantarse intentando localizar entre la multitud de bailarines a su hija. Su

estatura lo le permitía observar más allá de la primera fila de danzantes y aunque en su loco bailoteo pasaban ante sus ojos como el agua de un río. Entre ellos no estaba su hija.

Comenzó a temer se la hubiesen raptado y enviaba a sus hijos, hijas, yernos y nueras, cuando se acercaban por la mesa, que fueran en su busca. Nadie la localizó y alguien lo hizo se hizo el loco al verla tan bien acompañada.

El baile daba la impresión que se acercaba a su fin. Camilo que no se levanto de su silla en toda la noche estaba ya cansado y solo ansiaba irse a la cama con Marieta y pegarle un buen repaso, pues el cuerpo en esos momentos se lo pedía. Oteó el horizonte buscando a Jacinto para decirle que se marchaban. Lo vio tan bien acompañado por una señorita que en esos momentos le mostraba la espalda y no reconoció, que estuvo tentado de irse sin molestarlo. Pero durante la noche tuvo noticia de los incidentes sucedidos en la puerta y temió que al salir alguien se metiese con ellos. Le hizo una seña reclamando su presencia.

Jacinto la vio inmediatamente pues en todo momento estuvo pendientes de sus protegidos. Acompañó a Herminia a su mesa y cogió casi por la fuerza la mano de Marcela, antes de que esta pudiese desatar toda la ira que había estado gestando durante la noche, y se la besó. Agradeciéndole de paso la oportunidad que le había dado de conocer a su encantadora hija.

El cálido beso y sus suaves palabras dejaron a Marcela sin fuerzas para soltarle la reprimenda que para ambos tenía preparada.

Le agradeció con una sonrisa el detalle y sus palabras y quedó otra vez encantada con él.

La única que se encontraba presente en la mesa en esos momentos fue Lola a la que Jacinto apenas prestó atención absorta como estaba con la madre y la hija. Pero ella si se fijo con él.

La inauguración del Circulo Industrial fue el inicio del fin del Círculo de Empresarios. La mayoría de sus socios se dieron de baja y los que se podían permitir el lujo de pagar dos cuotas permanecieron pero sin casi asistir a sus instalaciones que no tenían comparación con las del nuevo circulo. Mucho más nuevas, amplias, lujosas y elegantes. Y sobre todo la carencia de un jardín como el del industrial que se llenaba de gente apenas el tiempo mejoro e hizo un poco de calor.

El círculo de empresarios no podía subsistir en esas condiciones y su cierre sería inminente como finalmente ocurrió tras un par de años de pura subsistencia.

Su gerente hizo ímprobos esfuerzos para contener la desbandada, incluso llego a bajar los precios, pero para sus potenciales clientes ese detalle era el menos importante.

Finalmente encontró la solución, permitir la entrada de mujeres en cualquier momento, no solo acompañadas de los socios sino incluso solas, aunque lo lógico era que acudiesen en grupos de amigas.

Nunca fue lo mismo, pero la debacle que se preveía a corto plazo se prolongó en el tiempo.

A Marieta le gustaba que la acompañase Jacinto cuando salía de casa, siempre que no podía hacerlo con Consuelo, pero esta continuaba con su mal que no terminaba de curarse y le impedía disfrutar de los paseos. Y sobre todo que Camilo lo autorizase. Siempre se lo permitía si lograba mantenerlo contento y ella conocía el medio de lograrlo. Era una experta cuando quería.

Buscaban desesperadamente un lugar en donde poder hacer el amor, libres del control de su jefe y amante respectivamente. Pero como alquilar una casa o acudir a un hostel sin que Camilo se enterase era misión imposible, Jacinto le propuso a su amada acudir a la antigua casa de su madre.

Era una locura y resultó un desastre. Marieta salió de allí llena de ronchas por todo el cuerpo y asegurando le habían picado un millar de chinches, aunque como contrapartida Jacinto salió totalmente indemne de la aventura. Cuando acudió al médico, Alberto le diagnosticó una alergia. El problema fue que no pudo, o mejor dicho no quiso, aclarar en qué sitios había estado para poder contraerla y el galeno tuvo serias dificultades para poder combatirla.

Ya no volvieron a intentarlo.

Se limitaban a pasear, sentarse en algún banco de la Glorieta como adolescentes enamorados y



cuando el tiempo no acompañaba se limitaban a acudir al antiguo Círculo de Empresarios y que ahora tomaba el sugestivo nombre de “El placer de Eros”, aunque nadie sabía el porqué.

Pasaban allí las horas muertas de la mañana o la tarde charlando amigablemente y haciendo planes para un próximo encuentro que luego no podían llevar a cabo, porque Camilo, siempre Camilo se lo impedía. Ante tanta gente, tocarse la mano era el único placer que les estaba permitido.

En realidad Jacinto trataba de espaciar los encuentros a propósito, pues no olvidaba a la encantadora señorita que conoció la víspera de reyes, Hortensia Boronat, creía recordar que se llamaba y con la que bailo incansablemente ese día. Desde entonces habían pasado cinco meses, pues estaban ya a las puertas del verano, y no la había vuelto a ver.

Por lo menos eso era lo que creía, pues unos días antes de celebrarse las fiestas de Moros y cristianos de ese año, que por cierto fueron un desastre por los incidentes que hubo, tuvo un encuentro que lo llenó de incertidumbre.

Un día mientras Herminia se dirigían a su casa, se cruzó con Don Camilo, iba acompañado por un joven que inmediatamente identificó con quien estuvo bailando, toda la noche, la víspera de Reyes.

Mientras se besaban, con su tío, intercambiaban los saludos de rigor y le entregaba la moneda de plata que nunca solía faltar cuando el magnate se cruzaba con hijos, ahijados y sobrinos, bien fuesen naturales o de adopción, el acompañante permaneció prudentemente retirado, pendiente de todo lo que ocurría a su alrededor y completamente ajeno a la conversación. Cuando finalmente se despidieron y la mirada que cruzó con Jacinto no fue correspondida como ella esperaba consideró que lo poco que hubiera podido surgir entres ellos había terminado.

Jacinto estuvo mirándola discretamente todo el tiempo y en ocasiones de reojo. Su rostro le resultaba conocido pero ignoraba porque. Tal vez y lejanamente con aquella belleza que bailó el día de Reyes en el Círculo. Melena suelta, maquillada con todo detalle, con un cuerpo escultural y luciendo un vestido espléndido que le caía como un guante. Pero no tenía nada que ver, con esta muchacha, aparentemente mucho más joven, pelo recogido, cara fresca y lozana pero sin atisbo de coloretos y con un vestido simple, de diario, que no resaltaba su figura porque tal vez era un poco ancho para su talla, como si no fuese de ella y lo hubiese heredado de alguna hermana mayor o su madre. Por ese motivo la miró estrictamente lo imprescindible, pero sin decirle nada.

Unos pasos más arriba y cuando ya casi la habían perdido de vista, se atrevió a decir.

-Muy guapa la muchacha. ¿Sobrina suya?

-Como si lo fuese. Es la hija de Marcela y de mi buen amigo Pepe Boronat que Dios tenga en su gloria, Se llama Hortensia.

¡Maldita sea! ¡Herminia Boronat! casi seis meses buscándola y cuando la tiene delante la deja pasar. De todas formas no era el momento adecuado para abordarla estando presente Don Camilo.

-¡Aquí vive! - dijo señalando la puerta de su casa cuando pasaron por delante de ella.

-¿Quién?

-¡Quien coño va a ser. La muchacha de antes. Herminia. Hace bien poco tan interesado con ella y ahora como si no te importara.

-Solo era curiosidad.

-Ya , ya

Jacinto tomo nota mentalmente del número de policía y contempló la lujosa puerta que guardaba la casa. “Casa de ricos” Suspiró. Eso no era bueno aunque lo esperaba pues su presencia en el Círculo así lo hacía suponer.

Ahora sabía cuál era su nombre y donde vivía. Lo de localizarla y abordarla solo era cuestión de querer.

Camilo no era tonto. Se dio cuenta de la última mirada que su sobrina dirigió al muchacho y comprendió que allí había algo más que simple curiosidad. El interés posterior por ella de Jacinto lo

confirmó. Lo que no comprendía era ese remilgo que mostraban ambos como si no se conocieran.

La muchacha podía ser un buen partido para Jacinto, pues aunque rico ya lo era, necesitaba a alguien que le abriese las puertas de la alta sociedad alcoyana. Y los Boronat todavía pintaban mucho. Él también resultaba un buen partido para Herminia, que tendría que pescar un hombre rico si quería mantener el tren de vida a la que siempre estuvieron acostumbrado, aunque desde la muerte de su amigo Pepe pintaban bastos.

¿Qué ganaba con esto? Sencillamente que Jacinto abandonase a Marieta y esta no tuviese más remedio que regresar al redil.

XXXXX  
XXX  
X

Una tarde Marieta, después de realizar unas compras en la calle del Mercado, invitó en el Jardín de Eros a su ya asiduo acompañante a merendar antes de regresar a casa.

Se sentaron, sin obligación de ocultar nada, delante mismo del amplio ventanal que daba a la calle y a la vista de cuantos transitasen por la calle de San Nicolás.

Pasó por allí Lola y al verlos decidió entrar. Hasta ella misma ignoraba sus intenciones. Fue simplemente un impulso. A esas horas el local estaba casi completamente lleno, especialmente por grupos de mujeres que esperaban la salida de sus hijos del colegio para pasar a recogerlos o simplemente ociosas que no sabían qué hacer.

Lola se situó bastante alejada de ellos en la única mesa libre que encontró en uno de los rincones. Desde allí no podía escuchar sus palabras, pero por lo menos si interpretar sus gestos. De todas formas aun estando en la mesa de al lado y debido al sonido de parloteo que se escuchaba en el local, tampoco se hubiese enterado, por lo que la distancia más que un obstáculo era una ventaja al no tener que disimular.

Parecía que estaba discutiendo y la mujer nada contenta. El hombre, que era indiscutiblemente el que estuvo bailando con su hermana la víspera de Reyes, se limitaba a asentir, alzar los hombros de vez en cuando y sobre todo aguantar el chaparrón que le estaba cayendo lo mas displicentemente posible que podía.

Lo había visto antes, aparte la del Círculo, en un par de ocasiones acompañando siempre Al Tío Camilo, pero ignoraba la relación que los unía. Tal vez fuese un empleado suyo, pero por lo bien que vestía mas bien parecía un socio, representante como su cuñado Agamenón o algo parecido.

Estaba aburrída de que la vida fuese siempre tan monótona. Cansada de acostarse con los mismos hombres, aunque en esos momentos de su vida fuesen tres. Pero el hecho de que fuesen consentidas por su propio esposo le quitaba “glamur”, palabra que no sabía exactamente su significado pero la leyó en una novela que había por casa y creyó que venía bien al caso.

Necesitaba nuevas emociones, conocer gente nueva, como cuando hizo el amor con ese disidente encima de una mesa de despacho en ese tugurio que tenía en un celler de la calle de San Agustín.

Posteriormente y cuando ya estaba casada con Fernando quiso contactar con él, pero después de la paliza que le pegaron Fernando, Jorge o tal vez ambos no quiso saber nada de ella.

A este, desde que lo vio con su hermana quedó prendado de él. Era joven, guapo, parecía agradable y sobre todo elegante. Casi una copia de Nando cuando lo conoció. No era desde luego un gañan, y como su hermana no había insistido con él lo consideraba un hombre libre y potencialmente su amante.

Lo que ignoraba era que relación lo podía unir con la mujer, ex mujer, amante..., ya no sabía realmente que era, de su tío Camilo. Aunque eso verdaderamente le traía sin cuidado.

En un momento dado la pareja dejó de discutir, ella se levantó enojada e intentó salir de la sala. Él la siguió. Pero ella volviéndose bruscamente se puso ante él impidiendo su avance y casi lo obligó a regresar a su silla y la dejase marchar sola.

La siguió con la mirada desde la ventana para comprobar que llegaba sana y salva a su casa y entonces pareció que su cuerpo se relajaba. Pidió una copa de coñac al camarero y cuando se la trajo comenzó a sorberla sosegadamente.

Recapacitaba la conversación que terminaba de tener. Marieta le reprochaba las escasas relaciones tenidas en las últimas semanas. En realidad ya había trascurrido quince días de la última y ninguno de los dos sabía con certeza cuando se reanudarían. Le había replicado con excusas hasta que no tuvo más remedio que decirle la verdad.

Estaba enamorado de una tercera persona y su relación tenía que terminar, por temor a que ella pudiese enterarse. Quiso saber quién era y se negó a decírselo. Estalló, se indignó y finalmente se marchó a casa terriblemente enfadada.

No creía que esto pudiese tener consecuencias en la relación laboral con su jefe. Y que incluso

Camilo se alegraría. Pues no ignoraba que consentía su relación con Marieta, ignoraba el porqué, pero desde luego no la soportaba.

Fue entonces cuando Lola se acercó para pescar en río revuelto.

A Marieta no le bajó la “cosa” al mes siguiente de hacer el amor con Jacinto ni al otro tampoco. Creyó que eso confirmaba que esa época en que la mujer ya no puede ser madre había finalmente llegado. Suspiró profundamente, no sabemos si de alivio o preocupación.

La “cosa” era como llamaba su madre a ese derrame que mensualmente visita a las mujeres en su época fértil.

No todas la llamaban así. Consuelo solía decir con un suspiro de pesar: “Manolita ya está otra vez aquí” Marieta no comprendía lo que quería decir con esto, pero un día le amplió el concepto.

Fue en la época en que decidieron compartir a Camilo y según fuese el día del mes, par o impar, le tocaba a una u a otra.

-Creo que ha llegado Manolita, tendrás que ocuparte de Camilo los próximos dos o tres días.

A Camilo verdaderamente no le importaba que sus mujeres tuviesen “eso”, “Manolita” o como quisieran llamarlo, porque a él le daba igual y si tenía que ser sincero hasta le gustaba que lo tuviesen. Pensaran ustedes que era un guarro y posiblemente lo fuese, pero solía decir que no había nada que con jabón y agua caliente no se arreglase.

Como sacerdote que fue, no ignoraba que en otras religiones se consideraba a la mujer impura y ningún varón podía tocarla, cuando se encontraba en esa situación. Pero él opinaba que era cuando mas buenas estaban, la lubricación era perfecta y el miembro se deslizaba por el interior como Pedro por su casa. El coito duraba una eternidad y se olvidaba de las siempre traicioneras eyaculaciones precoces.

También las mujeres disfrutaban y participaban con mayor intensidad del evento, pues se inhibían ante la imposibilidad de quedarse embarazadas y se entregaban a fondo. Claro está siempre que tuviesen criadas que limpiasen el estropicio al día siguiente.

Marieta disfrutó del sexo, durante esos meses, fuese quien fuese su amante, aunque lógicamente prefería a Jacinto. Camilo consentía y nunca mencionó lo que ya sabía. Se conformaba con que ella le dejase contento cuando le tocaba y en eso reconocía que era una verdadera experta.

El único temor es que es ese periodo de su vida que ahora comenzaba tuviese problemas. Había escuchado desde joven, cuando todavía vivía en Yocla, que las mujeres en esa situación tenían tendencia a engordar, que los pechos caían y el culo se tornaba fofo. Aunque en el fondo creía era envidia de las mujeres que no sabían cuidarse.

Ella ahora vigilaba para controlar todas esas situaciones y lo que le desconcertó era que el pecho lo tenía más firme e incluso se excitaba cuando accidentalmente rozaba, con sus dedos, los mugrones; su culo era más firme y la barriga tensa. Habían desaparecido hasta los inicios de esas ruedas, parecidas a salvavidas, que martirizaban a las mujeres y trataba de disimular colocándose fajas.

Pero los meses pasaron y la posibilidad de que efectivamente estuviese embarazada aumentó exponencialmente. Una peligrosa curva que en los hombres cuando aparece llaman de la felicidad, pero en las mujeres más bien podía llamarse “del pánico” en la mayoría de las ocasiones, comenzaba a ser evidente. Cierto es que no tenía mareos matutinos porque en ningún embarazo anterior los tuvo, pero si sentía aversión a ciertos alimentos, por ejemplos las gambas que le encantaban y Concha preparaba por lo menos una vez a la semana, cuando llegaban a Alcoy las remesas de pescado y marisco procedentes de la Villajoyosa.

Ahora solo de oler los efluvios que procedente de la cocina se expandían por toda la casa le entraba un no sé qué en la barriga que la obligaban a correr al baño, o a la primera vasija que encontraba a su paso, y desalojar el desayuno.

Por entonces las relaciones con Jacinto ya se habían enfriado y espaciado lo suficiente para comenzar a sospechar que el muchacho, que antes no se lo quitaba de encima en el sentido literal de

la palabra, ahora se estaba escamoteando.

Sin embargo Camilo la requería cada vez más y de vez en cuando le tiraba alguna frase que a él le semblaba un piropo y a ella la ofendía.

-No sé que tienes que cada día que pasa estas más buena que el pan. Y es que la gallina vieja siempre ha hecho el mejor caldo.

Si no emplease la innombrable palabra “vieja” lo hubiese tomado como un cumplido. Pero con ella...

Al final la cosa era tan evidente que ya no podía ocultarlo pues hasta Camilo se dio cuenta. Ciertamente es que en la oscuridad todos los gatos son pardos y ella se presentaba ante él cubierta con un amplio camisón, que solo se quitaba y en ocasiones ni eso pues se limitaba a subirlo hasta la garganta, cuando la oscuridad reinaba y el acto lo hacía necesario.

Cuando la montaba ambas barrigas se encontraban y entonces comenzó a salir el eterno problema de siempre entre ambos cuando quedaba preñada. Su corto pene no profundizaba lo suficiente y en esas condiciones poco se podía hacer, pues cada dos por tres su miembro se salía y vuelta a empezar.

-¿No estarás preñada? – le soltó una noche en que desesperado dejó la función a medias.

-No lo creo. Hace meses que tengo la menopausia...

-Pues ese vientre...

-Mañana visitare a Alberto, yo también estoy preocupada por esa extraña hinchazón.

Como la corta conversación no les quito el calentón que tenían y a falta de pan bueno son tortas, después de un par de besos él la masturbó, tan torpemente, que Marieta tuvo que fingir varios orgasmos para que la dejase tranquila y no la desollada viva. Después ella cumplió con una mamada, tan bien dada que lo despacho en apenas diez segundos. No quería estar media hora dándole a la zambomba.

Alberto no tuvo más remedio que confirmar lo que era evidente y no juzgo ni necesario sacrificar una rana para reafirmarlo.

Así se lo hizo saber a Camilo, aunque le rogó que de momento no hiciese pública la agradable noticia, pues todavía no se había hecho el ánimo y quería evitar las felicitaciones y parabienes que al conocerse la buena nueva caerían en cascada. Camilo inmediatamente se adjudicó la paternidad de la criatura, aunque sabía perfectamente que no era el único que bebió últimamente de esa fuente.

Ella ni lo negó ni se lo confirmó. Antes quería planear su vida e ignoraba en ese momento que sentido tomaría.

Tenía que elegir entre Camilo y Jacinto y quien fuese el elegido le otorgaría la paternidad de su futuro hijo.

Puesta a elegir ella optaba por Jacinto, solo faltaba saber si él estaba de acuerdo, y por las sensaciones que recibió las últimas semanas creía firmemente que no estaba por la labor, aunque tal vez el anuncio de que iba a ser padre lo cambiase todo.

La opción Camilo la tendría siempre, pues él disfrutaba con tener hijos con distintas mujeres y cuantos más, mejor.

Un día le soltó sin venir a cuento.

-¿El niño es mío? – sabía desde el principio que no era el único que disfrutaba de Marieta y la duda le asalto de repente.

Ella no le respondió ni si, ni no. Se lo quiso decir con una penetrante mirada, entre sorprendida y ofendida, para que él la interpretase como quisiese.

Camilo se arrepintió inmediatamente de haberla hecho. Por eso no insistió recordaba que antes no lo dejaba solazarse después del coito, pues rápidamente se levantaba para aplicarse unas lavativas vaginales para evitar que el semen del varón prosperase y produjera su efecto. Últimamente ya no lo hacía y podía disfrutar de su calor, su piel y sus caricias, tras el descanso del guerrero.

Eso confirmaba que Marieta creía firmemente que la menopausia le había llegado, pues en caso

contrario no se hubiese confiado tanto. Supuso que con el chico, como solía llamar a Jacinto, eso no ocurría, pues ya fuese por decoro, pudor o higiene, no cesaría en aplicarse la limpieza.

De todas formas cuando naciese la criatura saldría de toda duda. Si salía un niño regordete y bonachón, era suyo, pero si fuese flaco y fibroso mejor no hacer preguntas y aceptar las consecuencias.

Marieta no se fiaba de Camilo, no ignoraba que por cualquier pequeño desliz podía de nuevo echarla a la calle y devolverla a su destierro de Altea. Ese error ya lo había cometido pero por suerte todavía estaba aquí, pero no podía tentar a la suerte. Y desde luego si finalmente decidía otorgarle la paternidad de su hijo a Jacinto porque este lo aceptase, sería el fin de su relación con Camilo y de su estancia en Alcoy.

Estaba robando a su esposo muy sibilinamente, pero en definitiva robándole. No se sentía culpable pues en definitiva solo estaba preparándose la cama si finalmente llegaba lo peor, pero a la vez lo mejor para ella, pues eso significaba que Jacinto la acompañaba.

Comenzó con el chalet de Altea que era su única propiedad y que le dejó Camilo para que pudiese vivir cuando se separaron y su matrimonio quedó roto. La casa estaba en pésimas condiciones cuando decidieron volver a juntarse y volver a vivir con él en Alcoy. Durante los primeros años y antes de que la masía de Morales fuese el destino de sus vacaciones estivales, solía ir a veranear con los niños a Altea. Arregló todas las deficiencias de la casa: cambió, puertas y ventanas, todo el tejado, la pinto y dejó como nueva. Adquirió el terreno agrícola que había en la parte trasera, vallándolo e incorporándolo al que ya poseía el chalet. Construyó un parterre y en su centro una enorme piscina que costaba tres días de llenar y que podía hacer perfectamente con el agua de las horas de riego que le pertenecían.

Llegó a un acuerdo con el constructor para que aumentase el precio de las facturas que le presentaría a Camilo y cuando las cobrara, la diferencia, menos una pequeña bonificación, se lo entregaría a ella.

Lo mismo hizo con los muebles, que se los encargó lógicamente a Carlitos. Con ello ganaba un aliado, se reconciliaba con él y tendía un puente por si el día de mañana lo precisaba para calentarle la cama. El tiempo pasaba pero su polla continuaba siendo única y en ocasiones sentía nostalgia de ella.

Con ello había conseguido revalorizar extraordinariamente su propiedad y conseguir por otra parte una buena cantidad en metálico, que escondía en un pequeño amagatall que se hizo construir durante la reforma. No quiso meterlos en la Caja de Altea, en donde con toda seguridad hubiesen estado más seguros, pero Camilo se hubiese enterado inmediatamente y tendría que dar demasiadas explicaciones.

La piscina solo fue un capricho y probablemente una excusa para gastar más dinero y obtener un mayor beneficio. El mar lo tenía apenas a veinticinco metros de la puerta de la casa y en invierno, cuando el levante apretaba, el agua de las olas llegaba hasta la fachada. En realidad apenas la usaba, salvo los niños que durante las primeras vacaciones disfrutaban de sus cálidas aguas, ya que les molestaba la barrera de piedras lisas y resbaladizas que separaban la casa de la orilla. A ella le gustaba adentrarse en la mar salada y pasaba horas nadando a pocos metros de la costa porque ya no se atrevía a meterse, con en Yocla, hasta el mismo lugar que las barcas sardinales faenaban.

Ya no tenía la fuerza de antes, pero si la habilidad para deslizarse sobre las olas como una sirena y el saber luchar contra las corrientes cuando la sorprendían. Después, cuando regresaba a casa, se quitaba el salitre de su piel sumergiéndose en la piscina unos escasos segundos. Lo volvía a hacer en las noches calurosas cuando el sudor mojaba las sábanas y su cuerpo pedía a gritos refrescarse.

En Alcoy se acostumbro a hacer lo mismo pero en menor escala. Siempre estaba pidiéndole dinero a Camilo y este se lo daba sin siquiera preguntarle el motivo. De cada dos trajes que pedía uno nunca lo adquiría, pero su importe iba a formar parte de su botín hasta de la compra quiso hacer sisa, aunque fuese en detrimento de lo que adquiría. Pero allí Concha dijo basta y para evitar un

escándalo o que llegase a oídos de Camilo desistió.

Ya tenía bastante más que una pequeña fortuna. No ignoraba por otra parte que Jacinto recibió 200 monedas como premio al liberar a su jefe. Pocos lo sabían, pero en la cama suelen hacerse muchas confidencias.

Juntando ambas cantidades y bien administradas podían solucionar el resto de sus vida. Solo faltaba que su amante estuviese de acuerdo.

La tarde que estuvieron hablando en El Placer de Eros, aunque mejor sería decir discutiendo. Ella mostró sus cartas. Le aseguró que estaba esperando un hijo suyo. Le propuso se casase con ella o si quería solamente se juntarían como amantes. También le mencionó la cantidad de dinero que tenía ahorrado, muy cercana a la que él poseía y que posiblemente les permitiría una vida comoda el resto de sus días. Si él quería estaba dispuesta a abandonar a Camilo y podrían huir los dos a su finca de Altea, en donde serian felices, comerían perdices y bla, bla, bla.

Jacinto se negó rotundamente desde el primer momento. Primero porque no quería abandonar a su jefe que tan bien se portaba con él, incluso al extremo de permitirle compartir a su amante, pues ya se había enterado que ninguna de las dos señoras era su esposa. Por otra parte estaba Herminia la muchacha que conoció la víspera de Reyes y quedó prendada de ella.

Había perdido su pista pero ahora ya sabía quién era y como localizarla. No concebía una vida en común con Marieta. Reconocía que le había gustado y continuaba disfrutando con ella. ¿Pero cuánto duraría? Tendría por lo menos treinta años más que él y aunque no se diese ella cuenta se estaba ya marchitando.

No podía dejarlo todo por un placer que duraría a lo sumo dos o tres años.

Ese fue el motivo por el que le dijo que no y ella se marchase ofendida.

XXXXX  
XXX  
X

Cuando Jacinto alzó la vista y la vio creyó que se trataba de Herminia. Pero no. Esta era indiscutiblemente mayor que ella, más mujer y posiblemente más hermosa, pero eso se debía únicamente a los afeites que lucía en la cara.- Reconoció en ella a la mujer de su jefe Fernando Ortega. Lo cierto era que las tres hermanas eran casi idénticas, viendo a las tres juntas las diferencias faciales eran evidentes, pero si la veía de una en una, resultaba muy fácil confundirlas.

Rápidamente se levantó de su silla y se inclinó respetuosamente.

-Buenas tardes señora – la reconoció sin ninguna duda- ¿Desea algo?

-En concreto, no. Pero estaba sola tomando un té en aquella mesa y me siento presionada por aquel individuo de la esquina- señalando con la vista a un pobre hombre que, ajeno a lo que le rodeaba, en esos momentos estaba ojeando las cuatro hojas del “Diario de Alcoy” - ¿Tu trabajas para mi esposo?

-En realidad para Don Camilo, pero no tengo ningún inconveniente en servirla a usted y a su esposo si fuese necesario. ¿Desea que saque a ese individuo de aquí? Aunque en realidad no se con que motivo – insinuó al comprobar que el pobre hombre no hacía nada fuera de lo común.

-No creo haga falta. Con solo me acompañe en la mesa, si no le importa, será suficiente.

-¡Claro que no me importa! ¿Qué prefiere la suya o la mía?

-Mejor esta que está más alejada – hizo una seña al camarero y le pidió trajese su servicio a la mesa de Jacinto, mientras se sentaba en la silla opuesta a la de él – No sabes cómo te lo agradezco. ¡Porque hay cada patán!

Jacinto continuaba sin entender que peligro podía representar ese hombre, pero si la señora lo acusaba por algo seria.

-No se preocupe que cuando decida ausentarse, yo la acompañaré a su casa.

-No sabes como te lo agradezco... ¡Por cierto! Estoy observándote y ahora recuerdo en donde te he visto en otra ocasión. ¿No serás también el caballero que acompañaba a mi hermana Herminia la víspera de Reyes.

-Si señora pero le aseguro que entonces ignoraba que fuese su hermana. De ser así, tenga la seguridad de que nunca me hubiese atrevido...

-No seas tonto que en mi familia no nos comemos a nadie. Seguro que Herminia quedó en cantada contigo.

-Eso me gustaría ¡Y yo con ella!

-Pues no se hable más. Me comprometo a que tengas una cita con ella. Que muy bien podía ser en mi casa. ¿Qué te parece mañana a las cinco de la tarde?

- A cualquier hora me vendrá bien. No sabe cuánto se lo agradezco.

-No te preocupes por eso pues tendrás tiempo de hacerlo. ¡Oh! ¡Por Dios! Que tarde se ha hecho. Tengo que marcharme. ¿Serías tan encantador de acompañarme a mi casa? ¡Por favor! El maromo continua ahí y estoy seguirá que de salir de aquí sola me seguirá.

Jacinto accedió encantado. Nunca hubiese imaginado que una señorona así fuese tan simpática... además de atractiva. Lo que estaba haciendo por él no tenía precio y le estaría eternamente agradecido si hiciese que Herminia y él llegasen a congeniar algún día. Ahora ya tenía la excusa perfecta para dejar definitivamente a Marieta, aunque en el fondo temía su reacción.

¿Sería posible que el hijo que esperaba fuese suyo? Desde luego podría ser, pero también de Don Camilo y él nunca lo reconocería para no verse coaccionado por la señora. No deseaba tener un hijo en esos momentos, por lo menos con Marieta, pues con Herminia hubiese sido muy distinto. Siempre creyó que los hijos eran responsabilidad de las mujeres y si los tenían sin quererlos era su culpa. De todas formas en el futuro, si tenía la oportunidad de poder hacer el amor con Herminia, tendría más cuidado.

Acompañó a Lola hasta el zaguán de su casa y esperó en el portal hasta que desapareció escaleras arriba.



Lola lo tenía todo planeado. Fernando le comentó que el jueves tenía un día de los que él llamaba completo, pues tenía que recibir a no sé qué personaje, concretar unos asuntos, invitarle a comer, por la tarde mas reuniones que terminarían con una cena hasta...

Igual solo había quedado con una querida y eso era únicamente la excusa. De todas formas a ella le daba igual. No era un hombre imprescindible en su vida. Tampoco era que lo despreciaba. Le gustaba más que el bobalicón de su cuñado y casi igual que el amor de su vida que no era otro que Jorge.

¡Como la engañó en la Masía, cuando todavía era una adolescente de catorce años, y lo asalto en su habitación. Lo chantajeó para obligarlo, y él le hizo creer que estaban haciendo el amor cuando en realidad se limitó a masturbarla. Tenía que reconocer que lo hizo tan bien que tuvo los primeros orgasmos de su vida.

De todas formas estaba cansada de follar siempre con los mismos hombres y precisaba urgentemente carne nueva. Jacinto, casi un niño, era una mezcla mejorada de Fernando y Jorge, y en esos momentos el hombre ideal para llevarlo a la cama. Estaba tan emperrado con él, como lo estuvo con Jorge en su pubertad.

El día siguiente era jueves y el servicio libraba. De todas formas le daba igual. Ya recibió a Jorge en su casa en un par de ocasiones sin que se enterase su marido, y si no sabían lo que se cocía en su casa es que eran tontas. Que se enterase Fernando, tampoco le importaba, si acaso porque si se enteraba que se había tirado al novio de su hermana menor, querría hacer lo mismo con ella y Hermi era especial para Lola y nunca lo consentiría.

La condenada había pegado el estirón casi definitivo durante el año anterior y convertido en una mujer bellísima y autentico objeto de deseo para los hombres. No le extrañaba que ese buen mozo le echase el ojo.

XXXXX  
XXX  
X

Al día siguiente Jacinto acudió puntual a su cita y nunca sospecho la encerrona que iba a encontrarse.

-¡Mi querido cuñado! No sabes la alegría que me da recibirte en mi casa.

-¡Buenas tarde! - se sorprendió el muchacho, en primer lugar porque le llamase ya cuñado y en segundo porque su amada no estuviese presente - ¿Y Herminia?

Lola hizo como que no escuchó sus últimas palabras. Vestía un salto de cama semitransparente y no se necesitaba ser un lince para advertir que no llevaba ninguna otra ropa encima. Abotonado solo hasta el vientre, se mostraba casi abierto por delante y al andar descubría sus dos hermosas piernas por encima de las rodillas. La melena rubia caía informalmente sobre sus hombros dándole un aspecto de diosa. Tuvo que reconocer que se sentía incomodo en la casa.

-¿Quieres tomar algo? - le preguntó con la mejor y más seductora de sus sonrisas.

-No... se moleste.

-¡Venga hombre que estas como en tu casa! ¡Al fin y al cabo somos casi cuñados! ¿O no? Y desde luego no es ninguna molestia. De paso me acompañas. A mí sí me apetece tomar un anís con hielo.

-Entonces tomaré lo mismo.

Jacinto creyó que tocaría alguna campanilla para que la doncella acudiese para preparar y servir las bebidas.

Pero allí nadie tocó la campanilla ni acudió nadie. ¡No había servicio! Y mucho se temía estuviesen los dos solos en la casa.

-¡Magnífica elección!

Lola se encargó de preparar y servir las bebidas, detrás de una barra instalada en uno de los rincones del amplio salón. Por unos minutos las piernas de la mujer desaparecieron detrás del mostrador. Cuando reapareció las volvió a contemplar de nuevo. No era una mujer alta y sus piernas no debían ser excesivamente largas, pero si bien torneadas y de un color canela que lo volvía loco.

Calzaba unas hermosas alpargatas adornadas con cinta multicolores que como serpientes rodeaban sus pantorrillas, eso las hacia aun más hermosas.

Cuando se acerco a menos de un metro para entregarle la copa, no pudo evitar posar sus ojos en su monte de Venus. A través del casi opaco cristal de su bata no pudo descubrir ningún bosque negro como lucia su madre cuando la sorprendió desnuda, de pequeño, en cierta ocasión. ¿Lo tendría afeitado? O tal vez sería rubio como su cabellera y se confundía con su piel morena.

Tomó la copa. La vista de la mujer puesta sobre él, le azoró y le sacó de todas sus cavilaciones. Hablaron de cosas triviales mientras a pequeños sorbos consumía el contenido del recipiente. Ella, sentada ante él, no paraba de cruzar y descruzar sus piernas en rapados movimientos que no le daba tiempo a descubrir el secreto que guarda entre ellas. Desde luego más de lo que era prudente y menos de lo que hubiese deseado. Aun se levantó dos veces más para servir dos nuevas copas, que él tragó de un sorbo porque eran refrescos, no portaban alcohol y tenía la boca seca como el esparto.

La ausencia de Herminia perturbaba a Jacinto mientras Lola continuaba hablando y por segunda vez eludió responder a la pregunta de ¿Dónde está Herminia?

A la tercera no pudo obviarla pues él insistió.

-Herminia no puede venir. Lo he intentado de todas las maneras pero me ha sido imposible. No ha sido culpa de ella y puedo asegurarte que en otra ocasión acudirá a tu cita.

Jacinto sospecho que Herminia ignoraba que él en esos momentos estaba en casa de su hermana. En cuanto al propósito de Lola de traerlo allí, comenzaba a intuirlo pero se negaba a creerlo! Era una locura ;

Posiblemente solo intentaba darle una lección, recriminándole su interés por Herminia o tal vez estuviese en lo cierto y le propusiese algo que no podía ni imaginar. ¿Cómo tendría que reaccionar? No tenía nada que perder, ni nada que hacer esa tarde. Así es que decidió quedarse. Él desde luego, ni la iba a forzarla ni a tomar la iniciativa.

Dejaría que la cosa trascurriera como seguramente ella tenía previsto.

Lola era una mujer que podía volver loco a cualquier hombre. Lo tenía todo, guapa, atrevida, liberal... y sobre todo que le gustaba arrimarse demasiado a su interlocutor invadiendo sin ningún reparo el espacio vital de la otra persona.

Lo hizo mientras le servía las copas y en cada ocasión que encontraba. El perfume que portaba era embriagador.

De la cercanía paso al leve roce y de ahí... al grano.

-¿Te gustaría hacer el amor conmigo? - Le preguntó mirándole fijamente a los ojos, para poder descubrir sus sentimientos más recónditos y pidiéndole con su mirada que aceptase. Mientras que seductoramente se acercaba a él y su sexo intentaba rozar las partes nobles del muchacho.

Jacinto no esperaba esa proposición, por lo menos dicha tan directamente. Podía esperar que al final llegasen al mismo resultado por otros cauces, por si solos y sin forzar la situación. Tenía que reconocer que esa pregunta le había cogido por sorpresa y no sabía que contestar. Pero la pelota estaba en su tejado y no podía dilatar su respuesta.

Ella insistía y cada vez estaba más cerca de él y con la mirada volvía a pedirle, casi se podría decir exigirle, lo mismo. ¿Quieres hacer el amor conmigo?

Jacinto rodeo a la mujer con sus brazos y sus pechos se toparon con el suyo. Las bocas quedaron separadas por apenas unos centímetros y él notó en su aliento el frescor de la bebida de menta que tomaron momentos antes.

¡Dios santo! ¿Qué hombre puede soportar esto. La abrazó todavía más fuerte, la besuqueó el cuello y le mordió cariñosamente el lóbulo de su oreja. Por suerte no llevaba pendientes y pudo explayarse en él, era carnoso y muy sexual.

Luego todo fue un torbellino de besos desesperados, como si fuese el último que ambos iban a dar. Notó como la mujer se estremecía y su piel se tornaba de gallina.

Lo arrastró hasta la habitación y lo ayudó a desnudarse. Le dejó los calzones para el solo, mientras ella se quitaba la bata.

Jacinto solo veía en ella a Herminia y deseaba poseerla. El parecido de ambas hermanas era asombroso y al ver el cuerpo desnudo de Lola, menudo pero perfectamente esculpado, imaginó que el suyo sería igual.

No hubo preparación previa. Él se había excitado lo suficiente y ella no lo necesitaba, pues parecía que siempre estaba a punto. Jacinto actuó como si la estuviese violando y Lola gozó como una loca, pues hacía tiempo que ningún hombre le hizo el amor de esa manera.

Terminó pronto. Pero ella quería más y con mimos y palabras cariñosas logró retenerlo en el lecho hasta que se recuperó físicamente.

Sus expertas manos, sus besos y restregones hicieron el milagro. Diez minutos después la maquinaria estaba de nuevo en condiciones de ponerse en marcha.

Esta vez fue ella quien tomo las riendas del coito. Lo hicieron con pausa, marcando los tiempos y evitando que el caballo se desbocase. Lola se asombraba disfrutando del aguante del muchacho. Finalmente explotó de nuevo y esta vez cayó rendido a su lado.

Estaba verdaderamente cansado. Ella continuaba insistiendo, pero era imposible pedir tanto en tan poco tiempo. Se limitó a disfrutar de su cuerpo.

Lola había perdido la noción del tiempo y no sabía en qué hora se encontraban. La leve claridad que se filtraba por la ventana que daba a un patio interior se difuminaba cada vez más. Supuso que estarían entre las ocho y las nueve de la noche.

No podía esperar más, no quedaba nada que hacer y el riesgo de verse sorprendida era inmensamente superior al placer que pudiese obtener a partir de ese momento.

Le acució para que se levantase de la cama. Recogió la ropa del hombre desperdigada por toda la habitación mientras este se vestía conforme le iba llegando.

En apenas diez minutos se encontraba en la calle.

Lola tenía su cuerpo impregnado con la olor del hombre que terminaba de dejar y al que había sometido a un esfuerzo máximo. Oía a macho. No creía que Nando los percibiese pero era una baza que no quería jugar.

Se preparó un baño con agua tibia. En su casa no solo había agua corriente, sino que consiguió la hubiese también caliente mediante un serpentín calentado por una caldera que siempre tenía el fuego encendido o por lo menos rescoldos del mismo.

Apenas media hora más tarde cuando su cuerpo todavía disfrutaba del baño recién terminado, llegó Fernando.

-¿Bañándote a estas horas? – preguntó Nando por decir algo.

-Preparándome para ti. Me has tenido todo el día abandonada. ¿Ya me contarás que has hecho todo el día?- le respondió por objetarle algo.

-No te preocupes que esta noche te resarciré. – le respondió obviando la última pregunta.

Era palabras vanas que en realidad ninguno sentía, por lo menos con la intensidad con que fueron pronunciadas. Se querías, eso era indiscutible, y disfrutaban cuando sus cuerpos se unían, pero nada más.

Jacinto salió a la calle eufórico. Tardes como esa no solían presentarse todos los días.

La plaza de San Agustín estaba a tope de gente. Supuso que la calle del Mercado, también. Mujeres casaderas, fueran criadas o señoras, se paseaban arriba y abajo, abajo y arriba, a la espera de que se acercase el galán de sus sueños, mientras espantaban a los gamberros que simulando un empujón fortuito se abalanzaban sobre ellas para tocar fugazmente alguna parte sensible de su cuerpo. También las habían mas machuchitas, a las que el arroz con toda seguridad se les había pasado, pero que todavía esperaban que San Mauro, San Jorge o quien fuese obrase un milagro.

Pensó que posiblemente entre toda esa multitud estuviese Herminia y decidió buscarla. No tenía nada mejor que hacer. Acudió a casa de Lola esperando encontrarla allí como le habían prometido, pero en realidad la muy zorra le había tendido una celada en beneficio propio.

No es que le pareciera mal, pues había disfrutado como cuando lo hizo por primera vez con Marieta. Pero esta estaba casada y poco podía esperar de ella en el futuro, salvo encuentros fortuitos. Y su verdadero amor era Herminia.

Físicamente ambas eran casi iguales, pero espiritualmente muy diferentes. Lola era una mala pécora y Herminia un dechado de virtudes, bondad y todo lo que quisiese añadirle. Como ya había podido comprobar en los escasos momentos que estuvo con ambas.

Había dado ya dos vueltas a la plaza. Aquello era como buscar una aguja en un pajar y eso que desde su altura abarcaba varios metros de distancia a su alrededor. Sin contar que también podría estar en la Calle del Mercado, aunque aquello era coto privado de las “Churras” y de estar sería en la plaza.

Sonaron las nueve de la noche y por arte de magia y a pesar de que el tiempo, estaban en junio, acompañaba la mitad de los que allí estaban desaparecieron. Las criadas porque no tenían más remedios y las otras porque se juagaban no salir el domingo siguientes. Prácticamente solo quedaron las machuchas, que tenían bula de sus padres para ver si finalmente conseguían casarlas y se las sacaban de casa, y las que iban acompañadas por chicos formales que les servían de excusa.

-¡Tarde has llegado hoy;

-Perdona madre, pero iba acompañada por fulanito de tal (Aquí el nombre del chico preferido por la madre) y no iba a dejarlo plantado.

-Bien hija pero que tu padre no se entere...

La búsqueda se hizo más fácil y no tardó en localizarla. Iba con una amiga y acompañada por dos maromos que las acosaban por ambos lados. Llegaban de la Calle del Mercado y por eso no las vio antes. Estuvo a punto de intervenir y librarlos de ellos, pero se contuvo pues al parecer a ellas no les

molestaba la compañía e incluso reían sus bromas.

Continuó vigilándolas a distancia, esperando que los maromos se marcharan y las dejaran solas, para él poder abordarlas.

Todavía tuvo que pasar media hora. El reloj de la iglesia de Santa María tocó una campanada anunciando la media. Más gente salió huyendo de la misma como si anunciase tormenta. Y los cuatro que le interesaban a Jacinto se detuvieron en el centro de la plaza, al lado del quiosco de refrescos, formando un corro y probablemente quedando para el domingo siguiente. Finalmente las dos parejas se separaron, la de la amiga en dirección a la Calle mayor y Herminia en la de la calle San Nicolás.

“¡Maldita sea!” Se dijo Jacinto, ahora la acompañará hasta la puerta de su casa y me será imposible abordarla.

Pensó incluso en anticiparse a ellos y hacerse el encontradizo y abordarlos de frente. ¿Qué conseguiría? ¡Nada! Posiblemente lo saludaría, pero no por ello iba a despachar a su acompañante, que parecía un buen partido perteneciente a la alta sociedad alcoyana y de una edad similar a la suya, y que seguramente resistiría el embate y que esperaría a que se fuese para continuar su camino.

Lo que no podía hacer, aunque lo deseara, es sacárselo de encima a puñetazos como estaba deseándolo pues su amor no se lo perdonaría.

Estuvo a punto de desistir y continuar su camino, pero era el mismo que el de ella. Así es que quedó unos pasos por detrás tratando de ocultarse detrás de la poca gente que todavía quedaba.

Por un momento creyó que lo había visto, pues por un instante dirigió la mirada hacia donde él estaba, probablemente siguiendo el instinto de volverse cuando alguien nos mira fijamente al cogote y que es lo que precisamente estaba él haciendo, para inmediatamente desviar la mirada un poco nerviosa.

Su sorpresa fue que cuando llegaron al Cantó del Pinyó, lugar en donde comienza la calle San Nicolás y a escasos metros de su casa se detuvo.

Parecía que estaba despidiendo allí a su acompañante. Él insistía, señalando hacia arriba, que quería escoltarla hasta la misma puerta de su casa, con la esperanza quizás de robarle un beso en la oscuridad del zaguán. Pero ella se mantuvo firme y finalmente su acompañante cedió. Se conformó en besar el dorso de la mano que ella gentilmente le ofreció. Se notaba que era un muchacho finamente educado.

Su agregado se desvió por la calle del Mercado y ella continuó su camino sola por la de San Nicolás con un paso lento y a la espera de que Jacinto la alcanzase.

Lo hizo apenas avanzó ella una docena de metros. Se hizo la sorprendida por la presencia de su nuevo acompañante.

-¡Qué susto me has dado! - le dijo mientras mostraba la mejor de sus sonrisas.

-Cuanto tiempo sin vernos...

-Cinco meses y veintiocho días...- respondió rápidamente para inmediatamente darse cuenta de su error.

-¡Vaya! Si que llevas la cuenta...

Ella avergonzada desvió su mirada. La situación comenzaba a resultar embarazosa y Jacinto decidió irse por los Cerros de Úbeda.

-¡Qué noche más maravillosa hace! - continuó - ¿Tienes que retirarte ya a su casa?

Si debía pero no quería. Desde que falleció su padre ya no había hombre en su casa que pudiese reñirla y a su madre la tenía controlada de que se enteró se acostaba con el Tío Camilo. De todas formas ella era viuda y él soltero, aunque fuese por el mundo presumiendo de mujeres, y a nadie debía molestar que se consolasen mutuamente. Seguro que se llevaría un rapapolvo pero no le importaba. Estaba convencida que ese retraso valdría la pena.

-Puedo esperar hasta... ¿las diez será suficiente?

-Con ese tiempo no tenemos para nada, pero siempre servirá para poder quedar otro día...

¿Mañana por la mañana?

Herminia sonrió. Era lo que esperaba, concertar una cita para otro día y desde entonces no dejar de verse.

Subieron hasta la placeta de San Francisco y se sentaron brevemente en un banco. Él se sentó junto a ella arrimando su cuerpo todo lo que el decoro permitía a la vez que enlazaban sus manos para sentir las mismas sensaciones que cuando bailaron la serie de vals encadenados la víspera de Reyes.

Ella como entonces reclinó brevemente la cabeza sobre su hombro y percibió un aroma que le resultaba familiar. Era de mujer indiscutiblemente y tan caro que pocas hembras osaban darse un toque con él. Solo su hermana Lola solía esparcirlo por su cuerpo como si fuese colonia barata y posiblemente también las amantes del Tío Camilo, aunque nunca lo percibió en ellas.

Lo traía Agamenón directamente desde París, por medio de un contacto que tenía, se lo solía vender a Fernando para que se lo regalase a Lola. Solo en una ocasión le regalo uno a Emilia, porque ni él podía permitirse ese lujo. Y esta que no podía soportar su penetrante aroma se lo ofreció a su madre, que lo usaban en cuentagotas y en las grandes ocasiones. Por ese motivo tenía al perfume tan presente. Descontando por cuestiones obvias a su madre solo quedaba Lola, así que no pudo evitar preguntarle.

-¿Has visto a Lola hoy?

A Jacinto le cayó el cielo encima. ¿Cómo podía saber que había estado con su hermana? Le habían dicho infinidad de veces que las mujeres tienen un sexto sentido, cosa que le parecía imposible, pero si sabía que el del olfato lo tenían muy desarrollado y esto le permitía averiguar si sus hombres huelen en ocasiones a aromas de otro hogar.

Su madre solía detectarle, cuando llegaba a casa tarde por la noche, y de eso no hacía mucho tiempo, el lugar en donde había estado, fuese: una timba, bochinche o casa de perdición, aunque es esos sitios solo estuvo de visita por curiosidad porque otra cosa no podía permitirse.

Pensó en mentirle y negarlo todo, pero si ella lo mencionó sería por algo, y sabía que se cogía antes a un mentiroso que a un cojo. Así que mejor sería decirle una media verdad, que qué te sacasen los colores demostrando que lo que decías no era cierto.

-En realidad la he visto esta tarde cuando salía de su casa, la he saludado y ya está... ¿Por qué lo dices?

-Porque apesta a su aroma favorito y ya comienzo a odiarlo.

¿Con que era eso? Estaba impregnado de su idioma y por eso lo había descubierto. Gracias a Dios no la había mentido, pues hubiese quedado en evidencia. Otra nueva lección que anotar en su agenda.

Decidió ser más cauto la próxima vez e intentar no juntarse con nadie, especialmente Herminia, sin mediar antes una buena ducha.

-Pues no me había dado cuenta...

-Los hombres no os dais cuenta de nada.

Esa noche cayó el primer beso, robado y en la mejilla, pero por algo se empieza.

Desde entonces no dejaron de verse casi diariamente.

## Capítulo XII

### Líos de familia

Para que el lector pueda comprender perfectamente este capítulo tengo que remontarme a más de veinte años atrás y recordar historias que casi creía olvidadas.

Por entonces Camilo todavía era sacerdote en Yocla, aunque ya casi sin ninguna convicción. Vivía amancebado con su querida Angélica Marchirant, viuda de Riquelme, famoso contrabandista del que heredó todo su imperio. Vivía en una casa esplendida, rodeado de todos los lujos que un pobre sacerdote como él nunca pudo aspirar.

Tenía todo el sexo que deseaba con la que consideraba su esposa, pero la carne es débil y quedó prendado de la doncella que no era otra que Consuelo, su actual amante.

Ella era joven, bella, inexperta y con la mala suerte de enamorarse del cura. Él respondió únicamente haciendo lo que el cuerpo le pedía. Pero tanto fue el cántaro a la fuente que un buen día se rompió. La muchacha se quedó preñada de Camilo. Este reaccionó inmediatamente. Se jugaba el cariño de Angélica y lo que era peor su fortuna. Aparte de que no estaba bien visto que un cura fuese padre, aunque de esos había ya montones en el mundo.

Buscó una víctima propiciatoria y el primero que se cruzó en su camino fue Carlitos, el mariquita, pero con la polla más grande que se recuerda en la Marina Baja.

Consuelo continuaba siendo joven y bella, pero ya no era inexperta. Debidamente asesorada por su mentor, se llevó al joven a la casita de los fantasmas, situada a las afueras del pueblo, y lugar elegido por los jóvenes del pueblo para sus prácticas amorosas. Desde ese mismo momento Consuelo se quedó preñada oficialmente, aunque hecho ya lo estuviese.

Carlitos estaba tan contento de su nueva vida, después de la boda, que incluso no le dio importancia a que el robusto varón, que nació siete meses después, pesase cuatro kilos largos a pesar de ser sietemesino.

A la criatura le pusieron el nombre de Carlos Camilo, en honor de sus dos padres, ya que Camilo inmediatamente se autonominó padrino. Para abreviar todos comenzaron a llamarlo Cecé.

Marieta era sin duda la muchacha más hermosa que se parió en su pueblo. Pudo permitirse elegir hombre y ese no podía ser otro que el mejor que había: Nelo Bacora, el apuesto hijo de Rafael el de la Figuera. Vivían felices y eran la envidia de los habitantes de Yocla.

Solo la circunstancia de que no tuviesen hijos, aunque lo intentaban desesperadamente, empañaba su maravillosa historia de amor. Por aquel entonces la mujer siempre era la culpable cuando concurría esta circunstancia. “La maquinaria está rota” Solía decir la gente. A Nelo no le importaba, pues de esa forma podía disfrutar al cien por cien de ella en cualquier época.

Pero Marieta si estaba disgustada y visitaba constantemente a la Tía Pascuala, la comadrona del pueblo que la tranquilizó diciéndole que todo estaba en donde tenía que estar y si no se quedaba preñada era porque Dios no quería. Marieta no era muy creyente, aunque acudiese a misa todas las semanas, y la respuesta no la satisfizo. Acudió por lo tanto a la Tía Pura, la manana del pueblo, que lo sanaba todo, hasta el extremo de que no hizo falta un medido hasta que ella murió.

Prácticamente le dijo lo mismo después de examinarla, pero todavía fue más allá.

-Solo tienes que probar carne dura de otro varón...

Marieta se juró que eso nunca lo haría, eso finalmente el tiempo le dio la razón a la curandera.

Ambos matrimonios eran amigos desde la infancia y vivían puerta con puerta, al lado mismo de la tasca de Tonet. Los patios traseros de ambas casas estaban unidos y la puerta posterior siempre solía estar abierta durante el día.

Una tórrida noche de verano, en la que Nelo no estaba en casa pues tenía esa madrugada alijo, Carlitos, bañado en sudor, dejó el lecho conyugal en el que Consuelo roncaba plácidamente para

bañar y refrescar su cuerpo en un barreño repleto de agua que perennemente estaba el patio.

Su sorpresa fue que a horas tan intempestivas Marieta estuviese también fuera, tomando la fresca, prácticamente por el mismo motivo.

Durante la pubertad ambos se habían iniciado en el sexo, casi sin quererlo. La condición de mariposa de Carlitos hizo que se criase jugando mas con las chicas que con los chicos en donde no era bien recibido. Ellas lo consideraban una más de la pandilla, y compartían con él los mismos secretos que con las otras. Se dejaban toquetear en los juegos sabiendo que no mordía y que con Carlos no había peligro. De esa forma descubrió el sexo de las mujeres, en definitiva lo que deseaba ser, antes que los otros varones de su edad.

Estuvieron hablando de cosas intrascendentes hasta que Marieta desvió la conversación a esa tarde ya lejana, durante su adolescencia, en la que ella pudo tocar por primera vez un pene humano en plena erección y que en verdad la asustó por las dimensiones que alcanzaba. En esos momentos no sabía que Carlitos era un caso aparte y sobrepasaba con mucho a la media. Mientras el observaba con minuciosidad como era el sexo de las mujeres que hasta entonces solo vio fugazmente en alguna ocasión.

Rieron cuando ella recordó haberle invitado a introducir su enorme pene en su sexo, aunque se sentía incapaz de acogerlo en su interior. Sea por su inexperiencia, por sus desmesuradas dimensiones o porque ella se retractó en el último momento no llegaron a culminarlo. Sin embargo fue una experiencia que todavía permanecía vigente en sus mentes y recordaban con cariño.

Marieta recordó las palabras de la Tía Pura. “Solo tienes que probar carne dura de otro varón” y la de Carlitos sabía que no la defraudaría, aparte de ser fértil como ya lo había demostrado con Consuelo.

-¡Ven conmigo! - le dijo a su amigo sin preguntarle siquiera si él quería-  
De esa forma nació Barbará.

Algún sabio dijo alguna vez que la felicidad nunca era completa y debía tener razón. Alberto y Bárbara estaban felizmente casados, Dios los había bendecido con el nacimiento de su hijo Pepe y por añadidura eran ricos, pues la consulta del Doctor Boronat, iba viento en popa, era famosa en todo Alcoy y siempre estaba a rebosar.

Un día recibió el aviso de una urgencia. Parecía grave. Dejo la consulta rogando a sus pacientes lo esperase o volviesen por la tarde. Bajó las escaleras corriendo e intento cruzar la calle sin ni siquiera mirar. Solo cuando el caballo lo arrojó y la rueda de la pesada galera paso sobre su cuerpo supo de su imprudencia.

El intenso dolor le impedía pensar, pero como medico sabia que aquello pintaba mal y que ni siquiera él, estando en condiciones, hubiese podido arreglar. Notó como un hilillo de sangre caía por la comisura de su boca y que algo, tal vez sangre, invadía sus pulmones y le impedía respirar. El dolor se intensificó invadiendo todo su cuerpo, no parecía tener piernas pues no las sentía y entonces fue cuando perdió el sentido para no recuperarlo nunca.

Alcoy sufrió la pérdida del que quizás fue su mejor medico.

Bárbara de la impresión que sufrió, perdió al que pudo ser su segundo hijo del que entonces estaba embarazada de pocas semanas. Camilo tuvo que hacer venir a un medico de Alicante para salvarle la vida. Bárbara regresó a su habitación en casa de sus padres y estuvo convaleciente varias semanas.

XXXXX  
XXX  
X



Cecé regresó de Valencia en donde estaba estudiando la carrera de derecho, sin demasiado éxito todo había que decirlo. Camilo necesitaba un abogado para gestionar los problemas legales derivados de sus innumerables negocios sin necesidad de recurrir a los profesionales del ramo.

Solía decirle a Cecé para animarlo.

-Solo con la mitad de lo que les pago al año, serias inmensamente rico.

Pero él era un fantasioso y tenía ideas propias que hubiese querido desarrollar si encontraba la ayuda necesaria.

Estaba dispuesto a ponerle las cortas sobre la mesa a su padrino, aunque estaba seguro que las rechazaría pues iban en contra de sus intereses, y si era preciso independizarse.

Había cumplido los veintiún años y la mayoría de sus conocidos y amigos estaban ya casados.

Anticipó su regreso a Alcoy cuando se enteró del accidente del que consideraba su cuñado, pues tenía a Bárbara como a una hermana. Cuando comprobó el deplorable estado de ánimo en que se encontraba ella, abandonó todos sus proyectos y se dedicó a ayudarla a recuperarse.

Cecé y Bárbara, habían sido más que amigos de niños, pues se criaron juntos al vivir sus respectivos padres en casas adosadas.

Después paso lo que paso. El padre de Bárbara murió en un accidente marítimo y su madre se fue a vivir con Camilo a Alcoy y fue lo mejor que le pudo pasar a la muchacha, pues descubrió una nueva vida al margen de Yocla. Apenas llegó a conocer al que creía era su padre y quiso a Camilo como si verdaderamente lo fuese.

Luego llegó Cecé con Consuelo y su alegría paso a felicidad. Lo quería como a un hermano y como tales se portaban los dos compartiendo sus penas y alegrías.

Él se marchó a estudiar a Valencia y ella conoció a Alberto, le salvo la vida y se casaron. Cecé mientras se afanaba en terminar sus estudios y regresar pronto a Alcoy, pues ya comenzaba a mirar a Bárbara con otros ojos y pensaba declararle su amor. Su boda fue un duro golpe, perdió interés en los estudios y solo intentaba olvidarla pero no podía.

¿Qué les hubiese impedido casarse? Nada. Vivían en el mismo hogar como hermanos pero en realidad los padres de Bárbara eran Nelo y Marieta y los de él Carlos y Consuelo. Pero Alberto se le había adelantado porque no supo gestionar sus cartas a tiempo.

Ahora su esposo había fallecido y tenía otra oportunidad que no iba a desperdiciar.

Se volcó en cuidar a su amada. Cuando todos se fueron a la masía para pasar las vacaciones estivales, él los acompañó, para continuar cuidándola. La mejor opción para un muchacho de su edad era quedarse en Alcoy, pues las fiestas de las diversas calles y las que se celebraban en la glorieta resultaban más apetecibles.

Consuelo veía con buenos ojos esa relación, que ya era diáfana a la vista de todos, cuando pasase el tiempo prudencial de luto, pues al fin y al cabo no eran hermanos y podían quererse como dos adultos cualesquiera.

También sería mejor para Bárbara, pues cuanto antes hallase el amor, más rápidamente olvidaría sus penas.

Cierto era que Carlos no era el padre de Cecé, pues lo fue Camilo que por otra parte no tenía que ver nada con la paternidad de Bárbara cuyo padre era Nelo.

Pero no opinaba lo mismo Marieta. Ella sabía que el padre de Bárbara era Carlos y suponía que también lo era de Cecé. Eran por lo tanto medio hermanos y su amor resultaba imposible. Entre primos aun existía la opción de casarse mediante dispensa papal, que no era difícil de conseguir. ¡Pero entre hermanos! Sabía que no era posible ni aconsejable.

Decidió impedir su unión cuando finalmente comprendió que se querían y la cosa iba a más. Pero no sabía cómo hacerlo, pues no quería contarle a su hija que su padre, no era el que ella creía, y que a su vez lo era del que pretendía ser su marido.

Si fuese preciso se lo contraría incluso a Camilo para que este pudiese echarle una mano.

En la masía los dos jóvenes solo se separaban por la noche para dormir. Aunque él hubiese querido hacerlo junto a su amada.

Las mañanas las pasaban paseando por la pinada que existía junto al patio delantero. Después visitaban los campos aledaños y cogían frutos de distintas especies. Higos de un campo que estaba junto a la rambla, manzanas, dulces y crujientes, del bancal situado al fondo del barranco; del ciruelo sito junto a la parte trasera de la casa y cuyos frutos casi se podían coger desde la ventana que daba luz al pasillo de la vivienda situada en la parte superior de la casa. Y así hasta que te cansabas. Solo había un árbol frutal de cada especie. ¡Pero qué árboles! Distribuidos por todas las tierras de la masía. Que salvo olivos, vides y almendros estaba dedicado al cultivo de cereales y al pastoreo del rebaño de cuarenta cabras propiedad del mediero, y que nos abastecían a todos de leche y queso.

Las vides estaban situadas en cuatro campos abancalados al mismo lado del camino que daba acceso a la casa y allí iban todas las tardes a vendimiar los racimos necesarios para el consumo de sus moradores al día siguiente.

Antes y mientras casi todos dormían la siesta ellos tomaban el sol alrededor de la balsa para luego, cuando el agua se caldeaba al recibir los rayos solares durante todo el día, se bañaban hasta que salía toda la marabunta para hacer lo propio y entonces se alejaban para conseguir más intimidad.

Marieta, aunque los vigilaba estrechamente, consentía que estuviesen juntos, pues se notaba a la legua que gracias a la labor de Cecé y al cariño que le dispensaba la salud de Bárbara mejoraba sensiblemente.

Para ellos besarse como hermanos nunca fue una novedad, pero ahora los besos, cada vez más junto a la comisura de sus labios, se eternizaban unos instantes más. Y el roce de sus cuerpos, aunque fuese jugando en las frías aguas de la balsa, les producía una sensación que nunca experimentaron antes entre ellos.

De ahí se pasó a los arrumacos, buscar los lugares solitarios para palpar sus cuerpos sin llamar la atención. El amor que siempre sintió él, comenzaba a aflorar en ella. Eran adultos, libres y no tenían nada que perder, pues el doctor alicantino que la atendió tras el aborto le aseguró que no podría tener más hijos, aunque a ella el periodo no faltó nunca a su cita mensualmente.

Cuando caía la tarde y Concha y las doncellas se afanaban en cocinar la cena, Marieta y Consuelo en el parral tomaban un refresco al lado de la fuente que abastecía la balsa, los niños jugaban en el patio y el masero y sus hijos trillaban en la era el trigo recién segado mientras su esposa preparaba la cena para acostarse pronto y recuperarse de la agotadora jornada que habían tenido, el granero era el lugar más solitario de la casa.

Allí se dirigía la pareja y encima del incipiente montón de grano que iba formándose en su centro, disfrutaban de sus cuerpos semidesnudos. Cada jornada avanzaba un poco más en sus intentos de aproximación y finalmente el día que ambos estaban esperando y no se atrevían a precipitar para no romper el encanto, llegó. Bárbara permitió que la mano del hombre llegase al lugar que hasta ahora tenía prohibido y explorase su sexo. Le dejó hacer. Sus besos la asfixiaban de lo prolongados que eran y cuando quiso darse cuenta ya se había introducido en su cuerpo. No hizo nada por evitarlo y disfrutó como lo hizo anteriormente con su esposo. Era como volver a vivir de nuevo.

El acto se repetía casi a diario: allí, sobre la pinocha de un pinar cercano o incluso abrazados dentro de las frías aguas de la piscina. Cualquier sitio era bueno para dar rienda suelta a su amor. Pronto tuvieron que prescindir del granero, ya que estaba casi lleno y tan transitado por los medieros que lo hacía imposible. Pero siempre quedaba otro sitio por descubrir.

El periodo llegaba siempre a su cita mensual y parecía que el pronóstico del médico alicantino por desgracia se iba a cumplir. Desgracia, sí. Porque aunque ahora un hijo no sería bienvenido, cuando se casasen querían tener muchos y parecía que eso no sería posible. Eso hizo que se relajasen y que hiciesen el amor con más intensidad si cabe.

De todas formas septiembre se terminaba. Brígido y Camilo dijeron que ya no volverían más los

fin de semana y dejaban a criterio de las mujeres su regreso. Solo tenían que enviar aviso con algún hijo de de los medieros para que les enviaran la calesa y una galera para facilitar su regreso.

Eso podía ser un problema para ellos, pues ya no tendrían la libertad, como hasta ahora, de hacer el amor cuando quisiesen.

A principios de octubre una gota fría hizo que los habitantes de la masía confirmarse que el Diluvio Universal realmente ocurrió en cierta época y que ahora intentaba repetirse.

El agua bajaba por los bancales en cascada, destruyendo los márgenes menos resistentes y formando grandes charcos que eran auténticas lagunas. Cuatro días duró la tormenta advirtiéndole que el tejado precisaba de alguna que otra reparación ya que no hubo habitación que se librara de goteras. Hacía frío y la casa de Alcoy resultaba ya mucho más acogedora.

Cuando finalmente aclaró, Marieta tocó retirada general y al día siguiente estaban todos en Alcoy.

Bárbara volvió a su piso de casada que abandonó precipitadamente cuando le comunicaron la triste noticia.

Nadie lo había visitado en los cuatro últimos meses y estaba todo tal como ella lo dejó. Hasta la puerta la encontró cerrada de portazo, pues en aquellos momentos de angustia no pensó en darle la vuelta a la llave. Ni siquiera tuvo que volver para recoger algo de ropa. Camilo se encargó de proporcionársela toda nueva.

Durante los dos días siguientes se dedicó a quitar el polvo acumulado durante su ausencia, dejándola decente para volver a vivir allí. Sería el perfecto nido de amor para Cecé y ella.

Cuando se lo comunicó a su madre le respondió que le parecía muy bien, pero suponiendo lo que tramaba, pero que ella también se trasladaría para cuidar de ella y de su hijo Pepe.

Hasta ahora no se preocupó del mismo, pues su madre estaba cuidándolo como si fuese su propio hijo. Pero ahora veía que tenía su vida propia que tenía que respetar y que era ella la que tenía la obligación de cuidarlo, aunque fuese en detrimento de su relación con Cecé.

De momento desistió y dio largas al asunto de su traslado. Pues tendría más oportunidad de tener los encuentros con su amado en su casa, trasladándose cuando lo necesitaran, que residiendo allí con su madre.

Marieta respiró tranquila cuando Bárbara no aceptó la bravuconada que le soltó sin consultar a Camilo ni saber cómo lo tomaría. Por suerte Consuelo ya estaba bastante recuperada y se repartían, bastante equitativamente, las obligaciones matrimoniales con el que para todos los efectos actuaba como marido.

A veces se preguntaba que hizo los cuatro meses que estuvieron ambas en la masía y él solo acudió quince días en agosto y cada vez menos los fines de semana. Aunque bien pensado, mejor no saberlo.

XXXXX

XXX

X

La pareja continuaba viéndose en el nido en que se había convertido la casa de Bárbara. Decidieron que se casarían cuando pasara un tiempo prudencial para respetar el luto, pero todavía no sabían cómo vencer el impedimento de Marieta que se negaba en redondo. No las tenían todas consigo, porque en condiciones normales su madre nunca se opondría a esa boda. Algo pasaba, pero de momento preferían ignorarlo.

Finalmente la naturaleza puso las cosas en su sitio y Bárbara se quedó de nuevo preñada. Las predicciones del médico alicantino fallaron, y la existencia de este pequeño ser facilitaría mucho las cosas, pues ante la evidencia Marieta no tendría más remedio que aceptar el matrimonio.

De todas formas no le dijo nada a Cecé, quería ser ella la que solucionara personalmente el problema.

Esa misma noche se metió en la habitación de su madre buscando una intimidad que el resto de la casa no le daba.

Ella la miró sorprendida, aunque sabía muy bien para que quisiera verla.

Esperó

-Voy a casarme con Cecé. Lo tengo decidido y no voy a retractarme porque tú lo digas. Si no lo aceptas nos iremos los dos a vivir a mi casa. Diga lo que diga la gente pues no me importa. Alberto me ha dejado algún dinero y si es preciso venderé la clínica. Con eso podemos vivir los dos una buena temporada.

-¿Y después? – le respondió impertérrita su madre que parecía tener un as escondido debajo de la manga.

-El tío Camilo seguro que nos ayudara. No es como tú – le recriminó.

-Mira cariño – le respondió suavizando su voz y sobre todo empleado hasta entonces- No es que no quiera. Es que no podéis casaros – continuó resaltando esta última frase.

-¡Porqué; solo quiero que me des una razón.

-Si pudiese te la daría, pero puede hacer mal a alguien y el remedio será peor que la enfermedad.

-No me importa ¡Dímela;

Marieta negó con la cabeza.

-No puedo... ¡Por favor mi niña; ¡Créeme;

-Entonces guárdatela para ti sola. Cecé no lo sabe todavía, pero estoy preñada.

La madre no podía creerse que hubiesen llegado tan lejos.

-¡No puede ser; ¡No puede ser; - repetía como si estuviese ida.

La hija no comprendía tanto empecinamiento.

-Pues tendréis que hacerse a la idea si no quieres ver a tu hija viuda y preñada.

Marieta parecía no haberla escuchado y solo repetía de vez en cuando el...

-¡No puede ser; ¡No puede ser; Es tu hermano – le salió finalmente con un hilo de voz.

Bárbara quedó anonadada. ¿Cómo era posible que fuese su hermano? Se preguntaba

-No trates de inventar una treta, porque sé muy bien quienes son mis padres y los de él.

-Tú no sabes nada. ¿Qué vas a saber? Únicamente lo que te han dicho, pero la realidad solo la sé yo. Siéntate que voy a revelarte el secreto mejor guardado por mí, y que hubiese preferido no tener que decírtelo nunca.

Bárbara la escuchaba angustiada, pues nunca vio así a su madre y sabía que esta vez no trataba de engañarla.

-¡Habla; ¡Por favor; Me tienes en ascuas.

-Tu padre. Nelo. No es realmente tu primogénitor- tomo una pausa para reordenar las ideas pues no sabía cómo continuar- durante una larga temporada, Nelo y yo no tuvimos descendencia. Todos apuntaban a que era mía la culpa, pero al final resultó, como se ha demostrado, que mi esposo era estéril, aunque él nunca lo supo, y no podía dejarme embarazada. Visite a matronas y curanderas.

Tomas me decían que yo era fértil y si verdaderamente quería demostrarlo que yaciese con otro hombre, en el momento adecuado, y saldría de toda duda.

Hizo otra pausa para tomar aliento y mirar fijamente a su hija para observar cómo reaccionaba. Parecía no querer creérselo, aunque por su cara sabía que su madre no trataba de engañarla.

-Una noche...-continuó- Carlos salió a su patio interior que como bien sabes linda con el que era nuestro. Hacía un calor horrible. Yo estaba tomando la fresca porque no podía dormir. Tu padre... bueno el que creías era tu padre no estaba. Esa noche había alijo y él estaba trabajando. Entonces recordé la frase de la curandera y sin pensarlo dos veces decidí hacer el amor con Carlos. El y yo nos conocíamos desde niños, en la pubertad descubrimos nuestros cuerpos mutuamente y existía una confianza, entre nosotros, sin límites. ¡Te juro que mientras vivió Nelo no lo volví a engañar con ningún otro; Lo de Camilo fue después. El aceptó y después se demostró que la teoría de la Tía Pura era cierta. Hicimos esa noche el amor un par de veces, mientras Consuelo dormía, después él volvió a su casa y yo conseguía lo que más ansiaba. No solo para demostrarle a mí esposo que si servía, y de paso aumentar mi autoestima. Él desde luego nunca lo supo y murió creyendo que eras su hija.

-Y Carlos es también el padre de Cecé... luego es verdad que somos hermanos – susurró desolada.

-Más bien hermanastros pero para efecto es lo mismo. El cincuenta por cientos de vuestros genes son idénticos. No es que pueda perjudicaros eso, pero lo que habéis hecho es incesto y eso está penado por la ley y la iglesia.

-¿Y ahora qué?- pregunto la muchacha que la hubiese podido tirar al suelo con un simple soplo, pues sus piernas apenas podían sostenerla.

-Camilo puede encontrar una solución, que no puede ser otra que el aborto- le insinuó para que fuese haciéndose el ánimo.

-¡Pero yo no puedo abortar; Posiblemente sea el ultimo que pueda tener y lo deseo con toda mi alma.

-¿Aunque sea un engendro?

-¿Por qué tiene que ser así?

-Porque son las posibles consecuencias de tener hijos entre hermanos o padres e hijos. ¡No es suficiente inconveniente para ti;

Bárbara se puso a llorar y su madre no tardo en acompañarla.

-¡No es justa la vida; ¡No es justa la vida;- murmuraba entre sollozos Bárbara- Me arrebatan a mi esposo y cuando encuentras de nuevo la felicidad me la vuelven a arrebatat.

-¡En fin; Dejémonos de lloriqueos que no conducen a nada y vamos a hablar con Camilo que sin duda nos dará una solución.

Camilo como casi todas las noches estaba en su despacho. Llamaron a la puerta e inmediatamente un imperativo “entren” se escuchó detrás de la puerta.

-¡Como esta mi niña; - se alegró Camilo , se levanto de su asiento y no pudo resistir la tentación de darle un achuchón a su... ,no sabía exactamente qué relación le unía con la muchacha aunque para él era una hija, pero fue más efusivo que la presencia de la madre aconsejaba.

Ella lo miro con gesto crítico, pero sin recriminárselo directamente.

-Venimos para solicitar tu consejo y ver si nos puede sacar de un compromiso n- añadió Marieta.

-Sabéis que eso está hecho.

-No es tal fácil. Bárbara está embarazada de Cecé y ese hijo no puede nacer.

-¿Por qué? – exclamó Camilo sin extrañarse de que la muchacha pudiese estar preñada.

-Tú sabes que Bárbara es hija de Carlos.

-¿Y...?

-Que no puede casarse con otro hijo de Carlos y mucho menos quedarse preñada de su hermano.

-¡Ah; Comprendo.

También sabía que Marieta no conocía la historia de Consuelo y él, y como en su día engañaron

a Carlos para endosarle el hijo que le hizo a su criada.

Todo quedaría aclarado si contaba la verdad, es decir que Cecé era su hijo y entonces no habría ninguna incompatibilidad en la relación de los muchachos.

Pero ese era un secreto que Consuelo y él guardaron durante más de veinte años y no iba a develarlo sin permiso de ella.

-Tal vez Consuelo pueda asesorarnos mejor-

-¿Y qué tiene que ver Consuelo en todo esto?

-También es su nieto, la vida que intentamos eliminar.

Marieta accedió de mala gana.

-¡Bárbara! Haces el favor de avisar a Consuelo.

-¡Si! Padrino

Salió durante unos instantes para avisar a su futura suegra y no tardaron en regresar.

Camilo le contó brevemente lo ocurrido para ponerla en antecedente.

-Resumiendo. Todo está en sacrificar a tu futuro nieto o darle una solución menos cruel a este asunto, aunque tengamos que herir alguna sensibilidad que otra y salgan a la luz algunas vergüenzas.- luego se quedó mirando a Consuelo y esperando su respuesta.

Consuelo asintió. Desde que comprobó que Cecé y Bárbara se unían sentimentalmente, tenía la mosca detrás de la oreja. Sabía con certeza que Cecé era hijo de Camilo, pero sospechaba que también podía serlo de Bárbara como lo era de sus tres hermanos más pequeños.

El hecho de descubrir ahora que el padre de su futura nuera fuese su esposo la dejó anonadada.

-Así es que el cabroncete ese – refiriéndose a Carlitos – se acostó contigo estando casado conmigo.

Marieta asintió avergonzada. Estuvo a punto de contarle a Consuelo, en los momentos de intimidad, que tuvieron y estaban viviendo, la verdad sobre su relación con Carlos pero no se atrevió nunca. Optó por callar y no entrar al envite.

Camilo intuyó que esto podía terminar como el rosario de la aurora y cortó de raíz.

-¡Consuelo! ¿Qué te parece?

-Si lo que quieres es que diga la verdad. Diré que tu eres el padre de Cecé- y después paso a relatarle la historia que ya conocemos.

-Entonces si Cecé es hijo de Camilo y Consuelo y Bárbara de Carlos y mía... ¡No hay ningún problema!

XXXXX

XXX

X

Ahora el tiempo apremiaba y la boda tendría que celebrarse con toda celeridad para evitar futuras habladurías.

Por otra parte en esas condiciones Cecé tendría que dejar sus estudios por lo menos una temporada.

Camilo y Cecé hablaron.

-¿Cuáles son sus intenciones? – le preguntó al día siguiente de que su boda con Bárbara fuese apalabrada.

-Mi ilusión sería emprender un negocio y sacarlo adelante.

-No hace falta. Tengo muchos que precisan atención. Elige el que quieras y mañana mismo puedes comenzar.

-No aquí, padrino – a pesar de saberlo todavía no le nacía del alma el llamarlo padre.

-¿Por qué?

-Los meses que se avecinan van a ser intensos, muchos todavía creen que Bárbara y yo somos hermanos. Consideran a Chelo y Marieta como tus esposas, aunque en realidad no estás caso con ninguna, y creen que nos has engendrado a todos. Después comprobaran que la fecha de la boda y el nacimiento de nuestro hijo, no guarda la distancia adecuada, ni aun declarándolo sietemesino. En fin deseo que todo esto no pase delante de Bárbara y que cuando partamos de viajes de novios, no regresemos por lo menos hasta dentro de dos años y a ser posible únicamente de visita.

-Podéis marchar a Altea, a la casa de Marieta. ¡Ella seguro que no se opondrá!

El muchacho negó inmediatamente con la cabeza. Parecía que lo tenía todo planeado y las cosas claras. Camilo dejó que se explayase libremente.

-Quisiera ir a algún lugar de la Marina y dedicarme a la producción de uvas pasas.

-Pero... ¡Santo cielos! ¿Qué sabes tú de todo esto?

-Lo sé todo. No estudie derecho porque no me salía de las narices. Lo siento pero es la pura realidad. Pero tampoco estuve perdiendo el tiempo.

A Camilo se le iluminó la mirada, cosa que solía ocurrir cuando a su mente afloraba una idea que él consideraba genial.

-¿Cualquier lugar te va bien?

-Si tiene una buena producción de uva de moscatel mejor

-Algo así...!Como Yocla!

Los ojos del muchacho se iluminaron. Era su lugar preferido pero no se atrevía a proponerlo. Era como volver al lugar en donde pasó los mejores años de su vida y acompañado por la mujer de sus sueños.

-Sería lo ideal – susurró

-¡Bien! Tengo allí la casa de mi hermana Adela, en donde podéis vivir; un almacén en el pueblo donde almacenar la producción y un Riurrau en donde establecer la factoría. Y desde luego multitud de viñas de uva moscatel por los alrededores, que te van a ir de maravilla.

-¡Acepto! ¡Acepto!- respondió alborozado Cecé

-Y desde luego la cantidad de dinero necesaria para iniciar tu proyecto.

Cecé lo abrazó como nunca antes lo hizo. Se sentía el hombre mas feliz de la tierra.

## CAPITULO XIII

### La muerte de Marieta

Fue casi el parto de la burra. No duró diez meses, pero según Marieta, que solía llevar muy bien esas cuentas, desde la deliciosa fecundación hasta los horrores del parto, transcurrieron nueve meses y medio.

En realidad no le tenía miedo al parte. Sería el quinto bebé que pariese y por lo menos en los dos últimos el feto salió de su vientre, como las pastillas de jabón de entre sus manos en la ducha.

Esta vez no fue así, lo que fuese se negaba a salir y los gritos de dolor se escucharon en toda la parte baja de la calle de San Nicholas.

Solo con ver la cara de la comadrona cuando después de llegar, comenzó las primeras exploraciones y se torno en un rictus de preocupación. Todos comprendieron que la cosa iba mal.

-¡Avisen al médico. Por favor ¡- es lo único que dijo.

-Luego volvió a meter la mano en la vagina intentando maniobrar. El sudor perlaba su frente hasta que finalmente desistió.

-¿Qué ocurre? – preguntó Consuelo que era la única de la casa presente.

Ya había mandado a Mauro en busca del viejo carcamal del Doctor Morales Experto en mil partos, pero ya sus manos comenzaban a temblar y desde luego ya no era el mismo. Por desgracia no había ningún otro tan calificado y la prematura muerte de Alberto indirectamente también lo iba a pagar Marieta.

-Viene con los pies por delante. He intentado darle la vuelta pero me ha sido imposible. Posiblemente el cordón umbilical lo tenga liado en el cuello. Veremos que puede hacer el Doctor Morales.

Mientras Marieta continuaba retorciéndose de dolor y Alarmando a toda la casa. No era el primero que se paría en esa casa y nunca ocurrió una cosa similar. Port suerte los niños estaban en la escuela y Camilo permanecía en su despacho impotente. Carmen la guardesa y sus hijos, estaban atentos por si precisaban de su ayuda.

Media hora de angustia después, llegó el médico. No estaba en su casa sino haciendo visitas y cuando Mauro lo localizó en la calle Mayor después de efectuar mil preguntas, lo llevó casi en volandas a la casa.

Se hizo cargo de la situación inmediatamente, a pesar de que jadeaba ostensiblemente por la carrera realizada. Después de una breve exploración y de lo que la matrona le iba soltando al oído, se atrevió a pronosticar.

-Lo mejor sería hacer una cesárea – le comentó a Consuelo- pero por desgracia todavía no podemos garantizar el éxito de la operación...

-¡Entonces sáquelo por donde siempre¡ - aulló Marieta.

-Tendré que cortar mucho...

-Corte por donde quiera, pero por favor saquero de ahí – le dijo entre un llanto desolador y mientras cogía fuertemente al médico por la manga de su camisa – después cosa las heridas y también lo otro. ¡Le juro por Dios¡ que por ahí no vuelve a entrar una polla.

Después de estas palabras se desmayó.

Morales no pudo evitar ponerse nervioso. Cortó por abajo, luego opto por hacer la cesárea, allí mismo y sobre la cama pues no había tiempo Para llevarla al hospital. Finalmente logró sacar a un feto de color azul, de mas de cuatro kilos, que ya no respiraba. Mientras la comadrona trataba de revivirlo, el médico se afanaba en restañar las heridas. La cama era un charco de sangre.

Marieta nunca despertó del coma en que había caído y la dieron por muerta a los dos días de los hechos.

Cuando Consuelo se lo dijo, Camilo no se lo podía creer. Se encerró en su cuarto durante siete



días en los que apenas bebió o probó bocado. No asistió a la honras fúnebres y solo salía de su despacho para hacer aguas mayores, pues la menores las hacía en un sillico que tenía en el despacho para casos de emergencia.

Finalmente Consuelo logró sacarlo de su guarida, cuando ya casi ni podía moverse y logró llevarlo al lecho. Lo consoló como ella sola sabía hacerlo.

Quince días tardó en recuperarse a base de calditos y mucho mimo. Luego la vida siguió. El primer día que salió de casa lo primero que hizo fue visitar a Martina.

Jacinto sintió la muerte de Marieta y también la del niño, que ahora si creía firmemente que era hijo suyo.

Pero por otra parte se tranquilizó. La presión a que estuvo sometido por parte de Marieta, durante los últimos meses, para huir ambos a Altea e iniciar una nueva vida, finalmente terminó, aunque no tan felizmente como hubiese querido.

Su relación con Herminia iba viento en popa. Tuvo la posibilidad de hacer el amor con ella, pero logro reprimirse, decidió respetarla hasta la noche de boda.

Cierto es que tenía una sustituta casi idéntica, pues Lola no paraba de ofrecerse, y durante todo el año que pasó desde la primera vez que ambos hicieron el amor, aun tuvo la ocasión de hacerlo un par de veces más. Hacerlo con ella lo desfogaba y le ayudaba a respetar a su prometida.

A Marcela le llegaron noticias, por medio de sus amistades, de que su hija menor paseaba por las calles de Alcoy del brazo de un muchacho guapo y elegante, y ansiaba conocerlo.

Nunca pudo imaginar que se trataba de aquel buen mozo que raptó a su hija, hacia casi dos años, en el Circulo Industrial.

-¿Me han dicho que tienes novio? – le soltó un buen día.

-Solo se trata de un amigo. Y nos vemos muy a la larga. Nada serio – le mintió.

-Me gustaría conocerlo.

-Es demasiado pronto, tampoco nada serio y no creo que este por la labor.

-¿Qué quieres decir?

-Que entrar en casa es casi comprometerse y no creo que quiera.

-Pero a mí me gustaría saber. ¿Si es de buena familia? ¿Dónde trabaja? ¿Qué posibilidades tiene...?

Esa conversación se repetía una y otra vez todos los días. Finalmente Herminia, ya cansada, lo consultó con Jacinto y como él accedió, una mañana le dijo a su madre.

-Ponte guapa esta tarde que vendremos a verte.

Marcela se puso nerviosa, mandó recado a la criada para que avisara a la peluquera y viniese a primeras horas de la tarde a peinarla y después le preparase un buen baño. Cuando se casase Herminia se quedaría sola en toda la casa. Se puso a llorar recordando lo que fue su vida.

Comenzando por el desgraciado accidente de caza que la dejó sin marido. Antes ya perdió a su tercer hijo, Carlos, que nació ya enfermo y apenas pudo disfrutar de este mundo unos pocos meses.

Recientemente también tuvo que sufrir la pérdida de Alberto, su hijo predilecto, también en desgraciado accidente, ya que fue atropellado cuando en cumplimiento de su deber, como médico, tuvo que acudir precipitadamente para salvar la vida de un paciente. Después Bernabé aunque a ese mejor era olvidarlo pues resultó el garbanzo negro de la familia. Según le contaban sus propios hermanos, estaba de chulo de putas en un prostíbulo de Valencia aunque siempre borracho o drogado. Una verdadera piltrafa humana. Lola y Emilia estaban felizmente casadas. Y Fausto y Gerardo, habían terminado la carrera de abogado y ambos ejercían en un bufete de mucho prestigio en Valencia. Por desgracia residían allí y no se habían acercado por Alcoy más que un par de veces en los dos últimos años.

Según le dijo una vez Herminia, Lola los visitó, durante un viaje que realizó con Fernando a Valencia y los encontró amancebados con dos bellas señoritas. Según le dijeron en la capital del

reino ya no se estilaba casarse y la gente simplemente se juntaban. Posiblemente tenía otro nieto, pues Lola juraba que oyó llantos en el interior de la casa, pero se lo negaron y de existir la criatura no quisieron mostrarla. Ya solo le quedaba Herminia, tenía ya dieciocho años y estaba en edad de casarse y cuando lo hiciera se iría de casa... a menos que le ofreciera algo mejor.

La cita era a la siete de la tarde y después de despachar a la peluquera, tuvo tiempo de arreglarse como su futuro yerno merecía y a tomarse dos copitas de anís y otra de cazalla.

Lo recibió con el ya clásico batín de suave seda, con el que solía encandilar a las visitas masculinas. Reconoció inmediatamente al apuesto muchacho que secuestró a su hija durante toda una noche en no recordaba ya que fiesta de hacia un par de años. “Así es que la muy lagarta lo había pescado”, pensó. Se alegraba por ella pues le pareció un muchacho muy educado y agradable. “Si me hubiese dicho que se trataba de este no hubiese preparado tanta parafernalia”

Jacinto con un gesto solicitó su mano para besarla y ella se saltó el protocolo abalanzándose sobre él, estrechándolo entre sus brazos y depositando dos sonoros besos en sus mejillas.

Jacinto la abrazó a su vez disfrutando de tanta abundancia a la vez que palpaba las mallas que intuía debajo del batín. Disfrutó con el contacto de la dama y pensó que si su hija estaba igual el día de mañana había hecho una buena elección.

Se sentaron en sendos sillones alrededor de una mesita en donde había: pastelitos, vasos de licor y todas las clases de bebidas que Jacinto hubiese podido imaginar.

-¡Niña! - llamo Marcela llamando la atención de la criada - ¡Ya puedes traer las bebidas calientes;

La niña, que ya no lo era tanto, aunque la dueña de la casa solía llamar así a cuantas mujeres tenía a su servicio, trajo una bandeja en donde había café recién hecho, leche y agua caliente para las infusiones.

Nadie parecía querer romper el hielo e iniciar una conversación. Jacinto se brindó a ello.

-Tiene usted una casa encantadora - dijo Jacinto en tono de cortesía-

-¿Te gustaría vivir en ella? - le soltó rápidamente Marcela.

-Por supuesto - replicó únicamente por quedar bien, mientras recibía una ligera patada en su tobillo por parte de Herminia.

-Pues entonces no hay más que hablar. Cuando os caséis os venís a vivir aquí.

-¡Mama! - exclamo su hija - solo ha venido para que lo conozcas, no para pedir mi mano.

-¿Cómo voy a conocerlo mejor si no es haciéndole preguntas? - respondió mientras rellenaba su copa con cazalla y la tomaba de un lingotazo.

Jacinta pensó que si a partir de entonces empleaba la ironía, restaría importancia a todo lo dicho anteriormente. También se dio cuenta que la señora, ante el sofoco de su prometida, se había pasado cuatro pueblos con la bebida y si no estaba borracha poco le faltaba.

-¿Me puede decir en qué trabaja?

-De momento seduciendo a incautas como sus hija con el fin de hacerme con su herencia - le respondió mostrando en su cara la mas encantadora de todas sus sonrisas.

Herminia no podía reprimir la risa. Temía las preguntas que sin duda le haría su madre y la salida de Jacinto le resultaba graciosa. Estaba segura que decir que trabajaba para el tío Camilo hubiese sido peor. Por otra parte ya se había dado cuenta del estado de su madre y casi todo lo que se hablase hoy aquí no lo recordaría con toda seguridad el día siguiente.

Marcela por su parte todavía estaba tratando de asimilar la respuesta recibida que su mente embotada no terminaba de comprender. Así es que se tomó otra copa, ante la mirada severa de su hija y los ojos irónicos de su futuro yerno que sin ninguna duda estaba disfrutando con el interrogatorio.

-¿Y tus padres...? -

-A mi padre no lo conocí y mi madre es prostituta... - le respondió sin dejarla terminar la pregunta. Pero ante la cara de estupor de la señora, y no quiso ni siquiera mirar a su novia que en esos momentos lo atravesaba con su mirada, pues consideraba se había pasado en demasía, continuó al

cabo de unos segundos -...!es broma; - y se puso a reír con cara de circunstancia.

-¡Qué bueno; ¡Qué bueno;- acertó a decir la señora antes de caer inmediatamente desvanecida sobre el sillón.

Herminia miró a su prometido con esa clase de mirada que se suele decir que matan.

- Ya hablaremos después – le dijo para inmediatamente llamar a “La niña” que con toda seguridad era mayor que ella.

-¡Niña; ¡Ven; Por favor.-Cuando la sirvienta apareció continuó – Ayúdame a llevarla a su habitación.

-Mejor la hacemos vomitar antes de que lo deje todo perdido – dándonos a conocer que no era la primera vez que se encontraba en este trance.

La llevaron al baño. Allí la mujer alivio su estomago. Después, exhausta, cayo rendida en el suelo. Las dos mujeres no pudieron sacarla de allí, ni siquiera levantarla y tuvieron que pedir ayuda a Jacinto. Este la alzo entre sus brazos sin esfuerzo aparente y la llevó a su habitación depositándola sobre la cama.

Al día siguiente Marcela no se acordaba de nada. Herminia se negó en redondo a repetirle las contestaciones que su prometido dio a sus preguntas.

Decidió averiguarlas por sí sola.

XXXXX

XXX

X

Consuelo acogió a los tres hijos de Marieta: Carlos, Andrés y Camilo, que ya tenían quince, trece y nueve años respectivamente, como si fuesen suyos. No le costó mucho hacerse con ellos pues ya la tenían como una segunda madre.

Cecé y Bárbara se casaron a principios de ese año y un par de meses después de la fatal muerte de Marieta, fueron padres. No les habían querido anunciar inmediatamente la muerte de su madre para evitar repercutiese en la salud de su hija, y no lo hicieron hasta que Marieta estuvo enterrada, para que no tuviese la tentación de acudir a su entierro.

Tampoco ellos conocían a su nieto. Los cincuenta kilómetros que separaba ambas poblaciones era todavía un muro casi infranqueable. Camilo todavía no había superado el trauma de su secuestro y le costaba viajar.

Consuelo por su parte también sentía añoranza, no solo por Cecé, sino por su hijo Carlos, el único que tuvo con Carlitos, que ya tenía veinte años y estaba estudiando la carrera de derecho en Valencia. A todo llegaba a acostumbrarse una. El único consuelo que le quedaba era Amalia, de solo doce años y que era la única que tenía que cuidar, aparte los tres dejados en herencia por Marieta.

Se convirtió en la única mujer de Camilo y las obligaciones, bien fueran en un sentido u en otro, le llovían por todas partes. Pero ahora era feliz pues dormían, hiciesen el amor o no, todas las noches en la misma cama.

Camilo, gracias a Consuelo, pudo superar el trauma por la muerte de Marieta, tan inesperada y ocurrida en un momento que se le antojaba de felicidad. La muerte del neonato le importó lo mínimo, pues no estaba del todo convencido de que fuese hijo suyo, aunque indiscutiblemente lo hubiese criado como propio, simplemente por ser hijo de ella.

Ahora ya casi todo estaba olvidado y hacia una vida similar a la que hacía antes del suceso.

Una mañana recibió un aviso de Marcela, rogándole que esa tarde, a las cinco, y esa hora estaba subrayada, pasara por su casa para un asunto urgente.

Iría, sabía a qué y posiblemente después le solucionara “ese urgente problema”.

Había transcurrido casi cuatro meses desde la muerte de Marieta y apenas hizo el amor media docena de veces con Consuelo y una con Ana. Precisamente el día que fue a comunicarle la fatal noticia, aunque ella naturalmente la conocía por Luis. Pero necesitaba su consuelo y ella supo dárselo. Ahora tenía otra oportunidad con Marcela. No es que la deseara demasiado, pues estaba haciéndose vieja a pasos agigantados, pero continuaba teniendo ese plus que pocas mujeres tienen y desde luego un polvo demasiado apetecible.

A las cinco en punto estaba en su casa. Apenas le costó un minuto ir de su vivienda a la suya, distante apenas veinticinco metros. Se sorprendía que en cuatro meses de carencias, no lo hubiese intentado antes.

Como imaginó no estaba Herminia ni la criada. Lo recibió como siempre con el batín de seda y plumas en las solapas. Después el consiguiente abrazo con achuchón incluido y directamente a la cama para hacer lo que tenían que hacer.

Más tarde, si alguien los tenía que sorprender que fuese en el despacho de Pepe, con las puertas abiertas de par en par y hablando del motivo de su visita que todavía ignoraba.

Media hora después, ambos sofocados pero contentos, ya estaban sentados en el diván del despacho.

-¡ Necesito tu ayuda;

- Tú dirás. Pues después del revolcón que me has dado en la cama no puedo negarte nada –le dijo mientras con la mano acariciaba sus mejillas, todavía sonrosadas y aun hermosas.

- No seas zalamero, sabes que me tienes sin necesidad de ningún favor.

- Lo sé. Pero vayamos al grano que tengo un reunión urgente dentro de una hora.

-Mi Herminia se ha echado novio.

- ¡Vaya;

- Y el muy granuja no ha querido decirme nada. Ni donde trabaja, si pertenece a gente de “punter”. ¡Ya sabes! Solo sé que su nombre es Jacinto y no estoy muy segura de que sea el verdadero.

Camilo sabía que Herminia y Jacinto salían juntos, desde que tuvo la oportunidad de estar presente en ese primer encuentro en el que muchacho demostró un interés desmesurado por ella, los volvió a ver juntos un par de veces después en días sucesivos e imaginaba que sus encuentros eran mucho más frecuentes de lo que imaginaba. Ignoraba sin embargo que hubiesen llegado tan lejos, pero se alegraba.

En realidad hubiese podido darle a Marcela los datos que demandaba inmediatamente. Pero necesitaba tiempo para demostrarle que se tomaba ese asunto con interés y tener la oportunidad de volver en otra ocasión, cuando le apeteciera, para contarle el resultado de sus gestiones.

También sabía que no necesitaba eso, pues podía estar todos los días requiriendo a la mujer con la seguridad de que sería aceptado y recibido con los brazos abiertos, pero no ignoraba que los encuentros con Marcela eran más placenteros cuando los requería ellas que cuando él iba por libre.

Se despidieron con otro achuchón hasta la semana siguiente, en la que Camilo suponía sabría ya cuanto le interesaba.

Todo este lío le venía bien, pues le servía de excusa para visitar a Martina. Después de un año de relaciones, Brígido, si no estaba intentando deshacerse de su amante, si estaba por lo menos espaciando sus encuentros. La relación con su esposa se deterioraba día a día y él hacía lo imposible para que no se rompiera definitivamente, varios años de amor y un hijo por en medio eran razón suficiente. Pero de momento no se definía y hacía lo que vulgarmente se dice nadar y guardar la ropa.

Él necesitaba encontrar uno de esos resquicios para introducirse. Comenzó a vigilarlo. Supo que la visitaba un día y se astenia los dos siguientes. Espero a uno de esos días y al siguiente preparó su plan de ataque.

Desde luego no iba a entrar a matar directamente, únicamente cortejarla e ir preparando el terreno. Por ese motivo no trató de ocultar sus planes, aunque si Brígido no se enteraba mucho mejor, pues era gato viejo y conocía demasiado bien a Camilo.

Llamó a Jacinto.

- ¿Como estamos muchacho?

- Bien Don Camilo – estaba algo nervioso pues no sabía el motivo de su llamada y por donde le saldría. Estas llamadas no solían ser frecuentes, pues cuando lo necesitaba solía enviarle recado por medio de alguno de los criados.

- ¿Cómo van las relaciones con Herminia?

- Muy bien – le respondió cauteloso – el otro día hasta doña Marcela permitió que la visitara.

- Cuando Marcela se mete a casamentera no hay quien la pare. Si de verdad deseas a Herminia más vale vayas moviendo el culo no sea que alguien se te adelante.

- ¿Quiere decir?

- Lo digo.

- Es que esta todo por preparar: el piso, amueblarlo...

- No tiene que ser la boda mañana precisamente. Pero hay que atarlo todo.

- ¿Cómo?

- Pues haciendo una petición formar de mano por parte de tus padres – en esos momentos se hizo el loco como si no supiese que era huérfano de padre – y fijando la fecha de la boda para más adelante. Después podéis esperar y disfrutar todo lo que os dé la gana – se mostró liberal – aunque sin dejarla preñada, pues entonces todo serán prisas.

- Para eso no habrá problemas. ¿Qué debo hacer?

Camilo calculó un día que Brígido no fuese. Ese día era lunes, la volvería a visitar el miércoles. Luego el jueves y viernes si podía ser.

-Dile a tu madre si puede recibirme el jueves o el viernes...

-¿A usted...? – le preguntó asombrado.

Jacinto no creía que Don Camilo pudiese involucrarse en un asunto que no le atañía.

-¿De qué te extrañas? Con toda seguridad Marcela me pedida que sea el padrino de boda de su hija en ausencia de su esposo. Ya lo he sido antes de las otras dos hijas casadas. Me ha pedido que le presente a tu madre, que lógicamente será la madrina de la boda, y que mejor que sea yo quien la acompañe para presentársela. No será la pedida oficial, pero si una primera toma de contacto en la que mejor no estéis vosotros presentes. De los gastos de la boda no te preocupes pues el padrino lo paga todo. ¿Tienes algo que añadir?

Jacinto negó con la cabeza.

XXXXX  
XXX  
X

El día previsto ordenó a Mauro que a las cinco menos cinco de la tarde la calesa estuviese preparada. Hasta casa de Martina se podía ir perfectamente a pie, aunque fuese un largo paseo para el que Camilo estaba preparado, pero estaba extramuros y si tenía que regresar ya anochecido, un hombre elegantemente vestido, solitario y de cierta edad, podía ser una pieza apetecible para cualquier delincuente con que se cruzase.

Cuatro minutos antes de las cinco, Carmen las guardesa, paró el tráfico en la calle de San Nicolás, colocándose en medio de la calzada, para que la calesa, conducida por su hijo, saliese por la puerta de carruajes y enfilase calle abajo hasta el Cantón del Pinyón en donde doblaría a su izquierda por la calle del Mercado. Mauro por esas calles llevo el caballo al paso, por la multitud de gente que sin mirar las invadía. En la de San Lorenzo lo puso al trote y cuando paso la placeta del Teatro, permitió que el noble bruto se explayase en un galope tendido, aunque siempre con el pie en el freno y las riendas tirantes, por si surgía algún imprevisto.

Un minuto antes de las cinco. Mauro detenía el vehículo delante de la puerta de la casa que moraba Martina.

Un movimiento en el visillo del mirador, visto por Camilo fugazmente, le advirtió que alguien estaba esperando su llegada oculta tras él. Bajó de la calesa parsimoniosamente, se situó delante de la puerta, sujetó el bastón y un paquete mediano en una sola mano, para poder llamar con la otra golpeando el picaporte.

Dudó, pues ignoraba los golpes que debía dar, cuando la puerta cedió a un ligero empuje.

Esperaba encontrarse con la bella Martina cubierta únicamente por un salto de cama transparente, tipo Marcela, detrás de la puerta. Pero su gozo en un pozo porque allí no había nadie y su fantasía erótica de diluyó como un azucarillo en té caliente.

Un artilugio consistente en una cuerda atada al pestillo de la cerradura y sabiamente dirigida por pequeñas poleas que finalmente la hacían desaparecer por el hueco de la escalera, permitía a cada vecino, desde su rellano, abrir la puerta de la calle sin tener que desplazarse, escaleras abajo, hasta el zaguán.

Pensó en trasladar el invento a su casa, pero para ello allí ya tenía a Carmen.

Martina lo recibió esplendorosa en la puerta de su casa, por desgracia no llevaba el batín transparente con el que había soñado y lucía un elegante vestido de satén verde, ceñido a su cintura de avispa y decorado primorosamente con tules y bordados, como si la hubiese cogido a punto de salir a la calle.

En realidad no era el propósito de Martina y ante la extrañeza de Camilo, fue franca y así se lo hizo saber.

-Mi es... - iba a decir esposo pero se detuvo a tiempo, lo consideró demasiado pedante ante un hombre que sabía perfectamente que no lo era. El de amante tampoco lo juzgo apropiado y después de unos breves segundos de duda continuó - mi compañero sentimental me compró vestidos de calle, debo de tener por lo menos diez, pero se olvidó que una mujer también va vestida en casa y aquí pasa más tiempo que en la calle. Ruego me disculpe pero la ropa de mi ajuar que son las que generalmente uso en casa, no resultan apropiadas para recibir a un caballero como usted.

-No tiene por qué preocuparse, pronto emparentaremos aunque muy lejanamente y todo protocolo lo juzgo innecesario - como no sabía qué hacer con el paquete que llevaba en la mano lo ofreció - ¡Que torpe; me he permitido traerle unos pastelitos... aunque por su figura no creo abuse de ellos - continuo después de dirigir una intensa mirada a su cuerpo.

-¡Perdone; la torpe soy yo por no ofrecerle nada. ¿Anís? ¿Coñac? O tal vez prefiera esa bebida extranjera de nombre tan difícil que no sé ni cómo se pronuncia - le mostró un botella de Whisky escocés. ¡Pero por favor; Siéntese.

-Tomaré lo mismo que usted y de paso probaremos los pastelitos - le replicó mientras se sentaba en un cómodo sillón que suponía seria el preferido de Brígido cuando la visitaba.

La mujer se puso a preparar la bebida algo nerviosa mientras Camilo, sin dejar de mirarla descaradamente, rumiaba la torpeza de Brígido al regalarle vestidos lujosos para lucirla, antes como hermana y ahora como su querida. Y no procurarle nada decente para que pudiese andar por casa. Quizás porque quisiese verla siempre desnuda cuando la visitaba.

Martina sirvió las copas y destapo torpemente el paquete hasta el extremo de que Camilo tuvo que ayudarla. Se la notaba nerviosa. Una gran variedad de pastelitos y bombones aparecieron ante sus ojos que brillaron como estrellas de la emoción. ¿Cuánto tiempo hacía que no probaba un manjar semejante? Posiblemente jamás y en el tiempo que llevaba con Brígido nunca tuvo un detalle como este. Parecía mentira que una insignificancia como esta fuese la causa que en muchas ocasiones .conquista a las mujeres.

Rápidamente cogió uno de ellos y se lo metió en la boca saboreándolo.

-¡Pruebe este...! Esta delicioso – y mientras palmeaba como una niña con zapatos nuevos, cogió otro idéntico de la caja y dando la vuelta a la mesita se acerco a él para metérselo directamente en su boca.

La mujer no olía a ningún perfume en concreto como rápidamente pudo comprobar Camilo cuando la tuvo a su lado, solo percibió el aroma fresco del jabón. Debía tener unos cuarenta años, pero todavía tenía una piel de cara tersa y se notaba a la legua que no gastaba coloretes y posiblemente no los hubiese usado nunca.

Después viendo la fijeza y algo de descaro con que el hombre la miraba se apartó discretamente. Se limpió los dedos con un pañuelo y sin mirarle a los ojos inició la conversación.

-Mi hijo me dijo que vendría a verme por culpa de esos amores que tiene con esa chica. ¡Preciosa por cierto!

-¿La conoce?

-Hace unos días vinieron a verme. Me dijo que visitó hace poco a su futura suegra y Herminia también quería conocerme.

-Efectivamente. Creo que ha llegado el momento de formalizar oficialmente el enlace y que ambas familias se conozcan. Por desgracia los padres de los contrayentes han pasado a mejor vida y solo quedan las señoras – hizo pausa para coger aire, después de su retahíla que parecía aprendida de memoria, y continuar – Yo, que soy el padrino de la muchacha haré las veces de padre, y si usted me lo permite actuaré también de padrino en la boda.

-¿Yo tengo que permitirselo? – lo miró algo asombrada

-¡Mujer! Cuando la ceremonia termine usted y yo saldremos de la iglesias cogidos del brazo y ese es un honor que solo usted puede concederme.

-Pero... ¿Y su esposa?

-No tengo esposa...

-No tiene esposa... - repitió como un eco, pero muy extrañada.

Según conocía por Brígido, en las pocas ocasiones en que le pudo sacar algo del ámbito en que se movía, sabía que Camilo, el patriarca de la familia, no solo tenía una esposa sino dos... y ahora resultaba que no estaba casado. Aquí había gato encerrado. Con una expresión en su cara que parecía pedir explicaciones, quedo a la espera de que el hombre continuara. Camilo comprendió el mensaje.

-Vivo actualmente con una vieja amiga, que cuida la educación de mis hijos. La única esposa que he tenido, murió recientemente a consecuencia de un parto del que hubiese sido nuestro quinto hijo.

De momento Camilo juzgó que con esa información, que no era totalmente cierta, pero se atenía bastante a la verdad, tenía suficiente por el momento. Más adelante ya vería.

-Brígido me dijo...

-No haga caso de lo que diga el viejo bribón, con tal de tenerme lejos de sus amantes es capaz de cualquier cosa.



La mujer enrojeció y el hombre comprendió que había ido demasiado lejos para ser el primer encuentro.

-¡Pero bueno! - dijo para cortar el hielo - aquí hemos venido por otra cosa. ¿Cuándo le parece que concierte una cita con Marcela para que se conozcan mejor?

-Cuando ustedes quieran. Estoy tan alejada del casco viejo de la población que no me atrevo a ir sola por estos descampados únicamente para pasearme por la ciudad Normalmente siempre estoy aquí recluida esperando que alguien me invite o me saque a pasear como si fuese un perrito faldero.

Camilo cogió la indirecta. Era poco más de la seis y por lo menos quedaba todavía una hora de sol.

-Todavía nos queda algo por concretar. ¿Quiere que lo hagamos mientras paseamos en la calesa?

La cara de Martina se iluminó. ¡Iba a recordar el paseo en calesa que hizo con Brígido hace más de un año!

-¡Claro que sí! ¡Me encantaría!

-Como ya esta hermosa y reluciente no perdamos un minuto más. ¡Ah! No se olvide de las llaves no sea que tenga que dormir esta noche en mi casa.

A Martina no le hubiese importado, pero así y todo las cogió de un clavo que colgaba detrás la puerta.

Bajaron a la calle y subieron a la calesa, ante la sorpresa de mauro que no lo esperaba tan pronto y mucho menos acompañado.

-¡Mauro!

-¡Si señor!

-Ve por la carretera nueva de Valencia, hasta el puente de Cocentaina, después ya veremos. Rocío, refiriéndose al caballo, necesita ejercicio.

Mauro lo dejó ir a un paso rápido, pues la distancia no era corta y después solo Dios sabía donde querría ir, pero sin llegar al trote.

-¡Bien! Trataré de concertar la entrevista con Marcela para la semana que viene o la otra. Solo es para que os conozcáis, pero ten en cuenta que marcela es muy curiosa y puede preguntar cosa que pueden no venir a cuento, por lo que hay que estar preparada.

Martina asentía con la cabeza mientras pasaban por el puente que salvaba el río Barchell y se adentraban en el paseo de Cristina.

El asiento de la calesa era para tres personas, pero ambos iban juntos en el centro apoyándose el uno con el otro para minimizar los continuos vaivenes. El roce era un placer para Camilo y aparentemente no molestaba a la mujer.

-A efecto de ella - continuó Camilo - este encuentro no ha tenido lugar. En principio no sabe que tu hijo trabaja para mí porque oficialmente yo ignoro quién es el pretendiente de su hija. Pero ya se lo diré antes de que os conozcáis. Luego vendrá las preguntas y entre otras cosas querrá saber el origen de vuestra familia.

-La peor posible. ¿Tengo que decírselo así? Mi marido prácticamente me violó el día de nuestra boda. Desde el primer mes de casado me pegaba cuando llegaba borracho a casa y si no lo estaba también. Tal vez le apetecía...

-¡Vale! ¡Vale! está claro que tenemos que inventar una nueva historia para ella.

En esos momentos el carruaje pasaba sobre el puente construido sobre el riachuelo de Soler, al lado mismo de la pequeña ermita en honor a San Roque.

-Esa no es mi especialidad - le sonrió- a menos que tú quieras calentarte el caletre, e inventarte una maravillosa historia de amor.

Camilo le devolvió la sonrisa e hizo caso omiso a su comentario.

-Su apellido Alzamora. ¿Es el verdadero?

-Así se apellidaba mi esposo y consta en la partida de bautismo de Jacinto. Según tengo entendido mi marido era descendiente de la oveja negra de la familia Alzamora. Aunque de eso han pasado

doscientos años y ha llovido bastante desde entonces.

-Entonces vamos bien, pues se trata de un apellido ilustre y lo otro no creo que sea necesario mencionarlo. Digámosle que murió de un accidente de caza. Que le dejó una renta que le permite vivir holgadamente y que si Jacinto trabaja es porque le apetece y desea iniciar una vida de casado sin depender de nadie.

Martina soltó la carcajada más sincera que nunca escuchó Camilo.

-Ha contado mi vida como me gustaría hubiese transcurrido, salvando claro esta lo del accidente, ¡Muchas gracias!

Sin pensárselo recostó la cabeza sobre su hombro. Camilo la recibió agradecido. Miraba a la parte derecha en donde desde allí se podían apreciar, de forma intermitente pues los árboles plantado recientemente le tapaban la vista, las viejas murallas de la época medieval, sustituidas en parte, después del terremoto del siglo pasado, por los muros posteriores de las casas, que hacían el mismo papel.

La alameda sería magnífica en el futuro cuando los nuevos árboles plantados crecieran y diesen sombra a la carretera le gustaría visitarla todos los días para disfrutar de su paz y tranquilidad.

Supuso que algún día, desde algún lugar del casco viejo, se construiría un puente más largo que los recientemente inaugurados de Cristina y Benisairo, que uniría el viejo Alcoy con este maravilloso lugar y no empleando más de cinco minutos en cruzarlo caminando.

Hacía tiempo que ambos absortos en sus propios pensamientos no cruzaban palabra alguna. Pues al fin y al cabo parecía todo dicho. Simplemente disfrutaban del corto viaje.

¿Le disputaría el amor de esta mujer a Brígido? Desde luego no si ella no lo deseaba. Tendría que ganársela y que fuese ella la que eligiese. Si fuese él el afortunado. Podrían estar todos seguros que finalmente la conseguiría. Jugaba con las mejores cartas.

Brígido estaba casado, próximo a una edad en que prima más el cariño de una mujer que el amor físico de otra. Concha sin duda le estaba ofreciendo lo primero y si la rechazaba, cuando terminase uno ya no podría refugiarse en el otro.

Posiblemente a él le pasase lo mismo, pero apreciaba todavía más el sexo sobre el cariño y este siempre lo tendría en Consuelo.

Martina dudaba entre uno y otro, cuando ese otro todavía no había presentado sus credenciales. Pero le gustaba ilusionarse y ahora tendría otra ocasión de hacerlo.

Comparó. Uno estaba casado y el otro no. Uno era el pez chico y el otro el gordo. El primero le pagaba el alquiler de un piso, le compró en su día vestidos elegantes para poder presumir de mujer y cada semana le traía una relación de alimentos, que ella había confeccionado con anterioridad. Todo ello a cambio de amor por parte de ella y solo sexo en el caso de él. Cada vez los encuentros eran más infrecuentes y menos gratificantes.

Comenzaba a echar de menos, los arrumacos, besos, caricias y todo lo que lleva implícito un acto de amor.

En cuanto al otro... ¿Qué podía ofrecerle? De momento una bandeja de dulces y un paseo en calesa que estaba resultando inolvidable. Después Dios diría.

No tendría ningún inconveniente en acostarse con él si se lo pedía al llegar a casa. Tendría que probarlo todo si le tocaba elegir. Pero desde luego no sería ella quien lo llevase a la cama. Era él quien tenía que dar el primer paso.

Cuando se dieron cuenta ya estaba frente al puente que separaba los términos municipales de Alcoy y Cocentaina.

De ser más pronto posiblemente hubiese continuado hasta una venta cercana y tomado allí un aperitivo, pero el sol se terminaba de ocultar tras el Castellar y comenzaba a refrescar. Iniciaron el regreso esta vez al trote. Martina tenía las manos ateridas y le temblaba el cuerpo.

Camilo sacó una manta de debajo el asiento de enfrente.

Se lo ofreció a la mujer y esta inmediatamente lo aceptó, a cambio de que él también se refugiase bajo la manta. Las manos desaparecieron bajo ella buscando un poco de calor.

Una de Camilo se posó sobre su muslo. Ella no lo rechazó, ni él hizo nada para evitarlo.

De buena mañana cuando comprendió que las tiendas ya debían estar abiertas, Camilo se acercó a la calle del Mercado.

Recordó que el día anterior dejaron a Martina en su casa. Ella le permitió la acompañase hasta la misma puerta de su vivienda. Ni lo invitó a entrar ni él aspiraba a tanto, teniendo en cuenta que era el primer día y Mauro estaba helándose en la calle, aunque seguro que se habría cubierto con el pesado capote embreado, que igual servía para protegerse del frío, el agua o la nieve.

Se limitó a ofrecerle su ya gélida mano para que la estrechara. Aprovechó para depositar un cálido beso sobre su dorso.

Llegó a la puerta de la tienda de la calle del mercado y todavía estaba cerrada, aunque no creía se demorase mucho su apertura, pues detectó movimiento dentro de ella.

Se tocó la barbilla y comprobó que precisaba de un buen afeitado, se acercó al número veinte de la misma calle, en donde estaba la barbería de José Pérez. Por suerte no había clientes esperando y le atendieron inmediatamente.

De haberlos lo hubiesen colado como hacían siempre.

Los barberos alcoyanos tenían la costumbre, conforme llegaban los clientes, de anunciar.

-Hi ha u fora... (Hay uno fuera)

Y cuando entraba quien le convenía, generalmente un muy buen cliente y quería favorecerlo, decía.

-Ja está açi (Ya está aquí)

Si este finalmente no llegaba, pues mejor para los que esperaban.

En media hora ya estaba en la calle y una buena propina tanto al barbero como al aprendiz que sistemáticamente le pasaba un cepillo por su espalda, tratando de eliminar unos restos de pelo que no existían, sencillamente porque no se lo había cortado, le aseguraban una corta espera la próxima vez.

Volvió a la tienda y ya estaba abierta.

Busco una mujer entre los dependientes y solo encontró una moza, poco agraciada y algo obesa con cara de haberse peleado esa misma mañana con el novio.

Optó por encararse con el dependiente con pinta más afeminada y aunque solo encontró uno, le bastaba. Estaba en un extremo del mostrador removiendo unas cajitas que suponía contenía ropa íntima femenina.

Primero se sorprendió y luego se alegró de comprobar que tan elegante caballero lo había elegido para atenderlo, y pensaba hacerlo como merecía.

-Imagínate – le dijo – que eres rico, tienes una querida – aquí su interlocutor hizo un mohín como que era cosa imposible – y tienes que abastecerla de todo lo que pueda necesitar para vestir dentro de su casa y...

-Que este como un tren, muy provocativa y sexual.

-Veo que lo has entendido. Tú llegarás.

-Me dice la talla. Please

Desde que un caballero inglés estuvo en Alcoy hace un par de años y durante su estancia, que apenas duró una semana, fue la comidilla de todos los habitantes de la hoya. Los vanguardistas incorporaron a su jerga alguna palabra que le escucharon y ahora resultaba el pan de todos los días.

Camilo no sabía desde luego la talla de Martina, aunque su cuerpo y especialmente su talle lo tenía siempre presente en su mente, por lo que buscó alguna mujer en la tienda de proporciones parecidas. La gorda desde luego no. Y por desgracia no se encontraba ninguna otra cliente en la tienda. Por suerte apareció por la puerta de la trastienda una muchacha, alta y delgada, que tenía

cierta similitud con el físico de Martina.

-Una cosa como esa, pero con un poco mas de aquí – dijo mientras ponía ambas manos sobre sus pechos.

-Una cuarenta sin duda – respondió el muchacho después de observarla con gesto clínico.

Comenzó a traer decenas de cajas que contenían: sostenes, corpiños, sayas, ligueros y mil cosas más que a Camilo le resultaba increíble pudiesen usar las mujeres.

-Los saltos de cama y las batas de ir por casa que no falten – advirtió y cuando el dependiente fue a buscar el género, aun resaltó - ¡Ah! Que sean transparente y con plumitas en las solapas.

-O.K. Sir

Regreso más cargado todavía y depositó todo lo que llevaba sobre el mostrador, que ya no podía albergar ni una sola caja más. Después se quedó mirando al cliente.

-¿Y ahora qué? – preguntó Camilo que ignoraba que paso seguir.

-Hay varios colores y modelos de cada pieza. Se supone que el cliente tiene que elegir. Si nos hemos equivocado en la talla, que no creo, siempre se puede sustituir por otra que...

Camilo no iba a ponerse a elegir entre los distintos modelos que el dependiente se empeñaba en extender encima de la caja correspondiente. Eso le llevaría horas y no tenía ni ganas ni tiempo.

Saco de su cartera una tarjeta de visita y en el dorso escribió el nombre y la dirección de Martina

-Envía todo esto a la dirección del dorso y la cuenta la envía al titular de la tarjeta. Su jefe me conoce.

-¡!!Todo!!!

-¿Es que esperaba vender menos?

-¡No sir! Desde luego Don Camilo, dijo después de echar una fugaz ojeada a la misma y averiguar el nombre del esplendido caballero.

-Y esto para ti – dijo mientras deslizaba una moneda entre sus manos, que desapareció en un instante dentro del bolsillo de su chaleco. - ¡Ah! Se me olvidaba. Y junto con los regalos envíe esta tarjeta.

Escribió algo en el dorso de otra, pidió un sobre, la introdujo en su interior, lo cerró y entregó al dependiente.

Después salió de la tienda, acompañado del muchacho, que con el cuerpo doblado noventa grados en un gesto de reverencia lo acompañaba un metro por delante para abrir la puerta.

El mancebo saco cuenta de la venta y se asombró de su importe, eso no lo ganaría el en tres años o quizás cuatro. Después corrió al despacho del dueño para preguntar si podía fiar al caballero antes de remitir el género, no fuese le saliese rana y de paso presumir de la venta realizada.

-A este le puedes fiar la tienda entera...

Y es que Camilo tenía una participación superior al cincuenta por ciento en la misma.

XXXXX  
XXX  
X

Martina no podía creer que todo lo que estaban descargando de la galera situada delante de su casa fuese para ella.

Solo cuando abrió el sobre que le entrego un muchacho algo afeminado y leyó:

“Para que estés cómoda cuando me recibas”

Camilo

Salió de dudas y sonrió. No esperaba desde luego que este esplendido regalo procediese de otro hombre que no fuese Camilo y lo mejor de todo era que ahora si sabía que iba en serio.

Alucinó cuando comprobó la cantidad y calidad del género enviado. ¡Tenía para toda su vida!

Se probaba pieza por pieza para darle el visto bueno. Al final de la jornada estaba agotada. Todo le gustaba y acertó hasta con la talla.

Después procedió a esconderlo todo. Llenó los armarios e incluso tuvo que recurrir a esconderlo debajo de la cama. Al día siguiente recibiría a Brígido y no quería tener que dar explicaciones.

Pero Brígido no fue al día siguiente, ni tres días después cuando otra vez le tocaba. Acudió a la otra semana con una excusa banal. Había estado enfermo. Como si en otras ocasiones, y de eso no hacia tanto, no hubiese acudido incluso con la moquita colgándole de su nariz aguileña.

Lo malo de todo esto es que durante la semana que faltó no aportó a la casa ninguna clase de alimentos como solía hacer, y en la de la excusa, se le debió olvidar porque tampoco. Para colmo el acto sexual de ese día, fue un desastre que mejor sería olvidar.

Tuvo que racionar las escasas existencias que le quedaban, pero pronto terminó con lo que le quedaba.

Brígido continuaba sin aparecer por allí. Ya pensaba en pedirle dinero a su hijo e incluso volver a su casa de la calle San Miguel y comenzar de nuevo con las limpiezas de escaleras de las casas adineradas de la Calle Mayor.

Había sido un sueño muy bonito, pero como suele ocurrir con los sueños terminas despertando y vuelves a la realidad. No iba a estar viviendo de su hijo toda su vida, máxime ahora que comenzaba una nueva etapa de su existencia. Eso sin contar que el día menos pensado la echase de esa casa porque a alguien se le olvidase también pagar el alquiler.

Con esas cabilas estaba cuando llegó Camilo, era por la mañana y no lo esperaba.

Llevaba puesta una de las batas más sencillas que le regaló Camilo, para en el caso de que la descubriese Brígido no se diese cuenta de que se trataba de un regalo especial, que él, desde luego, no hizo.

La besó en la mejilla cuando le abrió la puerta, como la cosa más natural del mundo cuando dos consuegros se encuentran.

-Solo vengo a decirte que mañana es el día acordado para visitar a Marcela. ¿No tendrás ningún compromiso? – ella negó con la cabeza – Por cierto ¿Te gustó lo que te envíe? – esta vez fue una afirmación, pero ninguna palabra salió de su boca – ¿No te habrás tragado la lengua?

-Perdona son preocupaciones que tengo – hizo un gesto ambiguo con la mano – Ya pasaran.

-No quiero presionarte en esto, ni con nada. Pero si puedo ayudarte solo tienes que decirlo.

-No gracias.

Camilo no quería marcharse tan pronto, quería intimar con ella y eso no lo conseguía yendo de semana en semana y marchándose a los diez minutos de su llegada.

Improvisó una excusa.

-Todavía no he almorzado ¿Puedes invitarme a algo? – mintió pues ya lo había tomado en Le Parisiën.

-¿El qué? – balbuceó Martina que estaba en sus cosas y no había prestado la debida atención.

-Lo que sea. Un pedazo de pan con queso o jamón. Lo que tengas.

La mujer se puso rígida por el apuro. No sabía qué hacer. Fue hacia la dispensa y como ya suponía no encontró nada. Salió llorando.

-¡Lo siento;

-¿Pero qué te pasa?

Necesitaba desahogarse y así lo hizo. Le contó sus penurias durante los últimos quince días.

-¡Dios santo! ¿Dónde tiene la cabeza este hombre? ¡Vamos a ver...! ¿Quieres decirme que no tienes ni una moneda de cobre o un mendrugo de pan en toda la casa?

-Un mendrugo si tengo, pero tan duro que solo se puede comer como sopa y té también tengo un poco. ¿Quieres que te prepare...?

Camilo la interrumpió con un gesto, sacó una bolsa de su bolsillo y la vació sobre la mesa del salón. A simple vista habría diez monedas de oro de distintos valores, varias de platas y otras de cobre.

-Esto es para que tires mano de ellas en caso de necesidad, no puedo consentir que mi comadre pase hambre. Ahora confecciona inmediatamente una lista de lo que necesites—Martina no tardo más de cinco minutos en confeccionarlas. Camilo la leyó detenidamente. Solo puso lo esencial. Añadió alguna cosa más que podría considerarse de capricho o que no llegaban nunca a un hogar pobre. Una arroba de aceite, un jamón, quesos variados y un largo etcétera —

-No tienes porque hacerlo... - insinuó mientras situada a sus espaldas leía cuanto escribía.

-Si tengo que hacerlo y además es mi obligación. Regreso inmediatamente, Voy a bajarle esta lista a Mauro para que lo traiga del ultramarino.

Bajó de dos saltos los tramos de escalera con una agilidad impropia de su edad y que no demostraba públicamente desde hacía bastante tiempo. Entregó la lista a Mauro y le dijo:

-Ves al ultramarino de Herráez, enfrente de casa, y trae todo esto y cuanto se te ocurra que podamos haber olvidado. Sobre todo la mejor fruta del tiempo que encuentres. ¡Ah! Que pase la cuenta a casa. Si cuando regreses ya no estoy súbelo todo a casa de la señora.

Conocía que el muchacho no tendría problemas pues era sobradamente conocido, por otra parte no llevaba ni una miserable moneda de cobre para darle.

Subió únicamente para despedirse hasta el día siguiente, en que pasaría para recogerla. Se marcharía a pie, de día no existía ningún problema, pues allí poco quedaba por hacer.

Subió lentamente las escaleras y cuando Martina le abrió la puerta se la encontró envuelta únicamente en una de las picardías que le compró.

Ella le ofreció sus labios y con la mirada pedía los tomase. No se hizo de rogar, la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente, mientras apretaba contra el suyo el delicioso cuerpo de la mujer.

“Brígido, creo que la has cagado” pensó mientras ella lo arrastraba hacia la habitación. Poco después ambos pensaron que el coito no había sido precisamente como para tirar cohetes de alegría. Hubo cierta vergüenza no fingida en la mujer y él se sintió coartado pues no se lo esperaba. Pero era solamente la primera vez y suponían que con el tiempo mejoraría.

Dos meses más tarde y después de llegar al paroxismo en varias ocasiones, Camilo le entregó una noche la escritura de propiedad de la casa. Se la había ganado con creces.

## CAPITULO XIV

### Un negocio floreciente

Cecé y Bárbara se casaron a principios de la primavera de 1867, después de Semana Santa pero antes de la celebración de los Moros y cristianos. Querían evitar el jolgorio de las fiestas que en honor a su Patrón San Jorge celebran anualmente los alcoyanos.

Las maledicencias ya habían comenzado. Las viejas cotillas de la alta sociedad no comprendían como no se hubiese guardado por lo menos tres años de luto por la muerte de su esposo.

-Con lo buen mozo que fue y lo simpático que era - decía una.

- Ni tres meses ha aguantado la muy puta - argüían la más extremista.

-Con toda seguridad le picaba “eso” - decía una tercera señalando cierta parte de su cuerpo- y necesita alguien que se la rasque - risotadas de todas-

- Yo creo que está preñada - sentenciaba otra con ánimo de echarle más leña al fuego. Lo que ignoraba es llevaba razón sin saberlo.

Bárbara no quería estar en Alcoy para cuando su hijo naciese y las muy zorras comenzasen a hacer cuentas y demostrar la razón que llevaban.

Camilo no podía consentir que el matrimonio, su hijo Pepe y el que estaba por nacer, hiciesen el viaje a Yocla por la ruta de Confrides. No olvidaba lo que a él le ocurrió y aunque desde entonces no se tenían noticias de un hecho similar, no iba a permitirlo.

Alquiló un coche de punto, con una buena suspensión, para que la embarazada no notase en exceso los baches del camino.

Tomaron la misma ruta que la diligencia que unía Alcoy con Alicante. Pero en San Juan, atajaron por un camino local que el arriero conocía y acortaron el camino.

Descansaron más que durmieron en una venta y al día siguiente, poco antes del mediodía llegó el vehículo a Yocla. Pensaban dirigirse directamente a la casa de Amalia, que era la que Camilo les ofreció, pero era la hora de comer, tenían hambre y desde la tasca de Tonet se escapaba un tufillo que olía gloria. Carne asada, pescadito frito un aroma que intensificaba la sensación que parecían todos.

Decidieron despedir allí al cochero, después ya buscarían a alguien que los subiera, principalmente el equipaje y al niño, pues ellos se sentían con fuerza para hacerlo a pie.

Llevaban en un pequeño baúl la ropa imprescindible para pasar una par de días, el resto de sus pertenencias, objetos personales y recuerdos, llegarían en un par de días cargados en un galera.

La casa que fue de Marieta y que tuvo que vender cuando la situación en el chalet de Altea se hizo económicamente insoportable tras la separación de Camilo, continuaba cerrada. Los nuevos propietarios o no habían tomado posesión de ella o lo hacían muy a la larga. La de Carlitos, justo a su lado, también estaba clausurada, pero la limpieza de paredes, puertas y ventanas demostraba que alguien la habitaba y la cuidaba con esmero.

Entraron en la tasca, dejaron el baúl en un rincón y se acomodaron en la mesa de al lado. Tonet, apenas los vio, dejó plantado a los clientes que estaba atendiendo en la barra, y acudió presuroso para abrazarlos

-¡Cecé! ¡Barbarita! ¡Que alegría veros! ¿Y este quién es? - dijo mientras cogía en brazos al chaval y lo estrujaba cariñosamente, besándole por todas partes.

Josa, de apenas dos años, se puso a llorar como un descosido al ver como un desconocido de cara morena, casi negra, de ojos saltones y con un enorme bigote que le tapaba la boca, lo babeaba por toda la cara. Dejó a la criatura en brazos del quien creía su padre e hizo lo mismo con la madre. Esta ya estaba acostumbrada...

-¿Qué venís de vacaciones? - continuó cuando terminó con los abrazos y besuqueos.

-A quedarnos - respondió Cecé.

-No sabéis cuanto me alegro. Desde que se marchó Don Camilo, este pueblo ya no es el mismo. ¿Has visto a tu padre? – la pregunta se la hizo en concreto a Cecé

-Perece que no está.

-No tardara en llegar... ¡Seguro! ¿Decirme que queréis comer que estáis invitados.

Tomó nota del pedido y después de dejarla en la cocina, continuó atendiendo a los parroquianos.

A Pepe ya se le había pasado el susto y estaba entusiasmado con la inmensidad del mar que podía ver a través de la ventana. Luego chilló alborozado cuando vio a unos niños, que hasta entonces estaban jugando en la playa, introducirse en el agua y nadar como si fuesen delfines. Terminada la comida, tuvieron que llevarlo hasta la orilla para que comprobase, por si mismo, que el agua fría de aquella época no era tan apetitosa y que en ella habían peces, (para él eran bichos) que llegaban a escasos centímetros de la línea de marea y que incluso llegaban a rozar sus pies.

Cuando regresaron la puerta de la casa de Carlitos estaba abierta y entraron sin llamar.

Lloró de emoción cuando los vio y abrazo a ambos. Supuso que habían llegado como hermanos que eran y el niño que les acompañaba era hijo de uno de ellos, aunque no tenía constancia de su nacimiento.

-¿Qué hacéis aquí? – les dijo emocionado - ¿Y Consuelo? ¿Y Marieta? ¿Han venido con vosotros?

Ambos negaron con la cabeza.

-Hemos venido nosotros solos para quedarnos.

Carlos intuía que precisaba una aclaración de lo que allí ocurría y precisaba saberlo

-Este niño... ¿Quién es? – viendo que las noticias tendría que sacarlas con sacacorchos.

-Es hijo mío y de Alberto, mi marido, que tú no has conocido. Hace unos meses falleció en un desgraciado accidente.

-Te acompañó en el sentimiento. Hija – le dijo mientras la abrazaba y a ella las lagrimas comenzaban a caerle por las mejillas aunque se repuso casi inmediatamente – por un momento creí que era hijo de ambos...

-No. Pero Cecé y yo estamos casados y pronto tendremos un nuevo hijo.

Carlos palideció, El creía que Cecé era su hijo, pero también lo era Bárbara que creía ser hija de Nelo. ¡Era un matrimonio entre hermanos! Se extrañaba que Marieta, que lo sabía perfectamente, no lo hubiese evitado.

No ignoraba, porque los curas no paraban de decirlo en sus sermones, que los coitos entre hermanos, aunque no lo supiesen, era incesto y eso es un pecado gravísimo pues suele traer fatales consecuencias en los descendientes, bien fuese por deformaciones o graves enfermedades que solían terminar con sus vidas en pocos años.

Si estaba embarazada no quería tranquilizarla más. Esperaría para ver como nacía su futuro nieto y entonces ya los advertiría. De momento no podía hacer nada mas, salvo rezar.

El matrimonio sospechaba que Carlos daba por hecho que ambos eran hermanos y por lo tanto presentía grandes desgracias para su descendencia. Pero suspiraron de satisfacción cuando comprobaron que no manifestaba sus temores y les evitaba tener que contarle la verdad para calmarlo.

Decirle a estas altura que Cecé no era su hijo biológico, porque la paternidad verdadera de haberlo criado nadie se la discutía, hubiese sido un duro golpe que, por lo menos de momento, querían evitar a toda costa.

Si acaso ya le dirían la verdad más adelante y si el hijo que estaba por venir, nacía bien como esperaban, tal vez nunca.

Pepe no tardó en dormirse, mitad por cansancio y mitad por aburrimiento y para evitar tener que despertarlo pasaron toda la tarde en la casa de Carlos.

Charlaron de sus cosas, pues Carlos demandaba noticia de sus dos grandes amores: Consuelo y Marieta. ¡Hacia tanto tiempo que no las veía! Mientras ellos lo ponían en antecedente de los nuevos



proyectos que pensaban desarrollar en Yocla.

Carlos continuaba trabajando la madera. Cuando Marieta volvió con Camilo a Alcoy, se quedó durante algún tiempo en el chalet de Altea, del que continuaba teniendo una llave que quiso entregar a Bárbara y ella rechazó, para terminar los encargos pendientes, luego regresó a Yocla.

Después regreso para restaurar la casa. Siguiendo instrucciones de Marieta facturó por encima del valor de sus trabajos y se repartieron los beneficios. Ella le dijo que solo era para fastidiar a Camilo y en esos momentos lo odiaba tanto que no puso ningún impedimento. Con el beneficio extra que sacó, compro madera de excelente calidad y construyo la mejor barca de pesca que existía actualmente en el pueblo. El hijo de María, la hermana de Jaime el Baina, salía a pescar con ella e iban a medias en los beneficios.

Con eso, algún pescado que caía todos los días para la cena y el huerto que cultivaba en el patio trasero tenía lo suficiente para su subsistencia. De vez en cuando algún trabajo de ebanistería caía, lo que le permitía mantener sus vicios que no eran muchos.

Cuando el niño despertó acudieron de nuevo a la playa para asistir a la llegada de los sardinales que ya volaban hacia la playa para ser los primeros en descargar su mercancía y poner a la venta el género. Destacado llegaba el Santa Bárbara, luciendo un velarme azul celeste para diferenciarse de los otros, y cuyo propietario era Carlos.

-Si os apetece daremos una vuelta por la bahía antes que anochezca – propuso Carlos.

-¿Sabes tripularlo ¿ - objetó Cecé

-No me gusta la pesca y reconozco que no es mi especialidad. Pero cuando lo construí lo probé infinidad de veces y no hay ningún concepto marítimo que se me resista. Los domingos, el día que libra Miguel y no quiere saber nada de la mar, la cojo y navego hasta la roca del Moro. He de reconocer que más lejos nunca me he atrevido.

Miguel llegó el primero y le ayudaron a extender la mercancía que traía en grandes cestos sobre la arena y la gente del Poble de Dalt, que estaba esperando, se acercaron con afán de llevarse las mejores piezas.

Podrían esperar y probablemente la barata les saliese más económica, pero lo que viniese podría ser peor e incluso al final podrían quedarse sin nada.

Por otra parte Miguel era un experto en el trueque y no lo despreciaba, el dinero en los intercambios se usaba muy poco. Podían cambiar sardinas, por naranjas, melones, pimientos, patatas o cualquier otra hortaliza. Incluso por cualquier objeto que alguien no quisiera y al pescador le apeteciera. Todo era ajustar el cambio.

-Seis sardinas por seis pimientos- decía Miguel a un viejo agricultor, mientras este dudaba si el cambio le beneficiaba a la vez que negaba con la cabeza - ¡Bueno usted gana! le doy doce sardinas por once pimientos. – proponía mientras separaba las sardinas más pequeñas que encontraba en el cesto.

-¡Vale! Eso es más justo – respondía el hombre sin darse cuenta de la maniobra del muchacho.

-Ya nos podemos ir, cuando termine Miguel dejará mi parte en casa. La puerta siempre está abierta. – se alejaron riendo y comentando la estratagema empleada por su amigo.

-Carlos acercó la barca hasta casi la orilla. Bárbara se descalzó y quitó las medias para arremangando sus faldas y enaguas por encima de la rodilla sin preocuparse de mostrar sus espléndidas pantorrillas para subir a la barca. Cecé se descalzó, tiro los zapatos dentro de la nave y sin preocuparse por mojarse las perneras de sus pantalones, cogió a Pepe en brazos y lo dejó en brazos de su madre, antes de subir. Carlos la empujó unos metros hasta notar que el fondo de la barca no rozaba la arena y subió igualmente.

Desplegó la vela y con el viento de poniente soplando desde tierra la barca se encabritó y se lanzó en una carrera desenfrenada rumbo al infinito. Se cruzaban con las que todavía estaban de arribada evitándolas con audaces maniobras. Cecé se hacia cruces especulando con la posibilidad de un cho-

que, máxime con el bebe a bordo. Pero este parecía el menos impresionado y sobre todo el que mas disfrutaba con el viaje.

Todavía tardaría una hora en anochecer, pero ya no quedaba ninguna barca en la mar, salvo la suya, y Carlos decidió que por ese día hubo bastante y dio un giro de noventa grados hacia la punta norte de la bahía y cuando parecía que el choque era inminente orzó otros cuarenta y cinco grados para poner rumbo a tierra diagonalmente y aprovechar los vientos contrarios. El regreso fue más largo en el tiempo pero también más placentero.

Llegaron cuando casi la totalidad de los pescadores intentaban vender sus productos ante clientes casi inexistente y Miguel ya hacía tiempo que retiró su provisional puesto de venta.

Entre Carlos y Cecé arrastraron la barca sobre la arena y la ataron a un poste de madera firmemente hincado en la arena, junto con otras naves, que les garantizaba que una improbable subida de la marea la arrastrase.

Fueron a casa, y encima de la mesa de la cocina – comedor encontraron la mitad de los frutos y hortalizas que intercambió Miguel. Cuatro patatas, cinco pimientos, una docena de nueces, un puñado de castañas, almendras, cuatro huevos y un largo etcétera.

Carlos les invitó a pasar la noche en su casa, pero la rechazaron amablemente. Solo había una cama en toda la casa, que con toda seguridad el padre les cedería, mientras dormiría malamente en la mecedora en donde solía hacer las siestas. Y sobre todo por las ansias que tenían de ocupar su nueva casa.

El caballo que Camilo le regaló cuando se caso con Consuelo, hacía años que pasó a mejor vida. Ahora su cabaña ganadera se limitaba a un mulo que adquirió hacia cuatro años.

-¿Qué sois vosotros solos?

-Y un pesado baúl...

-Entonces engancharemos el carro.

De un cobertizo que tenía en el fondo del patio trasero, sacó un carruaje tipo tartana, similar a los que usaban los agricultores de la zona, pero un poco más pequeña y ligera para que el mulo no sufriese arrastrándola, sobre todo cuando tuviese que subir una cuesta como la del Poble de Dalt.

Luego saco una mula, color castaño oscuro y que se veía joven y fuerte.

-Solo tiene cinco años. La compré apenas su madre la destetó. Por entonces no tenía mucho dinero e intenté comprar algo que me durase toda mi vida.

-Creo que tendrás que destetar un par de mulas mas como esta antes de morirte.- le respondió su hijo riendo.

Enjalezó el animal al carro. Entre padre e hijo subieron el baúl al vehículo y Bárbara y el niño se aposentaron en un improvisado pescante. Con Carlos llevando las riendas del mulo y Cecé acompañándolo a su lado emprendieron el camino hasta su nueva morada en Yocla de Dalt.

Carlos se mostraba taciturno por no haber podido retener a sus hijos en su casa. Se encontraba solo y ansiaba pasar las veladas charlando con alguien al lado del hallar en las noches frías o en la calle, sentado en una mecedora de rafia, recibiendo las brisas del mar cuando el calor apretaba. ¡Cuánto añoraba a Consuelo! Que finalmente lo abandonó por su mala cabeza.

-Ya puedes ir haciendo una buena cama para nosotros que cuando llegue el calor y apetezca bañarse a todas horas nos bajaremos para vivir en tu casa todo el verano.

Cecé trataba de esa forma animar a su padre al que veía algo alicaído. Sus palabras lo revitalizaron de tal forma que esa misma noche cuando regresó a su casa, separó los materiales y herramientas que precisaba para construir la nueva cama.

XXXXX

XXX

X

Si algo es especialmente autóctono en la Marina Alta es sin duda la uva pasa. Que las trajeron a estas tierras los musulmanes no cabía la menor duda. Existen textos antiguos, escritos en las pos-trimerías del siglo XII que dicen que tantos los higos secos como las uvas pasas eran ingredientes esenciales en la dieta de los musulmanes durante el mes del Ramadán en la que no pueden tomar ningún alimento desde la salida del sol hasta el ocaso y ese alimento energético les permitía subsistir a los practicantes de este rito desde la puesta del sol al amanecer, después de una intensa jornada de trabajo.

Esta costumbre persistió hasta principios del siglo XVII en que los moriscos fueron expulsados. Bien fuera por ello o porque los musulmanes tienen prohibido la toma de bebidas alcohólicas orientó al viñedo de la zona a consumir su fruto en fresco, pero el exceso de este obligaba a la deshidratación para evitar que se pudriera.

En cierta ocasión leyó un artículo que indicaba que las uvas pasas tenían propiedades curativas. Bajaba la tensión arterial y a pesar de su dulzor resultaba aconsejable para alguna clase de diabetes.

Él no sabía todavía lo que era la tensión arterial o la diabetes, pero no ignoraba que el mercado inglés la demandaba en grandes cantidades que tenían que importar de Grecia y Turquía.

En una ocasión tuvo la oportunidad de probar ambas y comprobar que la moscatel era más sabrosa.

Aun no sabía por qué eligió este negocio en vez de la cría de conejos, solía poner por ejemplo, y lo cierto es que acertó.

Lo malo de todo esto es que no tenía ni puñetera idea de cómo se producían y su única experiencias en ellas era comerlas.

Al día siguiente de su llegada la emplearon en acondicionar la casa y realizar algunas compras. Allí no había ningún ultramarino del cual aprovisionarse. Si querías pescado tenías que bajar a la playa a la llegada de los sardinales y si querías carne tenías que criar tus propios pollos, conejos y lechones. Aunque indiscutiblemente algunos campesinos solían vender los excedentes de la matanza cuya carne conservaban en grandes jarras de barro llenas de aceite.

Decidió también comprarse un caballo, pues aunque el Riurrau que le cedió su padre no estaba lejos, si se perdía un tiempo valioso yendo y viniendo.

Cuando lo visitaron se sorprendieron de lo deteriorado que estaba. Allí ya no quedaba nada, o muy poco, que indicase que en alguna ocasión allí se hubiese fabricado pasas.

Pidió consejo a Jaime el Baina.

-El Tío Pansit – le dijo inmediatamente sin pensárselo dos veces – tiene casi ochenta años, cojea y nadie lo quiere porque creen que no aprovecha para nada. Pero es fuerte como un roble, sobre todo de cabeza. Sabe todo lo que hay que saber sobre pasas y aprenderás rápido con él.

-¿Dónde puedo encontrarlo?

-Si fuese la estación te diría que a donde cueces pasas, pero como no lo es con toda seguridad lo encontraras tomando el sol o la sombra, según el tiempo, debajo de un algarrobo.

-Algarrobos hay muchos...

-Pues mejor te acercas a su casa a la hora de comer. Pregunta en el Poble de Dalt que te la indiquen. ¡Recuerda! El Tío Pansit se llama.

Se acercó a su casa y todavía no había llegado. Dejó el recado de que quería verle y la dirección del Riurrau.

Cuando se presentó allí al día siguiente ya lo estaba esperando, después de los saludos de rigor, las presentaciones y explicarle brevemente lo que esperaba de él, recorrieron juntos la parcela.

-Aquí pondremos el horno y allí cerca del Riu Rau los tendedores. El tejado esta en mal estado, si puedes arréglalo y de paso lo canalizas hasta el aljibe. El agua de lluvia nos vendrá bien aprovecharla. Mira allí, ahora se está perdiendo todo por esos agujeros. Cecé tomaba nota en una libreta de todo lo que decía.

-¿No será mejor escavar un pozo.

-Aquí no hay agua.- le respondió con cara misericorde por la ignorancia que demostraba su interlocutor - Y si la hay esta tan profunda que nunca la alcanzaríamos. El aljibe es lo mejor.

-¿Quién puede construir el horno?

-Cualquiera, pero yo te enviaré a los mejores. Aunque te advierto que si no tenemos uva en septiembre de poco nos servirá.

-¿Qué quiere decir?

-Que hay que reservarlas ya, y probablemente lleguemos tarde. Las mejores cepas son esas y aquellas. - le dijo mientras señalaba con el dedo dos casas de labor que se veían en la lejanía a la falda de la montaña.

-¿No puede acompañarme?

-Mis piernas no llegan tan lejos y mi presencia perjudicial en la negociaciones. Mejor que vayas solo, pero ten en cuenta estas recomendaciones. La uva la venden para vino a cuatro céntimos la arroba. Tú ofrece cinco, porque habrán tratos no cerrados que aun se pueden romper y con toda seguridad cambiaran a tu favor. En el contrato que conste que si las uvas salen perjudicadas por el granizo las perdidas corren de su parte. Dales la alternativa que pagándolas a tres, dando la mitad ahora y el resto en la vendimia, las perdidas por granizo son para ti.

-Pero si graniza puede ser la ruina...

El anciano alzó la vista al cielo y solo vio el volar de una gaviota, que se alejó demasiado de la playa.

-Ten por seguro que este año no habrá tormentas de granizo

-¿Quién lo garantiza? - replicó un asombrado Cecé

-El Pansit... - y se alejo lentamente de su lado.

Al día siguiente cerró el trato con los dos agricultores a tres céntimos la arroba. Sería solo un año de prueba y no quería tirar la casa por la ventana, pues todavía no tenía las ventas aseguradas Y si los pronósticos del viejo no se cumplían no por ello se arruinaría. Quería ir despacio pero seguro y desde luego no presentar ante su padre como un fracasado.

Después fue al Riu Rau para darle la buena noticia al Pansit. Estaban dos hombres arreglando el tejado del Riurrau y otros dos abriendo un agujero en el talud de un montículo en donde se instalaría el horno.

El viejo lo felicitó por lo logrado y quedaron para el día siguiente.

El proyecto estaba encauzado y quedaba tiempo por delante. Decidió de momento dedicar las tardes al que consideraba su hijo, dormir una buena siesta y dedicar las agradables noches de primavera a Bárbara, antes que el calor del estío y su ingravidez no lo permitiera.

Esa noche esperaba que fuese la primera vez que hacían el amor en su nueva casa, solos y únicamente con la inocente presencia de Pepe.

Desde que estaba casado solo la tocó una vez en casa de Camilo. Cohibidos pues tenían la sensación de que todos los moradores de la casa estaban pendientes de ellos. Lejos quedaban las tardes de pasión en la de Bárbara, en donde fue engendrado el ser que llevaba en su vientre, aunque también sintiéndose culpable por hacer el amor en su lecho conyugal, apenas dos meses después del fatal accidente de su esposo.

Anoche, la primera en Yocla, lo intentaron, pero Pepe no lo permitió. Nervioso por los acontecimientos del día no pudo dormir y cuando finalmente lo consiguió, ellos también cayeron rendidos por el cansancio del viaje.

XXXXX

XXX

X

No tardó en recibir el caballo que encargó a un tratante de ganado, debió buscarlo porque no tenía en su cuadra ningún ejemplar que estuviese acorde con la importancia del caballero que iba a montarlo. Finalmente apareció acompañado por un bello ejemplar de yegua.

-Son más dóciles y fáciles de llevar, caballero. Y si usted no tiene mucha experiencia...

-En verdad así es.

Había cabalgado en pocas ocasiones. Necesitaba práctica, hacerse con el caballo o que este se amoldase a él. Le echó un vistazo y tuvo que reconocer que era un magnífico ejemplar, tal vez demasiado alto de cruz para su gusto, pero fuerte y robusto, capaz de cargar con él, Bárbara y el niño si se terciase.

Pero eso sería cuando pariese porque ahora se le antojaba un peligro.

-Además como es natural no se alborotan como los caballos cuando tienen una yegua en celo delante.

El ganadero echaba toda la leña que le quedaba al fuego, tratando de evadirle las pocas dudas que le quedaban.

-Sea...

Se dieron la mano cerrando el trato.

XXXXX  
XXX  
X

Ya no iba siquiera por las tarde a vigilar las obras porque consideraba que el Tío Pansit, que no sabía si le llamaban así por viejo y seco o porque se dedicó toda su vida a la producción de pasas, o quizás por ambas cosas, se bastaba el solo para hacerlo. Sentado en un lugar privilegiado en donde tenía todo a la vista, igual amonestaba a los que se dedicaban a restaurar el techo del Riurrau, porque no empleaban la celeridad en su trabajo que él esperaba o sacaba a relucir pequeños defectos que tenían que solventar inmediatamente.

La construcción del horno, la dirigía él desde su asiento empleando el cayado a modo de batuta. El capataz era únicamente un oficial más.

Tan bien iban las obras y tanta confianza depositó en el viejo que Cecé comenzó a faltar a su trabajo incluso algunas mañanas. Primero con la excusa de ir a Altea a retirar dinero para pagar jornales y materiales, eso nadie se lo discutía. Pero otras excusas eran más pueriles y no les creía nadie, pero tampoco se las discutían pues para algo era el jefe.

Cabalgaba siempre que podía, pero nunca se alejaba más allá de Benidorm por el sur, Altea por el norte o Polop por el interior. En ocasiones lo acompañaba Pepe que disfrutaba como un cosaco montado en el corcel. Otro día se embarcó con Miguel en la Santa Bárbara para ir a pescar y terminó agotado, ahíto de sol. Nunca más repitió.

De vez en cuando recibían cartas de Alcoy, escritas por Camilo, Marieta y Consuelo que escribían por separado aunque enviadas en una misma remesa y entregada por algún viajero que procedente de Alcoy pasaba por allí. Ellos tenían siempre una carta preparada, contando sus cosas, para entregar al mensajero si les aseguraba que en pocas jornadas regresaría a la capital del Serpis. Con solo invitarlo a comer ese día se pagaba el franqueo.

Marieta les anunciaba en una que su parto sería inminente, pues parecía una burra a punto de parir por lo gorda que se había puesto. Consuelo solo quería saber cosas de allí y al final de su escrito siempre preguntaba por Carlos. Camilo por su parte solo estaba interesado en cómo iba el negocio y siempre la terminaba con un “¿Necesitas más dinero?”

Al mensajero también le pedían que si a su regreso el camino pasaba por allí, también se dejase ver para entregarles otras cartas como respuesta a las recibidas. Este, aunque no lo tuviese previsto, con solo asegurarse otra comida o una cena con cama incluida, nunca faltaba a la cita.

Un día que acudió Cecé a las obras se sorprendió de lo avanzadas que estaban y eso que solo faltó un par de jornadas. Se notaba que el látigo vocal del Pansit, surtía efecto.

Como ya hemos indicado anteriormente el horno estaba situado aprovechando un desnivel del terreno de apenas metro y medio de altura. Su interior tenía forma cilíndrica de apenas un metro cuadrado de superficie y otro tanto de altura. Las paredes estaban forradas con marga unida con barro, pero tan primorosamente colocada que aseguraba su estabilidad a pesar de las altas temperaturas a que iba a ser sometida. En la parte superior ya estaba hecho el hueco que se remataría con una chimenea, también de piedra, que igual serviría para evacuar los humos en la fase de encendido, que para asentar posteriormente la caldera.

Dos semanas más tarde se terminaron las obras y ahora solo cabía esperar la llegada de los primeros racimos de uva.

El Tío Pansit le dijo a Cecé que ya había encargado la caldera con las medidas adecuadas y que él proporcionaría la “podadora” un instrumento con mango de madera y que tenía un hacha en un lado y una especie de hoz en el otro y que respectivamente servían tanto para podar las cepas como para cortar los racimos. Aunque los que no querían soportar tanto peso en su mano durante las agotadoras jornadas de la vendimia y en especial las mujeres, usaban el “hocino”, una especie de hoz más pequeña, que hacía el mismo papel. Así como una “caça” un instrumento de metal en forma de cedazo y con un mango largo de madera. Que con los racimos en su interior se introducía durante unos segundos en el agua hirviendo del caldero. Aunque de eso ya hablaremos más adelante.

En un destartalado cobertizo de la casa descubrió un carro, con algunas de sus partes de madera

rotas, pero el resto en buen estado. Pensó que si lo arreglaba podría uncir a Viola, nombre que le puso a la yegua recién adquirida, y dar largos paseos con la familia por los alrededores.

Sacó el carro, le puso los arreos y trató de uncir a la yegua. Esta se resistía, pero con la ayuda de dos de los albañiles lo consiguió. No se la veía nada contenta, pero ya se acostumbraría. Para conseguir que avanzara tuvo que montarla pues desde el pescante no lo consiguió.

A dudas penas logro llegar a casa de Carlos que cuando lo vio de tal guisa se puso las manos a la cabeza.

-¡Nunca unzas un caballo de monta a un carro;

-¡Pero si es una yegua;

-¡Lo mismo da; – la desató inmediatamente, a la vez que le daba una zanahoria para congraciarse con ella y Viola relinchó de contenta – si quieres arrastrar esto pídemela a Curra, mi mula. No siempre la necesito y si me dejas mientras la yegua mucho mejor.

Carlos ya termino la cama que sus hijos le exigieron para poder pasar el verano en su casa. Ahora estaba enfrascado en la fabricación de los entramados de madera que sostendrían el cañizo para secar las uvas y que podrían apilarse para ganar espacio. Pero como no corrían prisa por lo menos hasta mediados de agosto, lo dejó todo y se puso a arreglar el carro.

Carlos se sentía un hombre feliz desde que llegó su familia y se estableció allí. De estar solo y aburrido, a ocuparse de los múltiples trabajos que Cecé le proporcionaba, lo había rejuvenecido.

Incluso comenzaba a añorar la presencia de una mujer en su cama por las noches. Pero sus hijos estaban a punto de trasladarse a su casa. Esperaría al invierno.

Restauró y pintó el carro de forma que parecía casi nuevo. Carlos montó encima del mismo un asiento elevado que se podía quitar cuando estorbaba, situado sobre unos flejes de madera elástica para que Bárbara estuviese más cómoda y soportase mejor los numerosos baches del camino.

Cuando mas imperaba la felicidad en la familia, era principios de julio y todos se trasladaron a la casa de Carlos en la playa, llegó la carta.

Como todas eran recibidas con alegría y leída por todos los adultos. Había una de Marieta diciendo:

Queridos hijos:

El ser que alberga mi vientre quiere salir y me apremia. Los dolores del parto llegan todavía espaciados pero ya he roto aguas y este parece inminente. Redacto esta carta aprisa y corriendo por si el parto me impide escribir otra antes de la salida del próximo correo. Quiero ser la primera en comunicaros el nacimiento de vuestro nuevo hermano. ¡Ya no aguanto más; ¡Un beso;

Marieta

De Camilo no llegó ninguna pero si de Consuelo.

Queridos hijos:

Siento en el alma, querida Bárbara, el tener que comunicarte que tu madre a fallecido, junto con el hermano que esperabas, de un doloroso y terrible parto.

En tu estado no intentes venir para despedirla, pues hace más de diez días descansa bajo tierra, para posteriormente ser trasladada a un mausoleo que Camilo, dentro del trance y en momento de lucidez, ha encargado.

Tan pronto como me sea posible iré a visitaros y de paso conoceré a vuestro futuro hijo y mi nieto.

Un abrazo

Consuelo

Bárbara quedó desolada. Cecé estaba preocupado por las consecuencias que el trauma por la muerte de su madre pudiese tener en su embarazo, máxime teniendo en cuenta que su muerte ocurrió en el trascurso de un parto, acontecimiento que tendría que soportar ella en apenas un par de meses.

Por suerte en una semana la sonrisa volvió a su rostro, aunque solo fuese para alegrar la cara de su hijo, consciente, en su inocencia, de que algo malo pasaba y la miraba preocupado.

En agosto las cosas se precipitaron, no solo por el parto de Bárbara que gracias a Dios transcurrió sin problemas. Fue una niña que llegó un poco antes de lo esperado y le pusieron el nombre de María, en honor a su abuela fallecida unos meses antes.

Los primeros capazos, con los racimos de uva moscatel recién cortados, esperaban desde la tarde anterior al lado mismo del horno.

El Tío Pansit llegó al Riurrau ese día de madrugada, acompañado de su hija y un par de nietos. Lo primero que hizo fue encender el horno con la leña y sarmientos de la poda anterior que tenía preparada. El mismo, terminado, mostraba un aspecto magnífico. A su lado una amplia escalinata facilitaba el acceso a la parte superior en donde estaba situada la caldera.

Cuando el fuego del horno tomó vida, es decir se encontraba en su punto y el agua hierve en el caldero, se inicia la escaldada propiamente dicha.

Previamente, unos días antes del inicio de la elaboración, se tenía que hacer la lejía dentro de un recipiente de barro cocido y forma troncocónica, en donde se ponía la ceniza, la cal y el agua para su fabricación. Una vez fermentada se sacaba por medio de una caña, a modo de grifo, que se ajustaba a uno de los agujeros del recipiente.

Luego se echaba al caldero junto con el agua casi hirviendo y era la experiencia del pasero el que decidía si la mezcla era la adecuada. La finalidad de este proceso era abrir fisuras casi imperceptibles en la piel de la uva para facilitar su secado al salir por allí en agua de su interior durante el proceso.

La uva del capazo, al que se le retira previamente algún grano que este roto, muy maduro o deteriorado, se trasiega a la caça, que como hemos descrito anteriormente es una especie de cedazo sujeto a un largo palo. Es entonces cuando el pasero, en este caso uno de los nietos del Tío Pansit, lo sumerge durante unos escasos segundos en el caldero y atendiendo a la indicación de su abuelo lo levanta inmediatamente.

El Tío Pansit examina la uva, si no ha cortado lo suficiente añadirá más lejía y si ha cortado mucho añadirá agua.

La pila de cañizo espera al lado de la caldera para que el pasero deposite el contenido de la caça de uva escaldada sobre él. Así hasta llenar el cañizo.

Mientras el otro nieto y Cecé, que quería participar en la operación, distribuyen los racimos sobre el cañizo todo lo que pueden para que rápidamente el aire y sol comiencen el proceso de secado y pueda llegar a todos los granos.

Mientras Carlos echaba más leña al fuego a fin de que el compuesto continúe hirviendo y el proceso de escaldado no se interrumpa.

Una vez lleno se traslada el cañizo delante del Riu Rau y se deposita sobre el suelo. Normalmente se te colocaban unos pilones de madera de higuera en ambos extremos y uno o dos en el centro, para aislar este cañizo del siguiente. Pero Carlos había provisto a cada entramado que sostenía el cañizo con unos gruesos tacos que hacía a su vez de patas y lo sustituían.

La mujer le daba los últimos toques para que cada racimo estuviese en su sitio y no interfiriera con los otros. De vez en cuando se desplazaba hasta la caldera para con una caceta, especie de espumadera, quitar la espuma marrón claro que se formaba en la superficie del agua y ensuciaba los racimos al sacarlos.

Cuando en el caldero bajaba el nivel de agua, bien fuese por evaporación o por las lógicas pérdidas, nuevamente se echaba liquido a la caldera y el pasero tenía que esperar a que llegase al punto de ebullición.

Al día siguiente continuaba el proceso con la salvedad de que hay que desapilar los cañizos realizados el día anterior, que ya han tomado color y dar la vuelta a los mismos para ofrecer su parte más verde al sol.



El proceso depender de muchas circunstancias que hay que tener en cuenta al terminar la jornada. Dependiendo de la intensidad del sol, los racimos tendrán más o menos color, es decir estarán más o menos secos.

Pero el otoño ya está cerca y la humedad, cuando se está cerca del mar, es el peor de los problemas. Entonces es necesario proteger las uvas del rocío nocturno. Bien sea trasladando los cañizos al Riu Rau o simplemente cubriéndolos con telas embreadas.

Si el día está nublado o amenaza lluvia lo mejor es dejarlas en el Riurrau, lugar ventilado y que no detiene, aunque ralentiza, el proceso de secado.

Si el tiempo ha sido bueno las pasas pueden estar listas en cinco días, después de darles un par de vueltas, una vez secas se guardan en capazos de palma.

El Tío Pansit le advirtió que si la pasa se vendía rápido podían mantenerse en esos capazos, pero si no, debían apilarse en el suelo de una habitación situada en la parte alta de la casa, llamada porche, que al estar seca y ventilada permitía conservar la cosecha.

El proceso, una simple prueba para lo que él esperaba del futuro, terminó en quince días y un montón enorme de capazos de palma, lleno del preciado producto, se apilaba ante sus ojos. ¡Y no sabía qué hacer con ellos!

Escribió una carta a Camilo detallando los pormenores del éxito de su empresa y el inconveniente de no saber qué hacer con la producción. Tuvo la suerte de poder remitirla urgentemente y después de una semana de incertidumbre llegó la ansiada respuesta.

Pero antes tuvo sueños pavorosos. Soñó que él y su familia tenían que alimentarse únicamente de uvas pasas durante un año. ¿Cómo se iban a comer tres mil kilos de pasas? Llegó a odiarlas. Por las tardes bajaban a la playa, para a la llegada de las barcas, cambiar un puñado de pasas por una sardina o un pimiento o dos patatas y de esta forma aliviar un poco su dieta. Despertó sudoroso y agobiado gracias al llanto de su hija María que con sus lloros reclamaba su ración de teta. Esta por lo menos se libraría de las pasas.

La respuesta fue rápida pues menos de una semana después recibió una nueva misiva de Camilo que rezaba:

Querido hijo:

No te preocupes pues Agamenón las ha colocado todas a los ingleses y a buenos precios de mercado. Hay que entregarlas, antes del 28 de septiembre en el puerto de Denia y en los almacenes del consignatario Joan Botifler. Adjunto la documentación necesaria.

Un abrazo.

Camilo

P.D. Pronto se presentaran unas galeras que se encargaran de transportar la mercancía desde el Riurrau al puerto de Denia

Acompañando a la carta iban una serie de documentos que Cecé comenzó a leer y pronto desistió de ello. Unos porque estaban escritos en inglés y otros porque no comprendía muy bien lo que decían.

Suponía que el consignatario sabría que hacer con ellos.

Denia era el principal puerto exportador de uvas pasas. Casi la totalidad de la producción de la comarca salía desde allí, rumbo a Inglaterra o a los Estados Unidos de América, que eran los mejores mercados compradores.

En octubre Camilo le comunicó a su hijo el ingreso de una importante cantidad de dinero en su cuenta de la Caja de Altea, producto del importe de la venta.

Quedó agradablemente sorprendido por la cantidad recibida y a fuer de ser sincero no esperaba tanto.

Corrió alborozado para comunicarle la buena nueva a su esposa.

-¡Somos ricos! ¡Somos ricos!- gritó al entrar en la casa - ¡Mira el beneficio de nuestro trabajo!

-Supongo que aquí tendremos que descontar las cantidades entregadas a cuenta y devolvérselas a tu padre

La alegría menguó un poco

-Lo malo es que no sé ni lo que le debemos.

-Pues habrá que sacar cuentas, Camilo no puede ser siempre un pozo sin fondo.

Camilo no quiso aceptar ninguna devolución del dinero adelantado, aunque si les facilitó su importe para que pudiesen sacar cuentas y saber el rendimiento real de su empresa. Contando que parte de lo gastado era inversión, pues sirvió para restaurar el Riurrau que no estaba en muy buenas condiciones, construir el horno y adquirir los restantes utensilios, un gasto que ya no se repetiría, como gasto real solo quedaba la compra de la uva y los sueldos de los trabajadores.

De la diferencia obtenida quedaba una buena cantidad que le permitiría vivir sin problemas hasta la próxima cosecha en donde comenzaría un nuevo ciclo. E incluso financiar la compra de la uva para ese fin.

En la herencia de su tía también existían unas tierras junto al Riurrau y otras fincas dispersas que precisaba localizar. Estaban situadas en la falda de la montaña próxima y algunas eran incluso de viña, aunque ya hacía por lo menos dos años que nadie se preocupaba de ellas y se encontraban en un estado lamentable. Decidió hacerlo él, con la ayuda intelectual del Pansit y la corporal de sus dos nietos.

La viña todavía podía salvarse si recibían inmediata atención. Comenzaron por podarla toda cuando llegó el momento adecuada y plantar vides en los campos que estaban yermos. Tardarían mucho en dar sus frutos pero por algo se comenzaba.

Visitó a los agricultores que le vendieron su cosecha pasada a un precio irrisorio por temor al granizo, pero como este no se produjo se sintieron engañados. No le aseguraron la venta y Cecé sintió la mosca detrás de la oreja.

Quitando la producción propia, que ignoraba su montante, pues no sabía cómo iban a responder sus viñas y las que plantó este año tardaría varios en dar su fruto. No tenía prácticamente nada y necesitaba asegurar una cantidad mínima de moscatel que le permitiese triplicar como mínimo la producción de ese año para rentabilizar el negocio y esa cantidad solo se lo podría proporcionar, la actual Marquesa de la Almadra, su hermana Carmen, a la que apenas conocía y solo recordaba haberla visto un par de veces cuando vivía en Yocla antes de trasladarse a Alcoy.

## CAPITULO XV

### Consuelo explota

Consuelo estaba cabreada, mejor dicho: Estaba muy cabreada. Después de estar durante tres meses intentando levantarle a Camilo la moral... y lo que no era la moral, después del trance que todos parecieron, pero él especialmente, por la muerte de Marieta.

Consuelo creía que ya lo tenía para ella sola e incluso que había olvidado a la pelandusca que le quitó a Brígido.

Pero ahora ya se había recuperado y vuelto a las andadas. La tenía completamente olvidada hasta el extremo de tan siquiera dormir en su mismo lecho, no es que eso le garantizaba que hiciesen el amor pero desde luego algo caía de vez en cuando, pues con el roce nace el cariño, y en cierta manera consolaba su cuerpo.

Ahora ni eso. En sus noches solitarias se consolaba ella sola recordando a Carlitos, o más bien a su enorme pene, que también fue una cabròn para ella por culpa de Marieta de la que estaba completamente emperrado durante los últimos meses de su estancia en Yocla.

Carlos continuaba siendo su marido, pues aunque Camilo la ayudo a conseguir la separación, no así la anulación.

Aunque ahora comenzaba a sospechar que lo hizo a propósito para no dejarla libre como él y verse obligado a casarse con ella como llegó a prometerle después de una apasionada noche de amor.

Por la correspondencia mantenida con su hijo en Yocla, sabía que su esposo estaba bien y les ayudaba muchísimo con su nuevo proyecto. Pero no intuía, entre las distintas frases, que Carlos añorase su ausencia y desease verla. Aunque eso, conociendo a su marido, nunca lo reconocería, aunque lo sintiese en el fondo de su alma.

Una mañana se despertó angustiada y sudorosa, como si alguien en la oscuridad de la habitación la estuviese mirando "atravesao", como solía decir la dependienta de la panadería que frecuentaba cuando salía de misa, de origen andaluz, cuando creía que alguien la miraba mal.

Se quedo expectante durante unos segundos hasta que escuchó unos suspiros de placer que salían de la habitación que fue de Marcela, que estaba puerta por puerta con la de ella y que se comunicaban interiormente a menos que alguien corriese el cerrojo existente en ambos lados de la misma para impedirlo.

El de ella desde luego estaba pasado, pero sospechaba que esa noche el de la otra parte también lo estaba.

Creyó que eran los suspiros de Marieta que regresaba del más allá, buscando la cuota de placer que le correspondía y estaba exigiendo a Camilo en esos instante. Pero aunque ahora era de misa diaria ya hacía tiempo que dejó de creer en los espíritus y prestó más atención a los que cocía en la habitación contigua. Incluso se levantó de la cama y pegó su oído a la gruesa lámina de madera de la puerta.

Eran unos suspiros nuevos, más profundo incluso de los que solía emitir Marieta en las pocas ocasiones en las que alcanzaba el éxtasis haciendo el amor con su amante común. Estos sin embargo le sonaban a falsos, con toda seguridad la amante de turno estaba fingiendo, pues Camilo a estas alturas de su vida, era incapaz de dar el placer que esa mujer se suponía estaba recibiendo para expresarlo tan ostensiblemente. Y eso lo sabía ella muy bien por experiencia.

Como era de esperar apenas un minuto después cesaron.

-¡Jódete! - susurró para sí Consuelo. Regresó a la cama, ocupó el hueco que había dejado anteriormente, la cama todavía estaba calientes, dio una vuelta de noventa grados sobre sí misma y volvió a dormirse.

Al día siguiente cuando despertó lo primero que hizo fue comprobar que la puerta interior per-

manecía cerrada por la otra parte lo que confirmaba que Camilo durmió esa noche con otra mujer, no es que quisiese dudar de lo escuchado esa noche pero también quería descartar lo hubiese soñado. Se puso un salto de cama y salió al pasillo. Por allí la puerta de la habitación se abrió fácilmente, eso quería decir que la dama había volado, y cuando vio su interior pudo evidenciar que Camilo dormía solo pero en una cama especialmente revuelta, como si un torbellino hubiese pasado por allí esa noche.

El único que podía saber algo era Mauro, el cochero, pues por muy puta que fuese Camilo nunca la dejaría partir sola de madrugada, cuando los obreros alcoyanos, algunos todavía borrachos por los excesos del día anterior, partían con paso diligente para ocupar sus puestos en las fabricas, antes que la sirena o el penetrante pito, con un tono ligeramente diferente para poder ser identificado por sus empleados, que emitía cada fabrica, les sorprendiera todavía de camino.

Carmen la guardesa le dijo, que todavía estaba acostado y que no quería despertarlo pues había tenido una noche muy agitada.

-¿Por qué? –trató de investigar Consuelo.

-Ya sabe, cosas de Don Camilo – fue su escueta respuesta. La mujer sabía lo que se cocía en la casa y sabía nadar y guardar la ropa.

La paciencia era una de las virtudes de Consuelo y no lo abordó, esta vez al hijo directamente, hasta que regresó de misa de diez.

No fue directa al grano pero sibilinamente trató de sonsacarle todo lo que hizo la noche anterior.

Al parecer tuvo que recoger y traer a casa a una dama a eso de las once de la noche y devolverla a la siete de la mañana.

-¿Qué clase de damas nos visitan por la noche? – preguntó Consuelo pensando en alguna prostituta de postín. ¿Tan bajo había caído Camilo?

-¡Ah! No se preocupe, se trata de la madre de Jacinto – respondió con la inocencia que lo caracterizaba – Supongo que querría ver a su hijo y tuvo que regresar a casa a horas tan intempestivas.

También pudo sacarle que Camilo la visitaba con bastante frecuencia y que todas la semanas tenía que ir un día para hacerle la compra.

-Todos los miércoles voy, recojo la nota, lo compro en el ultramarino de la calle del Mercado y se lo llevo a casa.

-Seguro que te llevaras buenas propinas con las sobras de lo que te dé. ¡Eh! ¡Bribón!.

-No crea. El dinero ni lo veo. Todo va por cuenta de Don Camilo y se carga en la cuenta de esta casa. Pero si me invita de vez en cuando a tomar alguna bebida, me llama cariño y siempre me da un beso de despedida. Con eso me doy por pagado. Es muy simpática y sobre todo muy guapa. ¡Seguro que le gustaría conocerla!

¡Claro que sí! Pensó Consuelo. Y cuando coja confianza te pedirá que la consueles, pues con lo que consigue de Camilo no tendrá bastante y necesitará algo más joven para llevarse a la cama.

La historia se repitió a la semana siguiente y esta vez no se molestó en despedirla a horas tan intempestivas, pues a las diez de la mañana todavía estaba dentro de la habitación, porque Sofía le sirvió un suculento desayuno.

Rondó la puerta esperando su salida con la intención de cantarle las cuarenta. ¿Pero con qué motivo? ¿Qué la ama de llaves, pues ya se veía relegada a ese puesto, se enfadaba porque su amo y señor se tiraba a una de sus queridas?

Pronto desistió de su propósito e incluso pecó de incauta. Pues en cierto momento Sofía le anunció que Concha la reclamaba en la cocina. Cuando llegó esta no sabía nada y cuando regresó a su puesto de observación el pájaro ya había volado.

Le recriminó a Sofía su treta, pero esta, sensiblemente apenada, le respondió llorando que era lo que Don Camilo le mandó que hiciese.

Tenía claro que estaba perdiendo los papeles y precisaba serenarse. Pero lo peor fue cuando Ca-

milo le insinuó que la habitación de Marieta tenía que ser desalojada de todas sus pertenencias.

-Si encuentras joyas, que seguro las hay, las guardas para hacerlas llegar a Barbarita. La ropa te la puedes quedar tú y lo que creas que no sirve lo tiras o lo repartes a quien quieras.

Estaba claro que quería, aunque fuese de manera paulatina, instalarla de forma perenne en la habitación, pero eso no iba a permitirlo. O ella o la otra. Estaba segura que elegiría a la otra, pero eso le daría la excusa para abandonar la casa. De momento buscaría refugio en la casa de Cecé en Yocla. A Barbarita con dos pequeños en casa le vendría muy bien su ayuda.

Su otro hijo Camilo ya tenía veinte años y estaba estudiando en Valencia. Pronto sería abogado y se valdría por si mismo. El único problema era Amalia, que ya tenía doce años y era hija de Camilo. Si podía llevársela se la llevaría, aunque reconocía que la vida le sería más fácil al lado de Camilo, que la que le esperaba en Yocla.

XXXXX  
XXX  
X

Camilo, después de recuperarse del trauma que le causó la muerte de Marieta y en la que tuvo mucho que ver la intervención de Consuelo y los cuidados por ella prodigados, lo olvidó todo y decidió reanudar la relación con Martina.

Pero no como lo habían llevado hasta entonces, teniendo que desplazarse a su casa cada vez que la deseaba, sino sentirla siempre a su lado las veinticuatro horas del día.

El principal inconveniente hasta entonces fue Brígido que tuvo su oportunidad y la dejó pasar. La perdió más por deméritos propios que por aciertos ajenos.

El otro era sin duda Consuelo que se sentiría ofendida por su presencia y con razón. Esperaba que se le pasara el enfado, acatará su decisión como siempre lo hizo y pronto las cosas volvería a la normalidad, aunque tal vez ya sin esa sonrisa que la caracterizaba.

El problema es que continuaba necesitándola para cuidar de sus hijos y gobernar la casa. De momento no veía a Martina en ese papel. Incluso quizás también para sofocar sus penas en los malos momentos, que seguro los tendría en el futuro.

La edad de las dos era similar, quizás Consuelo fuese un poco mayor, aunque ambas continuaban siendo apetecibles pero de forma diferente.

Consuelo siempre sería una mosquita muerta en sus brazos y Martina ya había demostrado era un animal salvaje, o por lo menos así se lo parecía a él.

XXXXX  
XXX  
X

Consuelo miró y repasó cuidadosamente la habitación que fue de Marieta. Lo primero que localizó fue el joyero de madera primorosamente labrada y en la que reconoció inmediatamente la mano de su esposo Carlos. Probablemente se lo regalaría antes incluso de conocerla a ella. No ignoraba que conocía el secreto de su marido, su fabuloso miembro, incluso antes de que ambas contrajeran nupcias con sus respectivos hombres. Tenía claro de que lo habían compartido casi todo.

Allí fue depositando cada una de las alhajas que fue encontrando semiescondidas en los distintos cajones. Después fue mirando los trajes uno a uno, separó los que le gustaba, mas por guardar algún recuerdo sentimental de Marieta que por necesidad, ya que podía tener todos los que quisiera. Los otros fue dejándolos sobre la cama para dárselos a Sofía y María, las hijas de la guardesa, aunque eran tan lujosos que difícilmente se los pondrían en alguna ocasión.

Luego vació todos los cajones de una cómoda en la que estaba guardada la lencería y sus prendas mas íntimas. A ella todo esto no le gustaba pero a Marieta sí. Recordaba su época reciente en que ellas habían sido amantes, como le gustaba ponerse esas prendas para presentarse ante ella. Después se las quitaba para meterse ambas desnudas en la cama, decidir quién hacia esa noche el papel de Camilo y disfrutar de sus cuerpos. Quizás fue entonces cuando mejor comprendió y disculpó la verdadera esencia de su esposo Carlos, homosexual declarado durante toda su vida y que nunca pudo disfrutar con otro hombre en la cama, sencillamente porque no había otro como él y nunca salió de Yocla. Apartó algunas de las que más le gustaron con la intención de probárselas alguna vez y la seguridad de que nunca se las pondría para conquistar algún hombre.

Luego observó el fondo de la cómoda, solo se veía un simple tablero liso. Pero ese mueble fue fabricado en su día por Carlos y sabia que allí podía haber un doble fondo, para esconder allí cosas de mucho valor, aunque de escaso volumen. Allí radicaba el secreto, pues al ser poco profundo se disimulaba mejor.

Apenas un par de centímetros, o menos, tendría el doble fondo por lo que hasta los anillos grandes no cabían. Solían guardarse escrituras de propiedad, documentos importantes e incluso cartas de amor. Y por supuesto dinero. A veces mucho dinero, pero por supuesto no creía que este fuese el caso de Marieta.

No lo hacía en todos sus muebles para que el secreto no fuese “vox populi” y únicamente a determinados clientes que lo solicitaban. Sospechaba que este en concreto, hecho especialmente para Marieta en la época en que estuvo separada de Camilo y ambos eran amantes, si lo tenía. De hecho fue el único mueble que se tajó de Altea cuando decidió regresar.

No resultaba fácil descubrir el doble fondo, lógicamente sin destruirlo, pues Carlos solía incorporar mecanismos distintos en cada uno de ellos, para evitar aperturas involuntarias o que alguien que conociese el sistema lo intentase en cómoda ajena.

Carlos en su época de casados, se vanagloriaba ante su esposa de cada sistema nuevo que inventaba y se lo mostraba a su mujer. Ella incluso colaboró en el inventó de alguno aportando ideas.

Podían abrirse por delante o por los lados normalmente los de más uso para facilitar al acceso a la cámara secreta. Pero la mayoría se abrían por detrás, la parte que generalmente estaba adosada a la pared.

Como la parte más pesada del mueble, los cajones y su contenido, ya no estaban, desplazo el mueble diagonalmente separándolo de la pared, aun así necesito su máximo esfuerzo. Gracias a Dios solía hacerlo con maderas blandas para que resultase más manejable. A quienes se lo criticaban Carlos solía decir que no había muebles, por muy dura que fuese su madera, que no se pudiese destruir con una buena hacha. Gracias a ello pudo hacerlo ella sola.

Se arrodillo y metió su mano por debajo del mueble en la parte trasera. Palpó dos pequeñas cuñas que aparentemente solo sujetaban la moldura posterior del mueble. Las quitó fácilmente pues estaban diseñadas para este fin e inmediatamente la moldura con un ligero movimiento de vaivén, que en su día aprendió a realizar, se desprendió.

El fondo de la cómoda pudo quitarlo deslizando hacia afuera el tablero y después por la parte delantera, carente de cajones, pudo ver el doble fondo y su contenido.

No pudo reprimir un silbido de satisfacción. Allí estaba la escritura de propiedad del chalet de Altea, que Camilo ya había decidido fuese exclusivamente para Barbarita, por lo que indirectamente beneficiaba también a su hijo. Una libreta en la que había una especie de diario que Consuelo comprobó llevaba tiempo sin escribir nada en él. Oficialmente terminaba en una fecha muy lejana, concretamente con la muerte de Nelo. Probablemente solo eran los recuerdos de una adolescente fantasiosa y posiblemente hasta detallaría su encuentro juvenil con Carlos que ella ya conocía. Pero la sorpresa es que el doble fondo estaba alfombrado de monedas de oro que restaron importancia a los otros documentos.

Contó hasta doscientas trece monedas de oro de distintos valores, ninguna de otro metal diferente, como si careciesen de importancia.

Lo otro lo dejaría allí con la seguridad de que nadie más lo descubriría. Pero las monedas se las quedaba, no sabía todavía para qué, quizás para entregárselas a su hija, pero nunca a Camilo.

Recordaba que cuando estaba perdidamente enamorada de Jacinto y hacia planes de huir con él, le confesó que para secundar sus planes tenía un pequeño tesoro escondido. Pero ella nunca la creyó. Camilo era espléndido entregando toda clase de regalos a sus queridas. Podías pedir lo que quisieses que casi con toda seguridad lo tuvieras entre tus manos al día siguiente. Pero a diferencia a los que él llamaba ahijados, nunca daba una moneda a sus queridas, posiblemente para que no reuniesen una cantidad que les permitiera abandonarlo y siempre dependiesen de él.

Solo lo daba y además espléndidamente cuando él las despedía.

Ella en esos momentos no tenía ni una miserable moneda en su bolsa. De hecho, cada mañana, cuando salía para asistir a misa y de paso comprar el pan que se consumía en la casa, tenía que mendigar a Concha, depositaria del dinero para gastos menores, le entregase las monedas necesarias, para adquirir un par de hogazas y depositar una moneda en la bandeja de la recolecta diaria cuando el sacristán la pasaba.

¿De donde había sacado Marieta ese dinero? Lo ignoraba. Aunque posiblemente se lo había sisado a Camilo durante su estancia aquí, porque en la época de Altea podría jurar sin temor a equivocarse que no tenía ni una miserable peseta ahorrada.

Colocó las monedas en un saquito que inmediatamente guardo en su habitación. Luego devolvió todo a su sitio y dejó la cómoda igual que a encontró cuando llegó.

Finalmente llamó a Sofía y María y les entregó la totalidad de los vestidos y la ropa interior. Después de las monedas ya no quería quedarse nada.

-Quedarse lo que os guste y el resto podéis regalarlo a conocidas y amigas. Pero todo debe estar vacío dentro de una hora. ¡Apresuraros! Necesitaron varios viajes para poder llevárselo todo.

Una mañana, antes de que la nueva amante se instalase en la casa decidió coger el toro por los cuernos.

Con voz suave, sin mostrar su enfado y aparentando que la nueva relación de Camilo le tría sin cuidado, le dijo

-No se lo ocupado que puedas estar, pero yo tengo ganas de conocer a nuestra nueva nieta y visitar a mis hijos.

-¿Ahora en invierno?

-Es la mejor época para pasarla en Yocla, fuera del frío y la nieve de este helado pueblo.

Camilo pensaba poner través a su partida, mas por compromiso que por ganas de que se quedase. Podría valerse sin ella y tendría el campo libre para disfrutar de Martina, sin enfrentamientos entre ambas mujeres y continuas malas caras.

Presentía que su ausencia podría alargarse más de lo previsto y que desde luego no sería una corta separación.



-En cuanto a Amalia... - susurró más que dijo y solo por poner otra objeción.

-Si quieres te la quedas, aunque lo que aquí estudia también puede hacerlo en Yocla.

Quería que fuese él el que decidiera pues si se empañaba en llevársela por las bravas, seguro que no lo conseguiría. Pero si se hacia la despreocupada y le insinuase que le daba igual tenía la partida ganada.

Conocía a Camilo como si lo hubiese parido y no ignoraba que lo único que le importaba en esos momentos era esa mujer, y que su hija, aunque dentro de un par de días la añorase, en esos momentos poco le importaba.

-Mejor que te la llesves tú. Total para tres meses que vais a estar...

-Tienes razón – le respondió después de dar un profundo suspiro de alivio.

Si su plan salía como tenía previsto, posiblemente ya no volverían más a Alcoy, por lo menos ella. Parecía mentira las vueltas que daba la vida y nunca se podía decir de esta agua no beberé, porque terminas bebiendo.

En su día abandonó Yocla porque su esposo en un acto de locura y quizás de celos, la golpeó. Fue únicamente una vez pero suficiente para ella.

Siguió al que creía el amor de su vida, lo compartió con cuantas mujeres él quiso. Pero al final su alma le reclamaba paz, sosiego y sobre todo tener un hombre en exclusiva, al que también quería, y que solo abandonó cuando lo tuvo que compartir con Marieta. Pero esta ya no estaba, había muerto desgraciadamente y ya no sería un obstáculo para ella.

-¿Cuándo piensas partir?

-Lo más pronto posible. Antes de que el frio apriete de verdad y el viaje se convierta en un infierno.

## CAPITULO XVI

David del Rio Muñoz

David del Rio Muñoz llegó a Alcoy una esplendorosa tarde se septiembre de 1867. Llegó contento pues venia para ocupar una plaza de maestro nacional en una escuela totalmente desconocida para él y situada en un lugar demasiado lejano de Madrid, en donde prácticamente había vivido toda su vida. Pero las nuevas experiencias le fascinaban, aunque temía que este traslado tuviese oculta una segunda razón que su mente no podía todavía desvelar.

Salió de Madrid el día anterior de buena mañana y tardo una eternidad en recorrer en ferrocarril la distancia que le separaba de Valencia. El trayecto desde la capital del Reino hasta su destino final la hizo en diligencia. Agobiado por el calor en su interior hasta que en Albaida, una dama tuvo la necesidad de abordarla sin tener reserva previa, ni haber plazas disponibles.

Con la aquiescencia del conductor, que fue debidamente recompensado bajo mano, y la complicidad de David que ansiaba salir del horno en donde estaba metido, cedió su puesto a la señora mientras él ocupaba una plaza libre en el pescante.

Esto le permitía, aparte refrescarse, tener una magnifica visión panorámica de la comarca en la que iba a vivir por lo menos los próximos cuatro años.

Ascendieron y luego bajaron un puerto lleno de curvas y muy bacheado. A las mulas, a pesar de que entraron de refresco en Albaida les costaba subirlo. Después todo fue más fácil, pues entraron en un valle, prácticamente llano y de tierras muy fértiles. La mayoría de regadío.

Las montañas amenazantes que se apreciaban a ambos lados y la que existía en el fondo que parecía dejarlo sin salida, según le dijo el conductor, no tendrían que superarlas pues su destino estaba ya cerca y antes de llegar a ellas.

A pie del puerto habían dejado una alquería a su izquierda que su acompañante denominó Muro. Ahora ya estaban a la altura de Cocentaina que quedaba a la izquierda de su camino y era algo más grande que la anterior además de estar protegida por una torre-castillo situado en la cumbre de una colina.

- Ya estamos llegando - anunció su Cicerone- Apenas una legua y media nos separan. Le gustara la ciudad, de eso puede estar seguro. Es igual de grande que Alicante, pero mucho más rica. Si tuviese puerto de mar y no estuviera situada en el culo del mundo, con toda seguridad seria la capital de la provincia.

Arreó a las mulas que aligeraron el paso pues sabían estaban cerca de sus destino y dejo de molestar a su acompañante con su continua verborrea para que pudiese disfrutar del paisaje.

La entrada a la población fue majestuosa. Después de un leve descenso, atravesaron un puente de grandes proporciones y que salvaba un profundo barranco formado por un riachuelo que en esos momentos apenas arrastraba agua. Luego una larga alameda con arboles recién plantados y que apenas dejaban sombra, pero permitían ver a su izquierda la amurallada población situada sobre una meseta a una altura similar a la que ellos se encontraban, pero un ancho y profundo barranco les separaba y probablemente también un rio que desde donde se encontraba no podía apreciar. Los edificios, desde la distancia, parecían altos y estaban abigarrados.

Después otro puente de similares características que el anterior, una amplia curva de 180 grados, con terrenos ajardinados, que era como si volviésemos sobre nuestros paso y finalmente otro puente más grande que los dos anteriores.

Ni siquiera en el mismo Madrid existían tres puentes de esas magnitudes que impresionaban además, por salvar alturas tan considerables.

Pararon en el Hostal de la Viuda que se encontraba justo al lado de una plaza abarrotada de gente que paseaban continuamente, arriba y abajo, como si se tratase de una marea humana.

Decidió pasar la noche en el hostel y acudir al día siguiente al Ayuntamiento en donde con toda seguridad le indicarían la escuela a la iba destinado y, lo que era más importante, que le asignasen vivienda.

El pequeño pero pesado baúl que le acompañaba como único equipaje y que contenía mayoritariamente libros que le facilitarían su labor docente, fue arrinconado en un cuartucho junto a recepción, al alegar é que de momento no lo necesitaba y negarse en redondo el mozo a subirlo a su habitación.

-Subirlo hoy para bajarlo mañana es tarea de tontos. Mejor que se quede ahí- Fueron sus únicas palabras.

Salió a dar una vuelta para comenzar a tomarle el pulso a la población. Le sorprendió lo abarrotada que estaba la plaza de gente siendo jueves y además día laborable. Todavía desconocía que ese día soltaban a las “churras” que son como llamaban vulgarmente a las criadas que generalmente llegaban de los pueblos de los alrededores para servir como internas en las casas de los ricos alcoyanos. Los mozos acudían en busca de carne fresca y ellas con la intención de pescar un buen novio que evitase que el día de mañana tuviese que regresar a su pueblo natal.

Ese día el “paseo” estaba más concurrido que un domingo. Y es que todavía le quedaba mucho que aprender de la idiosincrasia de los alcoyanos.

Las mujeres iban normalmente en fila de cuatro, dos en los extremos y otras dos en el centro, que se intercambiaban cada dos vueltas de forma que todas tenían la oportunidad de ser abordadas por el único lugar factible, que no era otro que las alas.

Se interesó por un lugar en donde poder cenar y alguien le indicó Le Parisièn. Demasiado lujoso para su bolsillo, así es que buscó algo mas sencillo que encontró en un carrerón que daba acceso a la plaza del Teatro. Un par de huevos fritos, acompañado por patatas asadas y un flan casero de postre fue su cena

Luego volvió a la plaza pero ya con intención de retirarse a descansar, pues ese día fue muy ajetreado, el anterior no lo había sido menos y la noche precedente la paso en la estación, durmiendo sobre un banco, para evitar tener que arrastras el pesado baúl por las calles valencianas en busca de una pensión.

Le llamó la atención una hermosa joven que iba en el centro de un grupo de tres. Decidió seguirlas para esperar se colocase en uno de los extremos y abordarla. Llevaba un traje elegante, quizás demasiado, su figura era esbelta y su cintura de avispa. Una larga melena cubría el trozo de espalda que dejaba al descubierto un generoso escote. En realidad todas las muchachas que veía le semblaba guapas, pero esta para su gusto se pasaba. Aunque parecía rondar los treinta años, su cara aniñada engañaba y posiblemente tuviera algunos más. Posiblemente se le estuviese pasando el arroz y fuese una de sus últimas intentonas para cazar marido, pero siendo tan hermosa le extrañaba estuviese en tal situación y nadie se hubiese fijado en ella como esposa. Posiblemente fuese viuda, pero el luto no asomaba por ninguna parte.

Finalmente desistió cansado de esperar que la mujer se pusiese a tiro, y cuando iba a emprender la huida a su retiro, el grupo se detuvo. La fila se convirtió en corro y después de unas palabras probablemente de despedida y algún que otro beso la muchacha que le interesaba partió sola.

Lo que hicieran las otras no le interesaba, así es que trató de alcanzarla, pues marchaba a buen paso como si alguien la persiguiera y en eso tenía razón aunque no lo supiese en ese momento.

Trató de abordarla con el viejo truco del pañuelo. Un viejo lienzo ya algo deteriorado por llevarlo siempre en el bolsillo por creer le servía de talismán. Se lo regaló una viaja dama por prodigarle en cierta ocasión sus favores y como recuerdo de alguna que otra noche inolvidable.

Fue la primera vez que hacía el amor y aunque no era la mujer que hubiese deseado tenía que agradecerle fuese su maestra y no por ello lo privase de darle satisfacción. El trozo de tela llevaba bordada una “S” de Sonia en uno de sus extremos, rematado primorosamente en los bordes y plega-

do de forma que la letra resaltase.

Lo sacó de su bolsillo y la alcanzó pasado ya el Cantó del Pinyó.

-¡Señora; ¡Señora; - llamó, cuando apenas estaba separado un metro detrás de ella – creo que ha perdido su pañuelo.

Ella le lanzó una mirada profunda con sus maravillosos ojos marrones y en los que otro más experto hubiese atisbado un ligero brillo de interés. Debía ser forastero, pues era la primera vez que lo veía, y se dirigió a ella en castellano cuando allí todos se dirigían la palabra en valenciano. Le echó un breve vistazo al trozo de tela que el hombre le mostraba y que acumulaba toda la roña del mundo y aunque curiosamente lucía una enorme “S” desde luego no era suyo.

El hombre al darse cuenta de su expresión de desagrado, trataba de limpiarlo frotándolo contra la solapa de su chaqueta.

-¡Perdone; Pero esa prenda no es mía – dio un giro de noventa grados y se encamino hacia su casa.

Persistió David y después de salir del estupor en que cayó al dejarlo plantado, la alcanzó de nuevo cuando casi se encontraba delante del portal de la casa de Don Camilo.

-Permítame por lo menos que la acompañé hasta su casa. No creo este bien visto que una mujer camine sola por la calle.

-¿Por qué no? – le respondió sin titubear – Estoy acostumbrada. De todas formas sin saberlo ya lo ha hecho ¡Estoy delante de mi casa; - seguidamente lo dejó plantado por segunda vez en el mismo día.

David comprobó que efectivamente se introducía en el estrecho pasillo que daba salida a los carruajes de la casa, saludo a una mujer que estaba sentada junto a la puerta de la casa de los guardeses y se introdujo por la puerta del lado opuesto y que daba acceso al zaguán del palacete. La mujer le lanzó una mirada inquisitiva aunque no detectó rechazo en ella.

Después, desde la acera de enfrente, echó un vistazo a la fachada y no dudo que se trataba de una casa de ricos. Sola le faltaba averiguar si era señora o doncella. Deseaba que fuese lo último, pero por el vestido que portaba mucho se tenía que estuviese fuera de su alcance.

Al día siguiente visitó el ayuntamiento que estaba situado en la misma plaza a escasos metros del hostel.

Después de preguntar en cuatro o cinco ocasiones y recorrer casi todo el edificio a través de un laberinto de escaleras encontró lo que buscaba.

-¿Aixina que vosté es David del Rio Muñoz? – afirmó más que preguntó el funcionario.

-¡Perdone; Pero si se expresa en castellano creo que nos entenderemos mejor.

-Por mi no hay ningún inconveniente pues mi madre es de Jumilla, aclaró el hombre, pero no lo tendrá tan fácil para comunicarse con los niños. ¿A quién se le ocurre enviar un castellano aquí de maestro?

-¿Quiere decir que los niños no hablan castellano? – se extrañó David obviando la última frase del funcionario.

-Ni lo hablan ni lo entienden. No comprendo cómo se empeñan en enviar maestros castellano-parlantes, - reitero el hombre- para los de aquí enviarlos fuera. No hay quien entienda a los políticos. Pero ese no es mi problema aunque supongo que si será el suyo.

David estaba anonadado pues ese era un problema de los gordos con el que ni siquiera había pensado hasta ahora. Decidió posponerlo de momento pues todavía quedaban quince días para comenzar las clases y tratar de aclimatarse.

La prioridad ahora era instalarse en su nueva casa, pues el gasto del hostel lo podía dejar sin blanca en pocos días y solo Dios sabía cuando le enviarían aquí la primera nomina.

-¿Supongo que mi vivienda estará preparada?

-¿Tiene familia?

-De momento no

-Ha tenido suerte pues vivirá en ella como un rey. Tenga las llaves.- le entregó unas después de remover un buen rato en el cajón que tenía debajo del mostrador- Es de una sola puerta. Si tuviera mujer e hijo le facilitaría una de dos llaves. Está situada en la calle Sant Nicolauet número 28, justo enfrente de la escuela. El director, Don José, siempre está allí y se la enseñará cuando usted quiera.

-¿Y donde esta esa calle?

-En el quinto fote, pero no tiene perdida. Cuando salga de aquí tome la calle que sube hacia arriba, es la de San Nicolás, a partir de un enorme jardín que encontrará a la derecha comienza la de Sant Nicolauet.

David comenzaba a hacerse un lio, que raro eran estos alcoyanos, no comprendía como la calle que estaba subiendo tuviese dos nombres y uno fuese el diminutivo del otro.

Pronto distinguió el jardín que no era otra cosa que la glorieta. El calor apretaba y le hubiese gustado sentarse en un banco del mismo, bajo la sombra de un castaño, y beber el agua fresca de alguna fuente que por allí hubiera. Pero ansiaba llegar pronto a su casa y lo dejó para otra ocasión.

Bebió en una fuente redonda, con abrevadero para las bestias incluido, que encontró en la calle y aun se encontró con dos más antes de llegar a su casa. Parecía el pueblo de las fuentes, pues te encontrabas una a cada paso.

En todas ellas había una cola de mujeres para llenar sus cantaros de agua. Pero ante la presencia de un buen mozo y siendo únicamente para beber, le dejaron colarse.

El portal de su nueva casa estaba justo al lado de una de esas fuentes y si como suponía la vivienda no tenía agua corriente sería de mucha ayuda tenerla tan a mano.

Abrió la puerta de la calle y un olor acre invadía el zaguán. Partía de un cuartucho existente en el fondo en donde, supo después, estaba la tinaja de los excrementos, que los agricultores de la zona retiraban periódica y gratuitamente para el abono de sus campos.

Supuso que con el tiempo se acostumbraría, era el inconveniente de vivir en casas para pobres. Lo malo es que nunca se atrevería a llevar a su casa a una mujer de alta alcurnia como la que trató de conocer el día anterior.

La vivienda no estaba mal. Tenía incluso vista a la calle en donde se veía la gente y la cola de las mujeres, desde allí podía elegir el mejor momento para bajar. Algunas eran jóvenes, casi niñas, con las que podía trabar amistad y si quería evitarlas con recoger el agua de madrugada no tendría problemas.

La vivienda consistía únicamente con una cocina amplia que hacía las veces de comedor y una habitación al fondo que contenía una cama doble y una mesilla de noche y en donde estaba el balcón ya citado que daba a la calle.

Un orinal le serviría para hacer sus necesidades, tanto mayores como menores, y que periódicamente tenía que vaciar en la vasija del maloliente zaguán.

De todas formas si la comparaba con la casa en que vivió su niñez en Madrid era un autentico palacio.

Era el tercer hijo de cinco varones. Por suerte ninguna mujer que allí no hubiese encontrado intimidad alguna. Vivieron en una corrala que se caracterizaba por un amplio patio central en donde los vecinos hacían la vida hiciese frío o calor, en verano aprovechando la suave brisa que se colaba por el portón y en invierno alrededor de una fogata que los vecinos mantenían encendida todo el día, y la parte privada que no era más que un cuartucho de ocho metros cuadrados que era cocina y dormitorio a la vez. Una cama albergaba al matrimonio y a los hijos menores, mientras que los mayores tenían que buscarse la vida colocando su jergón al pie, al lado e incluso debajo de la cama si era preciso.

La noche que tocaba fiesta a los padres, todos participaban indirectamente de la misma. Los pequeños porque se balanceaban en la cama al unísono con el rítmico movimiento de su padre y los mayores, conscientes de los que pasaba sobre sus cabezas, disfrutaban, y tenían sus propias experien-

cias eróticas, escuchando los gritos de placer de su madre que en el fondo, y precisamente en esos momentos, era la mujer más feliz de la tierra.

Sus hermanos ahora eran unos desarrapados ignorantes, pero por suerte él no cayó en el mismo pozo.

La única diferencia es que a él lo apadrino un maestro amigo de su padre, excesivamente revolucionario y con la utopía de que el mundo cambiase. Dio la misma oportunidad de enseñarlos, a cambio de sacrificar muchas horas libres, a todos los hijos de su amigo, que pronto se llamaron andana.

Incluso David, pero a este, como padrino que era, lo obligo. El muchacho finalmente cooperó y bajo su amparo, pues no tenía hijos propios, logró sacar el título de maestro.

Políticamente también se vio influenciado por su padrino y se metió en lugares y frecuentó reuniones que a su madre no le gustaban nada, pero creía firmemente que a la larga devolverían la justicia social al pueblo oprimido.

De hecho, su increíble traslado a Alcoy para ejercer su oficio no era otra cosa que una maniobra para que estuviese en el sitio indicado cuando llegase la revolución que se avecinaba. Pero según Don Cosme, su maestro, todavía faltaba mucho tiempo para llegar.

-De momento disfruta de la vida – fueron sus últimas palabras antes de despedirse.

XXXXX  
XXX  
X

Al día siguiente se acercó al colegio y tuvo la oportunidad de conocer al director, Don José, un hombre de unos sesenta años, voz dulce y mirada amable. Seguro que se llevarían bien.

Le enseñó el colegio que solo tenía dos aulas y estaba pobremente dotado. Consideró que su ignorancia en la lengua valenciana era un problema que le impediría comunicarse correctamente con sus alumnos. Pero con un poco de buena voluntad por parte de todos, seguro que saldría adelante.

Decidió hacer un esfuerzo extra para aprenderlo aunque solo fuese para comunicarse. Le rogó al viejo José que le hablase siempre en valenciano, despacio, para que pudiese asimilar cada palabra y con la paciencia necesaria para que pudiera preguntarle por cualquier vocablo que no entendiese.

Su trabajo de momento solo le ocuparía las mañanas y con la posibilidad de evitarlo si lo precisase.

Empleó la totalidad de su tiempo libre tratando de localizar a la muchacha que le tenía sorbido el seso. Por la plaza no volvió a aparecer, ni siquiera los jueves que era cuando estaba de bote en bote. Hasta creyó reconocer en una ocasión a sus amigas, pero el hecho de que esta vez fuesen cuatro y que el día de autos no se fijo mucho en ellas, pues solo tenía ojos para su amada, le convenció que no lo eran.

Llegó incluso a estar doce horas vigilando la puerta de entrada de su casa por si salía o entraba, pero no lo hizo. Finalmente decidió que lo mejor sería olvidarla pero tampoco podía.

A finales de septiembre solía celebrarse en Alcoy una verbena en la glorieta como despedida del verano y en honor a San Miguel, patrono de los tejedores, que era la industria más boyante en la población, entre otras muchas que comenzaban a despuntar.

Acudió sin muchas esperanzas de hallarla, pero con la ilusión de encontrar otra que la sustituyera, pues ya comenzaba a considerarla una causa perdida. Incluso podía tratarse de una ave de paso con la que casualmente había coincidido y ahora se encontrase en algún lugar lejano.

Los días en esta ciudad se le hacían largos ocupado únicamente en su de momento escaso trabajo y en la lectura. Pero necesitaba a alguien con la que poder conversar, escuchase sus penas y la ayudase a solucionar las suyas, si las tenía. No se consideraba un hombre atractivo, pero no ignoraba que algunas mujeres lo miraban disimuladamente cuando se cruzaban y no era precisamente curiosidad. Si abordaba a cualquiera de ellas tenía la partida ganada, pero se empeñaba en agotar todas sus opciones para que ella fuese únicamente la mujer elegida.

Sus piernas flaquearon cuando finalmente la vio. Hermosa como siempre, vestía un traje más adecuado para asistir a una fiesta en el Circulo Industrial, que a una verbena popular, pero eso era precisamente lo que hacía que destacase entre todas las otras mujeres.

No iba sola pues la acompañaba un joven discretamente vestido y que no le pegaba como pareja, aunque lo mismo podía pensar cualquier observador imparcial si fuese él el acompañante.

También les acompañaba un niño de unos cinco o seis años que por los gestos de cariño que le dedicaban podía ser hijo de ambos. Aunque el varón era evidentemente más joven que ella.

No quiso hacer juicios de valor precipitados y decidió acercarse a ella apenas tuviese la ocasión.

La cosa iba bien pues el muchacho sacó a bailar a otra joven, dejando abandonada alrededor de una mesa de mármol a la mujer y al niño.

Mientras se acerba observó como la mujer rechazaba salir a bailar con dos pretendientes, sin molestarse en levantar sus ojos y echarles una simple mirada. De tratarse del mismo rey igualmente lo hubiese despedido. Lógico, pensó él, pues no iba a dejar solo al pequeño, además de que simplemente por acompañarla era una forma evidente de espantar moscones. No se amilanó pues ya sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

Se quedó plantado delante de ella sin decir nada y esperando que la joven levantase la vista, lo reconociese y lo invitase a sentarse en la silla libre. Aunque eso tal vez era demasiado esperar.

Ella se le quedó mirando, con esos ojos que le quitaban el sueño, esperando quizás que expresase sus intenciones.

El hombre le aguantó la mirada sin abrir la boca. Finalmente fue la mujer la que estallo en una

risa que no pudo contener, al observar el semblante de su interlocutor y la cómica situación que estaban protagonizando.

-¿Quiere decir de una puñetera vez que pretende de mí? – la risa ya había desaparecido desgraciadamente de sus labios y el tono de su voz ya no sonaba tan dulce.

-Le pediría bailase conmigo, pero no lo voy a hacer para que no me rechace como a los tres o cuatro últimos que han osado acercarse a su mesa. Tampoco voy a permitir que el niño que está a su lado...

-Mi hijo...-le interrumpió

-...su hijo quede solo en la mesa. Solo le agradecería me permitiese acompañarla, aunque solo fuese para ahuyentar moscones, invitarla a un refresco y pudiese expresar la congoja que me obsesiona desde hace varias semanas cuando tuve el placer de conocerla.

Vaya rollo le había soltado. Consideraba que se pasó en su intervención. Tuvo que esperar unos segundos, mientras ella tomaba un sorbo de la horchata medio caliente que tenía entre sus manos, para que pudiese asimilarlo todo.

Estaba sola, expuesta a los moscones, aunque el que tenía delante posiblemente fuese uno de ellos. Su hermano debió encontrar el amor de su vida, pues hacia ya tres bailes que sacó a bailar a esa monada de chiquilla, y no parecía tener la intención de volver. Manolin se lo estaba pasando bien y berrearía como un poseso si intentaba sacarlo de allí.

No perdía nada con charlar un rato con este hombre tan educado, aunque esos a la larga solían ser los peores y de paso salir de las dudas que le embargaban desde que se topó con ella la primera vez y que lo habían tenido en ascuas durante todo ese tiempo.

-Puede sentarse, aunque solo hasta que venga mi hermano.

¡Hermano! El aparente padre de su hijo resultaba ser únicamente su hermano. Pero con respecto al niño ya le confirmó que era su hijo.

Ahora solo le quedaba por averiguar la parte más difícil. Si era viuda, madre soltera o por desgracia estaba casada. Opción harto improbable pues no le hubiese permitido la libertad de invitarle a su mesa. Y desde luego no hubiese asistido al escaparate de mujeres disponibles que según él era el paseo de la plaza de San Agustín. Comenzó por lo más fácil.

-¿Qué desean tomar?

-Repetiremos con la horchata. ¡Verdad Manolin –el niño asintió con la cabeza- Hace calor y esta buenísima.

David hizo señas a un agobiado camarero y media hora después consiguió le sirviesen las tres bebidas. Mientras tanto intentó avanzar haciendo varios pinitos.

-Me llamo David... - le dijo esperando que ella correspondiese diciéndole el suyo.

-Mi hijo, Manolito...

-Bonito nombre ¿Y usted?

-Con el pañuelo solo acertó mi inicial.

-¿No me diga que se llama Sonia?

-¿Es entonces esa Sonia el amor que le entregó ese pañuelo?

-En realidad Sonia es mi madre – le mintió – y en su día le robé el pañuelo como señuelo para conquistar personas incautas, pero con usted reconozco que he dado con piedra.

-Ya lo puede jurar –respondió únicamente por decir algo.

En realidad cada vez estaba más interesada por ese hombre. Pero ya la habían engañado tantas veces en esta vida que debía que ir con cuidado. En primer lugar tenía que saber quién era realmente y por que mostraba ese inusitado interés en ella. Manolito se tomaba, poco a poco, su ración de horchata y prestaba mas intereses en lo que estaba ocurriendo a su alrededor que en lo que ellos estaban hablando.

-Según parece es usted forastero –se interesó.



Esa era la oportunidad que estaba esperando para introducirse en su vida. Si un estuviese mínimamente interesada por él, hubiese continuado con vaguedades, pero el hecho de preguntarle por su origen mostraba un cierto interés en su persona.

-Efectivamente. Soy madrileño y maestro nacional. Este curso, por razones que todavía desconozco, me han asignado a una escuela de esta localidad, concretamente a la que existe en la calle Sant "Nicolallet" ...o algo así.

-Nicolauet – aclaro ella riendo su pifia.

-Pues eso. Perdona pero todavía no domino el valenciano y de momento voy por la vida como un pato mareado – decidió pasar al ataque - ¿Está casada?

-¡No! - fue su escueta respuesta

Como David comprobó que no pensaba ampliarla continuó.

-¿Viuda?

-Tampoco

-¿Entonces...?

-¿No cree que está preguntando demasiado...? – no le dejó responder, pues en realidad quería contestar a su pregunta, pero por otra parte quería poner los puntos sobre la íes y era una forma, como cualquier otra, de decirle que sus preguntas comenzaban a ser algo indiscretas por no decir impertinentes, aun así continuó – Si se refiere al padre de Manuel, no existe. Fue un capricho que tuve cuando era demasiado joven. Me quedé preñada y él es la consecuencia.

El niño aunque parecía no estar interesado en su conversación, si podía estar escuchándola y no era el momento de debatir ese asunto.

-¡Ya! Comprendo...

Así es que se trataba de una mujer libre y según parecía de costumbres liberales, que hacía el amor con quien le apetecía asumiendo las consecuencias - pensó David – aunque desde luego no parecía el prototipo de esa clase de mujeres.

-Así que maestro... - derivó Sofía la conversación por otros derroteros- Con lo que a mí me hubiese gustado aprender...

-La hacía una mujer ilustrada...

-¡Ilustrada! Una simple criada es lo que soy. Y salvo saber leer y escribir, en lo restante soy una completa analfabeta.

David estaba alucinado, cada minuto que pasaba descubría una nueva faceta de la mujer que tenía delante. Pero indiscutiblemente la prefería como ella estaba describiéndose a como él la había imaginado. De todas formas continuó intentando sonsacarla, por si se tratase de un engaño con objeto de sacárselo de encima.

-Conforme viste...no lo parece una criada.

-Solo tengo una señora maravillosa que me favorece con sus sobras.

Ya lo había soltado todo y parecía descansar por ello. Casarse con un maestro era una buena oportunidad. No porque ganasen mucho, en realidad ya estaba vigente la frase de pasar más hambre que un maestro, sino porque eran personas respetadas y generalmente respetables, que casi te aseguraban un matrimonio sin golpes diarios ni borrachos en casa. Si esperaba otra cosa pronto desaparecería de su vida y todo habría terminado, pero si persistía significaba que existía un cierto interés en ella y eso podía ser fundamental. Ahora todo dependía de él y de su siguiente paso.

David se quedó meditando durante algunos instantes, dio un suspiro de alivio y le soltó:

-Me has quitado un gran peso de encima. Creí que eras una mujer completamente fuera de mi alcance. Ahora ya no pienso separarme de ti y si por desgracia no me quieres tendrás que alejarme de ti a patadas.

Después, en un arranque imprevisible de cariño, se acercó a ella y depositó un beso en su mejilla. Ella lo recibió como una descarga en su cuerpo, algo parecido, supuso, a los orgasmos que las

señoras presumían tener y reflejaban en los gritos de placer, que en ocasiones se escuchaban tras las puertas de sus habitaciones y que ella nunca sintió hasta ahora, ni siquiera cuando hizo el amor con Don Camilo, no recordaba cuantas veces. Posiblemente fuera algo igual a lo que sintió cuando se quedó preñada por primera vez, al abandonarse entre los brazos del que fue su primer y único novio, y que finalmente todo terminó con un aborto.

Tal vez con este hombre tendría la ocasión de conocer el amor que nunca le transmitió Don Camilo en la cama o la alfombra de su despacho. De ahí su apatía cuando yacía con él. Pero para ello debía independizarse pues Camilo continuaba dominándola y acudiría como un perrillo apenas chiscara sus dedos. Pero antes necesitaba cerciorarse de que su amor era verdadero y no la dejaría abandonada apenas consiguiese su propósito. Lo peor que le podría ocurrir era cagarla de nuevo y tener que acudir a los brazos de su dueño para que la librara de su error.

Se hacía tarde. Al niño le costaba mantener los ojos abiertos a pesar de continuar estando interesado y contento por el bullicio existente a su alrededor. Aparte de que comenzaba a refrescar.

De Mauro hacía tiempo que no tenía noticias. Eso significaba que había acompañado a su chica, a su casa al verla a ella tan bien cortejada, o estaba haciendo el amor con ella detrás de cualquier seto.

Le pidió a David que la acompañara a su casa, aunque hubiese podido ir perfectamente sola, pues la calle de San Nicolás era un flujo de gente subiendo y bajando. El niño se puso a llorar cuando abandonaron la Glorieta por el cansancio y sueño acumulado. David tuvo que llevarlo en brazos hasta su casa. Ella no hubiese podido.

Quedaron para el próximo jueves en la plaza, eran solo cuatro días sin verse pero demasiado tiempo por lo menos para él. Le dio otro fugaz beso en las mejillas cuando se acercó a ella para depositar en sus brazos a su hijo. No le hizo asco a su atrevimiento y lo despidió con una sonrisa.

Empleó el tiempo libre de esos cuatro días en darle un toque de limpieza, que hasta entonces juzgó prescindible, a su casa. Improvisó con cajones, que anteriormente contuvieron fruta, una librería y depositó allí sus libros. Y desde entonces hizo su cama todas las mañanas al levantarse. Sofía podía entrar en su casa en cualquier momento y no quería que la viese como una leonera.

David no faltó a la cita e incluso se precipitó. Pues el jueves llegó demasiado pronto y allí no estaba ni Sofía, ni sus amigas.

Hizo tiempo en un café cercano donde esperó pacientemente. Tomó únicamente un café para poder acompañarla si después ella quisiese merendar y tomar algo más consistente. Estuvo media hora, y cuando en el reloj de la iglesia dio la media salió de nuevo a la plaza. Estaba bastante más animada de gente y tuvo que dar un par de vueltas antes de localizarla.

Ella iba en el centro como siempre. Apenas lo vio su cara mostró una sonrisa de contento y si hubiese estado más cerca incluso escuchado un suspiro de alivio. Se despidió de sus amigas con unas palabras, que desde la lejanía no escuchó, y unos besos que le causaron una enorme sensación de envidia.

Luego se acercó hacia él que la esperaba a una prudente distancia.

Vestía, como si ya fuese una costumbre, otro traje diferente a los anteriores. ¿Cuántos tendría? Parecía tener un vestuario infinito, mientras él lucía otra vez el único traje que tenía y que sin duda precisaba ya de un buen lavado o por lo menos un planchado.

Cuando la tuvo delante esperaba le mostrase su mejilla para besarla, pero solo le ofreció la mano.

Decidieron acudir a la Glorieta en donde podrían sentarse en algún banco y disfrutar se alguna intimidad. Aunque el recorrido era más largo subieron por la calle de San Francisco para evitar que alguien de la casa la pudiese ver acompañada. No lo tenía prohibido, pero si la viese alguien de su familia, la acosarían a preguntas y si fuese Don Camilo, probablemente sería mucho peor.

No había dicho nada ni pensaba hacerlo hasta que la relación se formalizase. Y para que esto fuese posible llegaría a donde hiciese falta.

Don Camilo estaba ahora entretenido con la nueva señora y a ella la mantenía a distancia y la de-

jaba relativamente tranquila, aunque de vez en cuando la sorprendía mientras quitaba el polvo de su despacho, la sentaba en su regazo y metía la mano para palpar sus muslos. Ese momento continuaba temiéndolo pues nunca se sabía cómo terminaba. Generalmente en nada, pero algunas pocas con su espalda sobre la alfombra y teniendo que soportar su peso.

Llegaron a la Glorieta y se sentaron sobre un banco solitario. Era octubre y el tiempo no acompañaba, hacia algo de fresco y negros nubarrones se cernían alrededor del castillo de Cocentaina.

Lo que estaba en la mente de ambos, pero nadie se atrevía a proponer, salió finalmente de la boca de la mujer, con una pregunta inocente.

-¿Tu casa cae cerca?

-A menos de cien metros – el pájaro tenía que cogerlo al vuelo para que escapase – ¿Te gustaría conocerla.

-¡Claro que sí!

-Pues vamos...

David no esperaba que esa circunstancia fuese a desembocar en lo que tanto anhelaba y soñaba cada noche. Pero era la ocasión propicia para romper un tabú, el de entrar ella en su casa, y del que podría sacar provecho en el futuro.

Tuvieron suerte y la lluvia no les sorprendió hasta que estaban a escasos metros de su portal. Cuando entraron al zaguán Sofía no pudo reprimir un gesto de asco al percibir el penetrante olor a excrementos que emanaba del oscuro cuartucho.

-Lo siento – le dijo – pero no sé cómo evitarlo, supongo que todo será cuestión de acostumbrarse.

Sofía asintió con la cabeza y casi empujó a David para que la guiase, escaleras arriba, hasta su casa. Subieron rápidamente los dos tramos de escalera y cuando cerraron la puerta de la casa tras de sí la sensación de ahogo desapareció.

-Lo siento. Solo tengo una silla y la cama es mi único sofá. Tú eliges...

-La cama... Supongo que puedo confiar en ti.

-Difícil me lo pones. Pero te prometo que no haré nada que ni quieras.

La cama estaba hecha y eso era un detalle que Sofía valoró. Ya que casi todos los hombres que vivían solos, auténticos gañanes, solían meterse cada noche en el mismo agujero que dejaban por la mañana.

A un lado con dos cajones de madera había improvisado una librería en donde estaban colocados todos los libros que trajo de Madrid en su baúl.

Sofía no pudo evitar curiosearlos. Salvo un par que eran novelas, los restantes eran únicamente para facilitarle su docencia.

-Uno no termina de aprender nunca – trató de justificarse el maestro – y continuas necesitando como ayuda en tu labor pedagógica.

-Me gustan los libros. En casa Don Camilo tiene una inmensa biblioteca y yo soy la encargada de quitarles el polvo, que se acumula si no le pasas una gamuza cada cierto tiempo aunque estén protegidos por vidrieras. Siempre me ha permitido coger los libros que me apetecen.

En ciertos círculos que ya había comenzado a frecuentar David, no se hablaba bien del tal Camilo. Se decía que tenía dos mujeres, aunque una murió de parto hacia poco tiempo, sin estar casado. También que tenía las queridas que quería, que era un putero y hasta alguno insinuó que si tuviese una hija no permitiría se metiese de criada en esa casa ni por todo el oro del mundo.

-No hablan muy bien del tal Camilo – insinuó David.

Una oleada de calor invadió el rostro de la muchacha, aunque aparentemente paso desapercibido para el hombre.

-Todas habladurías. Es una bellísima persona y me ha ayudado mucho en la crianza de Manuel, permitiendo viva en la casa junto a mí y se crie jugando con sus propios hijos y nietos. Es como si fuese un padre para él. De hecho es su padrino.

David recordó el bien conseguido de su propio padrino y lo comprendió. Nunca hubiese podido sospechar que entre ese hombre y el ángel que tenía delante hubiese alguna otra relación que no fuese la filial.

Dos besos, uno en la mejilla y otro fugaz en los labios, fue el único botín que consiguió David esa tarde. Pero quedaron en reunirse todas las tardes allí, de seis a ocho, cuando él terminaba las clases y ella sus labores de la casa. Aunque para ello tuviese que conseguir un permiso especial de Don Camilo ya que su jornada laboral como interna solo le permitía librar las tardes de jueves y domingos.

Lo justificaría diciendo que asistía a unas clases de cultura general que en parte eran ciertas, salvo en el hecho de que no se realizaban en la escuela sino en la vivienda particular del maestro. Ella a cambio mejoraría su comprensión verbal del valenciano.

XXXXX  
XXX  
X

De los besos furtivos se paso a los verdaderos, de los roces a los tocamientos y cada vez en lugares más íntimos.

Las manos de David eran expertas y cada vez que recorrían sus cuerpo recibía sensaciones nuevas. Sus muslos eran su lugar predilecto por la suavidad de su piel y de allí a lo otro había menos de un palmo.

Ella se mostraba cauta y jamás echó mano a su miembro a pesar de que él se lo pidió mil veces, aunque notase su volumen bajo la pernera de los pantalones.

Un día fue mas lejos y no con la mano sino con la lengua. La dejo casi exánime de placer y otra vez se abandonó como aquella vez con su antiguo novio.

Aita de placer no escuchaba lo que él le pedía, pero ella a todo le decía que si. Y cuando quiso darse cuenta su miembro estaba dentro de ella No lo esperaba pero tampoco opuso resistencia y se dejo hacer. Era una sensación nueva que no la dejaba indiferente como cuando hacía el amor con Camilo. Allí nada, aquí todo.

Esta vez participaba activamente en el acto y de no haberlo realizado con la ropa puesta, hubiese marcado de arañazos la espalda de su amante.

David controlo cuanto pudo y solo cuando noto en su estomago los estertores del de la mujer juzgo que su misión estaba cumplida y antes de derramarse en su interior extrajo su pene.

-¿Qué ocurre? – preguntó Sofía sobresaltada.

-No quiero comprometerte

Ella reaccionó inmediatamente y al observar el enrojecido miembro, todavía enhiesto, los introdujo en su boca, no era la primera vez que lo hacía aunque esta vez no le importo, hasta que no pudo resistir la oleada que la invadía. Y ante el asombro de David que era lo último que esperaba, lo reprendió.

-No vuelvas a hacerme otra vez esto – susurró ella – cuando uno empieza tiene que llegar siempre hasta el final, sean cualesquiera las consecuencias.

Cuando ocurrió lo que normalmente suele pasar en estos casos, que fue tres meses después de conocerse, David y Sofía decidieron contraer matrimonio.

Cuando le contó a Camilo que quería marcharse para casarse y este comprobó que no había posibilidad de marcha atrás, trató de gratificarla como merecía. Era lo que solía hacer cuando una de sus queridas se marchaba voluntariamente o él la despedía.

Le ofreció una importante cantidad como regalo de boda, aunque exigiéndole ¿por última vez?, una especie de derecho de pernada. Eso le solucionaba la incierta vida a la que iba a enfrentarse, pero lo rechazó. Porque ahora ya no se veía obligada a hacerlo, pues a partir de ese momento, abandonaba su servicio e incluso la casa que la cobijó durante los últimos años.

A Don Camilo le parecía imposible que una cosa así pudiese ocurrirle, máxime si ya había pasado varias veces por la piedra sin beneficio aparente y ahora que le ofrecía una pequeña fortuna, por casi nada, se negaba. No había quien entendiese a las mujeres. Tampoco le importaba mucho, solo era un pequeño capricho el que quería darse, pues teniendo a Martina no la necesitaba para nada. Así es que tampoco se lo tomó en cuenta.

O quiso participar en la boda ni siquiera como invitado y Sofía creyó que lo había perdido para siempre como su valedor.

Pero los designios de Camilo como los de Dios son inescrutables. Días después de su boda un empleado de la banca Vicens le entregó una cartilla de ahorros con una pequeña fortuna a nombre de su hijo. Precisamente el doble de la cantidad que rechazó.

## CAPITULO XVII

### El Viaje de Consuelo.

Consuelo salió de Alcoy un día de noviembre cuando el frío comenzaba a hacerse notar en la ciudad del Serpis y llegó a Yocla a la mañana siguiente, donde lucía un sol esplendido que invitaba a tomarlo desnuda sobre la arena de la playa. Para luego tomar un buen baño.

No era una barbaridad, pues recordaba que en su juventud que tomaba el baño con placer en los días próximos a las navidades y a fuer de ser sincera se encontraba mejor dentro que fuera del agua, otra cosa era hacerlo en enero y febrero que resultaban los meses más fríos del año, o cuando soplaba el frío viento de las montañas del interior

Las dos mujeres pasaron por delante de la puerta de Carlos sin detenerse a pesar de que estaba abierta y él en su interior. Le guió hasta la casa que fue de Amalia y donde vivían ahora sus hijos.

Era demasiado pronto para presentarse ante su antiguo marido y mas con una hija que no era suya, pero eso él ya lo sabía y si finalmente la aceptaba, como ella esperaba, tenía que ser con todas las consecuencias.

Cuando llegó a la casa solo se encontraba Bárbara que no daba abasto para atender a los críos y a los recién llegados. Aunque naturalmente con la mayor alegría.

En esos momentos Cecé se encontraba ausente, buscando futuras cosechas que comprar. Los niños, cuando uno dormía, el otro lloraba y cuando lograba calmarlo ya había despertado al primero.

Consuelo desde el primer momento se arremangó las mangas y ayudada por su hija Amalia, se hizo cargo de la situación y permitieron que Bárbara descansase aunque solo fuese por unos instantes. Pues con la comida en el fuego y la casa sin barrer, allí había trabajo para todos.

Madre e hija prefirieron estar juntas y ocuparon una sola habitación.

Pasaron hasta dos antes de decidirse por visitar a Carlos. Pero antes Cecé tenía que realizar unas gestiones muy importantes, por lo menos para el futuro de su negocio, porque a partir de entonces con toda seguridad Carlos los acapararía, principalmente a las recién llegadas y no lo dejarían maniobrar libremente.

Se trataba de la visita a su hermana Carmen. Tuvo la oportunidad de realizarla anteriormente, pero no se atrevía, probablemente por el respeto, en cierta forma infundada, que le tenía. Sentía un no sé qué en el estomago que le impedía dar el paso definitivo. Iba aplazando la visita día tras día.

Ahora ya no podía aplazarla más pues el tiempo se le echaba encima e incluso podía ser ya demasiado tarde. Tenía que enfrentarse a ella e ignoraba si imperaría su innegable parentesco o lo recibiría como a uno más del pueblo y rechazaría su propuesta que en definitiva era lo que les había ocurrido a todos los que le hicieron una oferta similar.

En estos momentos contaba con lo menos con Consuelo que en definitiva era un nexo de unión con Camilo, y suponía que su intervención o por lo menos su presencia, podría inclinar la balanza a su favor.

No sé , queridos lectores, si recuerdan la historia que hizo a Camilo accidentalmente padre de Carmen, pero por si acaso voy a refrescarles la memoria.

El primer destino de Camilo como sacerdote fue la bella población de Liria, cercana a Valencia.

No cobraba mucho, y para satisfacer los gastos necesarios para mantener el nivel de vida a que su familia lo acostumbró en su día, tenía que inventarse alguna cosa.

La mejor manera de ahorrarse era en la comida, pero sin que su estomago se disgustase o se resintiera. Por entonces había la buena costumbre entre los feligreses, principalmente los de familias pudientes, de disputarse al párroco, después de la misa de doce de cada domingo, para llevárselo a comer a sus casas.

Ya que no podía comer diez veces un domingo y únicamente para poder contentar a todos, se ofreció para hacerlo cada día de la semana en una casa diferente, pero como ni aun así los contentaba a todos, se sacrificó cenando, alguna que otra vez, en la de los restantes. Por suerte algunas familias repetían y de esta forma completaba la semana.

Aunque para ello tuviese que llevar una rigurosa lista para saber, en cada momento, en donde comería y cenaría esa jornada.

De esta forma tan simple podría escudriñar la parte íntima de cada familia y elegir candidata para desarrollar la segunda parte de su plan que no era otro que captar a la candidata idónea para pegar un braguetazo y casarse con ella. Pues a fuer de ser sincero no se veía de cura toda la vida.

Como estaba en esos momentos no pasaría nunca de pobre y si conseguía sus propósitos viviría como un rey, sin dar golpe, el resto de su vida.

La reostia sería que la chica además fuese hermosa, pero como él no se consideraba ningún adonis era una opción, que no descartaba, pero que hacía tiempo desestimó.

Visto lo que había, y descubrió en las semanas precedentes, la candidata ideal era Isabel. No era ninguna beldad, pero por lo menos la muchacha era joven y algo tímida, lo que le dejaba toda la iniciativa para él. Ahora solo se trataba de consumir el matrimonio antes de casarse y si tenía la suerte de dejarla preñada, mucho mejor.

Don Leopoldo de Figuerola y Nogueroles, el padre de la moza, ya no se lo tragaba desde la primera vez que lo vio. Pues una cosa era invitarlo una vez a la larga y otra no sacárselo de casa como si lo hubiese ahijado.

Por ese motivo, cuando él estaba, el padre acortaba la comida cuanto podía y luego desaparecía con cualquier excusa. La madre hacía de carabina mientras bordaba en una esquina del salón y los vigilaba de reojo. Solo se ausentaba cuando era requerida con una excusa que no admitía discusión.

-Madre... voy a confesarme.

-¿No es demasiado pronto? – solía siempre decirle – No comulgaras hasta el domingo próximo.

-Su hija es tan recatada y pura – respondía Camilo – que es prácticamente imposible que el ínterin peque.

Esas ausencias eran deseadas por la mujer y aprovechadas por el cura. La chica, tan inocente ella, le dejaba hacer a su antojo y la mano de Camilo llegaba a sitios insospechados, aunque en realidad también estaba explorando un territorio completamente desconocido para él.

-Tú recuéstate, cierra los ojos y disfruta – le solía susurrar al oído y ella obedecía.

Cuando comprobó que con el dedo ella obtenía placer, pero él no, decidió sustituirlo por otra cosa que siempre tenía a punto, pero no encontraba la ocasión de desahogarlo.

Casi lo había logrado, pues después de varios intentos fallidos su glande encontró un lugar húmedo, cálido y acogedor, que certificaba había hecho diana. Fue entonces cuando entró la doncella con una bandeja que contenía pastelitos y una botella de moscatel, para hacer más dulce la penitencia y al ver el panorama lanzó un grito de espanto que hizo que Camilo se corriese, cuando apenas había metido el prepucio, si no es que solo rondaba por allí. Pues Camilo siempre sostuvo que la moza continuaba siendo virgen y que él no había llegado a tanto.

No admitieron sus alegaciones y lo que parecía una brillante carrera de Camilo terminó allí, para posteriormente ser destinado finalmente a Yocla, después de penar un largo purgatorio eclesiástico en una tétrica oficina en donde conoció a Brígido.

El problema fue que Isabel, sin conocer exactamente lo que era un buen polvo, porque el amor es otra cosa, quedó preñada. Con el agravante de tener que parir en un convento, para evitar el escándalo, y quedarse allí toda la vida para purgar su pecado.

El fruto de esa relación incontrolada fue Carmen de Figuerola y Alejo de los Monteros, que de la noche a la mañana, y para ocultar el deshonor entre otras cosas, se convirtió en hija de sus abuelos, hermana de su madre y y única heredera de los inmensos bienes de la familia.

Posteriormente ese dinero se unió con los títulos nobiliarios quebrados, convirtiéndose la hija de Camilo, en Marquesa de la Almadraba.

La otra parte ya la sabemos. Don Camilo deja preñada a su criada Consuelo y junto a ella urde una trampa para casarla con Carlitos y cargarle el muerto.

Ese difunto no era otro que Cecé.

Carmen y Cecé son hermanastros por parte de padre, aunque los apellidos que portan cada uno no lo certifican así.

Consuelo y Bárbara que de jóvenes vivieron en Yocla siempre se sintieron atraídas por el castillo del Marques, que situado en lo alto de un pequeño cerro parecía inalcanzable para el resto de los mortales.

La puerta siempre estaba cerrada y su interior era un secreto para ellas. De niñas a lo más que llegaron era a recorrer sus murallas por el exterior y comprobar lo inaccesibles que eran.

Cuando Cecé les propuso que la acompañaran, ambas se apuntaron al momento, incluidas claro esta las criaturas que no tenían con quien dejarlas.

No era lo adecuado para tratar una operación de negocios que en principio parecía inviable, pues de lo que se trataba era presentarlo como un reencuentro familiar que podría facilitar ese negocio.

Cecé unció a Rocío al carro, previo soborno de tres zanahorias para convencerla y la promesa de otras tantas a la vuelta si se portaba bien.

La yegua consintió. Montaron todos al carrito y se dirigieron por la empinada cuesta hasta la morada de la marquesa, por un camino, que gracias a ella, daba gusto transitar por lo liso y bien cuidado que estaba.

Como siempre el mayordomo puso todo los peros posibles. Cecé tuvo el cuidado de no presentarse como hermano de la marquesa, pero si como hijo de Don Camilo.

El mayordoma, ya entrado en años, pues el tiempo pasa para todos por igual, tenía a Don Camilo siempre presente al ser el único que se había atrevido a entrar a su castillo sin su permiso y de una manera no muy ortodoxa. También le sonaban como lejanas campanas que ese Camilo y la Marquesa eran familia aunque ignoraba en qué grado.

Para no complicarse la vida, pues ya era viejo para ello, los dejó pasar.

La marquesa los recibió inmediatamente el saloncito privado existente junto a su habitación.

Conservaba la belleza de antaño aunque algo marchita. Vestía informalmente. Un pantalón y una blusa demasiado sugerente y que disimulaba con un pequeño chaleco. Calzaba botas de montar, que indicaban estaba presta a salir a caballo para vigilar las labores agrícolas de sus tierras, lo que solía hacer todas las mañanas.

Cecé pensó que tendría que ir al grano si no quería verse cortado en cualquier momento con la escusa de unas inexistentes prisas y quedar todo en aguas de borrajas. Pero ella se mostró encantadora, hizo sacar unas viandas para amenizar la conversación e hizo venir a sus hijos para presentárselos a la familia.

Los mayores ya habían volado por su cuenta o estaban estudiando en Valencia y allí solo quedaban los más pequeños, que algunos ya no lo eran tanto. Dos hembras y dos varones, las primeras rubias y sonrosadas y los segundos morenos y cenicientos, que demostraban a las claras quienes eran sus respectivos padres. El marqués o Martin, el capataz, que lo sustituía en la cama en las frías mañanas de otoño cuando de madrugada partía de caza.

Las dos niñas más pequeñas fueron concebidas cuando la pareja ya estaba separada el marqués campaba sus anchas por Valencia. Consintió en reconocerlas para evitar el escándalo y para que Carmen no le cortase la jugosa pensión que recibía mensualmente para mantener su desenfrenado tren de vida. Por suerte cuando el marqués murió a ella le llegó la menopausia y no volvió a quedarse preñada. Aunque a ello todos esos detalles le tenían sin cuidado.



La belleza de Marieta, cuando se la presentó Camilo como su esposa antes de partir hacia Alcoy, debió dejarla impresionada, porque en cuanto vio a Bárbara y su extraordinario parecido, la creyó hija de ambos y por lo tanto su hermana.

-¿Entonces tú eres la hija de Camilo? – le preguntó dirigiéndose exclusivamente a ella.

-En realidad no. Soy hija de un matrimonio anterior de mi madre. Se casó con Camilo cuando enviudó. El hijo de Camilo, y por lo tanto tu hermano, es mi esposo Cecé...

-¡Ah! – exclamó Carmen tratando de asimilar la información recibida.

-Pero es una larga historia que contar – continuó Bárbara – y quizás no disponga del tiempo necesario...

-No creas. No voy a negaros que estaba a punto de salir de casa cuando llegasteis y me habéis cogido por los pelos. Pero vuestra visita es más importante que mis rutinarios paseos matinales, que puedo hacer cuando quiera o no hacerlo si me apetece.

-Os lo agradezco – le respondió Cecé después de soltar un suspiro de alivio.

-¡Pero tutéame hombre! Si somos hermanos como parece me gustaría saber tu historia y sobre todo como esta nuestro padre.

Estuvieron tres horas charlando amigablemente para ponerse al tanto de los secretos de la familia durante los últimos años, muchos de los cuales ignoraban.

Sus hijos se llevaron a los de Bárbara a su sala de juegos en donde disfrutaron juntos con sus travesuras y bajo la vigilancia de una doncella que traía a la pequeña María cada vez que despertaba reclamando su ración de teta.

-Si os contara como fui fecundada yo...-les decía con la voz entrecortada por la risa que no podía contener – pero mejor no hacerlo.

En esos momentos se presentó Martin, su amante, extrañado de que su caballo estuviese preparado y ella no bajase a montarlo.

-Hoy no lo hare, Martin – respondió dirigiéndose a él a la vez que lo invitaba a sentarse a lado y participase de la reunión familiar como un miembros más- todos mis hijos rubios, son de é – continuó sin el menor sofoco y haciendo participes de la noticia al resto de contertulios – Todo el mundo lo supone, pero yo ahora os lo confirmo.

Le dedico a su amado una tierna sonrisa.

Consuelo estaba tranquilamente escuchándolos, posiblemente un par de meses antes se hubiese escandalizado y sentido incomoda por su posición de querida que siempre había representado con relación a Camilo y que ya había salido a relucir anteriormente cuando se identificó como la madre de Cecé, sin causar más impresión a los presente que la de cualquier otra anécdota.

-¿Y ahora está solo? – le preguntó Carmen dirigiéndose exclusivamente a ella.

-Tiene otra querida, muy guapa por cierto, que se llama Martina – le respondió Consuelo y que hasta entonces había permanecido ajena a la conversación.

-¡Qué casualidad! Igual que Martin – dijo Carmen mientras dirigía otra mirada de complicidad a su amante, para inmediatamente volver a la realidad- Lo siento Consuelo ¿Habéis roto?

-Mejor diría lo hemos dejado, porque tantas vueltas da esta vida que nunca puedes decir de esta agua no beberé.

La conversación parecía llegar a su fin y Cecé comprendió que había llegado el momento de introducir el tema que le llevó hasta allí.

-En realidad el objeto de esta visita, aparte de conocernos, es para pedirte un favor – se dirigió concretamente a su hermana.

-Si está en mi mano... no existe ningún problema

-Necesito que me vendas parte de tu producción de uva para secarlas.

-La dedico exclusivamente para hacer moscatel, salvo una parte que la vendo como uva de mesa, y nunca me he planteado hacer uvas pasas. Y no por falta de oportunidad.

Tenía sus dudas, pero tampoco quería no complacer a su hermano en el primer favor que le pedía. Dirigió una mirada pidiendo ayuda a Martín. Este alzó los hombros en señal de que daba lo mismo hiciese lo que hiciese. Para luego decantarse al lado que suponía ella quería.

-Puedes hacer lo que quieras. En realidad hay excedente y cada vez nos cuesta más vender todo el vino. Si le cedemos una parte a Cecé, no tenemos más remedio que bajar la producción y de esa forma nos evitamos la demasía y conseguiremos mejores precios, es decir, ganaremos por las dos partes.

-Ante tantas ventajas no puedo negarme – le dijo a su hermanastro – He de reconocer que de no tratarse de ti, no hubiese aceptado. Pero veo que es la mejor solución para todos. Al fin y al cabo, aunque yo lo administre, gran parte de estas tierras son de Camilo y algún día lo serán de sus hijos y entonces veremos cómo lo repartimos – añadió con un gesto de nostalgia.

-Para hacer vino cualquier racimo es bueno, pero para convertirlo en uvas pasas, no – intervino de nuevo Martín – En su día escogeremos los mejores para tu producción y el resto lo enviaremos al lagar.

XXXXX  
XXX  
X

Salieron de allí encantados del acuerdo obtenido y de la conversación que mantuvieron sobre los diversos temas familiares. Excepto Consuelo que marchó completamente decepcionada de Camilo.

Averiguó cosa que ignoraba y creyó que siempre fue un juguete en manos de ese hombre, que se aprovechó de ella cuanto quiso y ahora la echaba a la calle de patada sin darle ninguna oportunidad y ni siquiera compensarla por los servicios prestados como se suele hacer con las putas.

Decidió en esos momentos que su vida en común había terminado y que ya no habría vuelta atrás.

Incertidumbre es lo que tendría si Carlos no la aceptaba, aunque apoyada por Amalia y suponía que también por Cecé saldría adelante.

Gracias a Dios dinero no le faltaba y no se sentía desamparada.

Del castillo se fueron todos a la tasca de Tonet, pues suponían que Carlos no tendría comida preparada para todos. Antes irían a por él y lo invitarían.

Llegaron a eso de la una de la tarde cuando precisamente él iba a preparar su comida. Lo dejó todo inmediatamente y sin mediar palabra se abrazó a Consuelo llorando como un niño.

-¡Perdóname; Consuelo ¡Perdóname; No sabía lo que hacía. El permitir que te marchases ha sido el mayor error de mi vida y todavía lo estoy pagando. ¡Por favor; Consuelo ¡Perdóname;

Consuelo momentáneamente se quedó sorprendida pues nunca hubiese esperado ese recibimiento tan sentido. Pero en definitiva era lo que ella deseaba y sus deseos se volvieron realidad. Él continuaba abrazándola desesperadamente y llenando su cara de besos. La mas sorprendida por todo lo que estaba ocurriendo era sin duda Amalia.

Entraron a la casa de Carlos dando fin al espectáculo que ya comenzaba a concentrar a más de un espectador. Lo niños estaban dormidos y los acostaron en la cama de Carlos. Cecé dejó el carro en la calzada y entró a Rocío al patio trasero y le sirvió una buena ración de paja y alfalfa que compartió con cierto disgusto con la mula Curra.

Después pidieron la comida a Tonet, para servirla en casa de Carlos ya que no querían ni podían dejar solos a los niños.

Amalia fue sin duda la más sorprendida por el recibimiento que ese hombre le dispensó a su madre. Nunca le había visto a Camilo hacerle una muestra de cariño como esa a su madre. Tenía doce años y comprendía muy bien ya las cosas. El amor de su verdadero padre con su madre era únicamente carnal y por ese motivo la compartía con quien se presentara.

Lo hizo en su día con Marieta, no le importó pues según supo era su verdadera esposa y además la quería como una segunda madre. También con la que llamaba Tía Ana, aunque en realidad no era tía de nadie y ni siquiera un pariente lejano. Por lo menos a esa no la llevo nunca a su casa ni la metió en su cama. Si lo supo fue por escuchar accidentalmente una conversación entre su Madre y Marieta que la mencionaban. Y ahora la ultima, Martina, aunque ya puesta a malpensar suponía que entremedias hubo otras muchas más.

Sin embargo el amor que le profesaba este hombre era sincero y le parecía verdadero. Por otra parte era su esposo y el único con el que estaba casada legalmente.

En realidad era tan ilegítima como Cecé con la salvedad de que este llevaba el apellido de Carlos y ella era una Blanes.

Si su madre, como suponía, definitivamente se quedaba con él, lo comprendería perfectamente. Y si ella quería integrarse en esa familia no tendría más remedio que conquistar el cariño de ese hombre, pues indiscutiblemente pensaba seguir el destino de su madre.

Carlos si se extrañó que una chiquilla tan encantadora, y una perfecta desconocida para él, como él lo era para ella, lo abrazase tan sentidamente. Aunque si era hija de Consuelo y la muchacha lo quería, también lo sería suya.

XXXXX

XXX

X

Por la tarde fueron a presenciar la llegada de los sardinales y participar en el acostumbrado mercadillo. Amalia no había contemplado nunca nada similar y se emocionó.

Cuando llegaron a casa de Carlos era casi de noche y Cecé y Bárbara dijeron que era hora de regresar a su casa.

Consuelo, sin mediar palabra y sin venir a cuento se puso a quitar la capa de polvo que invadía la casa, alegando que aquello parecía una leonera. No tenía ganas de marcharse, parecía que quería cerrar definitivamente el pacto al que había llegado con su esposo. Carlos comprendió la jugada.

-Podéis quedarse las dos – dijo dirigiéndose a madre e hija – tengo una cama libre, que usan los chicos para pasar aquí el verano...

-Yo voy con ellos – le cortó Amalia – seguro que Bárbara me necesita para aguantar los niños mientras prepara la cena.

Era una chica espabilada y sabía perfectamente cuando sobraba. Lo aprendió desde pequeña cuando dormía con su madre y Camilo la requería. Una simple mirada le bastaba para salir de la habitación y buscar refugio en otra parte.

Ahora no es que evitase estar en casa de ese hombre, pero consideraba que esa noche se cruzarían algo más que palabras y no quería estar presente para cohibirlos.

Esperaba que él lo tomas así y no como una ofensa a su persona. Cuando se despidieron supo que Carlos comprendía y agradecía su decisión sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

El matrimonio cenó lo que Carlos pensaba prepararse para la comida, añadiendo una docena de sardinas asadas sobre una parrilla y que les había proporcionado Miguel esa misma tarde.

Después pasaron junto a la lumbre y larga velada, recordando tiempos pasados y haciendo acto de contrición por las faltas cometidas hacia demasiados años.

Se hizo tardísimo. Tonet echó el cierre a la tasca y los parroquianos desaparecieron por encanto.

El silencio era absoluto en el arenal y solo se escuchaba el rumor de las olas rompiendo sobre la arena. No hacía frío ni calor y eso era bueno para lo que se avecinaba.

La luna se reflejaba en la amplia bahía cuando Carlos cerro el ventanal que daba a la playa, dejando la estancia casi a oscuras.

Carlos le ofreció la cama de invitados, rogando a Dios que no aceptara, y ella lo negó con una picara sonrisa en sus labios que hacía tiempo no contemplaba. Tenía claro que no se había quedado para eso.

Desnudos ante la cama se miraron mutuamente. El cuerpo de él ya no era el de hacia: ¿catorce?, ¿quince años? que no se veían, mientras que el de ella parecía el mismo: pequeña, fibrosa y sin un ápice de grasa como siempre.

Apagaron sus respectivos candiles y se metieron en la cama, abrazados, cara a cara, besándose en los labios y con los sexos tocándose pero sin hacer nada para de momento ir más lejos. El del hombre comenzó a hincharse de una manera desproporcionada y que tan bien ella conocía, pero a lo que ya no estaba acostumbrada.

Aquello debía tomarlo con calma, así es que lo aprisionó entre sus muslos y así estuvieron largo tiempo. Tenía que estar preparada para recibirlo y ambos lo sabían por experiencia. No tenían prisa.

Aquello era como un parto y necesitaba dilatar.

Se puso en posición y poco a poco el ariete iba socavando las defensas y en cada suave embestida penetraba apenas un centímetro más.

Consuelo pensaba que solo por eso ya se habría corrido Camilo, pero Carlos era persistente y metódico. Un grito de dolor, en un momento determinado se le escapó a ella e inmediatamente él la cubrió a besos mientras le pedía disculpas.

Como recordaba con solo la mitad se sentía completa, pero ya lo recibió en su día todo y hoy no iba a ser menos, sabiendo que tenía capacidad para asimilarlo.

Fue ella la que posó las manos sobre sus nalgas y lo atrajo para sí. Un escalofrío de placer recorrió

su cuerpo, máxime teniendo en cuenta que ahora venía lo bueno. Cuando el inicio el vaivén de su cuerpo sobre ella, en su interior el placer y el dolor se combinaban en un acto que había repetido infinidad de veces y estaba casi olvidado, pero al que precisaba acostumbrarse de nuevo.

Cuando se vació en su interior volvió a llenarla de besos. Durante unos segundos quedaron ambos extenuados uno encima del otro, mientras el miembro iba desinflándose en su interior mientras ella notaba una sensación de alivio y vacío a la vez.

Él se durmió de felicidad casi inmediatamente, mientras ella trataba de recordar que hubiese sido de su vida si nunca lo hubiese abandonado. No llegó a ninguna conclusión y tampoco se arrepentiría de lo que en su día hizo. Fueron dos existencias completamente diferentes y no quería renunciar a ninguna.

Los rayos del sol que se colaban por las estrechas rendijas de los pórticos, la despertaron. Debía ser tarde pero no tenía ninguna prisa. A su lado Carlos roncaba suavemente. Lo despertó agarrándolo por su miembro viril, que reaccionó inmediatamente. Se arrepintió pues todavía no estaba preparada para repetir la experiencia de hacía solo unas horas.

El si quería, pues creía que tal vez no tuviese otra oportunidad de disfrutar de su cuerpo y el día menos pensado desaparecería otra vez de su vida, pero ella lo contuvo, mientras lo besaba y abrazaba para mostrarle que no estaba rechazándolo.

-¡Calma! Tenemos una vida por delante y lo que terminamos que hacer hay que tomarlo a grandes dosis y darse un tiempo de recuperación.

-Yo no lo necesito – le respondió mostrándole su miembro enhiesto.

-Pero yo sí... cariño. Eso no se asimila en pocas horas.

Por primera vez en su vida Carlos renegó por el tamaño de su pene.

Dos días después llegó la galera con los enseres y equipaje de Consuelo y Amalia. Su destino final era la antigua casa de la hermana de Camilo, pero Consuelo la interceptó para que lo descargaran en casa de Carlos, con la consiguiente alegría por su parte.

Definitivamente se quedaron a vivir allí pues el casado casa quiere.

El cochero portaba también una carta para Consuelo y otra para Barbará.

En la de ella, Camilo en el fondo mostraba un resto de amargura por su marcha y aunque no lo decía claramente sospechaba que ya no regresaría jamás. Le daba a entender con esas parábolas que tan bien manejaban los curas, que Amalia tendría siempre las puertas de su casa abiertas, pero que mientras tanto depositaba una importante cantidad de dinero. “Para su educación y dote matrimonial en su caso” y a ella le concedía una pensión similar a la que le concedió a Marieta en su día, cuando decidió dejarla marchar al chalet de Altea.

Después hacía una mención especial a las joyas que fueron en su día de su hermana Amalia. “La mayoría regaladas por mí, por eso sé que muchas llevan su nombre grabado en ellas. Por ese motivo y para que no desmerezcan solo nuestra hija puede hacer uso de ellas y así lo dispongo.”

Luego le indicaba el sitio en donde estaban escondidas. “Están en la parte alta de la alacena, dentro de unos potes metálicos y cubiertas por diversas legumbres.”

Consuelo sonrió, eso solo se le ocurría a Camilo. Esperaba que Bárbara no hubiese hecho ningún potaje de garbanzos, y aun estuviesen allí. “Adjunto te envío una carta para Bárbara, en la que le explico mi decisión sobre las joyas, ya que para ella tengo reservadas las que en su día pertenecieron a su madre.

Luego terminaba con un “Consuelo sabes que para ti siempre tendré un lugar en mi corazón” Que tiempo atrás tal vez le hiciese replantear su decisión, pero ahora, aunque se lo agradecía, ya estaba fuera de lugar.

Si le quedaba alguna duda sobre la decisión tomada esta ya estaba disipada.

## CAPITULO XVIII

### El quinquenio negro

Del año que dejamos, a 1873, pasaron demasiadas cosas, tanto a nivel local como nacional y todas influyeron de una manera y otra en la vida de Don Camilo y en cuantos le rodeaban.

Martina no solo se instaló en casa de Camilo sino que entró en ella como un elefante en una cacharrería.

Quiso mostrar la autoridad, que le había sido conferida y que se ganaba cada noche en la cama, a todo el mundo y lo consiguió.

Que dirigiese la casa a todos les parecía lógico, pues después de la muerte de Marieta y la “espan-tá” de Consuelo ya no quedaba nadie en la casa que disfrutara de los favores del dueño de la misma.

Hizo y deshizo hasta alterar los nervios de todos.

El primero que le vio las orejas al lobo fue Brígido. Este la dejó en su día para no perjudicar las relaciones con su esposa Concha que comenzaban a deteriorarse y no como pensaban algunos para ceder el paso a su jefe. Pero eso Martina no se lo perdonó nunca a pesar de que ese gesto fue en realidad una bendición, pues le sirvió para abrir camino e introducirse en la vida de Camilo.

Brígido no podía soportar la mirada de superioridad que continuamente le dirigía cada vez que se cruzaban en el pasillo de la casa, como queriéndole decir “mira, me has dejado y ahora yo soy la dueña”. Ni que tratase a Concha como una vulgar criada, cuando Camilo no estaba presente, y no como la mujer de confianza y amiga de la dueña de la casa que siempre fue.

Ya no era el muerto de hambre que fue mientras trabajaba para el arzobispado de Valencia, ahora se consideraba un hombre rico, gracia a la fortuna que reunió mientras estuvo trabajando para Camilo, pues prácticamente ahorraba todo lo que ganaba, pues tenía casa y comida absolutamente gratis. Eso sin contar el pequeño tesoro que acumulaba su esposa que guardaba el dinero integró de su trabajo como cocinera y lo acumulaba en un cofre de madera que a estas alturas apenas podía él levantar. El único despendio que se había permitido fue lo que gastó durante la época en que se encapricho de Martina. Pero eso solo fue una mínima parte.

Estuvo rumiando su proyecto durante algunas semanas pues le incomodaba tener que abandonar a su amigo. Pero la situación se tornaba ya insoportable.

Una noche se confesó con Concha en la cama y la mejor prueba de que estuvo de acuerdo con él, es que de contenta se ofreció para hacer el amor y eso eran palabras mayores, pues llevaban más de un año sin hacerlo.

Decidieron que irían a Valencia, Concha porque siempre le gustó vivir allí a pesar de que no la conocía ni la había visitado nunca y Brígido porque le era una ciudad conocida y en la que podía defenderse perfectamente si en el futuro las cosas no le iban bien.

Podrían instalarse de alquiler en alguna casa del barrio viejo de la capital, o adquirir una casita con un poco de terreno en alguno de los pueblos que existían a su alrededor y vivir de las rentas toda la vida. No obstante no descartaba montar algún negocio aunque fuese únicamente como entretenimiento y aprovechando los conocimientos adquiridos durante los últimos años.

Se lo comunico a Camilo una lluviosa mañana en la que no pensaba salir, y a este le cayó el mundo encima. No se lo esperaba.

En él depositó toda su confianza y era con Jorge y Fernando el triunvirato que dirigían todos sus negocios.

Tenía claro que si su mano derecha se marchaba el tendría que arrimar el hombro en una época en que Martina absorbía cada minuto de su existencia.

Y para mostrarle de que su decisión era inquebrantable le concedió tres meses de plazo para que

buscase un sustituto, al fin del mismo partiría sin esperar ni un minuto más.

Estaban en el despacho de Camilo en casa y este se levantó de su sillón y se sirvió una copa de brandy.

-¿Qué quieres tomar tú?

-Ponme lo mismo

-¿Tienes alguna queja? – en esos momentos pensaba en Martina

-Ninguna. Solo que Concha y yo nos estamos haciendo viejos y queremos disfrutar los pocos años que nos puedan quedar de vida – mintió.

-Me alegro que así sea. Aunque no creo que ese corto espacio de tiempo que me das sirva para arreglar nuestros asuntos.

-¿Qué asuntos? – le respondió un extrañado Brígido.

-Supongo que querrás vender tus participaciones en las diversas empresas. ¿O tal vez prefieres mantenerlas y cobrar dividendos?...

Brígido ya ni se acordaba. Aunque recibía un excelente sueldo mensual ese no era consecuencia de su trabajo sino los beneficios de la participación que tenía en diversas empresas del grupo, porque en su día así lo acordaron los socios.

Es decir que si se marchaba continuaría cobrando el mismo sueldo que hasta ahora excepto una pequeña prima de producción que estaba incluida. Si quería podía gastar de golpe todo el dinero que tenían ahorrados y no tendrían ningún problema para subsistir el resto de sus vidas e incluso dejarle una renta a su hijo si como suponía las empresas seguían tan boyantes en el futuro.

-En realidad no había pensado en eso. Consideraba que me iría con lo puesto.

-Pues ya ves que no.

-¿Puedo pensármelo?

-Por supuesto. Y aunque te marches ya sabes que tanto tú como Concha siempre tendréis las puertas de mi casa abiertas.

La conversación se cerró con un fuerte abrazo.

En los días sucesivos Brígido se sinceró con Jorge y le contó sus intenciones.

-Lamento la decisión que has tomado, pero me alegro por ti. Qué más quisiera yo que poder hacer lo mismo, pero todavía soy joven y tengo muchas bocas que alimentar. De todas formas y aunque solo sea por curiosidad. ¿Quieres que te saque la cantidad que te correspondería?

-Te lo agradezco.

XXXXX

XXX

X

La cantidad que le facilitó Jorge un par de días después era tan asombrosa que cuando se lo comunicó le flaquearon las piernas.

-¿Es verdad esto?

-Tan cierto que he sacado el valor de mi participación y me dan ganas de hacer lo mismo que tú y desaparecer contigo. Lo malo es que si todos hiciéramos lo mismo esto sería el caos. A menos que se vendiesen las acciones a gente ajena a nuestro grupo, pero eso indiscutiblemente Camilo no va a permitirlo. Falta saber la posibilidad económica que tenga él para repescar esas acciones. Considero que en su día fue demasiado desprendido en darnos esas gratificaciones cuando todos, con un sueldo decente, le hubiésemos estado igualmente agradecidos.

-Entonces me recomiendas que no intente vender mi participación.

-Yo no lo haría y en caso de necesidad mejor para todos que te desprendas de ellas poco a poco.

Cuando se lo contó a Concha casi se desmaya. Ella fue partidaria de vender todas las acciones y romper todo contacto con la familia, pero también comprendió las razones recomendadas por Jorge y decidieron hacerlo sin ninguna prisa.

Tres meses después y sin esperar un día más partieron ambos hacia Valencia, su hijo estaba allí estudiando y pronto se reunirían con él.

Durante esos meses no permaneció ocioso y contacto con uno de sus amigachos en el arzobispado para encontrar alguna ganga. Por experiencia sabía que allí se recibían legados de beatos fallecidos que donaban parte de sus bienes a la iglesia con objeto de salvar sus almas pecadoras y que estos inmediatamente trataban de convertir en dinero, pues las fincas en depósito siempre producían más gastos que beneficios si no se las trabajaban, y ellos no estaban por esa labor.

Supo de una alquería, con tierras a su alrededor, situada cerca del Palmar que se ofrecía a un precio muy competitivo pero algo cara para los bolsillos de los que podían estar interesados.

“Un marques no compra eso y para un labrador es mucho dinero. Te prometo que es una auténtica ganga, ya sabes que no te engañaría nunca. Pasa una oferta por la mitad de lo que piden, que por lo que tú sabes, yo me encargare que la acepten”. Le decía en una de sus cartas. “Lo que tú sabes” no era otra cosa que una pequeña gratificación que solo se podía pedir a la gente de confianza y que probablemente solo le serviría para poder ir de putas todo el mes. Ese tema lo conocía muy bien y no podía negar que alguna vez había participado de forma similar, cuando el ocupaba el mismo cargo.

Reuniendo los ahorros de él y su esposa adquirieron la propiedad, pues el sustento ya lo tenían garantizado.

Cuando tomaron posesión de ella quedaron maravillados.

XXXXX  
XXX  
X



Camilo compensó la marcha de Brígido aportando un poco más de sí, delegando funciones en Jorge y Fernando e implicando un poco más en el negocio a Agamenón, dándole mayores responsabilidades a cambio de cederle una pequeña participación en sus negocios.

Jacinto se casó con Herminia y como el casado casa quiere aprovechó la ocasión para salir de la casa de Camilo y buscarse un pequeño piso en el centro de Alcoy a donde se trasladó. Lo hizo más por huir de la influencia de su madre que por llevar a su esposa a una casa extraña, aunque fuese la de su padrino, en la que se pudiera sentir incomoda.

Sofía se marchó a vivir con su recién estrenado marido al oloroso piso de la calle de Sant Nicolauet, rechazando una desinteresada oferta de Camilo para facilitarle una vivienda mejor. Falta le hacía pues tardó mucho en acostumbrarse al nauseabundo olor que emanaba el cuartucho del zaguán, pero no quería deberle nada a su ex patrono, pues no ignoraba que las deudas siempre se pagan y los favores hay que devolverlos. Poco sospechaba ella en esos momentos que años más tarde le sacaría de un gran apuro que bien pudo costarle la vida.

Emilio Pascual, el que fue novio de Inés, la hija de Ana y Camilo, que al final accedió a casarse con ella a pesar de estar embarazada de un hijo de Severino Albarracín, hacía tiempo que se había independizado o mejor dicho librarse de la tutela que en un principio ejerció Camilo en su difícil andadura como industrial, aunque él nunca llegó a saberlo. Amplio su industria y ahora los cuatro telares iniciales se habían convertido en catorce y a la vista de todos se convirtió en la competencia directa del que en realidad era su suegro. Se convirtió en uno de los grandes contribuyentes de Alcoy y ni que decir que nadaba en la abundancia aunque sin hacer ostentación de ello, pues continuaba siendo, a la vista de todos, el muchacho simple y agradable de siempre. Su mayor orgullo era que la dote de Inés, las cincuenta mil pesetas, continuaban impolutas en una cuenta de la Banca Vicens y siempre fueron una garantía de que no sufrirían problemas económicos. Pero en esos momentos esa suma ya estaba obsoleta pues su fortuna personal superaba en varias veces esa cantidad. Aunque ser rico en una época de revueltas sociales no era buena cosa.

La entente cordiale, que es como empezaron a denominarse los matrimonios formados por Fernando y Lola, Jorge y Leonor y Emilia y Agamenón, después de un viaje de treinta días por Italia aprovechando las vacaciones de verano, comenzaban a deshacerse como un azucarillo en el café.

Cierta noche, los seis, reunidos en una habitación de un hotel Veneciano organizaron una bacanal que por las molestias fue denunciado por los huéspedes de las habitaciones vecinas. Intervino la dirección del hotel e incluso la policía. El asunto quedó en nada, después de pagar una multa por escándalo público, y sufrir la vergüenza de que la noticia apareciese, con una breve reseña, en un periódico sensacionalista local.

Los ecos de este suceso difícilmente podían llegar hasta Alcoy, pero el representante en Italia de las empresas de Camilo, que en su día recibió el encargo de velar por ellos y facilitarles cuanto pudiesen necesitar, se vio en la obligación de informar a Don Camilo de todo lo ocurrido con pelos y señales.

El magnate en un principio se sorprendió, pero como ya había escuchado repicar campanas anteriormente sin hacerle mucho caso, esta vez decidió tirar del hilo y llegar al fondo del asunto.

La doncella de Lola era más simple de lo que aparentaba y Camilo no había olvidado la técnica de cómo sacar los más recónditos secretos en las confesiones y que tan bien aprendió en el seminario. La muchacha en realidad no dijo nada que Camilo ya no supiese y además sin darse cuenta de que estaba metiendo la pata.

El magnate, al que conocía indiscutiblemente, se presentó preguntando por su sobrina Lola, por creer que ya había regresado de su viaje. Estaba acalorado y le rogó le sirviese un refresco como excusa para quedarse. Luego educadamente la invitó a que lo acompañara para no beber solo, eso era la primera vez que le ocurría a la chica, aceptó e incluso se emocionó. Comenzaron hablando de cosas intrascendentes, incluso de su familia, y luego la dirigió al tema que le interesaba, sin mostrar

mucho interés y siempre intercalados con otros asuntos, que no eran otras cosas que cuquicheos de marujas. Del refresco habían pasado al anís con hielo y al final parecía que la chica era la única interesada en contarle todas esas cosas.

La visita había sido más fructífera de lo que esperabas. Cuando ya se marchaba pues consideraba que todo estaba ya dicho, la muchacha, que parecía haberle tomado gusto a la conversación y no parecía querer que si interlocutor se marchase. Le cogió por el brazo y en tono confidencial le dijo.

-Y su cuñado, Jacinto creo que le llaman, también ha venido un par de veces a visitarla.

-¿Para qué?

Le hizo un gesto como diciendo “Para que tiene que ser...”

Camilo se quedó estupefacto, eso no lo esperaba. Se marchó de la casa. Mientras caminaba hacia su casa, pensó que de todas formas no le diría nada a Jacinto. Lola era una mujer hermosa que levantaba pasiones en los hombres, hasta el mismo se la hubiese tirado si hubiese podido y no fuese la hija de su mejor amigo. Eso hacía que la quisiese como a una hija. Por otra parte tenía la absoluta seguridad que Jacinto solo era una víctima, por supuesto contenta, y que todos los pasos para forzar esa situación, los dio ella.

Camilo habló con sus tres socios cuando regresaron. Puso los puntos sobre las íes y conforme esa noticia llegó a sus oídos podía llegar a otros que no fuesen tan discretos. El escándalo no le convenía a nadie y menos a sus negocios. Les conminó a terminar con el asunto, pues en caso contrario tomaría sus medidas.

La arenga no surtió un efecto inmediato, pero si logró que las mismas se espaciaran en el tiempo, fueran más discretas y desaparecieron completamente a los pocos meses.

Únicamente Lola continuaba acosando a Jacinto y de cuando en cuando obtenía su recompensa.

Al fin y al cabo ya no eran tan jóvenes, los hijos crecían a su alrededor y podían sospechar de esa relación de sus padres con los que llamaban tíos aunque en algún caso no lo fuesen.

Que de tal palo tal astilla lo confirmaba que Clara la hija de Fernando y Lola, cuando ocurrieron los sucesos del Petróleo, ya había cumplido los veintiún años y estaba casada por obligación. Era una belleza y casi una copia exacta de su madre a su edad, y a pesar de su estado continuaba siendo la presa preferida de los solteros alcoyanos, bien fuera por su belleza o su fortuna. Ella no le hacía asco a ninguno.

XXXXX

XXX

X

Camilo y Martina se casaron de la noche a la mañana y eso sorprendió a todos. Él nunca fue partidaria del matrimonio y de hecho solo estuvo casado con Marieta, que fue el autentico deseo, más que amor, de su vida, y si lo hizo fue para evitar que se le escapara, pues Marieta era un peligro si no estaba bien atada. Con las otras no lo necesitó o no pudo y simplemente no se caso con ellas.

Si esta vez acudió de nuevo al matrimonio, no fue porque la mujer quedase embarazada, pues esa no era una novedad para Camilo que hubiese toreado el problema de la mejor forma que le hubiese convenido.

Lo que no había conseguido ninguna de sus anteriores amantes lo consiguió esta. Todo era empuñarse y sobre todo jugar fuerte. Se jugó una carta de las que normalmente no salen bien pero ella acertó de pleno.

Martina aprovechando uno de esos momentos en que los hombres no suelen negar nada, le pidió que se casara con ella, en ese momento y como no podía ser de otro modo, aceptó, aunque después le dio largas al asunto.

La carta que se jugó la mujer y le salió bien, fue amenazarlo con dejarlo si no cumplía su promesa. Estaba en la misma tesitura que con Marieta, pero decidió hacerse el fuerte.

-Haz lo que quieras – le dijo finalmente lanzando un farol.

Camilo, desde la ausencia de Brígido, solía salir ahora todas las mañanas a primera hora para acudir a su despacho de la Plaza de San Agustín y echar un vistazo por allí, intercambiar impresiones con Jorge y Fernando o resolver algún asunto urgente.

Lo que aprovechó Martina para ordenar a Mauro preparase la calesa para llevarla a su casa en el Arrabal de Santa Elena, acompañada de gran parte de su equipaje.

Mauro la llevó inmediatamente porque no estaba educado para discutir las órdenes, pero apenas la dejó en su casa le faltó tiempo para advertir a Don Camilo.

La mujer sabía lo que hacía y estaba dispuesta a jugar fuerte. No era un arrebato repentino del que pudiese posteriormente arrepentirse ya que ese plan había tenido tiempo para diseñarlo concienzudamente.

La casa estaba a su nombre y nadie se la podía quitar y mucho menos sacarla de allí. Durante el año que estuvo con Camilo supo sacarle los cuartos, aunque solo fuese en forma de joyas y algún que otro capricho convertible en dinero contante y sonante llegado el caso. Además tenía el dinero en efectivo suficiente para mantener la huelga de muslos cerrados una buena temporada.

Por otra parte ya no era la desarrapada que vivía hace un par de años en la parte baja de Alcoy y nadie, salvo el cabrero, se fijaba en ella.

Ahora había frecuentado el Circulo Industrial en todas sus fiestas el último año y comprobado como muchos hombres, algunos casi tan importantes como Camilo, babeaban cuando se cruzaban con ella y en sus ojos, aparte la lascivia, veía la envidia que el viejo magnate les causaba por poder lucirla y su deseo de sustituirlo.

Si la cosa salía mal, que no creía, estaba convencida que cualquier de esos tipos lo reemplazaría con mucho gusto.

Pero llevaba razón. Camilo no tardó ni una hora en aparecer por allí. Se hizo la dura y pasó por alto todas sus peticiones de que volviese a casa si no iba acompañada de su claudicación y aceptación de todas sus peticiones, que en definitiva solo era una: Casarse.

Camilo aceptó.

-¡Vale! Encárgate de visitar al párroco de Santa María y que comience con las amonestaciones.

-De acuerdo. Regreso a casa. Pero mis muslos no se abrirán hasta que pasemos por la vicaria.

No pudo cumplir su amenaza, porque organizar una boda era complicada y llevaba tiempo, aunque finalmente se casaron.

En el año setenta murió Luis, el marido de Ana. Fue de repente, en la misma fábrica y mientras estaba trabajando, cayó al suelo como partido por un rayo y no volvió a levantarse. Los que acudie-

ron en su ayuda solo pudieron comprobar que ya estaba muerto.

Causó gran conmoción en la familia porque nadie lo esperaba. Ana se quedaba sola en la casa que habitaba.

Sus hijos, Jorge e Inés, ya estaban casados y el pequeño Luisito, que ya no lo era tanto, terminaba de cumplir los veintes años y estaba en Valencia estudiando medicina. Una carrera harto difícil que le imposibilitaba aplazar y ni siquiera descuidar.

Se empeñó en regresar a casa aunque fuese por unos meses para acompañarla en tal difícil trance, pero Ana le conminó a que no lo hiciese, pues podía arreglarse sola. Aparte de que no era su único e imprescindible sostén, pues más pronto que tarde, cuando terminara su carrera, se casaría y volaría como el resto de sus hermanos.

El prematuro fallecimiento de Luis solo precipitaba unos años esa situación. Mejor afrontar esa situación ahora que todavía era joven, que más tarde cuando no pudiese valerse por sí misma. Además, una mujer que junto a un niño pequeño, Jorge, había sobrevivido a una situación como la que pasó en la casucha cercana al Mas de Morales en la que estaba a expensas de que cualquier vagabundo que pasase por allí quisiera respetarla o no. Ahora en su casa en el centro de Alcoy, por muy sola que se encontrase, no se sentía amenazada.

Camilo, ya sabemos que era culo de mal sosiego, es decir no se encontraba cómodo en ninguna situación. La boda con Martina lo convertía en cierta forma en una persona respetable, pero ese no era su forma de vida. Si no tenía una querida con la que engañar a su esposa, reventaba.

Por otra parte sus dos amigos del alma de su juventud, Pepe y Luis, ya habían fallecido y en estos casos siempre te acuerdas del refrán que dice: “Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar”

Eso quería decir que le quedaban escasos años de vida y tenía que aprovechar ese poco que restaba.

Ya consoló a Marcela cuando perdió a Pepe y ahora no iba a dejar de hacer lo mismo con Ana. Aunque a esta si ya lo hizo en vida de su esposo, con más motivo lo volvería a hacer ahora que ya estaba muerto.

Intentó darle el pésame a Ana como solo él sabía hacerlo. Pero los primeros días le resultó imposible, pues no quedaba hora en que no hubiese alguien en su casa, fuesen parientes o no, tratando de consolarla.

No lo logró hasta que trascurrió casi un mes desde la muerte de su amigo.

Ana se echó llorando en sus brazos cuando finalmente pudieron estar solos.

-¿Te das cuenta que eres el único que me queda, aparte de mis hijos?

-Hay más gente que te quiere...

-SI. Pero no son padres de mis hijos. – Ana pensó que si lograba sobrevivir a Camilo lo extrañaría más que a su propio esposo recientemente fallecido. Su, en ocasiones odiado amante tenía un no sé qué, que le hacía imprescindibles en momentos como estos.

La relación entre ambos ya no se extinguió mientras ellos vivieron, aunque en ocasiones más espaciada de lo que ellos quisieran, pues Camilo ya no estaba para muchos trotes y no podía atender dos frentes a la vez.

En ocasiones se limitaban a echarse en la cama, uno al lado del otro y completamente desnudos, contándose sus penas y alegrías y dejando pasar el tiempo, sin otro aliciente que el contacto de sus cuerpos.

XXXXX

XXX

X

En Yocla las cosas no podían ir mejor. La ayuda de su hermanastra a Cecé y el hecho de poder seleccionar los mejores racimos, habían mejorado la calidad del producto final extraordinariamente y por lo tanto su precio de venta.

Construyó un segundo horno para aumentar la producción y aunque el Pansit murió dos años después de conocerlo, sus nietos ya habían adquirido la sabiduría de su abuelo.

Consuelo y Carlos se amoldaron a su nueva vida y eran la pareja más feliz del mundo.

Amalia, sin embargo, no era tan feliz como aparentaba a la vista de su madre para no disgustarla. No encontró en el pueblo amigas de su edad que la complacieran y pasaba las horas escribiendo un diario con todas sus impresiones y recopilando los viejos usos y costumbres de un pueblo tan singular como lo era Yocla.

Buscaba gente anciana para que le contase cosas de allí. Así supo quien fue Nelo, el para ella desconocido primer esposo de Marieta. Así como sus aventuras junto a un inglés, que desembarcó hacia ya algunos años en Yocla, se enamoró y allí se quedó hasta que la muerte le sorprendió en medio de la mar.

Su única distracción era acudir a los cumpleaños que la marquesa organizaba para agasajar a sus hijos pequeños. Y posteriormente asistir a las clases que un profesor emérito, llegado expresamente desde Valencia, impartía a su dos hijos medianos de aproximadamente su misma edad.

Carmen tenía seis hijos y aunque no le gustaba alardear de ello, cualquier observador imparcial podía fácilmente apreciar la diferencia que existía entre ellos y que levantaban más de un comentario capcioso entre quienes los conocían.

Los mayores, Fadrique y Guzmán que según le dijeron cuando se interesó por ello tenían veinte y dieciocho años de edad, estaban estudiando en Valencia y solo se acercaban por allí de uvas a peras y aunque el verano solían pasarlo en Yocla, nunca se quedaban más de un mes. Pues se aburrían y buscaban cualquier excusa para regresar a Valencia, en donde tenían planificada su vida.

Todavía no tuvo la ocasión de conocerlos en persona, pero según un retrato al óleo, de cuando eran pequeños, que su hermanastra tenía en un salón de su casa. El primero era rubio de ojos azules y se llamaba Fadrique, como su padre, y desde la muerte de este se había convertido en el decimotercer Marques de la Aladraba, aunque para todos los efectos no ejercía como tal y su madre ostentaba la regencia. El otro, llamado Guzmán, era dos años menor y la antítesis del primero pues no se le parecía en nada. De pelo moreno, tez cenicienta y unos profundos ojos negros que parecían estar siempre fijos en ti, aunque mirases el cuadro de distintos ángulos del salón.

Después de un largo paréntesis, nacieron con otros dos años de diferencia: Ambrosio y Sebastián, que cuando los conoció Amalia tenían uno y tres años menos que ella. Estudiaban en el castillo con la ayuda de un profesor traído desde Valencia. Cuando Carmen se enteró de su situación, la invitó a acudir a las clases junto con sus hijos, aunque con más libertad que ellos para asistir.

Los dos se notaban que también eran hijos del Marques, pues mostraban los mismos rasgos y el aspecto de Guzmán.

Y por último quedaban las dos niñas, Elena y Lucía, dos encantadoras niñas rubias, de ojos azules y cara sonrosada que tenían cuatro y dos años cuando las conoció. Y que ya nadie tenía dudas de que eran hijas de Martín, el capataz, pues cuando fueron fecundadas, Carmen y el Marques, ya estaban separados de hecho, aunque no de derecho y desde luego no cohabitaban.

La primera vez que Amalia vio a Fadrique este tendría unos veinte años y ella solo doce. A ella le fascinó la belleza del muchacho, pero este no le hizo el menor caso. La saludó cortésmente cuando se la presentaron, la besó en ambas mejillas, casi obligado por su madre, mientras notaba que una onda de calor invadía su cuerpo y sin poder evitarlo coloreaba sus mejillas.

Desde ese día ya estaba enamorada de él pero una barrera de ocho años los separaba y lo consideraba fuera de su alcance.

Ignoraba que entonces esa barrera era insuperable pero con el trascurso del tiempo sería fácilmente franqueable.

Pasaron tres años, estaban en 1870 y Amalia ya lucía unos maravillosos quince años, mientras Fadrique tenía veintidós.

Dicen que las hijas buscan esposo entre los hombres que más se asemejan a su padre, tanto en lo físico como en su forma de ser. Lo mismo puede ocurrir con los hombres y de ser así Amalia tenía la partida ganada, pues se parecía extraordinariamente a su tía de la que heredó su nombre y sus joyas.

Camilo siempre contaba que en su día reconoció a su hija Carmen por el extraordinario parecido que tenía con su hermana a la misma edad. Y la misma Carmen también se sorprendió en su día, cuando conoció a Adela, de la semejanza que tenían ambas a la misma edad.

Fue en el verano del 70 cuando Fadrique se dio cuenta de que Amalia había pasado de niña a mujer. Los casi filiales besos que le daba en sus mejillas, la primera vez que la veía cuando llegaba al pueblo, se convirtieron, a partir de entonces, en asiduos cada vez que se veían, entonces ya no eran de compromiso, y lo cierto es que no perdía la ocasión de hacerse el encontradizo con ella. Bien fuese en el castillo y cuando ella no acudía la buscaba por la playa o se acercaba a la tasca de Tonet para con cualquier excusa, si ella no salía antes, entrar en su casa para saludarla.

En los años sucesivos, ambos esperaban ansiosos la llegada del verano para reanudar su relación tras una larga espera. En el verano del 72 Fadrique ya tenía veinticuatro años y su madre lo apremiaba para que buscara una señorita de la buena sociedad valenciana para que la hiciera abuela y perpetuara el apellido de su difunto esposo.

Mientras Amalia, con diecisiete años, estaba en la flor de su vida y con una edad en que muchas mujeres ya habían probado las mieles del matrimonio

Ese año la espera se hizo más larga pues Fadrique completaba los últimos exámenes para terminar la carrera de derecho y obtener el título de abogado. Si lo lograba no tenía ninguna intención de regresar a Valencia para ejercer allí, pues su intención era quedarse en Yocla junto a su amada y aprender lo necesario para poder sustituir a su madre al frente de los negocios familiares.

Esta vez, cuando llegó desde Valencia, se presentó en casa de Carlos, antes que en el castillo como hasta ahora era preceptivo. Allí nadie se extrañó pues venía siendo habitual en los últimos tiempos. Saludo cortésmente a Consuelo, pues Carlos no estaba en esos momentos en casa, y por primera vez besó a Amalia en los labios, para seguidamente la retahíla de las buenas nuevas que portaba, mientras una atribulada Consuelo contemplaba atónita la escena. Ese no era precisamente un beso de amistad que hasta entonces creía era lo único que existía entre ambos jóvenes.

Nunca pensó que entre su hija y el hijo de la marquesa pudiese haber algo.

Comenzó a hacer cuentas porque unas enormes tenazas que solo existían en su mente comenzaban a oprimirle el corazón. Ya tenía ante sus ojos un caso similar al que padeció, hacía unos pocos años, con Cecé y Bárbara

¡A ver! El nexa común era como siempre Camilo, que era el padre de ella y el abuelo de él.

¿Eso era un inconveniente? Legalmente no, pues oficialmente Camilo nada tenía que ver con la Marquesa... Pero biológicamente hablando... Todo ello quizás podía equipararse a los primos hermanos que necesitan una dispensa Papal para contraer matrimonio. Normalmente siempre se daba siempre que estuviese bien pagada. Y si ese era el único impedimento como parecía, en este caso no sería necesario.

Decidió no calentarse más la cabeza, pues podía darse el caso, y por eso rezaría, que ese amor juvenil solo fuese un sueño de verano y todo quedase al final en agua de borrajas. Y de no ser así que fuese Camilo quien tuviese la última palabra.

Por otra parte la marquesa sabía tanto como ella y si no ponía coto al asunto no sería ella quien la enmendase.

Fue posiblemente el mejor verano de sus vidas. Estaban juntos desde que amanecía hasta el ano-

checer y luego siempre buscaba alguna excusa para que Consuelo lo invitase a cenar y poder alargar la velada hasta que prácticamente lo echaban de la casa.

Cecé y Bárbara ya se habían trasladado a la casa de Carlos y aquello parecía un guirigay y desde luego poco propenso para sus encuentros amorosos.

Fadrique y Amalia eran buenos nadadores y se alejaban de la playa, hasta que desde la arena, eran únicamente dos cabezas juntas en la lejanía que parecía que solo podían besarse. Pero quienes fueron jóvenes y buenos nadadores, sabían que allí existía un bajío que con la marea baja se podía hacer pie. ¡Y dentro del agua también era posible practicar el sexo! Eso no quería decir que ellos lo hiciesen, pero lo cierto es que se pasaban allí un par de horas largas y solo regresaban cuando la marea subía de nuevo y ya no se podía hacer pie.

Por otra parte para hacer el amor no faltaban sitios en Yocla. La casa de los fantasmas en la que nunca faltaba un colchón relleno con posidonias secas a disposición de los posibles amantes, era uno de ellos. Otro era, al anochecer, bajo las cuatro palmeras que según decía la tradición ocultaban el tesoro del pirata Barbarroja. Y multitud de sitios más, de forma que si la pareja no se había iniciado en el arte de Eros fue porque no quisieron.

De todas formas, por lo menos sus cuerpos ya los habían explorado tanto en seco como en remojo y lo cierto es que ambos estaban encantados con el del otro.

Carmen estudió la situación en los mismos términos que Consuelo y no observó ninguna causa que impidiese ese matrimonio. Amalia le agradaba, no era precisamente la princesa azul que había soñado para su primogénito, pero bien pensado eso solo era una utopía que raramente salía bien, como ya lo demostró su propio matrimonio. Los veía tan emperrados el uno con el otro que para que fuesen amantes el día de mañana y tuviesen que engañar a sus respectivos conyugues, con el peligro que eso acarrearía, mejor casarlos directamente.

Lo de la consanguinidad era relativo y de peores casos tuvo noticias, por otra parte solo lo sabía la familia mas íntima, y por lo tanto no temía habladurías de ninguna clase.

Pensado y hecho. La boda se celebraría a finales de octubre de ese año, cuando los calores del verano desaparecieran y todavía no hubiese llegado el frío invierno.

La boda indiscutiblemente se celebraría en Valencia, en la misma catedral y asistiría la flor y nata de la nobleza del antiguo Reino. Inmediatamente paso a su gabinete y en el buró comenzó a escribir una larga lista de invitado a los que añadió, en los días sucesivos, los nombres nuevos que le venían a la mente.

Tres días antes del fastuoso evento una numerosa caravana de coches salió de Alcoy. Camilo confeccionó su propia lista de invitados, incluyendo únicamente a la familia y a los amigos más íntimos. Las fábricas del magnate cerraron durante cuatro días en un hecho sin precedentes, pues se les pagó a todos religiosamente su salario con un generoso incremento para que celebrasen el acontecimiento por su cuenta.

Los diversos carruajes salieron de sus respectivas casas y se concentraron en la Plaza de San Agustín, para salir posteriormente todas juntas formando caravana.

En las aceras de las calles del Mercado y San Lorenzo se concentraban los trabajadores, en cierta forma era una forma de agradecer los cuatro días de asueto que les había concedido su patrono, y los curiosos a la espera de que pasase ante sus ojos el espectáculo.

Eso no se veía todos los días y la gratificación, algunos ya la habían gastado en ponerse a tono, y sobre todo las inesperadas vacaciones bien lo merecían.

Camilo había previsto unos descansos intermedios en el camino y un cambio de caballerías en Játiva que les serviría además para comer.

Pensaban llegar ya de noche a Valencia en donde había reservado un hotel para ellos y sus invitados.

En el coche de Camilo, aparte Martina iban también Marcela y Ana. A su esposa le pareció bien

que llevasen a la primera, pues al fin y al cabo eran consuegros, pero a la otra...

Martina ignoraba la relación que mantuvo y todavía mantenía con su esposo, pues en caso contrario nunca lo hubiese consentido. La condenada era demasiado hermosa para tenerla tanto tiempo ante los ojos de Camilo.

En la primera parada que tuvieron así se lo expresó y su esposo trató de apaciguarla asegurándole que solo se trataba de las esposas de sus mejores amigos, y que teniéndolas presentes era como si ellos también estuvieran.

Comieron en Játiva cuando la tarde estaba bastante avanzada. De allí a Valencia, con terreno liso por delante, fue un paseo.

Valencia le molestaba a Camilo por su humedad, y en los años que vivió allí solía salir a constipado mensual. La odiaba pero el protocolo exigía que la boda se celebrase allí y no podía evitarlo.

El hotelito que había reservado en exclusiva Camilo en Valencia era de escasa capacidad pero suficiente para albergarlos a todos. No era nada del otro mundo, pero el ambiente era familiar y estaban ellos solos sin gente extraña por en medio. Por otra parte estaban a escasos cincuenta metros de la catedral y podían acudir el día de la boda incluso a pie.

El trayecto estaba adoquinado pero bastante sucio, por lo que Camilo contrató que unos instantes antes de que saliese la comitiva, alguien extendiera una alfombra para que no se ensuciasen los bajos de los trajes de las señoras ni los botines de los varones.

Carlos, Consuelo y la novia, junto con Cecé y su familia, llegaron al día siguiente en la comitiva de la marquesa, procedentes de Yocla. Estaban invitados en el palacete de Carmen, pero prefirieron instalarse en las habitaciones del hotel que les ofreció Camilo.

Esa noche celebraron una cena homenaje de despedida en honor de la novia que no tenía nada que envidiar al convite del día siguiente.

La boda fue todo un espectáculo y tuvo hasta su reseña en las notas de sociedad de los diarios de la época.

XXXXX  
XXX  
X



Mientras en España ocurrían cosas que no abogaban por la tranquilidad precisamente.

Los alegatos contra la monarquía, representada por Isabel II, era el pan de todos los días. Y aunque esta, en un gesto de buena voluntad, enajenó parte de su patrimonio para alcanzar los 600 millones de reales que precisaba la hacienda Pública para equilibrar sus cuentas, no fueron suficientes para apaciguar los ánimos. Pues Castelar, con su privilegiada oratoria, denunció que los bienes de la reina correspondían a todos los españoles y ese gesto no era de agradecer, aparte de que ese dinero se intentó devolverlo bajo mano.

En septiembre de 1868 los astros debieron de alinearse de forma extraña, pues todas las desgracias para algunos y las bendiciones para otros llegaron juntas.

Los dos grandes soportes de la monarquía que eran O'Donnell y Narváez murieron con escasos meses de diferencia. Solo quedaba una España en la que todo el mundo conspiraba y los panfletos clandestinos eran más leídos que la prensa, que no es que mintiesen, pero todos sabían que estaba censurada.

Isabel II quiso mostrar su fuerza nombrando presidente del gobierno a González Bravo, cuyos métodos policíacos eran peores que los de Narváez. Su gobierno entre los que estaba como ministro Roncali, el Conde de Alcoy, fueron testigos del desmoronamiento de la monarquía en España.

Durante ese verano se gesta todo, con Zorrilla, Sagasta y Prim conspirando en Londres hasta que llegó septiembre. El almirante Topete subleva la flota que estaba fondeada en Cádiz, mientras Prim tomaba el mando de la guarnición de Barcelona y Serrano, al frente de la de Sevilla, organizaba una columna que se enfrente y gana a la del Marqués de Novaliches en el puente de Alcolea.

Desde Cádiz se lanza la proclama de los sublevados que sintetiza espléndidamente la situación que vive España en esos momentos.

“Hollada la ley fundamental, convertida, siempre, antes en celada que en defensa del ciudadano, corrompido el sufragio por la amenaza y el soborno; dependiente la seguridad individual, no del derecho propio, sino de la irresponsable voluntad de cualquiera de las autoridades; muerto el municipio; pasto la administración y la hacienda de la inmoralidad y del agio; tiranizada la enseñanza; muda la prensa y solo interrumpido el universal silencio por las frecuentes noticias de las nuevas fortunas improvisadas...tal es la España de hoy...

Queremos que una legalidad común, por todos creadas, tenga implícito y constante el derecho de todos... Queremos que un gobierno provisional, que represente todas las fuerzas vivas del país, asegure el orden, en tanto que el sufragio universal echa los cimientos de nuestra regeneración social y política.

¡Viva España con honra!

La reina que por suerte estaba veraneando en San Sebastián y no en Benidorm, ya sé porque los reyes elegían precisamente ese sitio, cruzó la frontera francesa con su esposo y sus dos hijos: el futuro Alfonso XII y su hermana Isabel, más conocida como la chata.

Prim se da a conocer en Barcelona y los vencedores de Alcolea desfilan por Madrid. El primero finalmente se traslada a Madrid y se forma un gobierno provisional que presidido por Serrano, los unionistas y progresistas se reparten las carteras.

Las primeras medidas no pueden ser más esperanzadoras: separación de culto, sufragio universal, libertad de imprenta, supresión de contribución de consumo, sustituida por otra única, directa e individual. Es decir como si ya estuviésemos en París pero sin el Molino Rouge.

Pero eso no significó la felicidad completa, pues hay países que no pueden vivir sin un rey y ese parece ser el sino de España.

Prim estaba dispuesto a sacar uno aunque fuese del mismo infierno. Pero no podía ser un Borbón pues ya estaban de ellos hasta el gorro, lo malo es que no todos quieren venir. Probó por aquí y por

allá y finalmente encontró a uno en Italia: Amadeo de Saboya, duque de Aosta. Un rey aparentemente progresista y por lo tanto del gusto de la izquierda, que además se había enfrentado hasta al pontificado.

Pero indudablemente solo era un hombre de paja que se sostendría únicamente con el apoyo de una mano fuerte. Desgraciadamente, mientras esperaban al nuevo rey, alguien decidió cortar por lo sano y asesinar a su protector. Después todo fue cuestión de esperar.

## CAPITULO XIX

### Lo mismo pero en Alcoy

Camilo no se enteró de nada. Estaba entonces en plena pubertad y su única obsesión era tirarse a su hermana Amalia, aunque a lo más que llegó, viendo a través del ventanuco como se masturbaba, a pegarse una paja a su salud.

Más adelante, cuando se reencontraron en Yocla, ella se lo contó todo y entonces comprendió muchas cosas.

El movimiento ludita en Alcoy comenzó cuando el solo tenía once años. Supuso la respuesta primitiva de los trabajadores ante las nuevas maquinas que hacía que los patronos prescindieran de muchos puestos de trabajo. No era una cosa nueva pues tuvo sus precedentes en Inglaterra y otros países europeos. Las noticias no corrían tanto por entonces, pero en todos los sitios existían manos negras que de una forma u otra incitaban a los obreros y les decían lo que tenían que hacer para oponerse.

En julio de 1821 mil trabajadores llegaron de distintos pueblos de los alrededores de Alcoy y comenzaron a destruir las maquinas que consideraban les perjudicaban.

Uno de los afectados fue el padre de Camilo. Destruyeron dos de sus maquinas, pararon la producción y aunque endeudándose, intentó durante algunos años salir a flote, ya no lo consiguió.

Fue el principio del fin, hasta que finalmente, desesperado, se quitó la vida. El juego, que todos señalaron como la causa, fue solo la consecuencia.

No a todos los patronos los trataron igual, y en la elección de los perjudicados mucho tuvo que ver las manías y el odio que muchos empleados sentían por sus empleadores.

Cuando lo supo, aunque por entonces bastante tenía con ser cura y por su mente no pasaba la intención de convertirse en empresario como su primogénito, seguro que si llegaba el caso sería como un padre para sus obreros y eso nunca le ocurriría.

Ahora que tenía esa posibilidad así venía haciéndolo y en las continuas huelgas que se organizaban por entonces, en pleno proceso revolucionario, sus empresas apenas se veían involucradas.

En ocasiones sus empleados se veían presionados por los piquetes y le pedían los dispensara de acudir a sus puestos de trabajo, pues en ocasiones esa presión se extendía hacia a sus esposas e hijos.

Él lo comprendía, les animaba a que no fuesen cuando peligraba su integridad física y a finales de semana cobraban como si la hubiesen trabajado completa.

Camilo sabía que cuando todo terminase, sus empleados recuperarían, una por una, todas las horas perdidas.

Agustín Albors, fue alcalde de Alcoy de 1855 hasta 1869, año en que obtuvo el acta de diputado. Terminada la legislatura regresó a su ciudad natal.

En febrero de 1873, año de su asesinato, se presentó de nuevo a la alcaldía por las circunstancias adversas que atravesaba el país y se veían reflejadas en la sociedad alcoyana. Catorce votos a favor y seis abstenciones, nadie se opuso, lo proclamaron.

Camilo era amigo de Agustín y algunos insinuaban que incluso eran parientes lejanos. No hay que olvidar que el segundo apellido del alcalde era también Blanes.

No coincidían en sus ideales. Camilo era conservador y Agustín progresista, pero estaban condenados a entenderse, pues ambos se necesitaban y en cierta forma hasta se complementaban.

Con la huida de la reina el grito de: “Viva España con honra”, se escuchó en toda la nación.

En Alicante hubo enfrentamientos del pueblo con las fuerzas del gobernador militar que fueron rápidamente reprimidas. Este, con las manos libres, dirigió entonces sus fuerzas sobre Alcoy, que era el segundo baluarte de la provincia, en donde el mismo día veinte, Agustín Albors proclamó la libertad y organizó una junta revolucionaria. Los obreros se adhirieron al movimiento.

Pero desde Alicante llegó el día 22 de septiembre la guardia rural al mando del Teniente Oliver, enviado por el gobernador, y el veintitrés un destacamento de guardias civiles reforzados por una columna que llegaba desplazada desde Albacete.

Los primeros en llegar fueron los del teniente Oliver. Los obreros trataron de impedir su entrada en la población, pero el teniente no se anduvo con chinitas, y disperso la algarada a base de tiros, causando la primera víctima. Pero Albors continua dominando la situación.

Hace rehenes, monta barricadas a la entrada de la población para hacer frente a las tropas enviadas por el gobernador Aparicio. Que finalmente se quedan estacionadas en los alrededores de la ermita de San Antonio a la espera de acontecimientos.

Los sublevados de Alcoy, para intimidar a los asaltantes, amenazan con fusilar a los procedes locales no afectos a su causa y que tiene como rehenes.

Una tarde, ajeno a cuanto ocurría a su alrededor, Camilo estaba encerrado en su despacho de la calle de San Nicolás entreteniéndose en sus cosas. Prácticamente solo en su casa pues Martina dormía la siesta en su habitación recuperándose de la noche toledana que habían tenido ese mismo día.

Carmen, la guardesa, le anunció que cuatro hombres, que decían venían de parte del alcalde, preguntaban por él.

-¿Qué quiere Agustín de mí? – preguntó, extrañándose que fueran cuatro los que venían a darle el recado cuando con uno sobraba.

No le dio tiempo a más pues los cuatro hombres, que habían seguido a Carmen sin que ella lo advirtiese, se abalanzaron sobre él, ante los asombrados ojos de Carmen que no creía lo que estaba viendo, le pusieron una saco sobre la cabeza y le dieron un fuerte golpe en la misma con un objeto contundente que le hizo perder el sentido.

Cuando despertó se encontraba en una especie de calabozo, acompañado por otros siete hombres a los que conocía por ser otros tantos industriales de la población y con los que tenía alguna que otra relación comercial, lo malo es que no podían comunicarse pues estaban todos atados y amordazados.

Mientras tanto Carmen no sabía qué hacer, quiso ponerse en contacto con Jorge o Fernando, pero no los localizó en ninguna parte. Posiblemente se hubiesen dado cuenta de la situación con tiempo y habían puesto tierra por en medio. Su esposo Jacinto, lo mismo que sus hijos no estaban.

-Vamos a ver qué pasa.

Fue lo único que le dijeron antes de marcharse y dejarla a solas.

Carmen cerró una vez más el portón de la entrada y marchó calle de San Nicolás arriba en busca de su hija Sofía. La encontró en su casa en compañía de su hijo Manuel y dando el pecho a Paloma su hija recién nacida.

Le contó ofuscada lo ocurrido pero esta tampoco sabía qué hacer. Eran circunstancias que se escavan a su capacidad.

-¿Tal vez David? – pensó en voz alta- ¡Madre tenga la niña que voy a ver!

Se asomó al balcón y por suerte vio a David hablando con Don Cosme a la puerta de la escuela. Lo llamó a gritos hasta que él dirigió su mirada hacia el balcón y después con la mano le apremió para que subiese.

Estaba tan desesperada que a David le pareció le hubiese pasado algo a su hija, por lo que se despidió inmediatamente de su colega, saliendo corriendo y subiendo de tres en tres los escalones de la escalera.

Sofía le contó, completamente alterada, lo ocurrido.

-¡Ah! ¿Es eso? – le respondió aliviado de que su alteración no tuviese nada que ver con su hija, que por otra parte, ya alimentada, dormía plácidamente en brazos de su abuela.

-¡Como que eso! ¿No piensas hacer nada?

-¿Qué quieres que haga?

-¡No sé! Tú tienes contacto con gente importante. ¡Por lo menos puedes averiguar lo ocurrido!

David lo tenía fácil, aunque no se lo podía contar a ella. Sabía que el comité revolucionario había decido secuestrar diez personas importantes de la comunidad, todos ellos conservadores por supuesto, para que sirviesen de rehenes ante los atacantes. Se habló incluso de hacer un paripé, como que iban a fusilarlo pero no llegarían a tanto. Aunque claro estaba en ocasiones las cosas se van de las manos y ocurren cosas indeseables.

-¿Tanto te importa ese hombre? – le dijo, algo celoso, y poniendo un punto de intención en su pregunta.

Sofía iba a decirle que era el padre de su hijo, pero gracias a Dios se contuvo a tiempo, pues la reacción de su esposo podía ser impredecible. Una cosa es que fuese fruto de una relación fallida con un antiguo novio y otra que se tratase de la violación, así lo consideraría él en su mente calenturienta, de una criada por su patrono. Y eso, en las circunstancias actuales, no podía perdonarse.

-Es el hombre que ha sacado de la miseria a mí y a mi familia. Dándonos trabajo y tratándonos como personas y no como esclavos. ¿Te parece poco?

Carmen, sentada sobre la cama acunaba a la nieta, mientras asentía con la cabeza a todo lo que decía su hija.

David viendo el estado anímico de su esposa no tenía más remedio que intervenir, no fuese que se le cortara la leche y redundara en perjuicio de su hija. No sabía todavía como, pero lo haría.

-De acuerdo – le dijo – Tal vez se me haga tarde. Luego no me riñas por llegar a deshoras – bromeo mientras sonreía y trataba de quitarle importancia al asunto.

-Yo me quedaré con ella hasta que regreses – añadió Carmen.

David asintió. Besó a Sofía y a sus dos hijos y salió de la casa.

En un principio pensó en acudir a ver a Agustín Albors, sabía que conocía al viejo Camilo, lo apreciaba y no permitiría le ocurriese nada malo, pues les había visto varias veces charlando a ambos en franca camaradería. Probablemente no supiese que fuera uno de los detenidos quienes con toda seguridad se escogieron al albur, pues la mayoría, en estos casos, solían esconderse en sus masías y allí, con tanto escondrijo, no había Dios que los encontrase. Pero probablemente estaría muy ocupado y le costaría hacerse con él. Decidió recurrir únicamente a su persona si no quedaba más remedio.

Preguntó a varios de sus camaradas que encontró en la Plaza de San Agustín, en donde por otra parte se encontraba medio Alcoy, hasta que uno pudo decirle en donde estaban encerrados. Estaban en el sótano de una fábrica en ruinas y abandonada sita en el curso del río Molinar.

Bajó con paso apresurado por la calle Mayor, para desviarse inmediatamente por la del Caracol, por las curvas en zigzag que tenía la calle para poder salvar el desnivel que existía hasta llegar al lecho del río.

Sabía en donde se encontraba esa fábrica, pues allí solían celebrar algunas reuniones clandestinas, aunque siempre acompañado por alguien que conocía el camino mejor que él.

Cuando llegó a su altura la reconoció inmediatamente, pues sus paredes estaban ennegrecidas a consecuencia de un incendio. No fue un accidente, pues según le contaron estaba en ruinas y ocupada por los trabajadores ya que sus sótanos permanecían intactos.

Un industrial la adquirió y trató de reconstruirla. Esperaron a que lo hiciese y luego la incendiaron de nuevo pues la consideraban suya. El empresario insistió y de nuevo la puso en condiciones, pero potro incendio una semana después la dejó como estaba. El hombre entendió la indirecta y finalmente desistió.

Su presencia no fue bien recibida por sus moradores, hasta que uno de ellos lo reconoció.

-¡Che! David ¿Qué haces aquí?

Parecía el jefe de la cuadrilla o por lo menos el que llevaba la voz cantante. Eso lo animó.

-Vengo a recoger a uno de los rehenes

-¡Otro! ¡Joder! Nos vais a dejar sin ninguno.- ante el gesto de extrañeza del visitante, continuó – Ya han recogido a dos y solo me quedan ocho.

-Pues te tendrás que arreglar con siete.

-No sé si estas autorizado. Los otros dos han sido órdenes directas del Jefe.

-Si consideras que es preciso hablar con él. De acuerdo. Lo haré... Pero entonces no te deberé ningún favor y al final conseguiré mis propósitos. Así es que elige. A mí me da lo mismo.

El hombre consideró que no valía la pena enemistarse con el maestro, pues no ignoraba que llegó en su día desde Madrid y estaba respaldado por gente importante. Al fin y al cabo a los rehenes lo había elegido él y si hacía falta iría a por tres más y completaría el cupo exigido.

-Vale... pero ya sabes que me debes una. ¿A quién quieres?

-A Camilo Blanes...

-Buen padrino te has buscado – le respondió el otro con una sonrisa de complicidad en su desdentada boca.

Al cabo de un buen rato sacaron a Camilo con las manos atadas a la espalda y con los ojos vendados.

-¿Cómo esta? – preguntó David.

Camilo asintió con la cabeza y de sus labios salió un débil y casi inaudible “Bien”

-Llévatelo así y no le sueltes la venda de los ojos hasta que estéis bien lejos. No debe saber en donde ha estado.

David lo cogió del brazo y lo condujo por un intrincado camino de piedra y dando un pequeño rodeo lejos del cubil en donde estuvo retenido. Por suerte ya había oscurecido y nadie podía apreciar desde la distancia que llevaba a un hombre atado y vendado sus ojos. Tampoco se cruzó con nadie. Parecía que todos estaban concentrados en la plaza a la espera de acontecimientos.

Cuando llegaron al pie de la cuesta de la calle caracol, sacó una navaja y cortó la cuerda que lo sujetaba a la vez que le libraba de la venda que cubría sus ojos.

Durante el recorrido en solitario no habían cruzado palabras y Camilo ignoraba quien era su libertador. La única pista que tenía es que habló en castellano a sus captores y estos le respondieron en el mismo idioma pero con claro acento alcoyano.

-¿Tú eres el marido de Sofía? – le dijo apenas lo reconoció.

-Exacto. Su madre vino a mi casa contando lo ocurrido y en busca de auxilio. – le respondió mientras subían la empinada cuesta de la calle – He movido algunos hilos y por suerte he podido conocer su paradero.

-¿Estás metido en todo esto?

- No. ¡Por Dios! Pero como maestro me respetan en ciertos ámbitos...

Camilo no lo veía nada claro, ni le convencía su respuesta pero tampoco quería atosigarlo a preguntas, no fuera que aun tuviese que arrepentirse. Estaba claro que tenía un enemigo delante y que si lo ayudó fue por petición expresa de Sofía. ¡Cuánto tenía que agradecerle a esa chica! Le hubiese podido sonsacar algo más. Como por ejemplo como consiguió que lo liberasen, pero no se atrevió. Con toda seguridad estaba metido en el ajo.

No hablaron más hasta llegar a la calle Mayor.

-¿Tiene algún sitio en donde ir?

-A mi casa...

-Allí no. Pueden volver.

Camilo dudó

-Si. Tal vez...

-No me lo diga, prefiero no saberlo. Escóndase algunos días allí, hasta que esto se tranquilice.

-Pero mi esposa...

-Carmen le dirá que ha tenido que esconderse en un lugar secreto y ella lo comprenderá.

Cuando llegaron a la plaza, David se separó de su lado después de estrechar su mano. Se fue hacia el ayuntamiento en busca de noticias o tal vez para contarle a alguien lo que terminaba de hacer.

Pensó en esconderse en casa de Marcela, que con toda seguridad lo recibiría con agrado, pero estaba demasiado cercana a la suya, era algo histérica y en situaciones como esta eso no era nada aconsejable y por último tampoco era la persona adecuada para guardar durante algún tiempo un secreto.

La otra opción era la casa de Luis, no tendría ningún problema con él y la oportunidad de quedarse a solas con Ana, cuando su esposo por cualquier causa tuviese que salir.

El portón de su casa por suerte estaba abierto y no llamaría la atención golpeando con el picaporte la puerta, subió las escaleras y con los nudillos llamó discretamente la puerta de la casa. Tuvo que repetir la operación un par de veces hasta que Luis le franqueó la entrada. Al ver su lamentable estado le hizo pasar inmediatamente.

Se abrazaron. La cabeza de Camilo presentaba un fuerte golpe del que había manado bastante sangre, aunque ya estaba coagulada formando una costra en el pelo de su cogote y manchando el cuello de su camisa y chaqueta.

-¡Dios mío! ¿Quién te ha hecho esto? – exclamó Ana apenas lo vio y apartó a su esposo para colocarse junto a él y examinar la herida.

Cogió a Camilo por el brazo y casi lo arrastró hasta sentarlo en una silla del comedor. Después calentó agua en un perol, apartando del fuego la cena que estaba preparando, y la traspasó a una jofaina apenas estuvo tibia.

Luis mientras le ayudaba a desprenderse de la ropa sucia y le proporcionó ropa limpia de su propio vestuario.

Cuando finalmente estuvieron los tres juntos, Camilo les contó lo poco que sabía de lo ocurrido.

-Solo sé que entraron en mi casa cuatro o cinco tíos, me metieron un saco en la cabeza y me dieron un golpe que hizo perdiera el sentido. Cuando desperté estaba en un sótano encerrado con otros hombres. En el tiempo que estuve no nos dieron ni agua ni comida. Menos mal que después me sacaron y me entregaron al esposo de Sofía que vino a reclamarme. El mismo me ha recomendado no regrese a casa hasta que pase todo esto no sea que regresen a por mí.

Ana mientras intentaba quitarle la costra de sangre. Le hacía daño en ciertos momentos, pero a su vez el contacto de sus manos sobre su cabeza y el aroma de su cuerpo al tenerla tan cerca lo reconfortaban.

-Faltaría un desinfectante – insinuó ella

-Creo que no hay – respondió su esposo.

-Baja a la botica.

-¿Estará abierta?

-Si no lo intentas nunca lo sabrás – le respondió ella con voz autoritaria.

Camilo agradeció quedarse a solas con ella.

Apenas escuchó la puerta cerrarse en la lejanía y sin ni siquiera comprobar que Luis había salido, cogió a Ana de la cintura, la sentó en su regazo y la llenó de besos por toda la cara.

-¡No seas loco! – exclamó, para seguidamente bajar la voz – Luis puede no haber salido de la casa.

-Él nunca desconfiará de un amigo.

Le metió la mano por debajo de la falda y ella se resistió tímidamente hasta que llegó a sus muslos, pero entonces se rindió dejándose hacer.

La masturbó mientras la besaba y ella gemía de placer. La botica estaba a la vuelta de la esquina y no tardaría nada en regresar, todo dependía de la gente que hubiese allí esperando. Ella estaba a punto y él también, pues su miembro, excepcionalmente, pugnaba por escapar de su pantalón. Estaba a punto de sentarla a horcajadas sobre sus piernas cuando una llave dio una vuelta en el interior del paño y ella tuvo que levantarse precipitadamente. Luis los encontró como los había dejado apenas unos minutos antes.

Todos los días Luis salía en busca de noticias y no regresaba hasta el filo del mediodía, lo que daba a los amantes tiempo suficiente para desahogar sus instintos más primitivos. Cuando terminaban,

Ana solía salir para realizar algunas compras. Los alimentos comenzaban a escasear y se cotizaban a precio de usura.

-Dentro de poco no se podrá comprar nada – solía quejarse Ana cuando regresaba, a la vez que rechazaba las monedas que Camilo intentaba ofrecerle

Por suerte los secuestradores no se habían molestado en registrarlo y quitarle el dinero oculto en el dobladillo de su chaleco.

A primeras horas de la tarde llegó Luis con noticias frescas.

-Según parece los atacantes insisten en rendir la ciudad. Para intimidarlos Albors ha amenazado en ejecutar unos rehenes que tiene...

-¡Dios santo! Probablemente son los que estaban conmigo – intervino Camilo – pero David me aseguró que solo intentaban asustarnos...

-Tal vez han cambiado de opinión – insinuó Ana - ¡De buena te has librado! - añadió mientras lo abrazaba emocionada ante la indiferencia de su esposo.

-Pronto sabremos si solo en un farol... - agregó Luis mientras sacaba la petaca de su bolsillo, colocaba una pizca de tabaco en un papel y con su única mano liaba increíblemente un pitillo.

Comieron frugalmente pues Ana estaba decidida a racionar las pocas provisiones que quedaban en la casa y las escasas que consiguió ese día, por si la situación empeoraba.

De vez en cuando el matrimonio se asomaba a la ventana que daba a la calle de San Nicolás, para captar el ambiente que se respiraba entre la población, mientras Camilo permanecía en un segundo plano para no ser visto.

-¡Van a fusilarlos! ¡Van a fusilarlos!- exclamaba un chiquillo de apenas diez años mientras corría calle abajo.

-Voy a ver qué pasa – intervino Luis impaciente mientras se ponía precipitadamente la chaqueta.

-No te metas en líos – le advirtió Ana cuando lo besó al despedirlo.

Cuando el esposo salió, ambos se acurrucaron en un extremo del sofá cogidos de las manos, mientras que Ana, tras superar un escalofrío de miedo, le susurraba.

-De buena te has librado...

Poco después Luis regresaba con nuevas noticias.

-Gracias a Dios no ha ocurrido nada, pero han estado a punto...

-Pero. ¿Qué ha pasado? – se impacientó Camilo

-Han llegado a tener a los siete pobres hombres arrodillados y con sendas carabinas apuntando a su nuca. Uno por lo menos se ha ornado encima si no iba acompañado por algo más sucio.- paró unos instantes para recuperar energías y quitarse de encima el jadeo que le embargaba, pues con toda seguridad regresó corriendo – Menos mal que se ha presentado el cura de Santa María, Don Manuel Belloch, que con una cruz en sus manos se ha arrodillado delante del Alcalde y ha solicitado clemencia impidiendo diese la voz de fuego. Finalmente todo ha quedado en aguas de borrajas y con el desagrado de algunos cabrones que ya olían la sangre.

-¡Dios mío! - exclamó Camilo al ver de la que se había librado –me veo en una así y me muero del susto.

-De todas formas esto no ha terminado, pues las fuerzas atacantes, según parece, piensan entrar en Alcoy a sangre y fuego.

El día 26 les despertó unas descargas de fusilería que parecían ya estaban el 24 de abril y en pleno alarde de las fiestas de moros y cristianos.

Luis se marchó de nuevo a investigar que pasaba, y para que Ana no se inquietara si tardaba, le advirtió que no llegaría antes del mediodía. Está, atemorizada, se metió en la cama de Camilo aterrada de frío, que no hacía, y muerta de miedo.

Hicieron el amor como si fuese su última oportunidad y con el palpito que de un momento a otro entrarían los atacantes disparando sobre ellos. Si tenían que morir por lo menos que fuese de



esta forma. Por suerte no fue este el caso y Camilo repitió hasta que las fuerzas lo abandonaron.

Regresó Luis a la hora de la comida, con alguna que otras viandas y trasmitiéndoles las últimas noticias que corrían por la calle.

Ya se sabía que los rehenes habían sido liberados previo pago, entre todos, de 80.000 duros destinados a la causa y que sus familiares se apresuraron a reunir.

La gente decía que se destinarían para la compra de armas, mientras que otros, menos crédulos, insinuaban que algunos se los habían tirado al colete. Cuando entrasen los realistas y pasasen lista ya sabrían quienes eran.

Las cuentas de 10.000 duros por barba que probablemente establecieron para liberar a los ocho rehenes no salían, ya que Camilo ya no estaba y los otros siete tuvieron que pagar su parte. Se juró que los resarciría con creces cuando todo esto terminase.

Desde Alicante siguen enviando refuerzos que entablan duros combates con los sublevados de Alcoy, pero sin conseguir entrar en la ciudad..

La junta revolucionaria impone penas y hace numerosas detenciones, mientras el terror se apodera de las familias alcoyanas.

Una nutrida agrupación de fuerzas se acerca a Alcoy al mando del general Rentero y el 27 de septiembre disparan contra la atemorizada población alcoyana, que ya no sabían si era mejor huir que quedarse. Pero fuera tampoco estaban seguros. Palloc el líder de la revolución en Elda fue derrotado y huyó junto a algunos de sus acólitos. Ahora estaban entre Alcoy y Cocentaina y las fuerzas sitiadoras estaban también dándoles caza y disparaban contra todo el que se moviese por la zona.

Cuanto le hubiese gustado a Camilo estar escondido en la masía en donde había muy pocas posibilidades de que fuesen a buscarlo, o mejor aún, en la pequeña casita de Ana y a ser posible junto a ella.

Según la Gaceta del día 27 de septiembre, solo Alcoy y Béjar resisten. Precisamente dos poblaciones cuyo fuerte era la industria textil y estaban apartadas de las principales vías de comunicación.

Ese mismo día, visto que todo estaba perdido, la junta revolucionaria decidió claudicar, pero no rendirse.

Visto que las tropas de Rentero llegaban desde Villena y portando piezas de artillería, decidieron huir por la parte contraria, dejando las puertas de la población cerradas y las calles repletas de multitud de barricadas.

Viendo el aparato hostil que presentaba la Ciudad dio orden de disparar la artillería. Menos mal que otra vez el Cura Belloch, otros sacerdotes y cuatro señoras de la congregación de San Vicente de Paul, entre las que se encontraba Martina, desesperada por la desaparición de Camilo y no fiándose de que Carmen le asegurase estaba a salvo, ya que su esposo no podía prescindir de ella. La pequeña comitiva intercedió ante el general y se presentaron como garantía de que los revolucionarios habían huido y el pueblo les recibiría pacíficamente.

Camilo aun tardó un par de días más en presentarse en su casa, ante la desesperación de Martina que ya lo creía muerto. Pero es que el magnate se lo había pasado tan bien que tenía pocas ganas de dejar a Ana.

Si Martina se esperaba un esposo ansioso de sexo y con el depósito lleno después de tanto tiempo de abstinencia, se equivocó. Encontró todo lo contrario y a decir verdad no lo comprendía.

XXXXX  
XXX  
X

Sofía le quedaría eternamente agradecida a su esposo por salvar a Camilo. Esa noche hicieron el amor como hacía tiempo que ya no lo hacían.

Los realistas entraron en la ciudad y fueron recibidos por una comisión en la que no faltaba un representante religioso, el juez de primera instancia, primeros contribuyentes y vecinos honrados. En un acto sencillo les suplicaron tomaran posesión de la población después de alzar bandera blanca en los más alto del la torre de Santa María.

Cuando se entero David, temiendo por su integridad, cogió una depresión de caballo y se metió en la cama tapándose incluso la cabeza. Ahora vendrían las purgas y si alguien se iba de la lengua vendrían a buscarlo. No quiso huir con los otros y ahora lo pagaría.

Así estuvo hasta que le llegó la noticia de que los realistas habían sido derrotados en Alcolea y la reina huida a Francia.

Sofía supo entonces que su esposo estaba implicado en la revolución y esta por suerte había ganado. Mientras estuvo su esposo metido en el lecho sin querer comunicarse con nadie, incluso con ella, le dio tiempo a pensar y deducir que David estaba metido en el ajo. La facilidad con que liberó a Camilo así lo demostraba.

¡Qué tonta había sido! Llevaba más de un año casado con él y no se había enterado de nada. Ahora por lo menos ya sabía algo y comprendía el motivo de esas extrañas reuniones hasta altas horas de la madrugada, con excusas pueriles y difíciles de creer. Que le llevó a considerar que pudiese tener una querindonga y enfriar sus relaciones conyugales.

Ahora por lo menos sabía que la querida era la revolución, pero eso no la desinquietó ni un ápice.

Cuando parecía que la cosa se había calmado y llegó la normalidad, comenzó de nuevo. A finales de noviembre de 1870 le comunicó que tenía que desplazarse a Madrid. Su madre estaba enferma y reclamaba su presencia. Desde que lo conocía no habían recibido una carta de su familia en casa, y si por casualidad las recibía en el colegio nunca se las mostró. Ahora estuvo tentada de pedirle se la enseñase, pero no lo hizo para no mostrar desconfianza. Pero lo cierto es que tenía la mosca detrás de la oreja.

Su suspicacia aumento cuando al preguntarle el tiempo que pensaba estar fuera le respondió “Un mes, o tal vez algo mas” ¿Tanto se necesitaba para visitar a su madre?

No quiso iniciar una nueva disputa y se encerró en la sala, desde allí escuchó el portazo que dio él cuando se marchaba. Creía recordar incluso que en cierta ocasión hablando de sus padres le dijo que ya estaban muertos, pero no podía jurarlo. Siempre se mostraba esquivo cuando trataba de hablar de su familia y cortaba rápidamente la conversación. Era para volverse loca. Posiblemente ahora estaba de nuevo engañándola. Otra mujer no era desde luego, pues ahora tomaba de la precaución de casi obligarlo a hacer el amor cada noche que llegaba a altas horas de la madrugada, aunque estuviese cansado y se mostrase reticente, De esa forma confirmaba que no había estado con otra.

Suponía que eran cuestiones políticas las que lo apartaban de su lado y ya comenzaba a desagradarla esa situación.

Aunque él no quería, se empeñó en acompañarlo a la salida del carruaje que le llevaría a Játiva, en donde tomarían el tren que les conduciría a Valencia. Junto a él viajaban dos matrimonios y dos individuos que Sofía creyó reconocer por haberlos vistos en alguna ocasión conversar con su esposo a las puertas de la escuela. Pero en esta ocasión no parecían conocerse y ni siquiera se saludaron ni dirigieron la palabra.

XXXXX  
XXX  
X

Quince días después de su huida, Albors regresa para ocupar su puesto en la alcaldía de Alcoy y con los meritos suficientes, además, para presentarse a las elecciones a Diputado en las Cortes, por el grupo republicano, y resultar elegido.

Con el dilema de alentar a las partidas de federalistas que sobreviven en la provincia, como las de Palloc, Tomaset de Petrel o la Froilán Carvajal, que tratan de imponer los ideales que el mismo defiende, y su obligación de reprimirlas como representante de la ley.

Amadeo de Saboya fue elegido Rey de España en la sesión de las Cortes de 16 de noviembre de 1870.

La intención de los republicanos era asesinarlo apenas pusiese los pies en España, pero en ese caso Prim, su promotor, podía elegir a otro. Aunque ese otro se lo pensase dos veces antes de aceptar.

A alguien se le ocurrió siguiendo el viejo refrán de “muerto el perro se acabó la rabia”, que si el asesinado fuese Prim en vez del Rey, se terminaba de un plumazo con el asunto, pues el nuevo monarca, sin su soporte, duraría menos que un caramelo a las puertas de una escuela.

El 27 de diciembre de 1870, al anochecer, unos individuos con la cara cubierta esperaban en la calle del Turco al paso del coche del general, que era hombre, para su desgracia, de costumbres fijas. Dispararon sobre él dándose posteriormente a la fuga. No fueron localizados entonces los agresores, ni se pudo aclarar luego este lamentable y misterioso suceso, cuya inspiración solo puede ser atribuida a una mano poderosa, entre los múltiples enemigos contrarios a su ideología.

Según relata “El Imparcial” en su edición del día siguiente y según un reportero que se encontraba ¿casualmente? En el lugar de los hechos.

“El presidente del Consejo de Ministros, salió anoche a las siete y media del Congreso, dirigiéndose en un carruaje al Ministerio de la Guerra acompañado por sus ayudantes: señores Nandin y Moya.

Al llegar a la calle del Turco se encontraron dos coches detenidos al final de la misma, desembocando ya en la de Alcalá.

El carruaje del General hubo de detenerse ante aquel entorpecimiento, al parecer casual, y para ver en qué consistía la detención, se asomó a la portezuela el ayudante señor Moya, que iba en el vidrio, mientras el general Prim y el señor Nandin ocupaban la testera.

El señor Moya vio tres hombres vestidos con blusas que apuntaban carabinas o retacos, y no tuvo tiempo de decir más que: ¡Bájese usted, mi general, que nos hacen fuego;

Inmediatamente sonaron tres detonaciones por el lado izquierdo y algunas otras por el derecho, las cuales se hicieron casi dentro del coche, en términos que el general Prim tiene los granos de pólvora señalados en la cara.

El cochero, al advertir lo que pasaba, comenzó a insultar y a dar latigazos a los asesinos, castigó a los caballos y arrancaron bruscamente atropellando a los dos carruajes... la distancia de la calle del Turco al Ministerio de la Guerra en bien corta. Una vez en este... el general Prim subió con gran entereza la escalera del Ministerio, apoyándose en la barandilla con la mano derecha y dejando en aquella varias huellas de sangre”

David sintió como el látigo golpeaba su espalda y seguidamente laceraba su cuello, que le hizo lanzar un ahogado grito de dolor, evitando a su vez hiciese otro disparo. De pronto el carruaje se puso en movimiento y casi lo echa al suelo. A partir de entonces solo pensó en salir de allí y dispersarse.

No parecía que el general estuviese herido de gravedad y el hecho de que pudiese subir las escaleras por sus propios medios así lo confirma. Pero lo cierto es que murió en la cama, probablemente envenenado, por esa mano negra que siempre esta donde debe.

Durante el mes largo que duró la ausencia de David, Sofía decidió, a los pocos días, ir a vivir a casa de su madre. Con Manolin y las dos criaturas a solas en casa le era imposible atender todas

sus necesidades y le resultaba tremendamente estresante, allí por lo menos contaba con la ayuda de toda su familia.

Camilo le ofreció instalarse en la habitación que ella ocupaba cuando servía en la casa, pero ella lo rechazó para evitar alguna muy posible visita nocturna.

-Busco la ayuda de mi madre y en esa habitación no voy a encontrarla, pues como usted bien sabe ella nunca sube a las dependencias de los señores.

-Poco espacio tendréis abajo para todos, dile a tus hermanos que pueden disponer de las habitaciones que en su día ocuparon Brígido y Jacinto en el piso de arriba.

Sofía asintió.

Fueron unas navidades de un sabor agridulces. Por primera vez desde hacía mucho tiempo lo haría en compañía de su familia, era la parte buena, pero en cambio añoraba la presencia de David en su cama todas las noches.

El día de Reyes salió al portal con su hijo mayor, aprovechando que los otros dos dormían. Quería mostrarle el ambiente festivo de la calle, la ilusión reflejada en la cara de los niños y la gente pasando cargada con grandes paquetes en las manos que nadie, excepto ellos quizás, sabían su contenido.

El problema era que toda la gente contenta y cargada vestía chaquetas y los que portaban una simple blusa nada. Era la diferencia entre ser rico y pobre, entre empresarios y gente de confianza, como encargados y escribientes, y los trabajadores.

De repente su corazón estalló de alegría cuando por la acera de enfrente, aprisa y con la mirada fija al frente sin reparar en ella o tal vez tratando de evitarla, paso uno de los dos hombres que partieron de Alcoy el mismo día que se ausentó David y que ella sospechaba que lo acompañaban, aunque en ningún momento dieron prueba de ello.

Si su intuición era cierta y este había regresado, lo lógico es que su esposo también lo hubiese hecho. Lo extraño era que no se hubiese presentado para recogerla. Previendo esta situación, en su día, le dejó una nota encima de la mesa del comedor indicándole donde estaba y brevemente los motivos de su marcha.

Dejó a Manolin con su abuela y partió hacia su casa. Solo se había echado un mantón sobre sus hombros y sentía frío. Podía ver la nube que formaba su aliento al respirar. El día salió completamente raso y notaba agradecida el sol en su cuerpo cuando lo recibía al pasar por la zona despejada de la glorieta y se encogió de frío cuando entró en la sombra que proyectaban las casas en la calle de Sant Nicolauet.

El agua de abrevadero de la Fuente Redonda, se había helado y la placa superficial de hielo, rota para que pudiesen beber las bestias, tenía un centímetro de grosor.

Llegó casi sin aliento a su casa y se sorprendió no oler nada, la mierda se habría helado en su contenedor y apenas apestaba. No había mal que por bien no fuese.

Cuando llegó a la puerta echó mano de la llave que siempre llevaba colgada del cuello y no estaban. En su día se las quitó y dejó en el cajón de su mesilla de noche hasta que le hiciesen falta y ahora con las prisas se le olvidaron. Durante un largo minuto estuvo aporreando la puerta sin resultado. Allí no había nadie. Los vecinos comenzaban a escamarse y algunas puertas se abrían tímidamente para luego cerrarse. Pensarían que la pareja habían reñido y él la había echado de casa.

Ella por su parte creyó que todavía no había regresado y no valía la pena insistir. Salió a la calle y fue entonces cuando escucho un cuchicheo a sus espaldas y se giró. David estaba en el balcón y con la mano le hacía señas para que regresase.

La puerta estaba abierta y ambos se fundieron en un abrazo.

-¿Por qué no has abierto antes? – preguntaba mientras le llenaba la cara de besos.

-No esperaba que fueses tú. Tienes llaves...

-Las dejé en casa mi madre

Sofía pensó que si no abrió antes es porque algo temía, y ahora no era el momento oportuno para

intentar sonsacarlo. Ya tendrían tiempo de sobra.

Llevaba una barba de al menos diez días y lucía un camisón como si no se hubiese levantado de la cama en ese tiempo. Un pañuelo cubría su cuello como si tuviese mal de garganta, pero su voz no era ronca.

No hizo demasiado caso.

Desde que entró no dejaron de besarse y él ahora la estaba desnudando sutilmente. Ella le ayudó. Hacia frío en la casa y ella rápidamente se metió en la cama bajo dos mantas. Agradeció la tibieza de las sabanas que demostraban que su esposo estaba acostado cuando llegó.

Él se quitó el camisón de lana y se metió igualmente en el lecho. Los cuerpos de ambos estaban fríos y se dieron calor mutuamente.

El preámbulo fue breve y cuando ella creyó que estaba preparada para recibirlo abrió sus muslos. La penetró lentamente, después ya no hubo prisas. Curiosamente la única prenda que portaba era el dichoso pañuelo del cuello, tendría que averiguar que ocultaba. En esos momentos de placer no esperaba que tratase de ocultar el chupetón de una mujer.

David se estremeció de dolor cuando ella al acariciarlo pasó las manos por su espalda y noto algo.

-¿Qué ocurre? ¿Qué es eso?- se extrañó ella. Trato de incorporarse para averiguarlo y él no se lo permitió dejando caer el peso de su cuerpo sobre ella e iniciando el vaivén de sus caderas que la hacía enloquecer.

-No es nada un accidente... Ya te contaré...

Los besos y la lengua de él que buscaba la suya le impidieron expresarse.

No le importaba. Tendría muchas más preguntas que contestar. Ya habría tiempo para ello. Ahora solo le importaba lo que estaban haciendo. Puesto que no podía posar las manos sobre su espalda dolorida las colocó sobre sus glúteos y lo atrajo hacia sí. Lo sintió en lo más profundo de su ser. Era tiempo de disfrutar.

## CAPITULO XX

### Congreso obrero

En realidad la revolución no cambio nada. Los que tan liberales eran en la oposición y en el destierro, una vez en el poder y por miedo al pueblo, llegaron incluso a aliarse con la derecha más recalcitrante. Mientras, la nobleza conspiraba contra el régimen.

Por un momento parece que España va a colocarse al ritmo de las potencias europeas, pero al final, como siempre “fum de canyot”

Mientras, las clases modestas siguen en la pobreza. Según datos de la época, los funcionarios, periodistas, empleados... no llegan a 150 pesetas mensuales y la clase obrera oscila entre las dos y tres pesetas por día trabajado.

La vida es dura para el pueblo y desde el año 1868 abundan las organizaciones obreras de resistencia. A finales de ese año llega a España el diputado italiano José Fanelli, amigo de Bakunin, con la misión de organizar secciones de la Internacional.

El 19 de junio de 1870, en el Teatro Circo de Barcelona, abría sus sesiones el congreso constitutivo de la “Federación Regional Española de la Asociación Internacional de Trabajadores”

Por medio de 90 delegados estaban representados 40.000 trabajadores. Uno de esos delegados, Valls Vilaplana, llegaba desde Alcoy en representación de la “Mutua de protección de trabajadores de Alcoy”.

En un Teatro Circo abarrotado de curiosos los delegados fueron soltando sus peroratas desde una especie de pulpito situado a la derecha del escenario. Valls soltó frases como: “...el patrimonio del obrero ha sido la miseria y la fatiga, todo porque se ha fiado de los que le han explotado; solo con la unión acabaremos con la esclavitud...” y que levantaron la exaltación de los presentes. Todos menos uno que solo le interesó por su procedencia alcoyana: Severino Albarracín.

Recordemos que hacia algunos años, concretamente en 1864, Camilo, emulando al rey David que tenía fama de enviar a sus generales a la batalla para poder yacer mientras con sus esposas. Envio a su amigo Luis a Barcelona con la excusa de hacerse cargo de unos telares, llegados de Inglaterra y aprender su montaje.

No menos de diez días duraría el viaje y Camilo los empleó para instalarse en su casa y acostarse con Ana. Como la hija mayor resultaba un estorbo también la invitó para acompañar a su padre. Él indiscutiblemente se hacía cargo de todos los gastos.

Allí Inés conoció a Severino, trabó amistad con él e incluso llegaron a hacer el amor en la habitación de su hotel. Después el destino, como no podía ser de otro modo, los separó. Pero lo que menos podía pensar el amante es que había dejado preñada a su dama.

Camilo arregló el desmán, que al fin y al cabo fue por su culpa, casándola con otro. Pero el muchacho no pudo olvidar a la bella alcoyana.

Después de la intervención de Valls, siempre lo tuvo localizado y a la primera ocasión lo abordó. Después de hablar de cosas intrascendentes e invitarle a una copa en el bar para ganarse su confianza, fue directo al grano.

-En cierta ocasión conocí a una bella señorita alcoyana... Inés López creo recordar se llama – en realidad lo sabia cierto pues no lo había olvidado a pesar del tiempo transcurrido.

-El problema es que en Alcoy todas las mujeres son bellas y en cuanto al nombre... poco me dice. Allí nos conocemos todos... de visa. Si tuvieses un retrato...

-Qué más quisiera yo – sonrió con nostalgia Albarracín – solo recuerdo que su padre llevo aquí para adquirir o aprender a montar unos telares. ¿Hay algún industrial en Alcoy que se apellide López?

-Creo que ninguno, pero te puedo asegurar que no era un industrial, pues no llegan a tanto en

su trabajo. Si me dijese que lo conociste en una casa de putas... No te diría que no. – le respondió divertido.

Ya no pudo sacar nada más del tal Valls, aunque Severino no abandonó nunca en su empeño.

En diciembre de 1972 se celebró el II Congreso de la Internacional esta vez en la ciudad de Córdoba. Era invierno, posiblemente para evitar los sofocantes calores cordobeses, pero en unas fechas comprometidas pues coincidieron con los días navideños y las fiestas de fin de año. Eso hizo que la gente se retrajera y en cierta forma favoreció a los alcoyanos, como seguidamente veremos.

Unos meses antes, en octubre, se inauguró en Alcoy una sección de la Internacional y como aperitivo y antes de que terminase el mes, ya se organiza una huelga de metalúrgicos y carpinteros que persiste durante varias semanas. Eso parece animar a la gente y al Congreso de Córdoba, de los cincuenta delegados reunidos, seis pertenecen a la ciudad del Serpis. No en vano en Alcoy ya existe un consejo local que cuenta con dos mil socios, a pesar de la campaña que se ejerce contra ellos “El Parte Diario”, periódico local, que califica de: “Pecador mortal el pertenecer a esa secta”

Los papeleros, Rafael Abad y Tomas Montava; el fundidor Vicente Fombona; el carpintero Vicente Santonja y el tejedor José Seguí, fueron los que trasladaron la voz de Alcoy a ese Congreso. Las crónicas dicen que: “...en cuyas sesiones contactaron con el maestro de primera enseñanza Severino Albarracín, señalado anarquista de valencia”

O fue Severino el que contactó con ellos...

Lo cierto es que los alcoyanos solían comer y cenar juntos y Albarracín que todavía pugnaba para localizar a Inés se unió a ellos.

A la primera ocasión que tuvo preguntó por ella... nadie parecía conocerla.

-Su padre se apellida López y ella se llama Inés.

José Seguí, representante del textil, y al que en principio iba dirigida la pregunta, negó con la cabeza.

-A ver si se trata de Luis...el de Don Camilo, yo le he hecho algunos trabajos en su fábrica – añadió Fombona el carpintero.

-Seguro que es ese. Tiene una hija que se llama Inés, la que está casada con Emilio Pascual... - remató Rafael Abad el paplero.

-Posiblemente sea ella – respondió con un susurro un compungido Severino al enterarse que estaba casada.

Era lo lógico, desde luego, pero en el fondo de su corazón albergaba la vana esperanza de que aun estuviera esperándolo y casarse con ella ahora que su situación se lo permitía.

Ya sabía lo que anhelaba y trasladó la conversación a otros temas.

Entre los asunto a tratar en las jornadas del congreso estaba la elección de la sede en donde tenía que residir el Consejo Federal. El núcleo alcoyano reclama para sí la capitalidad, amparándose en principio con seis votos a pesar de que Valladolid parecía favorito. Severino quiere que sea Alcoy pues tiene planes para un futuro próximo, mueve sus contactos, compra voluntades y manipula futuros votos, haciendo que once delegados, en principio favorables a Valladolid, adelante su regreso a los puntos de procedencia, sin participar en la votaciones.

Lo cierto es efectuado el recuento, Alcoy consigue veintitrés votos, Valladolid doce y un voto para cada una de las poblaciones de Cádiz, Sevilla, medina Sidonia y Barcelona.

El consejo con residencia en Alcoy queda constituido por: González Morago, como presidente y Anselmo Lorenzo, como secretario. Los restantes cargos se los reparten Albarracín y el grupo de delegados alcoyanos. Pero como Morago esta exiliado en Portugal y Lorenzo tuvo que huir precipitadamente a Francia, realmente la dirección de la Internacional queda en manos de Severino Albarracín, que lógicamente traslada su residencia a Alcoy.

El domicilio de la primera internacional de España se fija en la calle del Horno número seis, piso tercero y comienza a funcionar el día siguiente de reyes del año 1873.

Severino Albarracín tendría por entonces veintitantos años, de pelo abundante, nariz recta, ojos profundos, orejas grandes y bigote al uso de la época. Solía vestir elegantemente y siempre portaba un lazo a modo de corbata.

Apenas llegó a Alcoy dedicó su tiempo libre a buscar a Inés. Ella ahora tenía veinticuatro años. Vivía en una elegante casa del arrabal de Santa Elena en donde se estaba trasladando los que se podían considerar como nuevos ricos y que huían del insalubre casco viejo de la población. Su esposo, según averiguó, era un prospero empresario de la industria textil, que había hecho fortuna en los últimos años. No era un inútil hijo de papa que hubiese heredado una fábrica que echaría a pique en los próximos años, como solía ocurrir con harta frecuencia.

La sacó de la nada por sus propios medios, aunque si recibió ayuda solapada de un magnate de la industria alcoyana que según parecía era el padrino de Inés y gran amigo de su padre.

Montó guardia delante de su casa hasta que la vio aparecer por la puerta una soleada mañana de febrero. Salió acompañada de tres niños. Una chica que tendría siete u ocho años, un chico de tres o cuatro y otro niño que no llegaría a los dos años.

Le salió al paso. Inés se asustó, pues era un completo desconocido para ella y nunca lo hubiese relacionado con el agradable muchacho que conoció hacia casi nueve años en Barcelona. Solo después de observarlo detenidamente y de que él le sonriese como solía hacerlo lo reconoció. Sabía que estaba en Alcoy, pues lo leyó un día en un periódico local hacia un par de semana. Pero como ella a él creía que también la había olvidado ya que solo se trato de una aventura juvenil. Ignoraba que precisamente esas aventuras son las que no suelen olvidarse.

-¡Hola; Inés...

-Perdone... ¿Nos conocemos? – sabia quien era pero albergaba una pequeña duda y quería asegurarse.

-Soy Severino.

-¡Severino; No me lo puedo creer, después de tanto tiempo – fingió una sorpresa que no sentía.

Le ofreció la mano cuando tal vez el hombre esperase su mejilla sino la boca. Pero eso ya no podía ser.

-Tu estas tan hermosa como siempre...

El rubor apareció en el rostro de la mujer. Algunos conocidos y vecinos la saludaban al pasar y se quedaban mirándola cuando se cruzaban con el grupo. El niño pequeño se mostraba activo e intentaba escapar a cualquier sitio, ella tenía que estar alerta.

-Me alegra verte, pero tengo que ir a casa de mi madre y se me hace tarde...

-Comprendo...

-Ya nos veremos – luego dirigiéndose a sus hijos, vamos a casa de la tía que se hace tarde.

Cogió a los más pequeños con sus manos, mientras la mayor agarraba la otra del bebe y entre las dos casi lo arrastraban al alejarse de la incómoda compañía. En realidad ya no conservaba ningún rastro de cariño hacia ese hombre y lo que mas temía era que pudiese interferir en su matrimonio.

Severino se quedó mirándola mientras se alejaba. Si antes no pudo dejar de soñar con ella, ahora mucho menos.

La niña tendría siete u ocho años y... ¿Él cuando la conoció? En el 64, eso lo recordaba perfectamente. ¿Por qué se casó tan joven? Las mujeres solo se casan tan jóvenes cuando no hay más remedio por estar preñadas.

Una idea descabellada paso por su mente. ¿Podría ser su hija la mayor? Lo que se hace para que se de esa circunstancia ocurrió.

Podría preguntárselo a ella, pero seguro que no se lo confesaría o simplemente le mentiría si estaba en lo cierto. Ya tenía claro que no quería saber nada de él.

Mejor lo averiguaría el mismo por su cuenta.

La recomendación de un compañero y una buena propina fue suficiente para que el sacristán



de Santa María le permitiese hurgar en los libros de matrimonio y bautizos últimos, sin tener que decirle expresamente lo que buscaba.

No le costó mucho encontrarlo, pues más o menos sabía la fecha en donde buscar. En septiembre de 1864 encontró el asiento de la boda de Emilio Pascual e Inés López y en marzo del año siguiente, nació Andrea Pascual López. Ni siquiera podía pasar como sietemesina, pues nació a los seis meses de la boda de sus padres. No se necesitaba ser un matemático para averiguar que la niña fue concebida en junio del 64, mientras estaba ella en Barcelona.

Claro que una semana después ya estaba en Alcoy y podía alegar que le gusto tanto su estreno en Barcelona, que no pudo evitar repetir con su novio apenas llegó, y fue cuando quedó preñada.

Pero con independencia de lo que dijese, Albarracín ya estaba convencido de que esa niña era su hija. Contase lo que ella contase.

La encontró feliz, posiblemente también lo era en su matrimonio, aunque la vio algo preocupada por el encuentro inesperado que tal vez trastocara su placida vida. No era tonto y ya sabía que no quería tener nada con él y lo evitaría siempre que le fuese posible. Tendría que planear perfectamente su próximo encuentro.

Pero no tenía tiempo. Los acontecimientos se precipitaban y Alcoy se convirtió en un torbellino del que era imposible escapar.

## CAPITULO XXI

### El Petróleo.

José era el menor de los cuatro hijos de Jacinto y Carmen, los guardeses de la casa de Don Camilo,. Siempre fue un muchacho despierto y simpático dispuesto a echar una mano a quien se lo pidiese. En su niñez se encargaba de los trabajos menores de la casa como: el de dar de comer a los caballos, regar las plantas del jardín o hacer recados. Pero cuando creció, el servilismo de los criados no iba con él y le pidió a su padre, encargado de la fábrica de papel de Camilo, que lo emplease en la industria.

Jacinto tenía potestad para cubrir los puestos vacantes y el primero que tuvo se lo concedió a su hijo, aunque sin otorgarle ningún privilegio. Por suerte para él y por ser quien era, los oficiales no solían meterse con el nuevo aprendiz como solían hacer con el resto.

Solo entonces comprendió lo bien que estaba en su casa haciendo trabajos menores y lo malo que era ahora la realidad de la vida de un simple obrero. Era listo, sabia como embaucar a sus compañeros para le librasen de efectuar los trabajos insalubres o peligrosos y para que hiciesen la vista gorda cuando cometía un fallo. Pero sobre todo se hacía querer por sus propios compañeros de trabajo, ya que nunca le fue con el cuento a su padre de todas las situaciones embarazosas que solían ocurrir en todas las fabricas y que los propios obreros trataban de enmendar.

Ahora sus compañeros hablaban abiertamente en su presencia, cuando antes solían callarse o cambiaban de conversación cuando se acercaba. De esta forma fue enterándose de todos los problemas que tenían los trabajadores y aunque él por suerte estaba liberado de muchos, los sentía y apoyaba como propios.

No tenía problemas económicos, pues continuaba comiendo y viviendo en casa de sus padres y estos no le reclamaban ni una sola peseta del jornal que percibía semanalmente.

Tenía amigos que solo se habían casado para poder satisfacer todas las noches sus necesidades sexuales, sin preocuparse de que después llegaban los críos y su escaso jornal no podía mantener a la familia. Para posteriormente comprobar que como solución se tiraban a la bebida, agravando de esta forma el problema.

No es que pudiese considerarse guapo, pero por lo menos si agraciado y como tenia labia con las mujeres, no le hubiese costado nada conseguir una buena esposa. ¿Pero para qué quería una si podía conseguir todas las que quisiera?

Dinero no le faltaba para ofrecer ese pequeño detalle que suele ser la puntilla para conquistar a una mujer y también disfrutaba durante el tiempo que empleaba en convencerlas para finalmente llevárselas a la cama.

Por otra parte nadie le pedía explicaciones por llegar a casa a altas horas de la madrugada. Por lo que cuando no tenía nada mejor que hacer asistía a ciertas reuniones clandestinas que algunos obreros solían celebrar en determinados lugares. Finalmente se asoció a la AIT, Asociación Internacional de Trabajadores, y aunque no logró formar parte del Consejo alcoyano, se las ingeniaba para asistir a todas sus reuniones aunque en principio solo fuese para traerles el café o cualquier otra cosa cuando alguien lo pedía. Al final se hizo casi imprescindible y aunque no tenía voto, no se privaba de dar su opinión.

El día uno de marzo de 1873 acudió a la sede del “Carrer del Forn” y se encontró con Albarracín y varios miembros de Consejo corrigiendo unas galeadas de la circular número ocho de ese año y que tenían de imprimirse y repartirse esa misma noche.

Si el Padrenuestro, según le enseñaron, costaba de una invocación y siete peticiones. Esa circular que llevaba fecha del 24 de febrero, el día que fue redactada, también tenía su invocación en la que se declaraba corrompida a la sociedad burguesa y añadía que la republica no era una garantía para

la clase obrera esquilmada por esa misma sociedad, aparte de pedirse la emancipación de la clase obrera. Aunque quizás esta última frase podía estimarse como una petición y entonces estaba en lugar equivocado.

Pepe no comprendía nada, primero no querían la monarquía y ahora tampoco la republica. En su corto entender no quedaban otras opciones de gobierno, aunque posiblemente las hubiese. ¿Qué es lo que querían? Probablemente gobernar ellos,. Pero no se atrevió a decirlo.

Después venían las peticiones: rebaja de las horas de trabajo y reivindicar la autonomía de todos los grupos naturales para liberarse del autoritarismo de la presente sociedad. También se solicitaba en un segundo apartado la transformación de la propiedad individual en colectiva; la destrucción de todos los privilegios y la libre asociación.

Las peticiones no llegaban a siete como en el padrenuestro, pero si las juntaba todas él había llegado a contar hasta seis.

La circular terminabas con el lema de la asociación: Salud, anarquía y colectivismo.

Sin embargo el ingenio de los obreros alcoyanos había salido a relucir y muchos habían sustituido ese lema por el de:

“Salud y dinero aunque el trabajo nos falte.

“! Oye ; se te ha olvidado el amor” – le advertía otro

“Teniendo dinero, siempre tendrás amor. Y si no fijate en Don Camilo, detrás de una querida... otra”

En este caso confundían el amor con el sexo, pero ellos solo daban prioridad al segundo.

José salió del ensimismamiento en que había caído tras escuchar su nombre.

-¡Pepe! Si no tienes prisa te esperas y nos ayudas a pegar esta circular.

-Desde luego.

Alguien partió rumbo a la imprenta, en la que les estaban esperando, para comenzar la impresión. Poco había que rectificar salvo un par de faltas de ortografía, que Severino, como maestro que era, advirtió. En treinta minutos tendrían allí los primeros ejemplares y podrían comenzar.

Estuvo toda la noche pegando los carteles en el engrudo que otro, con una brocha de pintor, esparcía por todas las fachadas de las casas del centro de Alcoy. Por suerte al día siguiente entraba en el turno de tarde y tenía toda la mañana para dormir.

Días después salió otro manifiesto en el que no se añadía nada nuevo pero por lo menos demostraba la actividad del Consejo. En el mismo se presumía que los internacionalistas habían alcanzado la cifra de 3000 miembros, realizando una llamada para todos los que aun no se habían incorporado. Por otra parte se les citaba para una manifestación que iría desde la Placeta del Fosar a la plaza de toros, ocultando que no estaba autorizada y se podían producir graves incidentes si la policía decidía intervenir. Finalmente se solicitaban armas, para no depender de las milicias burguesas y estar preparados “para lo que pudiese suceder”.

A trancas y barrancas la vida continuaba en esta bendita población, aunque no pasaba un día sin algún susto. A pesar de todo los Moros y cristianos de ese año se celebran con normalidad, salvo el hecho de que el ayuntamiento no accede a participar, como era costumbre, en las funciones religiosas y en la procesión de la reliquia del día 23 de abril. “Obedeciendo a lo acordado anteriormente sobre este particular.”

La renuncia de Amadeo, trajo la republica a España, y pese a las reticencias de Albarracín y sus acólitos nos regaló con la libertad de expresión, el derecho a la asociación y sobre todo la tan ansiada entrega de armas al pueblo, que tan funestas consecuencias tendría, con motivo de la formación de voluntarios, pero que solo consiguió la constitución de partidas incontroladas.

El consejo continuo publicando proclamas durante todo el mes de junio.

En Alcoy se vivía con inquietud la huelga que, desde abril, mantenían los papeleros de la fábrica de facundo Vitoria en Els Algars

Albarracín aprovecha para alentar a los suyos, que solidaricen con aquellos y declaren todos, una huelga general.

Pepe, a espaldas de su padre, trata de convencer a sus compañeros de trabajo para que la emulen. Estos no están de acuerdo pues se consideran bien pagados y no desean perder sus privilegios. Aunque se sorprenden de que sea el hijo del contraamaestre quien los trate de inducir a la misma. Al final no tienen más remedio que ceder por la presión general, pero es Pepe el que se apunta el tanto ante el Consejo.

Severino advirtió a Agustín Albors de lo que se avecinaba, pero este se limitó a advertir al presidente del Circulo Industrial y al gobernador civil, que no hizo más que ordenar que las autoridades locales estuviesen alerta y expectantes.

El ocho de julio comenzó radiante y caluroso. A Pepe lo de la huelga le vino de perlas, pues tenía todo el tiempo libre y podía hacer lo que le viniese en gana. Por suerte para él, tenía la faltriquera llena y a diferencia de sus compañeros podía mantener el ritmo de vida al que estaba acostumbrado.

La noche anterior había podido, ¡por fin, ¡ trajinarse a la chica que tenía entre manos. Una moza de apenas diecisiete años, demasiado delgada para su gusto, pero tuvo la suerte de comprobar que era todavía virgen y eso lo llenó de satisfacción. En agradecimiento le entregó una sortija de oro que hacía tres días llevaba en el bolsillo esperando que la relación se consumase para entregársela.

Por lo menos tendría un recuerdo de él, porque no pensaba volver a verla y a partir de ese momento se limitaría a localizar un nuevo objetivo. Lo que menos podía sospechar en esos momentos es que la había dejado preñada.

Mientras el consejo continuaba llamando a los trabajadores a la huelga mediante circulares, desde el Ayuntamiento se lanzan otras advirtiéndoles de las manipulaciones que están sufriendo. En la ciudad se palpa la gravedad del momento, y como parece que nadie tiene nada que hacer, las reuniones se suceden, tanto por parte de los empresarios como de los trabajadores.

La mayoría de las industrias ya han parados, pero las que desean estar al margen de la cuestión reciben emisarios de Albarracín que les obligan, con amenazas, a secundar las huelgas.

Ante la situación, Albors decide pedir refuerzos al gobierno civil, pero este responde con evasivas. Se dirige entonces al puesto de la Guardia Civil en Alcoy y su capitán, Joaquín Arnal, ante la amenaza que representa la huelga general, ordena que el sargento y seis guardias se constituyan en reten permanente en el cuartel que está situado en el mismo ayuntamiento.

Esa noche Alcoy está en calma, Pepe animado por el éxito de la noche anterior, sale de nuevo de caza pero no encuentra nada. Tiene que conformarse con visitar uno de los múltiples locales de prostitución que existen en la ciudad.

La visita le sale más barata que la sortija del día anterior, pero su pareja desde luego no era virgen.

XXXXX  
XXX  
X

Fernando, con su esposa e hijos, ya estaban en la masía de Barchell y no pensaba regresar a la Alcoy hasta que la huelga terminase o llegasen los soldados de Alicante para poner orden. Agamenón y Emilia estaban en Alicante con las niñas y Jorge, que a pesar de la invitación de Lola, no quiso acudir a la masía para no rememorar o mejor dicho reanudar viejas costumbres, decidió refugiarse en la vieja casa de su madre en la partida de Morales. Camilo decidió que no le volvería a pasar lo de la septembrina ocurrida hacia ya hacía cinco años y lo preparó todo para ir al Mas de Morales. Envio a Martina y al servicio, con Mauro, por delante, diciéndole que la seguiría apenas pudiese. Allí estaban ya los hijos que estudiaban en Valencia y que regresaban por vacaciones conforme terminaban sus exámenes. Algunos de ellos no estaban conforme, pero en este caso los había obligado. Ahora estaba solo en la casa, si se exceptuaba a Carmen y su familia. No quería dejar sola a Ana, ya que desde su esposo falleció, la visitaba regularmente, aunque solo fuese para charlar y estar con ella un rato, y su amistad se había consolidado.

-Podías reunirte con nosotros en la masía – le dijo la víspera de su salida

-¿Junto a Martina? Ni loca – fue su respuesta- ¿Tu quieres que nos saquemos los ojos?

-Ten en cuenta que esto puede convertirse en un infierno de un momento a otro.

-A Luisito ya lo he enviado con su hermano a la casita. No quería ir, pero lo he obligado. Es un crío, pues solo tiene quince años... pero con esa gente no te puedes fiar.

-¿E Inés?

-Emilio no quiere marcharse. Se considera un trabajador como ellos y no cree le hagan nada, pero teme por su empresa y quiere estar vigilante.

Camilo dudó negando con la cabeza.

-No vale la pena arriesgarse por eso.

Ana alzó los hombros en señal de impotencia.

-Por eso me quedo, por si me necesita Inés.

-Pero los niños...

-A ellos no pueden hacerles nada. Tal vez Andrea podría ir, pero los otros dos todavía la necesitan.

-Si no vienes tú, yo también me quedo.

-Sabes que en mi casa siempre eres bien recibido, pero piénsatelo bien...

-Me quedo...

XXXXX

XXX

X

El día nueve de Julio amaneció tan hermoso como el anterior y la gente esperaba que transcurriese igualmente de tranquilo.

Pero Albors no las tenía todas consigo, sospechaba que algo iba a ocurrir, y como hombre prevenido vale por dos, pasó rápidamente a la acción. La plaza de San Agustín, llamada ahora de la Constitución, comenzaba a llenarse de desocupados sedientos de noticias. La huelga llevaba mucho tiempo activa y los obreros pobres, que eran casi todos, ya estaban pasando hambre a pesar de alguna que otra ayuda recibida de la caja de resistencia.

El gobernador le tenía anunciado algunos refuerzos, pero mientras no estuviesen dentro del ayuntamiento no estaría tranquilo. Convocó a la junta de mayores contribuyentes y pasó aviso a la junta directiva del Circulo Industrial para que todos los que estuviesen interesados en conservar el orden, se aperciesen en la salvaguarda de sus intereses y personas ya que se intentaría atropellarlos, previniéndolos que cualquier manifestación en ese sentido que se detectase se anunciaría haciendo tañer las campanas de Santa María. Algunos de los que no tenían intención de huir lo hicieron al recibir tales noticias.

Camilo, sin equipaje, vestido con una blusa negra, pantalones de pana, alpargatas y una gorra encasquetada hasta las orejas que le prestó Carmen del vestuario de su esposo, marchó, dando un rodeo por la calle de San Francisco, a casa de Ana.

Pepe cómodamente sentado detrás de un ventanal de Le Parisiën, mientras se tomaba una cerveza demasiado fría para su gusto, observaba como la plaza de abarrotaba de la gente que llegaba en oleadas, probablemente siguiendo alguna consignas, y en un numero que no bajaría de las siete mil personas.

Un murmullo corrió un poco más tarde cuando apareció en la misma, Severino Albarracín. La gente se apartaba dejando un pasillo para abrirle paso. Pepe sorbió de un trago el resto de cerveza, ya pagada, que quedaba en el vaso y salió del local. Era imposible transitar entre tanta gente, pero aprovechando el rebufo que dejaba la comitiva y algún que otro codazo pegado en el momento oportuno le permitieron llegar a la altura de los recién llegados.

La noche anterior acudió a una casa de putas, no acudió por lo tanto a la sede del partido y en esos momentos no sabía que se tramaba. Llegó justo al lado de Albarracín en el momento que anunciaba en las puertas del Ayuntamiento, que llevaba una misión que cumplir y precisaba que la corporación municipal se reuniese para poder verificarla.

A la comisión la dejaron entrar en el zaguán y Pepe aprovechó para colarse mezclado entre ellos.

Les sirvieron unos vasos de agua fría para refrescar. Mientras esperaban hablaron de cosas que no tenían ninguna relación con su estancia allí. Uno a uno iban llegando los concejales, miraban de reojo al grupo y subían para reunirse con el alcalde, sin dirigirles el menor saludo.

Severino sonreía satisfecho cada vez que entraba uno, parecía querer que se reunieran para poder cazarlos a todos juntos.

Dos horas después de solicitarlo, a las tres de la tarde, ya estaba reunido el ayuntamiento y presidida la sesión por el alcalde.

Albarracín manifestó que iba en representación de los trabajadores y expresó su rechazo por la lectura del manifiesto publicado recientemente por el ayuntamiento. Para posteriormente decir:

-“Solicitamos su renuncia y resignen el mando en la junta nombrada por el pueblo compuesta por...”

Continuando con una relación de nombres encabezada por sí mismo.

-Sabes perfectamente que no podemos acceder a tus pretensiones, so pena de que nos acusen posteriormente y nos formen causa criminal por abandono de cargo – le respondió seguidamente Albors, después de consultar con una rápida mirada a los restantes miembros de la corporación.

Albarracín no se molestó en responder y haciéndose el ofendido abandonó la sala y se dirigió al balcón de la casa consistorial.

A todo esto el pueblo creía que la comisión estaba gestionando el fin de la huelga, aunque fuese a cambio de una pequeña parte de sus pretensiones, pero cuando Severino anunció que no había conseguido nada, los ánimos se encresparon al creer los obreros que el consistorio y los empresarios habían rechazado todas sus demandas. Que en definitiva era lo que querían los convocantes de la huelga para hacer más factible la farsa que estaban preparando.

El momento era el adecuado, Albarracín bajó a la plaza y subido a los hombros de Fonbuena y Pepe para que todos lo vieran dijo:

“La mitad de los presentes, que vayan a armarse, y los otros que se queden aquí”

Mientras tanto cuatro guardas municipales al mando del cabo José Canals, ocupan el campanario de Santa María, para tener a los revoltosos entre dos fuegos.

Los obreros corren para armarse mientras que los que se quedan la emprenden a pedradas con la casa consistorial, rompiendo cristales y sembrando el pánico en su interior.

Alrededor de las seis de la tarde se escucha un disparo, que nadie sabe de dónde ha partido, y se inicia la refriega.

Es entonces cuando las campanas de la iglesia tocan a rebato que era la señal convenida por Albors para prevenir a los hombres de buena fe. Desde la calle de la Escuela y de San Nicolás, los obreros armados tirotean a los guardas municipales situados en el campanario: dos en las campanas y tres desde las aspilleras de la torre.

Estos devuelven los disparos y el pánico se desata en la plaza, haciendo que todo el gentío desaparezca por ensalmo. Mientras los guardas civiles del reten disparan sobre los revoltosos que hacen fuego desde los tejados de las casas próximas.

Pepe se esconde en Le Parisián cuando escucha silbar una bala junto a su oído, parece el lugar ideal para presenciarlo todo sin peligro.

Al cabo de un rato entra en el local un muchacho, demasiado joven, portando una carabina. Esta temblando, muerto de miedo y se esconde en un rincón. Pepe se acerca, le arrebató el arma y cuanto munición lleva encima. El chico no se opone al expolio e incluso parece que le está agradecido por librarle de la responsabilidad.

Le dice a un camarero que le abra la puerta que comunica el local con el zaguán de la casa. Desde allí asciende por la escalera, es terreno enemigo y está dispuesto a disparar al primero que le salga para cortarle el paso. Llega al porche y de una patada derriba la débil puerta, luego por unas cortas escaleras de madera llega a una trampilla por la que accede al tejado y que por suerte solo está cerrada interiormente con un pestillo.

Ya en el tejado, que quema sus manos, pues sus tejas están ardiendo después de sufrir el sol todo el día, se oculta en la sombra que proyecta una de las chimeneas de la casa, que aparte protegerlo del sol que ya se oculta por detrás del Castellar, aunque todavía le quedan un par de horas para desaparecer completamente, también lo hace de los tiradores del campanario, que desde allí, lo dominan.

Están bien ocultos y es difícil darles, aparte de que no es su intención matar a nadie. Su única intención es tenerlos entretenidos para que no disparen impunemente sobre los transeúntes de la plaza.

Dispara sobre las campanas, si por desgracia alcanza a alguien solo será de rebote, pero el sonido que emiten después de cada disparo seguro que los exaspera y les obliga a mantener la cabeza gacha. Solo aciertan en los bronce tres de los seis disparos que logra efectuar. Cuando intenta recargar el arma se da cuenta que las balas de recambio son de distinto calibre y no sirven. Así no se pueden ganar las guerras, ni siquiera una simple batalla.

Cuando intenta salir de allí, los del campanario ya han localizado su posición y le disparan. Tiene que esperar a la oscuridad total para poder escapar.

Mientras los obreros forman barricadas en cada esquina, desde donde atacan al campanario y a la Casa consistorial, en el ayuntamiento han quedado encerrados: el alcalde y los tenientes alcalde:

Maestre Cabrera, Puig y Lluch; el concejal Calafi, el juez Diego González y el capitán de la guardia civil, que junto con unos cuantos guardias y municipales, se aprestan a la defensa. Uniéndoseles varios empleados del municipio que para su desgracia se encontraban allí.

Se le telegrafía al gobernador pidiendo ayuda y este responde que van de camino una columna de cuatrocientos carabineros, suficientes para dominar a la chusma, piensan ellos, pero el miedo atenaza sus cuerpos cuando poco después comprueban que la línea queda cortada.

Severino Albarracín estuvo a punto de lograr su propósito pues, según mentes privilegiadas, durante algunos días Alcoy fue un perfecto ensayo utópico del acratismo.

Se creó un comité de salud pública. Se cerró la ciudad en un estado de sitio perfecto. Se amplió el toque de queda. Se prohibió el asociacionismo y la libre circulación de personas, que precisamente era una de las cosas que reclamaba en sus postulados y ahora que mandaba lo restringía.

A este efecto libraron salvoconductos para poder circular por la ciudad, creando de esta forma una nueva forma de opresión al proletariado.

Había que verlo montado en su caballo blanco recorriendo las barricadas, fustigando a los burgueses y alentando a los trabajadores. Como no hay estado sin dinero, lo exigió a todos los rehenes que podía apresar. Telegrafió sus hazañas a los correligionarios de todo el mundo y el mismo marcaba los edificios que debían ser incendiados, para lo que incautó todo el petróleo que encontró en la ciudad. Y finalmente fue el primero en encender la tea de la trágica noche del nueve de junio.

En la cárcel los revoltosos tienen encerrados a un centenar de rehenes entre los que se encuentra Emilio Pascual y la mayoría de los grandes contribuyentes que no quisieron o no pudieron exiliarse a tiempo.

Comienzan los incendios previamente planeados, principalmente fabricas situadas dentro del casco urbano que causan el terror entre la población, pues nadie acude a sofocarlos, ya el fuego se extiende a los edificios colindantes. Ese es el caso de Joaquín Folguera, vecino de la calle Santa Elena, que cuando sale al balcón en demanda de auxilio, por el incipiente incendio de su vivienda, por toda respuesta recibe una descarga cerrada de los internacionalistas que le hieren gravemente.

Inés en su vivienda está asustada, el resplandor del incendio de la de su vecino entra en su casa por las ventanas y aparentan unas formas siniestras en el techo de las habitaciones. Su esposo todavía no ha regresado y comienza a preocuparse. El ruido de los disparos despierta a los pequeños que empiezan a llorar. Ella los acompaña a su vez desesperada.

Llaman a la puerta. Supone que es Emilio que ha perdido las llaves y abre sin cerciorarse antes de quien puede estar detrás la puerta. Se encuentra con tres individuos que la miran de una forma libidinosa. Se salva de una agresión posiblemente por estar rodeada de tres criaturas agarradas a su falda.

-¿Es la casa de Emilio Pascual...? – pregunta el que parece llevar la voz cantante del trío.

-Si... - responde preocupada- ¿Le ha ocurrido algo?

-Todavía no... Pero tiene muchas papeletas – responde el mismo después de intercambiar una sonrisa de complicidad con sus colegas – Está preso y si quiere que lo liberemos tiene que contribuir al impuesto revolucionario con... -hace una pausa para consultar una lista - ...diez mil duros.

-Eso no lo tengo yo...

-Ni yo tampoco, pero es lo que hay. Si quiere volver a verlo con vida, mejor es que se espabile. Si no tiene el dinero. Búsquelo. Ese es su problema.

Luego se alejaron bajando las escaleras.

-¿Donde tengo que ir? – preguntó por ultimo asomándose a la barandilla.

-A la cárcel del pueblo. Pregunte en cualquier barricada que allí le informaran...

Aliviada porque se marchaban pero inquieta por las noticias recibidas, recapacitó. Consideró que era un problema que no podía solucionar sola y mucho menos con los niños a su alrededor. Decidió ir a casa de su madre. Cambió su ropa de ir por casa por otra de calle, pero la más sencilla



que encontró, si la veían por la calle mejor era que la confundieran con la esposa de un obrero. Los niños como iban, casi desnudos y sucios. El pequeño apestaba, pero no se molestó en cambiarle los pañales, el tiempo apremiaba y era un elemento disuasorio.

Salió a la calle con el pequeño al brazo y los otros dos cogidos de su falda uno a cada lado. De vez en cuando tenía que detenerse para recuperar el resuello y a Emilio, de cinco años, al que tuvo que coger con la otra mano para arrastrarlo, pues se soltaba de su falda frecuentemente.

Atravesó el parterre para acortar camino y luego continuó por una senda que, cuesta arriba, le condujo hasta la calle de San José.

Llegó allí derrengada, le dolía la espalda y no podía dar un paso más si no descansaba. Se sentaron en un portal y descansaron durante unos minutos. Los hombres que pasaban por allí, todos ellos armados, no le hacían el menor caso, por lo menos tenía suerte en ese aspecto pues con toda seguridad la confundían con una trabajadora.

Cuando se creyó recuperada y ya caminando sin tanto agobio, subió por esa calle unos cuantos metros hasta alcanzar la de San Mauro. Se desvió a la derecha por la calle de San Francisco y otra vez a la izquierda por la del Tap, que era la de su madre.

La puerta de la calle estaba cerrada pues ya pasaba de las diez de la noche, pero ella tenía un duplicado de las llaves que tuvo la precaución de coger antes de salir de casa. Contaba que su madre ya estaría acostada, tal vez dormida, y no quería sobresaltarla y mucho menos arman un escándalo repicando el picaporte del portal.

Entro sigilosamente en la casa, cogió una palmatoria colgada en la pared y que era la primera en encenderse cuando llegaban a casa de noche y no quedaba nadie despierto. Dejó a los niños en el comedor con otra luz y fue a la habitación de su madre para despertarla y de paso coger unos trapos de su cómoda que le servirían como pañal.

La escena que contempló la dejó helada. Su madre y Camilo estaban acostados, dormidos, abrazados y completamente desnudos. En una aptitud que parecía que todavía estaban acoplados después de haber hecho el amor. Por el calor que hacía ni siquiera se habían cubierto con una sabana.

Inés no sabía cómo reaccionar, menos mal que por la luz del candil o ese sexto sentido que tienen las mujeres cuando se las observa, Ana despertó. Al ver a su hija se levantó sobresaltada e inmediatamente se cubrió con una bata que tenía a mano. Su madre todavía era hermosa y tenía un cuerpo esbelto y deseable. Ya no recordaba cuando la había visto desnuda por última vez.

Pero ver desnudo a su padrino fue un duro golpe para ella. Acostumbrada al bien formado cuerpo de su esposo, el de Camilo, que en esos momentos se desperezaba medio dormido y boca arriba sobre la cama, le pareció una bola de sebo, aunque vestido aparentaba ser más delgado de lo que en realidad era. Su diminuto pene parecía querer esconderse entre los pliegues de su caído escroto y la pelambrea que cubría su sexo. Egoístamente le dio asco que aquello pudiese estar dentro de su madre.

Ana sacó a su hija de la habitación dejando al hombre que continuase durmiendo. Se preocupó del estado de ansiedad que presentaba su hija y zanjó la cuestión de Camilo con un “Te contaré”, para continuar.

-¿Qué te ha ocurrido? – extrañada por la presencia a esas horas de Inés en su casa.

-Han detenido a Emilio y piden un rescate por él...

-¿Un rescate?

-Es mucho dinero. Ahora la cuestión económica la lleva él, pero no creo tengamos tanto, ni sé cómo sacarlo.

-¿Cuánto?

-¡Diez mil duros!

-¡Madre María bendita! Eso es una barbaridad.

-Tengo la dote...

-El banco está cerrado y tal vez ni abran estos días. ¡Con el lio que hay!

-De momento tenemos toda la noche para pensar. A menos...

Inés sabía que el auténtico jefe de este fregado era Severino. Si pudiese verlo tal vez podría solucionar lo de su marido, aunque para ello tuviese que hacer algo que no deseaba. Pero ahora no era el momento. En la calle se escuchaban tiros y el resplandor de un incendio, con toda seguridad en la vecina calle de la Cordeta iluminaba el entorno, entraba en la casa y casi hacia innecesario el candil.

Acostaron a los niños, después de cambiarle al pequeño el pañal, en la habitación que una vez le perteneció y a la niña en la de Luis.

Camilo se despertó por el trajín que había en la casa y salió medio vestido.

-¡Hola Inés! - dijo al verla y extrañado de su presencia.

Esta respondió al saludo con un gesto en la cabeza. Posiblemente era la primera vez que se lo hacía. Generalmente lo recibía con un par de besos en sus mejillas cuando se encontraban, pero en esta ocasión lo que le había hecho a su madre no tenía perdón.

Ana comprendió que tenía que coger el toro por los cuernos y contarle a su hija toda la verdad. Y mejor momento que este, que estaban los tres interesados a solas, no lo encontraría en el futuro.

-¡Inés! Por favor. Prepara café para todos que esta noche va a ser larga. Mientras contare a Camilo lo sucedido por si le se ocurre alguna solución.

Su hija partió hacia la cocina para cumplir la orden de su madre y contenta por no tener que cruzar la mirada con su padrino. En esos momentos lo odiaba con toda el alma. Comprendía a su madre, al fin y al cabo hacia ya más de tres años desde que enviudó, era relativamente joven, como pudo comprobar estaba todavía de muy buen ver y suponía que como la mayoría de las mujeres tendría que satisfacer sus necesidades sexuales. Con cualquier otro incluso lo hubiese comprendido, pero con Camilo... el mejor amigo de su padre y además casado. No.

Por su parte Ana, contó a su amante, brevemente lo ocurrido a su hija y la posibilidad que existía de reunir el dinero para el rescate.

-Me ha dicho que puede sacar la dote que le diste...

Camilo reflexionó durante unos instantes para continuar.

-Conforme están las cosas, Vicens – refiriéndose al dueño de la banca – no abrirá mañana y mucho me temo que no tendrá ni una miserable peseta en caja. Esta gente lo habrá saqueado todo. Yo tengo algo escondido en casa, apenas dos mil duros, pero supongo que serán suficientes para que se conformen de momento, después ya veremos. El problema es ver cómo me acerco a casa para hacerme con ellos, porque si me cogen a mi tendré que gastarlos conmigo.

-Si esta accesibles, podría ir yo...

-Es una posibilidad pero no esta noche. Tendremos que esperar a mañana.

Ana asintió.

-Luego esta lo que ha descubierto esta noche.

-¿Qué ha ocurrido? – preguntó un extrañado Camilo que no se había enterado de nada.

-Que nos ha cogido durmiendo desnudos en la cama.

-¡La madre que me pario!

-¿Qué hacemos? ¿Ser lo contamos todo?

Esta vez el que movió afirmativamente la cabeza fue Camilo.

XXXXX

XXX

X

“El parte diario” del día trece, cuando finalmente pudo salir a la calle ya sin la presión de los revolucionarios que habían huido, nos relata los hechos ocurridos durante la madrugada del día diez de julio.

“Los gritos desesperados, las imprecaciones, las voces de petróleo aquí y allá, los carros que conducían el fatal líquido con su lúgubre traqueteo, el “!quien vive;” que se responde con la fatídica palabra de “!petróleo;”, los disparos que continuaban, las campanas que pedían socorro, la voz de alerta, formaban un conjunto diabólico capaz de imponer al ánimo mas esforzado”.

Pepe, cuando finalmente logró bajar del tejado de donde había disparado, pensó en quedarse cenando en Le Parisiën, pero el local estaba cerrado a cal y canto. El horno no estaba para bollos.

Desde el campanario ya no disparaban, posiblemente para economizar munición, pero allí estaban cinco hombres armados y atravesar la plaza con una carabina en la mano era una tentación demasiado grande para que te disparasen. Abandonó el arma en un portal y tomando todas las precauciones posibles, corrió unos pocos metros, los más peligrosos para esconderse tras la esquina de la calle Casa Blanca, para posteriormente dar un rodeo por la calle La Cordeta y alcanzar la parte superior de la de San Nicolás.

Subió hasta la sede del Consejo que estaba en la calle del Forn, pero allí no había nadie. Así es que intentó localizar por la calle al grupo en donde iría Severino. Los encontró en la calle del Mercado, fuera de la línea de tiro de los guardias de campanario y los civiles del ayuntamiento.

En plena calle y con el calor de la noche de Julio confundiendo con el de las llamas, que además los ilumina, deciden lo que tienen que hacer.

Atacar frontalmente al ayuntamiento era una barbaridad pues conllevaría la pérdida de muchos hombres. Deciden por lo tanto quemar las casas de los alrededores para obligarles a salir.

Alguien llega diciendo que se escuchan ruidos en una de las casas como si intentasen escapar por allí.

Efectivamente, Albors se huele lo que traman los internacionalistas y decide huir por las casas colindantes. Para ello, con picos y palas, perforan los tabiques de las mismas, abriéndose paso a través de ellas. Logran llegar hasta una de las casas que finta con la calle del Vall, pero allí el fuego les hace retroceder. Prácticamente todas las casas de esa parte de la calle del Mercado resultan afectadas por las llamas.

Mientras, como siempre, las fuerzas solicitadas a Alicante continúan sin llegar, la situación se hace insostenible.

Los heridos son enviados al hospital, pero este resulta ya insuficiente y tienen que instalar otro provisional en las dependencias del Santo Sepulcro.

De nuevo los insurrectos demanda la rendición y Albors se la niega. Le llegan noticias de que el general Velarde, con artillería e infantería, avanza hacia Alcoy. La salvación se ve cerca y eso levanta el ánimo de los sitiados.

Hacia las ocho de la mañana, los guardias del campanario deciden abandonar su posición fiados en la palabra de los que abajo les esperan de perdonar sus vidas, pero una vez en la calle son malheridos dos de ellos y muertos los otros tres.

Los del ayuntamiento, que lo han presenciado todo, saben que correrán igual suerte. Para colmo, sin la colaboración de los abatidos que eran los encargados de evitar se acercasen los revoltosos al consistorio, ya están aporreando las recias puertas del edificio que a pesar de ello no resistirán sus embates.

Deciden huir a la desesperada. En un sálvese quien pueda, cada uno escapa por donde puede, encontrando muchos la muerte en los bajos de la casa consistorial, pues finalmente las puertas no han resistido.

Albors decide huir por la calle del Mercado aprovechando los huecos abiertos la tarde anterior y que muchos de los incendios provocados ya se han extinguido.

Finalmente en una de las casas es sorprendido por un grupo de la internacional que vigilaba la zona. Es bajado a la calle y rodeado por al menos doscientos de ellos.

Albors los saluda y trata de hablarles, pero no le vale de nada. Uno de ellos lo abate de un disparo y los restantes, sedientos de sangre y como en Fuenteovejuna para evitar futuras responsabilidades, rodean al cuerpo que aun se retuerce en el suelo y disparan contra él hasta dejarlo acribillado a balazos.

Después es atado por los pies y arrastrado por las calles de la ciudad como si fuese un toro de lidia. Dicen incluso que le cortaron una oreja y otros también el rabo, y como los hombres carecen de esa extremidad ya pueden imaginarse que apéndice fue. Posteriormente fue abandonado a las puertas del hospital.

XXXXX  
XXX  
X

Inés todavía estaba anonadada por lo que le había contado su madre esa noche. Camilo se limitó a asentir y corroborar todo lo que Ana alegaba. Todavía no había podido asimilar que tenía a su padre biológico delante, cuando creía que lo enterró hacia tres años.

Sin embargo el sol ya hacía un buen rato que alumbraba la casa. Se mantenía despierta gracias al café que bebió durante la noche y ahora tendría que olvidarse de todo esto hasta un mejor momento y ponerse a pensar en la forma de salvar a su marido.

Desde la calle se escuchó un clamor de alegría o desesperación, cuando los que permanecieron despiertos toda la noche comunicaban a los que decidieron irse a dormir y ahora se reincorporaban a la lucha, que el alcalde había muerto y todo terminado.

Todo no. Decían otros, pues ahora llegan los militares y haber que hacemos.

-¡Resistir! - le respondían

-Pobre iluso. ¿Qué puedes hacer ante los cañones?

Todo ello podía perfectamente escucharse desde el balcón recayente a la calle de San Nicolás y donde Inés estaba apostada.

Comprendió que debía actuar rápidamente. Si llegaban los soldados, los cabecillas de la revuelta huirían y tal vez quisieran eliminar pruebas asesinando a los detenidos o presionando de una forma más activa a las familias para que satisficieran el rescate.

-Voy a ver qué puedo hacer – dijo una decidida Inés, mientras se arreglaba un poco el cabello.

-No puedes ir sola – intervino Camilo levantándose de su asiento.

-Ni usted acompañarme si no quiere que lo detengan. – fue su respuesta.

-Vamos a mi casa y te daré el dinero que allí tengo. No puedes ir con las manos vacías. Disfrazado como voy no me reconocerán.

Inés comprendió que tenía razón y finalmente aceptó.

Camilo se puso de nuevo la blusa con la que llegó a la casa y de nuevo se encasquetó la gorra hasta las orejas. Nadie había visto antes a Camilo con esas trazas y efectivamente era difícil de reconocer. Pero así y toda Ana tuvo una idea. Se tiznó las manos con el cisco que usaba en invierno para calentarse en el brasero y el resto del año para avivar las brasas del hogar en caso de necesidad y se las pasó cariñosamente por la cara de su amado tiznándoselas. Parecía uno más de los obreros que la noche anterior participaron en la quema de edificios.

Inés comprobó que en realidad se querían, que no era solo sexo lo que practicaban en la cama, y que contra eso poco podía hacer.

Con esa pinta salieron más tranquilos a la calle pues ya no lo reconocería ni su madre si viviese.

XXXXX  
XXX  
X

Carmen estaba preocupada. Sabía que su hijo Pepe se había unido a los revolucionarios y eso a la larga traería malas consecuencias, tanto para él, como posiblemente también para su familia.

Por otra parte ya llevaba más de veinticuatro horas sin acudir a casa. Temía le hubiese pasado algo. Por suerte para ella no tardó en regresar. Estaba demacrado de tantas horas sin dormir y solo tomó un tazón de leche con migas de pan, antes de caer rendido en su cama.

Al poco llamaron de nuevo al portón y por el recuadro que formaba la mirilla solo vio la cara, de un hombre ya mayor, con la cara tiznada de hollín al que de momento no reconoció.

-¿Qué quiere? – le pregunto con voz hosca temiendo fuese un miembro de la internacional.

-Abre Carmen. Soy Camilo...

-¡Don Camilo! Perdone que no lo haya reconocido. ¡Si yo misma le dejé esas prendas! – le decía mientras precipitadamente le abría la puerta.

-Solo vengo a recoger unas cosas – le susurró al oído a pesar de que estaban prácticamente solos – después volveré a desaparecer hasta que esto termine.

Marcharon escaleras arriba seguido de cerca por Inés. Mientras subía no se percató que alguien llamaba a la puerta y esta vez los golpes eran tan fuertes, probablemente realizados por la culata de un arma, que asustaron a Carmen. Otra cara desconocida apareció tras la reja de la mirilla.

-¡Abre! – sonó una voz imperativa – Venimos a requisar armas.

Desde que parecía haber terminado todo, grupos formados por cinco o más hombres, recorrían las casas ricas y entraban con la excusa de requisar armas, aun que en realidad buscaban dinero. Si conseguían una cantidad aceptable, que seguidamente se repartían entre ellos, se marchaban y los dejaban tranquilos. Pero si no, se llevaban al cabeza de familia o a alguno de los hijos mayores retenidos, hasta que pagaban el rescate.

Con Don Camilo dentro, Carmen no los podía dejar pasar.

Mientras los dejó golpeando ruidosamente la puerta, corrió a despertar a su hijo. De algo iba a servir que estuviese metido en este fregado.

Le costó despertarlo pues estaba en la parte más fuerte de su sueño, pero cuando lo logró y le contó lo que pasaba se espabiló inmediatamente. Cogió la pistola que consiguió después de deprenderse del fusil el día anterior y se la colocó de forma bien visible en el cinto.

Abrió la puerta pero no se separó del dintel para dejarlos pasar, mientras su mano derecha estaba bien cerca de la culata del arma.

-¿Qué queréis?

-Requisar armas...

José miró uno a uno a los hombres que tenía delante. Por suerte conocía a uno de ellos, o mejor dicho uno de ellos lo conocía a él y rápidamente desvió la mirada intentando pasar desapercibido.

Tenía claro que estaban haciendo algo ilegal o por lo menos a espaldas del Comité y ese hombre lo reconoció como alguien cercano a Albarracín.

-Aquí no hay nada que requisar.

-Eso lo dirás tú. ¡Aparta! – e hizo intención de desplazarlo

El otro intervino rápidamente cogiendo al que llevaba la voz cantante por el hombro y haciéndole unos gestos con la cabeza indicándole que lo mejor era marcharse. Mientras Pepe ya tenía empuñada el arma aunque no apuntaba a nadie.

El aludido lanzó a Pepe un gesto de desafío pero, cuando vio el arma, hizo caso a su amigo y se retiraron.

Camilo e Inés, después de coger los dos mil duros, estaban a punto de salir, pero al escuchar voces se quedaron detrás la puerta de pase al zaguán escuchando toda la conversación. Y agradeciendo de pensamiento a Pepe su intervención, pues no hubiesen sabido donde ocultarse de llegar a entrar.

Cuando la `puerta se cerró salieron de su escondite. Pepe no podía dar crédito de ver a Don Camilo con esa facha y por poco se le escapa una carcajada.

-No salgan ahora Don Camilo que todavía pueden estar cerca. – les advirtió

-No te preocupes y gracias por tu intervención

Carmen que contemplaba la escena desde la puerta de su casa temiendo le ocurriese algo a su hijo, se acercó a él y a Don Camilo apenas desaparecieron.

-Se ha metido en líos estos días- imploró Carmen a Don Camilo – le ruego intervenga en su favor llegado el caso.

-¡Madre! - la cortó Pepe reprimiéndola.

-¿Has matado a alguien – le interpelo Camilo. Pepe negó con la cabeza – entonces no tienes por qué preocuparte.

Inés aprovechó la ocasión.

-¿Cómo puedo ver a Severino?

-No sé donde esta, pero puedo encontrarlo.

-Te lo agradecería.

Inés y Pepe partieron en busca de Albarracín, mientras Camilo aguardo media hora antes de regresar a su refugio en casa de Ana.

La pareja se dirigió hacia la plaza de la Constitución. Ya no había casi nadie. La fácil obtención de dinero corrió como la pólvora y la gente de mala fe se dedicaba al pillaje, siguiendo los cánones empleados en casa de Camilo.

Pepe preguntó a gente que conocía y pudiesen saber su paradero. Alguien le insinuó que probase en su casa.

No estaba lejos, pues tenía alquilada una vivienda en la calle de San Francisco y allí se dirigieron.

Dos hombres armados guardaban la puerta y uno de ellos al reconocerlo le franqueó el paso. Subieron hasta el segundo piso y allí, dos hombres más se lo cerraron.

-Esperar a ver que dice – intervino uno de ellos al expresarle sus intenciones y mientras entraba en la vivienda.

Minutos después salía de nuevo.

-Tú puedas entrar, la mujer que espere.

Severino había tenido tiempo de asearse, cambiarse el chamuscado traje del día anterior y en esos momentos estaba degustando un sencillo y somero desayuno.

-¿Qué te trae por aquí. Pepe?

-Una viaja amiga tuya quiere verte – así le había indicado Inés que la presentara.

-¿No será una tal Inés...?

-Efectivamente

-¿De que la conoces? – se interesó Albarracín

-Nuestras respectivas familias se conocen. Pero yo a ella es la primera vez que la veo y me importa un pimiento.

-Bien. Dile que pase... y tú te esperas fuera por si te necesito.

-De acuerdo.

Inés entró. Tenía los ojos demacrados por no haber podido dormir en toda la noche. Pero estaba hermosa como siempre. Hoy quizás un poco mas por ese fulgor de odio que mantenía en sus ojos.

Él dejó lo que estaba haciendo y se acercó a la mujer. Quiso besarla pero ella solo le ofreció su mejilla, desviando la boca cuando lo intentó.

-Ahora estamos solos...

-Pero yo continúo felizmente casada.

-Podías dejar de estarlo en el momento que quisiera

-Cuidado en tocarle un pelo – lo amenazó furiosa

-¿Qué harías?

-Matarte... - le respondió fríamente.

Él la rodeó por el talle y la estrechó contra sí, mientras sujetaba sus brazos a la espalda y la besaba en los labios. Ella se debatió intentando desasirse pero lo único que consiguió fue provocarle una erección.

-Me gustas más así, cuando te pones en plan fiera.

-No me conoces – le respondió con la cara enrojecida por la ira.- mejor que no me tientes. Solo he venido para pagar el rescate de mi esposo.

-¡Ah! Entonces se trata únicamente de una visita de negocios. Haberlo dicho antes – le respondió mientras la soltaba.

-Solo he podido reunir dos mil duros...

-El resto me lo puedes pagar con carne...

-Eso... ¡Jamás!

-En tan poco aprecias la vida de tu marido – le respondió mientras se servía un vaso de vino.

-Yo hago el amor porque quiero, pero no me vendo. Pon primero en libertad a Emilio y después hablaremos.

Severino sabía que sus días en Alcoy estaban contados. Las tropas gubernamentales estaban al caer y tendría que huir. Eso sí, con los bolsillos llenos. Ella probablemente sabía algo y solo intentaba ganar tiempo.

-Ahora o nunca- le conminó

Inés dudó. Sería apenas un momento, solo tenía que desnudarse, tal vez ni eso, después dejarse caer sobre la cama, cerrar sus ojos, abrir sus muslos e inhibirse de lo que pasase a continuación. Pensaría en su esposo y sus hijos y diez minutos después todo habría terminado y Emilio estaría libre. Pero en esos momentos su antiguo amante le producía asco y estaba a punto de vomitar. Estaba segura que si iba a la cárcel con ese dinero encontraría a algún carcelero corrupto que lo liberaría. Esta situación no podía durar mucho tiempo pues todos sabían que las milicias enviadas desde Alicante no tardarían en llegar.

-No hay trato. ¡Devuélveme el dinero!

Severino soltó una carcajada.

-Estás loca. Este dinero es para dejarte salir de aquí viva. Lárgate antes de que me arrepienta.

Salió de allí llorando, pasó por delante de los dos guardianes y Pepe sin decir nada, ignorándolos y bajo corriendo las escaleras.

Pepe intentó seguirla, pero uno de los guardianes se lo impidió.

-A dicho que aguardes. Mira que quiere – le dijo mientras señalaba la puerta de la casa y lo invitaba a entrar.

Severino estaba sirviéndose otra copa de vino, para reanudar su interrumpido almuerzo.

-¿Qué ha ocurrido? – preguntó alarmado Pepe

-No estaba dispuesta a pagar

-Traía dinero...

-Pero no el suficiente.

-¿Entonces?

-Hay que pegarle dos tiros. ¿Te encarga tú?

Pepe palideció. No era un asesino, pero si no lo hacía él se lo encargaría a otro que seguro no le fallaba. Por otra parte era una posibilidad para poder salvarlo, aunque todavía no sabía como.

-Allí... ¿En la cárcel?

-¿Qué más da?

-Preferiría no aparecer como culpable de su asesinato y allí, a la vista de todos...

-¿Cómo piensas hacerlo?

-Dame una orden de libertad, me lo llevo fuera de la ciudad, le pego dos tiros y si te he visto no me acuerdo.



Severino afirmó con su cabeza. Separó la mitad de lo entregado por Inés, mil duros, y se los entregó.

-Esta es tu parte en el negocio. Pero no me falles - le dijo en un tono amenazante.

-Puedes estar tranquilo.

Albarracín redactó una nota de liberación, estas eran las que más le gustaban pues no lo comprometían en nada. Las sentencias de muerte las decía de plana voz.

Pepe se dirigió a la llamada plaza del pueblo que estaba situada en la Plaza de Dins, al aire libre y aprovechando la benignidad del clima en aquella época. Para protegerse del sol, la lluvia o el relente de la noche estaban lo soportales, una fuente situada en el centro les facilitaba el agua necesaria y un par de cubos situados en una esquina hacían las veces de retrete.

En las tres salidas que tenía: Calle del mercado, la del Valla y la de la plaza del Teatro, habían colocado barricadas que hacían las veces de puertas

Entró por la del Mercado y buscó al que parecía el jefe de los carceleros, por lo menos el de esa puerta. Lucía su pistola al cinto para que nadie pusiese en duda a que bando pertenecía.

-Vengo a por Emilio Pascual, su familia a pagado el rescate.

-¿Y tú eres...?

-Mi nombre no importa. Aquí tienes un escrito del mismo Albarracín autorizándola -se lo mostró aunque sin soltarlo de sus manos.

-Vale, entrégame el papel y cuando lo localice ya lo soltaremos.

-Tengo que llevármelo...

-¿No te fías de mí?

Pepe se acercó al hombre que apestaba a herbero y le susurró unas palabras en su oído. El hombre sonrió y después de darle una palmada amistosa en la espalda en señal de complicidad, se alejó voceando el nombre de Emilio.

No todos se acercaban inmediatamente a la llamada pues temían lo peor, pero la curiosidad les vencía finalmente, pues también podía suponer la libertad, y se presentaban. Pepe vio a los dos acercarse y sonrió complacido.

El hombre le entregó a Emilio, sin tan siquiera pedirle el papel, mientras le decía.

-¡Suerte! Y al toro - a la vez que le guiñaba un ojo.

Emilio marchó tranquilo con Pepe a pesar del enorme pistolón que lucía en el cinto, pues lo conocía como sirviente de Don Camilo y mucho se temía que el padrino de su esposa, como siempre, tuviese que ver algo en la liberación.

-¿A dónde vamos? Le dijo en medio de la Plaza de San Agustín, al ver que no íbamos a su casa, ni a la de su suegra en donde él suponía se encontraba su esposa e hijos.

-A salir de Alcoy.

-¿Por qué? Se supone que estoy libre.

-Se supone. Pero el paso siguiente era pegarte dos tiros...-Emilio se detuvo en medio de la plaza desconcertado y mirando estupefacto a su acompañante - ...que no voy a pegarte yo, pero puede que otro si lo haga y hay que poner tierra por en medio.

-Por eso me han soltado sin tanto protocolo.

-Efectivamente y eso es lo que le he dicho al carcelero. Ahora aprieta el paso sin correr, pues cuanto antes desaparezcamos mejor.

Bajaron por la calle caracol y salieron por la puerta de Penaguila. Les enseñó su carnet del partido para que no le pusieran ningún inconveniente. Cruzaron el río y subieron por la vertiente opuesta hasta quedar ocultos en el interior de una pinada

-¿Tienes donde ir?

-Mi suegra tiene una casita en la partida de Morales. Allí debe estar mi cuñado Jorge, me invitó a acompañarlo pero no quise ir. Y mira en el lio en donde me he metido.

-Vale. Váyase allí o escóndase en donde quiera, pero no regrese a Alcoy por nada del mundo. Su vida y posiblemente también la mía depende de ello.

-Y mi esposa...

-Su esposa e hijos están bien en casa de su madre. Esto no puede durar más de un par de días. ¡Ah! Cuando se marche no se asuste si escucha un par de tiros... tengo que demostrar que he usado esta arma.

-Se dieron la mano y un fuerte abrazo y cuando Emilio se alejó un centenar de metros escuchó a sus espaldas dos detonaciones al aire, que inicialmente tenía por destino su cabeza.

La mañana del trece las fuerzas de Valverde entran en Alcoy. Su tardanza ocasionó varias decenas de víctimas y muchas más se salvaron únicamente por los pelos. Este hecho no era nuevo pues ya ocurrió otro tanto en la septembrina del 68. Ese fue el motivo para que las autoridades alcoyanas se empeñasen en construir un cuartel con fondos propios para que las milicias tuviesen un regimiento en nuestra ciudad.

Pero antes los obreros comienzan a prepararse la cama previniendo lo que les va a caer encima.

Los internacionalistas a cambio de que no se tomen represalias y se les pague los salarios perdidos, liberan algunos presos, durante los días once y doce, siendo muchos los que corren a esconderse en las masías maldiciendo no haberlo hecho antes.

Pero anteriormente a muchos de ellos les habían obligado a escribir cartas o enviar telegramas al gobernador civil de Alicante, comunicando que los obreros no son responsables de lo ocurrido y que todos los males son achacables a la ineptitud del ayuntamiento.

Lógicamente todo será nulo cuando entren los militares y se aclare todo. Nadie comprende a que mente infantil se le ocurrió enviar esos escritos

Alcoy recibe a los soldados con banderas blancas en los balcones e incluso dos enormes en la torre de Santa María improvisadas con sábanas en señal de rendición. Solo faltaba que después de lo sufrido encima nos bombardeasen.

Las tropas al mando del general ocupan la plaza, solo algunos vecinos, temerosos y esperanzados, acuden a aplaudirlos. De los revoltosos ni rastro.

Los cabecillas han huido con los bolsillos llenos, pero a los pobres, cargados de familia, y que no han tenido más remedio que quedarse les llega la caza de brujas.

Poco importa su destino al fin de esta historia. Bástenos saber que Albarracín murió, varios años después, de tuberculosis, viviendo como un rey en Barcelona, sin que nadie lo importunase ni le pidiese cuentas por lo que robó.

Pepe fue detenido dos días más tarde, probablemente porque alguien dio su nombre en algún interrogatorio.

Carmen imploró a Inés, pues Camilo estaba muy bien en donde estaba y todavía no había regresado a su casa.. Esta le transmitió la petición a su padrino, al que por primera vez llamó padre.

Camilo alegó a las autoridades que su criado no era más que un espía a sus órdenes que logró infiltrar en el seno del Consejo revolucionario, para que le informara. Durante los hechos y valiéndose de su privilegiada posición, lo protegió a él, libero de una muerte segura al contribuyente Emilio Pascual – este lo confirmó – y añadió por su cuenta unas cuantas acciones más que impresionaron al comité.

Como mayor contribuyente que era no tuvo el tribunal más remedio que creerlo y esa misma noche Pepe ya durmió en casa de su madre.

Como anécdota les diré, que dos meses más tarde acudió a casa de su madre, Lucia, la muchacha que unos meses antes había dejado Pepe embarazada.

-El hijo que llevo en mi vientre es su nieto.

-¿Cómo has consentido que eso ocurriera?

-Pepe me prometió que sería su esposa e incluso me dio un anillo de compromiso. Eso fue bastante para mí.

Carmen le preguntó si ese anillo se lo había dado él. Pepe no lo desmintió y ella lo obligó a casarse con la muchacha.

Pepe nunca se arrepintió de la decisión de su madre.

## EPILOGO

Los descendientes de las sagas que han aparecido en esta historia, más o menos relacionados con la figura central de Don Camilo. Continúan viviendo en Alcoy y Yocla principalmente. Pero realmente la que nos interesa es la verdadera historia de Don Camilo.

Como en algún lugar de esta trilogía hemos avanzado. Murió físicamente en el año 1899, cuando ya había enterrado a todas sus esposas o amantes, mentalmente no perdió la conciencia mientras le quedó un halito de vida, aunque sexualmente acabó mucho antes y en definitiva fue donde terminó el verdadero Don Camilo. El que quedó solo fue un sucedáneo.

Ocurrió un día del año 75 o tal vez el 76, no tiene más importancia. Una noche, después de arduos esfuerzos de su acompañante, para conseguir una media erección que le permitiera, con toda celeridad, introducir su miembro en la vagina, este se desinfló como un globo apenas estuvo dentro. Mi gozo en un pozo, se dijo a sí mismo. Lo intentó en dos ocasiones más con el mismo resultado, y ya no quiso pasar de nuevo la vergüenza.

Maldijo el momento de la evolución, en el que la especie a que pertenecía, y por razones que nadie comprende, perdiera ese hueso, que algunos animales como perros o toros aun mantienen, y les permiten continuar con el mástil enhiesto, toda su vida por muy viejos que sean.

Por desgracia Camilo no era ni perro ni toro, aunque en alguna ocasión le pusiesen los cuernos y no pudo disfrutar de esa ventaja que tanto anhelaba.

Baste decirles que por esa disfunción perdió a Martina. Que nunca pudo prescindir de la compañía adecuada que le diese placer, cuando su esposo ya no pudo complacerla. Recurrió a quien fuese e incluso malas lenguas señalaron al cabrero entre ellos.

En ese plan Camilo no la quiso en casa. Como no se iba por las buenas recurrió a las malas, tendiéndole una trampa y acusándola de adulterio.

Para evitar el escándalo y muy bien indemnizada por los servicios prestados, Martina emigró a Valencia en donde no le faltaron pretendientes.

Indiscutiblemente regreso con Ana, aunque ya no pudieron volver a hacer el amor. Eso a ella no parecía importarle.

Desde luego vivieron en el piso de la calle del Tap, de donde Ana no pensaba moverse.

-Esta es mi casa y nadie me puede despedir. Si tú en alguna ocasión quieres marcharte lo puedes hacer cuando quieras.

Y así vivieron hasta que ella murió un año antes que él. Posiblemente eso fue lo que lo mató.

FIN

